

Sofia Tolstói

Diarios

(1862-1919)

ALBA CLÁSICA

DIARIOS

(1862-1919)

TOLSTÓI SOFIA

Sofia Tolstói

Diarios (1862-1919)

selección, traducción y notas
Fernando Otero Macías y José Ignacio López Fernández

ALBA

ALBA • **CLÁSICA**
Colección dirigida por Luis Magrinyà
TÍTULO ORIGINAL: *Dnevnikí* © DE LA TRADUCCIÓN: FERNANDO OTERO MACÍAS y JOSÉ IGNACIO LÓPEZ FERNÁNDEZ
© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: *Tolstói y Sofia Tolstaia en Yásnaia Poliana* (detalle), 1907
Iliá Yefímovich Repin (1844-1930)
Archivo Estatal de Literatura y Arte Rusos, Moscú
© The Bridgeman Art Library PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2010
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL: septiembre de 2022
ISBN 978-84-906-5937-3
Corrección de primeras pruebas: Lola Delgado Müller
Corrección de segundas pruebas: Fermín Olaya Conversión a formato digital: Libresque

NOTA PRELIMINAR

Sofia Andréievna Tolstaia[1] (Behrs de soltera; 1844-1919) empezó a escribir estos diarios con dieciocho años, pocos días después de contraer matrimonio con el escritor Lev Nikoláievich Tolstói (1828-1910). La boda, precedida por una sorprendente petición de mano -la familia contaba con que la elegida del conde sería Liza, la hermana mayor-y un vertiginoso noviazgo (de apenas una semana), se había celebrado el 23 de septiembre de 1862, y el 8 de octubre de ese año, retomando un hábito anterior («Otra vez el diario», son las primeras palabras que anota con cierta resignación), Sofia redacta la primera entrada, confesando sus incipientes dudas y desilusiones conyugales. Los diarios se cierran el 19 de octubre de 1919 -unos días antes de la muerte de la autora, el 4 de noviembre-con una breve alusión a los desplazados por la guerra civil rusa que pasaban por las cercanías de Yásnaia Poliana.

Así pues, el conjunto de los diarios de Sofia Tolstaia abarca nada menos que cincuenta y siete años, de los cuales cuarenta y ocho transcurrieron a la sombra -ancha, profunda y alargada-de Lev Tolstói. Es verdad que la producción de la autora fue muy irregular: tras unos comienzos decididos, con anotaciones relativamente frecuentes y extensas, pronto las servidumbres de la vida social y familiar y, en particular, de la maternidad («por voluntad de mi marido, yo he dado a luz dieciséis veces: trece hijos vivos y otros tres malogrados», escribe el 28 de agosto de 1910, en unos momentos de enconada disputa con Lev Tolstói) la apartan con frecuencia de su diario, algo que la propia Sofia no deja de lamentar en más de una ocasión. Varios años (1869, 1880, 1881, 1884, 1888, 1889, 1896) quedan en blanco; en otros (1868, 1870, 1871, 1874, 1875, 1877, 1879, 1883, 1885, 1892) encontramos una solitaria entrada. Pero, a cambio, hay periodos extraordinariamente fértiles: ciertos años (1891, 1897, 1898, 1902, 1910) presentan decenas de anotaciones, muchas de ellas de gran extensión.

El resultado es una obra de una envergadura colosal, con centenares de entradas que superan muy ampliamente el millar de páginas en la edición rusa. Por ellas desfilan decenas y decenas de

individuos de toda clase y condición, desde parientes, vecinos, amigos y discípulos de Lev Tolstói hasta eminencias de la literatura, el arte o el pensamiento, pasando por personajes pintorescos del más variado pelaje. A lo largo de los años, nos asomamos al proceso de concepción, redacción, corrección y publicación de muchas de las obras del escritor (proceso en el que Sofia desempeña, como es bien sabido, un papel decisivo), mientras observamos de cerca su evolución ideológica, que le lleva a convertirse en una figura de alcance mundial, aunque también a colisionar, en cuestiones fundamentales, con su mujer. De paso, vamos rastreando los cambios en sus hábitos, aficiones, manías, dieta y estado de salud. Pero, ante todo, descubrimos los sentimientos, pensamientos, ilusiones y desilusiones de la propia autora, asistimos a su maduración como persona, como mujer y como escritora, a la afirmación de su individualidad al margen de -y, muchas veces, en contra de-la figura colosal del genio, al que ama, cuida y admira hasta el último suspiro, pero de quien disiente en incontables ocasiones (y no sólo en las angustiosas jornadas de octubre y noviembre de 1910 y en los tensos meses que las precedieron).

No hace falta decir que nos habría encantado poner a disposición de los lectores españoles la traducción íntegra de los diarios de Sofia Tolstaia. Siendo esto manifiestamente inviable, hemos intentado ofrecerles una selección tan amplia como representativa del conjunto. Dos criterios nos han orientado en nuestra tarea. En primer lugar, hemos querido mostrar el recorrido completo, con entradas procedentes de todas las etapas, de todos los años, de todas las situaciones y conflictos vividos por la autora, tanto en el ámbito público, más vinculado a la actividad literaria y social de Lev Tolstói, como en el círculo de la intimidad familiar. En segundo lugar, hemos adoptado la decisión de traducir en todos los casos entradas íntegras, fuera cual fuera su extensión (desde la lacónica anotación del 12 de noviembre de 1910, de una sola palabra: «Enferma», hasta la larguísima del 22 de abril de 1891, que incluye el relato pormenorizado del viaje de Sofia Tolstaia a San Petersburgo para arrancarle al zar el permiso para publicar la Sonata a Kreutzer). Al renunciar a la presentación de fragmentos o extractos, nos hemos visto obligados a reducir el número total de entradas seleccionadas, pero creemos que así se obtiene una imagen mucho más fidedigna del estilo de la autora, muy propensa a saltar abruptamente de la sesuda reflexión ensayística o el desahogo sentimental a las escuetas informaciones meteorológicas, al censo de las lecturas realizadas o de las piezas musicales interpretadas, al registro exhaustivo de visitantes (un río incesante, tanto en Moscú como, sobre todo, en Yásnaia Poliana), a la anotación -poco apetitosa-de la dieta de Lev

Nikoláievich o al apunte paisajístico. Por otra parte, hemos procurado cubrir, mediante notas, las inevitables lagunas «narrativas» que se derivan de este método de selección, aunque conviene advertir que éstas tampoco faltan en el texto integral, dado su carácter discontinuo.

En otro orden de cosas, respetamos escrupulosamente el original en lo tocante a los nombres propios (con toda la exuberante variedad, tan característica de la lengua y la literatura rusa, de diminutivos e hipocorísticos) y al empleo de siglas: así, mantenemos la alternancia entre «L. N.» y «Lev Nikoláievich»[2] que emplea la autora para referirse a su marido (junto al más cariñoso «Lióvochka»; al principio, también le llama ocasionalmente «Liova», hasta que esta variante pasa en exclusiva a su hijo Lev). Confiamos en que las notas y el censo onomástico que incluimos en el libro ayuden a los lectores a orientarse con los innumerables nombres y sus variaciones formales. Además, hemos evitado en la medida de lo posible la proliferación de términos rusos. Por eso, y contraviniendo la norma española que prefiere respetar los nombres originales de editoriales, revistas y periódicos (también rusos: Pravda, por ejemplo, en vez de *La Verdad*), hemos optado por traducirlos (*Nuevos Tiempos, La Gaceta de Moscú*, etc.) para facilitar su identificación; cuando aparecen por primera vez, indicamos en nota a pie de página su nombre original y sus rasgos más notables.

Conviene aclarar, por último, que hemos fundido en este libro dos diarios diferentes. *El Diario*[3] inaugurado el 8 de octubre de 1862 se cierra el 9 de noviembre de 1910, dos días después de la muerte en Astápovo de Lev Tolstói. No obstante, el 1 de enero de 1905 Sofia había empezado a redactar otro diario, al que denomina *Diario cotidiano*[4], caracterizado por la concisión de sus frecuentes anotaciones. Este Diario cotidiano se prolongó hasta su muerte. Por tanto, durante unos años (de 1905 a 1910) ambos diarios estuvieron «en marcha», y la autora los alterna y (muy excepcionalmente) los simultanea. Hemos tratado ambos diarios, a pesar de sus innegables diferencias formales, como una obra unitaria, manteniendo un estricto orden cronológico en la presentación de las entradas, con independencia de su procedencia. Distinguimos tipográficamente (en cursiva) las fechas de las entradas del *Diario cotidiano*.

La presente traducción se basa en el texto publicado como: Tolstaia, S. A., *Dnevnikí v dvuj tomaj* [Diarios en dos tomos], Moscú, Judózhestvennaia literatura, 1978.

FERNANDO OTERO MACÍAS
JOSÉ IGNACIO LÓPEZ FERNÁNDEZ

1862

8 de octubre. Otra vez el diario, qué triste tener que retomar los viejos hábitos, abandonados cuando me casé. Solía escribir cuando me sentía mal; supongo que ahora lo hago por idéntico motivo.

Durante estas dos semanas con él, con mi marido, he tenido la sensación de que nuestras relaciones eran directas, yo al menos estaba contenta. Él era mi diario, yo no tenía nada que ocultarle.

Pero desde ayer, desde que me dijo que no confiaba en mi amor, he empezado a sentirme muy mal. Aunque yo ya sé por qué no confía en él. Me parece que no voy a ser capaz de contar, de escribir, lo que pienso. Desde siempre, desde hacía mucho tiempo, había soñado con que el hombre al que amara sería una persona íntegra, nueva, *pura*. Me imaginaba (se trataba de sueños infantiles, a los que aún me cuesta renunciar) que siempre tendría a mi lado a ese hombre, que sólo me querría a mí durante toda su vida, que nosotros dos, *él* y *yo*, a diferencia de los demás, nunca tendríamos aventuras, como hace tanta gente antes de sentar la cabeza. Qué sueños tan queridos. Gracias a esa clase de sueños, casi llegué a querer a P.[5]; puede decirse que fue el amor a mis sueños lo que me permitió asociar a ellos a P.

Enamorarse y seguir adelante no ha sido difícil. Yo nunca me he quedado parada, siempre he mirado al frente, sin vacilar. Ahora, una vez casada, debería reconocer que todos mis sueños anteriores eran absurdos, tendría que renunciar a ellos, pero no soy capaz. Todo el pasado de mi marido me parece tan horrendo que creo que nunca podré resignarme a él.[6] Tal vez eso sólo sea posible cuando tenga otras metas en la vida, esos hijos que tanto deseo para tener un futuro firme, para poder ver en ellos esa pureza sin pasado, sin bajezas, sin todo aquello que ahora me resulta tan triste descubrir en mi marido. Él no puede comprender que su pasado constituye una vida completa, con miles de sentimientos de todo tipo, buenos y malos, que a mí no me pueden pertenecer, del mismo modo que nunca me podrá pertenecer su juventud, malgastada en sólo Dios sabe qué y en compañía de quién. Y tampoco se da cuenta de que yo a él se lo estoy entregando todo: no se ha perdido nada mío. Mi infancia es lo único que no le ha pertenecido. Pero hasta ésta le ha pertenecido. Mis

recuerdos más queridos son los de mi primer sentimiento infantil por él, y yo no tengo la culpa de que ese sentimiento se haya destruido. ¿Por qué? ¿Qué tenía de malo? Él ha tenido que consumir su vida, sus energías, experimentando muchas cosas malas antes de alcanzar su sentimiento presente; por eso le parece tan intenso, tan bueno, porque hacía mucho, mucho tiempo que no se sentía tan bien como me siento yo ahora. También en mi pasado hay cosas malas, pero no tantas como en el suyo.

Le divierte hacerme sufrir, ver cómo lloro, porque no confía en mí. Le gustaría que yo hubiera tenido una vida como la suya, que hubiera experimentado tantos males como él, para que pudiera apreciar mejor el bien. Instintivamente, le molesta que haya alcanzado la felicidad sin tener que esforzarme, y que le aceptara a él casi sin pensarlo, sin sufrir. Pero no voy a llorar, por amor propio. No quiero que me vea sufrir: que piense que todo me resulta sencillo. Ayer, estando en casa del abuelo[7], bajé expresamente a verle a él, y en ese momento me embargó una especial sensación de energía y de amor. En ese preciso instante le quise tanto, y deseé acercarme a él, pero tuve la sensación de que, si le tocaba, ya no me iba a sentir igual de bien, que sería un sacrilegio. Pero nunca le voy a mostrar lo que me ocurre, soy incapaz. Sufro hasta tal punto por culpa de este estúpido amor propio que, si detecto alguna desconfianza o alguna clase de incomprensión, por pequeña que sea, todo se desmorona. Me pongo furiosa. ¿Qué es lo que está haciendo conmigo? Poco a poco, iré encerrándome en mí misma y acabaré envenenándole la vida. Y qué lástima me da en esos momentos en que no confía en mí, cuando, con lágrimas en los ojos, me dirige una mirada triste y dulce. Me lo comería a besos, pero me vuelve a asaltar la misma idea: *no confía en mí,no confía en mí*. Hoy, de repente, he tenido la sensación de que nos estábamos alejando el uno del otro, de que yo estaba empezando a construirme mi propio mundo triste, y él el suyo: práctico, receloso. Y lo cierto es que nuestras relaciones me parecieron vulgares. Yo también he empezado a dudar de su amor. Cuando me besa, pienso: «No es la primera vez que ama a una mujer». Y me resulta tan humillante, me hace tanto daño que a él no le satisfaga este amor que para mí es tan precioso, siendo como es el primero y el último. Yo también me había enamorado antes, pero sólo en mi imaginación, mientras que él ha amado a mujeres auténticas, hermosas, cada una con su propia personalidad, sus rasgos físicos, su alma: unas mujeres a las que ha querido, de las que ha estado enamorado, como ahora está enamorado de mí. Ya sé que esto es algo vulgar, pero no la culpa no es mía, sino de su pasado. Qué le voy a hacer, no puedo perdonar a Dios por haber hecho así el mundo, de modo que todos los hombres parecen obligados a *tener aventuras* antes de sentar la cabeza. Y no puedo evitar sentirme triste,

deprimida, sabiendo que mi marido ha formado parte de esa clase tan vulgar de hombres. Y para colmo se cree que no le quiero. Pero, si no le quisiera, ¿por qué iba a preocuparme tanto que algo o alguien haya atraído su interés en el pasado, o lo haga ahora, o lo vaya a hacer en el futuro? Es una situación lamentable, que no conduce a ninguna parte: ¿cómo puedes demostrarle tu amor a un hombre que se ha casado pensando que no tenía más remedio, a pesar de que su mujer no le ama? ¿Acaso hay un solo instante en mi vida presente en el que evoque mi pasado, en el que me arrepienta de algo? ¿Ha habido un solo instante en el que no le haya amado, o en el que haya pensado siquiera en la posibilidad de dejar de amarle? ¿Será verdad que él disfruta cuando lloro, cuando empiezo a ser consciente de que nuestras relaciones son muy complicadas y de que gradualmente nos iremos separando en el terreno moral? Es como jugar al ratón y al gato. Y lo que para el gato no es más que un juguete al ratón le cuesta las lágrimas. Pero, si se rompe el juguete, que es muy delicado, también él acabará llorando. Y no puedo soportar la idea de que esté continuamente haciéndome la vida imposible. Pero, a pesar de todo, es una persona extraordinaria. Todo lo malo le subleva, no puede soportarlo. Yo antes adoraba las cosas hermosas, mi alma se extasiaba con ellas, pero ahora todo eso es como si se hubiera helado. En cuanto empiezo a estar contenta, él me aplasta.

9 de octubre. Tras sincerarnos ayer, me sentí aliviada, incluso alegre. Hoy hemos disfrutado de un paseo a caballo juntos; no obstante, sigo alicaída. Anoche tuve unas pesadillas terribles; no es que las recuerde a cada momento, pero me agobian. Hoy he vuelto a acordarme de mamá, me entristecí mucho, pero en general me siento bien. Sin embargo, el pasado no me apena, siempre lo bendeciré. He tenido en mi vida mucha felicidad. Mi marido, al parecer, está tranquilo y confía en mí; ojalá siga así. Me doy cuenta, es verdad, de que no le hago muy feliz. Estoy sumida en un profundo sueño, incapaz de despertar. Si lograra despertar, me convertiría en otra persona; aunque no sé qué tengo que hacer para conseguirlo. Entonces él comprendería cuánto le amo; entonces yo podría decirle, podría contarle, cuánto le amo; yo vería claramente, como antes, lo que tiene en el alma, y sabría cómo hacerle plenamente feliz. He de despertar lo antes posible, debo hacerlo. Este sueño se ha apoderado de mí desde el momento en que salí en verano de Pokróvskoie[8] para ir a Ivitsy[9]. Luego, por algún tiempo, me desperté; más tarde, cuando nos trasladamos a Moscú, volví a quedarme dormida, y desde entonces no me he despertado. Hay algo que me abruma. Tengo la continua sensación de que de un momento a otro me voy a morir. Ahora se me

hace raro estar casada. Oigo cómo duerme mi marido, pero me da miedo estar sola. No deja que me acerque a su habitación, y eso me apena. Qué desagradables resultan todas estas manifestaciones físicas.

11 de octubre. Me siento triste, terriblemente triste. Me estoy volviendo cada vez más retraída. Mi marido está enfermo y de mal humor, no me quiere. Me lo esperaba, pero jamás creí que fuera tan terrible. ¿Quién piensa en mi felicidad? Lo que nadie sabe es que no sé crearla ni para mí ni para él. Antes, cuando me ponía muy triste, solía preguntarme qué sentido tiene vivir así, sintiéndome yo tan mal y haciendo sentirse mal a otro. Y ahora es horrible: no me abandona ese pensamiento. A medida que pasa el tiempo, él se vuelve más frío, pero yo, por el contrario, cada vez le amo más. Pronto me resultará insoportable si sigue siendo tan impasible. No obstante, es sincero: no va a engañarme. Si no me quiere, no va a fingirlo; y, si me ama, eso es algo que se nota en cada uno de sus movimientos. Todo me turba. Hoy Grisha[10] se ha puesto a hablar de su *papaíto*, y me ha dado tanta lástima que no fuera su hijo legítimo que hasta me han entrado ganas de llorar. Me acuerdo constantemente de mi familia, ¡qué fácil era entonces la vida! En cambio ahora, ¡Dios mío!, se me parte el corazón. Nadie me muestra ningún cariño: la tía[11] lo hace como por obligación, y mi marido ha dejado de amarme por completo. Mi querida madre… Tania[12]… qué buenas eran, ¿por qué las dejé? Antes era la pobre Liza[13] quien sufría, y ahora me toca a mí, ¡qué tristeza, qué horror! Lióvochka, no obstante, es un hombre magnífico, supongo que yo tengo la culpa de todo, y temo mostrarle lo triste que estoy, pues sé bien que esa estúpida melancolía a los hombres les fastidia. Yo solía consolarme diciéndome que todo pasa, que todo va a salir bien; pero ahora creo que nada va a salir bien, sino que va a empeorar. Papá me dice en una carta: «Tu marido te ama apasionadamente». Sí, es verdad, me amaba *apasionadamente*, pero la pasión se esfuma. Nadie se ha percatado, sólo yo me he dado cuenta de que se quedó prendado de mí, pero no me amaba. Cómo no habré pensado antes en lo caro que va a pagar él ese arrebato, ya que va a tener que vivir mucho tiempo, toda la vida, con una mujer a la que no ama. ¿Por qué he arruinado a este hombre querido a quien todos aman tanto? He obrado de manera egoísta al casarme con él. Al mirarle, pienso en lo que él estará pensando de mí: «Querría amarla, pero no puedo hacer nada más».

Todo este tiempo ha pasado como un sueño. Se han burlado de mí, diciendo: «Verás cómo todo va ir bien, no te preocupes por eso». Y todo lo que al principio tenía -energía en mis actividades, una vida, unas tareas en la casa-… todo eso ha desaparecido. Podría pasarme el

día entero cruzada de brazos, sin decir nada, sumida en amargas reflexiones. Si quisiera trabajar, tampoco podría; para qué iba a ponerme una estúpida cofia que no hace más que apretarme. Tengo muchas ganas de tocar, pero aquí resulta muy incómodo: en el piso de arriba se oye por todas partes y abajo el piano es malo. Hoy iba a quedarse, pero al final se marcha a Nikólskoie[14]. Tendría que decidirme a salvarle de mi propia persona, pero me faltan las fuerzas. Me parece que está arriba tocando con Olga[15] a cuatro manos. Pobre, busca por todas partes algún entretenimiento para librarse de mí de una manera o de otra. ¿Qué sentido tiene mi vida?

13 de noviembre. Mala fecha: eso fue lo primero que me vino a la cabeza. Aunque siempre me siento aliviada cuando hablo con él. Soy una egoísta y, en cuanto estoy a solas con él, me encuentro mejor y puedo relajarme.

La verdad es que no tengo nada en que ocuparme. Él tiene la suerte de tener talento e inteligencia. Yo, ni lo uno ni lo otro. No se puede vivir sólo de amor, y yo soy tan limitada que lo único que sé hacer es pensar en él. Si está indispuesto, yo ya me creo que se va a morir, y me paso las tres horas siguientes agobiada por los más negros pensamientos. Si está contento, deseo que le dure mucho ese estado de ánimo, y disfruto tanto con él que me olvido de todo lo demás. Pero, si ha salido o está ocupado, no hago más que pensar en él: estoy pendiente de su vuelta o, si está en casa, me fijo en la expresión de su rostro. Tal vez se deba a que estoy embarazada; lo cierto es ahora mismo mi estado no es normal, y sé que eso también le afecta a él. Nunca faltan cosas que hacer, hay tantas, pero primero es necesario acostumbrarse a esas tareas insignificantes, y después ya puede una ocuparse de criar gallinas, de aporrear el piano, de leer un montón de bobadas y muy pocas cosas de interés, o de poner pepinillos en salmuera. Todo eso llegará, ya lo sé, cuando me olvide de mi ociosa vida de soltera y me aclimate a la aldea. No quiero acabar como todo el mundo, aburrida, me niego a acabar así. Desearía que mi marido ejerciera una mayor influencia sobre mí. Lo raro es que le quiero con locura, pero apenas advierto su influencia. Hay momentos prodigiosos en los que lo comprendo todo, veo claramente que vivir en este mundo es algo maravilloso, caigo en la cuenta de que tengo muchas obligaciones, y me alegro de que éstas existan. Pero después esos momentos pasan y todo eso se olvida. Y, como ya lo sé, espero que esos momentos prodigiosos vuelvan y no se vayan: que la máquina entre en funcionamiento, y yo empiece a vivir, a llevar una vida activa. Lo raro es que contemplo todo esto como algo inminente, como quien piensa en unas fiestas que se acercan, en el verano que ya está

próximo o cosas así. Otra vez me he dormido, así que ni siquiera el viaje a Moscú, ni la criatura que espero, me causan inquietud o alegría. Desearía saber de algún remedio capaz de reanimarme, de despertarme.

Hace mucho que no rezo. Antes me distraían incluso los aspectos externos de la religión. Sin que nadie se enterara, encendía velas delante de los iconos, depositaba flores y, con la puerta cerrada, me ponía de rodillas y me pasaba una hora, dos horas, rezando. Ahora todo eso me parece ridículo y estúpido, pero me gusta recordarlo. Todo se ha vuelto más serio, pero las impresiones de una joven son muy vivas, no es fácil desprenderse de ellas, aunque no tiene sentido volver atrás. De todos modos, en unos pocos años me construiré un mundo serio *de mujer*, que será aún más querido para mí, pues incluirá a mi marido y a mis hijos, a quienes se quiere más que a los padres y a los hermanos. Pero todavía no me he asentado. Vacilo entre lo ya vivido, y el presente con su futuro. Mi marido me quiere demasiado para imponerme una dirección de buenas a primeras. Y además no es nada sencillo. Yo intento aprender, y él también se da cuenta de que yo ya no soy la misma. Hay que tener paciencia: yo volveré a ser la de antes, pero ya no como una chiquilla, sino como una mujer. Reviviré, y ambos -tanto él como yo-estaremos satisfechos conmigo.

Estoy segura de que en Moscú me animaré y podré entender con claridad el presente. En el buen sentido, desde luego, porque todo lo malo viene también de mí. Si él fuera capaz de soportar con paciencia este período mío de transición, tan insufrible… Ahora mismo estoy sola, miro alrededor, y me siento triste. Sola: es algo terrible. No estoy acostumbrada. Había tanta vida en mi casa; ahora, en cambio, cuando él no está aquí, todo parece muerto. Él, que casi siempre ha vivido solo, no puede entenderlo. Está habituado a la soledad, y no le conforta, como a mí, la proximidad de los amigos y la familia, sino la actividad. Tendré que acostumbrarme. Pero por ahora nunca se oye una voz alegre, es como si no hubiera un alma viva. Y todavía se enfada porque no me gusta quedarme sola, sin su compañía. Es injusto, pero no puede entenderlo: no ha vivido rodeado de una familia.[16] Yo haré todo lo que esté en mi mano para que se encuentre a gusto; lo primero, porque es una persona extraordinaria, que está muy por encima de mí; lo segundo, porque le quiero, y él es lo único que me ha quedado. Y si me aburro es porque soy una infeliz y carezco de *ressources*, y porque estoy acostumbrada al bullicio, mientras que aquí reina el silencio, un silencio sepulcral. Me acostumbraré, la gente se acostumbra a todo. Y con el tiempo llevaré una casa bulliciosa y alegre, y empezaré a vivir la vida de los niños y la mía propia: una vida seria, activa, en la que podré disfrutar de la juventud de mis hijos, después de haber vivido ya mucho.

23 de noviembre. No le soporto cuando le da por hablar del pueblo. Entiendo que tiene que elegir: o yo, que represento a la familia, o el pueblo, a quien Liova ama con tanto entusiasmo. Tal vez sea egoísmo. Muy bien. Yo vivo por él y para él, y espero lo mismo de él, de otro modo aquí me siento oprimida, sin aire. Hoy he tenido que salir corriendo, porque todo el mundo, todas las cosas, se me hacían insoportables: la tía, los estudiantes[17], Natalia Petrovna[18], las paredes, la vida. A punto estuve de echarme a reír a carcajadas de la alegría que sentí al escapar de casa sin que nadie lo advirtiera. No es que L. me resulte insufrible, pero sí me he dado cuenta de la distancia que nos separa: el pueblo no me interesa como le interesa a él, y yo no consigo acaparar toda su atención, mientras que él sí acapara la mía por completo. Es así de sencillo. Y, en tal caso, si sólo me ve como una muñeca, como *su mujer*, no como *una persona*, yo ni puedo ni quiero vivir así. Es verdad que en estos momentos yo no tengo ninguna ocupación, pero eso no va con mi forma de ser; lo que pasa es que aún no sé qué hacer, todavía no he descubierto en qué consiste mi tarea. Él se impacienta y se enfada. Allá él: hoy estoy a gusto, me siento libre, así a mis anchas, y él, gracias a Dios, aunque estaba muy serio, me ha dejado en paz. Sé perfectamente que es muy brillante, que reúne energías muy diversas, que es poético e inteligente, pero me fastidia que sólo le interese el lado más sombrío de todo. A veces tengo unas ganas enormes de liberarme de su influencia, tan poderosa, de desentenderme de él, pero soy incapaz. Es tan pesada esa carga que pienso lo que él piensa y miro lo que él mira, y, cada vez que intento no plegarme a él, me encuentro perdida. Ya no soy la misma, cada vez me cuesta más. A partir de ahora, cuando esté deprimida, volveré a alejarme de casa. Basta con salir para sentirse libre. Pero no he dejado de pensar en él: a lo mejor había salido corriendo a buscarme, o tal vez estaría inquieto, así que se me hizo muy duro y volví para casa. Estaba muy serio, yo estuve a punto de ponerme a llorar. Ahora no me dirige la palabra. Es terrible vivir con él: en cualquier momento volverá a entusiasmarse con el pueblo, y yo estaré perdida. A mí me quiere, pero como ha querido la escuela, la naturaleza, el pueblo, tal vez su obra literaria, una cosa tras otra, siempre en espera de alguna novedad. Ha venido la tía a preguntarme qué había pasado, adónde había ido; para enojarla, le he dicho que había sido por culpa de los estudiantes, porque ella siempre los está defendiendo. Y no era verdad. Yo no tengo ninguna queja de ellos, pero, siguiendo una vieja costumbre, me da por regañarlos y refunfuñar. Me fui, sencillamente, porque me aburre estar siempre en el mismo sitio, sin hacer nada, algo que antes nunca me pasaba. Y aquí siempre es lo mismo: la tía,

Natalia Petrovna, otra vez la tía, otra vez Natalia Petrovna y, para variar, los estudiantes. Mi marido no es mío, y hoy no se le oye. Debe de estar fuera. Yo también debería salir, alejarme, comprobar si está en casa, y después volver. Voy a tocar el piano. Él se está bañando. En estos momentos me parece un extraño.

16 de diciembre. Me parece que cualquier día voy a suicidarme de celos. «¡Enamorado como nunca!», escribe. De una simple campesina, gorda, pálida; es horrible.[19] Con qué deleite he estado mirando el puñal y las escopetas. Un solo golpe, así de fácil. Antes de que nazca el niño. Encima ella está aquí, a tan sólo unos pasos. Simplemente, estoy enloquecida. Voy a dar un paseo. Ahora mismo puedo verla. De modo que la amaba. Ojalá quemara su diario y todo su pasado.

He regresado y me encuentro peor, me duele la cabeza; estoy deshecha, agobiada. Qué bien y qué libre me sentía fuera. A uno le entran ganas de pensar profundamente, de respirar profundamente, de vivir. Pero la vida es tan mezquina. Amar es difícil cuando una ama de tal modo que se le corta la respiración, cuando una sacrifica su vida, su alma, para permanecer siempre con el otro. Sería estrecho y pequeño este mundo en el que vivo si le excluyera a él. Sin embargo, es imposible juntar nuestros dos mundos en uno. Él es tan inteligente, activo, capaz, y además tiene ese largo pasado tan horrible. En cambio el mío es pequeño, insignificante. En estos momentos el viaje a Moscú me asusta. Me volveré aún más insignificante, y presiento que, si voy a tener una vida y un mundo con los que me sienta satisfecha, será aquí, en Yásnaia Poliana, sin gente, en familia, con todo lo que yo misma pueda crear para mí. He estado leyendo los comienzos de sus obras, y todos los pasajes en los que aparece el amor y las mujeres me producen desagrado y pena; las quemaría todas, todas. Que nada me recuerde su pasado. Y no lo sentiría por su obra, porque los celos me están convirtiendo en una tremenda egoísta.

Si pudiera matarle y después crear uno nuevo, exactamente igual, lo haría gustosa.

1863

9 de enero. Nunca en mi vida me he había hecho tan infeliz la conciencia de mi propia culpa. Jamás imaginé que pudiera ser culpable hasta este punto. Estoy tan apesadumbrada que las lágrimas llevan ahogándome todo el día. Me da miedo hablar con él, me da miedo mirarle. Nunca le había querido, nunca le había amado tanto, ni me había visto a mí misma tan inepta y mezquina. Ni siquiera está enfadado, todavía me quiere, y conserva esa mirada dulce y santa. Una podría morir de dicha y de humillación al lado de un hombre así. Qué mal me encuentro. Mi estado moral me ha hecho enfermar físicamente. Lo he pasado tan mal que en algunos momentos he creído que iba a abortar. Me he vuelto medio loca. Me paso el día entero rezando, como si eso pudiera aliviar mi culpa y reparar lo que hice. Me siento mejor cuando él no está. Puedo llorar y amarle. Pero ahora, estando él aquí, me remuerde la conciencia, me atormenta su dulce mirada y su rostro, que llevaba sin contemplar desde ayer y me resulta tan querido. ¿Cómo he podido ser tan desagradable con él? He estado reflexionando acerca de si debo o no retractarme de mis estúpidas palabras y cómo podría ser mejor para él. No puedo amarlo más, pues lo amo ya sin mesura, con todas mis fuerzas, y no hay en mi interior otro pensamiento, otro deseo, ninguna otra cosa que no sea el amor que siento por él. Y en él no hay nada malo, no hay nada en absoluto que se le pueda reprochar. Sigue sin confiar en mí, cree que preciso distracciones, pero yo no necesito nada más que a él. Si supiera con qué gozo imagino un futuro donde no caben distracciones, donde sólo está él y todo lo que él ama. Me esfuerzo, incluso, por apreciar lo que no me gusta, como me ocurre con Auerbach[20]. Ayer tuve antojos, nunca antes los había experimentado hasta tal punto. ¿Será verdad que tengo tan mal carácter o se trata únicamente de los nervios y los efectos del embarazo? Más vale que así sea, porque ahora me propongo *velar por nuestra felicidad*, si es que todavía no la he echado a perder por completo. Qué lástima, con lo felices que podríamos ser. Él ahora está bien de salud; algo he tenido que hacer yo mal. Han venido Tania, Sasha[21], Kuzminski[22]. Pero no puedo evitar las lágrimas. Por nada del mundo voy a dejar que me vean llorar: son unos niños, y aún no han amado. ¡Con qué anhelo le espero! Ay Dios, ¿y si se enfría

su cariño hacia mí? En fin, está claro que ahora todo depende de él. Pero qué insignificante soy, cuánto lamento mi insignificancia moral. No puede dejar de darse cuenta de lo poco que soy a su lado.

14 de enero. Otra vez estoy sola y aburrida. Pero todo va bien entre nosotros. No sabría decir en qué ha cedido él y en qué he cedido yo. Las cosas se han arreglado solas. Lo único que sé es que he recobrado la alegría. Tengo ganas de volver a casa. Tengo muchos planes, muchos sueños, sobre cómo voy a vivir *con él* en Yásnaia. Estoy muy triste por haberme alejado, en cuerpo y alma, de mi gente en el Kremlin[23]. Veo con toda claridad lo mucho que ha cambiado mi mundo, aunque mi amor por todos ellos ha crecido, sobre todo por mamá, y en ocasiones lamento haber dejado de ser un miembro de la familia. Vivo enteramente en él y para él, y a menudo me pesa saber que, en cambio, yo no lo soy *todo* para él; me doy cuenta de que, si yo faltara, él encontraría el modo de consolarse. Dispone de múltiples *ressources*, mientras que yo tengo una naturaleza débil: me he entregado a un solo hombre y ya nunca sería capaz de encontrar, fuera de éste, otro mundo para mí.

La vida en el hotel me deprime. Aquí lo único que me hace feliz es estar en el Kremlin con los míos y, por supuesto, con Lióvochka. Sé que podría regresar a casa en cuanto quisiera, que eso en gran medida depende de mí, pero no tengo coraje para volver a despedirme de mi familia, y además me da mucha pereza ponerme en marcha. Esta noche he tenido un sueño muy desagradable. Estaba en un jardín inmenso, donde habían venido a visitarnos las muchachas y las mujeres campesinas de Yásnaia Poliana, vestidas todas como unas señoras. Una tras otra iban saliendo de no sé dónde; la última en aparecer fue A.[24], que llevaba un vestido negro de seda. Empecé a hablar con ella, y me puse tan furiosa que me apoderé de su niño y empecé a romperlo en pedazos. Le arranqué la cabeza, las piernas… Estaba fuera de mí. Se presentó Lióvochka, y le dije que me iban a mandar a Siberia, pero él recogió las piernas, los brazos, todos los miembros, y me explicó que no pasaba nada, que no era más que un muñeco. Miré y vi que era cierto: en lugar del cuerpo, había restos de algodón y de cabritilla. Y me enfadé mucho.

A menudo me torturo pensando en ella, incluso estando aquí, en Moscú. Es el pasado lo que me hace sufrir, no los celos por el presente. Él es incapaz de entregarse a mí por entero, como yo a él, porque tiene un pasado completo: es tan vasto, tan diverso que, si muriera ahora, su vida ya habría sido suficientemente rica. Lo único que no ha experimentado aún es el sentimiento paterno. A mí, en cambio, la vida me ha ofrecido de repente tantas cosas que no conocía y de las que

aún no había disfrutado que intento aferrarme a mi felicidad y temo perderla, porque no tengo confianza en ella: no confío en que pueda perdurar, por ser algo nuevo para mí. No dejo de pensar en que se trata de algo fortuito, pasajero, demasiado bueno para que dure. Es increíble que un solo hombre, gracias a su personalidad, sin otro motivo que su carácter, haya podido dominarme de tal modo y hacer que toda mi felicidad dependa de él.

Tiene razón mamá cuando dice que estoy atontada, aunque, más bien, creo que me he vuelto más perezosa a la hora de pensar. No me gusta sentir esta apatía. De la apatía física surge también la espiritual.

Echo de menos mi antigua vitalidad. Espero recobrarla. Tengo la sensación de que podría tener un efecto beneficioso sobre Lióvochka, como antes, cuando vivía en el Kremlin, lo tenía sobre los míos. Al principio, en Yásnaia, aún me sentía viva, pero eso ya ha pasado. A Lióvochka le gustaba verme enrabietada. Lióvochka parece estar espiritualmente dormido, pero yo sé que en el fondo nunca duerme, que en su alma siempre hay una intensa actividad moral. Ha adelgazado mucho, y eso me tiene muy preocupada. Cuánto daría por entrar en su alma. Ni siquiera escribe su diario, cosa que me duele.

A veces me asalta un deseo estúpido, aunque inconsciente, de poner a prueba mi poder sobre él: sencillamente, tengo ganas de ver si me obedece. Pero él, por fortuna, siempre me baja los humos, y luego se me pasan las ganas.

17 de enero. Últimamente, me había enfadado mucho al observar su amor a tantas cosas y a tanta gente: lo que yo pretendo es que sólo me quiera a mí. Pero después he reflexionado con más calma y me he dado cuenta de que, nuevamente, me estaba portando como una niña caprichosa: su bondad, la riqueza de sus sentimientos, es lo mejor que tiene. Soy consciente de que el origen de mis caprichos y de mis penas está en mi egoísmo, en mi deseo de que viva, piense y ame exclusivamente para mí. Por alguna razón, me he impuesto esta regla a mí misma. En cuanto se me ocurre pensar que me gusta tal cosa o tal persona, me corrijo y me digo que no puede ser, que yo sólo quiero a Lióvochka. Pero necesito amar también otras cosas distintas, igual que él ama *su obra*; así, en los momentos en que se muestre más distante, siempre podré dedicarme a esas otras cosas que me gustan. Y esos momentos van a ser cada vez más frecuentes; casi sin darnos cuenta, es lo que ha venido ocurriendo. Y eso lo veo claro: ¿cómo iba a estar Lióvochka tan pendiente del curso de nuestras relaciones como yo, que no tengo más ocupación que ésta? De este modo, he ido aprendiendo cómo debo comportarme con él, y es algo que he aprendido involuntariamente, no porque me hubiera impuesto esa

tarea. Aún no he podido llevar a la práctica lo que he aprendido, pero todo llegará con el tiempo. Tenemos que volver a Yásnaia cuanto antes, allí es donde él vive más pendiente de mí. Sólo nos tiene a su tía y a mí, no hay nadie más. Y yo adoro esta vida, no la cambiaría por nada. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por ella. Poco a poco, procuraré mejorarla, y estaré muy satisfecha si lo consigo. Tal vez en casa sea posible, aunque sería más sencillo si Lióvochka no necesitara tanto de la gente: yo allí no tengo dónde recibir a las visitas, aparte de que no me gustan. Pero, si así lo desea Lióvochka, acogeré a quien haga falta; lo más importante es que no se aburra y que esté contento: así me querrá más, y eso es todo lo que pido. No es fácil vivir juntos sin reñir, pero yo voy a procurar evitarlo; si no, no le faltará razón cuando diga que cada discusión es como un *tajo*[25]. Qué desgracia, los celos. Él debería estar más pendiente, pero a mí me toca controlarme y vigilarlo. No le gusta que le acompañe en sus salidas; el sombrero, el miriñaque: todo eso le hace sentirse incómodo, pero yo me deprimo si no estamos juntos. Detesto parecer un estorbo, pero me da mucha pena que ya no necesite estar conmigo, en vez de andar cada uno por su lado. Yo cada vez lo necesito más.

He estado esperándole, esperándole, y al final me he sentado a escribir. Ya sé que hay personas que viven solas, pero es terrible estar así. No creo que vayamos ya a esa conferencia. Probablemente, he acabado por cohibirle. A menudo me torturan estos pensamientos, y yo cada vez me siento más culpable. Ahora quiero a mamá más que nunca, y eso me asusta, porque sé que no vamos a volver a vivir juntas. En cuanto a Tania, he empezado a tratarla con cierta altivez, ¿con qué derecho?

Es muy duro tener que separarse de ellos. Lióvochka no lo entiende, y yo me callo. De lo que me alegro es de ver a la tía. Todos estos días la he querido más que nunca, gracias a que Lióvochka y yo no hemos hablado de ella. Él es demasiado parcial. Yo me siento en deuda con ella: tendría que procurar darle gusto, aunque sólo fuera porque ha criado a Lióvochka, y en el futuro cuidará de mis hijos. Además, es una alegría servir a los demás, y así la gente nos quiere. Lo que más miedo me da es ser lisonjera e hipócrita. Pero, en realidad, no hay hipocresía alguna en ser atenta con una anciana encantadora y bondadosa. Me he vuelto menos sofisticada: sólo me preocupa *nuestra* vida, y nada más; naturalmente, con todos los personajes y todos los decorados que la rodean. Pasan ya de las dos, y él sigue sin venir. ¿Para qué me habrá prometido nada? ¿Es bueno que sea impuntual? Probablemente sí, porque eso significa que no es mezquino. No me gusta cuando se enfada. Te asedia a preguntas, y parece que fuera a taladrarte; más vale alejarse de él en seguida, porque si no te atraviesa. Pero en seguida se le pasa y casi nunca refunfuña.

29 de enero. La vida aquí en el Kremlin me resulta pesada, pues me recuerda la penosa sensación de inactividad, de falta de objetivos, propia de mi etapa de soltera. Y todo lo que imaginaba para cuando estuviera casada y tuviera un deber y un objetivo se evaporó en el momento mismo en que Lióvochka me hizo sentir que uno no puede contentarse con la vida familiar, con su mujer o su marido, sino que necesita algo más, una tarea más ambiciosa. *Sólo te necesito a ti. Lióvochka no para de decir tonterías*.[26]

3 de marzo. Estoy sola escribiendo, siempre la misma cantinela. Pero aunque esté sola no me aburro, me he acostumbrado. Además tengo la feliz convicción de que me ama, de que me ama constantemente. Y, cuando vuelva a casa, se acercará a mí, tan gentil, y me preguntará o me contará algo. Mi vida es ahora tan fácil y alegre. He estado leyendo *su* diario y me ha alegrado. Yo y su obra. Eso es lo único que le ocupa. Ayer y hoy ha estado concentrado. Temo molestarle, está escribiendo y reflexionando. Temo que empiece a lamentarse y que me recuerde que no puedo importunarle en todo momento y lugar. Me alegro de que escriba. Hoy quería haber ido a misa, pero me he quedado en casa rezando. Desde que me casé, todo lo que es un mero rito, todo lo hipócrita, me resulta aún más detestable. Tengo muchísimas ganas de administrar la hacienda, de hacer *algo*. No sé qué hacer ni por dónde empezar. Todo llegará. Pero bregar y engañarme a mí misma y a los demás fingiendo que tengo una *ocupación* me desagrada. Pero ¿a quién voy a engañar? Y ¿para qué? A veces tengo claro *qué* hacer, cómo pasar el tiempo de forma provechosa, pero luego una se olvida, se distrae. ¡Qué fácil y simple se ha vuelto mi vida! Siento que aquí está *mi deber*, mi vida, que no necesito nada más. Incluso cuando se pasan estrecheces, si me preguntaran qué me hace falta, no sabría qué responder. Creo que mi cariño por la tía no es sincero. Eso me entristece. Su ancianidad me irrita más que me conmueve. Eso no está bien. Es una estirada y se enfada con frecuencia. Del mismo modo que hay luz en la calle también la hay en el alma. Poco a poco hago las paces con todos. Con los estudiantes, con la gente, con la tía, claro está, y con todos a los que anteriormente había reñido. La influencia de Liova es grande y me alegra sentirla sobre mí.

10 de abril. Ha ido a recibir a papá en Tula; yo estoy muy deprimida. He estado releyendo sus cartas a V. A.[27] Todavía era muy

joven: no la amaba a ella, sino que amaba el amor mismo y la vida familiar. Qué bien le reconozco en todas partes: sus principios, su admirable búsqueda de todo lo noble, de todo lo *bueno*. Es un hombre increíble. Leyendo sus cartas, ni siquiera he tenido celos, como si no se tratara de él y de V., sino de la mujer a la que estaba destinado a amar: como si fuera *yo* misma, más que la propia V. Me trasladé a su mundo. Ella era una mujer atractiva, vacía en el fondo, cuyo único encanto residía en su juventud -en un sentido moral, naturalmente-; él era igual que ahora, y no amaba a esa mujer, sino el amor y la bondad. También vi con claridad la aldea de Sudakovo… y el piano, las sonatas y una hermosa cabeza morena, confiada y amable. Después la juventud (¿será posible?: ya me veo vieja), la naturaleza, el recogimiento campestre. Todo parecía evidente y nada resultaba triste. También pude leer sus planes orientados a la felicidad familiar. Pobrecillo. Aún era demasiado joven para comprender que, cuando la felicidad se *inventa* de antemano, más tarde uno cae en la cuenta de que las cosas no son como esperábamos. Aunque eran aquéllos unos sueños preciosos, maravillosos.

8 de mayo. El embarazo tiene la culpa de todo, me encuentro en un estado insoportable física y anímicamente: siempre me aqueja alguna enfermedad y siento un espantoso tedio, un vacío, una especie de melancolía. Para Liova no existo. Me doy cuenta de que le resulto insoportable, por eso ahora tengo la intención de dejarlo en paz y, en la medida de lo posible, borrarme de su vida. No le puedo proporcionar ninguna alegría, porque estoy embarazada. Qué amarga verdad, una mujer averigua cuánto la quiere su marido cuando está embarazada. Está en el colmenar, Dios sabe lo que yo daría por ir allí, pero no voy porque sufro palpitaciones, y allí es incómodo sentarse. Se avecina una tormenta, me duele la cabeza y estoy deprimida: tengo ganas de llorar, y no quiero serle desagradable y latosa, tanto más, porque él también está enfermo. Con él, casi todo el tiempo, me encuentro incómoda. Si, ocasionalmente, sigue mostrándose amable conmigo, es más por costumbre: se siente como obligado a mantener las viejas relaciones, aunque no me ame. Seguramente tendría miedo de confesar, sinceramente, que una vez amó; no hace tanto tiempo, pero eso es ya agua pasada. Pero, si él supiera cómo ha cambiado, si él se pusiera en mi pellejo, comprendería lo duro que me resulta vivir así. Es algo para lo que no hay alivio. Se volverá a despertar cuando dé a luz. Eso es lo que siempre ocurre. Es esa terrible *senda trillada*, por la que todos transitan y a la que nosotros antes teníamos tanto miedo. Pero yo, para mi desgracia, sigo queriéndole mucho, más que nunca. ¿Alguna vez iré a parar a esa vía nefasta?

9 de mayo. Me prometió que estaría aquí a las doce, y ya son las dos. ¿Le habrá pasado algo? ¿Cómo puede estar contento haciéndome sufrir de este modo? Si hasta nos da pena echar de nuestro lado a un perro al que hemos estado acariciando. A mamá le pasó algo parecido en su primer año de matrimonio. A ella le fue peor: papá siempre estaba de viaje, practicando la medicina y jugando a las cartas, mientras que Liova no se aleja de la finca. Pero, de todos modos, estoy sola y aburrida, estoy embarazada y enferma. Se aprenden mucho mejor las cosas a través de la experiencia que del ejercicio intelectual. Si estás casada, la juventud es una desgracia, no una bendición. No es posible estar satisfecha cuando a lo único que te dedicas es a coser o a tocar el piano *sola*, completamente sola, dándole vueltas a tu situación, hasta acabar por convencerte de que tu marido no te quiere, de que tú ya no tienes escapatoria y tienes que seguir ahí sentada. Dice mamá que fue mucho más feliz cuando su juventud quedó atrás, llegaron los niños y pudo concentrar en ellos toda su atención. Así son las cosas. Soy una antojadiza y estoy de mal humor, sencillamente porque estoy aburrida, porque estoy sola y le espero desde las doce, intranquila y asustada. Pero el que hace mal es él, que no tiene de mí la menor compasión, como tendría cualquier persona decente al ver sufrir a otra criatura.

14 de julio. Ya está, ya he dado a luz,[28] el suplicio ha acabado; me he levantado de la cama y de nuevo me voy incorporando a la vida despacio, con miedo, con una angustia constante por el bebé y, sobre todo, por mi marido. Algo dentro de mí se ha quebrado, hay algo que presiento que me va a doler sin cesar; al parecer, es el miedo a no cumplir mi deber con *mi familia*. He empezado a ponerme tremendamente nerviosa en presencia de mi marido, como si tuviera la culpa de algo. Me parece que soy para él una carga, que soy para él una boba (¡la misma cantinela de siempre!), que incluso soy vulgar. Me he vuelto afectada, porque me asusta el amor trivial que como madre siento por mi hijo y me asusta el amor, de una fuerza que no parece natural, que como mujer siento por mi marido. Trato de ocultar todo esto, por culpa de un estúpido y falso sentimiento de vergüenza. Aunque, según dicen, amar a los hijos y al marido es una virtud, y a veces esa idea me sirve de consuelo. Temo estancarme y me gustaría ampliar un poco mi escasa formación, también por mi marido y mi hijo. Es muy fuerte el sentimiento materno; ser madre me parece algo de lo más natural, en absoluto extraño. Es hijo de Lióvochka, por eso le amo. El estado anímico de Liova me tortura. Su

riqueza de ideas, sus sentimientos, todo eso se está perdiendo. Pero cómo percibo todas sus cualidades, y bien sabe Dios lo que daría por verle feliz.

23 de julio. Llevo diez meses casada. Estoy descorazonada, terriblemente descorazonada. Busco maquinalmente un apoyo, como mi bebé busca el pecho de su madre. Los dolores no me dejan vivir. Liova es insufrible. No se puede ocupar de la hacienda, ¡él no ha nacido para eso, amigo! Está bastante inquieto. Nada le satisface; sé lo que le hace falta y es algo que no puedo darle. Nada le resulta grato. Como un perro, estoy acostumbrada a sus caricias, pero se ha vuelto frío. Me consuela saber que los días como éste pasan. Pero son muy frecuentes. *Paciencia*.

3 de agosto. He estado hablando con él, y estoy algo más aliviada, precisamente porque se han confirmado mis sospechas. Sería una monstruosidad no cuidar de mi hijo, nadie lo discute. Pero ¿qué puedo hacer si me resulta físicamente imposible? Mi instinto me dice que es injusto conmigo. ¿Por qué no deja de torturarme? Estoy furiosa. Me parece que hoy, aunque la situación no sea la mejor, podré ocuparme de mi pequeño. Y así como a mi marido le gustaría borrarme de la faz de la tierra porque sufro y no cumplo con mi deber, a mí me gustaría perderlo de vista a él, porque no sufre y escribe. También en este sentido los maridos resultan espantosos. Es algo en lo que no había pensado. En estos momentos me parece que no le quiero. ¿Cómo querer a una mosca que no hace más que incordiarte? No puedo cambiar las cosas. Procuraré cuidar al pequeño y hacer todo lo que esté en mi mano. No por Liova, naturalmente: lo único que se merece es que le devuelva todo el daño que me causa. Y castigarle por su debilidad, por no tener paciencia mientras me restablezco. Yo sí tengo paciencia, y seguiré teniéndola diez veces más. Necesitaba escribir por qué estoy tan furiosa.

Se ha puesto a llover. Me preocupa que pueda resfriarse. Ya no estoy enfadada. Le quiero. Que Dios le bendiga.

> Sonia[29], perdóname, sólo ahora me doy cuenta de mi culpa, de mi gran culpa. Hay días en que vivimos al margen de nuestra voluntad, sometidos a una irresistible ley exterior. Ése ha sido mi caso en este tiempo, por eso me he portado así contigo; pensar que he sido yo. Siempre he creído que tengo muchos defectos, y sólo una décima parte de sentimiento y de generosidad. He actuado con brutalidad y con crueldad. Y ¿con

quién? Con la criatura que me ha dado la mayor felicidad en toda mi vida, con la única que me ha querido. Sonia, ya sé yo que esas cosas no se olvidan ni se perdonan, pero ahora te conozco mejor y soy consciente de mi vileza. Sonia, cariño, toda la culpa es mía, soy un miserable, pero en mi interior existe un hombre diferente que en ocasiones está dormido. Ámalo, Sonia, y no le reproches lo ocurrido.

Esto lo ha escrito Lióvochka, pidiéndome perdón. Pero luego, por alguna razón, se ha enfadado y lo ha tachado. Se refería al período terrible de mi mastitis, cuando tenía mal los pechos y *era incapaz* de alimentar a Seriozha, cosa que le ponía furioso. Como si yo *no hubiera querido*, cuando era mi mayor, mi principal deseo. Me merecía esas breves líneas de cariño y de arrepentimiento por su parte, pero en el último momento, nuevamente airado conmigo, me ha privado de ellas, antes incluso de haberlas leído yo.

17 de agosto. He estado fantaseando, evocando las noches *locas* del año pasado, y aquellas otras en que yo me sentía tan libre y estaba de un humor maravilloso. Si alguna vez he disfrutado plenamente de la vida, ha sido en esos momentos. Amaba y experimentaba y lo entendía todo, y mi espíritu y mi ser me parecían enteramente nuevos. Y a todo eso se vino sumar nuestro poético y adorable *comte*[30], con su mirada luminosa, profunda, encantadora que tanto me impresionó. Fue una época maravillosa. Y yo, confusamente, me sentía mimada por su amor. Tuve que sentir ese amor, de otro modo no habría sido tan feliz. Recuerdo aquella tarde en que me dijo algo ofensivo; Popov[31] estaba en casa. Me sentó muy mal, pero quise aparentar que me daba lo mismo, así que salí con Popov al porche y, mientras intentaba captar lo que decía *le comte*, hacía como que estaba muy interesada por las palabras de Popov. Desde ese día mi afecto por *le comte* fue en aumento y me impuse la norma de no volver a fingir en su compañía. Acababa de recordar todo esto y he experimentado una extraña felicidad al caer en la cuenta de que ese mismo *comte* es ahora mi marido. Era Lizka la que sabía encontrar la felicidad, algo que era incapaz de comprender Sónechka Behrs.[32] Pero después lo he comprendido, vaya si lo he comprendido: con toda mi alma. Y él, el muy estúpido, está celoso.[33] Dios mío, pero ¿qué pretexto le he dado yo para que tenga celos? Me dio mucha pena que aquel tiempo tan poético -agosto del año pasado-lo pasara él a solas, en vez de estar conmigo. Pero ¿acaso podían haber sido aquellos días aún mejores de lo que fueron? Ahora no está en casa, y yo siempre estoy aburrida cuando él falta. ¿Cuándo me acostumbraré? Confío en que mi mejoría

represente un regreso a la vida; a la vida con Liova. Ahora estamos alejados. Sus dudas con respecto a mi amor me dejan siempre desconcertada. ¿Qué más pruebas necesita? Le quiero de un modo tan *sincero*, tan firme, tan sólido.

22 de septiembre. Mañana se cumple un año. En aquel momento el futuro auguraba dicha; ahora, en cambio, infelicidad. Hasta ahora pensaba que tenía que tratarse de una broma; me doy cuenta de que es algo muy real. A la guerra.[34] ¿Qué clase de comportamiento es ése? ¿Está desequilibrado? No, no es probable; simplemente, es un hombre voluble. No sé si lo hace deliberadamente o no, pero parece que se afana con todas sus fuerzas por organizar su vida de tal modo que yo sea completamente desgraciada. Me obliga a vivir con el alma en vilo, pensando que cualquier día puede irse dejándome con un niño, o quizá con más de uno, y sin marido. Para los hombres como él todo es una broma, un capricho pasajero. Un día se casa, le gusta, tiene hijos, y al día siguiente tiene ganas de partir a la guerra y abandonar a su familia. Sólo me queda desear la muerte de mi bebé, porque yo no voy a sobrevivir a mi marido. No creo en ese amor a la patria, en ese *enthousiasme* a los treinta y cinco años. ¿Acaso los hijos no son lo mismo que la patria, no son ellos rusos? Les abandona porque quiere divertirse galopando a caballo, admirar la belleza de la guerra y escuchar cómo vuelan las balas. Empiezo a perderle el respeto, por su inconstancia y su pusilanimidad. Pero su talento, para él, es casi más importante que su familia. Que me explique él a mí la trascendencia de su propósito. ¿Por qué me habré casado con él? Mejor Valerián Petróvich[35] que él, puesto que, en su caso, no tendría que lamentar que me abandonara. ¿Qué falta le hacía mi amor? No fue más que un arrebato. Y sé que ahora yo tengo la culpa; está enfurruñado. Soy culpable de amarle, de no desearle la muerte ni la separación. Que se enfurruñe. Desearía prepararme de antemano para ello, es decir, dejar de amarle para que después fuera más fácil la despedida. Que me aparte completamente de su lado, y yo me alejaré de él. Es suficiente un año de felicidad, ahora tiene una nueva fantasía. Estoy harta de esta clase de vida. Pero no va a tener más hijos. No quiero dárselos para que luego les abandone. Eso sí que es despotismo: «Se hace esto porque lo digo yo, y a ti ni se te ocurra abrir la boca». De momento no hay guerra, él sigue aquí. Tanto peor. Ahora toca esperar y consumirse. Sólo hay un final posible. Y le amo, eso es lo malo. Le observo, veo cómo se aburre, y se me encoge el alma.

28 de octubre. Hay algo en mí que no va bien, y no paro de sufrir.

Como si nuestro amor hubiera pasado de largo, sin dejar ni rastro. Él se muestra frío, casi impasible, muy volcado en sus asuntos, pero sin alegría, mientras que yo estoy hundida y furiosa. Furiosa conmigo misma, con mi carácter, con mis relaciones con él. ¿Acaso era esto lo que yo quería, lo que le prometí de todo corazón? Querido, querido Lióvochka. Le abruman todas estas disputas; ¿acaso ha nacido para eso? Y yo, para colmo, me enfado. Perdóname, Dios mío. Le quiero con locura. Lo que me apena es que no sé ser feliz ni sé hacer felices a los demás. Esa incapacidad es moralmente repulsiva; no me soporto a mí misma. Con esta debilidad, mi amor no puede ser grande. Pero lo cierto es que le quiero con locura. Sin sombra de duda. Si pudiera levantarme, querido mío, amadísimo mío. ¿Dónde estará? *La historia de 1812*.[36] Solía contármelo todo, ahora no soy digna de su confianza. Antes, en cambio, todos sus pensamientos eran míos. Fueron aquéllos unos momentos de dicha prodigiosos. Todo eso ha pasado. «Siempre seremos felices, Sonia.» Me entristece tanto que no disfrute de esa felicidad que tanto se merece y que tanto esperaba.

13 de noviembre. Siento lástima de la tía: no le queda mucho tiempo de vida. Siempre está enferma, se pasa las noches tosiendo, sin poder dormir. Tiene unas manos delgadas y secas. Pienso en ella todo el día. Mi marido dice que vayamos a vivir a Moscú por un tiempo. Me lo esperaba. Tengo celos de su ideal, reflejado en la primera mujer bella que le sale al paso. Esa clase de amor es terrible, porque es ciego y prácticamente incurable. Y yo nunca he encarnado el ideal, y nunca lo encarnaré. Me deja sola. Mañana, tarde y noche. Soy la que satisface sus deseos, soy la niñera, soy un mueble más, soy *una mujer*. Trato de sofocar cualquier sentimiento humano en mi interior. Mientras la máquina funciona, calienta la leche, teje una sábana, atiende todas las solicitudes, se afana sin descanso, para no tener que pensar; y así la vida resulta viable, y hasta soportable. Pero, en cuanto estoy sola, me paro a pensar, y la vida parece insufrible. Ya no me quiere. Por alguna razón, no he sido capaz de conservarlo. No, la culpa es del destino. Ahora lamento aquel momento de tristeza, cuando todo me parecía insignificante al lado de la idea de que hubiera dejado de quererme. Me parecía insignificante su obra literaria, que escribiera sobre lo que la condesa tal pudiera comentar con la princesa cual. Pero después me desprecié a mí misma. Mi vida no puede ser más prosaica. Pero la suya es una vida completa, con su tarea íntima, su talento y su inmortalidad. He empezado a temerle, y en algunos momentos me parece un extraño. Él ha querido que sea así. Puede que la culpa sea mía, se me ha agriado el carácter, pero desde hace un tiempo me doy cuenta de que para él ya no soy la misma de

antes, de que me ha dejado sola. Aunque ya no me torturo como antes, sino que me resigno; pero ya nada me alegra ni me inquieta. No sé qué será de mí. Lo que sí sé es que no me falla la intuición.

19 de diciembre. He encendido dos velas, me he sentado a la mesa y me he alegrado. Soy pusilánime, frívola. Ahora me divierto y holgazaneo despreocupadamente. Todo me parece ridículo, me da lo mismo todo. Siento ganas de coquetear, aunque sea con Aliosha Gorshok[37], y me apetece enfadarme hasta con la silla o con cualquier cosa. He estado cuatro horas jugando a las cartas con la tía; él se ha enfadado, pero a mí me daba igual. Cuánto sufro cada vez que me acuerdo de Tania: algo se me clava en el alma.[38] Pero hoy mi mente incluso desecha tales pensamientos, tan embotada tengo el alma. El bebé está mejor, tal vez sea *eso* lo que me pone contenta. En este momento querría ir a un baile o hacer algo divertido. Luego lo lamentaría, pero no puedo evitar este estado de ánimo. Me irrita que Liova se interese tan poco y no sienta ni comprenda cuánto le amo; y me gustaría hacer algo al respecto. Es viejo y está demasiado ensimismado. Mientras que yo siento en estos momentos mi propia juventud, y necesito hacer alguna locura. En vez de ir a dormir, me gustaría dar volteretas. Pero ¿con quién?

24 de diciembre. Lo viejo se cierne sobre mí, todo lo que me rodea es viejo. Y yo trato de reprimir todo sentimiento juvenil, puesto que parece inoportuno y extraño en medio de un ambiente tan sobrio. El único joven es Seriozha[39], o al menos es más joven que los demás. Por eso me encanta que venga. En cuanto a Liova, estoy llegando paulatinamente a la conclusión de que lo único que quiere es refrenarme. El comedimiento causado por esta limitación reprime también todo impulso amoroso. *Cómo* se puede amar, cuando todo está tan tranquilo, sobrio, sereno. Todo es monótono y encima carente de amor. No apetece hacer nada. Me quejo como si fuera desgraciada. Y realmente lo soy, puesto que su amor por mí ha disminuido. Me lo dijo él, pero yo ya lo sabía. Por lo que a mí respecta, no estoy segura de lo que siento. Le veo tan poco y le tengo tanto miedo que ya no estoy segura de cuánto le quiero. Me gustaría que Tania se casara con Seriozha, pero en estos momentos hasta eso me asusta. ¿Qué sería de Masha[40]? Todos los razonamientos de Liova sobre los compartimentos del alma no son más que idealismo imaginativo, y no me consuelan en absoluto.

1864

2 de enero. Tania y sólo Tania. No pienso en otra cosa. Me he cansado de desear, de estar triste y esforzarme. Yo, igual que Liova y que la tía, estoy sujeta a la voluntad de Dios, y desearía -dolorosa, triste, terriblemente-que ambos fueran felices. No estoy de buen humor, y lo noto. En Tula me he aburrido. Habría comprado la ciudad entera -¡qué patético!-, pero he sido juiciosa. Liova está amable; había algo infantil en su expresión mientras tocaba el piano. Recordé y comprendí a Alexandrine[41]. Entendí *cómo* ella le amaba. *La abuela*. Me ha irritado cuando ha dicho: «Cuando estás de mal humor, ¡diario!». ¿Qué le importará a él? En este momento no estoy de mal humor. Me resultan terriblemente ofensivas y dolorosas cada una de sus mordaces palabras, por insignificantes que sean; tendría que ser más cuidadoso con el amor que siento por él. Me da miedo ser una persona moral y físicamente desagradable.

27 de marzo. El diario se me había cubierto de polvo, de tanto tiempo como llevaba sin escribir. Pero hoy me han entrado ganas de anotar a hurtadillas todo lo que tengo en la cabeza, como cuando los niños se esconden. Deseo enormemente amar a todo el mundo y disfrutar con todo, pero, si alguien tocara este sentimiento, todo se desmoronaría. Siento de repente una gran ternura por mi marido, y amor, y confianza, quizá porque ayer se me pasó por la cabeza la idea de que puedo perderlo. Ahora estoy convencida de que eso no puede pasar, y no voy a volver a pensar en ello por nada del mundo. Y, si alguien saca ese asunto, no pienso escucharle, ni siquiera a él. Quiero tanto a Tania, ¿por qué me la quieren echar a perder? Pero no lo van a lograr, es inútil. Vamos a pasárnoslo bien las dos juntas, ya me encargaré yo de que así sea. Puedo darle mucho apoyo emocional, pero, en lo tocante a sus circunstancias, apenas puedo hacer nada. Haré todo lo que pueda para distraerla. Vamos a tener niños en casa, Tania y Sergushka[42]. Voy a cuidar de ellos; será maravilloso. Me parece que ahora soy menos egoísta que el año pasado. En aquellos momentos me aburría por estar embarazada y echaba de menos poder divertirme con los demás. Pero ahora tengo mi propia dicha, y soy la más feliz de todos.

22 de abril. Se ha marchado, y me he empeñado todo el día en no quedarme a solas, para no tener que pensar, hasta que por fin, a la caída de la tarde, no he podido evitar la necesidad de concentrarme, de desahogarme, de confesarme en este diario, aunque me vendría mejor escribirle a él, si lo tuviera cerca y fuera posible. No sé de qué escribir: aquí todo es aburrido, vacío, sin vida. Cuando sostengo a Seriozha en brazos, aún tengo algo a lo que aferrarme, pero al anochecer, una vez que mi hijo está dormido, no paro quieta, como si tuviera mil cosas que hacer, cuando en el fondo lo único que pasa es que me da miedo pararme a pensar. Procuro imaginar que ha salido de caza, o está ocupándose de las abejas o de cualquier otra tarea de la finca, y puede regresar en cualquier momento. Estoy acostumbrada a esperar, y siempre acierta a volver justo cuando mi paciencia está a punto de agotarse. Para no echarle tanto de menos, intento recordar algún episodio desagradable de nuestra vida en común, pero soy incapaz, porque en cuanto pienso en él me doy perfecta cuenta de lo mucho que le quiero y sólo me entran ganas de echarme a llorar. Si me sorprendo a mí misma en un momento cualquiera en que creo que no estoy triste, en ese mismo instante, como hecho a propósito, me entristezco. Ahora mismo, por primera vez en mi vida, me voy a acostar completamente sola. No paran de decirme que debería instalar a Tania cerca de mi cama, pero yo me resisto: si no está Liova a mi lado, no quiero a nadie más. Nunca. De modo que no tendría que resultarle muy duro morirse: yo siempre le sería fiel. Aunque ahora mismo yo también tengo mucha confianza en él, es terrible. Me siento ridícula, tragándome aquí las lágrimas, como si fuera algo vergonzoso llorar por estar deprimida sin mi marido. Aún me esperan cuatro días de llanto. Estoy dispuesta a hacer una locura y marcharme a Nikólskoie.[43] Me veo capaz, a poco que me desentienda de mí misma y de mis lágrimas. Escribir el diario me ha amargado aún más. ¿Para qué sirvo, si tengo tan poca fuerza de voluntad y no soy capaz de aguantar nada? No quiero pensar en lo que pueda estar haciendo él. Pero seguro que no sufre, que no está deprimido ni llora, como me pasa a mí. Por eso no me avergüenzo de estar sola, de no escribir apenas en este diario, de que él haya dejado de preocuparse por lo que yo haya escrito o haya dejado de escribir. No acabo de decidirme a irme a la cama; estoy floja, tengo la sensación de que Tania, desde el cuarto de estar, va a darse cuenta enseguida de que estoy llorando, y me va a dar vergüenza, y eso que a lo largo de todo el día me he mostrado razonable.

3 de noviembre. En medio del clima de felicidad, persiste una sensación extraña, una angustia constante: el temor a la muerte de Liova, una idea que no me puedo quitar de la cabeza. Y cada día que pasa esta sensación se acentúa. Esta noche, como todas las noches, me

atenaza tal miedo, tal dolor, que ahora mismo estaba llorando mientras sostenía a la niña[44] en mi regazo. Le he visto morir con toda claridad; la escena de su muerte ha aparecido ante mi vista. Esta sensación comenzó el día que se dislocó el brazo.[45] De repente me di cuenta de la posibilidad de perderlo, y desde ese momento no pienso en otra cosa. Ahora vivo en el cuarto de los niños; les doy el pecho, juego con ellos, y eso a veces me distrae. Supongo que él se aburrirá en nuestro mundo femenino, y en ese sentido me siento incapaz de hacerle feliz; creo que soy una buena niñera, pero nada más. No tengo ni inteligencia, ni buena educación, ni talento, nada. Espero que pronto pase algo, porque seguro que algo va a suceder, lo presiento. Los desvelos por los niños y los juegos de Seriozha a veces me entretienen, pero no hay en mi interior ninguna sensación de contento, es como si mi alegría hubiera desaparecido por completo. Antes a menudo percibía la hostilidad de Liova contra mí; creo que ahora también siente un odio silencioso.

1865

8 de marzo. Todo va mucho mejor, y yo estoy más alegre. Seriozha se recupera de su enfermedad. Liova está muy bien, está contento, aunque conmigo se muestra frío e indiferente. Me da miedo decir que *no me quiere*. Esa idea me tortura sin parar, y de ahí mis dudas y mi indecisión en mis relaciones con él. Durante estos amargos días de enfermedad de Seriozha yo he estado de pésimo humor. La desdicha no me amansa, y eso es mala cosa. He tenido unos pensamientos horribles, que me espanta y me avergüenza admitir. Viendo que Lióvochka estaba tan frío conmigo y que salía tan a menudo, me ha dado por pensar que podía estar viéndose con A.[46] Esta sospecha me ha estado atormentando todo el día, hasta que Seriozha ha acaparado mi atención, y ahora, cuando lo pienso, me muero de vergüenza. A estas alturas, tendría que conocerle mejor. ¿Cómo podría él mantener esta calma, esta naturalidad, esta franqueza? Pero, si se piensa, mientras esa mujer y nosotros vivamos tan cerca, siempre que haya una actitud negativa, un trato distante por parte de Liova, no podré evitar estas ideas tan desagradables. Y si de pronto se dirige a mí y me dice… Qué disparates, debería darme vergüenza. El caso es que me he sentido obligada a confesar estos horribles pensamientos que, aunque haya sido de forma vaga e imprecisa, se me han pasado por la cabeza.

10 de marzo. A Lióvochka le duele la cabeza; ha ido a caballo a Yásenki. Yo tampoco me encuentro bien del todo. A los niños da pena verlos, resfriados como están, sin parar de toser. No sé qué remedio puede haber para que Seriozha se ponga bien. Está muy delgado, no come nada, se le ve decaído, con una diarrea permanente. Acaba de llegar una carta de la tía; la ha conmovido mucho mi carta; ella también está mala, con tos. A Máshenka[47], como dice Lióvochka, la odio en silencio. Pero por sus hijos siento un amor sincero, aunque un tanto protector. Hoy Lióvochka ha estado más cariñoso. Me ha besado, cosa que no ocurría desde hacía mucho tiempo. Yo le copio sus escritos, encantada de poder hacer algo provechoso.

14 de marzo. Todos estos días he tenido una jaqueca espantosa. Pero a la caída de la tarde estoy más animada, me apetece hacer muchas cosas, disfrutar de todo. Lióvochka está interpretando los

Preludios de Chopin. Está de un humor estupendo, aunque sigue igual de frío conmigo, algo no va bien. Los niños me absorben por completo. Los dos tienen diarrea. Es una situación desesperante. Ha estado aquí Diákov[48], sigue siendo el mismo ruiseñor incansable, como le llama mi hermana Tania. Le tengo mucho aprecio, me entiendo con él, es un hombre simpático. Aún no es primavera, hace frío, seguimos en invierno; me preocupa desde el punto de vista de mi moral y por lo que afecta a la salud de los niños. Deseo que llegue la primavera, para mí es como una bendición, pero este año se hace esperar. Últimamente Lióvochka está empeñado en ir a Tula, ha empezado a sentir la necesidad de ver a más gente. A veces a mí me pasa lo mismo, pero no me apetece ver a la gente en general, sino a Tania, a los Cefirotes[49], a mamá y a papá.

15 de marzo. Lióvochka se ha ido a Tula, de lo cual me alegro. El hijo de Seriozha se está muriendo[50], y eso me da muchísima pena. Hoy no me duele tanto la cabeza, y estoy animada, llena de energía. Los niños no están del todo bien, pero han mejorado. El sol se ha asomado un rato y he notado sus efectos, como una muchacha de dieciséis años al oír las notas de un vals. Qué ganas de pasear, de disfrutar de la primavera, del campo, del verano. Hace mucho que no me escriben los míos. ¿Qué estará haciendo mi adorable, poética Tania? Con Lióvochka otra vez va todo bien. Ha venido a decir algo así como que se había portado mal últimamente… Le quiero con locura. Con él es imposible volverse una mala persona. El conocimiento que muestra de sí mismo y su confesión me hacen sentirme humilde y me obligan a indagar en mi interior en busca del más diminuto de mis fallos.

20 de marzo. Llevo ya dos mañanas con fiebre y con una jaqueca insoportable. En presencia de Lióvochka me siento como una perra sarnosa. Pero no le molesto, porque él tampoco me presta atención. Me duele pensar que ya no significo nada para él. Yo, en cambio, sigo queriéndole con la misma fuerza, con los mismos celos. Me he vuelto muy mimosa. Hoy me ha dado por pensar, mientras leía una crítica de *Los cosacos*[51] y recordaba la novela, que yo represento una frontera para todo, y que la vida, el amor, la juventud él los había gastado ya con las cosacas y con otras mujeres. Estoy atada a los niños. Me he entregado a ellos por completo. Noto que soy imprescindible para ellos, lo cual es una inmensa alegría. Cuando mi hija Tania descansa sobre mi pecho o Seriozha me estruja con sus bracitos, no hay celos en mí, ni amargura, ni añoranzas de nada, ni deseos, nada. Cuando han estado los dos malos, nada me servía de consuelo. Hace un tiempo maravilloso, primaveral, pero se ve que no estoy destinada a disfrutar plenamente de la naturaleza. Cómo admiro a Lióvochka: alegre, con su fortaleza de espíritu, saludable. No hay nada peor que sentirse inferior. Mis únicos recursos, mis armas para competir con él, son los

niños, mi energía, mi juventud, mi condición de mujer sana y digna. Ahora mismo no soy para él más que una perra sarnosa.

1 de abril. Lióvochka está en Tula, y yo estoy deprimida, profundamente descorazonada, porque no para de quejarse de sus problemas de salud: congestiones, malas digestiones, zumbidos en los oídos. Todo eso me tiene muy asustada, ahora que me he quedado sola; además, este tiempo magnífico, primaveral, estos días tibios y brillantes me hacen sentirme aún peor, más sensible, estando sola. Los niños ya casi están bien, los he llevado de paseo, a cada uno por separado. Por primera vez en sus seis meses de vida, Tania ha podido contemplar el mundo de Dios. Yo no he hecho nada en todo el día, aparte de huir de mis negros pensamientos. Mi marido dice que la mitad de la vida se pierde por culpa de los problemas físicos. Y su vida es tan necesaria. Le quiero tanto, y me desespera no poder hacer nada más para que sea feliz. No abrigo ningún resquemor, por pequeño que sea, contra él; tan sólo experimento un fortísimo amor, que para mí es terrible.

3 de mayo. Es una mala primavera. Ha venido mi hermana Tania. Cazamos, montamos a caballo. Mantengo con todos buenas relaciones, todos se encuentran bien de salud. Pero hoy todo se ha desbaratado. He discutido con Liova; tengo mal genio, no soy dócil, pero me enmendaré. Los niños están enfermos. Me he enfadado con Tania, se entromete demasiado en la vida de Lióvochka: a Nikólskoie, de caza, a caballo, a pie. Ayer tuve mi primer ataque de celos, y ahora lo lamento. Le cedí a ella el caballo y considero que fue un buen gesto por mi parte; él es siempre demasiado indulgente consigo mismo. Y se marcharon los dos al bosque a cazar, solos. Sólo Dios sabe las cosas que se me pasan por la cabeza.

9 de junio. Anteayer se resolvió todo entre Tania y Seriozha. Van a casarse. Da gusto verlos, y me alegro más por su felicidad que lo que en otros momentos me alegraba por la mía. Mientras paseaban por el jardín hice de carabina, papel que al mismo tiempo me divirtió y me irritó. Gracias a Tania he empezado a apreciar a Seriozha, y eso es maravilloso. La boda se celebrará dentro de veinte días o poco más.[52] ¿Qué vendrá luego? Ella, que es tan agradable y tiene tan buen carácter, le quiere desde hace mucho tiempo, y me alegro de que vayamos a estar aún más unidas. Hace un tiempo de perros, Liova y Tania están resfriados; Seriozha se fue con Grisha y Keller a Pirogovo.[53] Desde por la mañana ha estado algo nublado y triste. En general, se esperan días pesados y aburridos. Querría verles cuanto antes juntos y felices. Pronto iremos a Nikólskoie, allí se celebrará la boda; he estado leyendo el viejo diario de mi hermana. Todos los sufrimientos que ha pasado, todo su dolor, me resultaban tan difíciles de leer que interrumpía la lectura a cada momento y me daban ganas

de llorar. Y ella se creía que yo no quería leerlo, que me aburría. A Liova no se le ve muy alegre; los niños son encantadores, están creciendo.

12 de julio (Nikólskoie). Todo ha salido mal. Seriozha ha engañado a Tania.[54] Se ha comportado como el más ruin de los hombres. Pronto va a hacer un mes de continuo dolor, de aflicción, cada vez que miro a Tania. Una criatura tan dulce, poética y talentosa, arruinada. Encima manifiesta síntomas de tisis, lo cual aumenta mi sufrimiento. Nunca seré capaz de describir en mi diario toda esta triste historia. Mi enfado con Seriozha no conoce límite. Haré todo lo que esté en mi mano para vengarme de él. Tania se ha portado en todo momento sorprendentemente bien. Ella le quería mucho, y él le mentía diciéndole que la amaba, cuando en realidad quería más a la gitana. Masha, no obstante, es una buena mujer, me da pena, y no tengo nada en contra de ella. Pero él es repugnante. «Espera, espera», decía, con la única intención de tomarle el pelo a Tania y jugar con sus sentimientos. Consiguió que -sintiendo compasión de Masha y de sus hijos, pero consciente de su propia dignidad y, sobre todo, llena de pena y amor por él-fuera ella quien rompiera. Llevaban ya doce días casados, se daban besos, y él le prometía trivialidades y hacía toda clase de planes. Menudo canalla. Le contaré a todo el mundo lo que ha ocurrido, incluso a mis hijos, para que, cuando conozcan esta historia, no se porten como él. Mi propia vida familiar es estupenda, tranquila y feliz. ¿Por qué soy tan dichosa? Los niños siguen sanos; Liova también, y hemos estado muy unidos; además, hace un delicioso calor estival y la naturaleza y todos nosotros estamos muy bien. Ojalá no se hubiera cruzado en nuestra pacífica y honrada existencia este infame y desgraciado asunto de Seriozha. Llevamos aquí en Nikólskoie desde el 28 de junio, cumpleaños de mi hijo Seriozha. Ya nos habían visitado los Diákov, y Máshenka con sus hijas,[55] y ayer vino de nuevo el gentil Diákov, que animó mucho a Tania. Esta mañana ha venido a visitarnos por primera vez nuestro vecino Vólkov[56]. Tímido, agradable, tranquilo, rubio, chato. Me gustó, no estaba mal. La vida aquí consiste en una serie de impresiones: el río, bañarse, las montañas, el calor sofocante, el sosiego del alma, las rojas bayas y el dolor de Tania. Pero me consuelan mis hijos y mi querido Lióvochka con su buen humor y su espíritu poético. Me siento bien; quién sabe por cuánto tiempo.

16 de julio. He discutido con la niñera[57]; es imperdonable, me da vergüenza y me remuerde la conciencia, pues ella es una buena mujer. He tratado de hacer las paces, prácticamente me he disculpado, pero con esta gente una no puede conmoverse, porque no la van a comprender. Han venido a visitarnos los Fet[58], buenas personas. Él es un poco grandilocuente y ella demasiado simple, aunque muy

bondadosa. La pobre Tania me preocupa terriblemente. Continúa aturdida y mostrando síntomas de tisis. La pequeña Tania también ha estado enferma, he tenido miedo y me he angustiado mucho por ella; ahora se encuentra mejor. Es una niña tan dulce y viva, y sus ojitos y su sonrisa son un encanto. Seriozha ha empezado a comportarse frecuentemente de forma caprichosa, sin duda por culpa de la enfermedad, pero tiene un carácter bondadoso y agradable. La tormenta acaba de darme un susto. Liova está leyendo las escenas bélicas de su novela; no me gustan esos pasajes de la obra.

¿Por qué habré discutido con la niñera? Me parezco a mi madre; últimamente he descubierto en mí algunos rasgos semejantes a los suyos y que en ella me desagradaban. Sobre todo la costumbre de anunciar al mundo lo buena mujer que soy, esperando que por ello todos deban perdonar mis debilidades. Pero yo pretendo ser buena y ver todos mis defectos, y que nadie, sobre todo yo misma, me perdone nada. Que así sea.

1866

12 de marzo. Hemos pasado seis semanas en Moscú,[59] a la séptima hemos regresado, y de nuevo en Yásnaia Poliana siento el mismo sosiego, cierta melancolía, y una felicidad imperturbable. He disfrutado mucho en mi estancia en Moscú, me ha encantado ver a mi familia, y a ellos ver a mis hijos. Tania es ágil, inteligente, agradable y sana. Seriozha se ha fortalecido, es un niño sensato, menos dócil de lo que era antes, pero bondadoso. Me da miedo ser parcial con mis hijos, pero estoy muy feliz y contenta con ellos. Con Liova todo ha sido indiferencia e incomodidad; en Moscú las malas maneras de P. como consecuencia de no haber yo sabido comportarme con él han deteriorado nuestras relaciones.[60] Me siento mal y avergonzada, pero en mi conciencia no ha habido la menor mancha en ningún momento de mi vida de casada, y Liova me ha juzgado de forma demasiado severa y dura. Pero incluso eso me alegra, pues él me aprecia, y en adelante seré cien veces más prudente, y disfrutaré siéndolo. Sin embargo este incidente ha supuesto un nuevo e inusitado *tajo*, y eso me asusta. Ahora me siento aún más deleznable, aún más propensa a rebajarme, y me queda aún menos derecho a este feliz orgullo y amor propio sin los cuales no podría vivir.

En Moscú, fundamentalmente, llevábamos el estilo de vida propio del Kremlin. Por la mañana enviaban un coche a recoger a los niños, y se los llevaban a casa de mis padres para todo el día. Liova asistió a clases de escultura[61] y de gimnasia. De nuestros amigos a quienes más vi fue a los Perfíliev, a los Bashílov[62] y a Gorchakova, y conocimos a Obolénskaia[63]. Estuve en conciertos, disfruté mucho de la música clásica. Llevábamos una vida agradable, y me encantaban todas las cosas de Moscú, incluso nuestra calle Dmítrovka y nuestro sofocante salón-dormitorio y el estudio donde Liova modelaba su caballo rojo y donde solíamos sentarnos los dos por las noches. Petia[64] es una criatura encantadora, cuánto le quiero. Y ahora, cuando a veces me acuerdo de ellos, se me parte el corazón de pena al no poder verlos.

9 de junio. El 22 de mayo nació inesperadamente nuestro hijo

Iliá[65]. Lo esperaba para mediados de junio.

19 de julio. Tenemos un nuevo administrador, que ha llegado acompañado de su mujer.[66] Ella es joven, guapa, *nihilista*. Liova y ella tienen conversaciones largas y animadas sobre literatura, y sobre creencias, conversaciones generalmente largas e inoportunas; conversaciones que son un tormento para mí, halagüeñas para ella. Él solía predicar que en la familia, en nuestra *intimité*, no hay que introducir a extraños, sobre todo a una hermosa y joven criatura, y él ha sido el primero en caer. Yo, claro está, no dejo ver cuánto me desagrada, pero en mi vida ya no hay un instante de tranquilidad. Desde el nacimiento de Iliusha[67] vivimos en cuartos separados, y eso no está bien, puesto que, si estuviéramos juntos, yo no aguantaría más y le espetaría esta misma noche todo lo que se ha ido acumulando dentro de mí, pero ahora no voy a ir a su habitación, y él por su parte tampoco va a venir a la mía. Los niños me dan tanto gozo, tanta alegría, que no estaría nada bien exigir más felicidad, habiendo experimentado ésta. Cuánta dicha me produce amarles. Es una pena que Lióvochka no se acuerde de sus propias reglas. A qué venía decir hoy que un marido nunca se atreverá a causarle ningún disgusto a su mujer si ella es irreprochable. Como si la infelicidad de una mujer se debiera sólo a los malos *actos* de su marido. La infelicidad sería igual de grande si el marido, aunque fuera un solo instante, en lo profundo de su corazón, tuviera dudas del amor por su mujer. En vano echa Lióvochka esas peroratas tan vehementes en compañía de María Ivánovna[68]. En seguida va a dar la una de la madrugada, y no puedo dormir. Tengo el mal presentimiento de que esta nihilista mujer del administrador va a ser mi *bête noire*.

22 de julio. Hoy Liova se ha inventado una excusa cualquiera para visitar esa casa. La propia María Ivánovna me lo ha dicho, y también que estuvo charlando con ella bajo su balcón. ¿Qué motivo podía tener para ir a esa casa cuando estaba lloviendo? Ella le gusta, es evidente, y eso me vuelve loca. Le deseo a esa mujer toda clase de males, aunque sin saber por qué con ella soy especialmente afable. Me pregunto si pronto su marido demostrará que no está capacitado para el trabajo y se marcharán de aquí. De momento los celos me atormentan. Él se muestra conmigo extremadamente frío. Me duelen los pechos, amamanto con terrible dolor y sufrimiento. Hoy he tenido que llamar a Mávrushka[69] para que le diera al bebé un poco de leche adicional y yo pudiera dejar así que mis pechos se recobraran. Cada vez que padezco estos dolores, él se porta mal conmigo. Se vuelve frío,

y a mis sufrimientos físicos se suman los psíquicos, bastante más dolorosos que aquéllos. Me quedo encerrada en mi habitación, mientras ella está en el salón con los niños. Sencillamente, no puedo soportarla. Me irrita ver su belleza, su vivacidad, especialmente en presencia de Lióvochka.

24 de julio. Hoy Lióvochka ha estado de nuevo en esa casa y ha regresado diciendo cuánta pena le dan esa mujer y su vida anodina. A continuación me ha preguntado por qué no les invitaba a comer. Si de mí dependiera, jamás la dejaría entrar en casa. Ay, Lióvochka, no te das cuenta de cómo has caído. El dolor en los pechos me está quitando mucho tiempo y felicidad. Y lo peor es que me he apartado completamente de Lióvochka y él aún más de mí. Le molesta que haya tomado a Mávrushka para ayudarme a amamantar a Iliusha, y a mí también me duele ver cómo el bebé tiene que tomar, junto con la mía, la leche de otra mujer. Sabe Dios cuándo sanarán mis pechos, así que todo va mal. Mi corazón se regocija cuando Liova está descontento con la forma en que se lleva la hacienda. A lo mejor despiden al administrador, y yo me libero de estos celos atroces de María Ivánovna. Él me da pena, pero a ella la odio.

10 de agosto. Hay días en que el alma se ilumina, y te sientes tan feliz que te apetece hacer algo por lo que todos te aprecien y te admiren. En contraste con todas las desgracias de las que he tenido noticia, me considero afortunada. Ayer nos contaba Bíbikov[70] una historia terrible. Muy cerca de aquí, en Yásenki, han fusilado a un soldado, escribano de su regimiento, por haber abofeteado al jefe de su compañía. Lióvochka había intervenido en su defensa cuando fue juzgado por un tribunal militar, pero, evidentemente, el proceso fue una mera formalidad, por desgracia.[71] Y hoy mismo he sabido de la muerte del hijo pequeño de Constance[72], y de lo mal que lo ha pasado la pobre.

Hemos tenido muchas visitas. Las princesas Gorchakov han coincidido con el príncipe Lvov[73] -un hombre muy simpático-y con el gordo de Sollogub[74], que se ha presentado con sus dos hijos adolescentes. Me ha dicho que soy la mujer ideal para un escritor; según él, ésta tiene que ser la *niñera del talento*. Se lo he agradecido; procuraré ser mejor niñera aún del talento de Lióvochka. Mis celos de María Ivánovna se han desvanecido, carecían de fundamento. Todo marcha bien entre nosotros, con naturalidad, aunque mis relaciones con Lióvochka siguen siendo algo frías. Mis hijos son una preciosidad. Seriozha ha empezado a tutearme. Me ha dado pena comprobar cómo

a lo largo del verano se le ha olvidado el abecedario, que se sabía tan bien este invierno.

27 de agosto. Amo a mis hijos con pasión, con desgarro: cualquier sufrimiento, por pequeño que sea, me lleva a la desesperación; una sonrisa, una mirada, me hacen llorar de alegría. Iliusha no se encuentra bien. Estoy esperando a los Diákov, a Tania, a Máshenka[75], que viene con las niñas. Hoy se han instalado en su nueva residencia.[76] Dar el pecho supone un gran esfuerzo, y a menudo me siento débil. Si no quisiera tanto a los niños, todo resultaría más fácil.

1867

12 de enero. Me encuentro en un terrible estado de perplejidad, de angustiosa urgencia, como si pronto debiera acabarse algo. Muchas son las cosas que en breve van a llegar a su fin, y eso me asusta. Los niños han estado continuamente enfermos, y con la inglesa todo es triste e incómodo.[77] Sigue sin entusiasmarme. Dicen que cuando uno está a punto de morir siente ansiedad. Y yo experimento tal ansiedad que siempre estoy corriendo de acá para allá, y hay tantas cosas que atender. Lióvochka ha estado escribiendo frenéticamente todo el invierno, lleno de emoción y con lágrimas en los ojos.[78] En mi opinión, su novela debe de ser soberbia. Todo lo que me lee me emociona también tanto que casi se me saltan las lágrimas, y no sé si eso se debe a que soy su mujer -es decir, obedece a mi simpatía-, o a que es realmente bueno. Creo que más bien a esto último. A nosotros, a la familia, lo único que nos reporta son *les fatigues du travail*, a mí me muestra una impaciente irritación, y últimamente he empezado a sentirme muy sola.

15 de marzo. Anoche, a eso de las diez, se incendiaron nuestros invernaderos y quedaron reducidos a cenizas. Yo ya dormía, Liova me despertó, por la ventana vi una brillante llamarada. Lióvochka sacó a los niños del jardinero y sus bienes mientras yo corría a la aldea en busca de ayuda. No se pudo hacer nada: todas las plantas que ya su abuelo había cultivado y que habían crecido y habían regocijado a tres generaciones estaban destruidas por completo; lo poco que ha quedado probablemente se hiele, y estará requemado. Por la noche no estaba tan afectada, pero hoy he pasado todo el día tratando de contener las lágrimas. Qué disgusto, sobre todo para Lióvochka, se le ve muy disgustado y cada una de sus aflicciones, por pequeña que sea, me afecta y me apena. Había depositado tanto amor en ello y últimamente había dedicado tanto tiempo a las plantas y flores y parecía tan contento porque todo lo que estaba cultivando empezaba a crecer… Nada puede restituirlo, sólo los años traerán consuelo.

16 de septiembre. Sin querer me he pasado todo el día pensando en el 17 de septiembre del año pasado.[79] Dios sabe que no necesito fiestas, ni música, ni bailes, no requiero nada de eso; lo único que necesito es su deseo, su gozo por hacer algo que me satisfaga, por verme contenta, como entonces; si él supiera cuánto le voy a agradecer ese impulso mientras viva. En aquel momento creía firmemente que era feliz, fuerte, hermosa. Ahora me siento igualmente segura de ser detestada, insignificante, fea y débil.

Esta mañana estuvimos hablando de la hacienda, como si fuéramos *uno*, amistosamente y en buena armonía, aunque ahora raras veces hablamos de nada. Yo vivo para los niños y para mis triviales preocupaciones. Hace un momento Seriozha se ha acercado a mí y me ha preguntado: «¿Qué es eso que estás escribiendo?». Y yo le he respondido que lo leerá cuando sea grande. ¿Qué pensará de mí? ¿Me reprobará? ¿Dejarán de quererme también los niños? Además, soy tan exigente que no logro ganarme el amor de los demás.

1868

31 de julio.[80] Me da risa leer mi diario. Qué contrariedades, como si fuera una desdichada. Pero ¿hay alguien más feliz que yo? ¿Puede encontrarse un matrimonio más feliz y armonioso? A veces una se queda sola en la habitación y se echa a reír de alegría y se santigua: quiera Dios que sea así por mucho tiempo. Escribo mi diario siempre que discutimos. Incluso ahora hay días en que reñimos; pero las discusiones son por motivos tan sutiles, tan espirituales, que si no nos quisiéramos no discutiríamos. Pronto cumpliremos seis años de matrimonio. Y, sin embargo, cada vez le quiero más. Él dice a menudo que esto ya no es amor, sino que nos hemos acostumbrado y no podemos estar el uno sin el otro. No obstante, yo sigo amándole con idéntica pasión, celos y poesía, y su serenidad a veces me irrita.

Ha salido de caza con Petia[81]. En verano no se siente inspirado para escribir. De allí irán a Nikólskoie. Yo estoy enferma, me paso en casa prácticamente todo el día. Los niños salen de paseo y no vienen más que a comer algo en la terraza. Ilín[82] es muy agradable. Tania está embobada con Dasha, casi no viene a verme y cuando aparece sólo se queda un momentito. Kuzminski[83] no me hace ni fu ni fa.

1870

5 de junio.[84] Hoy hace cuatro días que le he quitado el pecho a Lióvushka[85]. Con él me ha dado casi más pena que con los demás. Le bendije, me despedí de él, lloré y recé. Para una madre es muy duro la primera separación completa de su bebé. Seguramente, estoy de nuevo embarazada. Con cada niño una va renunciando cada vez más a su propia vida y sometiéndose bajo el peso de las preocupaciones, las angustias, las enfermedades y la edad.

1871

18 de agosto.[86] Anoche estuve despidiendo a Tania, que se marcha con sus hijos al Cáucaso.[87] Mi alma está triste y vacía, y me asusta la idea de tener que vivir alejada de un ser tan querido. Nunca hasta ahora nos habíamos separado. Es como si me arrancaran un pedazo del alma, y no hay posible consuelo. Ninguna persona es capaz de estimularme como ella, de alegrarme en medio de la desgracia, de levantarme cuando estoy desanimada. Miro a mi alrededor: la naturaleza, la vida que me aguarda, pero sin Tania todo me parece estéril y vacío, todo lo veo desolado y sin vida. No encuentro palabras para expresar lo que siento. Algo ha muerto en mi interior, y ya me conozco yo esta tristeza que no se manifiesta de inmediato, sino que se prolonga durante años y, cada vez que la recordamos, nos vuelve a desgarrar el alma. Algo parecido me ocurre con mis constantes desvelos por la salud de Lióvochka. Los dos meses a base de *kumys*[88] no le han servido de mucho; sigue igual de delicado, y eso es algo que no sólo se aprecia racionalmente, sino que se nota al comprobar ese desinterés suyo por la vida y por todas sus manifestaciones que le envuelve desde el pasado invierno. Algo se ha interpuesto entre nosotros, una especie de sombra que nos ha separado. Soy consciente de que, como no sea yo capaz de encontrar en mi interior las fuerzas que me permitan levantarme moralmente, sobreponerme a la partida de Tania, consagrarme con energía a mis hijos y dar un sentido a mi vida, sin desanimarme y deprimirme, no va a ser él quien me ayude a levantarme. Al contrario, siento continuamente cómo me arrastra hacia ese estado melancólico, angustioso y desesperado en el que se encuentra. No es consciente de su situación, pero a mí la intuición nunca me ha fallado. Por eso mismo, sufro más que nadie, pero no me engaño.

El invierno pasado, cuando los dos estuvimos enfermos, algo se quebró en nuestras vidas. Sé que en mí se quebró aquella sólida fe en la felicidad que entonces tenía. Perdí la seguridad, y ahora vivo en el perpetuo temor a que ocurra alguna desgracia. Y, de hecho, las desgracias ocurren. Tania se ha ido. Lióvochka está enfermo. Se trata de las dos personas a las que más quiero en este mundo. A las dos las he perdido. En el caso de Lióvochka, porque ya no es el mismo de

antes. Él lo llama «vejez»; yo lo llamo «enfermedad». Pero, sea lo que sea, ha empezado a separarnos.

1872

[Sin fecha.] [89] Ha sido un invierno feliz; hemos vuelto a vivir en armonía, y la salud de Liócvochka no ha ido mal.

1 de abril. El 30 de marzo Liócvochka ha vuelto de Moscú. Los niños recogen flores amarillas y lilas.

He ayunado; he venido desde Tula en tren, luego en coche; sólo queda nieve en los barrancos, hay muchísimo barro, hace calor, luce el sol. Por la tarde, Liócvochka ha salido de caza; ha traído una becada, y Mitrofán[90] nos ha mandado otra.

3 de abril. Sigue el calor. Ha cazado dos becadas. Hemos mandado las pruebas del *Abecedario*[91]; estuvimos trabajando en ellas hasta las cuatro de la mañana.

5 de abril. Ha vuelto a cazar una becada; antes de comer se ha llevado a los niños de paseo, en dirección al colmenar; no pudieron vadear el río. Yo me volví y estuve paseando con Liolia cerca de casa. Hace mucho calor, el viento es cálido.

6 de abril. Mañana clara y ventosa; después se oyeron truenos y cayó una fuerte granizada. Liócvochka lleva tres noches con tiritonas y no mejora.

8 de abril. Ha caído una tormenta tremenda por la noche, con mucha lluvia. Liócvochka sigue con sus temblores en la espalda, no mejora. Pero está animado, dice que tiene trabajo de sobra para el resto de su vida. Todo está verde, los árboles se cubren de hojas, la pulmonaria ha echado flores, las hierbas ya están altas.

9 de abril. Parece verano.

12 de abril. Ha ido a cazar con Iliusha al bosque talado de Zakaz. Un atardecer prodigioso, tibio y claro. Qué delicia. La luna llena se ha alzado por encima de los árboles.

16 de abril. Domingo de ramos. Noche de lluvia, tormentosa. Ha amanecido nublado, ha vuelto el frío.

18 de abril. L. ha ido a cazar con Bíbikov, ha cobrado tres piezas en Zaseka[92]. Sigue haciendo frío.

19 de abril. Liócvochka se ha pasado toda la noche, hasta el amanecer, mirando las estrellas.

20 de abril. Hemos ido con los niños y con Varia[93] a recoger

violetas. Todo es frescor. Yo tengo algo de fiebre. Lióvochka está bien. Por la tarde ha venido el prometido de Varia.[94]

21 de abril. Hemos ido a buscar colmenillas con los niños, con Varia y con Nagórnov. Hemos traído una cesta llena. Seguía el fresco. Lióvochka, Varia y su prometido han salido de caza. El sol, al ponerse, era una brillante esfera de fuego. La tarde ha sido más cálida y serena, once grados. El tilo ya casi se ha cubierto de hojas. También hay brotes en los demás árboles, salvo en el roble, que sigue como antes. Por la mañana Lióvochka trajo un ramillete de flores y ramas de distintos árboles.

23 de abril. La noche ha sido fría; la mañana tranquila, clara, refrescante. El cielo está despejado. Ayer Lióvochka comentó que ciertos robles empiezan a abrirse; en algunas partes, los tilos ya están en todo su esplendor.

27 al 28 de abril. Lióvochka se ha marchado esta noche a Moscú. Masha[95] está muy mal.

30 de abril. Calor insoportable, y tormentas noche y día.

13 de mayo. Lióvochka ha traído un escaramujo plagado de flores.

14 de mayo. Lióvochka, Stiopa[96] y Seriozha han ido a Nikólskoie.

15 de mayo. Nos hemos dado un baño, hemos preparado café y hemos cogido setas en nuestro abedular. Mucho calor.

16 al 17 de mayo. Ya han vuelto de Nikólskoie; frío y cubierto.

18 de mayo. Hannah ha ido a Tula a comprar juguetes para los niños. Hemos salido a coger setas y nos ha sorprendido un chaparrón que nos ha dejado ateridos. Ayer Lióvochka se enfadó mucho, porque no nos llegan las pruebas, y escribió a Moscú pidiendo que le devuelvan el original, que está en manos de Ries[97]. Hoy le ha escrito a Lieven, acerca de Sasha.[98] Las acacias están encharcadas. Ahora el ambiente está seco, sopla el viento y hace frío.

26 de mayo. Un calor espantoso. Lióvochka ha ido en tren a Tula con Iliusha. Yo he estado bañándome con los niños. El escaramujo ha perdido las flores. Ayer se vendió el heno del jardín.

1873

13 de febrero. Lióvochka se ha marchado a Moscú,[99] y sin él he pasado todo el día aburrida, mirando al vacío, con ideas en la cabeza que me turban, me atormentan o no me dejan en paz. Siempre que me encuentro en este estado de angustia mental, me pongo a escribir mi diario. En él vacío mi estado de ánimo y recobro la sobriedad. Me siento culpable, necia, insincera y ruda. ¿Qué haría yo sin este honorable y constante apoyo, que venero con todas mis fuerzas, con los mejores y más claros puntos de vista sobre todas las cosas? Y a veces, de repente, buscas en tu corazón en los momentos de angustia y te preguntas qué es lo que quieres. Y te respondes con espanto: deseo alegría, cháchara, vestidos elegantes; quiero gustar y oír que soy hermosa, quiero que todo eso lo vea y lo escuche Lióvochka, quiero que él también salga de vez en cuando de su vida de recogimiento, que a él mismo a veces le agobia, y juntos los dos vivamos la vida que vive tanta gente corriente. Y con un grito en el alma renuncio a todas esas cosas con las que, como a Eva, me tienta el diablo, y tengo entonces aún peor opinión de mí misma que nunca. Odio a la gente que me dice que soy bella; nunca lo he creído, y ahora ya es tarde. ¿Adónde me llevaría la hermosura? ¿Para qué la querría? Mi adorado Petia[100] ama a su vieja aya como amaría a una belleza. Lióvochka se acostumbraría al rostro más feo, con tal de que su mujer fuera mansa y sumisa, y viviera la vida que él ha elegido para ella. Me gustaría volverme del revés y poner al descubierto todo lo malo, ruin y falso que hay dentro de mí. Hoy quiero rizarme el pelo e imagino con sumo placer lo bien que me va a quedar, pese a que nadie va a verme y no lo necesito. Me encantan los lacitos, me apetece un cinturón de piel nuevo, pero ahora mismo, justo cuando acabo de escribirlo, me dan ganas de echarme a llorar…

Los niños están en el piso de arriba, esperando a que les dé su clase de música, y estoy escribiendo todas estas tonterías en el despacho de abajo.

Hoy hemos estado patinando; los chicos se chocaban con su profesor Fiódor Fiódorovich[101]; me daban lástima, y a duras penas he podido evitar que Fiódor Fiódorovich se ofendiera y he conseguido

consolar a los niños. La nueva inglesa, que llegó anteayer por la mañana, no me cae nada bien; es demasiado *commune* y apática para mi gusto.[102] Pero aún es pronto para juzgarla.

17 de abril. Ha nevado toda la mañana; cinco grados; no hay hierba, ni calor, ni sol, ni la radiante y melancólica alegría primaveral que llevamos tanto tiempo esperando. Igual que la naturaleza, mi alma está gélida, lúgubre y triste. Lióvochka escribe su novela, que marcha estupendamente.

11 de noviembre. El 9 de noviembre, a las nueve de las mañana, murió mi pequeño Pétiushka debido a una infección de garganta. Murió tranquilamente tras dos días de enfermedad. Nació el 13 de junio de 1872 y le di el pecho durante sus catorce meses y medio de vida. Era un niño sano, listo y alegre. Mi querido hijo: le amaba demasiado y ha dejado un tremendo vacío. Le enterramos ayer. Y no puedo conciliar al Petia vivo con el Petia muerto; ambos me son queridos, pero qué distinto es el vivo, tan radiante y afectuoso, del muerto, tan tranquilo, serio y frío. Estaba muy apegado a mí, ¿le apenaría que yo me quedara y que él tuviera que dejarme?

1874

17 de febrero.[103] Cuando pienso en el futuro no veo más que vacío. En cuanto la verde hierba cubra la fosa de Petia, cavarán una para mí; no puedo quitarme ese sombrío presentimiento de la cabeza.

1875

12 de octubre.[104] El aislamiento de la vida en el campo empieza a hacérseme insoportable. Profundamente apática, indiferente a todo, día tras día, mes tras mes, año tras año, siempre igual. Me despierto por la mañana y no me muevo de la cama. ¿Qué puede hacer que me levante, qué novedades me esperan? Ya sé que va a venir el cocinero, que la niñera va a quejarse de que nadie está satisfecho con la comida, de que falta azúcar y tienen que traerla. Después, con el hombro derecho dolorido, me tocará ponerme a zurcir en silencio; luego vendrán las clases de gramática y las escalas, cosa que hago con gusto, aunque con pesar, sabiendo que no lo hago tan bien como querría. Después, por la tarde, vuelta a los zurcidos, mientras la tía[105] hace sus eternos solitarios en compañía de Lióvochka, algo que me resulta odioso. La lectura supone una breve satisfacción, pero ¿cuántos libros buenos puede haber? En días como hoy, tengo la sensación de vivir en un sueño. Pero estoy viviendo, no estoy soñando. De modo que acudo a la iglesia, al oficio de vísperas, y rezo como nunca rezo cuando estoy despierta, o contemplo una preciosa galería de cuadros, o veo unas flores prodigiosas, o me encuentro con una multitud que no detesto ni intento evitar, sino que simpatizo con todo el mundo.

Sólo Dios sabe lo mucho que he luchado en este año contra este tedio ignominioso; cómo me he armado de valor y me he convencido de que la vida en el campo es lo mejor para mis hijos, para su salud física y moral, y así he conseguido acallar mis sentimientos personales, egoístas. Pero ahora veo con horror cómo esta vida conduce a una apatía espantosa, a una absoluta indiferencia, propia de animales, y eso me asusta sobremanera, porque es un estado de ánimo especialmente difícil de combatir. Y, además, no es sólo cosa mía: con los años, mis lazos con Lióvochka se han ido volviendo cada vez más estrechos, y noto cómo me arrastra hacia ese estado de apatía y de melancolía. Me duele ver en qué se ha convertido. Hundido, decaído, se pasa los días, las semanas sin hacer nada, sin energía, sin ninguna alegría, y parece resignarse a su situación. Es una especie de muerte moral, que yo no le deseo, y él sabe que *así* no puede seguir mucho tiempo. Tal vez mi punto de vista sea banal o equivocado. Pero creo que esta situación -una situación que es obra suya, y que a mí me

resulta tan dura-, este terrible aislamiento y monotonía de nuestra vida, contribuye a nuestras respectivas apatías. Y, cada vez que pienso en el futuro, en nuestros hijos mayores, en sus vidas, en sus eventuales necesidades, en nuestra obligación de proporcionarles una educación, y pienso después en Lióvochka, me doy cuenta de que él, con su apatía y su indolencia, no me va a servir de ayuda: él no está en condiciones de tomarse nada en serio, de modo que toda la responsabilidad íntima, todo el sufrimiento por los fracasos de los hijos, va a recaer sobre mí, y no sé cómo voy a ser capaz de aguantarlo todo y ayudar a los niños, sobre todo con esta tristeza de ver a Lióvochka apagado y abúlico. Aunque los demás hayan perdido la esperanza, yo sigo confiando en que Dios vuelva a insuflar en Lióvochka ese fuego que le ha hecho vivir y que le hará vivir.

1876

15 de septiembre. Llevamos una vida de recogimiento, y aquí estoy de nuevo con mi silencioso interlocutor, el diario. Pretendo escribir cada día escrupulosamente en él. Lióvochka se marchó a Samara y luego viajó a Oremburgo, adonde tenía muchas ganas de ir. He recibido un telegrama que me ha enviado desde allí.[106] Le echo de menos y estoy aún más preocupada. Trato de convencerme de que me alegro de que se esté divirtiendo, pero no es verdad, no me alegro, incluso me ofende que en medio de un momento delicioso de nuestro mutuo amor y amistad -así era en los últimos tiempos-haya podido alejarse voluntariamente de mí y de nuestra felicidad y castigarme con dos angustiosas semanas sin él.

He emprendido, con energía y con profundo deseo de hacerlo bien, la enseñanza de los niños. Pero, Dios mío, qué poca paciencia tengo, cómo me enfado y les grito. Hoy me ha irritado en extremo la mala redacción de Seriozha sobre el Volga, sus faltas de ortografía, y la pereza de Iliá. Cuando estaba a punto de acabar la clase rompí a llorar. Los niños se sorprendieron, pero a Seriozha le dio pena de mí; eso me emocionó; después no se apartaba de mi lado ni un segundo, estuvo callado y atento. Las relaciones con Tania son tensas. Qué triste es tener que bregar con los niños en una eterna batalla. No es que tenga una mala idea al respecto; sencillamente, me gustaría disfrutar de mayor libertad de movimientos. Me fatigo mucho; mi salud es mala, me cuesta respirar, me duele el estómago y tengo trastornos digestivos. El frío me hace sufrir y voy toda encogida.

17 de septiembre. Mi onomástica. Ha pasado un día más sin Lióvochka y sin tener noticias de él. Esta mañana me he levantado perezosa, medio enferma, abrumada por las preocupaciones cotidianas. Los niños salieron con Stiopa[107] a volar sus cometas, vinieron corriendo a buscarme, excitados y sofocados. No fui con ellos. Había ordenado que me trajeran del armario donde se guardan las armas todos los papeles de Lióvochka y me disponía a adentrarme en el mundo de sus obras literarias y diarios. Llena de emoción,

experimenté toda clase de impresiones. Pero no soy capaz de escribir la biografía suya que tenía pensado elaborar, porque no puedo ser imparcial. Busco con avidez en las páginas de su diario cualquier referencia amorosa, y ardo de celos, y eso me ofusca y me confunde continuamente. Lo intentaré, no obstante.[108] Temo por mi resentimiento y hostilidad hacia Lióvochka por haberse marchado; le quería tanto antes de su partida, pero ahora todo el tiempo le reprocho que me haya causado tanto dolor y angustia. Es terrible comprobar cómo le asusta mi enfermedad y cómo me hace sufrir con su ausencia en el peor momento para mi salud. Últimamente la angustia me impide dormir por las noches, no como apenas nada; reprimo las lágrimas o lloro a escondidas varias veces al día de inquietud. Sufro todos los días un estado febril, y de noche siento temblores y agitación nerviosa; es como si la cabeza me fuera a estallar. Estas dos semanas le he estado dando vueltas a todo. Hoy todo ha ido bien con los niños; temo estar inspirando en ellos con excesiva frecuencia su compasión por mí. Me complacen tanto sus atenciones. Tania se está poniendo muy guapa; me altera mucho con su enamoramiento infantil del violinista Ippolit Nagórnov.[109] Después de desayunar no les he dado clase; fue como si de repente me quedara sin energía, y era incapaz de hacer nada. Ayúdame, Dios mío, a resistir unos pocos días más; me sigo preguntando por qué sufro castigo por haber amado tanto. Y ahora esta felicidad se ha desmoronado, y yo estoy furiosa porque de nuevo se ven reprimidos mis impulsos amorosos y mi disfrute de la felicidad.

18 de septiembre. Hoy he recibido un telegrama suyo desde Syzran[110]. Llega pasado mañana por la mañana.[111] Y de repente ha vuelto la alegría, y ha resultado sencillo enseñar a los niños, y en casa todo parecía tan luminoso, tan estupendo, y los niños eran adorables. Pero me duele el pecho, puede que caiga enferma; hoy he roto a llorar, pensando con temor en nuestra plácida vida en común. He tenido que hablar sin parar cuando les he dado clase a los niños, y eso ha sido una agonía. Me faltaba el aire. Por la tarde han bajado malhumorados de su lección con *monsieur* Rey[112]; al parecer, se habían portado mal en clase y les ha puesto a todos una mala nota por su comportamiento. Le dije a Seriozha que, como había sido travieso, no le iba a dejar ir a cazar, y que esperaba que se corrigiese con el castigo. De pronto, Seriozha montó en cólera y replicó: «*Au contraire*!», lo cual me dolió muchísimo. Pero después, al darme las buenas noches, me preguntó si seguía enfadada con él, y eso me alegró tanto que le perdoné. Stiopa es muy atento y me ayuda mucho; enseña a los niños, repasa con ellos las lecciones. Cuando pienso que pasado

mañana llega Lióvochka, me da un brinco el corazón, como si trajera la luz a casa.

1877

27 de febrero.[113] Hoy he estado releyendo los viejos diarios de Lióvochka, me he dado cuenta de que no puedo escribir los «materiales para una biografía», como pretendía. Su vida interior es tan compleja, la lectura de sus diarios me conmueve tanto que me embrollo con las ideas y los sentimientos y no puedo observarlo todo juiciosamente. Me da pena abandonar mi sueño. Puedo tomar notas de nuestra vida actual y de todas sus palabras y discursos sobre su actividad intelectual, y en esto procuro ser concienzuda y no dejarme vencer por la pereza. Él se encuentra en Moscú, ha ido a corregir las pruebas para el libro de febrero[114] y a ver a Zájarin[115] para pedirle consejo sobre los dolores de cabeza y la congestión cerebral.[116]

Cuando hace unos días le pedí a Lióvochka que me contara algo sobre su vida pasada, me dijo: «Ay, no me preguntes, por favor; los recuerdos me alteran en exceso y yo ya estoy viejo para revivir en ellos mi vida entera».

1878

22 de septiembre. Lióvochka e Iliusha han salido a cazar con los galgos; a ver si traen unas liebres. A Andriusha[117] le han vacunado de viruela.

23 de septiembre. Aniversario de boda; hoy hace dieciséis años. He estado enseñándoles alemán a los niños. Todo está muy bien, hace un día sereno, cálido, luminoso. Andriusha nos alegra la vida.

24 de septiembre. Domingo. Me he levantado tarde. Lióvochka había ido a misa; hemos tomado café los tres juntos: Lióvochka, Máshenka (su hermana) y yo. Después de desayunar, los niños han ido caminando hasta Yásenki. Máshenka se ha marchado a Tula con Ulianinski[118], el estudiante que le da clases de latín y de griego a Seriozha; Lióvochka y Seriozha han cogido las escopetas y los galgos y han ido de caza. Yo me he quedado en casa, cosiendo unas cazadoras para los pequeños. Después he ido a Yásenki en coche, en compañía de Masha y de Anna[119], a recoger a los niños. Antes de salir, se ha presentado el príncipe Urúsov[120], armado con su escopeta, y se ha ido en busca de nuestros cazadores. En Yásenki hemos encontrado a los niños en la tienda; habían comprado golosinas y se las estaban comiendo. Nos hemos juntado todos a la hora de comer. Después, hemos estado jugando al cróquet, aunque ya había poca luz. Lióvochka, Iliusha y yo, contra *monsieur* Nief[121], Liolia y Urúsov; han ganado ellos. A la caída de la tarde, Liówochka y Urúsov han jugado al ajedrez, mientras los niños tomaban dulces. Estaban muy alborotados. Yo leía *Le Journal d'une femme* de Octave Feuillet[122]. Está muy bien, resulta ideal. El desenlace no es natural. Pero parece escrito con la intención de servir de contraste a la literatura más reciente, demasiado realista. Son las doce de la noche, Liócochka está cenando, nos vamos a acostar en seguida.

6 de octubre. Estoy enferma, con un fuerte catarro, y me duele todo el cuerpo. Por la mañana entré a ver a Lióvochka, que estaba trabajando en su despacho. Me contó que era el décimo intento de escribir el principio de una nueva obra. Empieza con una vista judicial en la que se enfrentan unos campesinos y un terrateniente. El proceso se basa en documentos auténticos, e incluso va a respetar las fechas. A partir de ese proceso, como de una fuente, van brotando los hechos, que afectan a la existencia de los campesinos y del terrateniente, extendiéndose hasta San Petersburgo y otros escenarios donde intervienen diferentes personajes.[123] Me ha gustado esa *entrée en matière*. Los niños están estudiando. Están bastante vagos y sólo piensan en sus juegos.

16 de octubre. Esta mañana me he levantado tarde; como de costumbre, los niños han ido entrando en mi dormitorio, uno tras otro, y después Lióvochka. A Andriusha, que había dormido en mi cuarto, le he dado el pecho antes de que se lo llevaran, y luego he tomado medidas para un vestido nuevo, muy bonito. Más tarde he estado un rato con su hermano Seriozha, que no estaba de buen humor porque le habíamos llevado a Pirogovo. Les he dado clase de alemán a Liolia e Iliusha. Después de comer, Lióvochka se ha marchado a Tula, a una junta del Gimnasio Real[124], a cuyo patronato pertenece. Yo he retomado mi esbozo biográfico de Lióvochka, destinado a la nueva edición de la Biblioteca Rusa, que incluirá una breve selección de sus obras a cargo de Strájov[125]. La publica Stasiulévich. Me he dado cuenta de que no es nada fácil escribir una biografía. Algo he escrito, pero mal. Los niños no me dejaban en paz, le he dado el pecho al pequeño, hacían ruido. Además, lo que sé de la vida de Lióvochka antes de casarnos no es suficiente para una biografía. Me he inspirado en biografías de Lérmontov, de Pushkin y de Gógol. Soy una gran aficionada a la lectura de poemas y me sumerjo con enorme placer en el mundo de la poesía, que adoro. Pero, por desgracia, los poetas son personas con graves defectos; la biografía de Lérmontov emborrona su figura. Otra vez estamos leyendo a Dumas; a los niños les cautiva cada vez con más fuerza. Le he cosido una blusa de marinero a Andriusha. Estoy leyendo *L'idée de Jean Têterol* de Cherbuliez[126], y me está gustando mucho. En ausencia de Lióvochka me acompaña por las tardes *mademoiselle* Gachet. Hoy Lióvochka no ha escrito. Se limitó a decirme por la mañana: «Qué bien va a estar esto».

23 de octubre. Esta mañana, después de tomar café conmigo, se ha ido de caza a Zaseka con los galgos. Yo le he dado clase de ruso a

Masha, después a Liza de francés, más tarde a Liolia de alemán. Lióvochka ha vuelto a la hora de comer, con tres liebres. Seriozha ha interpretado al violín una sonata de Haydn, lo ha hecho bastante bien. Por la tarde, Lióvochka ha estado interpretando, también al violín, sonatas de Weber y de Schubert, mientras yo le hacía un bordado de seda roja al vestidito blanco de cachemir de Andriusha y disfrutaba de la música. El tiempo no es bueno, sopla el viento. Lióvochka dice ahora que ya está harto de leer documentos históricos, que se va a tomar un descanso leyendo el *Martin Chuzzlewit* de Dickens. Y yo ya sé que cuando a Lióvochka le da por leer novelas inglesas es que está a punto de ponerse a escribir.

Los niños están sanos. Liolia es muy buen estudiante, Iliá está entusiasmado bordando no sé qué sobre cañamazo, Masha no para de sonreír y es muy tranquila y obediente, pero yo nunca consigo entenderla. Tania es callada y perezosa, le falta energía, aunque tampoco es caprichosa. (Un aldeano ha dejado la casa limpia de ratas y ratones, y le hemos dado cinco rublos.)

6 de noviembre. Niebla, ambiente pesado. He estado leyendo en alemán con Liolia, y por la tarde con Iliusha. Le he dado a Masha clase de ruso; me ha recitado unos versos de Pushkin -«La tempestad vela el cielo con la bruma…»- bastante bien, pero los ha copiado fatal, y le he arrancado la hoja del cuaderno. Ha venido Aleksandr Grigórievich; no les está enseñando nada a Iliá y a Liolia. Lióvochka ha salido a cazar; ha vuelto con dos liebres. Está deprimido, porque no consigue escribir. Por la tarde estaba leyendo *Dombey e hijo*, de Dickens, cuando de pronto ha dicho: «¡Caramba, he tenido una idea!». Le he preguntado de qué se trataba; al principio, no me ha querido responder, pero después ha dicho: «He estado ocupado con esa anciana, imaginando su físico, su aspecto, las cosas que piensa; pero lo principal era proporcionarle un *sentimiento*. El sentimiento de que su marido, el viejo Guerasimóvich, está encerrado, sin culpa alguna, en una prisión, con media cabeza rapada, y ese sentimiento no la abandona ni un instante»[127]. Después se sentó al piano y empezó a improvisar. Yo he leído en la *Revue des deux Mondes* un artículo sobre el arte y los artistas y después he guateado una colcha para Andriusha. Los niños han discutido esta tarde sobre quién era más cursi: se han metido con Tania por su manera de comportarse en casa de los Delvig. Todos estamos sanos.

24 de noviembre. Llevo tres días mala, con fiebre, catarro, tos y dolor de muelas. Continúa el buen tiempo, aún no hemos visto la

nieve. Nos ha dejado Grigori[128]. Andriusha sigue con diarrea, está aprendiendo a gatear. Por la tarde, le he tomado la lección a Liolia. Me estaba contando la peregrinación de los judíos por el desierto cuando, de pronto, ha dudado; al darse cuenta de que le iba a tocar repetirlo, ha empezado a sollozar y ha gritado: «¡No puedo, no puedo! ¡Me da igual que me suspendan!». Ahí lo hemos dejado, aunque bien sabe Dios que he estado muy paciente y muy suave con él, y hemos aplazado la clase hasta mañana.

Estoy triste. Me asaltan terribles celos y sospechas en relación con Lióvochka. A veces siento que es una forma de locura, y no paro de susurrar: «¡Ayúdame, Señor!». Si algo de lo que pienso sucediera, me volvería loca.

Anoche estaba dando el pecho a Andriusha en silencio, prácticamente a oscuras, sin más luz que la de una lamparilla; la niñera había ido a colgar los pañales; de repente, oí a Anna gritar en el cuarto de los niños: *Serosha, dare not! Serosha!*[129] Me asusté mucho, acosté a Andriusha en la cuna y fui a ver qué pasaba. Resultó que Anna estaba gritando en sueños. Arropé a Tania y a Masha, que se habían destapado mientras dormían, y me fui a la cama. La fiebre me hacía temblar, y no dormí en toda la noche. Acaban de traer un abrigo de piel para Tania, así como una chaquetilla y un gorro. La chaquetilla de zorro me queda estrecha por detrás y corta de mangas.

Lióvochka lleva dos días sin salir de casa. El miércoles estuvo en Tula, comiendo con los Samarin. Yo hoy he escrito una nueva versión del esbozo biográfico, pero es demasiado largo, y tampoco sirve.

1879

18 de diciembre.[130] Ha pasado más de un año. Espero el momento de dar a luz, que se ha retrasado. El nuevo niño me infunde tristeza, mis horizontes se han estrechado, mi vida se ha vuelto más sombría y constreñida. Los niños y toda la casa se hallan en estado de tensión con la proximidad de las fiestas y el retraso del parto. Hace un frío horrible, más de veinte grados bajo cero. Masha ha estado una semana mal de la garganta y ha tenido fiebre. Hoy se ha levantado. Lióvochka ha ido a Tula a acompañar a Bíbikov, que se marcha a Moscú a ocuparse de la impresión de la nueva edición de sus obras.[131] Se ha comprometido a comprar algunas cosas para el árbol de Navidad. Está escribiendo mucho sobre religión. Andriusha ilumina mi vida entera, es un encanto.

Dos días después de escribir lo anterior, ha nacido Misha[132] a las seis de la mañana del 20 de diciembre de 1879.[133]

1882

28 de febrero. Llevamos en Moscú desde el 15 de septiembre de 1881. Vivimos en la casa del príncipe Volkonski en el callejón Dénezhny, cerca de Prechístenka.[134] Seriozha va a la universidad, Tania asiste a la escuela de dibujo en la calle Miasnítskaia, Iliá y Liolia van al instituto Polivánov, aquí al lado. Nuestra vida en Moscú sería magnífica si Lióvochka no fuera tan infeliz aquí. Es demasiado impresionable para soportar la vida en la ciudad y, además, su talante cristiano no encaja bien con el ambiente de lujo, parasitismo, conflictos de la vida urbana. Ayer se marchó a Yásnaia con Iliá para trabajar y relajarse.

26 de agosto. Hace veinte años, cuando era joven y dichosa, comencé a escribir este libro, toda la historia de mi amor a Lióvochka. En él prácticamente no hay nada más que amor. Y ahora, al cabo de veinte años, me paso toda la noche sentada en soledad, leyendo y llorando mi amor. Por primera vez en nuestra vida, Lióvochka ha huido de mí y se ha quedado a dormir en el despacho. Hemos reñido por una bobada: me he metido con él porque no se ocupa de los niños, y no me ayuda cuando tengo que cuidar a Iliusha, que está malo, o cuando les hago unas chaquetas. Pero no se trata de las chaquetas, sino de su frialdad conmigo y con los niños. Y él me ha soltado, a voz en grito, que su mayor deseo es dejar a la familia. Jamás podré olvidar, mientras viva, ese grito sincero y desgarrador. Ruego a Dios que me deje morir, pues me resulta horrible vivir sin su amor, y he sentido claramente el momento en que su amor se ha alejado de mí. No le puedo demostrar lo mucho que le quiero, que es tanto como hace veinte años. Eso es algo que *a mí* me humilla y *a él* le cansa. Se ha imbuido de ideas cristianas de perfeccionamiento. Tengo celos… Iliusha está enfermo, está acostado en el salón con fiebre, tiene tifus; me ocupo de que se le administre quinina con los intervalos prescritos, que son muy breves, y temo que nos saltemos alguna dosis. Hoy no voy a acostarme en el lecho que mi marido ha abandonado. ¡Ayúdame, Señor! Quiero quitarme la vida, estoy muy confusa. Han

dado las cuatro de la madrugada.

Me he dicho a mí misma que, si no volvía, eso significa que quiere a otra. Y no ha venido. Antes sabía cuál era mi deber, pero ¿y ahora?

Ha vuelto, pero no nos hemos reconciliado hasta el día siguiente. Los dos hemos llorado, y he comprobado con alegría que no había muerto ese amor que he estado llorando en esta horrible noche. Jamás olvidaré esta hermosa mañana, clara y fría, con brillante rocío de plata, en la que, tras pasar la noche en vela, he recorrido el sendero del bosque para ir a bañarme. Hacía mucho que no veía tan solemne belleza en la naturaleza. Me he quedado un buen rato metida en el agua gélida, con idea de resfriarme y morir. Pero no me he resfriado, sino que he vuelto a casa y me he puesto a dar el pecho al sonriente Aliosha, que se ha alegrado al verme.[135]

10 de septiembre. La tía Tania se ha marchado con su familia a San Petersburgo,[136] y Lióvochka con Liolia a Moscú.[137] Último día de calor. He ido a bañarme.

1883

5 de marzo (Moscú).[138] Como siempre, el sol primaveral ejerce un poderoso influjo sobre mí. Cómo resplandece en mi estudio, situado en el piso de arriba. Por mi cabeza, en el sosiego de esta primera semana de cuaresma, pasa todo lo vivido durante el reciente invierno. He hecho vida social, he disfrutado de los éxitos de mi hija Tania y de los éxitos que me ha procurado mi aspecto juvenil; he disfrutado del ocio, de todo lo que ofrece la sociedad. Pero nadie me creería si dijera que los momentos de desesperación eran más frecuentes que los de regocijo, y en esas ocasiones me decía: «No está bien esto que estoy haciendo». Pero no podía, y *no sabía* cómo parar. Tengo muy claro que no vivo y actúo obedeciendo mi propia voluntad, sino según los dictados de Dios, del Destino, o como quiera que se llame esa voluntad suprema que controla hasta el más insignificante asunto.

Hace tres días, o sea, el 2 de marzo, le retiré el pecho a Aliosha, y otra vez estoy sufriendo la agonía de la primera separación del hijo amado. Se repite una y otra vez, es algo inevitable.

La vida en esta casa, bastante alejada del bullicio ciudadano, resulta mucho mejor y más sencilla que nuestra vida del año pasado. Lióvochka se muestra calmado y amable; a veces estallan los antiguos reproches y amarguras, pero son menos frecuentes y más breves. Cada día se vuelve más bueno.

Sólo Dios sabe lo que estaba sucediendo en mi alma, pero en verano y en otoño no quería viajar a Moscú, no me sentía con fuerzas para soportar yo sola todo el peso y la responsabilidad de la vida en la ciudad. En Yásnaia Poliana dejaba todo lo que amaba y todo aquello a lo que estaba acostumbrada. Y cuánto apreciaba todo aquello, en el momento de mi partida. Y el regreso no fue posible hasta el año pasado… Pero este segundo traslado ha sido cosa de los niños y del padre, no mía. Y, sin embargo, ha resultado providencial, una intervención divina que ha contribuido a la felicidad de la familia… ¿Por qué? Lióvochka continúa escribiendo imbuido del espíritu cristiano,[139] y se trata de un trabajo interminable, ya que no se puede publicar. Y también *esto* es necesario, también *esto* obedece a la voluntad divina, y acaso pueda servir a un fin más alto.

1885

24 de marzo.[140] Domingo de Resurrección. Ayer Lióvochka regresó de Crimea, adonde había ido a acompañar a Urúsov,[141] que está enfermo. En Crimea ha recordado la guerra de Sebastopol, ha caminado mucho por las montañas y ha admirado el mar. Cuando iba con Urúsov de camino hacia Simeíz, pasaron por el lugar donde Lióvochka había estado apostado durante la guerra con su cañón; en ese preciso lugar, él mismo, y una sola vez, disparó. De eso hace casi treinta años.[142] Y ahora, yendo con Urúsov, se bajó de pronto del landó y se puso a buscar algo. Resulta que había visto, al borde del camino, una bala de cañón. ¿No sería la misma bala que había disparado el propio Lióvochka durante la guerra de Sebastopol? Nadie más ha podido nunca volver a disparar allí. Sólo había un cañón. Ya es de noche: los niños mayores están reunidos con los Olsúfiev, y Lopatin canta.

1886

25 de octubre (Yásnaia Poliana). Todos en esta casa -especialmente Lev Nikoláievich, a quien los niños siguen como corderitos-me han asignado el papel de *azote* de la familia. Después de haberme cargado con todo el peso y la responsabilidad de los hijos, de la administración de la casa, de las finanzas, de la educación -en definitiva, de toda clase de elementos materiales, de los que ellos han disfrutado mucho más que yo-, se presentan ante mí, revestidos de virtud, y con una expresión fría, calculadora, estudiada de antemano, me piden un caballo para un campesino, dinero, harina y cosas así. Yo no me dedico a administrar la hacienda -no tengo ni tiempo ni aptitudes para eso-, no soy yo quién para dar esa clase de instrucciones, sin saber, en un momento dado, si de verdad hace falta ese caballo. Todas estas disputas tediosas, cuando desconozco cómo está aquí la situación, me desconciertan y me irritan.

Cuánto me gustaría, a menudo, abandonarlo todo y dejar esta vida, de una forma o de otra. Dios mío, qué cansada estoy de vivir, de luchar y de sufrir. ¡Qué profunda es la maldad inconsciente de las personas más próximas a mí, qué profundo es su egoísmo! Pero, a pesar de todo, ¿por qué sigo adelante? No sé; supongo que porque no tengo más remedio que hacerlo. Aquello que (de palabra) preconiza mi marido, yo nunca podría llevarlo a la práctica sin antes romper con todos los vínculos materiales y afectivos que me atan a mi familia. Así que sólo pienso en una cosa, día y noche: escapar, escapar, de una forma o de otra, de esta casa o de esta vida, escapar de esta crueldad, de tantas exigencias sin tasa. He acabado por anhelar la oscuridad. En cuanto oscurece, me pongo contenta; en esos momentos, convoco en mi imaginación todo aquello que he amado, y me rodeo de esos fantasmas. Anoche me sorprendí a mí misma pensando en voz alta. Me asusté, pensando que estaba enloqueciendo. Y, ya que anhelo la oscuridad, ¿debería anhelar también la muerte?

Los últimos dos meses -los de la enfermedad de Lev Nikoláievich[143]- han sido, por raro que parezca, un período de felicidad, aunque también hayan sido un tormento. Día y noche le he estado cuidando; tenía una tarea gratificante e inequívoca:

sacrificarme por una persona a la que amo. Ésa es la única cosa que sé hacer bien. Cuanto más esfuerzo suponía, más feliz era yo. Ahora ya puede caminar, casi se ha recuperado. Me ha dado entender que ya no le hago falta, así que, una vez más, ha vuelto a arrojarme como un objeto inútil, del que sólo se espera y se exige una cosa -como siempre ha ocurrido en mi vida y en mi familia-: la imprecisa y desmesurada renuncia a sus propiedades, a sus creencias, a la instrucción y el bienestar de sus hijos. Algo que ni yo -una mujer a la que no le falta energía-ni millares de personas, por muy convencidas que estén de la autenticidad de tales principios, estamos en condiciones de llevar a cabo.

Llevamos viviendo en Yásnaia Poliana más tiempo de lo normal. No hay fuerzas para emprender nada. Pero la conciencia no descansa y nos echa en cara nuestra falta de energía. Hay que seguir con firmeza por el camino que creemos justo; pero yo, si sigo en él, es sólo por inercia. Me imagino que pronto iré a Moscú, reuniré a la familia, me ocuparé de los asuntos editoriales y conseguiré el dinero que luego, con afectada indiferencia a sí mismo y con hostilidad a mí, me exige por todas partes Lev Nikoláievich para sus protegidos y sus pobres, que no son realmente los más pobres, sino los más descarados, los que mejor se han dado cuenta de cómo tienen que tratarlo para obtener algo de él, como Konstantín, Gania[144], Aleksandr Petróvich y otros. Mis hijos, que me atacan por mis discrepancias con su padre, me exigen todo lo que pueden… Escapar, escapar: tengo que escapar como sea. No tengo fuerzas suficientes, no siento amor bastante, para seguir porfiando, luchando y aguantando. Por ahora voy a seguir escribiendo mi diario. Seré más buena, más callada. Pero hasta aquí ha llegado mi agitación.

Otoño gris y deprimente. Andriusha y Misha han estado patinando en el estanque. A Tania y a Masha les duelen las muelas. Lev Nikoláievich se propone escribir un drama sobre la vida campesina.[145] Quiera Dios que vuelva a dedicarse a esa clase de obras. Se queja de dolor en un brazo: reumatismo. *Madame* Seuron es muy agradable y alegre, y trata muy bien a las niñas.

Los chicos -Seriozha, Iliá y Liova-llevan una vida misteriosa en Moscú y me tienen muy preocupada. Tienen una extraña actitud ante las pasiones y debilidades humanas, y ante las suyas propias: consideran que son algo natural, y tienen que existir; si conseguimos superarlas, es mérito nuestro. Pero ¿por qué *tienen* que existir las debilidades? Es verdad que existen, y que conseguimos superarlas, pero eso no pasa todos los días, sino una vez en la vida. Y ese combate merece la pena, a pesar de que a menudo nos destroza la vida y el corazón. Pero no se trata de una lucha contra las pequeñas pasiones, sucias y mezquinas, como las cartas o el vino.

A menudo me pregunto por qué Lióvochka me habrá condenado a esta perpetua culpabilidad sin culpa. Tal vez porque no quiere que viva, sino que desea que padezca sin descanso, observando la pobreza, la enfermedad y la desgracia ajenas, y que, si no se cruzan en mi camino, sea yo la que vaya a buscarlas. Y eso mismo les exige a nuestros hijos. ¿De verdad es necesario todo esto? ¿Es necesario que una persona sana acuda a diario a una clínica a contemplar las convulsiones y los dolores de los pacientes, a escuchar sus gemidos? Si en el curso de nuestra vida nos encontramos con un enfermo, hay que ayudarlo y compadecerlo, pero ¿es preciso salir a buscarlo?

Estoy leyendo las vidas de los filósofos.[146] Interesantísimo. Pero no es fácil leer con calma y con criterio. Lo que se suele hacer es buscar en las palabras de los filósofos aquellas que más se aproximan a nuestras convicciones y puntos de vista, omitiendo todo lo que es contrario a éstos. En consecuencia, apenas aprendemos nada. Aunque trato de ser imparcial.

Ha llegado Buturlín[147]. Es una persona auténtica, con las ideas claras.

30 de octubre. Ya ha terminado el segundo acto del drama.[148] Yo me he levantado temprano y he estado pasándolo a limpio. Después, por la tarde, he hecho una segunda copia. La obra es buena, pero resulta algo *plana*; le vendrían bien más efectos teatrales, como le he comentado a Lióvochka. Les he dado clase a Andriusha y a Misha. También he estado corrigiendo pruebas. Se me ha ido el día con las clases. A los pequeños les he leído *El Manantial*[149] y *Ecos entrañables*[150]. Les han gustado los versos y las ilustraciones, y se han animado. Las dos niñas están abajo, escribiendo y leyendo. No han faltado a lo largo del día momentos de tedio, ese viejo tedio que tan bien conozco, un tanto angustioso. Ha estado aquí Aniska[151], nos ha hablado de la enfermedad de su madre; hoy me ha dado pereza ir a visitarla, mañana iré sin falta. Cuando acababa de sentarme a comer, me han pedido dinero para no sé qué anciana y para Gania la ladrona. Me lo ha pedido Lióvochka, por medio de las niñas. Yo tenía ganas de comer, estaba molesta porque todos llegaban tarde, y no me apetecía darle dinero a esa ladrona. Mentí: dije que no tenía dinero, a pesar de que aún me quedaban algunos rublos. Pero después me avergoncé y fui a buscar ese dinero, después de tomarme la sopa (ahora me acuerdo). Me quedé callada, preguntándome cómo es posible encontrar en nuestro corazón ese amor a todos y a todo que exige Lióvochka; cómo se puede amar, por ejemplo, a esa mujer, la ladrona Gania, que ha robado a todos sus vecinos sin excepción, que tiene una enfermedad muy fea y que es una persona odiosa. Por un momento,

me conmovió una especie de sentimiento de lástima, pero se me pasó en seguida. Más tarde vino Feinerman[152]. Su presencia ya no me molesta tanto. Ha llegado carta de Gué padre[153]. Sigo sin confiar en él, es un tanto afectado y falso.

Buturlín ya se ha ido, y no me da pena. Aunque, mientras ha estado aquí, me ha parecido interesante. Tania me ha reprochado, en un tono desagradable, que le hubiera negado el dinero a su padre. Y a mí, al principio, la verdad es que me ha extrañado que yo le hubiera negado *a él* un dinero, habiéndomelo pedido. Pero es que, en aquellos momentos, no tenía yo presente a Lióvochka. Y, como el dinero no era para *él*, me costó vincularlo con mi resistencia a entregar ese dinero destinado a Gania. Estas cosas me pasan a menudo.

1887

3 de marzo. Nos ha alarmado la noticia sobre las bombas que les han encontrado en San Petersburgo a cuatro estudiantes, los cuales planeaban arrojárselas al zar al regresar de la misa de réquiem de su padre.[154] Me ha impresionado tanto que no he podido reponerme en todo el día. Este mal engendrará muchos otros. ¡En estos momentos cualquier clase de mal me aflige! Lióvochka recibió la noticia lleno de tristeza y taciturno. Ya se temía que esto podría ocurrir.

El éxito del drama es enorme, pero Lióvochka y yo nos lo tomamos con tranquilidad.[155] Yo solía escribir en mi diario en la época en que él comenzó la obra, pero luego tuve que dedicar tanto tiempo a copiarla que interrumpí el diario. El 11 de marzo murió mi madre en Yalta y fue enterrada allí.[156] El día 21 me trasladé con la familia a Moscú. Lióvochka ha escrito una novela corta ambientada en tiempos de los primeros cristianos[157] y ahora está trabajando en el artículo *De la vida y la muerte*[158]. Se queja a menudo de dolores de estómago. Hemos pasado un invierno tranquilo y feliz. Ha salido la nueva edición económica de sus obras.[159] Para mí, esta última obra carece de interés. El dinero nunca ha traído la felicidad, pero eso ya lo sabía. Ha llegado *miss* Fewson, la nueva institutriz inglesa. Masha está enferma. Le he leído *Elrey Lear* en voz alta. Me encanta Shakespeare, aunque a menudo sea desenfrenado y no conozca límites, por ejemplo, en los innumerables asesinatos y muertes.

6 de marzo. He terminado de copiar el artículo *De la vida y la muerte* y lo he vuelto a leer con detenimiento. Me esforzaba por buscar algo nuevo en él, encontraba expresiones acertadas, bellas comparaciones, pero para mí la idea principal continuaba siendo, indudablemente, la misma: la renuncia a la vida material y personal por la vida del espíritu. Hay algo que me resulta imposible e injusto, y es que la renuncia a la vida personal deba realizarse en nombre del amor universal. Yo creo, sin embargo, que hay obligaciones incuestionables, impuestas por Dios, a las que nadie tiene derecho a renunciar, y que no son un obstáculo para la vida del espíritu, sino

más bien una ayuda.

La tristeza invade mi alma. Iliá me apena profundamente con su vida misteriosa y disoluta. Ociosidad, vodka, mentiras frecuentes, malas compañías y, lo que es más importante, ausencia de toda vida espiritual. Seriozha ha vuelto a marcharse a Tula, mañana tienen una reunión en el Banco Campesino.[160] Me irrita ver a Tania y Liova jugar al *vint*.[161] He perdido la capacidad de *educar* a mis hijos pequeños. Siempre me dan una *lástima* tremenda, y tengo miedo de estar malcriándolos. Siento por ellos un miedo de anciana y una ternura de anciana. Sin embargo, mi preocupación y mi deseo de que se cultiven siguen siendo fuertes. En este momento carezco de cualquier apoyo en la vida; cuento, sin embargo, con algunos instantes maravillosos de soledad en los que medito sobre la muerte, y a veces llego a comprender con claridad esa dualidad material y espiritual de la propia conciencia, así como la certeza de la vida eterna de ambas.

En ocasiones Lióvochka se dispone a visitar la aldea, pero al final no lo hace. Yo siempre me callo, no me considero con derecho a inmiscuirme en sus asuntos. Ha cambiado mucho: observa cuanto le rodea con calma y bondad, participa en las partidas de *vint*, vuelve a sentarse al piano y no le desespera la vida en la ciudad. Ha llegado carta de Chertkov.[162] No me cae bien: es obtuso, taimado, intolerante y mala persona. Lev Nikoláievich está de su lado por la devoción que le profesa. No obstante, el proyecto de Chertkov de enseñar al pueblo a leer, fruto de una propuesta de Lev Nikoláievich, merece todos mis respetos, y no puedo dejar de reconocer su acierto.[163] Feinerman está de nuevo en Yásnaia. Ha abandonado no se sabe dónde a su mujer embarazada y a su pequeño y, con las manos vacías, se ha venido a vivir con nosotros. Soy defensora de la familia como principio, de modo que, para mí, él no merece llamarse hombre; es peor que un animal. Ya puede ser un fanático, ya puede expresar las ideas más elevadas y pronunciar las más bellas palabras; lo cierto es que ha abandonado a su familia y pretende vivir a costa de otros, y eso es una monstruosidad.

9 de marzo. Lióvochka está escribiendo de nuevo el artículo *De la vida y la muerte* para leerlo en la Universidad, en la Sociedad de Psicología.[164] Hace una semana que ha vuelto a ser vegetariano, algo que ya se deja sentir en su estado de ánimo. Hoy, hablando con alguien en mi presencia, ha sacado a propósito el tema del perjuicio del dinero y las posesiones, aludiendo a mi deseo de conservarlos para nuestros hijos. He guardado silencio, pero después se me ha acabado la paciencia y le he dicho: «Estoy vendiendo doce volúmenes a ocho rublos, mientras que tú vendiste a diez sólo *Guerra y paz*». Se ha

enfadado y no ha dicho palabra. Los nuevos cristianos, los que se llaman sus *amigos*,tratan por todos lo medios de poner a Lev Nikoláievich en mi contra, y no siempre fracasan. He vuelto a leer la carta[165] en la que Chertkov escribe sobre la felicidad que le produce la comunión espiritual con su mujer y se compadece de Lev Nikoláievich por carecer de la misma suerte, lamentando que un hombre tan digno de dicha comunión se vea privado de ella, en clara alusión a mi persona. Su lectura ha sido muy dolorosa. ¡Este individuo necio, taimado y falso, que ha embaucado con sus halagos a Lev Nikoláievich, quiere (sin duda *cristianamente*) destruir el vínculo que durante casi veinticinco años nos ha unido con tanta fuerza frente a todo! Cuando Lev Nikoláevich enfermó, aquellos dos meses volvimos a nuestra vida de antaño. Advertí cómo su alma se sosegaba y cómo despertó en él la antigua inspiración. Y escribió un drama. Pero las patrañas de esos falsos y melifluos nuevos cristianos suyos volvieron a confundirlo, y le faltó tiempo para regresar a la aldea, y vi cómo se extinguió aquel fuego, y la influencia que esto tuvo en su alma.

Es necesario poner fin a las relaciones con Chertkov. No conducen más que a la mentira y al mal, y de todo ello hay que alejarse.

Hoy han venido los jóvenes a visitarnos. Han almorzado y después han jugado al *vint*. ¡Qué cosa más desagradable es este omnipresente *vint*! Hace frío, por las noches llega a los catorce grados bajo cero.

30 de marzo. La salud de Lióvochka no mejora. Lleva tres meses con dolores de estómago. Decidí llamar a Zájarin[166], así que le escribí. Pero Lev Nikoláievich se adelantó a la llegada de Zájarin y fue a verle. Zájarin le diagnosticó una inflamación de la vesícula biliar, y le prescribió lo siguiente, que apunto para acordarme:

1. Vestir ropa abrigada.
2. Cubrirse con franela cruda todo el vientre.
3. Abstenerse por completo del consumo de mantequilla o aceite.
4. Ingerir con frecuencia pequeñas cantidades de alimento.
5. Beber tres o cuatro veces al día medio vaso de agua de Ems Kränchen o Kesselbrunn caliente: 1) en ayunas; 2) una hora antes y un cuarto de hora después del desayuno; y 3) durante la hora previa al almuerzo. Seguir este tratamiento durante tres semanas seguidas, después parar y repetirlo posteriormente si es necesario. El agua tiene que estar todo lo caliente que sea posible, siempre que no se queme al beberla; más caliente que la leche que toma a diario.
6. Evitar el tabaco.

2 de julio. Estuve en Moscú, fui a visitar a Iliá y me alegró muchísimo contemplar su bondadoso rostro. Se notaba que él también estaba contento de verme. Vive en una isba, los caseros le aprecian, pero él lleva una vida un tanto desordenada. Como madre que una vez le amamantó, me apena que, tras pagar sus deudas con el dinero que le doy, se alimente a base de entremeses y dulces que le fían, y nunca almuerce en condiciones. Pero a él no parece importarle. Lo único que le interesa en la vida es Sonia Filosófova[167]; vive de recuerdos, cartas y planes de futuro. Ahora está aquí, ha salido de caza, ha matado tres agachadizas y mañana se marcha. Me da mucha lástima, pero tengo que hacerme a la idea de que los polluelos han abandonado el nido.

Está con nosotros Strájov; ¡qué hombre tan inteligente, tranquilo y agradable! Lióvochka se ocupa de la siega y dedica tres horas al día a escribir su artículo.[168] Ya lo está acabando. Hace unos días Seriozha estaba tocando un vals al atardecer, cuando llegó Lióvochka y dijo: «Bailemos el vals». Y así lo hicimos para deleite de los jóvenes. Está muy alegre y animado, aunque se encuentra más débil, y la siega y los paseos le fatigan antes. Tiene largas conversaciones con Strájov sobre ciencia, arte, música; hoy han estado hablando de la cámara, porque la había llevado para hacer fotografías de paisajes y de toda nuestra familia. Mi hija Tania está en Pirogovo.

3 de julio. Seriozha está tocando la *Sonata a Kreutzer* de Beethoven con Lassota al violín.[169] ¡Transmite tanta fuerza y expresa tantas emociones! He adornado la mesa con rosas y reseda, nos disponemos a tomar un almuerzo maravilloso, la tormenta ha dado paso a un tiempo suave y cálido, estoy rodeada de mis hijos queridos -en este instante Andriusha se afana en tapizar las sillas para el cuarto de los niños, más tarde llegará mi dulce y amado Lióvochka-, y ésta es mi vida, con la que me deleito a conciencia y por la que doy gracias a Dios. En todo ello he encontrado el *bienestar* y la *felicidad*. Estoy copiando *De la vida y la muerte*, y en él se alude a una forma de bienestar completamente distinta. Cuando era joven, muy joven, antes de casarme, recuerdo que aspiraba con toda el alma a *aquel* bienestar, a la renuncia plena y a vivir para los otros, aspiraba incluso al ascetismo. Pero el destino quiso darme una familia, y he vivido para ella, y ahora de pronto se me pide que reconozca que las cosas no han sido como deberían ser, que eso no ha sido *vida*. ¿Llegaré algún día por mí misma a semejante conclusión?

Ayer se marchó Strájov, hoy Iliá. Ayer Seriozha y yo estuvimos haciendo pruebas con la cámara que he comprado.

19 de julio. Se han sucedido varios días confusos. Seriozha se fue a Samara y regresó, sin haber arreglado nada allí.[170] Estuvo P. D. Golojvástov[171], extremadamente ortodoxo y eslavófilo; Lev Nikoláievich y él conversaron sobre la religión y la Iglesia. Fue muy desagradable. Golojvástov hablaba con entusiasmo de la hermosa catedral de Nueva Jerusalén[172] (Voskresensk), que recibe hasta diez mil peregrinos, y sobre la belleza de su construcción. Lev Nikoláievich estuvo un rato escuchando y dijo: «Y todos ellos acuden a burlarse de Dios». Aquello fue dicho con ironía e incluso con malicia. Yo intervine, dije que era una arrogancia afirmar que diez mil personas se burlan y que él es el único que no yerra al profesar su fe, y que cabía suponer que lo que había movido a esa gente a congregarse en aquel templo fuera una razón más elevada. Después de comer, Golojvástov empezó a hablar de lo interesante que había sido la vida y la personalidad del patriarca Nikon; Lev Nikoláievich leía el periódico, pero, de pronto, le espetó en el mismo tono de antes: «Era un campesino, un mordvino[173], y si alguna vez tuvo algo que decir, desde luego no lo hizo». Entonces Golojvástov estalló y dijo: «O se está riendo usted de mí o tal vez yo, habituado como estoy a respetar la palabra ajena, deba meditar sobre esta cuestión». Fue una situación verdaderamente complicada.

Ha estado también Butkévich[174], antiguo revolucionario que estuvo dos veces en la cárcel, la primera por razones políticas y la segunda por despertar sospechas. Es un muchacho joven, hijo de un terrateniente de Tula. Le escribió a Lev Nikoláievich que, cuando salió del presidio, una señora con la que había tenido trato hizo ver en la calle que no le conocía, y aquello le resultó muy doloroso. Antes, cuando venía a ver a Lev Nikoláievich, yo no le invitaba a pasar, y se quedaba esperándole abajo, hasta que un día me dio lástima y le invité a tomar el té. Una vez se quedó con nosotros dos días y no me gustó nada. Se obstina en guardar silencio, su rostro es inmutable, es muy moreno, lleva anteojos azules y es bizco. Poco es lo que se puede deducir de sus escasas palabras: nunca ha manifestado ninguna opinión sobre nada. Ahora es un *tolstoiano*. ¡Qué poco simpáticos son todos estos tipos fieles a la doctrina de Lev Nikoláievich! No hay una sola persona normal. Las mujeres también son en su mayoría unas histéricas. Como María Aleksándrovna Schmidt[175], que acaba de marcharse. Antes era monja, pero ahora es una admiradora entusiasta de las ideas de Lev Nikoláievich. Era preceptora en el instituto Nikoláievski; lo dejó porque abandonó la Iglesia y ahora vive en la aldea y sólo se dedica a copiar las obras prohibidas de Lev Nikoláievich. Cada vez que se encuentra con él o se despiden, prorrumpe en histéricos sollozos. Pável Ivánovich Biriukov también está aquí: ése es uno de los mejores; es un hombre tranquilo,

inteligente, y también profesa el *tolstoísmo*. También han venido Golojvástova con una alumna[176] y su sobrino Andriusha con un profesor.

Hay mucho alboroto; todo resulta pesado y tedioso. Me gustaría estar a solas con mi familia, llevar una vida más ordenada y disfrutar más del ocio. Los invitados me han robado y me siguen robando todo mi tiempo. Ha estado aquí también Abamelek[177], que trajo a la señora Helbig y a su hija; de soltera era la princesa Shajovskaia, pero se casó con un profesor alemán. Ellas también han venido a ver a la celebridad rusa: Tolstói. Parecían mujeres muy agradables y excelentes músicas, si bien nuestra penosa obligación consiste en no *elegir* en ningún caso a las personas ni a los amigos, sino en acogerlos a todos por igual. De día hace mucho calor, solo refresca por la noche. Nos bañamos. Abunda la fruta.

4 de agosto. Hoy se ha marchado la condesa Aleksandra Andréievna Tolstaia, que llevaba con nosotros desde el 25 de julio. Lióvochka sufrió un fuerte ataque de hígado. Empezó el 16 de julio y aún no está completamente recuperado. Ayer por la tarde P. I. Biriukov llevó a la imprenta el artículo *De la vida*. Las palabras «*y la muerte*» las ha eliminado del título. Al acabar el artículo, decidió que *no hay muerte*.[178] Ha estado lloviendo, pero ahora el cielo empieza a despejarse un poco.

19 de agosto. Ha estado aquí el artista Repin[179], llegó el día 9 y se marchó el 16 por la noche. Pintó dos retratos de Lev Nikoláievich; el primero lo comenzó en el estudio de abajo, no quedó contento con él y comenzó otro en el piso de arriba, en la sala, sobre fondo claro. El retrato es asombrosamente bueno. Está secándose. El primero lo acabó con prontitud y me lo regaló a mí. Han empezado a imprimir el artículo, pero los tipos de imprenta no son adecuados, van a tener que recomponerlo. El estado de salud de Lióvochka es bueno, pero a veces se queja de dolor de hígado. Hace un tiempo despejado, maravilloso. Iliá pasó aquí los días 15 y 16, se le ve bien de salud y muy contento, de lo cual me alegro mucho. Muchas veces ocurre que las malas personas son, además, sombrías y enfermizas. A mí el embarazo me atormenta tanto física como mentalmente. La salud de Lióvochka ha ido cuesta abajo, y la vida familiar se complica; además, sus fuerzas morales van a menos. Ha venido mi hermano Stiopa[180] con su mujer, ayer se marchó a San Petersburgo a solicitar su traslado a Rusia, pero ella se ha quedado aquí. Hay que ver cómo es ella, tan comedida, tan diligente. Los *oscuros*[181] han venido a ver a Lióvochka: Butkévich,

Rajmánov[182] y un estudiante de Kiev. Qué gente más rara y desagradable, cómo se meten en la vida de nuestra familia. Y encima ¡cuántos son! Éste es el precio que debemos pagar por la fama de Lióvochka y la novedad de sus ideas.

Por las noches nos lee a todos en voz alta *Almas muertas* de Gógol. Tengo neuralgia.

25 de agosto. He estado todo el día seleccionando y escogiendo manuscritos de Lióvochka, pues quiero llevarlos al Museo Rumiántsev[183] para su conservación. Es complicadísimo tratar de poner orden en este embrollo, que seguramente no se pueda ni desentrañar ni completar. También quiero depositar allí cartas, diarios, retratos y todo lo relacionado con Lev Nikoláievich. Obro *con cordura*, pero por alguna razón me entristece hacerlo. O a lo mejor me muero antes de poner todo esto en orden.

Están de visita Stiopa y su mujer y el simpático Strájov. Hace un calor horrible, y me duele la garganta. Lióvochka está débil y ha comenzado el día 20 a beber de nuevo agua de Ems. Han venido Vérochka Tolstaia[184] y Masha[185] a pedir dinero para Seriozha, mi cuñado. Lióvochka no se despega de su artículo, pero parece como si se hubiera quedado sin energía para acabarlo.

Lev Nikoláievich empezó a tomar agua de Ems Kesselbrunn el 17 de junio de 1888.

Ha bebido estas aguas durante cuatro semanas en junio de 1889 y otras cuatro semanas a partir del 8 de mayo de 1890, y *kumys* todo el verano.

Lióvochka me trajo esta flor en octubre de 1890, en Yásnaia Poliana.[186]

1890

20 de noviembre (Yásnaia Poliana).[187] Estoy copiando los diarios de Lióvochka que abarcan toda su vida y he decidido que voy a escribir de nuevo mi diario, pues nunca he estado más sola en mi familia que ahora. Todos mis hijos se han independizado: Seriozha está en Nikólskoie, Iliá y su familia en Grinevka, Liova en Moscú, y Tania se ha ido a pasar una temporada allí. Vivo con los pequeños y los educo. Con Masha nunca he tenido una relación muy estrecha, no sé quién tiene la culpa. Probablemente yo. Y Lióvochka ha roto toda relación conmigo. ¿Por qué? ¿Qué motivo puede tener? No lo entiendo en absoluto. Cuando está enfermo acepta mis cuidados como algo obligado, pero a regañadientes, con rudeza, y sólo mientras necesita sus paños calientes y demás. He hecho cuanto está en mi mano para establecer con él una relación interior, espiritual, que es lo que más deseo. Leo a hurtadillas sus diarios, y me gustaría comprender, saber cómo puedo aportar algo a su vida y recibir de él algo que pudiera unirnos de nuevo. Pero estos diarios me han ocasionado aún mayor desesperación; él se ha enterado, con certeza, de que yo los estaba leyendo y ha empezado a esconderlos. Pero no me ha dicho nada.

Yo solía copiar todo lo que él escribía, y eso me encantaba. En cambio, ahora se lo da todo a sus hijas y de mí lo oculta escrupulosamente. Está acabando conmigo sistemáticamente y expulsándome de su vida privada, y eso me resulta insoportablemente doloroso. A veces, en esta apática vida, se apodera de mí una frenética desesperación. Me entran ganas de matarme, de huir a otro lugar, de enamorarme de alguien… Lo que sea, con tal de no vivir con un hombre al que, sin reparar en nada, he amado durante toda mi vida por la razón que fuera, aunque ahora me doy cuenta de cómo le había idealizado, de cuánto tiempo me he resistido a aceptar que lo único que había en él era mera carnalidad. Pero ahora se me han abierto los ojos y veo que mi vida está destruida. Envidio a personas como los Nagórnov, pues están *juntos*, tienen cosas en común, aparte de la relación física. Y muchos viven como ellos. Pero ¿y nosotros? Cuando me habla, Dios mío, su tono es siempre tan poco amigable, gruñón e incluso afectado. Y eso que soy alegre, abierta y ansío su afecto.

Mañana viajo a Moscú para atender unos asuntos. Es algo que siempre me desagrada y me molesta; sin embargo, esta vez voy encantada. Estos penosos tiempos fluyen y refluyen como las olas; cuando me doy cuenta de lo sola que estoy y de que lo único que quiero es llorar, no hay más remedio que atajar como sea para poder sobrellevar la situación. He adoptado la costumbre de dedicar todas las noches un buen rato a la oración, y es una forma magnífica de acabar el día. Hoy he estado enseñando música a Andriusha y a Misha y he acabado enfadada. Cuando me acaloro, Andriusha siempre refunfuña y Misha reacciona de forma lastimosa. Les quiero mucho y creo que educarles es un deber gratificante que, ciertamente, como tantas cosas, cumplo mal, sin aptitudes. Vera Kuzmínskaia[188] está con nosotros; le he tomado mucho cariño, seguramente por la sensación de que se parece a mi hermana Tania. Vivo a gusto en el campo, disfruto del silencio, de la naturaleza, del tiempo libre. ¡Si *alguien* mostrara más interés por mí…! Pasan días, semanas, meses, sin que nos dirijamos la palabra. Como de costumbre, me distraigo con mis aficiones y pensamientos -relativos a los niños, a un libro, a lo que sea-, y me topo con su resistencia, sorprendida y adusta, como si quisiera decirme: «Pero ¿es que aún albergas esperanza y me vienes con tus tonterías?».

¿Será aún posible para nosotros vivir juntos en comunión espiritual? ¿O todo está perdido? Quizá debería entrar en su cuarto, como hacía antes, revisar sus papeles y diarios, volver a leerlo todo, reconsiderarlo, y así él me ayudaría a vivir; me conformaría con que no me hablara en tono afectado, sino con toda franqueza, como en otros tiempos. Pero ahora yo, que nunca he tenido la culpa de nada, que jamás he hecho nada para ofenderle, que siempre le he amado, le tengo un miedo atroz, y me siento como un malhechor. Temo su resistencia silenciosa, apática, seca y fría, que me duele más que una paliza o cualquier cosa que me pudiera decir. Nunca ha sabido amar, *no está acostumbrado* desde la juventud.

5 de diciembre. Continúo mi diario. Estuve en Moscú, vi a mucha gente, me recibieron con mucha amabilidad. Se lo agradezco a mi buena fortuna. Allí estaba Tania; siempre estoy a gusto con ella, y aprecio su cercanía. Liova tiene una enorme agitación espiritual y arrolla a quien se acerca a él, lo cual resulta doloroso. Al menos, cuando atropella a alguien, se da cuenta de lo ocurrido. Tarde o temprano saldrá de su estado desasosegado y pesimista. Cuando regresé el día 25 por la mañana, Lióvochka se disponía a partir para Krapivna, con Masha, Vera Tolstaia y Vera Kuzmínskaia. Aunque había ventisca y hacía frío, fui incapaz de disuadirlos. Se celebraba allí

un juicio y, gracias a la influencia de Lióvochka, los criminales recibieron una sentencia muy leve: deportación en lugar de trabajos forzados. Por eso, regresaron todos muy contentos.[189] Misha estuvo enfermo cinco días, con fiebre y con el estómago mal. Tuve que cuidar de él, lo cual resultó muy agotador, pues no me había repuesto de mi viaje a Moscú. En estos momentos tenemos invitados: Rusánov[190], que está enfermo, Boulanger[191], Butkévich y Petia Raievski[192]. Salvo este último, todos son extraños, y me aburro con ellos. Lióvochka se muestra menos distante, pero con él todo depende de su estado de ánimo. Hoy he tocado una sonata de Beethoven (*Una fantasía*) y *Adelaide*, y he estado estudiando alguna pieza de Schubert. Por la noche he leído algunos poemas de Fet, en voz alta, para distraer a nuestros invitados. He disfrutado mucho, tanto de la música como de la poesía. Tania y Masha acompañaron a Vera Kuzmínskaia y regresaron de Tula para la hora de comer. Ayer estuve yo también en Tula: me ocupé de la venta de leña, de las negociaciones por el reparto de las tierras con el sacerdote de Ovsiánnikovo[193], ingresé dinero en el banco, hice compras. Tener que gastar mi energía en asuntos prácticos siempre me disgusta y me aburre. Esa energía podría emplearse en cosas mejores.

6 de diciembre. Fiesta, cumpleaños de Andriusha; cumple trece años. Hemos ido todos al monte y hemos patinado. Los chicos y las chicas estaban todos elegantes y alegres. Los niños se lo han pasado muy bien. Yo he patinado con cierta desgana, ya no me divierte. Tania se ha marchado a Tula con los Zinóviev y los Davydov, iban a celebrar una onomástica. Nuestros invitados -Rusánov, Boulanger, Butkévich y Petia Raievski-se han marchado con Tania a la fiesta. Estoy agotada, me duele el pecho, respiro con dificultad; también mi condición femenina está inquieta y dolorida. Me ha alegrado mucho recibir una carta de Sofia Alekséievna Filosófova en la que me habla de sus hijos mayores. Todas las madres desean lo mismo: que sus hijos sean *felices*. Por lo visto, de momento todo les va bien. Lióvochka sigue mostrándose frío e indiferente con todo el mundo, pero a mí eso me afecta más que a los demás. Hoy apenas he trabajado: he copiado un poco de los diarios de Lev Nikoláievich, he distraído a nuestros invitados, he jugado con los niños. Vánechka[194] me absorbe mucho tiempo.

9 de diciembre. Una vez más acabo el día con un peso en el alma. Todo me inquieta. He estado copiando el diario de juventud de Lióvochka. Hoy, mientras paseaba, iba pensando en el día tan

sorprendentemente hermoso que hacía. Catorce bajo cero, cielo despejado; los árboles, los arbustos, cada brizna de hierba estaban totalmente cubiertos de nieve. Dejé atrás el granero, me dirigí a la plantación; por la izquierda el sol estaba ya bajo, por la derecha salía la luna. Brillaban las blancas copas de los árboles, todo estaba inundado por un pálido reflejo rosado, el cielo era azul y a lo lejos, en el claro, se veía la nieve blanca, blanca y vaporosa. La *pureza*. Qué hermoso es hallarla en todas partes: en la naturaleza, en el alma, en las costumbres, en la conciencia, en la vida material… Siempre es maravillosa. Tanto como me he esforzado en mantenerla, y ¿para qué? ¿Acaso no sería preferible la simple evocación del amor, incluso de un amor pecaminoso, que sentirse vacía, como me siento ahora, aunque con la conciencia limpia?

Estuve tocando al piano, primero con Tania una sinfonía de Mozart, y después con Lióvochka. Al principio no nos salía bien, y me gruñó enfadado. Aunque fue algo breve e insignificante, el tono con el que se dirigió a mí me encogió el alma de tal modo que el placer de tocar a cuatro manos se esfumó, y me sentí triste, terriblemente triste. Nos interrumpió la llegada de Biriukov. Las chicas se pusieron muy nerviosas: Tania por Masha, y Masha por sí sola. Todo el mundo empezó a comportarse de un modo muy poco natural, hablando mucho, pero la conversación no era fluida, no estábamos cómodos. Espero que se marche pronto y Masha se tranquilice. Una vez que se ha desatado esta estúpida historia no va a ser fácil que se calme. He leído una novela en la *Revue des deux Mondes*. Trata de una joven que va a visitar al hombre al que ama y expresa lo feliz que se siente estando rodeada de los muebles y los objetos entre los que él vive. ¡Qué gran verdad!

Pero, si esos objetos son botas, útiles de zapatero, bacines y suciedad, ¿qué pasa entonces? No, nunca me podré acostumbrar.

10 de diciembre. Me ha tocado vivir un período difícil en mi vejez. Lióvochka se ha rodeado de un círculo de conocidos de lo más extraño, que se hacen llamar sus discípulos. Esta mañana ha venido uno de ellos, Butkévich, que ha estado en Siberia por sus ideas revolucionarias. Lleva gafas negras, él mismo es negro y enigmático, y se ha traído con él a una amante judía, a la que llama su mujer por el mero hecho de vivir con ella. También estaba Biriukov, y Masha andaba igualmente por allí, deshaciéndose en cumplidos con esa judía. Me sublevó que una muchacha decente como mi hija tuviera trato con esa gentuza y que su padre pareciera simpatizar con la situación. Yo me encolericé y grité; le dije con rabia: «Tú estás acostumbrado de toda la vida a tener trato con semejante canalla, pero yo no lo estoy y

no quiero que mi hija se junte con esa gente». Él, por descontado, soltó unos gritos, se quedó callado, muy serio, y se marchó. También me molesta la presencia de Biriukov, espero impaciente que se vaya. Por la noche Masha se quedó la última con él en la sala, y me pareció que él le besaba la mano. Se lo dije, pero ella se enfadó y lo negó. Posiblemente me dijera la verdad, pero quién puede aclararse en este ambiente hipócrita, falso y cerrado. Me hacen la vida imposible, y a veces me dan ganas de librarme de Masha, y pienso: «¿Por qué la retengo? Que se case con Biriukov, y entonces ocuparé mi lugar con Lióvochka, volveré a copiar para él, pondré orden en sus asuntos y en sus manuscritos y tranquilamente, poco a poco, apartaré de él todo este odioso mundo de *oscuros*». Liova no tiene buen aspecto, quizá está enfermo. A Andriusha, a Misha y a mí se nos ha ocurrido representar una pieza basada en un cuento japonés. He estado tejiendo una manta para Misha, he copiado, he dedicado dos horas a enseñar religión a los niños y ahora voy a leer.

14 de diciembre. Hoy he estado copiando de los diarios de Lióvochka, hasta un punto donde dice: «El amor no existe, tan sólo *la necesidad carnal de comunicación y la necesidad razonable de una compañera para la vida*»[195]. Si hubiera leído este juicio hace veintinueve años, no me habría casado con él. He pasado el día como siempre: he dado clase a Misha, he jugado con Vánechka, he trabado conversación con Dillon[196]; ha venido A. V. Zinger[197], un estudiante. He enseñado a Sasha[198] el padrenuestro, he copiado un poco. He hablado con Masha sobre Biriukov. Asegura que o se casa con él o, si yo me opongo, no se casará con nadie. Y ha añadido: «Pero ¿para qué os molestáis? ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!». Y me pareció que ella misma espera librarse de estos lazos que se han trenzado fortuitamente. Tania ha cruzado con Masha unas palabras en secreto, y parecía algo divertido. He escrito varias cartas: una a mi hermana Tania; otra a un periódico francés a propósito del artículo aparecido en *LeFigaro* el 21 de noviembre de 1890 sobre el beneficio que yo saco de las ediciones en el extranjero de la obra de Lev Nikoláievich; también le he escrito a Dunáiev[199] y a Aleksandr Behrs[200].

17 de diciembre. A Lióvochka empieza a molestarle que yo esté copiando sus diarios. Le gustaría destruir los viejos diarios y aparecer ante los niños y el público sólo en su aspecto patriarcal. ¡Ahora todo es vanidad!

Han venido los *oscuros*: el bobo de Popov[201], oriental, perezoso y endeble, y el bobo y gordo de Jojlov[202], de una familia de

comerciantes. ¡Y éstos son los discípulos del gran hombre! Miserable progenie de la sociedad humana, charlatanes ociosos, gandules sin educación. Tania y Liova se han marchado a ver a Iliusha y Seriozha. Yo me he quedado en casa, no me encuentro muy bien, no he dormido en toda la noche. No he podido darles clase a los niños por la presencia de E. E. Kern[203], antiguo inspector forestal, responsable de las talas en el bosque estatal de Zaseka, y actual terrateniente, que me ha sido de mucho provecho con sus consejos e informaciones en materia de bosques y jardines.

19 de diciembre. Ayer, desde primera hora, estuve en Tula con Andriusha y *monsieur* Borel[204]. Hacía frío, y no dejaba de preocuparme por Andriusha. Fuimos corriendo de un lado para otro a hacer compras y encargos. Pasamos un momento a ver a los Raievski, pero sólo estaban los niños. Volvimos casi a la hora de comer. Al atardecer, Alekséi Mitrofánovich[205] nos leyó algo, muy aburrido, sobre las colonias alemanas, y también estuvimos hojeando la *Review of Reviews*. Yo estaba cansada e intranquila. El retraimiento y la inexpresividad de Popov y Jojlov me sacan de quicio.

Hoy me he levantado tarde, había pasado mala noche. Al entrar en la sala he visto al oficial Zhirkévich[206], un hombre joven y pulcro que había venido a conocer a Lióvochka, pues él mismo escribe poesía y prosa. Parece muy satisfecho consigo mismo y con su suerte, pero es inteligente y directo, no como los *oscuros*. He sacado a pasear a Vánechka por primera vez este invierno. Sasha ha venido con nosotros. Le he enseñado a Misha el Nuevo Testamento y algunas oraciones. Estoy escribiendo mi diario; del de Lióvochka no he copiado más que dos páginas, aunque tendrían que ser diez cada día. He tenido una situación desagradable con Andriusha, que con frecuencia se niega *deliberadamente* a entender, y no *quiere* hacer el menor esfuerzo por pensar o recordar. Por la tarde me ocuparé de nuestros invitados, leeré y tomaré un baño.

20 de diciembre. Esta noche no he dormido, así que me he levantado tarde. Me tortura el detestable estado de agitación en que me encuentro, además del dolor de espalda. He ido a patinar con los niños, me daba miedo caerme, el hielo no estaba en buenas condiciones; he estado retirando nieve con el jardinero, con unas jóvenes campesinas y con mis tres hijos; le he enseñado a Sasha a patinar por primera vez. Al volver, he dado tres horas de clase a los niños: a Andriusha sobre el culto religioso, y a los otros dos de música. Misha cumple once años. Ha vuelto Liova de ver a Iliá, ha traído

consigo a Sasha Filosófova[207]. Masha se ha ido con Filipp, el cochero, a Pirogovo. Tania también se ha ido para allá, pero Natasha[208] e Iliá regresan mañana. Liova ha estado gruñendo y refunfuñando por todo, nos ha contado la triste historia de la pelea de Seriozha e Iliusha por una tontería, por un caballo.

Al atardecer he estado copiando algo del artículo de Liósvochka sobre la Iglesia.[209]

No se puede negar la Iglesia como idea, como aquello que debe observar la comunidad de los creyentes: la verdadera religión. Pero la Iglesia con sus ritos, tal cual es, resulta inaceptable. ¿Para qué clavar un palo en un trozo de pan en lugar de leer simplemente que un soldado atravesó con su lanza el costado de Cristo? Ritos tan absurdos como éste hay muchos, y son los que han matado a la Iglesia. Son las diez, vamos a tomar un té y a leer. No he copiado nada del diario de Liósvochka, de modo que me siento más serena y pura.

23 de diciembre. Estos días están llenos de acontecimientos. Anteayer, a las seis de la mañana, nos despertaron: traían dos telegramas. Uno decía que Sonia no se encontraba bien, el otro que Sonia había dado a luz un niño.[210] La noticia nos emocionó y llenó de gozo, aunque no por mucho tiempo, en vista de lo superficial, aunque bueno y bondadoso, que es su padre, Iliusha. A Sonia siempre le he tenido cariño, principalmente porque es justo lo opuesto a todos nosotros, que somos de natural nerviosos, inquietos y vehementes, que nos importunamos los unos a los otros, mientras que ella es tranquila y dulce. En el tren de Kursk han llegado Iliá y Tania y Natasha Filosófova. Con Iliá he discutido por los mismos temas de siempre: el dinero y la hacienda. Por la noche se marchó. Ayer pasé todo el día en Tula, comí en casa de los Davydov y, sin muchas ganas, compré todo lo necesario para el árbol navideño. Antes todo eso me resultaba divertido, pero ahora ya me cansa. Hoy se han marchado las Filosófov y ha venido Masha Kuzmínskaia[211] con Erdeli[212]. No me ha gustado que estuviera *con él*, y no se lo he ocultado. Por la tarde hemos preparado flores para el abeto, hemos bañado nueces en oro, y así, de manera algo gris e insustancial, ha ido pasando el día. He recibido una carta muy aduladora, casi amorosa, de Fet, y eso me ha halagado, aunque a mí nunca me ha gustado ni una pizca; de hecho, siempre le he encontrado más bien desagradable.

31 de diciembre. Estoy tan acostumbrada a vivir, en vez de mi propia vida, la de Liósvochka y los niños que el día en que no hago nada para ellos o relacionado con ellos me siento vacía e incómoda.

He empezado de nuevo a copiar los diarios de Lióvochka. Es una lástima que con esta eterna dependencia sentimental de la persona amada haya malogrado mis distintas capacidades y mi energía, y de ésta he tenido mucha.

He puesto al día la contabilidad, aunque en veinte meses los resultados de ingresos y de gastos no cuadraban. Pero no me preocupa, soy muy mala anotando los gastos. Ha llegado un telegrama de Iliá, me pide que sea la madrina. Sofia Alekséievna[213] no ha aceptado y tampoco Tania, así que ahora es mi turno, *faute de mieux*[214]. Pero no me doy por ofendida; se trata de mí y de mi nietecito, no de los demás, y me alegra ser su madrina. Parto esta misma noche, víspera de Año Nuevo, a las cinco de la madrugada. He pasado el día copiando en compañía de los niños. Todos están tranquilos y unidos. Vamos a celebrar el Año Nuevo solos, en paz.

1891

2 de enero. Acabo de regresar de ver a Iliusha y del bautizo del bebé. La ceremonia, con la renuncia a Satán y demás, fue tan insulsa como de costumbre. Pero la carita sonrosada del bebé, que tenía los ojos muy cerrados, mostraba una expresión tal de arrobamiento que recé por él profundamente conmovida por el misterio de su alma y de su vida nueva. Había una nutrida representación de los Filosófov en Grinevka, todos enormes y muy corpulentos, pero de modales increíblemente amables y delicados, lo mismo que su manera de vivir. Hay una sencillez tan genuina y sin pretensiones en ellos, y carecen tan completamente de malicia… Eso es magnífico. Iliá estaba un tanto distraído, casi parecía deliberadamente desatento, yendo de acá para allá ocupado en menudencias. Al llegar a casa me puse triste, porque era obvio que nadie me había echado de menos. A menudo me pregunto por qué no me quieren, cuando yo los quiero tantísimo a todos; supongo que se debe a mis estallidos de mal genio, cuando me exalto y les hablo con demasiada brusquedad. Un poco después, todos se reunieron a mi alrededor, aunque nadie se había molestado en prepararme algo de comer. Sólo Vánechka y Sasha parecían contentos de verme (él, con ruidoso deleite; ella, con tranquilo placer).

Esta tarde he vuelto a discutir acaloradamente con Masha acerca de Biriukov. Está haciendo todo lo posible por reanudar el contacto con él, pero mi visión del asunto no ha variado un ápice: si se casan, está perdida. He sido severa y poco razonable con ella, pero es que no puedo discutir de esto con calma, y Masha es realmente la peor cruz que me ha enviado el Señor. No me ha dado más que disgustos desde que nació.[215] Es una extraña para su familia y a los ojos de Dios, y su amor por Biriukov es incomprensible.

3 de enero. He trabajado todo el día en el teatro de marionetas. El salón estaba atestado de críos, pero no ha sido un éxito. ¡Qué decepcionante que prefiriesen ver a Petrushka[216] repartiendo golpes! ¡Qué valores tan toscos y desagradables! Estoy cansada y aburrida. Tenemos invitados y Lióvochka está exultante; ha pasado la mañana

escribiendo sin parar sobre la Iglesia. No tengo en gran aprecio estos artículos religiosos y filosóficos suyos; me gusta más como artista, y siempre será así. Hay ventisca: siete grados bajo cero.

4 de enero. Una nevada tremenda todo el día, diez grados bajo cero. El viento retumba en la cocina, fuera está todo cubierto de nieve. Esta mañana nos han dado malas noticias: anoche Román, el guarda forestal, se emborrachó, salió a cabalgar por el pantano y cayó al agua con su caballo. Un paisano de Yásnaia llamado Yákov Kurnosénkov logró rescatarlo, calado hasta los huesos. El caballo, sin embargo, se ahogó. Una verdadera lástima, porque era un caballo joven. Y el propio Román volvió a casa en un estado lamentable. Berger[217] tampoco aparece; estoy muy disgustada con él, porque es terriblemente vago y un embustero. Masha se ha comprado un barreño y se lava la ropa interior ella misma. Le dije, enfadada, que estaba echando a perder su salud y que iba a acabar conmigo, pero me contestó con displicencia. Los pequeños están los cuatro acatarrados, aunque van mejorando y conservan el buen humor. ¿Dónde se habrá metido Seriozha con este temporal? Estaba de visita en casa de los Olsúfiev; espero que no le dejaran marchar. Lióvochka se queja de que no puede escribir.

Liova se fue con el administrador en busca del caballo ahogado, pero se perdieron y tuvieron que volverse sin haberlo encontrado. Quiero tanto a mi hijo Liova. Únicamente me apena que sea tan delgado y melancólico; aunque últimamente lo veo más contento, y eso me alivia.

7 de enero. No se me ha ido de la cabeza en todo el día lo que me dijo ayer Masha: dice que, para primavera, se casa con Biriukov. «Me marcharé y me dedicaré a cultivar patatas», fueron sus palabras. Últimamente he adoptado la costumbre de esperar hasta el día siguiente para contestar. De modo que hoy le he escrito una carta a Biriukov, acompañando el dinero en pago de un libro que le había enviado a Masha. Le he dicho que no quiero que Masha se case con él y le he pedido que deje de escribirle cartas y de venir a verla. Masha me ha oído contarle a Lióvochka lo de la carta y ha montado en cólera, ha dicho que retira todas las promesas que me había hecho. Yo también he acabado deprimida y llorando. Masha es un verdadero tormento: todo lo suyo, su carácter y ahora este amor imaginario por B.

Liova ha salido esta mañana para Pirogovo con Mitroja[218]. Tania se había ido a Tula y allí le han robado el dinero que llevaba. Y anoche

se nos llevaron dos carretadas de leña del cobertizo. Esta mañana pasé a limpio los diarios de L., luego di clase a los niños, zurcí unos calcetines y ya no me quedaron fuerzas para nada más. ¡Qué monotonía infernal! Por la tarde he leído en voz alta dos tediosos y horribles relatos que nos había enviado Chertkov, ese idiota insensible.

Hoy he estado pensando en que nueve de cada diez cosas que suceden en este mundo son consecuencia del amor, en sus muchos y variados aspectos, aunque la gente siempre lucha por ocultarlo porque, de lo contrario, todos sus pensamientos, emociones y pasiones más íntimos quedarían al descubierto: sería como aparecer desnudo en público. No hay una sola mención del *amor* en los diarios de Liócochka, no al menos en el sentido que yo le doy; es como si nunca lo hubiese experimentado.

8 de enero. Hasta arriba de trabajo todo el día. Repasé las cuentas de Yásnaia Poliana y de las ventas de madera, y las comprobé, y leí las pruebas del volumen XIII de la nueva edición de *Obras completas*. Más tarde, di dos horas de clase de música a Andriusha y a Misha y, después de cenar, anoté algunos acordes para los niños. Luego estuve calculando nuestros gastos en huevos y mantequilla, y seguí haciendo borradores de mi solicitud legal referente a la partición de la finca de Ovsiánnikovo con el diácono y a la cesión de propiedad de la finca de Grinevka. Así que lo he dejado todo en perfecto orden (casi como si estuviera a punto de morir). Sé que debería viajar a Moscú por lo del volumen XIII, pero no tengo ninguna gana. Me encuentro apesadumbrada, aunque no tendría por qué: todos están bien y contentos, gracias a Dios. Sasha, Vánechka y yo hemos rezado juntos nuestras oraciones. Liócochka se pasa todo el tiempo abajo, leyendo y escribiendo, y sólo sale para comer y dormir. Se le ve bien, feliz.

10 de enero. Eran casi las diez cuando me he levantado, así que no he ido a Tula; hace un viento terrible. Por la mañana remendé la ropa interior de Sasha, pasé algunas cosas a limpio y di clase de música a los niños y de formación religiosa a Andriusha. Me tomé mucho trabajo con ellos y todo fue muy bien. Andriusha es terco y distraído y parece que lo hiciera aposta para no escuchar y no enterarse. Cuanto más empeño pongo en la lección, más torpe y ausente se muestra. ¡Cómo me agota! ¡Va a tener muy mala vida con esa actitud, el pobre! Liócochka y Nikolái Nikoláievich echaron unas partidas de ajedrez con Alekséi Mitrofánovich, que jugaba sin mirar el tablero, lo cual nos dejó boquiabiertos. Hablamos del modo en que la

censura impide que los escritores digan lo que es más importante para ellos, y yo defendí que *hay* obras libres, obras de pura literatura que los censores son incapaces de silenciar; como *Guerra y paz*, por ejemplo. Lióvochka replicó agriamente que él ha renunciado por completo a esa clase de obras. Era evidente que la prohibición de la *Sonata a Kreutzer* estaba detrás de tan amargo comentario.

12 de enero. Ayer fui a Tula, canjeé los cupones, presenté mi solicitud para la cesión de la propiedad de Grinevka, liquidé las facturas pendientes y discutí hasta la extenuación de la partición de la hacienda de Ovsiánnikovo con la mujer del diácono, que comparte con nosotros los derechos sobre esas tierras. Hasta en cuatro ocasiones me mandaron del juzgado de distrito a la oficina provincial y a la inversa, alegando en ambos sitios que la materia no era de su competencia. Así que me fui sin resolver nada. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan deprimida como me sentí ayer esperando en el despacho del fiscal (Davydov[219]) al abogado, que se retrasaba. Estos asuntos oficiales son tan tediosos y difíciles (ojalá bastase con decir: «¡Soy cristiano, va contra mi religión!»). Tengo que contratar a un buen administrador que se haga cargo de esto, porque yo no puedo estar yendo continuamente a Tula. A las tres de la madrugada, Vánechka empezó a toser y le subió mucho la fiebre. Tuve que arrastrarme fuera de la cama para ir a su habitación y tratar de aliviarlo. Y esta mañana me he levantado tarde. Hoy es el santo de Tania, pero las dos hemos dado clase a los pequeños; Andriusha tocó el piano bastante bien, aunque Misha puso mala cara. Vánechka sigue resfriado y con fiebre, pero no se queja. El cartero ha traído una carta de Varia Nagórnova, la sobrina de L. N., así como las pruebas de la *Sonata a Kreutzer*. El asunto ha llegado a una suerte de desenlace. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿La van a prohibir? ¿Qué debo hacer yo?

Mañana tengo que leer las pruebas y remendar ropa interior. Siento en mi alma vacío y soledad.

15 de enero. A veces es una lucha sin cuartel. Esta mañana, los niños estaban abajo estudiando la lección y Klopski[220] andaba por allí. «¿Por qué estudias?», le ha preguntado a Andriusha. «¿Quieres corromper tu alma? ¡Seguro que a tu padre no le parece bien!» Las niñas, entonces, le han respaldado y le han preguntado si podían estrechar su noble mano por haber dicho eso, y los chicos han subido corriendo a contármelo. Yo he tenido que asegurarles con mucha vehemencia que, dado que no desempeñamos verdaderas labores en el campo, sin el trabajo intelectual no seríamos más que unos completos

holgazanes, que estas tareas intelectuales son la contrapartida por la gran vida que llevamos. Les he explicado que tengo que procurarles yo sola una educación a todos, que si se convierten en malas personas toda la culpa recaerá sobre mí y que me dolería mucho que todos mis esfuerzos fueran en vano.

18 de enero. No me encuentro bien; me duelen mucho todos los músculos, internos y externos, del vientre, y tengo algo de fiebre. He tenido una escena espantosa con el ama de cría. Ayer estuvo muy antipática conmigo y últimamente tiene al bebé desatendido. Me desespera. Me sentía enferma y le dije que no iba a tolerar los insultos de una desvergonzada. Y, de pronto, soltó algo tan increíblemente grosero que, de no haber sido porque Vánechka me tiene como alelada, la hubiera despedido en el acto. La pobre criatura, presintiendo una pelea, se aferró a su falda y no la soltaba, mientras repetía: «¡Mamá buena, mamá buena!»… ¡Si todos fuéramos como niños pequeños! Le di clase a Misha y estuve pasando cosas a limpio. No me acosté, a pesar de que aullaba de dolor y no podía probar bocado. Esta parte de los diarios de Lióvochka, sobre Sebastopol y la Guerra de Crimea, es muy interesante. Una página en particular, que había sido arrancada, me impresionó como ninguna. La mujer busca el *matrimonio* y el hombre busca la *lujuria*, y no hay reconciliación posible. Ningún *matrimonio* puede ser feliz si el marido ha llevado una vida depravada. Es asombroso que el nuestro haya sobrevivido. Fue mi ignorancia infantil lo que hizo posible nuestra felicidad. Instintivamente, cerré los ojos a su pasado y, deliberadamente, por mi propio bien, no leí entonces todos sus diarios ni hice preguntas. Si lo hubiera hecho, eso nos habría destruido a ambos. Él no lo sabe, como tampoco que fue mi pureza lo que nos salvó, pero hoy sé que es verdad. Esas escenas de su pasado, esa depravación despreocupada y su manera despreocupada de contarlo, son venenosas, y tendrían un efecto devastador en una mujer que no tuviera suficientes cosas de las que ocuparse. Después de leer estos diarios, la mujer sentiría: «¡De manera que así es como eras tú! Tu pasado me ultraja: ¡mira lo que has conseguido a cambio!».

19 de enero. Sigo enferma: problemas de vientre y estado febril. Sólo he podido, como en un sueño, darles dos horas de clase de música a los niños y corregir las pruebas de la *Sonata a Kreutzer*. ¡Lo que me cunde el trabajo! Lástima que esta capacidad mía no haya estado asociada a algo más noble y elevado que el trabajo mecánico. ¡Qué feliz sería si supiera escribir relatos o estampas! He recibido una

carta preciosa de Liova; pero hay que ver, Dios mío, qué impresionable y qué lúgubre es. No hay en él jovialidad; ni su vida ni sus obras se van a caracterizar por su integridad y su armonía, lo cual es una pena.

Hay un hilo visible que une los antiguos diarios de Lióvochka con su *Sonata a Kreutzer*. Y en esa telaraña yo soy una mosca zumbona, que ha caído ahí por casualidad, y a la que la araña le ha chupado la sangre.

6 de febrero. Me he levantado a las diez. Anoche soñé con mi hijo pequeño, Petia, que murió; Masha lo traía de algún lugar, todo desgarrado y mutilado. Era ya tan alto como Misha y guardaba un gran parecido con él. Nos volvimos locos de alegría al vernos; a lo largo del día, he seguido viéndolo tal como era cuando estaba enfermo, yaciendo en la penumbra. He estado cortando y cosiendo unos pantalones para Andriusha y para Misha, y a la caída de la tarde ya había acabado ambos pares. Luego, Lióvochka nos ha leído el *Don Carlos* de Schiller mientras yo hacía punto. Ahora son las once y se ha ido a caballo hasta Kozlovka a recoger el correo. Las niñas ya están acostadas; las dos están inquietas y un tanto descontentas desde que tuvieron noticia de los sentimientos de M. Stajóvich.[221] Yo estoy leyendo *Physiologie de l'amour moderne*[222]. Aún no he comprendido del todo de qué trata, porque no he hecho más que empezarlo, pero no me gusta.

Lióvochka adora a Vánechka y juega con él. Esta tarde los ha metido, primero a él y luego a Sasha, en un cesto vacío, ha cerrado la tapa y los ha llevado por toda la casa, acompañado por Andriusha y Misha. *Juega* con todos los niños, pero jamás *se ocupa* de ellos.

10 de febrero. A Tania no ha parado de dolerle horriblemente la cabeza de la mañana a la noche, y a la hora de la cena le había subido otra vez la fiebre a treinta y ocho y medio. Vánechka también ha tenido fiebre, esta mañana tenía treinta y nueve con tres. ¡Qué enfermedad más rara y misteriosa! No puedo decir que me preocupen *demasiado* mis pacientes, pero sí que me dan pena. Yo tampoco me encuentro muy bien y anoche no pegué ojo. Hoy he pasado a limpio los diarios de Sebastopol de Lióvochka, que son muy interesantes; luego me he sentado a hacer punto junto a los dos enfermos. Le he tomado la lección de esta semana a Andriusha, que no se la sabía. Masha ha abierto una escuela para la chusma en «esa casa»[223], y los niños acuden en tropel. Sasha ha estado yendo a clase allí también, ahora que Tania está enferma. Misha tiene un reloj nuevo y está

encantado con él, con ese entusiasmo propio de los niños. A Lióvochka apenas lo veo. Está otra vez enfrascado escribiendo sobre arte y ciencia. Hoy me ha enseñado un artículo aparecido en *Open Court*[224] que lo acusa de no vivir en consonancia con las ideas que predica y de haber entregado su patrimonio a su *esposa*. «Y todos sabemos cómo los hombres en general, y los rusos en particular, tratan a sus esposas», dice el artículo. «Una esposa no piensa por sí misma.» Lióvochka está muy molesto, pero a mí me da igual; estoy acostumbrada a estos ataques.

12 de febrero. Hoy todos los niños están malos, con dolencias diversas: Tania y Masha tienen dolor de estómago; Misha, dolor de muelas; a Vánechka le ha salido un sarpullido y Andriusha está con fiebre y vómitos. Sólo Sasha se encuentra sano y alegre. He estado pasando a limpio el diario de Lióvochka. Me ha dicho en bastantes ocasiones que no le gusta que lo haga, pero yo pienso: «Bueno, tendrás que aguantarte, ya que has llevado una vida tan indecente». Hoy ha vuelto a sacar el tema y me ha dicho que yo no me daba cuenta del daño que le estaba haciendo, que él quería destruir los diarios: ¿cómo me sentaría *a mí* que me estuvieran recordando constantemente todo aquello que me atormentase, cada mala acción? A lo cual le he repuesto que no sentía la menor compasión por él, y que, si quería quemarlos, adelante: yo no valoro en nada mis esfuerzos. Pero que, si hubiera que determinar cuál de los dos había hecho sufrir más al otro, sin duda sería él, porque me había herido *tan* profundamente al publicar su última novela ante el mundo entero que era muy difícil que algún día llegara a desquitarme. Sus armas son mucho más poderosas. Él quiere que el mundo lo contemple subido al pedestal que ha erigido para sí mismo, a base de enormes esfuerzos, pero sus diarios lo arrojan sobre la inmundicia de su pasado, y eso lo enfurece.

No sé por qué la gente conecta la *Sonata a Kreutzer* con nuestra vida conyugal, pero eso es lo que ha ocurrido, y ahora todo el mundo, desde el mismísimo zar hasta el hermano de Lev Nikoláievich o su gran amigo Diákov, se compadece de mí. Y no es sólo la gente; yo también sé, en el fondo de mi corazón, que esta historia va dirigida contra mí y que me ha causado un gran mal, me ha humillado a los ojos del mundo y ha destruido los últimos vestigios de amor entre nosotros. Y eso que yo ni una sola vez en toda mi vida de casada le he faltado al respeto a mi marido, ¡ni siquiera con un gesto o con una mirada a otro hombre! Que en mi corazón haya sentido o no amor por otro hombre -y que me haya debatido íntimamente o no por ello-es otra cuestión, y sólo es asunto *mío*. Nadie en el mundo tiene derecho a escudriñar en mis secretos desde el momento en que mi conducta ha

sido pura.

No sé por qué, pero hoy he decidido dejar que Lev Nikoláievich conociera mis sentimientos respecto a la *Sonata a Kreutzer*. La escribió hace ya mucho,[225] pero algún día tenía que enterarse de lo que pienso sobre ella, y ha sido después de que me recriminara el «haberle causado tanto sufrimiento» cuando he decidido hablarle claro de *mi* sufrimiento.

El día en que nació Masha. Qué espantoso fue, y sigue siendo igual de espantoso veinte años después.

13 de febrero. La discusión de ayer me perturbó profundamente. Pero acabamos reconciliándonos, y convinimos en intentar vivir lo que nos quede de vida lo más amigablemente que podamos.

Todos los niños siguen enfermos: Andriusha ha tenido fiebre todo el día, Tania y Masha están débiles y les duele la cabeza, Misha padece neuralgia. He estado todo el día con ellos y con Ánnenkova, trabajando. He cortado un batín para Andriusha, he zurcido unas medias, he cosido una funda de almohada. Por la tarde, Lióvochka ha acabado de leernos el *Don Carlos* de Schiller; hemos recibido cartas: yo de Liova, Lióvochka de la condesa Aleksandra Andréievna Tolstaia; los dos están bien. Tania está extrañamente histérica. Esta vida mundana y mis desvelos con los niños y sus enfermedades han vuelto a paralizar mi vida espiritual, y mi alma está aletargada. Es una sensación odiosa.

15 de febrero. Prácticamente Lióvochka me ha prohibido copiar sus diarios, y estoy furiosa, porque ya he avanzado tanto que apenas me queda nada para acabar el volumen en el que estoy trabajando. Tendré que continuar sin que me vea, porque *debo* terminar: resolví hace ya tiempo que *tiene* que hacerse. Recibimos una carta de Misha Stajóvich, que otra vez me apremia para que vaya a San Petersburgo a entrevistarme con el zar, con el fin de discutir con él la actitud de los censores con LiLiVochka. Tiene mucha fe puesta en esa visita. Si pudiera estar tranquila en lo concerniente a la casa y a nuestros hijos, si por lo menos me gustara la *Sonata a Kreutzer*, si por lo menos creyera en el futuro trabajo *literario* de Lióvochka… entonces iría. Pero hoy por hoy no sé de dónde sacar la energía y el entusiasmo necesarios para ejercer influencia alguna sobre el soberano y sus puntos de vista tan inflexibles. Antes creía tener un gran poder de persuasión, pero ya no.

Fuimos a Kozlovka a recoger el correo, Lióvochka a caballo y Tania, Masha, Iván Aleksándrovich y yo en trineo.

Una celestial noche de luna, la nieve reluciente, el camino liso, maravilloso, la escarcha, el silencio. De vuelta a casa, pensé con horror en la vida en la ciudad. ¿Cómo podría vivir nunca sin esta belleza natural, sin el vasto espacio y la libertad del campo?

20 de febrero. Venimos de llevar a los Gué a Kozlovka. He recibido dos cartas: de Tania y de Liova, que escribe a lápiz. Está mejor: por la mañana tenía treinta y siete grados, a la caída de la tarde treinta y ocho con seis. También había un telegrama. Me preocupa que Misha, cuando está estudiando, tiene a veces ataques de histeria: tan pronto se ríe como se le saltan las lágrimas, aunque se le pasa en seguida. Me pregunto si no les estaremos exigiendo demasiado. También Andriusha flojea. A Kozlovka hemos ido Lióvochka, Masha y yo; la temperatura era buena y soplaba el viento. Por la tarde, hemos tenido con los Gué una penosa discusión sobre nuestros matrimonios y sobre lo mucho que los maridos sufren cuando sus mujeres no les comprenden. Lióvochka ha dicho: «Concibes una idea nueva, alumbras con toda la agonía del parto una filosofía espiritual enteramente novedosa, ¡y todo lo que hacen es echarte en cara tu sufrimiento y negarse a comprender!». Yo le he contestado que, mientras ellos daban a luz en su imaginación a todos esos hijos espirituales, nosotras paríamos, con verdadero dolor, niños reales y vivos a los que luego había que alimentar y educar, y proteger sus propiedades y sus intereses; que la vida de una era demasiado complicada para dejarlo todo en atención a las divagaciones espirituales de tu marido, de las que nunca vas a estar a la altura y que sólo te traen desgracias. Ambos hemos seguido hablando un buen rato en ese tono de reproche, pese a que, de corazón, los dos queríamos lo mismo; al menos, es lo que yo siempre deseo: dejar de abrir viejas heridas y tratar de vivir juntos como amigos. Cualquier persona -no sólo tu amado marido-merece que la trates con amabilidad si de verdad eres buena, de palabra y de obra. Puede que lograrlo lleve su tiempo, pero no puede ser de otro modo si realmente se tienen buenas intenciones.

6 de marzo. Seriozha se ha ido a Nikólskoie y Masha ha llevado a una campesina enferma a Tula; también iba Sashka, una chica de la aldea, para hacerle compañía. La vida ha retomado su curso habitual. Ha sido maravilloso ver a mis nueve hijos sentados a la mesa con sus viejos padres, el sábado y el domingo. Hoy me he quedado en casa todo el día, ocupada en diversas tareas. Como quería hacer un poco de ejercicio después de cenar, me he unido a Lióvochka, que estaba

jugando con los pequeños, Sasha, Vánechka y Kuzka. Todas las noches, acabada la cena, va metiéndolos uno por uno en un cesto vacío, lo cierra y lo arrastra por toda la casa. Entonces se para y pide al niño que va dentro del cesto que adivine en qué habitación está. Liova está muy flaco, se le marcan las costillas, y se me parte el corazón de verle. Pero está ahora más alegre. En verano tendrá que someterse a una dieta rigurosa de *kumys*.

Hemos leído en voz alta el relato ruso *En el ocaso*[226]; por mi parte, he estado leyendo algo de Spinoza. Su interés por el pueblo judío no me llama particularmente la atención; ya veremos lo que me parece la parte que contiene su *Éthique*. Me gustan los conceptos abstractos y sus ideas generales, no los *análisis* de tal o cual materia concreta.

A la hora del té, hemos estado charlando sobre la comida, el lujo y la dieta vegetariana que Lióvochka anda siempre preconizando. Ha dicho que había visto un artículo en una revista alemana que recomendaba tomar únicamente pan y almendras en la comida principal. Estoy segura de que la persona que lo ha escrito se atiene a ese régimen en la misma medida que Lióvochka observa la castidad que predica en la *Sonata a Kreutzer*.

10 de marzo. Hoy Lióvochka estaba desayunando cuando trajeron las cartas y los periódicos desde Kozlovka. «Seguimos sin noticias del volumen XIII», dije. A lo cual replicó: «¿A qué viene tanto alboroto? No voy a tener más remedio que hacer pública mi renuncia a todos los derechos sobre todas las obras de este volumen XIII». «No adelantemos acontecimientos», dije, y él añadió: «Sí, claro», y salió de la habitación. Me hervía la sangre de pensar que estaba intentando privarme de un dinero que tanta falta me hace para mis hijos, y traté de vengarme con una buena réplica. Así que, según salía a dar su paseo, le espeté: «Adelante, publica tu renuncia a esos derechos. Pero yo publicaré una declaración, justo debajo, diciendo que espero que el editor sea lo suficientemente sensible para no explotar unos derechos que pertenecen a tus hijos». Entonces él me dijo que era *yo* la insensible, pero me habló con dulzura y no le contesté. Si de verdad lo amaba, continuó, yo misma debería encargarme de hacer pública su renuncia a los derechos sobre sus nuevas obras. Después salió, y yo sentí mucha lástima por él; todas estas consideraciones materiales no son nada comparadas con el dolor que experimento por culpa de nuestro distanciamiento. Después de comer, le pedí perdón por haberle hablado en ese tono y le dije que no pensaba publicar nada en absoluto, que lo más importante para mí era no causarle más aflicción. Los dos nos pusimos a llorar y Vánechka, que estaba delante, nos miró asustado. «¿Qué pasa, qué pasa?», preguntaba sin cesar. Le dije:

«Mamá le ha hecho daño a papá y ahora estamos haciendo las paces». Esto le dejó satisfecho y exclamó: «¡Ah!».

Un día frío y ventoso. El profesor de dibujo vino a pedirme que le adelantase dinero y yo me negué, porque es muy mal profesor.

Me duelen la espalda y el pecho, y me encuentro muy débil. Después de comer, Tania, Sonia Mamónova, Masha, Vania y Misha -un ratito-han estado bailando a los sones del acordeón y del piano. Sonia iba vestida como una aldeana. También se ha presentado Alekséi Mitrofánovich en compañía de cuatro muchachos a los que da clase en Tula.

He leído un artículo extraordinariamente perspicaz e inteligente, titulado «A propósito de la *Sonata a Kreutzer*», de M. de Vogüé. Dice, entre otras cosas, que Tolstói ha llevado su análisis hasta tal extremo (*analyse creusante*) que ha matado lo que de personal y literario tiene la obra. Por la tarde, Lióvochka ha leído en voz alta el relato *La hija del general*, de Potanenko; no estaba mal. Mientras, yo tejía y cosía; Sonia y yo le estamos haciendo una chaquetilla a Agafia Mijáilovna.

Lióvochka está corrigiendo y reescribiendo su texto *Sobre la no violencia* y Masha se lo está pasando a limpio. Para un artista como él es duro escribir estos pesados artículos, pero por ahora no puede retomar la literatura.

21 de marzo. He estado leyendo a Spinoza y me han impresionado mucho dos de sus argumentaciones, la primera sobre la autoridad y la ley: la gente debe respetar la autoridad no por miedo al castigo, sino porque representa un ideal, algo a lo que se debe aspirar y que inspira virtud, no sólo en el individuo sino en la sociedad en su conjunto. La otra reflexión se refiere a los milagros. Los iletrados (*le vulgaire*) ven la mano de Dios sólo en aquello que está *más allá* de las leyes de la naturaleza y de la probabilidad, y simplemente no ven a Dios en el conjunto de la Creación. Por eso esperan de Dios sus milagros: algo que esté más allá de lo natural.

Las niñas han regresado de Tula. Han dormido en casa de los Davydov, han ido a ver la exposición itinerante, donde se exhiben cuadros del año pasado, y han cogido muchísimo frío. Hay una ventisca tremenda; la temperatura es heladora y, sin embargo, la nieve se está derritiendo. La clase de música con Andriusha ha vuelto a ser hoy muy desagradable. No es capaz de acordarse de la obra como tal; en cambio, se acuerda de todo lo que la rodea. No me hace gracia que retire la mano cada vez que se la intento coger, que se dé la vuelta cuando le interrumpo, y todo eso. Yo aguanto y aguanto, hasta que ya no puedo más y estallo; entonces le doy un grito o le golpeo en la mano, y luego me arrepiento.

Ha llegado una carta de Liova para Tania. Lióvochka está extraordinariamente afectuoso y de un humor excelente en estos momentos; todo obedece, por desgracia, al motivo de siempre. ¡Si quienes leyeron la *Sonata a Kreutzer* con tanta reverencia tuvieran la más remota idea de la vida amorosa que lleva, y se dieran cuenta de que sólo eso le hace feliz y lo vuelve amable, derribarían a su dios del pedestal en que lo han encaramado! Pero yo le quiero así, cuando es dulce y normal y muestra sus debilidades humanas. No deberíamos comportarnos como animales, pero tampoco predicar virtudes de las que carecemos.

22 de abril. Llevo casi un mes sin escribir en mi diario. Ha sido un mes particularmente interesante y lleno de acontecimientos, pero siempre pasa lo mismo: apenas he tenido tiempo libre, he estado tensa y nerviosa y me he visto obligada a escribir tantas cartas a casa que no he conseguido arreglármelas para dedicarme al diario.

Hoy es el segundo día de Pascua y también el segundo día cálido, veraniego del año. En sólo dos días, todos los árboles y arbustos han pasado del marrón al verde pálido, y esta mañana he escuchado por primera vez a un ruiseñor que cantaba a pleno pulmón; ayer por la tarde, se limitaba a afinar la voz.

Volví de San Petersburgo el Domingo de Ramos, a primera hora. No me encontraba bien y pasé los primeros días de Semana Santa en cama, descansando en la paz del círculo familiar y dando algunas clases a los niños. Después reanudamos nuestras discusiones sobre el modo de dividir el patrimonio, con nuestros hijos, empezando por Iliá, intentando llevarse las mejores tajadas. Así es como, finalmente, decidimos el reparto: Iliá se quedará con Grinevka y una parte de Nikólskoie; Seriozha tendrá otra parte de Nikólskoie; y la tercera -y la mayor-parte de esta propiedad será para Tania o para Masha, con la obligación de pagar un dinero. Liova se quedará con la casa de Moscú y con las tierras de Bobrov, en Samara; a Tania o a Masha le corresponderá Ovsiánnikovo, además de cuarenta mil rublos; y Andriusha, Misha y Sasha recibirán cada uno dos mil *desiatiny*[227] de tierra en la provincia de Samara. Vánechka y yo nos quedaremos con Yásnaia Poliana. Al principio insistí en que se hicieran distintos lotes con las propiedades y se sortearan, pero después Lev Nikoláievich y los niños protestaron, así que tuve que ceder. Las tierras de Samara están bien para los pequeños, ya que su valor se incrementará, y además allí no hay nada que se pueda robar, talar o deteriorar. A Vánechka y a mí se nos asignó Yásnaia para no tener que mover de allí a su padre; donde esté yo, allí tendrá que estar Lev Nikoláievich, y lo mismo Vánechka.

Iliá ha pasado aquí tres días; con él han venido Tsurikov y Naryshkin. También tenemos ahora en casa a Seriozha, así como a Liova. Seriozha se siente muy alejado de la familia y en lo único que piensa es en ocupar un puesto como oficial del *zemstvo*[228] en Moscú; ya se ha cansado de Nikólskoie, cosa que se entiende muy bien, y seguramente no es el único. Liova se marcha hoy a Moscú para preparar su examen. Sigue tan flaco como siempre, pero conserva su altura moral. Han publicado su relato «Montecristo» en el número de abril de *El Manantial* y le han enviado veintiséis rublos por él. En el número de marzo de *La semana*[229] ya había salido su relato «Amor», y le habían pagado sesenta y cinco rublos. ¡Es el primer dinero que gana! Todo el mundo, empezando por Lióvochka, habla muy bien de «Montecristo».

En Semana Santa hice ayunar a Andriusha y a Misha, aunque yo misma no pude cumplir con el ayuno. Se lo tomaron con calma y naturalidad, como la gente corriente. Tuvimos un servicio religioso aquí el domingo, a petición de los criados. Lióvochka había salido. Cuando le pregunté esa mañana si le incomodaría que oyéramos misa en el salón, contestó: «En absoluto».

Ayer, después del desayuno, mandé enganchar el carruaje nuevo y reuní a los niños, a Lida y a la niñera, a Tania, a Masha y a las dos Sashka, y fuimos carretera abajo hasta Zaseka, a coger colmenillas. Estuve todo el tiempo con Vánechka y Sasha. Aunque casi no encontré colmenillas, porque soy muy corta de vista, como adoro el bosque, la salvaje profusión de la naturaleza en primavera y el silencio entre la espesura de los árboles, disfruté muchísimo. Liova y Andriusha fueron a pescar, pero no consiguieron que picara ni un pez y a Liova se le partió la caña. Ayer y hoy, los niños han estado jugando a *pas de géant* en el prado que hay delante de casa y revolcándose frente al establo.

También ayer, a la caída de la tarde, nuestros hijos estuvieron jugando con los chicos de la aldea. Resulta chocante ver cómo estos rapaces de once o doce años tratan ya a las niñas campesinas como *mozos*, no como compañeros. ¡Qué triste y odioso me parece!

Ha venido de visita Dunáiev. A Lióvochka se le ve un tanto taciturno y, cuando le he preguntado qué le pasaba, me ha dicho: «No estoy inspirado». Pero, claro, ni mi viaje a San Petersburgo, ni el ayuno de nuestros hijos, ni la misa del alba, se ajustan a *su* fe; de ahí su tristeza. No es fácil de explicar mi actitud. Yo no puedo dejar de mirar con genuina simpatía esos principios morales que Lióvochka se ha impuesto a sí mismo y ha impuesto a otras personas. Pero me parece imposible llevarlos a la práctica. No puedo quedarme a mitad de camino, eso no va conmigo. Y no tengo fuerzas para llegar hasta el final.

Por otra parte, nuestros hijos se están criando sin ninguna

educación religiosa. Los niños, como la gente del pueblo, necesitan las *formas*: algo que conserve y exprese su relación con Dios. Para eso sirve la Iglesia. Y sólo aquellos que poseen la más elevada y abstracta forma de la fe pueden separarse de ella, porque sin ella tan sólo sentimos el más desesperado de los vacíos.

Acabo de despedir a Liova, que se marchaba a Moscú; Tania y Vánechka lo han acompañado hasta Yásenki.

Ahora voy a intentar recordar y registrar fielmente mi viaje a San Petersburgo, relacionado con la prohibición del volumen XIII de las *Obras completas*, y la audiencia que tuve con el soberano el 13 de abril de 1891.

Salí de Yásnaia Poliana la noche del 28 al 29 de marzo y llegué a Moscú a la mañana siguiente. Estuve un rato charlando con Liova, después me acerqué al Banco Estatal para cambiar mis bonos al cinco por ciento por otros al cuatro por ciento. A las cuatro de la tarde estaba en la estación de Nikoláiev. Me procuré un confortable compartimento de segunda clase, donde también viajaba otra señora, una terrateniente de Moguiliov cuyo marido pertenecía a la nobleza local. Hicimos un viaje muy agradable juntas. Cuando llegué a casa de mi hermana, acababan de levantarse. Mi cuñado Sasha estaba fuera, de viaje de inspección por las provincias bálticas, Tania se estaba vistiendo y los niños estaban comulgando. Tania y yo nos alegramos mucho al vernos, y ella me dejó su dormitorio. Lo primero que hicimos fue mandarle una nota a Misha Stajóvich. Cuando llegó, me explicó que me había escrito una carta en la que me convocaba a una audiencia con el zar, puesto que Yelena Grigórievna Sheremételeva (Stróganova de soltera), prima del soberano e hija de María Nikoláievna (von Leuchtenberg)[230], había conseguido convencerle de que me recibiera. El pretexto que le había dado para mi petición de verle era que yo quería solicitarle que la censura de las obras de Lev Nikoláievich dependiera del propio zar en persona. El caso es que la carta a la que aludía Stajóvich o se había perdido o no había llegado siquiera a escribirla. No es un individuo demasiado fiable, de ahí que me permita dudarlo. Sí me enseñó una especie de misiva dirigida al soberano que había bosquejado. No me gustó, pero se la cogí. Hay que decir que la Sheremételeva se había tomado la molestia de interceder ante el soberano a petición de Zosia Stajóvich, por la que tiene un gran aprecio. A la mañana siguiente de mi llegada, fui a visitar a Nikolái Strájov en su apartamento, ocupado casi por completo por su maravillosa biblioteca. Estaba sorprendido y encantado de verme, y nos sentamos a comentar mi carta y mi inminente conversación con el zar. La carta de Stajóvich le gustó tan poco como a mí y preparó otra, que me hizo llegar a las cinco de aquella tarde. Ésta no me pareció mejor que la anterior, así que decidí escribir yo misma una tercera versión, basada en las otras dos. Apareció mi hermano Viacheslav[231] e hizo las últimas correcciones, y fue esta versión la que enviamos, el 31 de marzo:

> Majestad Imperial:
>
> Permitidme el atrevimiento de dirigirme a Vos, con toda humildad, en relación con la audiencia que tan amablemente habéis tenido a bien concederme para que pueda poner en Vuestro conocimiento la petición que Os hago en

representación de mi marido, el conde L. N. Tolstói. La graciosa atención de Vuestra Majestad me da la oportunidad de explicaros las condiciones en las cuales mi marido podría retomar sus antiguos empeños artísticos y literarios, y de haceros ver que algunas de las muy graves acusaciones de que ha sido objeto su obra son infundadas y le están robando sus últimas fuerzas espirituales a un escritor ruso cuya salud se halla mermada, pero que aún podría ofrecer algunas gloriosas páginas a esta nación.

La fiel servidora de Su Majestad Imperial,

condesa Sofia Tolstaia
31 de marzo de 1891

Como no estaba segura del modo de enviar esta carta, Tania lo averiguó llamando por teléfono a un buen amigo suyo llamado Skalkovski, que ocupa un cargo importante en Correos, y a la mañana siguiente Skalkovski mandó un mensajero con una nota en la que me aseguraba que mi carta le sería entregada al zar aquella noche, en Gátchina[232]. La carta, en efecto, llegó el 1 de abril. Ese mismo día, a la gran duquesa Olga Fiódorovna, que se hallaba en Járkov, de camino a Crimea, le falló el corazón a consecuencia de una pleuresía y murió. Su fallecimiento, unido a la boda de su hijo Mijaíl Mijáilovich con la condesa Merenberg, sin el consentimiento del zar ni de sus padres, se convirtió en la comidilla de San Petersburgo. No se hablaba de otra cosa. La tradición y la etiqueta impusieron un cese total de la actividad en la corte durante nueve días, y la familia real al completo estaba de luto. Desde la ventana del apartamento de los Kuzminski pudimos observar el paso de la comitiva fúnebre de la gran duquesa por la avenida Nevski, en su recorrido desde la estación a la fortaleza de Pedro y Pablo. El zar y Mijaíl Mijáilovich formaban parte del cortejo. Sacerdotes y soldados (en gran número, sobre todo estos últimos) caminaban juntos y, cuando se detuvieron ante la iglesia de la Anunciación para leer la letanía y la oración acostumbradas, *redoblaron los tambores* y sonó una extraña música de silbatos. Nunca había escuchado nada semejante, me recordó a una ceremonia pagana.

Como quería averiguar cuál sería el mejor modo de dirigirme al soberano para que intercediera en favor del volumen XIII, decidí ir a ver a Feoktístov[233], miembro del comité de censura, para que me explicara por qué habían denegado su publicación. Mi hermana vino conmigo. Entramos y, tras saludar a Feoktístov (a quien había conocido de joven en Moscú, justo después de que se hubiera fugado con su bella esposa, a escondidas de la madre de ésta), le pregunté directamente por qué el volumen XIII había sido prohibido *en su totalidad*. Respondió de forma fría y mecánica, limitándose a abrir un libro y a leer en él con voz monocorde: «La obra *Sobre la vida* queda prohibida por los censores eclesiásticos, siguiendo órdenes del Santo Sínodo. El ensayo *¿Qué debemos hacer entonces?* queda prohibido por el Departamento de Policía, y la *Sonata a Kreutzer* queda prohibida por orden de las más altas instancias». Indignada, le hice ver que varios capítulos de *Sobre la vida* habían sido publicados en *La semana*, sin que hubiera habido entonces queja alguna de los censores. Y que ellos mismos habían aprobado la publicación, en el volumen XII de las

Obras completas, de diversos pasajes de *¿Qué debemos hacer entonces?* Eso dejaba fuera únicamente la *Sonata a Kreutzer*, y yo confiaba en obtener el permiso del zar para publicarla.

Para Feoktístov, fue muy embarazoso descubrir que *Sobre la vida* y *¿Qué debemos hacer entonces?* ya habían tenido ediciones parciales. Hizo venir a su secretario, le instó a examinar el asunto y prometió responderme en el plazo de dos días. Aproveché para quejarme del trato negligente y despectivo que dispensaban los censores a un insigne escritor como Lev Nikoláievich Tolstói. Les reproché que la censura ni siquiera se hubiera tomado la molestia de leerse el *índice*, causándonos, tanto al autor como a mí, innumerables problemas y disgustos. Feoktístov cayó en la cuenta de que había cometido una estupidez, y el 3 de abril me trajo personalmente el volumen XIII y me aseguró que había sido aprobado para su publicación.

Entretanto, la revista *Nuevos Tiempos*[234] dio a conocer el repertorio de obras que iban a representarse esa temporada en los teatros imperiales, entre las que estaba *Los frutos de la ilustración*, de L. N. Tolstói. Como sabía que la pieza había sido prohibida, me personé en el Comité Teatral para averiguar qué ocurría. La noticia resultó ser cierta. Les pregunté si se lo habían comunicado al autor, o si habían consultado su voluntad al respecto, y me dijeron que no. Monté en cólera y le dije al funcionario que estaba al cargo que era una manera grosera y descortés de tratar a un autor. También le pedí, entre otras cosas, que en lo sucesivo tuviera la amabilidad de negociar estos asuntos conmigo, no con él. Al día siguiente, vino a verme el productor y me entregó una lista con diversas condiciones. Era un largo recuento de obligaciones contractuales que yo debía aceptar: tenía que *garantizar* que sus obras no se representarían en teatros privados, *comprometerme* a pagar una multa de dos mil rublos en caso de que eso sucediera, y no sé cuántas cosas más. Estaba escandalizada, así que a la mañana siguiente me presenté otra vez ante el Comité y le dije al funcionario que no estaba dispuesta a aceptar *ninguna* de aquellas condiciones: podían abandonar el proyecto, porque por nada del mundo iba a firmar. Me dijo que debía comunicárselo al director, Vsevolozhski, de modo que le pedí que me anunciase. No quiso recibirme. «¡Esto es inaudito! El zar me concede una audiencia, pero el director, que tiene la obligación de recibir al público, se niega a verme.» Mi arrogancia desconcertó al funcionario, que fue nuevamente a anunciar mi visita. «Gentuza -no paraba de decirme a mí misma-. Con vosotros sólo se consiguen las cosas gritando.»

Vsevolozhski me recibió con afectada familiaridad y me presentó a su ayudante, un tipo llamado Pogózhev. «Así que no quiere usted darnos sus obras, ¿eh, condesa?», dijo. «Lo que no quiero es aceptar un montón de obligaciones que no puedo cumplir», contesté. «¡Pero si

no son más que formalidades!», repuso. «Lo serán para usted -dije-, pero para mí es una cuestión de principios y no pienso firmar.» En ese punto intervino Pogózhev: «Si no firma usted estas cláusulas, sólo recibirá el cinco por ciento de lo que se recaude, en lugar del diez por ciento». Me volví hacia él hecha una furia: «No me dedico a la compraventa ni estoy acostumbrada a regatear con mercaderes, así que haga el favor de dejar a un lado todo lo tocante al dinero porque no me interesa y, lo que es más importante, tampoco al conde. Y no voy a cederles esa obra». Luego, dirigiéndome a Vsevolozhski, añadí: «Pero ¿esto qué es? ¿Cómo es posible que alguien de nuestra clase, como usted, no entienda que no se puede tratar a Lev Nikoláievich como a un vulgar autor de vodevil? Todos debemos tener en cuenta su voluntad, especialmente yo, que soy su esposa y una mujer respetable; por eso, no puedo avenirme a sus condiciones ni comprometerme a que sus obras *jamás* se representen en un escenario privado. La mayor satisfacción de Lev Nikoláievich es no haber sacado un solo kópek de esta obra, y ese compromiso nos privaría del derecho de representarla con fines benéficos». Estaba tan alterada que Vsevolozhski finalmente sugirió suprimir varias de las cláusulas del contrato. Pero tampoco di mi brazo a torcer, así que me propuso que escribiera una autorización no oficial concediéndole al Teatro Imperial el derecho de representar la obra a cambio del diez por ciento de la taquilla. Y así lo hice.

Mi hijo Seriozha ha sugerido que donemos este dinero a las instituciones de caridad fundadas por la emperatriz María[235]. Me hubiera encantado poder hacerlo, pero tengo que velar por mis nueve hijos, que también necesitan el dinero, y mucho: ¿de dónde lo sacaría si no?

Aproveché mi tiempo libre en la capital para visitar dos exposiciones: la de los Itinerantes[236] y la de la Academia. No sé si es que estaba de mal humor o simplemente cansada, pero no me impresionaron. También fui de compras con Tania, me cosí un vestido y salí con su familia y sus invitados. El resto del tiempo lo pasé en casa. Trataron de convencerme para ir un día al teatro a ver a la Duse[237], la renombrada actriz italiana, pero tenía los nervios a flor de piel, y además no podía permitírmelo. En todo el tiempo que estuve allí, no dormí más de cinco horas ninguna noche.

Para el viernes 12, ya no era capaz de seguir esperando a ser recibida por el zar. Se acercaba la Semana Santa. Echaba de menos mi hogar, y mi nerviosismo iba en aumento: decidí regresar a casa el domingo, pasara lo que pasara. Me vestí y fui a visitar a la Shereméteva para agradecerle las molestias que se había tomado, y decirle que ya no podía seguir esperando. Shereméteva -en cuya casa estaba en aquellos momentos la princesa de Mecklenburg-me confundió con la joven condesa Sofia Andréievna Tolstaia, hermana de

Aleksandra Andréievna, y no me recibió. Fui entonces a casa de Zosia Stajóvich y le dije que me pensaba marchar el domingo siguiente, y le pedí que se lo comunicara a la Shereméteva, para que ésta a su vez se lo dijera al soberano. De allí me fui a casa de Aleksandra Andréievna, a despedirme.

Aquella misma noche, a las once, justo cuando me acababa de acostar, llegó una nota de Zosia informándome de que el zar me había enviado una invitación, a través de Shereméteva, para que me reuniera con él a la mañana siguiente, a las once y media, en el palacio Anichkov.

En primer lugar, me alegré sobremanera al ver que me podría marchar al día siguiente. Sin dilación, me puse a hacer el equipaje, escribí una serie de notas, mandé a pedirle a *madame* Auerbach que me prestara un carruaje y un lacayo y me acosté a las tres de la madrugada, muy nerviosa. No podía dormir, dándole vueltas a todo sin parar, repasando una y otra vez lo que tenía que decirle al zar.

Por la mañana temprano, comprobé que había pagado todas mis facturas, le pedí a Tania que saldara el resto por mí, me vestí y me senté a esperar que llegara la hora de irme. Llevaba un vestido de luto que yo misma había confeccionado, un velo y un sombrero con un crespón negro. Me marché a las once y cuarto. El corazón me palpitaba según nos acercábamos al palacio Anichkov. Me saludaron respetuosamente en la verja de entrada y en el zaguán, y yo respondí con reverencias. Pasé a la antecámara y le pregunté al conserje si el soberano le había dado instrucciones de hacer pasar a la condesa Tolstaia. «No», me dijo. Le preguntó a otra persona, y la respuesta fue la misma. Me dio un vuelco el corazón. Entonces mandaron llamar al ordenanza del zar. Apareció un joven atractivo, ataviado con un uniforme dorado y escarlata y un enorme tricornio. «¿Tiene usted instrucciones del soberano para recibir a la condesa Tolstaia?», le pregunté. «¡Ciertamente, Excelencia! -contestó-. Su Majestad, al volver de la iglesia, ha preguntado por su Excelencia» (por lo visto, el zar había tenido que asistir al bautizo de la gran duquesa Elizaveta Fiódorovna, que se ha convertido a la ortodoxia). El ordenanza subió entonces a la carrera por una empinada escalera, tapizada con una fea alfombra de color verde brillante, y yo le seguí. No me di cuenta de lo rápido que íbamos; cuando me dejó en la sala de espera tras hacer una profunda reverencia, el corazón me latía tan deprisa que creí que me iba a dar algo. Me encontraba fatal. Lo primero que se me ocurrió fue que no merecía la pena morir por este asunto. Me imaginé al ordenanza regresando para llevarme ante el zar y encontrando mi cuerpo sin vida. En esas condiciones no iba a ser capaz de pronunciar palabra. Las palpitaciones eran tan violentas que me era literalmente imposible respirar, hablar o gritar. Me senté y quise pedir un vaso de

agua, pero no pude. Entonces recordé que a los caballos, si han galopado demasiado deprisa, se les hace trotar despacio un rato hasta que se recuperan. Me levanté del sofá y di unos pasos tranquilos por la habitación. Pero eso no me ayudó en nada, así que me aflojé discretamente el corsé y volví a sentarme, mientras me masajeaba el pecho y pensaba en mis hijos: ¿cómo se tomarían la noticia de mi muerte? Afortunadamente, al zar no le habían notificado mi llegada y había hecho pasar a otra persona antes que a mí. De modo que tuve tiempo de descansar y de recobrar el aliento y, para cuando el ordenanza regresó y anunció: «Su Majestad ruega a su Excelencia, la condesa Tolstaia, que pase», ya me había repuesto por completo. Seguí hasta el despacho del zar al joven, que hizo una inclinación y se fue. El zar salió a la puerta a recibirme y me estrechó la mano, y yo hice una leve reverencia.

-Perdonadme, condesa, por haberos hecho esperar tanto -dijo-. Ha sido imposible para mí recibiros antes.

Yo respondí:

-Os estoy profundamente agradecida, Majestad, por hacerme el honor de recibirme.

Entonces el zar comenzó a hablar de mi marido (no recuerdo lo que dijo exactamente) y me preguntó por la naturaleza de mi petición. Yo hablé con voz tranquila, pero firme:

-Majestad, he observado que últimamente mi marido parece dispuesto a reanudar sus trabajos literarios. El otro día, sin ir más lejos, me comentó: «Me he dedicado tanto a estos tratados filosóficos y religiosos que ahora creo que debería comenzar otra obra literaria; tengo en mente algo parecido a *Guerra y paz*, tanto en la forma como en el contenido». Pero cada día que pasa crecen los prejuicios contra él. Por ejemplo, el volumen XIII fue prohibido y ahora han decidido que es posible aprobarlo. Su obra *Los frutos de la ilustración* fue rechazada y ahora se ordena que sea representada en los teatros imperiales. La *Sonata a Kreutzer* fue prohibida…

-Sin duda, condesa, no dejaríais que vuestros hijos leyeran un libro como ése -me interrumpió el zar.

Yo le dije:

-Desgraciadamente, esa historia adopta unas formas demasiado extremas, pero la idea fundamental es ésta: el ideal es siempre inalcanzable; si se considera que la castidad absoluta es el ideal, la gente sólo será pura en la vida conyugal.

Si no recuerdo mal, cuando le conté al zar que Lev Nikoláievich parecía dispuesto a volver a escribir obras *literarias*, exclamó:

-¡Oh, eso sería magnífico! ¡Qué gran escritor es! ¡Qué gran escritor!

Después de definir lo que, a mi juicio, constituía el argumento

central de la *Sonata a Kreutzer*, seguí diciendo:

-Me haría muy dichosa que la condena que pesa sobre la *Sonata a Kreutzer* se levantara para su publicación en las *Obras completas*. Eso sería una clara muestra de condescendencia a Lev Nikoláievich y, quién sabe, puede que lo anime a trabajar de nuevo.

A esto, el zar replicó:

-Sí, creo que podría ser incluida perfectamente en las *Obras completas*. No todo el mundo puede permitirse comprarlas; después de todo, su circulación será más bien restringida.

Por dos veces -no recuerdo exactamente en qué momento-el soberano se lamentó en nuestra conversación de que Lev Nikoláievich se hubiese apartado de la Iglesia. Y añadió:

-Están surgiendo tantas herejías entre las gentes sencillas, con efectos tan nocivos para ellos.

Yo repuse:

-Puedo aseguraros, Majestad, que mi marido nunca ha predicado ninguna filosofía al pueblo ni a nadie. Jamás ha mencionado sus creencias a los campesinos, y no sólo no hace circular sus manuscritos entre la gente, sino que de hecho se desespera cuando otros lo hacen. Por ejemplo, en cierta ocasión un joven sustrajo un manuscrito del portafolios de mi marido, copió partes de su diario y al cabo de dos años empezó a litografiarlo y difundirlo.

(Me estaba refiriendo, sin nombrarlo, a Novosélov y a su forma de proceder con «Nikolái Palkin».[238])

El zar estaba estupefacto y expresó su indignación:

-¡Eso es vergonzoso, completamente vergonzoso! ¡Cualquiera puede escribir lo que desee en su diario! ¡Pero no hay derecho a robar los manuscritos de otro!

El zar es bastante tímido, y habla con una voz agradable, melodiosa. Su mirada es cálida y amable y sonríe de manera amigable. Es muy alto y más bien grueso, pero es de constitución sólida y apariencia fuerte. Está calvo casi por completo y la cabeza se le estrecha mucho a la altura de las sienes, como si se la hubiesen estrujado. Me recordó un poco a Vladímir Chertkov, especialmente por la voz y la manera de expresarse.

A continuación el soberano me preguntó qué pensaban nuestros hijos de las enseñanzas de su padre. Le dije que no podían sentir sino el mayor respeto por los elevados principios morales que predicaba, pero que yo consideraba importante para ellos que se educaran en la fe de la Iglesia. Le expliqué que habíamos ayunado juntos en agosto, pero no en la aldea, sino en Tula, ya que a algunos de los sacerdotes locales, que deberían ser nuestros padres espirituales, los habían reclutado como espías y estaban enviando informes calumniosos sobre

nosotros.

-Sí, algo he oído -dijo el zar. Entonces le conté que mi hijo mayor era oficial del *zemstvo*, que el segundo estaba casado y vivía por su cuenta, que el tercero era estudiante y que los demás aún vivían en casa con nosotros.

Se me había olvidado señalar que, cuando estábamos conversando sobre la *Sonata a Kreutzer*, el zar dijo:

-¿No podría vuestro marido cambiarla un poco?

Yo le dije:

-No, Majestad. Él nunca quiere introducir correcciones en sus obras y, además, dice que ha acabado por odiar esta novela y que no soporta ni que se la mencionen.

El zar preguntó luego:

-¿Veis a menudo a Chertkov, el hijo de Grigori Ivánovich y Elizaveta Ivánovna? Parece ser que vuestro marido lo ha convertido por completo.

No estaba en absoluto preparada para esta pregunta y, por un momento, me quedé sin palabras. Pero en seguida recuperé la compostura.

-Llevamos casi dos años sin ver a Chertkov -dije-. Su esposa está enferma y no puede dejarla sola. La relación que entabló con mi marido no se debió a la religión, sino a otros asuntos. Al ver cuántos libros estúpidos e inmorales se publicaban para consumo popular, mi marido le brindó la idea de transformar esta literatura barata dándole una orientación educativa y moral. Mi marido escribió varios cuentos populares de los que se difundieron millones de ejemplares, aunque más tarde fueron acusados de ser inadecuados y no lo suficientemente píos, y han sido prohibidos. Aparte de esto, publicaron juntos una serie de libros científicos, filosóficos e históricos. Fue una empresa muy exitosa; pero también fue objeto de persecución.

El soberano no dijo nada. Finalmente reuní el valor necesario para añadir:

-Majestad, si mi marido volviera nuevamente a escribir obras de ficción y yo volviera a encargarme de su publicación, sería un inmenso placer para mí saber que el veredicto final sobre su trabajo depende de Su Majestad en persona.

Y el zar replicó:

-Estaría encantado de que así fuera. Enviadme sus obras directamente a mí para que las estudie y considere.

No puedo recordar si dijimos algo más. Lo que sí recuerdo, en cambio, es que al final me confió:

-Tened la seguridad de que se hará todo lo posible. Me ha alegrado enormemente veros. -Y se puso en pie y me dio la mano.

Yo hice otra reverencia y dije:

-Lamento no haber presentado mis respetos a la emperatriz, pero me dijeron que no se encuentra bien.

-No, no; la emperatriz hoy está bastante bien y podrá recibiros. Daré orden de que os anuncien -repuso.

Me dispuse a salir. El zar me condujo a la puerta que daba a la pequeña habitación aneja a su despacho y se despidió de mí.

-¿Os quedaréis unos días en San Petersburgo? -me preguntó.

-No, Majestad, me marcho hoy.

-¿Tan pronto? ¿Cómo es eso?

-Uno de mis hijos está enfermo.

-¿Sí? ¿Qué tiene?

-Varicela.

-Bueno, no corre peligro, siempre que no coja frío.

-Sí, Majestad; pero, con este tiempo, me preocupa que dejen que coja frío si no estoy yo allí.

El zar me estrechó la mano con mucho afecto, yo volví a inclinarme y salí.

Regresé a la sala de espera, tapizada en satén rojo. Había una estatua femenina en el centro de la estancia, dos figuras infantiles a los lados y dos espejos de cuerpo entero en los arcos que la separaban de la entrada principal. Había plantas y flores por todas partes. Nunca podré olvidar la masa de azaleas de color rojo brillante en la que había fijado la vista cuando creí que me iba a dar el síncope. La ventana ofrecía una vista desolada: un patio adoquinado en el que esperaban dos carruajes y algunos soldados hacían la instrucción.

Un lacayo entrado en años, de aspecto y acento extranjeros, custodiaba la puerta de la sala de espera de la zarina. Enfrente montaba guardia un negro, con el uniforme nacional. Junto al despacho del zar también había unos negros, creo que eran tres. Pedí al lacayo que me anunciara, diciéndole que el soberano en persona había autorizado la visita. Me respondió que la emperatriz se encontraba con otra dama en aquel momento, pero que en el mismo instante en que se retirase me anunciaría.

Esperé unos quince o veinte minutos. La dama salió, el lacayo me dijo que el soberano había hablado con la emperatriz para informarle de que yo quería presentarle mis respetos y entré.

La emperatriz, una mujer delgada, rápida y de paso ágil, vino a mi encuentro. Tenía un cutis precioso y llevaba el hermoso cabello castaño maravillosamente arreglado, como si se lo hubiesen pegado a la cabeza. No era muy alta ni muy baja, y llevaba un vestido negro de lana, de cuello alto y talle estrecho, muy ceñido en los brazos. Tenía un tono de voz fuerte y bastante gutural. Me dio la mano y, al igual

que el emperador, me invitó de inmediato a sentarme a su lado.

-Je vous ai déjà vu une fois, n'est ce pas? -me preguntó.

-J'ai eu le bonheur d'être présentée a votre majesté il y a de cela quelques années à l'Institut de St. Nicolas, chez Mme. Schostag.

-Ah, certainement, et votre fille aussi. Dites moi, vraiment on vole les manuscrits du comte et on les imprime sans lui demander la permission? Mais c'est une horreur, c'est très mal, c'est impossible.

-C'est vrai, votre majesté, et c'est bien triste. Mais que faire![239]

Luego me preguntó cuántos hijos tenía yo y a qué se dedicaba cada uno. Le dije que me alegraba saber que su hijo, Gueorgui Aleksándrovich, se encontraba mejor, y le confesé que había sufrido por ella, sabiendo lo duro que tenía que haberle resultado que la separaran de sus dos hijos por estar uno de ellos tan enfermo. Me dijo que ya estaba plenamente recuperado; había tenido neumonía, se la habían curado mal, él mismo no se había cuidado lo suficiente y ella había estado extremadamente preocupada. Dije que lamentaba no haber tenido la ocasión de conocer a sus hijos, y la emperatriz me informó de que en aquellos momentos se hallaban todos en Gátchina.

-Ils sont tous si heureux, si bien portants -añadió la zarina-. *Je tiens qu'ils aient des souvenirs heureux de leur enfance.*

-Dans une famille comme celle de sa majesté, tout le monde doit se sentir heureux -le dije.

-Ce petit Michel aux joues roses, il joue une grande fille à 16 ans -comentó. Después se puso de pie, me tendió la mano y dijo afectuosamente-: *Je suis très contente de vous avoir revu encore une fois.*[240]

Yo me despedí con una reverencia y me marché.

El carruaje de *madame* Auerbach me llevó a casa de los Kuzminski, y yo, sin enterarme de los cuatro pisos, subí a la carrera hasta arriba.

Allí me recibió mi hermana Tania, y después Zosia, Mania y Misha Stajóvich, Erdeli, Aleksandr Mijáilovich y todos los hijos de los Kuzminski. Yo tuve que contárselo todo. Todos me apoyaron y me felicitaron. Mandé dos telegramas: uno a Liova, que estaba en Moscú, y otro a casa. Después de comer algo, cogí el tren a las tres de la tarde. Toda esa gente fue a despedirme, y me dio mucha pena separarme de mi hermana Tania: viendo su rostro extenuado, recordé las muchas molestias que le había causado y lo mucho que me había apoyado.

Hay otra cosa que se me olvidaba contar de mi entrevista con el zar. Después de interesarse por la influencia de Lev Nikoláievich sobre el pueblo, hizo mención a los jóvenes a los que había convertido. Yo le dije que se trataba, en su práctica totalidad, de gente que transitaba por el mal camino del odio político, a los que Lev Nikoláievich había dirigido hacia la tierra, hacia la no violencia, hacia el amor. Y, aunque

no siguieran la senda cierta, al menos era gente de orden.

En Moscú, en la estación de Kursk, el domingo 14 de abril me recibieron Liova, Dmitri Alekséievich Diákov y Dunáiev. Comimos allí juntos, y les conté toda mi aventura. Liova y Dmitri Alekséievich se mostraron muy interesados. En el andén, esperando el tren a Tula, me encontré con Nadia Zinóvieva, que se subió en mi mismo vagón. Nos invitó a su compartimento, y tuvimos un viaje muy animado. Además de Liova, Nadia y yo, venían con nosotras dos hacendadas de Járkov, madre e hija. Ésta al principio estuvo llorando, porque acababa de despedirse de su prometido.

En casa nos recibieron Tania y los más pequeños. Lióvochka había ido a Chepyzh, y luego me estuvo esperando en el parque. Tardó mucho en volver, y yo ya había regresado a casa. Masha estaba en su cuarto. Yo estaba feliz, de nuevo en casa, pero Lióvochka estaba disgustado con mi aventura y mi encuentro con el zar. Dijo que habíamos adquirido toda clase de compromisos que no podríamos dejar de cumplir. Hasta entonces, el zar y él se habían ignorado mutuamente, pero ahora todo esto podía hacernos daño y acarrearnos desagradables consecuencias.

29 de abril. No he escrito en mi diario durante varios días. Hace dos noches tuve otro ataque de asma. Sentí como si algo me taponara el pecho, y me dieron horribles palpitaciones y mareos. Me eché en brazos del ama de cría, gritando: «¡Me muero!». Luego besé a Vánechka y corrí escaleras abajo a despedirme de Lióvochka antes de morir. Estaba físicamente aterrorizada, pero no mentalmente. Lióvochka no estaba, así que me santigüé y esperé a que me llegara la muerte, sin poder respirar. Luego volví a mi dormitorio. De camino, me las arreglé para pedir mostaza para el pecho y un pulverizador y, cuando pude acostarme e inhalar el vapor, empecé a sentirme mejor. Pero todavía ahora noto esa opresión en el pecho, y no creo que me quede mucho tiempo de vida. Algo se ha roto en mi interior; he agotado mis reservas de energía: llevo una carga excesiva para mis años.

Los Gué, que han vuelto de San Petersburgo, llevan dos días con nosotros. Le he escrito al ministro del Interior, para que le recordase al zar que me había dado personalmente su permiso para publicar la *Sonata a Kreutzer* en las *Obras completas*. Hemos recibido una carta de Liova, en la que dice, lamentablemente, que no quiere hacer los exámenes y que deja la Universidad. Tanto Lióvochka como yo le hemos escrito aconsejándole que no abandone sus estudios universitarios hasta que tenga del todo claro lo que quiere hacer después. Aunque no creo que lo considere. Que haga lo que le parezca,

lo importante es que cuente con nuestro apoyo. Tania se marcha a Moscú pasado mañana. Los últimos tres días los he pasado enferma, metida en casa, pero afuera todo está ya bastante verde. La hierba y las hojas se renuevan, y los ruiseñores cantan.

15 de mayo. De nuevo, he dejado de escribir mi diario bastante tiempo, y otra vez han pasado muchas cosas. El 2 o el 3 de mayo, nos visitó la princesa Urúsova (Maltseva de soltera) acompañada por sus dos hijas mayores, Mary e Ira. Su presencia me trajo dolorosos recuerdos del malogrado príncipe[241], y no conseguí quitármelo de la cabeza. Sentada a la mesa, me parecía estar viéndolo, enfrente de mí, junto a Lióvochka, o bien a mi lado, diciendo mientras esperábamos la llegada de su familia: «Ya verá, condesa, cómo quiere usted a mi *pobre* esposa». Y pronunciaba la palabra *pobre* con acento extranjero. Y vaya si quiero a su pobre esposa, y a sus hijos, sobre todo a Mary, que es clavada a él, y que tocó una sonata de Beethoven con tal maestría que no nos quedó ninguna duda sobre sus excepcionales dotes para la música. ¡Y es una gente tan ingenua, y al mismo tiempo tan civilizada! La princesa ha cambiado mucho, para mejor, se la ve más resignada y llena de arrepentimiento. No entiendo por qué siempre me habla del amor excepcional que su marido sentía por mí. En esta ocasión me dijo, en tono grave y serio, que incluso me había amado más que a Lióvochka, y que era yo quien le había proporcionado todas las cosas que tendría que haberle dado ella, su mujer: simpatía, amistad, afecto y desvelos. Yo le dije que estaba equivocada si imaginaba que su marido me había amado de ese modo, que él nunca me había dicho nada semejante y que sólo habíamos sido muy buenos amigos. A lo cual me respondió: «*Jamais il n'aurait osé vous avouer son amour, et il aimait trop le comte pour se l'avouer même à soi-même*»[242].

Pasamos tres felices días juntos y nos despedimos amigablemente.

Se fueron a Crimea, y yo recibí una carta de mi hija Tania solicitando mi presencia en Moscú para arreglarlo todo de cara a los exámenes de Andriusha y Misha. El día 6, los chicos, su tutor Alekséi Mitrofánovich y yo salimos para Moscú en el tren expreso. Hacía mucho calor, y me dediqué a tejer mientras los chicos recorrían los otros compartimentos y hacían amigos entre los pasajeros, que les daban cosas para comer. Llegamos a Jamóvniki al atardecer y me fui directamente a hablar con Polivánov de los exámenes. Andriusha estaba tan nervioso que no podía conciliar el sueño, pero Misha, imperturbable, se durmió en seguida. La primera prueba, de formación religiosa, fue bien; por lo menos sirvió para aplacar sus nervios. Nos quedamos cinco días en el pabellón, y cada minuto libre que tuvimos lo pasamos en nuestro maravilloso jardín. A los chicos no

se les dieron bien los exámenes. No estoy segura de cuál es el motivo: si es que los profesores son malos o si ellos no tienen muchas cualidades. Andriusha ingresó en tercer curso y Misha, en segundo. Pero aún no he decidido si mandarlos o no al Gimnasio. Me da tanta pena de ellos y tengo tanto miedo de lo que les pueda pasar allí; aunque no veo otra alternativa. Dejaré que sea el destino quien decida. ¡Qué diferentes son el uno del otro! Andriusha es nervioso, tímido y cauteloso. Misha es extrovertido, hablador y sabe disfrutar de la vida.

Fuimos a una exposición de arte francés, pero no habían acabado de montarla y, aparte de una fuente iluminada, lo único que pudimos ver fueron algunas esculturas y porcelanas.

Al pasar por delante del Kremlin, vi una enorme cantidad de carruajes junto al Palacio Pequeño. El gran duque Serguéi Aleksándrovich acababa de ser nombrado gobernador de Moscú y la ciudad entera había pasado a presentarle sus respetos.

Los censores siguen sin autorizar el volumen XIII y andan dándole vueltas a tres pasajes, que dicen más o menos: «De la Torre Eiffel al servicio militar obligatorio…», «Cuando todas las naciones europeas estaban ocupadas enseñando a sus jóvenes a matar…» y «Todo está en manos de gente que no está sobria». Pero estas frases ya habían aparecido en el mismo artículo, publicado a modo de prólogo en el libro de Alekséiev titulado *Sobre la embriaguez*. Escribí al censor de Moscú para hacérselo saber, y también a Feoktístov, a San Petersburgo. Una carta del ministro llegó a Yásnaia mientras me hallaba fuera, anunciando que había dado permiso para la inclusión de la *Sonata a Kreutzer* y del «Epílogo» en las *Obras completas*. Me enteré de ello en Moscú, porque salió publicado en prensa. ¡No puedo evitar una secreta satisfacción por el éxito que he obtenido al enfrentarme a todos los obstáculos, por habérmelas arreglado para conseguir una entrevista con el zar y por el hecho de que yo, siendo una mujer, haya logrado algo que nadie había logrado! Indudablemente, mi propia influencia ha tenido un papel decisivo en todo esto. Como ya he contado, sólo necesitaba un momento de inspiración para atraer la simpatía del zar como ser humano e inclinar su juicio a mi favor; el caso es que me vino esa inspiración, y logré influir en su voluntad (aunque es un hombre amable en cualquier caso, capacitado para ceder ante la influencia adecuada). Cualquiera que lea esto y piense que mis palabras son jactanciosas, estará equivocado y será injusto.

El volumen XIII verá la luz muy pronto, y me encantaría mandarle un ejemplar al zar y adjuntar una fotografía de mi familia, por la cual mostró tanto interés. Tanto él como la zarina me preguntaron con gran detalle por mis hijos.

La primavera llena el aire. Los manzanos están cubiertos de flores. Hay algo absurdo y mágico en estas floraciones, nunca he visto nada igual. Cada vez que se mira por la ventana, se ve una espaciosa nube de flores blancas, moteadas de rosa, sobre un fondo verde brillante.

El tiempo es cálido y seco. Los ramos de muguetes inundan la habitación de un aroma sofocante.

El pobre Lióvochka tiene los párpados inflamados y se ha pasado los dos últimos días sentado a solas en una habitación oscura. Hoy estaba un poco mejor. Ayer hice venir al doctor Rúdnev[243] y le mandó que se aplicara en los ojos unas compresas con agua de Goulard, que él mismo nos envió. Lióvochka le dictó a Masha una carta sobre asuntos religiosos para Alejín (un *oscuro*) y me impresionó lo bien que estaba escrita y cómo correspondía totalmente a mis propios sentimientos. Trataba de cuestiones relacionadas con la inmortalidad y la vida después de la muerte: no deberíamos preocuparnos por esas cosas, decía, una vez que nos hemos puesto en manos de Dios y hemos dicho: «¡Hágase Tu voluntad!». Nunca podremos responder a esas cuestiones, en cualquier caso, por mucho que nos preocupemos por ellas.

Mañana llegan los Kuzminski, y después de comer los niños se han apenado al enterarse de que se acababa nuestra tranquila vida familiar, y de que unos extraños, por próximos que sean, se disponen a complicarnos la vida. Yo quiero tanto a mi hermana que ningún miembro de la familia representa una carga para mí, y estoy felicísima de verla. Seriozha está por aquí, y se ha marchado a Tula. Anoche, Tania, Seriozha y Liova estuvieron charlando hasta las dos, en perfecta armonía.

Lióvochka le estuvo dictando anoche a Tania lo que parecía el comienzo de una novela; ella no me ha dicho qué era exactamente, y yo no quiero que ni ella ni Lióvochka me cuenten algo que apenas está empezando a nacer; eso nunca es agradable.

1 de junio. Invitados sin parar. Primero, el marido de nuestra amiga Annenkova, un terrateniente, muy preocupado por asuntos legales, y un hombre raro y vulgar, pese a su fama de ser infinitamente bondadoso y sensible. Vino con un hombre llamado Neliubov, un idealista flaco y moreno, tendente al éxtasis y la melancolía, y con el juez de Lgov, la capital de su distrito. Luego Suvorin, de *Nuevos Tiempos*, apareció por la tarde. Me sorprendió ver que era un hombre tímido y que se interesaba por todo. Preguntó si podía traer otro día, o hacerlo venir, a un escultor judío de París para que tallara una escultura de cuerpo entero de Lev Nikoláievich. Yo le rogué que lo hiciera, aunque Lióvochka no dijo nada, como de

costumbre. Estoy segura de que le gustaría. Ayer estuvo P. F. Samarin, y también Davydov y el general Bestuzhev. Lióvochka fue paseando hasta Tula para inspeccionar el matadero, pero no estaban sacrificando ninguna res, así que se limitó a echar un vistazo. Davydov lo fue a buscar a Tula en un coche de punto. Por la tarde estuvimos dando un paseo; con Davydov me llevo ahora muy bien, es un hombre muy agradable. Me tocó contarles mi entrevista con el soberano a Samarin y a Bestuzhev. ¡Todo el mundo está interesadísimo! Y eso que nadie conoce el verdadero motivo por el que fui a San Petersburgo. Todo fue por la *Sonata a Kreutzer*. Esta historia arroja una sombra sobre mi vida. Alguna gente ha sospechado que está inspirada en mí, otros han llegado a compadecerme. Incluso el zar dijo: «Me da lástima su pobre esposa». El tío Kostia me contó, cuando estuve en Moscú, que me había convertido en *une victime* a los ojos de todos. Así que quería mostrarles que de víctima, nada; quería que la gente dijera que mi visita a San Petersburgo había sido dictada por mi instinto. Sabía de antemano que lo conseguiría y que convencería al soberano, porque aún no he perdido mi capacidad de ganarme las simpatías ajenas; y sin duda le causé buena impresión con mis palabras y mi desenvoltura. Pero también tenía que defender la novela por el bien del público. Todos saben ahora que *supliqué al zar* por ella. Si esa historia hubiera tratado de mí y mis relaciones con Lióvochka, difícilmente le habría rogado que autorizase su difusión. Todo el mundo podrá entenderlo ahora. Me han llegado distintas informaciones de los halagadores comentarios del zar sobre mí. Le dijo a la condesa Sheremételeva que había lamentado tener tantos asuntos urgentes que atender ese día y no haber podido pasar más tiempo conmigo, ya que nuestra charla le había parecido muy interesante y amena. La condesa Aleksandra Andréievna Tolstaia me escribió diciéndome que yo había causado una *magnífica* impresión. La princesa Urúsova me dijo que Zhukovski le había comentado que el soberano me había encontrado muy sincera, sencilla y simpática, y que no se esperaba que fuera tan joven y bonita. Todo esto halaga mi vanidad de mujer y constituye una venganza por los años en los que mi marido no sólo no quiso promocionarme en sociedad, sino que de hecho procuró por todos los medios que nadie me valorase. Nunca he entendido por qué. Ha estado todo el día lloviendo y hace frío y viento. Me toca ir a darles la primera clase de música del verano a los niños. Liova y Masha aún no han regresado. Pero no hay problemas en casa; estoy en buenas relaciones con Lióvochka; los niños están tranquilos y se portan bien. Hará unos tres días nos visitó una mujer con sus dos hijos que iba vendiendo *kumys*. No era la misma gente que vino el año pasado: estos eran callados y parecían muy pobres. Lióvochka sigue diciendo que no quiere *kumys* y se niega a tomarlo,

pero ha estado mal del estómago en los últimos días.

3 de junio. Vino ayer un alemán de Berlín y pasó todo el día con nosotros. Quería «ver cómo era ese Tolstói», y le pidió a Lev Nikoláievich un artículo que pudiera traducir para sus judíos alemanes: Loewenfeld y los demás. Él mismo es comerciante y se dedica a recorrer Rusia comprando lana. Era un tipo de lo más desagradable y cobista y nos estropeó el día por completo. Por la noche Lióvochka, mi hermana Tania y yo discutimos sobre temas abstractos. Lióvochka sostenía que hay ciertos actos que son sencillamente *imposibles*, y que por eso algunos cristianos arrostraban el martirio; eran *materialmente incapaces* de adorar ídolos, el campesino era *materialmente incapaz* de escupir la sagrada forma, etcétera. Yo dije que, por supuesto, uno no podía hacer tales cosas, pero que, en favor de cierta causa, o para ayudar o salvar a una persona querida, todo podía hacerse. «¿Matar a un niño, por ejemplo?», dijo él. «No, eso no -repuse-, porque *eso* es el peor crimen imaginable, y no existe ninguna justificación posible.» Mi respuesta no le gustó, y me llevó la contraria en un tono terrible de enfado. Se puso a exclamar con voz ronca: «¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!», y me exasperó tanto que le dije un montón de cosas desagradables. Le dije que con él nunca se podía tener una conversación, algo que sus amigos sabían desde hacía tiempo, porque siempre sermoneaba a los demás; añadí que me resultaba imposible hablar con él cuando me gritaba y emitía aquellos gruñidos horribles, del mismo modo que me resultaría imposible conversar con un perro que me ladrase… Fui demasiado dura con él, pero me había sacado de quicio.

He estado en Tula, hablando largamente con el notario sobre el odioso reparto. Me acerqué a ver a los Raievski, y comí en casa de los Davydov. Por la tarde ha estado aquí Zinóviev, el gobernador, con su hermano ingeniero.

Ahora Lióvochka sólo tiene dos temas en sus discursos *extremos*: contra la herencia y a favor del vegetarianismo. Hay un tercer tema que jamás menciona, pero del que creo que anda escribiendo, y es su denuncia cada vez más rotunda de la Iglesia.

Mis hijos se pasan todo el día paseando y montando a caballo, por ahí perdidos. Estoy poco con ellos, y bien que lo siento. Vánechka, Sasha, Tania y las dos chicas de los Kuzminski han salido a recibirnos a mi hermana Tania y a mí. Ha llegado el joven Zinger[244]. Hace frío, no parece verano.

7 de junio. Misha Kuzminski está enfermo: parece difteria, y yo no vivo, aterrada como estoy por él y por los demás niños. Mi hermana Tania trata de apartar de su cabeza cualquier idea de peligro, pero yo soy incapaz de hacer lo mismo. Pero, cuando sobreviene alguna desgracia, ella no está preparada y se hunde en la desesperación más absoluta. Han ido a llamar al doctor Rúdnev.

Lióvochka ha ido a Tula, atendiendo la petición de uno de sus *oscuros*, un seguidor suyo al que no conozco llamado Dudchenko, a interesarse por la compañera de este caballero; marcha al exilio, y ha pasado por Tula de camino a Tver. Le habían ofrecido la posibilidad de hacer el viaje por su cuenta, costeándolo ella, pero se negó, así que ahora viaja con los demás prisioneros. ¿A qué ha ido él? ¿Para poder alardear y presumir de sus «principios» o por verdadera convicción? No sabría decirlo, sin verlo por mí misma. Resultó, en cualquier caso, que la joven no estaba en Tula, y Lióvochka, al parecer, estaba satisfecho de haber podido cumplir con su *deber* sin tener que verla. Ha vuelto nuevamente a visitar el matadero, y nos ha contado con gran agitación el espeluznante espectáculo que vio allí: lo aterrorizadas que estaban las reses cuando las sacaban y cómo les arrancaban la piel de la cabeza mientras sus patas aún se movían y los pobres animales aún estaban vivos. Realmente, es terrible; pero ¡todas las muertes lo son! Ha venido de visita la hermana de Lióvochka, María Nikoláievna[245]. Sólo sabe hablar de monasterios, del padre Amvrosi, de Ioánn de Kronstadt[246], y de los poderes de tal o cual icono, de sacerdotes y monjas, pero le gusta comer bien y a menudo pierde los estribos, y da la impresión de no querer a nadie. Esta tarde fuimos a nadar. Ha hecho un calor tremendo todo el día. Estaba cortándole el pelo a Vánechka y sin querer le hice un rasguño en la cabeza con las tijeras. Empezó a salirle sangre y se puso a llorar. «Perdona a mamá; mamá lo ha hecho sin querer», le dije, pero él siguió llorando. Le dije entonces: «¡Anda, pégame!». Pero él cogió mi mano y la besó con fervor, sin dejar de llorar. Es un niño tan adorable. Temo que no llegue a tener una larga vida.

9 de junio. Fiesta de la Trinidad.Un prodigioso día veraniego, brillante, cálido y bello, y una adorable, templada noche de luna. ¡Pensar en todos los días como éste que he vivido ya! Esta mañana los niños fueron en coche a misa, todos muy solemnes con sus vestidos nuevos y llevando flores, en compañía de María Nikoláievna, del preceptor y de las institutrices. A su vuelta, las dos familias nos reunimos a tomar café en el campo de cróquet, y estuvimos un buen rato charlando. Tania habló con vehemencia y con irritación de cómo tendrían que ser las relaciones entre los cónyuges. Después nos

dispersamos: unos se fueron a escribir, otros a darse un baño; Masha Kuzmínskaia se marchó con su prometido, Erdeli, recién llegado. Es un muchacho estupendo, bueno y simpático. Pero ¡es sólo un chiquillo! Asusta pensar que sólo tiene veinte años. Después de echarme un rato y de leer, me traje a Vánechka y a Mítechka[247] a mi cuarto y estuve contándoles cuentos en la cama. Hay que estimular su imaginación. Más tarde, oímos cantar a unas campesinas, según se acercaban a la casa, y salimos y fuimos detrás de aquel grupo, elegantemente vestido, que se dirigía a Chepyzh, donde trenzaban coronas. Hay algo triste y conmovedor en este espectáculo que se repite año tras año. Cada verano, desde hace casi treinta años, desde que vine a vivir a Yásnaia, he visto cómo trenzan las coronas y las arrojan al agua. He visto crecer aquí a tres generaciones, y ésta es la única ocasión del año en que las veo a las tres juntas. Hoy he sentido una profunda ternura por estas gentes con las que llevo viviendo tanto tiempo, y por las que he hecho tan poco.

La comida ha sido alegre, todos estábamos muy a gusto, así reunidos. La presencia de Máshenka[248] y de Lénochka[249], por parte de los Tolstói, ha resultado muy agradable, y la presencia de Seriozha siempre me llena de alegría. Iliá estuvo aquí ayer, y por la noche aún tuvimos otra discusión sobre la partición del patrimonio; aún no hemos decidido cuál es la mejor forma de llevarla a cabo: alguna de las partes siempre está descontenta o recelosa. Este asunto me tiene muy preocupada, mientras que a Liòvochka le trae sin cuidado. En general, parece sorprendentemente ajeno a todo. Ayer y hoy se ha estado haciendo unas alpargatas; las mañanas las dedica a su artículo[250]. Cada día come peor: no prueba los huevos, la leche ni el *kumys*; sólo se echa al estómago pan, sopa de champiñones y café de centeno o de achicoria. Se ha fabricado él mismo una azada y dice que va a cavar el campo de trigo en lugar de ararlo. Otra locura de las suyas: matarse de cansancio cavando la tierra árida, más dura que el pedernal. Seriozha está tocando el piano, Máshenka lo está escuchando con interés, y yo también lo estoy oyendo con enorme placer. Hemos estado bañándonos, mientras Liòvochka andaba por ahí. No dejo de pensar en lo feliz que yo sería si lo viera otra vez con buena salud, y no arruinándose el estómago (en palabras del médico) con todas esas porquerías; en lo feliz que sería si volviera a ser un artista, en vez de dedicarse a escribir sermones disfrazados de artículos; en lo feliz que sería si me tratara de nuevo con afecto, atención y dulzura, y no con esta cruda sensualidad seguida de indiferencia. Y ahora esta nueva fantasía de cavar la tierra; ¡morirá en el empeño! ¡Y con semejante calor! Es un continuo tormento para mí con sus perpetuas ensoñaciones y su corazón agitado.

13 de junio. Me levanté a las cuatro de la madrugada para llevar a los niños con Iliá. Hacía un día frío y luminoso. Me volví a acostar, pero me costó mucho dormirme. Por la mañana, Liόvochka anunció que él y sus *oscuros* iban a ir a pie a ver al joven Butkévich, a unas cuarenta verstas de distancia. Temo que eso lo agote y no me gusta la compañía, pero me doy cuenta de que está inquieto y, si no es esto, será cualquier otra cosa: cualquier empresa demencial que se le ocurra, para variar. Así que se echaron los morrales al hombro y los tres juntos se sumergieron en el calor llameante. Las noches son muy frías, pero los días son ardientes y secos. Es espantoso escuchar a la gente quejándose en todas partes de la probabilidad de que haya una hambruna. No puedo figurarme cómo van a salir adelante muchos rusos este año. Hay zonas en que la cosecha se ha echado a perder casi por completo y han tenido que volver a arar toda la tierra. La situación en Yásnaia Poliana aún es tolerable, pero hay partes del país donde la gente no tiene nada para ellos ni para su ganado.

Después de comer he puesto orden en casa y, con ayuda de Fomich y Nikita, he retirado la basura que se acumulaba en los rincones. Después he llamado a Iván Aleksándrovich y al jardinero, y hemos ido juntos a hacer recuento de las manzanas, calculando la cantidad de fruto que podía haber en cada manzano y el número de árboles. Hemos estado ocupados hasta tarde. Mañana seguiremos con la operación.

Por la tarde, nos hemos reunido todos en la terraza para tomar el té, temblando de frío, y Masha ha referido en tono escandalizado las correrías del servicio. A mí me ha dolido que ella y las niñas supieran tales cosas, pero es muy difícil evitarlo, considerando la clase de vida que ha llevado Masha. Pasa todo el tiempo con esa gente, y ellos no hablan de otra cosa.

Ha llegado Liova, ha llegado Iván Aleksándrovich; luego ha vuelto Misha Kuzminski de casa de los Lodyzhenski, y hemos cambiado de conversación. Ahora todo el mundo se ha ido a dormir, y yo me dispongo a leer. Sin Andriusha y sin Misha me aburro, y estoy muy preocupada por Liόvochka y por ellos.

16 de junio. Todo el día ha estado lloviendo, con tormentas; tanto el campo como la gente están un poco más alegres. Liόvochka ha vuelto de casa de Butkévich sombrío y silencioso. Mi hija Masha está aprendiendo las cosas más horribles de los trabajadores y las campesinas de la aldea. Toda esa corrupción moral la asusta y la deprime tremendamente, pero ella insiste en traerse esa inmundicia a casa y en hablarnos de ello. ¡Es espeluznante! Cuando se lo conté a Liόvochka, me dijo que no debemos dar la espalda a esa realidad, sino

ayudarles a salir de su vil ignorancia. Ayudarles; sí, puede que él y yo debamos intentarlo, ¡pero ella es una inocente muchacha de veinte años! Ha sido él quien la ha empujado a ese medio indecente: él tendrá que responder ante Dios y su conciencia; yo, en cambio, dado mi carácter, sería incapaz, me moriría, me asfixiaría si cayera en ese mundo. Y me doy cuenta de hasta qué punto Masha se ha enfangado en un ambiente del que cualquier muchacha debería apartarse con espanto, para no regresar jamás a él.

Me he pasado el día tapizando biombos y otros muebles de la habitación de Sasha y de Lidia. De vez en cuando me viene bien el trabajo físico. Ya he tenido suficiente para una buena temporada.

21 de julio. Debo relatar por entero la triste, idiota historia de lo que ha ocurrido hoy. No sé si soy yo la idiota, o si es esta absurda vida que me veo obligada a llevar, pero lo cierto es que ahora me siento indignada y exhausta de cuerpo y de alma.

Justo antes de la cena, Lióvochka me dijo que iba a mandar a varios periódicos la carta en la que renuncia a sus derechos de autor sobre sus últimas obras. La última vez que dijo que iba a hacerlo decidí aceptarlo con resignación, y eso es lo que tendría que haber hecho. Pero ya habían pasado algunos días desde que lo mencionó, y en esta ocasión no estaba preparada, así que mi inmediata reacción fue sentirme ultrajada. Me dolió lo terriblemente injusto que era con su familia, y me di cuenta por vez primera de que esta protesta suya no era en realidad sino otra forma de destacar su insatisfacción con su mujer y sus hijos. Fue esto, más que nada, lo que me molestó. Nos dijimos todo tipo de cosas desagradables. Yo lo acusé de vanidad y de estar sediento de fama. Él me gritó que yo sólo iba detrás del dinero y que nunca había conocido a una mujer más estúpida y avariciosa. Le dije que había estado humillándome toda mi vida y que jamás aprendería a tratar a una mujer decente. Me dijo que lo único que conseguiría con el dinero sería malcriar a los niños. Al final, empezó a chillarme: «¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!». Así que salí y empecé a dar vueltas por el jardín sin saber qué hacer. Un guarda me vio llorar y yo pasé mucha vergüenza. Fui al huerto de los manzanos, me senté en una acequia y anoté sus declaraciones con un lápiz que llevaba en el bolsillo. Acto seguido, escribí en mi libreta que me iba a Kozlovka para matarme, porque estaba harta de las interminables disputas con Lev Nikoláievich y ya no tenía fuerzas para manejar en solitario todos los asuntos de nuestra familia, así que iba a poner fin a mi vida.

Cuando era más joven, recuerdo que, después de una discusión, siempre tenía deseos de matarme, pero nunca me creí capaz de hacerlo. Hoy, sin embargo, lo habría hecho si las circunstancias no me

hubiesen salvado. Corrí, completamente trastornada, en dirección a Kozlovka. Por alguna razón, no dejaba de acordarme de Liova, y pensaba que, si en ese momento me hubiera encontrado con un telegrama o una carta anunciándome que Liova había desaparecido, eso habría acelerado mi decisión. Cuando casi había alcanzado la pasarela que cruza el barranco, me paré a recobrar el aliento. Estaba oscureciendo, pero yo no tenía ningún miedo. Era extraño, pero lo que más me preocupaba era la *vergüenza* que sentiría si volvía a casa sin haber llevado a cabo mi propósito. Así que me incorporé y seguí caminando, con pasos lentos y torpes y un espantoso dolor de cabeza, como si me la estuvieran atornillando. De pronto, cuando ya me disponía a seguir, vi que alguien, vestido con un blusón, venía desde Kozlovka. Me embargó la alegría: pensé que era Lióvochka y que nos íbamos a reconciliar. Pero resultó ser mi cuñado Alexander Mijáilovich Kuzminski. Me puse furiosa con él, por haberse cruzado en mi camino, y estaba segura de que no se iba a apartar de mí. Se mostró muy sorprendido de verme allí sola y notó por mi cara que estaba abatida. Yo tampoco esperaba encontrármelo, y traté de convencerlo de que se fuera a casa y me dejara, asegurándole que en seguida regresaría yo también. Pero no se iba, e insistió en que camináramos juntos mientras señalaba a un grupo de gente que había a cierta distancia y me decía que podían darme un susto. Dios sabe quiénes andarían por allí a esas horas.

Entonces me contó que había intentado dar un rodeo, para volver a través de Voronka y Gorélaia Poliana, pero le había atacado una nube de hormigas voladoras y había tenido que adentrarse en la espesura y quitarse la ropa. Después de esperar un rato, había decidido regresar por el camino habitual. Comprendiendo que Dios no deseaba que pecara, no tuve otra alternativa que seguir mansamente a Kuzminski. Pero no quería ir a casa y decidí seguir yo sola por Zakaz para ir a darme un baño. «Ésa es otra salida -pensé-; también puedo ahogarme»; porque aún me asaltaba el desesperado deseo de abandonar esta vida con todos sus problemas irresolubles. Para entonces, el bosque estaba bastante oscuro. De pronto, sin previo aviso, justo cuando me acercaba al barranco, un animal salvaje pegó un brinco delante de mí, con intención de cortarme el paso. No pude ver lo que era, si un perro, un zorro o un lobo (soy tan corta de vista que no veo nada de lejos), pero chillé con todas mis fuerzas. El animal salió disparado hacia el bosque, haciendo crujir las hojas, y en ese instante todo mi coraje se desvaneció y me volví para casa. Cuando llegué, me fui derecha a ver a Vánechka, que ya estaba acostado. Me besó y repitió sin parar: «¡Mamá! ¡Mi mamá!». Antes, cuando después de estos episodios iba a ver a mis hijos, éstos parecían devolverle el sentido a mi vida. Hoy he comprobado con horror que, por el contrario, mi desesperación se

volvía más profunda, y que estar con los niños me hacía sentir aún más triste y derrotada.

Me fui a la cama, pero al rato me entró una gran ansiedad al pensar en Lióvochka, que se había marchado, y salí al jardín para tumbarme en la hamaca y poder oír sus pasos cuando volviera. Poco a poco, fueron saliendo todos a la terraza, y por fin regresó Lióvochka. Todo el mundo charlaba, daba gritos, se reía, y él estaba tan alegre, como si nada hubiera pasado. Para él, todo esto son discusiones *racionales*, en nombre de las ideas, que no hacen mella en absoluto en su corazón. En cuanto al dolor que me había infligido, ¡ya me había herido tan a menudo en el pasado! Y, en cuanto al hecho de que yo hubiera estado a punto de matarme, de eso jamás se enteraría; y de llegar a enterarse, tampoco se lo creería.

Exhausta por la tortura física y emocional que había experimentado, me quedé dormida en la hamaca. Masha, que estaba buscando algo con una vela, me despertó, así que entré a servirme un té. Todos nos reunimos y se leyó la obra de Lérmontov *Un hombre extraño*. Más tarde, cuando todos se habían retirado, y Ginzburg[251] se había marchado, Lióvochka se me acercó, me dio un beso e intentó hacer las paces conmigo. Le rogué que hiciera pública su declaración y que no volviéramos a hablar del asunto. Él dijo que no la publicaría mientras yo no lo *entendiera*. Le dije que nunca le había mentido y que nunca lo haría, y que no era capaz de *entenderlo*. Días como el de hoy me acercan a la muerte. Algo en mi interior se ha quebrado y me ha dejado triste, endurecida y vieja. «¡Si quieren acabar conmigo, que sea cuanto antes!», pensé.

Una vez y otra vez, la *Sonata a Kreutzer* no me deja en paz. Hoy he vuelto a decirle que ya no puedo vivir con él como esposa. Me ha asegurado que eso era exactamente lo que él también buscaba, pero no le he creído.

Ahora está dormido y no puedo acercarme a él. Mañana es el santo de mi sobrina Masha Kuzmínskaia y los niños preparan una charada bajo mi dirección. Ruego a Dios para que nada se tuerza y nadie se pelee.

27 de julio. Horriblemente insatisfecha conmigo misma. Lióvochka me despertó esta mañana con besos apasionados… Al acabar, cogí una novela francesa, *Un coeur de femme*, de Bourget, y leí en la cama hasta las once y media, algo que normalmente no suelo hacer. He sucumbido a la depravación más imperdonable ¡y a mis años! ¡Estoy tan triste y avergonzada! Me siento pecaminosa y despreciable y no puedo hacer nada al respecto, aunque lo intento. Por culpa de todo esto, no madrugué, no pude despedirme de los

bashkirios[252] ni asegurarme de que no perdieran el tren, no escribí al notario ni mandé comprar los periódicos, ni tampoco fui a ver qué hacían los niños. Sasha y Vania estuvieron un buen rato retozando en la cama a mi lado, riéndose y jugando. Luego le conté a Vania el cuento de Lipuniushka, que le encantó. Vania está acatarrado, Sasha está mal de la tripa. Luego le di clase de música a Misha; fue corta pero todo salió bien. Andriushka está traduciendo del inglés, y definitivamente ha dejado la música. Tenemos en casa a Sonia Mamónova y a Jojlov. El tiempo es claro y fresco.

¡Qué raro es mi marido! A la mañana siguiente de aquella terrible *escena*, me dijo que me amaba con locura. Según él, estaba por completo a mi merced; nunca había sospechado que fueran posibles tales sentimientos. Pero todo eso es *físico*; ésa fue la causa oculta de nuestra pelea. Su pasión también me arrastra a mí, pero yo no la *deseo*, todo mi ser moral se rebela contra ella, nunca he anhelado *tal cosa*. Toda mi vida he tenido sueños sentimentales, he aspirado a la unión perfecta, a la comunión *espiritual*, no a *eso*. Y ahora mi vida se ha acabado y casi todo lo bueno que había en mí ha muerto, por lo menos mis ideales han muerto.

La novela de Bourget me fascinó, porque proyecté en ella mis pensamientos y emociones. Una mujer de mundo ama a dos hombres al mismo tiempo: su amante de siempre (prácticamente, su marido, aunque no de forma oficial), noble, afectuoso y atractivo; y su nueva conquista, que también es un hombre atractivo y la ama a ella. Sé que es perfectamente posible amar a dos hombres a la vez, y aquí es descrito con mucha veracidad. ¿Por qué un amor debe siempre excluir la posibilidad de otro amor? ¿Y por qué no puede una amar sin dejar de ser fiel?

19 de septiembre. Siempre sucede que, cuando la vida es más pródiga en acontecimientos, no encuentro tiempo para mi diario, siendo así que es cuando resultaría más interesante escribirlo. Voy a repasar lo ocurrido.

Antes del 25 de agosto, estábamos todos preparándonos alegremente para la boda de mi sobrina Masha Kuzmínskaia. Íbamos de compras, hacíamos farolillos, adornos para los caballos, banderolas y cosas parecidas. En la mañana del 25, mi hermano Sasha y yo dimos nuestra bendición a Vánechka Erdeli, y luego fui con él en el carruaje a la iglesia. Los dos estábamos muy emocionados. Me daba mucha lástima de ese muchacho gentil, tan puro, tan joven para las responsabilidades que tomaba a su cargo y tan solo en el mundo. No estaba yo presente cuando Masha recibió la bendición, pero me contaron que lloró mucho, lo mismo que su padre. Entonces vino la

ceremonia. Yo seguía conteniendo las lágrimas, reviviendo mi propio pasado y su futuro, y pensando en la posibilidad de separarme de Tania, e incluso de Masha, que siempre me ha hecho sufrir y ante la cual siempre me he sentido culpable por no haberla querido lo suficiente.

Cenamos en el campo de cróquet. Hacía un día espléndido, cálido y agradable, y todos -familia, vecinos y parientes-estábamos de muy buen humor. Pasamos la velada entre juegos, bailes y canciones. Figner cantó divinamente aquella noche. Yo estuve todo el día pendiente de Tania, de sus antiguos pretendientes y de Stajóvich, a quien me habría encantado entregársela por esposa. Él habría sabido apreciarla y amarla. La fiesta se prolongó hasta muy tarde, y yo estuve hasta el amanecer con aquellos invitados que no se atrevieron a viajar de noche. Allí estaban mi nuera Sonia, y Tania, y Stajóvich, que le hizo a Sonia algunos duros comentarios sobre los niños pequeños y la carga que suponen. Lióvochka llevaba dos días enfermo, pero aquel día ya se encontraba mejor. Mis nueve hijos estaban allí reunidos, y yo estaba feliz, esforzándome por ahuyentar cualquier preocupación y cualquier incertidumbre. Los jóvenes pasaron la noche separados, cada uno donde siempre: Masha con su hermana y Vánechka Erdeli con Liova. A la mañana siguiente, todo volvió a la normalidad, pero a las seis de la tarde acompañamos a la joven pareja a Yásenki, y todos lloramos mucho. Hacía frío, soplaba el viento, una sombra cubrió el alma y la vida volvió a su cauce, aunque ya estaba preparando nuevas emociones. Hasta el 29 de agosto no volví a plantear la posibilidad de trasladarnos a Moscú. Ese día, por la noche, le propuse a Lióvochka que fuéramos a dar una vuelta juntos, y le pedí que me comunicara lo que había decidido sobre nuestro eventual traslado a Moscú y la posibilidad de enviar a los chicos a un Gimnasio. Le dije a Lióvochka que me daba cuenta de lo difícil que era para él y que sólo quería saber cuánto tiempo de su vida podía dedicarme y si estaría dispuesto a vivir conmigo en Moscú. «Definitivamente, no quiero ir a Moscú», fue su respuesta. «Muy bien -le dije-. La cuestión queda zanjada. En tal caso, yo tampoco pienso ir, ni mandaré a los chicos, sino que les buscaré unos tutores.» «¡Pero no es eso lo que quiero! -dijo-. Tú *debes* ir a Moscú y enviar a los chicos a la escuela, dado que es lo que consideras correcto.» «Sí, pero eso significaría separarnos: no me verías a mí ni a tus cinco hijos en todo el invierno.» «Poco les veo aquí actualmente, y tú siempre podrías venir a visitarme.» «¿Yo? ¡Por nada del mundo!»

En aquel momento, me sentí llena de remordimientos: en toda mi vida no había amado a nadie más que a él, le había pertenecido por completo, e incluso ahora, cuando se deshacía de mí como de un trapo viejo, seguía enamorada de él y no era capaz de abandonarlo.

Mis lágrimas lo turbaron. Si hubiera tenido una pizca de la perspicacia que derrochaba en sus libros, habría comprendido el dolor y la pena que me atenazaban.

«Me da mucha pena verte así -dijo-. Te veo sufrir, pero no sé cómo ayudarte.» «¡Eso ya lo sé! -repuse-. Considero inmoral partir en dos esta familia, no hay razón para ello. Sacrificaré la educación de Liova y de Andriusha y me quedaré contigo y con nuestras hijas aquí, en el campo.» «Hablas de *sacrificar* a los hijos, y me culpas de ello.» «¿Qué tengo que hacer entonces? ¡Dime qué tengo que hacer!» Se quedó callado un momento y añadió: «Ahora no sé qué decirte. Deja que lo piense y mañana hablamos».

Nos separamos en medio del campo de Grummont, él se marchó a visitar allí a un hombre enfermo y yo me volví a casa. Aquel modo cínico y despiadado de apartarme de su vida me hirió profundamente. Otro funeral de mi felicidad. Hice el camino de vuelta sollozando. Oscurecía. Algunos hombres y mujeres campesinos, al pasar a mi lado, me miraban estupefactos. Atravesé el bosque aterrorizada y finalmente llegué a casa. Las luces estaban encendidas y todos tomaban el té. Los niños corrieron a mi encuentro.

Al día siguiente, Lióvochka me comunicó tranquilamente: «Te vas a Moscú y te llevas a los niños. Yo, naturalmente, haré lo que tú desees». *¿Desear?* Esa palabra me sonaba ridícula. ¿Cuándo había sido la última vez que había *deseado* algo para mí, en vez de pensar únicamente en la salud y la felicidad de todos ellos?

Esa noche hice mi equipaje y los de los chicos y recogí mis papeles, y en la tarde del domingo, 1 de septiembre, los niños y yo viajamos a Moscú. Aún ahora me acosan las dudas y el temor de no haber obrado bien, pero en realidad no tenía otra opción. Justo antes de que partiéramos, Liova me contó una historia horrible sobre Misha Kuzminski, que había pecado con la nodriza de Mítechka. Y mis hijos, al parecer, conocían todos los detalles. Un golpe tras otro. Me sentí muy disgustada, apenada por mi hermana y preocupada por la inocencia de mis pequeños. Me llevé el disgusto conmigo al marchar y no se me quitó en toda mi estancia en Moscú. Pero las preocupaciones materiales y la necesidad de ayudar a los chicos con su nueva vida tuvieron, en cierto modo, un efecto calmante. Más adelante Liova me contó que a mi hermana Tania le había afectado mucho la noticia y estaba desesperada. Yo ya lo había sentido tanto en su momento que apenas reaccioné ante esto último; por eso, a Tania le dolió saber que mi respuesta había sido fría y no lo suficientemente compasiva con ella. Pero eso no era justo. La compasión tranquila puede ser tan auténtica como la solidaridad apasionada, que está muy bien al principio, pero que no suele durar más de dos días.

También Liova ha viajado a Moscú. Tiene un examen pendiente,

para pasar de primer curso a segundo. Es un joven estupendo. Es delicado, puro, con talento, y es bueno con los niños. Ahora también se interesa por sus estudios y por sus vidas; a Andriusha le ha estado tomando la lección. Además, intenta inculcarles valores morales, a propósito de la historia de Misha Kuzminski, y los anima.

Me quedé dos semanas con ellos en Moscú; hice pintar y empapelar la casa, volver a tapizar y restaurar los muebles y decorar las habitaciones. Me aseguré de que los chicos estaban bien instalados y me fui. Mis tres hijos siguen allí con sus tutores, *monsieur* Borel y Alekséi Mitrofánovich, y ahora también con Fomich.

Llegué de vuelta a casa la mañana del 15 de septiembre, y en seguida Lióvochka me acusó de haber abandonado a los niños «en una pocilga». Así estalló otra discusión, aunque se acabó pronto, porque no era el momento de discutir. Le dije a Tania lo disgustada que estaba con Misha, y mencioné la posibilidad de que las dos viviéramos separadas hasta el verano siguiente; Liova me había asegurado que eso sería lo mejor para los chicos, pero la idea me producía mucha angustia y sabía que a Tania le ocurriría lo mismo. Se ruborizó y me dijo: «¡Ya es suficiente, Sonia! No me hagas sufrir más». Así que hemos decidido posponerlo hasta primavera e ir viendo entretanto cómo se porta Misha. Más adelante, Lióvochka y yo discutimos acerca de la carta que envió a los periódicos el día 16, en la que renuncia a los derechos de autor sobre los artículos publicados en los volúmenes XII y XIII. El origen de todos sus actos es la vanidad, el apetito de fama y el deseo de que la gente hable de él sin parar. Nadie me va a convencer de lo contrario.

Esa misma noche, recibimos una carta de Leskov[253] con un artículo recortado de *Nuevos Tiempos*, titulado «L. N. Tolstói y la hambruna». Leskov había extractado los párrafos referidos a la hambruna de una carta que le había escrito Lióvochka, autorizándole a utilizarla para su publicación. La carta de Lióvochka contenía partes extremadamente burdas y difícilmente publicables. Le molestó terriblemente que la hubiesen dado a la imprenta y esa noche no pudo dormir. A la mañana siguiente dijo que le atormentaba pensar en la hambruna; tendríamos que organizar comedores para alimentar a los hambrientos, pero, por encima de todo, la gente debía adoptar iniciativas a título individual. Esperaba que yo donase dinero (¡justo después de haber enviando su carta renunciando a sus derechos sobre los volúmenes XII y XIII, lo que significaba que no íbamos a recibir más dinero!; ¡cualquiera lo entiende!) y anunció que salía de inmediato para Pirogovo, para organizar y dar publicidad a la campaña. Dado que no podía escribir sobre algo en lo que no tenía experiencia de primera mano, empezaría por montar dos o tres comedores, con la ayuda de su hermano y de algunos propietarios

locales, y luego escribiría sobre ello para darlo a conocer.

Antes de marcharse, me dijo: «Por favor, no pienses que hago esto sólo para que se hable de mí. Simplemente, uno no puede quedarse de brazos cruzados».

Desde luego, si lo hiciese porque su corazón se desangrase ante el sufrimiento de los necesitados, sería la primera en arrojarme a sus pies y en darle todo lo que tengo. Pero nunca le he oído, ni creo que le oiga, hablar de corazón. Pero, al menos, ¡es capaz de movilizar el corazón de los demás con su pluma y su talento!

Aquí vivimos, tranquilamente, Tania, Masha, Vera, Vasia, Vania, Sasha, Mitia y yo. Hace un tiempo maravilloso, claro, sereno. Hemos tenido buenas noticias de los chicos. Yo disfruto de la soledad, del descanso; he podido concentrarme en mi vida interior: leo, pienso, escribo y rezo. Todavía ayer, mi marido volvió a despertar pasiones violentas en mí; hoy, todo es luminoso, puro, tranquilo y bueno. Pureza y claridad: ésos son mis ideales.

12 de noviembre. Llevo en Moscú desde el 22 de octubre, con Andriusha, Misha, Sasha y Vania. El 26, Lióvochka partió con nuestras hijas para el distrito de Dankovski, a visitar a I. I. Raievski[254] en su finca de Beguichevka, y el 25 mi hijo Liova nos dejó para ir a la aldea de Patrovka, en la provincia de Samara. Todos teníamos un solo pensamiento: ayudar a la gente que está pasando hambre. Durante mucho tiempo, no quise que se fueran y odiaba la idea de separarme de ellos, pero en el fondo sabía que debía ser así y al final accedí. Incluso les mandé quinientos rublos después que se hubieron ido, a añadir a los doscientos cincuenta que ya les había entregado; Liova sólo aceptó trescientos, de modo que mandé cien más a la Cruz Roja. Pero ¡qué poco es comparado con lo que se necesita! Sentí una terrible añoranza cuando llegué a Moscú; no hay palabras para describir mi estado de agitación emocional. Mi salud estaba hecha pedazos y tenía ganas de matarme. En ese momento se produjo, además, la muerte de D. A. Diákov. Con él se nos va el mejor, el más viejo amigo de Lev Nikoláievich. Asistí a su agonía y a sus exequias. Después, mis cuatro hijos pequeños enfermaron de gripe. Una noche me encontraba en la cama, sin poder pegar ojo, y de pronto decidí publicar una llamada a la acción caritativa. Por la mañana, salté de la cama, escribí una carta a los editores de *La Gaceta Rusa*[255] y salí sin demora a entregarla. Al día siguiente, domingo, fue publicada. Repentinamente empecé a sentirme bien y otra vez contenta. Las donaciones afluyeron de todas partes. Me conmovió tanto la compasión de la gente; algunos lloraban cuando venían a entregar el dinero. Entre el 3 y el 12 de este mes he recibido nada menos que nueve mil rublos, de los que envié 1.273 a

Lióvochka y, ayer mismo, tres mil a Pisariov para que compre centeno y maíz. Ahora espero noticias de Seriozha y de Liova, que me dirán qué hacer con el resto del dinero. Por la mañana recibo los donativos, los registro en los libros y hablo con la gente, y esto me tiene completamente absorbida. Pero hay ocasiones en que de pronto me desinflo y echo de menos a Lióvochka y a Tania, e incluso a Masha, aunque sé que ella es siempre mucho más feliz cuando está lejos de casa. Lo raro es que, cuando estoy con Lióvochka, su rudeza, su desinterés por la familia, son como un jarro de agua fría, y no puedo dejar de preguntarme: «¿Qué te esperabas de él? ¿Para qué vivirá aquí?». Pero, cuando estamos separados, no hago más que pensar en él. Y eso se debe a que lo que he amado en él era algo mayor y mejor de lo que estaba en condiciones de ofrecer.

Hoy tampoco he podido dormir por culpa de unos comentarios de *La Gaceta de Moscú*[256], en los que tergiversaban el sentido de un artículo de Lióvochka -«Una horrible pregunta»-, aparecido recientemente en *La Gaceta Rusa*. Lo interpretan desde el punto de vista «del partido liberal, que resurge con un nuevo proyecto», y prácticamente lo acusan de tener intenciones revolucionarias. Esta insinuación de la posibilidad, aunque sea meramente teórica, de que este movimiento pretenda ir más allá de la estricta ayuda al pueblo habla por sí sola del concepto que *La Gaceta de Moscú* tiene del movimiento revolucionario.

Aluden a ciertos revolucionarios de escasas luces que *podrían* sentirse solidarios con Tolstói y Soloviov[257]; a mi entender, ésa va a ser la chispa que, lanzada contra este círculo, va a ayudar a levantarles el ánimo.

¡Qué periódico más espantoso, más vil! Todo aquello que está vivo les ha manifestado ya su hostilidad. He pensado en escribir al ministro o al propio soberano, denunciando el perjuicio que causa; he pensado en presentarme en la redacción y conminarles a que depongan su actitud; pero, como no tengo a nadie que me aconseje, no me decido a hacer nada.

Andriusha y Misha estudian en el Gimnasio Polivánov; a Misha no le va bien, a Andriusha, como a la media. Siempre me dan lástima; me gustaría alegrarlos y entretenerlos, y en general soy propensa a malcriarlos, lo cual no es bueno. Hoy me estaba sentando a cenar con los chicos cuando pensé en lo egoísta, satisfecha e indolente que es nuestra existencia de burgueses de ciudad, sin contacto con el pueblo, sin ayudar nunca a nadie, sin tener que colaborar con nadie. Se me quitó el apetito. Me sentí tan despreciable al pensar en todos aquellos que en esos momentos se estaban muriendo de hambre, mientras mis niños y yo perecemos moralmente en esta atmósfera, sin hacer nada de provecho. Pero ¿qué podemos hacer?

Recibí una respuesta del ministro de la corte. En vista de que quiero el dinero para la beneficencia, me ha prometido otorgarme un porcentaje de *Los frutos de la ilustración*, y ha escrito al director Vsevolozhski al respecto.

1892

16 de febrero.[258] Han pasado otros tres meses con una inusitada rapidez. Una vez más estoy sola, en Moscú, con Andriusha, Misha, Sasha y Vánechka. Lióvochka ha estado aquí en dos ocasiones, con Tania y Masha. La primera vez, del 30 de noviembre al 9 de diciembre. La segunda, del 30 de diciembre al 23 de enero. Hemos tenido muchos invitados; fue una alegría estar todos reunidos, pero luego la separación se hacía más dura. Así que decidí visitar Beguichevka yo también, con Lióvochka y Masha, dejando a Tania en Moscú al cuidado de los chicos. El día que nos íbamos, alguien nos trajo un artículo del número 22 de *La Gaceta de Moscú*.Habían parafraseado el artículo de Lióvochka «Sobre la hambruna» (escrito para la revista *Cuestiones de Filosofía y Psicología*)[259], tratándolo como una proclama, y acusándolo de revolucionario. Lióvochka y yo escribimos un desmentido, que me hizo firmar, y luego salimos de viaje.

Al llegar a Tula, fuimos a visitar a Yelena Pávlovna Raiévskaia; está enferma, con fuertes dolores en una pierna y con fiebre. La pobre no ha conseguido rehacerse tras la muerte de su marido. Iván Ivánovich falleció el 20 de noviembre, a consecuencia de una gripe, en su finca de Beguichevka, estando allí algunos de los miembros de nuestra familia.

El 24 de enero, fuimos en tren de Tula a Klekotka, viajando por la desolada línea que va de Syzran a Viazma. En el tren me dio asma y un ataque de nervios. Lióvochka estaba impaciente y taciturno, y no paraba de salir al pasillo. El clima era horrendo; llovía y tronaba, un pesado cielo gris se cernía sobre nosotros y soplaba un viento feroz. Acabamos el viaje en dos trineos: en uno, Masha, María Kiríllovna y el viejo Fedot, cocinero de los Raievski; en el otro, más pequeño, Lióvochka y yo. Daba miedo: era oscuro y angosto. Masha se pasó todo el viaje enferma, y a mí me preocupaba que Lióvochka cogiese un resfriado con aquel viento.

Era de noche cuando llegamos. En la casa de Beguichevka nos recibieron Iliá, Gastev, Persídskaia, Natasha Filosófova y Velichkina[260]. Iliá estaba de un extraño humor, sobresaltado y temeroso de ver al

fantasma de I. I. Raievski. Se fue a la mañana siguiente, y nos quedamos con nuestras dos ayudantes.

Lióvochka y yo nos instalamos en una sola habitación. Me hice cargo de la documentación e intenté ponerla al día y en orden, luego fui a inspeccionar los comedores. Entré en una cabaña; había allí unas diez personas, que pronto fueron cuarenta y ocho. Todos iban harapientos, estaban demacrados y tenían un aspecto lamentable. Entraban, se santiguaban y se sentaban en silencio. Había dos mesas colocadas juntas, con largos bancos corridos para sentarse. Había también un cesto lleno de rebanadas de pan de centeno. La camarera lo iba pasando para que todo el mundo cogiese una rebanada. Luego puso una gran fuente de sopa de col sobre la mesa. No llevaba carne, sólo una pizca de aceite vegetal. Los más jóvenes se sentaron todos juntos en un extremo de la mesa, riendo y disfrutando de la colación. Después de la sopa, se les sirven patatas cocidas o guisantes, *kasha*[261] de trigo o *kisel*[262] de avena, remolacha… Suele haber dos platos para el almuerzo y otros dos para la cena. Salimos en coche a inspeccionar varios comedores. Al principio, no estaba segura de lo que la gente del pueblo pensaba realmente de ellos. En el segundo comedor que visité, conocí a una muchacha, muy pálida, que se me quedó mirando con tal tristeza que casi rompí a llorar. No debe de ser fácil para ella, o para el viejo que la acompañaba, o para cualquiera de ellos, aceptar esta caridad. «Quiera Dios que demos y no recibamos»: qué cierto es ese refrán ruso. Luego empecé a ver con mejores ojos esos comedores, porque sin ellos las cosas habrían sido todavía peores.

Lo más difícil para nosotros es decidir quiénes están más necesitados, quiénes deben acudir a los comedores, quiénes han de recibir la leña y la ropa que han sido donadas, y así con todo. Cuando hice mi lista unos días atrás, había ochenta y seis comedores. Ahora ya se han abierto al menos cien. El otro día, Lióvochka y yo fuimos a los caseríos cercanos; hacía un día perfecto, luminoso y claro. Primero visitamos el molino y nos interesamos por la molienda; después entramos en un almacén de comestibles, donde dijimos que repartiesen el mijo (de Orlovka) e hicimos pesquisas sobre la distribución de alimentos en general; por último, abrimos un comedor en Kulikovka, donde se había producido un incendio. Visitamos al alcalde de la aldea, le preguntamos qué familias eran las más pobres y le dijimos que convocara a los paisanos para una asamblea. Vinieron, se sentaron en los bancos y empezamos por preguntarles qué familias se habían visto más afectadas, luego decidimos a cuántos miembros de cada familia podíamos alimentar. Mientras yo apuntaba sus nombres, Lióvochka les dijo que viniesen el martes a recoger sus provisiones y le sugirió a la mujer del alcalde que abriera otro comedor para las víctimas del fuego en su propio hogar.

Regresamos al anochecer. Por un lado, el rojo sol se ocultaba, y por el otro la luna se alzaba. Avanzamos a través de la estepa, siguiendo el curso del Don. Es un paisaje inhóspito y muy llano, pero hay diversas fincas, viejas y nuevas, diseminadas de manera pintoresca a lo largo de los bancos del río.

Por las mañanas, con ayuda de un sastre, confeccionaba abrigos para aquella gente con la tela que nos habían donado. Me las arreglé para hacer veintitrés. Los rapaces estaban encantados con sus abrigos nuevos y sus chaquetas de piel. *Nuevos y calentitos*: algunos no habían tenido nada parecido en toda su vida.

Me quedé diez días en Beguichevka. Hubo algunas ventiscas; una de ellas sorprendió fuera a nuestras ayudantes, y no regresaron por la noche, lo cual nos inquietó mucho. Eran dos jóvenes sensacionales: una de ellas, Persídskaia, era una cosaca coloradota, enérgica, que sabía curar a la gente del pueblo; todo el mundo la llamaba «princesa». La otra, hija de un sacerdote, era delicada y flaca; era aplicada y sentimental, y hacía muy bien su trabajo. Se dedicaban a visitar los comedores o a abrir otros nuevos, a distribuir ropa y a anotar las necesidades de leña, alimento o abrigo.

Cuando volví a Moscú, cada vez fui escuchando más y más informaciones sobre las cartas que, por lo visto, Lióvochka había enviado a Inglaterra sobre la hambruna en Rusia, y que habían despertado una gran indignación. Por fin, recibí cartas de San Petersburgo avisándome de que habían amenazado con enviarnos al exilio y urgiéndome a hacer algo al respecto. Tardé mucho en reaccionar, pues durante una semana tuve que visitar al dentista prácticamente a diario, pero poco a poco la inquietud se apoderó de mí. Al fin, escribí una serie de cartas -al ministro del Interior Durnovo, a Sheremáteva, al viceministro Plehve, a Aleksandra Andréievna[263], a los Kuzminski-exponiendo la verdad de los hechos y refutando la mentira que había propalado *La Gaceta de Moscú*. Se negaron a publicar mis desmentidos en los periódicos, a pesar de que me dirigí incluso al *Boletín Gubernamental*[264]. Así que concerté una cita con el gran duque Serguéi Aleksándrovich y le pedí que diese orden de publicar mis refutaciones. Dijo que eso no estaba en su mano, y que el propio Lev Nikoláievich debería escribir al *Boletín Gubernamental*, para «calmar a los espíritus exaltados y satisfacer al emperador». De modo que escribí a Lióvochka rogándole que lo hiciera. Hoy he recibido su misiva y acabo de enviarla al *Boletín Gubernamental*. Ahora quedo a la espera de saber si la van a publicar o no.[265]

Lióvochka, Tania, Masha y Vera Kuzmínskaia han vuelto todos a Beguichevka. También ha regresado Liova de Samara. Le espero con impaciencia; ignoro cuáles son sus planes. Yo ya me he acostumbrado a mi situación y vivo en función de los intereses de mis cuatro hijos

pequeños. He empezado a escribir un relato[266], recojo donativos, mantengo una vasta correspondencia, pago a través del banco el grano adquirido, realizo toda clase de operaciones financieras. Aparte de todo eso, los míos me dan mucho trabajo. A veces estoy triste, pero tampoco faltan los buenos momentos.

Mañana empieza la Cuaresma, tengo intención de ayunar.

1893

2 de agosto. Me he enterado recientemente por Chertkov de que la mayoría de los manuscritos de Lev Nikoláievich está en parte con él, y en parte con el coronel Trépov[267], en San Petersburgo. Nuestros hijos deben saberlo.

Posteriormente, Chertkov ha cogido todos los manuscritos de Lev Nikoláievich y se los ha llevado con él a Christchurch, Inglaterra.[268]

5 de noviembre (Moscú). Creo en los buenos y malos espíritus. Los malos espíritus se han adueñado del hombre al que amo, pero él no se da cuenta. Su influencia es perniciosa: destruye al hijo, destruye también a las hijas y destruye a todos los que entran en contacto con él. Pero yo, día y noche, rezo por mis hijos; este esfuerzo espiritual resulta penoso, y yo me consumo, pero, aunque perezca físicamente, me salvaré espiritualmente, porque mi comunión con Dios no podrá ser destruida mientras no caiga bajo el influjo de aquel que es presa de una fuerza maligna, aquel que es ciego e impasible, que olvida y no reconoce las responsabilidades que Dios le ha encomendado, que es orgulloso y presuntuoso. Aún no rezo por los más pequeños, a ellos todavía no se les puede destruir. Estando aquí en Moscú, Liova se ha vuelto más alegre y ha empezado a corregirse. Está al margen de toda influencia, salvo la de mi oración. Con él, Dios nos envió un buen hombre. Que no se debilite en mí la energía de la oración; si no, todo está perdido. Señor, ten piedad de nosotros y líbranos de toda influencia que no sea la tuya.[269]

1894

2 de marzo. Tania se ha marchado a París, va a quedarse con Liova. La salud de mi hijo ha empeorado. Llevo mucho tiempo angustiada, sabiendo que su vida pende de un hilo. Es demasiado excepcional, bueno y desequilibrado. Vivo al día, esto no es vida. Mi preocupación por Liova, y ahora en parte también por Tania, ha desplazado cualquier otro interés. Ahora mismo, hasta mi salud se ha quebrado. Hoy he tosido sangre, y en abundancia; tengo fiebre por la noche, me duele el pecho, sudo. Lev Nikoláievich también está deprimido. Pero su vida no ha cambiado: se levanta temprano, arregla su habitación, come gachas de avena cocida y se pone a trabajar. Hoy le he sorprendido echando un solitario. Ha desayunado copiosamente, mientras Dunáiev contaba en voz alta no sé qué historias, sin darse cuenta de que no le interesaban a nadie. Después Lev Nikoláievich se fue a echar un sueñecito, y ahora, con sorprendente jovialidad, tras haber contemplado por la ventana el brillante sol y haber cogido desde la ventana un puñado de dátiles, se ha acercado con Dunáiev al mercado de setas, a echar un *coup d'oeil*[270] a la gente que está vendiendo setas, miel, arándanos y demás. Masha está nerviosa y delgada; da lástima. Serguéi es muy agradable, lamento que pronto vaya a marcharse a Nikólskoie.

4 de agosto. Zájarin ha encontrado mal a Liova. En el fondo de mi corazón, ya lo sabía hace mucho. Pero ¡cómo voy a soportar el dolor de ver agonizar a mi querido hijo, tan joven y tan bueno! Tengo el corazón destrozado, me duele con un dolor sordo y constante; vivo con tal esfuerzo el día a día que me siento a punto de desfallecer. Pero debo vivir: debo hacerlo por el pequeño Vánechka, por Misha, por Sasha, incluso por Andriusha, en quien ya han muerto tantas cosas, aunque en él resplandece la llama del amor y del cariño por mí. Pero todo me resulta muy difícil. Como la abrumadora indiferencia que hace mucho me muestra mi marido, que carga todo sobre mis espaldas, absolutamente todo sin excepción: los hijos, la hacienda, las relaciones con la gente y los negocios, la casa, los libros; y que por

todo me desprecia con una indiferencia egoísta y crítica. ¿Y qué es de *su* vida? Pasea, monta a caballo, escribe un poco, vive donde y como quiere y no hace absolutamente nada por su familia, sin dejar de beneficiarse de todo: de los servicios de sus hijas, de una vida confortable, de la adulación de la gente y de mi sumisión y mi trabajo. Y luego está la fama, la insaciable fama, por la cual ha hecho siempre todo lo que ha podido, y sigue haciéndolo. Sólo las personas sin corazón son capaces de llevar semejante vida. Pobre Liova, cómo le ha hecho sufrir la hostilidad que su padre le ha mostrado últimamente. A éste, lo que más le irritaba era que la enfermedad del hijo le impidiera vivir tranquilamente, como un sibarita. No puedo recordar sin amargura los lastimeros ojos negros de Liova, el reproche y el dolor con que miraba a su padre cuando éste le recriminaba su enfermedad y ponía en duda sus sufrimientos. Porque él nunca los ha sentido en sus propias carnes, y cada vez que ha caído enfermo se ha mostrado impaciente y caprichoso.

Tania también está en Moscú con Liova. La echo mucho de menos, pues ya no me queda en casa ningún *alma gemela*. Y eso que Lev Nikoláievich y sus partidarios han impuesto un pesado yugo sobre su naturaleza alegre, sana y vital, y la han alejado de mí. Hoy se ha marchado Strájov. El calor sofocante que hace en casa, el baño con Sasha, la reunión de los campesinos, la carrera hasta perder el aliento por los tórridos campos sin cosechar, esta maravillosa noche de luna, cálida y hermosa hasta el dolor… Lev Nikoláievich se ha marchado a Potiómkino a informarse sobre los afectados por los incendios y ayudarles con algún dinero, desinteresadamente. Andriusha se ha marchado a Ovsiánnikovo a visitar a M. A. Schmidt, Misha se ha quedado conmigo, Masha se ha ido con María Kiríllovna a Kozlovka.

23 de noviembre. Toda la familia estamos viviendo en Moscú. El centro de toda mi vida, de todos mis intereses es Liova, que sigue enfermo. Uno no puede acostumbrarse a una desgracia como ésta. No hay momento en que no recuerdes su penoso estado, y el temor por él te atenaza de forma dolorosa y continua. Veo a poca gente, apenas salgo de casa. Tenemos una nueva institutriz inglesa, *miss* Spiers. Lióvochka, Tania y Masha han ido a casa de Pasternak[271] a escuchar música. Toca su mujer, acompañada de Hřímalý[272] y de Brandukov[273]. Andriusha, después de haberme dado tantos disgustos en los últimos tiempos, se ha calmado. Tiene una salud delicada: ha tenido catorce abscesos, a menudo tiene descompuesto el estómago. En cuanto a Misha, es brillante y alegre, pero estudia mal.

No hay nieve, por lo que todavía no hemos podido montar en trineo. Hay viento, dos grados bajo cero. Estoy preparando el tomo

XIII[274] para su publicación, y leo *Marcella*[275]. Lióvochka y yo llevamos mucho tiempo bien avenidos, pero los últimos días han sido un poco desagradables. Me irritaba su impasibilidad con la conducta de Andriusha y que no me ayudara con él. Sin embargo, la culpa es mía si después de treinta y dos años aún espero que Lióvochka vaya a hacer algo por mí y por la familia. Tendría que contentarme con las cualidades que tiene.

1895

1 y 2 de enero. Tengo que escribir en mi diario, es una pena que haya escrito tan poco en mi vida.

Ayer Lióvochka se fue con Tania a Nikólskoie a visitar a los Olsúfiev. Cuando estoy sin mi marido, me siento de súbito un espíritu libre, sola ante Dios. Me resulta más fácil aclararme conmigo misma y con esta confusión en la que vivo.

Acontecimientos: Liova ha comenzado a tratarse con electricidad; está más calmado, se ha ido a ver a los Shidlovski.

Masha guarda cama, Sasha y Vania tienen gripe, se aburren, corren con la pequeña Verka y con Kolia (el hijo del *artélshchik*[276]). Andriusha está en la aldea con Iliá, Misha se fue con el violín a casa de los Martynov. Ventisca, siete grados bajo cero.

Esta noche a las cuatro de la madrugada me despertó el timbre. Me asusté, esperé unos momentos; otra vez el timbre. Fue a abrir un criado: era Jojlov, uno de los discípulos de Lióvochka, que se ha vuelto loco. ¡Acosa a Tania, pretende casarse con ella! Ahora la pobre Tania no puede salir a la calle. Este *oscuro*, piojoso y harapiento, la sigue a todas partes. Ésta es la gente que Lev Nikoláievich ha introducido en su vida íntima, familiar, y luego a mí me toca echarlos.

Resulta tan extraño que sean personas que, por la razón que sea, se han descarriado penosamente en su vida cotidiana, personas débiles, estúpidas, las que acuden ansiosas a oír las enseñanzas de Lev Nikolaiévich, para acabar hundiéndose de un modo u otro, sin remisión.

Me temo que, cada vez que me pongo a escribir mi diario, acabo siempre por reprobar a Lev Nikoláievich. Pero no puedo dejar de quejarme de que todo lo que predica para hacer feliz a la gente para lo único que sirve es para hacernos la vida imposible.

El vegetarianismo ha supuesto la complicación de la doble comida, de los gastos superfluos y del trabajo adicional para los sirvientes. Sus prédicas sobre el amor y el bien han venido acompañadas de la indiferencia a la familia y la irrupción de toda clase de chusma en nuestra vida familiar. Su renuncia (verbal) a los bienes terrenales trae consigo la reprobación y las críticas.

Cuando se extreman todas esas complicaciones, me sulfuro y le digo cuatro cosas bien dichas; luego me siento desdichada y me arrepiento, pero ya es demasiado tarde.

Estuvo aquí Yelena Pávlovna Raiévskaia[277]; vino a pasar conmigo la velada y me pidió el relato que había escrito. Lo revisé y me di cuenta de lo mucho que me gusta mi relato. ¡Eso no está bien, pero es una sensación tan agradable!

Masha me inspira ternura. Es cariñosa, sociable y simpática. ¡Cómo me gustaría ayudarla con Petia Raievski[278]! Mi amor por Tania se ha enfriado; percibo en ella el inmundo amor de los *oscuros*: de Popov y de Jojlov. Lo siento por ella: ha perdido brillo y parece más vieja. Me da lástima de su juventud: hermosa, alegre y prometedora. Me apena que no esté casada. Qué poco he recibido, en general, de mi extensa, de mi hermosa familia. Quiero decir que son todos tan poco felices. Y no hay nada que le duela más a una madre.

He escrito tres cartas: una oficial a Praga, otra en respuesta a la baronesa Mengden y otra a S. A. Filosófova. Me acuesto a las tres de la madrugada. Esta mañana les he leído a Sasha y a Vania *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Verne. Les digo: «Es difícil, no vais a comprenderlo». Y Vania me responde: «No te preocupes, mamá, tú léelo; ya verás cuánto aprendemos de este libro y de *Los hijos del capitán Grant*».

Liova ha vuelto abatido de casa de los Shidlovski; no dejaba de lamentarse.

5 de febrero. O tengo mal carácter o tengo buen juicio. Lev Nikoláievich ha escrito un relato magnífico: *Amo y criado*. Esa tal Gurévich[279], una intrigante medio judía, siempre está recurriendo hábilmente a la lisonja para publicarle algo en su revista. Actualmente, Lev Nikoláievich no cobra por sus obras. De modo que si publicara sus cosas en forma de librillo barato de la editorial El Intermediario para que *todo* el público tuviera la oportunidad de leerlas, yo estaría conforme, lo comprendería. No me ha permitido ocuparme del volumen XIII para que no pudiera sacar dinero de más. Entonces, Gurévich, ¿a santo de qué? Me da rabia, y estoy buscando un procedimiento que, siendo justo con el público, no beneficie a Gurévich, sino que la perjudique. Y lo encontraré.

Una vez, el día de mi santo, Lev Nikoláievich me trajo un portafolios que contenía *La muerte de Iván Ilich*, con vistas a la nueva edición. Más tarde me lo quitó, tras anunciar que lo entregaba al dominio público. Aquello me enfadó y me hizo llorar. ¿Por qué tiene que ser siempre tan poco delicado conmigo? ¡Todo son disgustos! Ayer Masha fue a ver al catedrático Kozhévnikov, y éste se refirió a la

enfermedad de Liova de un modo desconsolador. Esta mañana le reproché a Andriusha que el otro día nos hubiera engañado a su padre y a mí cuando nos prometió que vendría a casa, y luego se marchó con Kleinmichel y Sévertsev a ver a los gitanos. Andriusha, de repente, se puso furioso y dijo que si había engañado a su padre era porque las únicas palabras que le había dirigido en todo el año habían sido: «Vente a casa», y que nunca se había preocupado por él, ni le había mostrado el más mínimo interés, ni le había ayudado en nada. Me ha dolido escuchar todo esto, pero lleva mucha razón.

Tuvimos visita de Mamónov y de la condesa Kapnist, una mujer delgada que estaba desolada por los disturbios en la universidad. Es muy simpática. Lióvochka tiene tos y está corrigiendo *Amo y criado*. Ayer por la noche se juntaron los compañeros de Misha, y S. M. Martynova nos leyó *Fausto* de Turguénev.

Y me acordé de Turguénev[280] y de la temporada que pasó con nosotros en Yásnaia Poliana, cuando fuimos en primavera a cazar becadas: Lióvochka apostado detrás de un árbol, y Turguénev y yo detrás de otro. Le pregunté por qué ya no escribía. Entonces él se inclinó, miró a su alrededor de manera un tanto burlesca y me dijo: «Como parece que sólo nos oyen los árboles, le diré, corazón -de viejo, llamaba a todo el mundo "corazón"-, que, antes de escribir algo nuevo, siempre he necesitado estar inflamado de amor, pero ¡ahora eso ya es imposible!». «¡Qué lástima! -le dije, y añadí en tono de broma-: Pues enamórese de mí aunque sea, y a lo mejor puede escribir algo.» «¡No, ya es tarde!…»

Era muy alegre, por la noche bailó con mis hijas y sobrinas, las hijas de los Kuzminski, una especie de cancán parisino, discutió amistosamente con Lev Nikoláievich y con el difunto príncipe Leonid Urúsov. Recuerdo que para almorzar me pidió que le hiciera una sopa de gallina con sémola y un *pirog*[281] de carne de vaca y cebolla, diciendo que eso es algo que sólo los cocineros rusos saben preparar. Trataba a todos de manera tierna y afable; a Lev Nikoláievich le dijo: «Ha hecho usted muy bien casándose con su mujer». Siempre exhortaba a Lev Nikoláievich a escribir obras literarias y hablaba con vehemencia de la magnitud de su talento. Ahora me resulta difícil recordar todo esto: lamento haber anotado tan pocas cosas a lo largo de mi vida. Nadie me inculcó que era algo importante, y he vivido mucho tiempo sumida en una ignorancia infantil.

Hoy en *Nuevos Tiempos* han publicado la impactante noticia de la muerte de M. Urúsova. Tenía veinticinco años, y algo especial, artístico, musical y delicado, brillaba en su interior. Ahora su alma se halla en compañía de su padre; nunca se avino a la vulgaridad de su madre. ¡Pobre muchacha!

21 de febrero. He atravesado, y aún sigo atravesando, una etapa muy difícil. No me apetece escribir, y es terrible darse cuenta de que este período de mi vida no puede acabar bien. No tengo por mi vida el menor aprecio, y la idea del suicidio me persigue cada vez con mayor insistencia. ¡Ayúdame, Dios mío, a no cometer semejante pecado! Hoy, una vez más, prácticamente no he salido de casa; sin duda, estoy enferma, casi no me tengo en pie. Cómo se han agudizado en mi alma los sufrimientos que venía padeciendo por un motivo de especial gravedad: el escaso amor que Lióvochka nos muestra a mí y a nuestros hijos. Hay ancianos dichosos que, tras vivir una vida de amor, como la que nosotros hemos vivido durante casi treinta y tres años, acaban convirtiéndose en amigos. Pero ¿y nosotros? Por mi parte, experimento continuos accesos de ternura y de un estúpido amor sentimental por él; cuando estuve enferma, me trajo dos maravillosas manzanas y planté las semillas para recordar tan insólita manifestación de cariño por mí. ¿Llegaré a ver crecer esas semillas?

Pues sí, me gustaría contar los pormenores de nuestra dolorosa *historia*. Yo tengo la culpa, desde luego, pero en gran medida me he visto arrastrada. Espero que mis hijos no me condenen, pues nadie sabrá nunca ni llegará a comprender la naturaleza de nuestras relaciones matrimoniales. Si, a pesar de mi aparente felicidad, quiero dejar esta vida, y lo he querido tantas veces, ¿no ha de haber algún motivo para ello? Si alguien supiera lo penosos que resultan los permanentes arrebatos, las tentativas de un amor que, al no recibir más satisfacción que la carnal, se consume de manera enfermiza… Pero aún más doloroso es estar convencida, en los últimos días de mi vida, de su falta de reciprocidad, y ser consciente de que experimento un amor único e inmutable por un individuo egoísta, del que a cambio no he recibido más que un veredicto severo y despiadado.

Bueno, pues ésta es la *historia*. El relato *Amo y criado* me trajo muchos quebraderos de cabeza, como puede verse en anteriores anotaciones del diario. Pero traté de sobrellevarlo; ayudé intensamente a Lióvochka con las correcciones y, cuando él lo tuvo todo listo, le pedí permiso para hacerme una copia a partir de los textos corregidos, y así poder publicarla en el volumen XIII de sus *Obras completas*.

Para no retrasar el envío a San Petersburgo, quise hacer la copia por la noche. Pero, por algún extraño motivo, Lióvochka se enfadó, dijo que ya mandarían las pruebas y se opuso enérgicamente a que copiara el texto, alegando, por toda razón, que era una locura. Me fastidiaba mucho que sólo *El Mensajero del Norte* fuera a tener los derechos, me acordé de las palabras de Storozhenko[282], cuando dijo

que Gurévich (la editora) sabía cómo encandilar al conde -se refería a que había publicado dos artículos suyos en menos de un año-, y me propuse por todos los medios preparar de forma simultanea mi edición y la de *El Intermediario*.[283] Los dos estábamos agitados y furiosos. Lióvochka se enfadó tanto que subió corriendo a la planta de arriba, se vistió y dijo que se iba de casa para siempre, que no pensaba volver.

Consciente de que mi única falta había sido querer hacer una copia, se me ocurrió de pronto que aquello era un mero pretexto, y que Lióvochka quería dejarme por alguna otra razón de mayor peso. En lo primero que pensé fue en aquella mujer. Perdí el dominio de mí misma y, para impedir que él lo hiciera antes, fui yo la que abandonó la casa y echó a correr por el callejón. Él fue detrás de mí. Yo iba en bata, él en calzones y chaleco, sin camisa. Me pidió que volviera, pero mi único pensamiento era quitarme la vida, como fuera. Me recuerdo a mí misma sollozando y pidiendo a gritos que me llevaran a la comisaría o al manicomio. Lióvochka tiraba de mí, me caí en la nieve, tenía las piernas al aire, no llevaba más que un camisón bajo la bata y unas zapatillas. Me calé hasta los huesos, y acabé enferma y alterada, en estado de choque, y muy confusa.

De algún modo las cosas se calmaron entre nosotros. A la mañana siguiente volví a ayudarle con las correcciones de las pruebas para el *El Mensajero del Norte*. Después de desayunar terminó y se echó un rato. Le comenté: «Voy a aprovechar para hacer ahora la copia». Lióvochka estaba tumbado en el diván, pero cuando pronuncié esas palabras se levantó de un salto con aire colérico y volvió a impedírmelo, sin darme ninguna explicación. (Aún sigo sin conocer sus razones.) No me enfadé, pero le supliqué, con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada por el llanto, que me permitiera copiarlo. Le prometí que no sacaría el libro sin su consentimiento, lo único que le pedía era una copia. Aunque no me lo negó de forma explícita, su ira me dejó paralizada. Yo no podía entender nada. ¿Tanto le importan los intereses de Gurévich y de su revista como para no permitir que el texto apareciera al mismo tiempo como apéndice al tomo XIII y en la edición de El Intermediario?

Los celos, el despecho y la amargura originados por la idea de que él *nunca haría nada por mí*; aquel viejo dolor nacido del poco cariño que recibía de Lióvochka a cambio de mi inmenso amor… todo ello afloró para hundirme en una terrible desesperación. Arrojé las pruebas sobre la mesa, me puse una pelliza, los chanclos y el sombrero y salí de casa. Por suerte o por desgracia, Masha se percató de la tristeza de mi rostro y fue tras de mí, pero eso yo no lo supe hasta más tarde. Me dirigí al monasterio de las Doncellas con la intención de adentrarme en los montes de los Gorriones y morir congelada en el bosque. Recuerdo que me agradaba la idea de que en el relato Vasili Andreich

muriera congelado y por ese mismo relato también yo fuera a morir congelada. No lamentaba nada. Me había jugado toda mi vida prácticamente a una sola carta -el amor a mi marido-y, dado que había perdido, ya no había razón para vivir. No me daba pena de mis hijos. Uno siempre tiene la sensación de que somos *nosotros* quienes les amamos *a ellos*, y no *ellos a nosotros*, de modo que podrían sobrevivir sin mí. Pero, al parecer, Masha no me quitó ojo ni un momento, y fue ella quien me trajo de vuelta a casa. Mi desesperación no cesó en dos días, durante los cuales volví a intentarlo. A la mañana siguiente salí a la calle, alquilé un carruaje y me dirigí a la estación de Kursk. No sé cómo pudieron adivinar los niños que era precisamente allí a donde me dirigía. Pero Seriozha y Masha volvieron a dar conmigo y me trajeron a casa. Cada vez que me veía obligada a volver, me sentía avergonzada e incómoda. La tarde anterior (aquello ocurrió el 7 de febrero) yo había estado muy enferma. Todos los sentimientos que había en mí se agudizaron hasta el extremo. Recuerdo vagamente que tenía la impresión de que Lióvochka destruiría a todo aquel que tocara con su mano. Sentí una pena inmensa por Jojlov, que se había vuelto loco, y quise librar a todo el mundo de la influencia de Lióvochka. También yo siento en este instante que mi amor por él acabará destruyéndome; acabará destruyendo mi alma. Si logro librarme de ese amor, me salvaré; si no, de un modo u otro, pereceré. Él ha matado lo más profundo de mi ser, y ahora mismo estoy muerta, ya no vivo.

Mientras estaba llorando a lágrima viva, entró en la habitación, se puso de rodillas en el suelo, se inclinó hacia mí y me suplicó que le perdonara. Si una sola gota del amor que en esos momentos había en él durara para siempre, yo aún podría ser feliz.

Tras haberme torturado el alma, llamaron a los médicos. Resultaba cómico ver cómo cada uno me recetaba un medicamento en función de su especialidad. El neurólogo me dio bromuro; el especialista en medicina interna, agua de Vichy y unas gotas. Al final llamaron también a Sneguiriov, el tocólogo, que habló con cinismo de un «período crítico» y añadió un medicamento más. No los he tomado. No me hacen sentir mejor. Después de tres días recorriendo las calles apenas vestida y a dieciséis grados bajo cero, calada hasta los huesos, consumida por los nervios, cómo no voy a estar enferma. Las chicas parecían asustadas de mí, Misha sollozaba, Andriusha se marchó a compartir su pena con Iliá, Sasha y Vania estaban desconcertados, como niños que son, Lióvochka tenía el alma en vilo. Así que el que más me ayudó fue Seriozha, con su cariño sereno, sin el menor reproche. Lióvochka, tan cristiano como eres, he visto en ti más condena que amor y compasión. Y toda esta *historia* se ha debido únicamente al ilimitado amor que le profeso. Él siempre busca en mí

el rencor, pero si supiera que precisamente no hay en mí ningún rencor, y que son otros muchos los motivos… ¿Qué puedo hacer si Dios me ha dado un temperamento tan inquieto y apasionado?

También se portó muy bien conmigo su hermana María Nikoláievna: me dijo, muy cariñosa, que, en mi arrebato, había dicho la pura verdad, aunque me había excedido. Sí, pero ¡había sido un arrebato irreparable e imperdonable!

Ahora hemos vuelto a hacer las paces. Liova se ha marchado al sanatorio de la colonia de Ogranovich[284] y no ha escrito una palabra. Tiene muy malas intenciones con la familia y no quiere tener ninguna relación con nosotros. Tal vez sea lo mejor para el estado de sus nervios. Ayer vino un médico de allí y sus palabras me reconfortaron. Quiera Dios que no viva para ver la muerte de ninguno de mis hijos y que me lleve a mí primero allí donde el amor no será sufrimiento, sino gozo.

Nos ha dado el relato a El Intermediario y a mí. Pero ¡a qué precio!

Estoy corrigiendo las pruebas y velo con ternura y emoción por tan delicada obra de arte. A menudo se me llenan los ojos de lágrimas y el corazón de alegría.

22 de febrero. Por la mañana. Ayer por la tarde Vania ha vuelto a caer enfermo. Hoy ya tiene erupciones de escarlatina, dolor de garganta y diarrea. Vino Filátov a examinarle.

23 de febrero. Mi querido Vánechka ha muerto a las once de la noche. ¡Dios mío, y que yo siga viva!

1897

1 de junio.[285] El 23 de febrero se cumplieron dos años de la muerte de mi Vánechka, y desde entonces, escrita la última página de mi diario, lo cerré y del mismo modo cerré mi vida, mi corazón, mi receptividad y mi gozo de vivir. No me he sobrepuesto, pero la soledad más absoluta en la que se halla mi alma ha despertado nuevamente el deseo de escribir mi diario. Y de que quede sobre el papel la imagen de este último periodo de mi vida, fundamentalmente de mi vida *marital*. Me limitaré estrictamente a los hechos y, cuando me sienta más dispuesta, describiré también estos dos últimos años de mi vida, tan significativos por su contenido interior.

Hoy es Pentecostés. Ha hecho un día hermoso y claro. Por la mañana fui a despedir a Tania y a Seriozha, que se marchaban a Moscú, a la boda de Masha, que se celebra mañana.[286] Luego leí las pruebas para el volumen XII de la nueva edición impresa que voy a publicar.[287] Lev Nikoláievich está escribiendo un artículo sobre el arte[288], y hasta la hora de comer no le veo. Hemos almorzado a las dos. A las tres Lev Nikoláievich me invitó a dar un paseo a caballo con él. Yo rehusé su ofrecimiento, pero luego me entraron unas ganas tremendas de montar, sobre todo porque quedarme sola me resultaba horrible y angustioso. Fuimos los tres juntos (el tercero era Dunáiev) y recorrimos lugares muy hermosos de Zaseka. Visitamos también las minas, donde una compañía belga extrae mena, así como el abandonado «Reino de los muertos», bajamos y subimos por los barrancos. Lev Nikoláievich estuvo extraordinariamente cariñoso y atento conmigo, algo que me conmovió y me enterneció. No obstante, si antes sus atenciones me habrían llenado de gozo, ahora que he sabido por sus diarios cuál es su auténtica relación conmigo lo único que me conmueve es su bondad senil hacia mí, y nunca más me abandonaré a esos arrebatos -ya de felicidad, ya de desesperación-a los que me entregaba antes de haber leído sus diarios. Algún día contaré esa historia de los diarios que ha trastocado toda mi vida amorosa.

El paseo duró tres horas y media, estuvo muy bien. A nuestro regreso, nos encontramos con A. A. Zinóviev[289]. Lev Nikoláievich leyó con sus invitados cierta carta en alemán, yo volví a la corrección de

las pruebas. Ha venido Andriusha y -¡ay!- se ha ido con Misha al baile. En casa de Sasha está de visita Sonia Kolokóltseva[290], fueron juntas a divertirse con *mademoiselle* Aubert[291].

3 de junio. Han venido Masha y Kolia, ya casados. Han venido Tanéiev[292] y Turkin[293], que le va a dar clase a Misha. Un doloroso temor ante las contrariedades ocasionadas por la llegada de Serguéi Ivánovich ha eclipsado todos los demás sentimientos. Me da pena de Masha, y por eso siento un cariño especial por ella y, por supuesto, voy a quererla y ayudarla en la vida, en la medida de mis posibilidades. Kolia me causa la misma impresión; es un buen muchacho, pero pensar en él como marido de mi hija ahora mismo anula la buena predisposición que pueda tener hacia él. Carece de vigor, no le puede asegurar un sostén en la vida… Bueno, ya veremos. Precisamente fue el *vigor* de mi marido lo que me destruyó a mí y acabó con mi persona y con mi vida. ¿O no era fuerte yo? ¿No estaba acaso llena de energía? Ahora mi alma está bien y en paz. Pero me ha resultado terriblemente doloroso observar el espanto y los celos enfermizos de Lev Nikoláievich ante la noticia de la llegada de Tanéiev. Sus sufrimientos a veces me resultan insoportables. Y los míos…[294]

4 de junio. De buena mañana Lev Nikoláievich y yo hemos tenido una fuerte discusión debida a S. I. Tanéiev. Los mismos celos insoportables de siempre. Espasmos de glotis, amargos reproches de un marido que sufre y dolorosa congoja todo el día. He leído las pruebas de *El poder de las tinieblas*[295]; una obra de arte hermosa, íntegra y veraz. Después fui a darme un baño, me encontré con Tanéiev, y eso me recordó con melancolía nuestros alegres encuentros diarios del año pasado. Después de comer, tocó para Tania sus romanzas. Adoro su música y su carácter: sereno, noble y bondadoso. Después he copiado para Lev Nikoláievich su artículo sobre el arte. Vino con toda bondad a invitarme a pasear, y dimos un magnífico paseo. Una penosa escena con Andriusha por dinero. Él lloraba, y me ha dado lástima, pero me desagrada su debilidad, nada masculina.

Tanéiev ha tocado dos *Canciones sin palabras* de Mendelssohn que me han conmovido profundamente. He seguido copiando para Lev Nikoláievich antes de acostarme.

Estuvieron Masha y Kolia; daba pena verlos: delgados, débiles… A Tania la aprecio y la quiero mucho. ¿Qué habrá sido de la energía vital humana que brotaba de mí con tanta fuerza?

5 de junio. Serguéi Ivánovich se ha marchado hoy, Lev Nikoláievich se ha alegrado y calmado, y yo estoy más tranquila después de haberle visto. Las celosas exigencias de Lev Nikoláievich de poner fin a toda relación con Serguéi Ivánovich tienen una sola razón: su propio sufrimiento. Pero a mí también me produce sufrimiento acabar con esas relaciones. No me siento apenas culpable, y experimento un gozo tan sereno y apacible con esta relación, pura y tranquila, que en el fondo soy incapaz de acabar con ella, igual que soy incapaz de dejar de ver, de respirar, de pensar. Desde temprano estuve corrigiendo pruebas, mientras esperaba a Serguéi Ivánovich en el balcón para tomar un café; llegó justo cuando yo había salido al jardín, a la atalaya, y estaba conversando allí con Vánechka[296], preguntándole si mis sentimientos por Serguéi Ivánovich eran algo malo. Hoy Vánechka lo ha apartado de mi lado; se ve que, simplemente, le da pena de su padre; pero yo sé que él no me reprueba; él me ha enviado a Serguéi Ivánovich y no quiere quitármelo.

Luego fui a bañarme con María Vasílievna[297]. Mi fuerza y mi agilidad al caminar me tienen asustada. Después de comer, Lev Nikoláievich, Serguéi Ivánovich, Turkin y yo fuimos juntos a dar un paseo, y recogí un ramo de flores maravilloso. Lev Nikoláievich, con mucha pasión y mucho tino, discutió sus ideas sobre arte con Serguéi Ivánovich, lo cual me sorprendió mucho, después de su celosa animosidad. Me fastidia no haberle corregido a Sasha la traducción que le había pedido que hiciera. Han venido Vera y Masha Tolstaia. He estado trabajando toda la tarde: en primer lugar corregí pruebas con María Vasílievna y, después de cenar, durante unas tres horas seguidas, copié el artículo sobre arte de Lev Nikoláievich.

Ahora hay poca vida en casa; hay poca gente y, lo que es más importante, me aburro sin Serguéi Ivánovich.

4 de julio. Todos estamos mejor de salud, pero hemos vuelto a tener algún disgusto. Durante la comida Misha ha mencionado la visita que va a hacernos Serguéi Ivánovich, y Lev Nikoláievich, hecho una furia, ha dicho: «Eso yo no lo sabía». Después de comer, la conversación se ha vuelto tensa de nuevo: reproches por las mentiras, órdenes de erradicar cualquier sentimiento personal por Serguéi Ivánovich y de poner fin a toda relación con él. Tanto lo uno como lo otro son una estupidez. *Erradicar* los sentimientos -de existir éstos-es algo que nadie puede controlar. Lo único que se puede controlar son nuestros *actos* -de los cuales no se me puede reprochar nada-y, puesto

que no han tendido al mal, no hay por qué rectificarlos. Poner fin a toda relación con un hombre bueno, sensible y honrado significaría ofenderle a él sin ningún motivo, así como comprometer a su mujer, igualmente sin ningún motivo, por no decir sin ninguna *culpa*.

Hoy he estado tocando cerca de cuatro horas, deleitándome con Mozart. Bien entrada la tarde he ido a bañarme con *miss* Welsh[298]. Ha llegado Pomerántsev[299]. También a él lo han puesto como un trapo; es discípulo de Serguéi Ivánovich.

Ha habido tormenta y ha estado lloviendo.

5 de julio. Ni mi cariño, ni mis tiernos y atentos cuidados, ni mi paciencia frente a los burdos e injustos reproches de Lev Nikoláievich; nada ha podido suavizar su enfado por la visita de Serguéi Ivánovich. Ahora he decidido callar. Sólo tengo que justificar mis actos ante Dios y mi conciencia. Han llegado Pomerántsev y Múromtseva[300]. No he hecho nada en todo el día, más que charlar con ellos. Múromtseva es una mujer de talento natural, por lo que es capaz de comprender muchas cosas no con el intelecto sino con la intuición.

Lev Nikoláievich ha soltado un discurso sobre el arte en presencia de Pomerántsev, Múromtseva y Misha, ha criticado a Wagner, la música moderna, las últimas composiciones de Beethoven, etcétera. Sus debates y argumentaciones van siempre acompañados de una irritación tal que me impide seguir escuchando y abandono la sala.

23 de julio. Desde primera hora se ha sentido el efecto de la llegada de Iliá, Andriusha y el nuevo profesor de Misha, Sóbolev[301], que va a sustituir a Turkin. ¡Qué pena que ya no esté Turkin! Este químico despierto, desenvuelto y apasionado hablaba mucho con Seriozha sobre la universidad y la química. Andriusha ha vuelto a despilfarrar el dinero con los gitanos y ha pedido prestados trescientos rublos; se me hace muy dolorosa y desagradable la vida tan desordenada que lleva. ¡Qué le deparará el destino! Es muy mal chico, y lo que es peor, bebe y, cuando está borracho, es un temerario. Iliusha ha venido hoy a mi habitación y se ha puesto a reprocharme que haya cambiado, que haya empezado a querer menos a mis hijos y a alejarme de ellos. He intentado justificarme recordándoles (en este momento se encontraban allí también Tania, Sonia y Andriusha) que mi vida transcurría sin parar de trabajar, ya fuera con mis hijos, ya atendiendo a su padre y copiando para él, y he rememorado los difíciles momentos que siguieron al nacimiento de Vánechka: Liova se preparaba para el examen de ingreso, los niños se quedaron sin

institutriz, yo alimentaba con mis doloridos pechos al bebé enfermo, y la primavera, y la búsqueda de profesores, y el equipaje, y la debilidad tras los partos, y cómo mientras tanto Lev Nikoláievich se había marchado a Yásnaia a pie, cómo me había abandonado a pesar de mis lágrimas y de mis peticiones de ayuda, y cuantísimas ocupaciones, cuántas noches de insomnio, lágrimas y dudas padecí, cuántas primaveras pasé en la ciudad para no dejar solo a mi hijo con sus exámenes, y todo eso nada más que para recibir reproches y más reproches. He escuchado, me he justificado y, cuando no he podido resistir más, me he echado a llorar.

Por más que me lo echen en cara mis hijos, nunca más volveré a ser la que fui. Todo se desgasta, y también mi actitud maternal y apasionada con la familia se ha desgastado. No puedo y no quiero sufrir más contemplando sus debilidades, sus defectos, sus vidas fracasadas. Me resulta más fácil tratar con extraños, necesito relaciones nuevas, más sustanciosas y tranquilas; ¡las relaciones familiares ya me han producido demasiado *dolor*!

También me han criticado por Serguéi Ivánovich. ¡Que digan lo que quieran! Lo que me ha dado este hombre ha aportado riqueza y alegría a mi vida; él me ha abierto la puerta al mundo de la música, en el que empecé a hallar alegría y consuelo únicamente después de oírle tocar. Con su música me despertó a la vida, una vida que tras la muerte de Vánechka me había abandonado por completo. Su dulce y alegre presencia fue un bálsamo para mi espíritu. Incluso ahora, cada vez que le veo, alcanzo el sosiego, mi alma se siente en paz. ¡Y todos piensan que estoy enamorada! ¡Con qué facilidad trivializan nuestra relación! Ya soy una mujer vieja, de modo que tales palabras y pensamientos resultan impropios.

Después de tomar el té, he salido a pasear con Lev Nikoláievich, Seriozha, Tania, Sasha y las institutrices. Lev Nikoláievich hablaba con Seriozha en un tono desagradable, crispado, sobre el significado de la ciencia. Me he alejado de ellos, no soporto ese tono, que amenaza con convertir en cualquier momento la conversación en una dura discusión o incluso en una pelea. Pero Seriozha ha sido discreto y todo ha acabado bien. Cuando hemos llegado estaba oscuro, los hombres han jugado al ajedrez, yo he leído un poco, porque me había pasado copiando todo el día.

Ha empezado a hacer frío, soplaba el viento del norte, hasta el atardecer no se ha despejado. En cualquier caso, nos hemos bañado. No me apetece nada tocar y los días se me hacen muy aburridos. He cortado el pelo a mis nietos, he estado con ellos de acá para allá hasta la noche; son muy ricos, pero no llevo muy dentro el sentimiento de *abuela*. De nuevo tendría que descender a la tierra, compartir con los niños sus intereses terrenales, pero yo ya me he retirado, a mí la vida

infantil ha dejado de interesarme. ¡Ya he tenido bastante!

8 de agosto. Masha ha caído enferma, Rúdnev piensa que es tifus. He recibido la noticia con un inmenso dolor en el corazón; tengo un nudo en la garganta y las lágrimas, esas lágrimas tan familiares y terribles que nacen de la preocupación y el miedo, siempre están al acecho. Masha no ha dejado de soñar con Vánechka y puede que sea él quien la está llamando para librarla de la dura, infeliz y complicada vida de casada al lado de ese flemático de Kolia. Hasta su matrimonio Masha llevó una vida buena, útil y abnegada, pero sabe Dios lo que le deparará el porvenir. Personalmente me da una pena terrible, pues desde que salió de la familia ha sido una mujer muy desgraciada. Y sin querer me ha venido a la cabeza la muerte de Sasha Filosófova, también por tifus, y ha sido aún más doloroso.

La casa está repleta de invitados. Llegaron los Maklakov: Masha y Nikolái[302], las dos hermanas Stajóvich, las dos Natashas: Obolénskaia y Kolokóltseva. Después Ginzburg, Goldenweiser[303], Kasatkin[304]. Había veinte personas sentadas a la mesa. Por separado son todos muy agradables, y es una pena que se hayan juntado tantos de una vez. Ni paseos ni armonía, nada de trabajar ni copiar; ¡vaya un tumulto! Me han vuelto a hacer una escultura, he vuelto a sacar copias de las fotografías y me he bañado, pero las verdaderas *ocupaciones* las tengo abandonadas, hay algo que se ha marchado para no volver, algo que se ha roto en mi vida y ha tomado el camino equivocado.

Ayer me dejé el diario encima de la mesa: Lev Nikoláievich volvió a leerlo y encontró algo que le disgustó. ¿Y por qué habría de disgustarse? ¡No he amado a nadie en el mundo tanto y durante tanto tiempo como a él!

Hemos recibido un telegrama de Lombroso[305], el sabio antropólogo, que ha venido a Moscú para una convención médica y quiere visitar a Lev Nikoláievich.

Ginzburg también está esculpiendo a Lev Nikoláievich, y aprovechan la sesión para leer su artículo *Sobre el arte*[306]. Está muy bien que en su artículo Lev Nikoláievich arremeta contra la moderna corriente de los decadentistas. Hay que frenar esta corriente artística ruin y absurda. Y quién mejor que él para hacerlo.

16 de agosto. La vida se hace cada vez más difícil. Masha continúa encontrándose mal. Hoy me he levantado completamente perdida, me he pasado toda la noche, hasta las cinco de la mañana, de pie junto a su cama. No ha dejado de delirar en toda la madrugada. A las cinco de

la mañana me fui a mi cuarto, y no me podía dormir. De todas partes llegan noticias desagradables. Tania se marchó a Tula a encontrarse con Sujotin; se alojó en el mismo hotel que él y viajaron juntos en tren. Ni por un instante, desde mi punto de vista, ha renunciado a la idea de casarse con él. Misha no se ha marchado a Moscú, donde le espera su tutor; no estudia y es evidente que no va a aprobar el examen. En vez de estudiar, se dedica a deambular por el pueblo con el acordeón hasta las dos de la mañana, acompañado de otros chicos y del majadero de Mitia Diákov[307], que no abre la boca. Esta mañana ha llegado Andriusha, que se va a quedar por aquí quince días. Tiene intención de ir a visitar a Iliá a Samara, lo cual está bien. Lo más difícil es la relación con Lev Nikoláievich. No se puede hablar de nada con él, no hay forma de complacerle. Ayer vino Boulanger, y estuve comentándole que sería bueno revisar el artículo de Lev Nikoláievich *Sobre el arte* desde la perspectiva de la censura, excluir todo lo inapropiado, que no es mucho, y publicarlo al mismo tiempo en *El Intermediario* y como volumen XV de las *Obras completas*. No me decidía a pedírselo yo, tenía mucho miedo del tono de enfado casi permanente con el que Lev Nikoláievich se dirige a mí y prácticamente a todo aquel que se atreve a llevarle la contraria.

Boulanger lo discutió con él y dijo que Lev Nikoláievich estaba de acuerdo. Pero, cuando fui yo la que sacó el tema, Lev Nikoláievich se enfureció y dijo que Chertkov le había pedido que no saliera ninguna obra suya hasta que no se publicara en inglés. Ese dichoso Chertkov sabe cómo mantener su poder sobre Lev Nikoláievich, incluso desde Inglaterra.[308]

Hoy hemos hablado de Tania. Lev Nikoláievich dice que tenemos que guardarnos lo que pensamos para no equivocarnos en los consejos que podamos darle ni en los deseos que podamos tener con respecto a ella. Yo le he replicado que no se le puede mentir, que hay que decirle sin falta lo que pensamos, aun a riesgo de equivocarnos, y que no podemos dejar de ser honrados por prudencia. No sé quién de los dos tiene razón, puede incluso que él, pero no se trata de tener o no razón, sino de que resulta imposible conversar sin acabar discutiendo.

Hoy, cuando salía de su despacho, Lev Nikoláievich ha abordado a Misha y les ha soltado, a Mitia Diákov y a él, una sarta de crueldades que, por otra parte, se tenían bien merecidas. Pero ¿a qué ha venido eso? Habría bastado con que esta mañana le hubiera dicho a Misha con calma y firmeza que se fuera a Moscú y no abandonara la idea de prepararse para el examen. Su reprimenda despertó también la cólera de sus hijos; comentaron que su padre no hacía más que regañarles, que nunca mostraba preocupación ni interés por ellos, que de él nunca recibían consejos, sino únicamente rencor. Dijeron que sólo a su madre le reconocían el derecho a reprenderles, por ser la única que se

preocupaba por ellos. Es cierto que me he preocupado por ellos, pero ¿he hecho algo concreto? ¿He conseguido alguna cosa? ¡No he sido capaz de nada! Andriusha hoy por hoy es un completo fracaso, y Misha carece de voluntad. ¡A saber cómo acabará! Ay, qué triste es todo, qué triste…

Liova y Dora[309] se están instalando, están desempaquetando. A la pobre Dora le cuesta vivir en un país extranjero y en una familia tan lúgubre como la nuestra. A menudo pienso en la idea de huir a alguna parte, ¡estoy cansada, terriblemente cansada de la vida! Está visto que hay que soportar el peso del trabajo constante hasta el fin de nuestros días. Tendría que volver a copiar para Lev Nikoláievich, pero aún no puedo hacerlo: tengo la extraña sensación de que toda la vida me ha tenido esclavizada y nunca se ha preocupado especialmente por mí ni por los niños y, lo que es más importante, de que continúa esclavizándome, y a mí ya no me quedan fuerzas para trabajar y hacer todo lo que está en mi mano para servirle.

He pasado la noche en vela junto a Masha y, a pesar de ello, he copiado todo el capítulo cinco. Siempre trabajo por dos.

Ha caído una llovizna, pero el aire es denso y muy caliente. Estoy leyendo poco a poco a Taine[310]. Ya había empezado a leerlo antes, pero Lev Nikoláievich necesitaba sus libros y los metió no sé dónde; ahora que los he encontrado los voy a terminar. Hace una buena definición del arte: «*L'art a pour but de manifester le caractère capital, quelque qualité saillante et notable, un point de vue important, une manière d'être principale de l'objet*».[311]

Lev Nikoláievich no elogia a Taine.[312] Quien me lo recomendó leer fue Serguéi Ivánovich.

31 de agosto. La tristeza no nos abandona, nada nos sale bien. Misha tiene que repetir sexto curso, Andriusha ha vuelto a hacerme una escena en Moscú, y el pobre se marchó después, con lágrimas en los ojos, a casa de los Gruzinski[313], acompañado de Misha. Me dio la impresión de que estaba algo achispado: lo que más me extrañó fue la facilidad con que pasaba de la más absoluta brusquedad a la más absoluta dulzura. Me angustió la reacción de Misha ante su propio fracaso. No le afectó lo más mínimo, se fue directo al jardín con Andriusha, Mitia Diákov y Borís Nagórnov[314] y se pusieron a cantar a voz en grito, de forma torpe y zafia. Mis hijos no son en absoluto como habríamos deseado: me habría gustado que tuvieran una educación, sentido del deber e inclinación por las artes. Lev Nikoláievich quería que desempeñaran un trabajo duro, que vivieran como la gente sencilla, y ambos deseábamos inculcarles elevados principios morales. ¡Y no hemos conseguido nada! Cansada,

atormentada y afligida, llegué anteayer por la mañana a Yásnaia Poliana. Lev Nikoláievich salió a recibirme no muy lejos de casa, se sentó a mi lado en el carruaje y me preguntó varias veces por los niños. ¡Eso es siempre tan doloroso para mí! La casa estaba atestada de invitados: Dunáiev, Dubenski[315] y su mujer (Tsurikova)[316], Rostóvtsev[317], Serguéienko[318]. Todas las habitaciones ocupadas, ajetreo, conversaciones. Me resultó agotador. Todos estos señores esperan conseguir algo de Lev Nikoláievich, y ahora él ha decidido escribir una carta abierta para publicarla en el extranjero.[319] El caso es que Nobel, un comerciante de queroseno sueco,[320] escribió en su testamento que dejaría toda su millonaria fortuna a aquel que más hiciera en favor de la paz (*la paix*) y, en consecuencia, en contra de la guerra. Por este motivo se celebró un consejo en Suecia donde se decidió que Vereshchaguin[321] había manifestado con sus cuadros una protesta contra la guerra. Pero después se probó que Vereshchaguin no había expresado semejante protesta en virtud de sus principios, sino de forma casual. Entonces comunicaron que era Lev Nikoláievich quien merecía esta herencia. Claro está que Lev Nikoláievich no iba a aceptar el dinero, pero escribió una carta en la que expuso que los que más habían hecho por la paz eran los *dujobory*, por haber objetado al servicio militar y haber padecido por ello tantas crueldades.[322]

Yo no tenía nada en contra de la carta, pero resultó que en ella Lev Nikoláievich reprende con rudeza y en tono desafiante al gobierno ruso, y lo hace sin acierto, sin venir a cuento, únicamente por su afán de provocar. Me disgustó mucho esa carta, era justo lo que les faltaba a mis nervios para hundirme en la desesperación, echarme a llorar y reprocharle a Lev Nikoláievich que se expusiera de tal modo, irritando al gobierno sin necesidad. Hasta quise marcharme, porque ya no puedo seguir viviendo con tantos nervios, con tantas dificultades, sometida a la continua amenaza de que Lev Nikoláievich escriba algo temerario y dañino contra el gobierno, y nos veamos deportados.

Mi desesperación le conmovió y prometió no enviar la carta. Hoy ha vuelto a decidir que la enviará, pero suavizada. De pronto, me resultó indiferente lo que hiciera, supongo que se trata de un mecanismo de defensa: una no puede pasarse todas las noches en vela, como me pasé yo la de ayer; una no puede llorar y lamentarse eternamente. Nos asola la desgracia. Estuvo por aquí Iliusha. Hubo un incendio en su casa y, claro está, esperaba que le ayudara. Estoy abrumada por los pagos, acabo de ingresarle mil trescientos rublos y en invierno necesitará que le ingrese otro tanto. No me pidió dinero, únicamente insinuó que estaba muy mal. Al final le dijo a Liova: «En primavera le pedí a mamá mil rublos y no me los dio -(pero yo ya le había dado dos mil quinientos en invierno)-, todas mis cosas han ardido y, como no tenía contratado ningún seguro, no obtendré

compensación alguna». Liova le contestó: «Has sido tú quien ha sufrido ese incendio, y una vez más mamá tiene que cargar con las culpas; eso no es justo». Y se marchó. Entonces le recordé a Iliusha que tanto Seriozha como él, en vista de lo desagradable que es tener que estar siempre pidiendo dinero a su madre, habían decidido que les ingresara, de forma regular y sin decir nada, dos mil rublos anuales para pagar la hipoteca de la hacienda, y que él se había mostrado totalmente conforme con el trato.

Pero me ha reprochado que no le entregara el dinero en mano, diciéndome que, en vez de dárselo al banco, sería mejor que se lo diera a él. Entonces, lamentablemente, me enfadé de un modo terrible: hasta le llegué a decir que era una bajeza eso de pedir un día que el pago se realice a través del banco y después protestar por ello. Me dio una vergüenza y una pena horrible que discutiéramos por un dinero del que no me preocupa en absoluto desprenderme, pero del que no dispongo en este momento.

15 de septiembre. Me he levantado tarde, he atendido a los quehaceres de la casa. Había que fijar los marcos de las ventanas, fregar los suelos y las puertas, quitar el polvo a los muebles y a los colchones; después, ha habido que poner a marinar las setas y las uvas, y no sé cuántas cosas más. Era imposible hacer nada en casa con tanto ajetreo: jornaleros, pintores, enceradores y, a la cabeza de todos ellos, la niñera Anna Stepánovna. Después he ido al dentista, aparentemente me ha dejado los dientes muy bien, pero me roza en el labio y me duele mucho, así que no me queda más remedio que volver. ¡Qué tedioso resulta todo esto! Al llegar a casa me he enterado de que Serguéi Ivánovich ha vuelto a venir a visitarme y no me ha encontrado. Y la noticia me ha emocionado una vez más, y he sentido deseos de encontrarme con él. Fui a visitar al príncipe Urúsov en su palacio, pero por desgracia ya se había marchado a la aldea. También pasé por Koniushki, para averiguar si habían llegado Várenka o Masha Kolokóltseva, pero no había nadie. Necesitaba la compañía de alguien cercano. Sobre las ocho de la tarde ha llegado Serguéi Ivánovich. Hemos pasado la velada los dos solos, porque Misha había almorzado conmigo y por la tarde se fue a casa de Diákov. Es una pena que Lev Nikoláievich me hostigue a cuento de Serguéi Ivánovich. ¡Con lo hermosa y profunda que es nuestra relación! Siempre estamos serios, tranquilos; hoy hemos pasado toda la tarde hablando sin parar de arte, de música, de lo que escribe Lev Nikoláievich, que a él le fascina; sobre cómo habíamos pasado el verano, sobre lo complicada que es la vida en general, y sobre cómo al llegar la vejez todo se hace más estrecho, y la infinitud que se extiende ante nosotros cuando somos

jóvenes -infinitud en los objetivos, en el logro de éstos, en la fuerza intelectual y física, en la posibilidad de adquirir una formación, etcétera-desaparece después, y en su lugar se erige un muro, el límite de las fuerzas y de la vida.

Y entonces hay que trasladar la infinitud más allá del límite de *esta* vida, y entrar en el territorio de la vida *futura*. Yo ya lo he hecho, aunque en un grado ínfimo. Dios me ayude a ser capaz de desarrollar en mí la aspiración a la infinitud espiritual y religiosa, a la infinitud de ultratumba (*l'infini*). Serguéi Ivánovich ha tocado para mí su magnífica sinfonía y me ha emocionado mucho. Es una composición maravillosa, y su música posee un elevado y noble estilo.

10 de diciembre. Llevo diez días sin escribir mi diario. ¿Qué ha pasado? Es difícil recopilar todos los acontecimientos, especialmente cuando todo ha sido tan doloroso, y otros muchos sucesos nuevos y difíciles se me han revelado. Intentaré recordar cada detalle.

El 2 de diciembre estuve en el concierto «Velada de Beethoven». Auer[323] y D'Albert[324] interpretaron al violín cuatro sonatas. Experimenté un placer absoluto, y mi alma se apaciguó por un instante. Pero al día siguiente vi en los periódicos un anuncio de *El Mensajero del Norte* sobre un artículo de Lev Nikoláievich.[325] Además, Tania discutió conmigo, reprochándome mi supuesta relación con Serguéi Ivánovich, a quien, sin embargo, llevo un mes entero sin ver. Me ofendió profundamente. Mi familia siempre se las ingenia para que yo, sin tener ninguna culpa, aparezca como culpable; basta para ello con que no les sirva como una esclava ni me someta a su voluntad, como he hecho toda mi vida, sino que elija en cierto modo mi propio camino. Es lo que ha pasado ahora, al decidirme por las clases de música. ¡Ésa ha sido toda mi culpa!

Al día siguiente recibimos un telegrama de Dora y Liova en el que nos comunicaban su venida. De Lev Nikoláievich, nada. Si no venía a verme, según me confesó más tarde, fue por celos de Serguéi Ivánovich (qué *celos* puede tener, a nuestros años; será más bien envidia de que me atraiga un nuevo arte, además del suyo, el literario, y, a través de ese arte, un hombre distinto de él).

Esperaba con tanta impaciencia a Lev Nikoláievich, estaba tan dispuesta a escribirle, a servirle por todos los medios, a amarle, a no causarle un solo disgusto, incluso a no ver a Serguéi Ivánovich si tanto daño le hacía, que la noticia de que, un mes después de nuestra separación, no sólo no volvía conmigo, sino que incluso iba a publicar un artículo en *El Mensajero del Norte*, me sumió en un estado de extrema desesperación. Preparé mis cosas y decidí marcharme a algún lugar. Cuando me subí al carruaje aún no sabía adónde dirigirme.

Llegué a la estación, quería viajar a San Petersburgo para quitarle el artículo a la Gurévich, pero recapacité y me fui al monasterio de la Trinidad. Al atardecer me encontré sola, sentada en la mugrienta habitación de una hospedería a la luz de una vela, como petrificada, sufriendo toda la amargura de los reproches que guardaba para mi marido, que se mostraba indiferente a mi vida y a mi amor. Trataba de consolarme pensando que, cuando uno está cerca de los setenta años, ya no puede sentir con la misma pasión; pero, entonces, ¿a qué venían las mentiras, las relaciones con otras mujeres y el artículo en *El Mensajero del Norte*? Me parecía que iba a volverme loca.

Cuando me acosté y me quedé dormida, me despertaron las voces de Tania y de la niñera, y unos golpes en la puerta. Por alguna razón, Tania había adivinado que me había marchado precisamente al monasterio de la Trinidad, le entró la preocupación y decidió salir en mi busca. Me sentí muy conmovida, pero mi estado de desesperación no cambió. Tania me comunicó que Dora y Liova habían llegado, y que Lev Nikoláievich lo haría al día siguiente. La noticia me dejó impasible. Hacía demasiado tiempo que sufría esperándole, y en ese preciso momento algo volvió a quebrarse en mi interior y yo empecé a sentir una indiferencia malsana a todo.

Tania se marchó y yo me fui a misa. Me pasé todo el día (nueve horas) en la iglesia. Recé fervientemente para no incurrir en el pecado de suicidio o en la venganza por todo el dolor que me había causado incesantemente mi marido. Rezaba por la reconciliación, por un milagro que convirtiera las relaciones con mi marido en unas relaciones totalmente sinceras, amorosas, auténticas. Rezaba por la curación de mi alma enferma.

Mi confesión se dirigía únicamente a Dios, dado que el *stárets* Fiódor, un monje asceta, estaba tan decrépito que ni siquiera entendía mis palabras, y sollozaba a cada instante de nerviosismo y debilidad. Había algo profundamente misterioso y poético en el ayuno, en los pasadizos de piedra, en las celdas, en la gente sencilla, en los monjes que deambulaban por todas partes, en sus oraciones, en el largo oficio y en la completa soledad que sentía en medio de aquella multitud de fieles para los que yo era una desconocida. Al atardecer, cuando regresé, estuve leyendo con detenimiento los preceptos y las oraciones en el libro que había en la hospedería. A la mañana siguiente comulgué en la iglesia del Refectorio. Se celebraba una festividad en honor del soberano[326] (era el 6 de diciembre), y habían preparado una espléndida comida en el monasterio: cuatro platos de pescado, cerveza, miel. La vajilla consistía en platos y jarras de estaño; las mesas estaban cubiertas de manteles; unas novicias servían el almuerzo ataviadas con delantales blancos.

Después de la rogativa salí a dar un paseo por el santuario. Una

gitana me abordó en la plaza: «Hay un hombre rubio que está enamorado de ti, pero no se atreve a declararse; eres una dama distinguida, de alta posición, avanzada, culta, y él no es de tu clase… Dame un rublo y seis *grivny*[327] y lo hechizaré: sígueme, todos conocen a María Ivánovna y saben dónde está mi casa. Con ese hechizo, te amará como si fuera tu marido»…

Me inquieté tanto que hasta quise pagarle por aquel hechizo. Pero cuando regresé a casa me persigné y comprendí que habría sido una tontería y un pecado.

De vuelta en la habitación me puse muy triste. El telegrama que esperaba de Tania, anunciando el regreso de Lev Nikoláievich, no había llegado. Comí algo, me dirigí a la oficina de telégrafos y allí estaban los dos telegramas que no había recibido: uno de Tania, y otro, largo y conmovedor, de Lev Nikoláievich en el que me pedía que volviera a casa.[328]

Me dirigí sin demora a la estación.

Al llegar a casa, Lev Nikoláievich me recibió en el vestíbulo con lágrimas en los ojos. Nos arrojamos el uno en los brazos del otro. Aceptó (ya había hecho referencia a la cuestión, por telegrama, a través de Tania) no publicar el artículo en *El Mensajero del Norte*, y yo le prometí, con total sinceridad, evitar cualquier encuentro con Serguéi Ivánovich, y servirle sólo a él y cuidarle, y hacer todo lo que estuviera en mi mano por su felicidad y su tranquilidad.

Estuvimos tan bien así hablando, me resultó tan fácil explicarle todo, le amaba con tanta fuerza y pasión y estaba tan dispuesta a seguir amándole…

Pero hoy decía en su diario que yo *había reconocido mi culpa* por primera vez, ¡lo cual le alegraba mucho![329] ¡Dios mío! ¡Ayúdame a soportar esto! ¡Una vez más él tiene que quedar ante las generaciones futuras como un *mártir* y yo como la *culpable* de todo! ¿Y en qué consiste mi *culpa*? A Lev Nikoláievich le molestó que, el mes pasado, yo fuera con el tío Kostia a visitar a Serguéi Ivánovich, que estaba guardando cama porque tenía una pierna mala. Ésta es la razón de que se enfadara tanto, se negara a venir a Moscú y me considere *culpable*.

Cuando le hice ver que, considerando la vida pura e inocente que había llevado todos estos años a su lado, bien podría perdonarme la visita, en compañía, además, de nuestro anciano tío, a un amigo enfermo, a Lev Nikoláievich se le saltaron las lágrimas y dijo: «Tienes mucha razón: tu vida ha sido pura e intachable». ¡Pero nadie le ha visto derramar una sola lágrima, enternecido, nadie conoce nuestra vida, y en su diario sólo se habla de mi *culpa*! Dios le perdone su crueldad y su injusticia conmigo.

Cada día tenemos invitados; todo resulta tedioso, vano. Liova en

Moscú no está de buen humor. Ayer fuimos al Teatro Maly para complacer a Liova y a Dora. Representaban *El gentleman*, del príncipe Sumbátov[330]. Hoy viene a comer Beaunier[331], corresponsal de los periódicos franceses *Temps* y *Débats*. No hay ocasión de tocar el piano. Copio sin descanso para Lev Nikoláievich, corrijo las pruebas y me esfuerzo en serle útil.

Ayer por la noche tuve una terrible neuralgia…

25 de diciembre. ¿Será posible que lleve cuatro días sin escribir mi diario? Han pasado muchas cosas en estos días. Anteayer Lev Nikoláievich fue a la estación Nikoláievski: quería ver, antes de que se marcharan, al inglés Saint John[332] y a Sulerżycki[333], que llevaban el dinero donado a los *dujobory* para entregárselo. No dio con ellos, estaba terriblemente cansado, volvió andando a casa, congelado, se acostó, y a mi regreso me lo encontré ya enfermo. Tenía treinta y ocho y medio de fiebre, una hora después treinta y nueve con cuatro y una hora más tarde cuarenta con dos. A esto se sumó que la víspera Lev Nikoláievich había estado en los baños. El caso es que cayó enfermo. Yo misma fui a buscar un médico, traje al joven Úsov[334]. Lev Nikoláievich no se opuso al examen, se dejó auscultar y todo lo demás. Le recetó Ems, como siempre, fricciones calientes en todo el cuerpo y más calientes aún en el vientre. Tiene afectados el intestino, el hígado y el estómago. Había cogido frío por sudar excesivamente trabajando. Yo hice todo lo que estaba en mi mano y ayer ya se encontraba mejor: tenía treinta y ocho con seis de fiebre, y hoy tiene treinta y siete y medio. Aún está débil, pero la enfermedad ya ha remitido. Ha comido, a las tres le he llevado el agua de Ems y a las tres y media una sopa de avena, un puré. Me ha dicho: «Qué lista eres, cómo has adivinado que me vendría bien una sopa; estaba un poco débil». Después ha comido con los demás; éramos pocos: Seriozha, Tania, Sasha y nosotros dos, los más ancianos. También nos acompañaban Sasha Behrs y *mademoiselle* Aubert. El ambiente era amistoso, agradable, tranquilo. ¡El pobre Seriozha está tan triste en esta época! Antes de comer, los niños han estado patinando y viendo los animales del jardín zoológico; Lev Nikoláievich dormía; yo tocaba el piano, ejercitándome con aplicación.

Hemos recibido una carta anónima. La copio a continuación:

> ¡Conde Lev Nikoláievich!
>
> No cabe duda de que su secta está creciendo y echando profundas raíces. A pesar de lo ilegítima que pueda llegar a ser, con la ayuda del diablo y gracias a la estupidez de la gente, ha logrado ofender por completo a Nuestro Señor Jesucristo, a

quien debemos vengar. Para combatirla desde la clandestinidad, hemos creado la sociedad secreta de los Segundos Cruzados, cuyo objetivo es darle muerte a usted y a todos los cabecillas de su secta. Somos conscientes de que nuestra causa no es cristiana, pero ¡que el Señor nos perdone y nos juzgue en la tumba! Por mucho que a uno le dé pena perder su mano, cuando está infectada por la gangrena no le queda más remedio que sacrificarla. También nosotros sentimos pena por usted, como hermano en Cristo que es, ¡pero aniquilándole debilitaremos al mal! Soy indigno de la suerte que ha recaído sobre mí: ¡soy yo quien debe matarle! Le señalo esta fecha: el día 3 de abril de 1898. Siendo la mía una misión en nombre del Altísimo, lo hago así para que pueda usted prepararse para pasar a la otra vida.

Tal vez desee usted hacerme una pregunta lógica: ¿por qué nuestras acciones de propaganda se dirigen únicamente contra su secta? Lo cierto es que todas las sectas son una «abominación a los ojos de Dios», pero sus fundadores son unos pobres ignorantes. Nada que ver con su caso, conde. En segundo lugar, ¡es usted un enemigo de nuestro zar y de nuestra patria!… Así pues, hasta el «3 de abril».

EL SEGUNDO CRUZADO QUE GANÓ EL PRIMER SORTEO
Diciembre de 1897, Seló Sméloie

El sobre estaba lacrado, con las iniciales ES y la corona imperial. Sellado en Pávlograd el 20 de diciembre.

La carta me preocupa hasta tal punto que no puedo quitármela ni un minuto de la cabeza. Estoy pensando en informar de su existencia al gobernador de Yekaterinoslav y a su comisario de policía, Trépov, para que adopten alguna medida. Si quieren, podrán dar con estos individuos tan peligrosos.

Lev Nikoláievich no ha manifestado la menor preocupación, y dice que no hay que avisar de nada y que será lo que Dios quiera.

Por la tarde han venido los Kolokóltsev, Butenev[335], Vera Sévertseva[336]. Lev Nikoláievich tiene treinta y ocho y medio de fiebre y está débil.

1898

1 de enero. Lev Nikoláievich, Andriusha, Misha, Mitia Diákov, los chicos de los Danilevski y yo recibimos juntos el Año Nuevo. La mujer de Danilevski estaba enferma, así que sus hijos tuvieron que quedarse con nosotros. Nos lo pasamos muy bien, en un ambiente amigable y tranquilo. Bebimos champán ruso del Don, y Lev Nikoláievich tomó té con leche de almendras.

Esta mañana he estado tocando el piano mientras le echaba un ojo a Misha para asegurarme de que estudiase. Luego he ido a visitar a mi vieja tía Vera Shidlóvskaia y he departido con ella y con mis primas. También he ido a ver a los Istomin. Lev Nikoláievich y yo hemos comido solos. Todavía no está del todo recuperado, y no ha tomado más que una taza de sopa de champiñones con arroz, un poco de sémola con leche de almendras y café. Está aletargado y aburrido, porque no tiene costumbre de verse debilitado y enfermo. ¡Qué difícil va a ser para él cuando llegue el día en que pierda sus fuerzas y se convierta en una persona débil de verdad! ¡Tiene tal apetito de vida! Y eso que pronto cumplirá los setenta: en agosto de este año, es decir, dentro de seis meses. Ha estado leyendo a solas en su despacho del piso de arriba, y escribiendo algunas cartas; hoy ha ido a visitar a Rusánov, que está enfermo (y que le tiene auténtica veneración). En el sofá de su despacho suele repantingarse el caniche negro de Tania, regalo reciente de la condesa Zúbova. Hoy lo ha sacado a pasear.

Nuestra Masha llega mañana porque tiene consulta con el médico. Tania y Sasha siguen en el campo; probablemente vayan mañana a Yásnaia Poliana a ver a Liova y Dora. A mí también me gustaría ir a Yásnaia. ¡Cómo me gusta aquello, y cuántos buenos momentos he pasado allí!

3 de enero. Stásov[337], el escultor Ginzburg, un pintor joven y Vereshchaguin (un mal escritor) estuvieron aquí ayer por la mañana. Stásov se aprovechó de que tiene setenta y cuatro años para estrujarme y besarme, al tiempo que repetía «¡Ay, qué esbelta, qué rubicunda es usted!». Yo estaba muy incómoda; no podía quitármelo

de encima. Fuimos al salón de arriba y estuvimos charlando sobre el artículo de Lev Nikoláievich en torno al arte. En opinión de Stásov, L. N. lo había entendido todo al revés. No hacía falta que lo dijera: ¡qué manera de dar en el clavo!

L. N. y yo tuvimos una desagradable, aunque breve, pelea porque yo le reproché que la gente iba a tener que suscribirse por dos años a la revista *Cuestiones de Filosofía y Psicología* para leer su ensayo, que sale repartido entre los números de noviembre-diciembre y febrero-marzo, cuando yo podría haberlo sacado entre sus *Obras completas* y, de ese modo, cualquiera habría podido acceder a él por cincuenta kópeks. Entonces L. N. me gritó delante de todos: «¡No te lo voy a dar! ¡Se lo doy a todo el mundo! ¡No he parado de recibir críticas desde que empecé a publicar cosas a cambio de nada!».

Y nunca me da nada. Envió *Amo y criado* a *El Mensajero del Norte* a mis espaldas. También había enviado a hurtadillas su «Prefacio»[338], que después retiró, y ha puesto todo su empeño en impedir que me hiciera con su ensayo sobre el arte. ¡Que el Señor le perdone! Está en su derecho, son *sus* obras, *su* propiedad inalienable… pero no debería gritarme de esa manera.

Masha llegó ayer con Kolia. Sólo tiene ojos para su marido, apenas existimos para ella; y ella para nosotros tampoco mucho, la verdad. Me alegró verla; no me gusta que esté tan delgada, pero me alegra que viva entregada al amor, ¡se es tan feliz así! Durante mucho tiempo, yo también viví únicamente por y para el amor, sin saber de juicios ni de críticas. Ahora, por desgracia, tengo más experiencia, y son tantas las ilusiones que han quedado en el camino… Hubiera preferido seguir ciega y embobada hasta el fin de mis días. Lo que yo interpretaba como muestras de amor de mi marido no eran más que las urgencias -tan pronto transformadas en gestos huraños como inflamadas de celos- de su deseo, si bien con algunas ternuras ocasionales. Ahora mismo, me gustaría disfrutar de una amistad profunda y serena, viajar en compañía de un amigo tranquilo y cariñoso, la simpatía, la calma…

Ayer por la tarde estuve viendo la ópera *Sadko*[339]. Una ópera muy bonita y amena; la música en algunos momentos es preciosa, demuestra un gran talento. Aclamaron al autor con locura, la ovación fue colosal. A mí me gustó, pero habría disfrutado más de la música de haber tenido a mi lado, como tantas otras, un buen amigo, un amigo discreto: un marido.

Me paso el día haciendo y recibiendo continuas visitas, lo cual resulta agotador…

Por la tarde. Comieron con nosotros Stásov, Kasatkin, Ginzburg y Mathé[340], escultor el uno y grabador el otro. Después de comer, llegó

Múromtseva, ataviada con un vestido de terciopelo amarillo estampado, pero en estado de embriaguez, y a mí me produjo espanto, como siempre que veo a alguien en ese estado. Después vinieron Rimski-Kórsakov y su mujer, y Múromtseva se marchó.

Se discutió con pasión y vehemencia sobre el arte. Stásov no decía nada, L. N. gritaba y Rimski-Kórsakov se acaloró defendiendo la belleza en el arte y la importancia del progreso para comprenderlo. Todo eso lo aborda en su artículo. Nunca he estado de acuerdo con L. N. cuando reniega de la belleza y de la necesidad del desarrollo para la comprensión del arte. Los Kórsakov recordaron en varias ocasiones a Serguéi Ivánovich con el mismo respeto y amor que todos emplean para referirse a él, excepto mi atrabiliario marido. ¡El jaleo que ha armado al discutir! Siempre estoy temiendo que ofenda a alguien con sus brusquedades.

Este largo día de trato con la gente me ha dejado exhausta… Los pequeños están bailando en casa de los Luguinin.

13 de enero. Ayer era el santo de Tania, y desde temprano estuvimos preparando la *velada*. Tania invitó en primer lugar a quien ella quiso y luego yo añadí otros invitados. Hay ciertos *compromisos* sociales. Por la mañana estaba revisando unas tarjetas, todavía con el pelo revuelto y el gorro de dormir puesto, cuando entraron sin previo aviso Serguéi Ivánovich y Yusha Pomerántsev. No les había oído llegar, y me dio tal vergüenza que me puse coloradísima y me quedé sin habla. Había dado orden expresa de no dejar entrar a nadie, pero quién sabe por qué les hicieron pasar. Estuvieron allí sentados casi una hora, hablando de *Sadko* y de Rimski-Kórsakov, entre otras cosas. Cuando Serguéi Ivánovich se marchó, me sentí muy triste; para calmar a L. N. tendría que odiar a este hombre, o por lo menos tratarlo con distancia. Pero eso es imposible.

Durante la velada disfrutamos de las canciones de Múromtseva-Klimentova, de Stajóvich, de las interpretaciones de Igúmnov y Goldenweiser, de las delicias de la cena, del general, de las princesas, de las damiselas, y todos lo pasamos en grande, nadie se aburrió. No era fácil. L. N. jugó al *vint* con Stolypin, con mi hermano Sasha y con otros.

Hoy se han marchado Masha y Kolia.

16 de enero. Tania se va a San Petersburgo. Yo comenté que también me gustaría ir para asistir a unas óperas de Wagner, pero eso exasperó a Lev Nikoláievich y me lanzó tal catarata de reproches y de

referencias acerbas a mi disparatada afición a la música, a mi estupidez, mi ineptitud y demás que logró quitarme las ganas por completo.

Me he pasado el día haciendo números con el contable y ocupándome detenidamente de todos mis asuntos editoriales, familiares y domésticos, y ahora me encuentro agotada y me duele la cabeza. A última hora de la tarde Lev Nikoláievich y yo acompañamos a Marusia Maklakova[341] hasta su casa; mi hermano Stiopa y Dunáiev también vinieron con nosotros.

Han llegado Seriozha e Iliusha. Esta noche he tenido una dolorosa discusión con Lev Nikoláievich. Está cada vez más y más suspicaz, celoso y despótico. Le molesta cualquier cosa que haga por mi cuenta, cualquier diversión inocente, cada hora que paso al piano.

Hoy, Marusia Maklakova y nuestra Tania estuvieron mirando fotografías de algunos hombres, discutiendo si se casarían con ellos o no. Cuando llegaron al retrato de Lev Nikoláievich, exclamaron al unísono: «¡No, no, por nada del mundo!». Sí, es difícil vivir sometida a cualquier tipo de despotismo, pero ¡el despotismo de los celos es aterrador!

17 de enero. L. N. ha estado rezongando todo el día, suplicándome que lo «liberase» y lo dejase volver al campo; aquí él no me hace ninguna falta, la vida en Moscú lo está matando… Siempre a vueltas con lo mismo. El término «liberar» carece de sentido: ¡como si yo pudiese «retenerlo» aquí! Quise que viniera a Moscú porque me parece lo más lógico vivir junto a mi marido, y es agradable para mí, porque estoy acostumbrada a quererle y a ocuparme de él. He procurado por todos los medios que dejaran de atormentarle los celos, pero no he conseguido que confíe en mí. Si se fuera al campo, se torturaría más todavía; si nos fuéramos todos, ¿qué pasaría con Misha y con Sasha? ¿Y sus estudios? Cuántos quebraderos de cabeza… La apatía y la indiferencia de Lev Nikoláievich hacia la educación de sus hijos siempre me han dolido, y se lo he echado en cara con amargura. ¿Cuántos padres no sólo se ocupan de educar a sus hijos, sino que les mantienen gracias a su propio esfuerzo, como hizo mi padre con nosotros? Pero, para L. N., hasta tener que *vivir* con su familia es un crimen.

Por la mañana fui al banco y a hacer unas compras. El viento era espantoso, hacía seis bajo cero. Ha venido Iliusha a una exhibición canina y a cobrar un dinero; también Seriozha está aquí. Se ha marchado mi hermano Stiopa, pero ha venido a vernos Sonia Mamónova.

Mientras esperaba en el banco, estuve leyendo el periódico, y me

dejó desolada la noticia de la muerte de unos trabajadores por una explosión de gas en una mina en Makéievka, en la región de Járkov. La descripción de los entierros, el dolor de los familiares, los caballos muertos, los hombres mutilados, ¡algo espantoso! ¡Esos muertos que llevaron una dura vida de trabajo en las entrañas de la tierra; una vida sin luz, sin alegría, de sacrificio constante! Tanto como escriben y protestan por el caso Dreyfus en París. Me parece irrelevante en comparación con la catástrofe rusa.

26 de enero. He estado enferma estos últimos días. Empecé con una neuralgia en el lado derecho de la cabeza y luego tuve fiebre alta e irritación de garganta. Vino a verme el joven doctor Úsov; al principio temió que pudiera ser difteria, pero lo descartó después de examinarme. Estos médicos jóvenes son extraordinarios. Maliutin no aceptó que le pagásemos por tratar a Sasha, y ahora Úsov tampoco. Le he mandado en agradecimiento un ejemplar firmado de las obras de L. N. Como Tania todavía está en San Petersburgo, L. N. se ofreció, de forma enternecedora, a darme unas friegas en la garganta, cosa que hizo con tanto cuidado como torpeza. Mi enfermedad le tiene asustado, y de repente se le ve más viejo y apagado. ¡Qué amor raro el nuestro! Si me quedo en casa sentada, aburrida y atontada, copiando o leyendo, él es feliz. En el momento en que me animo, descubro algo nuevo que hacer o entablo amistad con alguien, se pone nervioso, después furioso, y empieza a maltratarme. ¡Y a mí me cuesta tanto reprimir mi natural espontaneidad!

Ayer, mientras guardaba cama, vinieron otros tres *molokane*[342] de Samara a ver a L. N., para pedirle cartas de recomendación que llevar consigo a San Petersburgo. Van hasta allí a interceder una vez más por sus hijos, que les fueron arrebatados por el gobierno y enviados a monasterios. ¡Esos pobres niños, y esas pobres madres! ¡Qué métodos tan brutales para convertir a la gente a la Ortodoxia! Así no lograrán convertirlos, más bien todo lo contrario.

Hoy ha llegado mi hermana Liza de San Petersburgo; me ha leído sus artículos sobre las tarifas, las finanzas, la comunidad campesina. ¡Cómo se le ocurrirá a una mujer ocuparse de semejantes asuntos! Pero el caso es que ella ha puesto todo su empeño en estudiar la situación financiera de Rusia y está en permanente contacto con el ministro Witte[343]. L. N. y Dunáiev han encontrado muchas de sus propuestas muy sensatas, sobre todo las relativas al sistema tarifario: no hace mucho que se introdujo en Rusia, pero ya ha demostrado su completa ineficacia.

Hoy me han invitado a una velada musical en casa de Múromtseva, pero no he podido acudir. El sábado ya me perdí un concierto de

música sinfónica; lo siento por la obertura *Egmont* de Beethoven. Le cedí mi entrada a Seriozha, me alegro de que disfrutara.

Ayer en la cama y hoy mismo he estado leyendo las pruebas de *Infancia*, que me conmueve profundamente cada vez que la leo. Me duele la espalda, me siento débil y me ronda de continuo la depresión.

Hace un momento, L. N. ha entrado a verme y me ha dicho: «Vengo a hacerte compañía un rato». Y me ha enseñado las dos pesas de siete libras que ha comprado hoy para sus ejercicios gimnásticos. Está muy apagado y no para de decir: «Ni que tuviera setenta años». Pero es que dentro de seis meses, esto es, en agosto, *tendrá* setenta años. Hoy ha estado patinando y ha retirado la nieve. Pero no puede desarrollar trabajo intelectual alguno, y eso le mortifica de un modo inimaginable.

30 de enero. Debo admitir que Serguéi Ivánovich ejerce una indudable influencia sobre mí. Hoy ha venido a verme; apenas estuvimos un rato a solas, hasta que aparecieron mi hermano Stiopa y mi hijo Seriozha, pero cuando se fue mis nervios se habían calmado y yo sentí una placidez que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. ¿Hay algo de malo en ello? Hablamos sobre todo de música, de sus composiciones y de la tesitura de las voces de alto, soprano y tenor. Nos explicó a Seriozha y a mí sus diferencias. Luego estuvimos hablando de cómo alivia la conciencia el ajustar cuentas con tus propios actos; y de lo difícil que resulta, cuando muere alguien cercano a nosotros, asumir el mal que le hicimos en vida. Se interesó con tanto afecto y simpatía por mi reciente enfermedad, por mis hijos, por lo que había estado haciendo últimamente, y todo con una amabilidad tan dulce y sencilla, que me hizo inmensamente feliz. Qué pena me da que Lev Nikoláievich esté demasiado celoso para tolerar nuestra amistad, o para permitirle a su familia y permitirse a sí mismo estrechar lazos con este hombre maravilloso e idealista. Seriozha estuvo muy amable con él, le trató con cordialidad y franqueza. Le admira, y le tendría verdadero aprecio si no fuera por su padre. Serguéi Ivánovich nos contó que estaba corrigiendo una ópera, que tenía en mente un nuevo cuarteto y que había enviado su sinfonía a San Petersburgo, donde la van a interpretar el 18 o el 20 de marzo. ¡Iría de buena gana!

Ha estado aquí la mujer de Stiopa; tiene un problema muy acusado de sordera. Yo he copiado para Lev Nikoláievich las nuevas correcciones que ha introducido en su artículo *Sobre el arte*; he tardado tres horas. Marusia Maklakova ha venido a comer; me leyó las pruebas de *Infancia*. Habían recibido la revista *El Manantial*, donde aparece un artículo de Liova titulado «Yasha Poliánov (Recuerdos de infancia)».

La lectura de esos recuerdos, redactados desde el punto de vista de mis hijos, me conmueve: me traen a la memoria aquella vida mía de trabajo abnegado, rodeada de los míos, y de servicio a mi marido, que consumió mi entera juventud. Pero no me gustaría *volver* a esos años. Hubo en mi juventud mucha *tristeza*, muchos aspectos *trágicos* en aquel espíritu de sacrificio, en aquella vida impersonal, cargada de tensiones, de esfuerzo y de amor, con una falta absoluta de preocupación por *mi* propia existencia, por mis alegrías juveniles, por alcanzar un momento de respiro… Por no hablar ya del desarrollo espiritual o de las satisfacciones de orden estético…

2 de febrero. Ayer nos acostamos tarde y yo apenas pude dormir. Hacía mucho que no sentía tal exaltación religiosa. Todos aquellos sentimientos que me invadieron tras la muerte de Vánechka volvieron a despertarse en mí y se adueñaron de mi alma. Fue como si hubiera descorrido una cortina y mirara atentamente a la luz: era un estado puro, espiritual, inmaterial, que anulaba cualquier preocupación terrenal. Y ese estado de ánimo me indujo a rezar, y el rezo me trajo consuelo.

Por la mañana estuve corrigiendo pruebas; más tarde fui a visitar a Ofrosímova (Stolypina de soltera) y me comunicaron que este pasado 31 de enero ha dado felizmente a luz a un hijo. Después me acerqué a ver a mi anciana tía Vera Shidlóvskaia y estuve un rato con ella. Los jóvenes Maklakov han venido a comer. Por la tarde, Tania, Sasha y Marusia acudieron a la representación de *Sadko*. Yo tenía ganas de tocar el piano, pero apareció Andriusha y me dio pena de él, así que estuvimos un rato charlando muy a gusto. Más tarde, cuando el pobre tuvo que volverse a Tver, a su regimiento, yo aún tuve ocasión de tocar durante hora y media. L. N. estuvo trabajando toda la mañana, por la tarde leyó una carta de los *dujobory* y un libro sobre Mary Urúsova, escrito por su madre.[344] Después ha escrito unas cartas, y ha disfrutado de la soledad.

He recibido cartas de Masha y Liova. Hace frío y viento, doce bajo cero.

3 de febrero. Hoy es el santo del ama de cría. Nos hemos estado evitando todo el día por miedo a prorrumpir en sollozos, como ya ocurrió el año pasado y el anterior, al recordar a Vánechka, que siempre estaba tan deseoso de «festejar» -como él decía-el santo de la niñera. Siempre me pedía que comprase una taza, unos pañuelos o unos dulces para ella. Me he pasado el día conteniendo mi pena y sin hablar de ello con nadie, aunque me estaba asfixiando, y sólo al caer

la tarde, sentada al piano, he podido desahogar mis emociones con esas piezas de música que aliviaron entonces mi dolor, cuando aquel hombre se me hizo tan querido al interpretarlas para mí.

Por la tarde se ha reunido el grupo de seguidores de Lev Nikoláievich: Gorbunov, Popov, Ménshikov, de San Petersburgo, y otros dos nuevos: uno es amigo de Boulanger, el otro no sé quién es. Gente taciturna. No hubo ninguna conversación interesante; hablaron de arte, se refirieron a algunos cuadros importantes. L. N. está resfriado. Por la mañana se dio cuenta, mientras revisaba las pruebas de *¿Qué es el arte?*, de que habían omitido algo. Primero fue a ver a Grot[345], después se dirigió a la redacción de la revista *Cuestiones de Filosofía y Psicología*, donde deshizo el entuerto.

8 de febrero. L. N. vuelve a quejarse de que se siente enfermo. Le duele toda la espalda, del cuello para abajo, y hoy ha tenido náuseas todo el día. ¡Lleva una dieta horrible! Hoy ha comido champiñones en escabeche, champiñones marinados y, dos veces, compota de fruta seca, todo lo cual le produce fermentación en el estómago (y no contiene nutrientes, de manera que le hace perder peso). Por la noche pidió una infusión de menta y apenas la probó. Está con el ánimo por los suelos. Hoy le he oído decir que su vida estaba llegando a término, que la máquina se había parado, que todo había acabado. Pero me doy cuenta de que su actitud ante la muerte es sumamente hostil. Hoy me ha recordado un poco a su tía Pelagueia, que murió en nuestra casa. También ella temía a la muerte, y se puso furiosa cuando comprendió que llegaba su hora. L. N., en realidad, no ha ido tan lejos, pero estoy segura de que su depresión y su indiferencia por todo y por todos se deben a que pensar en la muerte lo aterroriza. No ha salido en todo el día; por la mañana durmió un rato en su despacho, corrigió pruebas y leyó. Hace un rato, por la tarde, se reunió con Grot, el catedrático, que le ha traído las últimas pruebas de *¿Qué es el arte?* L. N. tenía ganas de jugar al *vint*, pero sigue con las náuseas y no ha podido.

Por la noche, cuando he entrado a verlo, estaba en compañía de varios extraños: un trabajador de la fábrica, un campesino y otro de sus *oscuros*. Éste es el muro que se ha alzado entre nosotros en los últimos años. Escuché por encima la conversación; el obrero estaba preguntando ingenuamente: «¿Y cuál es su opinión, L. N., sobre la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo?».

No le he visto el pelo a mi Misha en todo el día. Estoy muy disgustada con esto de que desaparezca de casa, pero un chico de dieciocho años se aburre entre viejos y trabajadores de la fábrica y añora la compañía de otros jóvenes. La gordita y gruñona Sasha es demasiado pequeña para él y no le interesa como camarada. ¡Qué

diferencia entre ella y nuestra Tania, que a su edad era ya tan sensible y tan lista!

12 de febrero. No he escrito nada en dos días. He estado muy atareada con las pruebas del artículo *¿Qué es el arte?* He cambiado de sitio algunas cosas y he retocado otras. También he terminado las correcciones de *Infancia y adolescencia*. Hace un par de días L. N. fue dando un paseo a ver a Rusánov, y estuvieron aquí sus sobrinas Liza Obolénskaia y Varia Nagórnova. El pintor Kasatkin nos trajo unos dibujos preciosos: las ilustraciones al Evangelio del artista francés Tissot[346]. Estuvimos examinando con Tania esos dibujos tan interesantes; son muy originales, resultan admirables desde el punto de vista etnográfico y están llenos de fantasía.

Ayer fui caminando a Kuznetski Most y, al volver, me encontré a L. N. patinando en el jardín. Me puse a toda prisa los patines y me uní a él. Pero, comparado con los estanques del Patriarca, nuestro jardín me pareció un sitio lóbrego y angosto para patinar. L. N. patina bien, con mucha soltura; desde hace tres días está mucho mejor de salud y más contento. Ayer iba yo camino de un concierto cuando, de pronto, me asaltó una vívida imagen de la pobreza campesina que se avecina tras las malas cosechas de las que todo el mundo habla en este momento. Lo vi con tanta nitidez como si lo tuviera delante de los ojos -niños suplicando comida a sus madres que no tienen qué darles, madres sufriendo de ver a sus hijos morir de hambre y ellas mismas no menos hambrientas-y el horror y la más inconsolable desesperación me consumieron… No hay nada que me aflija tanto como pensar en los niños que mueren de hambre. Cuando les daba el pecho a mis hijos, sufría si veía a uno hambriento, y desde entonces he sentido compasión no sólo por ellos sino por todos los niños del mundo.

Esta mañana he tenido un desagradable incidente con Misha. Había pasado fuera toda la noche, le reprendí, me contestó, yo perdí los nervios y él se marchó silbando. Entonces rompí a llorar, completamente fuera de mí, y le dije: «Haces llorar a tu madre y te pones a silbar, ¿es que no tienes corazón?». Se sintió avergonzado y me pidió perdón. Para tranquilizarme, me senté al piano y toqué la sonata *Patética* de Beethoven. Estuve hora y media tocando y practiqué con otra sonata. Entonces entró L. N. y empecé a contarle lo de Misha, pero no me hizo caso porque traía trabajo para mí: pasar a limpio nuevas correcciones de *¿Qué es el arte?*

Tardé dos horas. Después él llevó a la imprenta las páginas ya corregidas y yo me quedé con Vérochka preparando la habitación para Dora y Liova.

Después de comer estuve tocando un rato; llegaron Liova y Dora.

Estuvimos charlando, vino Grot, hablamos del artículo. No le ha gustado a nadie. Me sentí indignada cuando leí su condena de Beethoven. No hace mucho, leí la biografía de Beethoven y mi amor y admiración por su genio no hicieron sino aumentar. Pero siempre es así: mi aprecio por alguien en seguida despierta su aversión, incluso a los muertos. Recuerdo que, cuando leí a Séneca, dije que me había encantado, y él no tardó en afirmar que Séneca no era más que un romano estúpido y pomposo aficionado a las grandes frases. Más vale ocultar lo que una piensa.

A la pobre Tania no se la ve muy alegre; ha salido a patinar con Sasha, pero eso no ha servido para animarla. Seriozha se ha marchado a casa de los Olsúfiev, y le echo de menos; quiero mucho a este hijo.

Recibí una afectuosa carta de Andriusha. Yo ayer escribí a Masha, que hoy cumple veintisiete años. ¡Y pensar que es la *quinta* de mis hijos! Pero no me siento vieja; soy joven en todos los aspectos: mis ganas de trabajar, mi vulnerabilidad, mi capacidad de amar y sufrir, mi pasión por la música, mi afición al patinaje o las fiestas… Camino a paso ligero, estoy en forma; sólo mi rostro ha envejecido.

18 de febrero. Hoy es el santo de Liova y de Lev Nikoláievich, aunque L. N. no presta atención a las fechas especiales, menos aún a los santos. Le he regalado a Liova una espléndida silla de montar inglesa que adquirí en la tienda de Zimmerman, y me he pasado el día trabajando; he remendado y arreglado la camisa gris de franela de Lev Nikoláievich, luego he estado bordando encajes en la ropa blanca: mis viejas, bellas, estúpidas dedicaciones. Lo mejor cuando vienen tantos invitados es tener que hacer este tipo de labores, de lo contrario puedes acabar por deprimirte.

Tuvimos una comida familiar, con el tío Kostia Islavin y con Liza Obolénskaia y Varia Nagórnova, las sobrinas de Lev Nikoláievich. También estaban muchos de los chicos: Seriozha, Tania, Liova, Dora, Misha y Sasha. Me encantan estas celebraciones familiares.

Brindamos con champán del Don. Pero el día ha resultado un tanto vacío.

L. N. fue a la redacción a llevar las pruebas de *¿Qué es el arte?* Después estuvo corrigiendo un prólogo a un artículo de Carpenter[347] para *El Mensajero del Norte*.

Me quedé de piedra con lo que dijo ayer L. N. sobre la cuestión de la mujer. Proclamó, como siempre, que estaba en contra de la emancipación femenina y de la llamada «igualdad de derechos», pero fue más allá y afirmó que, al margen del trabajo al que una mujer pueda dedicarse -la enseñanza, la medicina, el arte-, ellas sólo servían

realmente para una cosa, y esa cosa era el sexo. Así que, lucharan por lo que lucharan, todos sus esfuerzos quedarían reducidos a cenizas.

Esto me produjo una enorme indignación, y le recriminé su actitud de perpetuo cinismo ante la mujer, que tanto me ha hecho sufrir. Le dije que la razón de que viera así a las mujeres era que no había tratado con una sola mujer decente antes de los treinta y cuatro años. Es justamente esta falta de compañerismo y de afinidad espiritual (que no de intimidad física), esta indiferencia a mis emociones y sentimientos, lo que me ha atormentado hasta el día de hoy. He ido adquiriendo una clara conciencia de ello a lo largo de los años; es algo que ha arruinado mi vida, me ha decepcionado y ha hecho que quiera menos a mi marido.

23 de febrero. El aniversario de la muerte de Vánechka: han pasado ya tres años. Nada más levantarme, fui a la iglesia y recé por mis hijos, parientes y amigos muertos. Había encargado una misa de réquiem. Luego fuimos a la maternidad a visitar a Masha, la mujer del cocinero, que a primera hora del día había tenido un bebé. Desde allí fui a ver a Zhiliáieva, la mujer de un propietario arruinado de Kursk, para saber qué tal se las arreglaba, pero no la encontré. Tiene un hijo extraordinariamente dotado para la música, alumno de Serguéi Ivánovich. Compré unas flores para poner junto al retrato de Vánechka, y rosquillas y miel para la niñera. Al volver a casa, me encontré a L. N. limpiando de nieve la pista de patinaje del jardín. Después se puso a patinar, y se cansó tanto que se quedó dormido a la hora de la comida, y tuvo que comer solo. Ha terminado ya la revisión de las pruebas, y no piensa volver a ocuparse de *El arte*. Está deseando empezar una obra nueva; la verdad es que tiene muchas cosas empezadas, pero a saber cómo terminarán.

Por la tarde L. N. ha jugado a las cartas, al *vint*, con el conde Olsúfiev, con mi hermano Sasha y con S. A. Filosófova. Hoy se han vuelto para su casa Sonia y Ánnochka. Ha venido Seriozha de Tula, sólo se queda aquí un día.

En el fondo de mi alma, ha sido un día triste, triste. Me acerqué a la iglesia, y de pronto los pájaros rompieron a cantar; habían construido sus nidos debajo del tejado, cerca de la puerta de la iglesia. Y el sol brillaba alegre; pese a la helada, era ya un sol primaveral. Me han venido a la cabeza las palabras de Lérmontov: «¡Y la naturaleza indiferente resplandecerá con su eterna belleza!»[348]. En efecto, indiferente, ajena a todo sentimiento humano, ajena a nuestros corazones confusos, exhaustos, pero en absoluto indiferentes.

7 de marzo. L. N. está apático y malhumorado. No puede trabajar; le agotan tantas visitas, a menudo de lo más inoportunas, pero, por más que le pido que se deshaga de ellas y disfrute de su tiempo libre, se niega tercamente a hacerme caso. Su *curiosidad* no conoce límites, lo que le lleva a recibir a quienquiera que venga a verlo, y además es un cabezota irremediable y le gusta contradecirme y desafiarme a la menor ocasión.

Hoy me ha quedado claro que todas las obras de L. N. de los últimos años constituyen un completo desafío, una absoluta *protesta*. Y, si protesta contra *toda* la humanidad, contra todo el orden establecido, ¿cómo no va a protestar contra mí, una débil mujer?

Vi a Serguéi Ivánovich en el concierto de Goldenweiser. Hoy ha llegado una nota suya: le pedía a L. N. la segunda parte de su artículo, para leerla en compañía de M. I. Chaikovski[349], a quien va a visitar próximamente en Klin[350].

Esta mañana, tuvimos una conversación muy desagradable. Quiere hacer numerosas adiciones a *¿Qué es el arte?*, pero yo temo que los censores aprovechen estas correcciones para parar de nuevo el libro, y yo pretendo imprimir treinta mil ejemplares. Una cosa llevó a la otra y en seguida empezamos a gritarnos. Yo lo acusé de privarme de mi libertad por no dejarme ir a San Petersburgo; él me echó en cara que comerciara con sus libros; yo me defendí alegando que ese dinero no era para mí, sino para sus hijos, a los que había abandonado y ni había educado ni enseñado a desempeñar un trabajo. También le dije que de ese dinero salían su caballo, sus espárragos, sus frutas, sus bicicletas, sus obras de caridad y todo lo demás, y que yo gastaba en mí misma menos que en nadie… Pero no habría dicho todo esto si él antes no me hubiese gritado que se me olvidaba que él podía *prohibirme* vender sus libros. «Muy bien -le dije-, prohíbemelo, estaré encantada de vivir de mi propio trabajo como profesora o correctora de pruebas o cualquier otra cosa parecida.» Me encanta trabajar, no *esta* vida que no va conmigo y que me ha sido impuesta, por pura inercia, para satisfacer a mi familia: mi marido y mis hijos.

He retratado a L. N. montando a caballo y después me he dedicado a hacer toda clase de fotografías. Le he cortado y le he arreglado unos vestidos a Sasha. Hoy he ido con S. A. Filosófova a visitar al anciano tío Kostia.

Según parece, *¿Qué es el arte?* ha sido aprobado por los censores eclesiásticos, que se han limitado a subrayar un par de cosas. L. N. y yo no hemos vuelto a discutir; de hecho, ambos estábamos profundamente arrepentidos y nos reconciliamos.

8 de marzo. Mientras tomábamos el té, L. N., Seriozha, Stiopa y yo

hemos hablado del temor a la muerte, en parte a propósito del artículo de Tokarski[351] *El temor a la muerte*, y en parte por el fallecimiento de Liza Olsúfieva[352]. Según L. N., existen cuatro clases de temor a la muerte: el temor al sufrimiento, el temor a las penas del infierno, el temor a la pérdida de las alegrías de la vida y el temor a la aniquilación. A mí apenas me afectan esos temores: tengo algo de miedo al sufrimiento, pero lo que más me asusta es *la fosa, la lápida, las tinieblas*… Adoro la luz, la pureza, la belleza. En cambio, la tumba es oscuridad y suciedad; la tierra y la deformidad del cadáver.

L. N. fue a caballo a ver a Grot, y luego se reunió con nosotros en los estanques del Patriarca. Está leyendo libros sobre el Cáucaso, pero no sé si estará escribiendo algo, y no me atrevo a preguntárselo.

Han permitido la publicación del artículo; tan sólo han recortado un par de páginas. S. Trubetskói[353] se ha tomado muchas molestias, y está indignado con la bajeza, las intrigas y la inclinación al soborno de los popes, censores eclesiásticos.

Hoy ha empezado el deshielo; la temperatura ronda los cero grados.

Estoy hecha un lío. Mi alma está dividida entre mi apasionado deseo de ir a San Petersburgo, por lo de Wagner y otros conciertos, y el temor de disgustar a Lev Nikoláievich y cargar con ello en mi conciencia. Anoche lloré ante esta dolorosa *falta de libertad*, que cada vez me resulta más opresiva. Materialmente, desde luego, soy libre: dispongo de dinero, caballos, vestidos… de todo. Soy libre para acostarme, sentarme, dar una vuelta. Soy libre para corregir pruebas, comprar manzanas para L. N., hacerle vestidos a Sasha y camisas a mi marido, sacarle fotografías desde cualquier ángulo imaginable, encargarme de la comida, llevar la casa; soy libre para comer, dormir, callar y someterme. Pero no lo soy para *pensar* lo que me plazca, para *amar* a quien yo elija, para ir y venir en función de mis propios intereses y placeres intelectuales; no lo soy para dedicarme a mi música, no lo soy para poner en la calle a todo ese inmenso gentío, inoportuno, aburrido y a menudo lleno de maldad, ni para invitar en su lugar a gente buena, inteligente, con talento, interesante. Pero en casa esas personas no interesan: hay que tratarlas con consideración, como a iguales, y aquí lo que gusta es avasallar y sermonear…

Y no soy feliz, llevo una vida difícil… No, ésa no es la palabra; no necesito *felicidad*, lo que necesito es una vida *plena* y *tranquila*, no esta existencia tormentosa, angustiosa, sin sentido.

14 de marzo. No me acuerdo de nada, sólo de largas noches sin dormir. Una de ellas estuve levantada hasta las cuatro y media de la madrugada, muy entretenida en copiar *Hadjí Murat* para L. N. Los

últimos días los he pasado o bien en casa trabajando y corrigiendo pruebas, o bien comprando ropa de verano. L. N. no para de escribir cartas, lo que le produce mucha tensión, y lee también mucho, especialmente recopilaciones sobre el Cáucaso que le ha proporcionado F. I. Máslov. He pasado tres de las últimas veladas de maneras tan diversas que, en medio de la aparente monotonía de mi vida familiar, parece asombroso que se pueda vivir una existencia interior cargada de significado. L. N. no había estado tan amable y afectuoso conmigo en mucho tiempo, hasta que el otro día su tono de voz cambió de repente. Yo estaba ocupadísima con las pruebas del volumen XV. Había trabajado todo el día sin parar y no le había prestado mucha atención. Seguí trabajando de noche, tomándome pequeños recesos (tenía que leerme doce páginas de imprenta), y, como sabía que el insomnio no iba a dejarme dormir de todas formas, le pedí a mi marido que se fuera a la cama sin mí. Luego me desvestí, me puse la bata y las zapatillas y le prometí que me acostaría sin hacer ruido en cuanto terminara. A L. N. le dio un berrinche: «Acuéstate -me dijo-, no hay más que hablar». En fin, el trabajo que tenía entre manos era urgente -debía enviarlo a la imprenta por la mañana-, así que no le hice el menor caso y continué trabajando. Pero él se levantó de la cama de un salto, se puso su batín, subió al piso de arriba y se encerró en su despacho. Yo seguí leyendo, sin darme ni cuenta de que se había ido. Hora y media después, reapareció y empezaron los gritos: me dijo que lo estaba torturando, le dolía la cabeza y quería dormir y yo se lo impedía. Escuché con paciencia, después fui al dormitorio (estaba sentada en el comedor, justo al lado) y me metí en la cama, dejando inacabada la última página. Pero sufrí un colapso nervioso. Tanto trabajo duro, tantas escenas desagradables, y, por encima de todo, la ingratitud de mi marido, me produjeron tal sentimiento de desesperación que noté unos espasmos terribles en el pecho y el corazón, y apenas alcancé a decir: «Me muero» en la oscuridad antes de empezar a asfixiarme. El corazón se me salía, el pecho me retumbaba y el terror se apoderó de mí, como si mi vida se acabara. Nunca había tenido un ataque semejante. Me eché agua fría en el pecho e hice enormes esfuerzos por controlarme, hasta que finalmente cesó el ataque. Lev Nikoláievich estaba fuera de sí y empezó a temblar y a sollozar… Ambos acabamos exhaustos y dormimos muy mal… ¡Por qué, Dios mío, por qué han de ocurrir estas cosas! Señor, ayúdame a cuidar de mi marido y a tener paciencia hasta el final… A la mañana siguiente me acerqué a él y le dije que sentía lo ocurrido. Él también se disculpó, y se restableció la paz. Pero ¿durará?

Ayer vino S. I. Tanéiev, y su presencia tuvo un inmediato efecto balsámico sobre mí. Es un hombre tan bueno, dulce, apacible, con

tanto talento. Tocó para nosotros su adorable sinfonía y le preguntó a Lev Nikoláievich qué le parecía. L. N. se tomó el asunto con gran consideración y seriedad, y finalmente expuso su opinión: a saber, que su sinfonía, como toda la música moderna, carecía por completo de consistencia, lo mismo la melodía que el ritmo y que la armonía. En cuanto conseguías seguir la melodía, se interrumpía; en el momento en que parecías hacerte con el ritmo, saltaba a otro diferente, de modo que nunca se colmaban tus expectativas. En cambio, ante una obra de arte genuina, sentías que no podía ser *de otra manera*; una cosa surgía de la anterior y te llevaba a pensar: «Sí, yo lo habría hecho exactamente igual». Serguéi Ivánovich escuchó con atención y respeto lo que le decía, aunque obviamente le mortificaba que a L. N. no le hubiese gustado. Hoy se va a San Petersburgo, donde una orquesta va a interpretar su sinfonía.

Ayer me levanté agotada tras nuestra pelea nocturna. De improviso, L. N. me trajo a mi nieto Misha, y me dio mucho gusto ver a esta criatura tan pura, dulce e inteligente. Pasé todo el día con él; lo llevé al zoológico, a la tienda de juguetes, a la pastelería y al Kremlin, y todo le maravillaba, aunque nada le sorprendía. Así que el día de ayer fue una recompensa de Dios por la desagradable escena nocturna con mi marido.

18 de marzo. Las cosas iban bien, nuestras relaciones eran cordiales. Hasta que hoy, leyendo las pruebas del prólogo de Lev Nikoláievich al artículo de Carpenter titulado *Ciencia contemporánea*, caí de pronto en la cuenta de que allí había algo extraño, de que estaba enteramente cambiado. Me asombró y me dolió. Cuando *El Mensajero del Norte* aceptó este artículo, le rogué a L. N. que me pasara las *últimas* pruebas, para que en el volumen XV se imprimiera la versión *definitiva*. Me encaré con él y le reproché, con palabras bastante suaves, que me hubiera engañado, y se puso hecho una furia. Esta pelea ha vuelto a abrir las viejas heridas y la situación me resulta completamente insoportable. Me había escondido estas pruebas definitivas sin ninguna consideración, atendiendo únicamente al interés de *El Mensajero del Norte*, para no retrasar su publicación. Apenas habría tardado un día en introducir estas correcciones en mi edición.

Muchos, muchos invitados esta noche: Bélskaia con su hija, Toliverova[354] con su hija, Maklakov y su hermana, Varia Nagórnova y Gorbunov. Toliverova, editora de la revista *El Juguetito*[355], quiere sacar un periódico que se llamará *La Causa Femenina*[356], y eso nos llevó a tratar de la causa feminista en general. L. N. dijo que, en vez de hablar de la opresión y la desigualdad de la mujer, habría que hablar de la

desigualdad de la *gente* en general. Y que, cuando es una mujer quien suscita esta cuestión, resulta inmodesto, impertinente y poco femenino. Creo que tiene razón. No es libertad lo que queremos las mujeres, sino *ayuda*. Ayuda, principalmente, para educar a nuestros hijos, para llevarlos por el buen camino, para lograr que sean valientes, independientes, trabajadores y honrados. Una madre no puede educar a sus hijos sola, y la razón de que nuestra joven generación no sea buena es que sus padres no lo son tampoco. Son demasiado perezosos para educar a sus hijos, y se entregarían con gusto a cualquier cosa que les permitiese zafarse de su más importante deber: formar a la siguiente generación, que les sucederá y continuará la obra humana.

2 de abril. ¡Han pasado dos semanas desde la última vez que escribí en mi diario! ¿Por qué pasará tan deprisa ahora la vida, casi sin que nos demos cuenta, como un sueño? Si yo fuera más normal, viviría una vida más consciente, más sustancial. Aunque después, andando el tiempo, al volver la vista atrás, como suele ocurrir, comprenderé todo el pasado y sabré valorarlo. Y, como también suele ocurrir, añoraré el pasado y me lamentaré de mi incapacidad para haber aprovechado mejor el tiempo. Y así, salvo raras excepciones, va transcurriendo toda nuestra vida, entre deseos y añoranzas.

Mañana es el día señalado en el anónimo para el asesinato de Lev Nikoláievich. Estoy preocupada, naturalmente, aunque no creo que vaya en serio. Han venido dos *dujobory* a ver a L. N.; campesinos robustos, fuertes de cuerpo y alma. Les hemos dicho que vayan a ver a Suvorin y al príncipe Ujtomski en San Petersburgo, para que estos dos influyentes editores de periódicos les den consejo y apoyo. Han prometido ayudarles, aunque es poco probable que lo hagan.

L. N. les está redactando una petición, dirigida al soberano, para que se les autorice a trasladarse al extranjero. A todos ellos: a los *dujobory* desterrados, a los llamados a filas y a los detenidos. Los dos *dujobory* están ahora sentados con L. N., acompañados por un joven trabajador fabril llamado Bulájov al que van a enviar, con la petición y trescientos rublos, a ver a Veriguin, su cabecilla desterrado.

Pasé cuatro días en San Petersburgo. Desde el otoño andaba con la idea fija de ir allí para escuchar la sinfonía de Tanéiev -quien varias veces la había tocado al piano para mí-en su versión orquestal. Pensaba que sería magnífica. También soñaba con oír algo de Wagner, ya que una compañía de ópera alemana estaba interpretándolo esta temporada en San Petersburgo. Al principio, L. N. se negó a dejarme ir, lo que me produjo depresión, insomnio y apatía. Finalmente me dio su permiso, pero el viaje resultó un fiasco. Llovió incesantemente, la

sinfonía de Tanéiev fue atrozmente interpretada y dirigida por Glazunov[357], no pude escuchar a Wagner, mi salud se resintió y la estancia en casa de mi hermana Behrs[358], que se lleva mal con su marido y sus criados y a la que sólo le interesan los tejemanejes financieros de Rusia (sin duda, un interés raro en una mujer), fue de lo más deprimente. La experiencia en su conjunto fue tan desastrosa que no veía el momento de regresar junto a L. N. y a mi vida en esta casa, donde al menos hay libertad de espíritu, y no tengo ninguna urgencia por volver a marcharme.

Todas las tardes tenemos visitas: tuvimos aquí al profesor Storozhenko, que nos contó muchas cosas de literatura extranjera y de las novedades en ese terreno; también estuvo el joven Zinger, inteligente y animado. Otras tardes nos han visitado Grot, Serguéienko (por alguna razón, no confío en este hombre) y Y. F. Junge[359], a quien L. N. describe con unas palabras de Anatole France: «*Une laideur terrible et grande*». Pero es una mujer de talento, inteligente y vivaz. También ha estado con nosotros el joven príncipe Urúsov, Seriozha, hijo de aquel otro, ya fallecido, a quien tanto aprecio tuve. Y vino Goldenweiser, que nos tocó la prodigiosa *Sonata* de Chopin, con la *Marche funèbre*, además de unos preludios y unos nocturnos.

Hoy hemos tenido aquí todo el día a los enceradores de suelos y a los cerrajeros. Ruido, visitas, *dujobory*. Sulerżycki está aquí; los niños están fuera, jugando con palos en el jardín soleado; Sasha canta con los hijos de los Friedman y aporrea música de baile en el piano; L. N. charla con los *dujobory* y sigue con la extensa petición al zar que yo voy pasando a limpio. En los últimos días he estado cosiendo ropa para L. N. Le he bordado unos pañuelos, le he confeccionado una blusa nueva y ahora voy a acabarle unos pantalones. En alguna ocasión, mis amigos me preguntan por qué me he *apagado* de esa manera, por qué me he vuelto tan triste y silenciosa; yo les digo: «Fijaos en mi marido; él sí que está alegre, satisfecho y lleno de energía».

Y nadie entiende que, cuando estoy *viva* y me dedico al arte, cuando disfruto de la música, de los libros, de la gente, entonces mi marido se siente desdichado, se inquieta y se altera. En cambio, cuando, como ahora, le coso una blusa, le copio sus escritos y me marchito discreta y tristemente, él está tranquilo y feliz, incluso contento. ¡Ése es el secreto de mi cambio interior! Reprimir, en nombre de la felicidad de mi marido, toda la vida que hay en mí, sofocar un temperamento ardiente, dormirse y no vivir: limitarse a *durar*, como decía Séneca, refiriéndose a la vida insustancial. Hoy la censura ha dado su visto bueno al volumen XV, *Sobre el arte*; he redactado un anuncio para la prensa.

21 de abril. L. N. y yo teníamos pensado irnos mañana a Nikólskoie y Grinevka a ver a nuestros hijos, y yo estaba encantada con todo: el viaje, la primavera y los nietos. Pero hemos decidimos aplazar la salida hasta la noche, porque aún no está terminado el busto[360] y es tan bueno que sería una lástima no dejar que lo concluyera. El artista ha captado a la perfección la inclinación de la cabeza y la expresión corporal y de los ojos; está bella y expresivamente concebido, aunque tiene un aire inacabado -algo de lo que el escultor está muy satisfecho-que a mí me inquieta. Lev Nikoláievich tiene mucha prisa por partir, ya que ha reunido dos mil rublos en donaciones caritativas y le urge llevárselos a los campesinos de las zonas más castigadas por la pobreza.

Esta mañana fui al banco y al notario y, cuando regresé, hice mi equipaje y el de mi marido, bien surtida de provisiones vegetarianas, pan y demás. Serguéi Ivánovich estuvo aquí esta tarde y mantuvo con L. N. una conversación fascinante y muy animada en la que también participó Trubetskói. Hablaron de arte, de las tareas del conservatorio, de lo corta que es la vida y de que el mejor modo de sacarle partido al tiempo que nos toca es emplear cada instante en algo provechoso: el trabajo, el servicio a los demás, la gente que nos rodea -eso lo añado yo-y la felicidad.

Me encantó ver que L. N. ya no trataba a este hombre maravilloso como a un enemigo. Ahora está ocupado con la impresión de varias obras vinculadas a su querido conservatorio. Critica por inadecuados los planteamientos del director del conservatorio, Safónov, aunque, sin ánimo de discutir con nadie y sin temer tampoco a nadie, sirve tan sólo a su obra, desde su sincero y excepcionalmente ecuánime punto de vista.

Más tarde llegó V. Maklakov, y estuvimos filosofando acerca de la felicidad. Ayer, con Sonia Mamónova, y hoy, con Maklakov, hemos llegado a la misma conclusión: la felicidad es casual y es escasa; hay que aprovecharla cuando se presenta, agradecer al destino esos breves instantes de dicha, no intentar recobrarla, no lamentar su pérdida y seguir viviendo; e incluso en nuestra vida cotidiana, con todas sus adversidades, hay que saber encontrar satisfacciones, algo que es perfectamente posible si se tiene la conciencia tranquila, si se vive para realizar una obra, para servir a la gente, si no se hace nada vergonzoso o inmoral, si no hay nada de lo que arrepentirse.

Hay, además, otra felicidad: nuestro propio perfeccionamiento, la ascensión hacia el ideal religioso y moral. Pero a mí no me gusta volver los ojos hacia mí misma; yo amo a los demás, no me amo a mí misma; por eso, esa otra felicidad me cuesta tanto.

Estuvo aquí P. I. Barténev[361], el cual me trajo un libro sobre las cartas de mi antepasado, el conde Zavadovski[362], a quien tanto

admira. Qué hombre más interesante es Piotr Ivánich Barténev: es un archivo andante. Conoce a todo el mundo; se sabe la historia de todos los linajes, todas las intrigas palaciegas de todos los reinados rusos, todos los escudos de armas, los lazos de parentesco, las posesiones y demás.

29 de abril. Trubetskói terminó el busto de Lev Nikoláievich el día 23, y es magnífico. Esa noche L. N. y yo salimos para Grinevka. Nos acompañaban Dunáiev, Máslov, mi Sasha y Sonia Kolokóltseva. Viajamos en primera; el tren iba hasta arriba de gente. En ruta, le calenté a L. N. unas gachas de avena que llevaba ya cocidas. Dijo que lo quería hacer él mismo y agarró el cazo caliente por la tapa, quemándose los dedos. Me ofrecí a ir por agua para calmarle el dolor y se negó con cabezonería. Pero, sin decirle nada, le llevé de todas formas una jarra de agua y, nada más sumergir los dedos en ella, se sintió mejor. Aunque, por culpa de lo ocurrido, durmió mal aquella noche.

En Grinevka nos estaban esperando nuestros hijos Iliá y Andriusha, que habían ido a caballo a recibirnos, y nuestros nietos Ánnochka y Misha[363], que iban a pie. Fue un placer verlos de nuevo y llegar al pueblo. L. N. se puso de inmediato manos a la obra. Recorrió las aldeas de la zona para enterarse de las necesidades causadas por la hambruna. La peor situación se da en Nikólskoie y en el distrito de Mtsensk. Comen pan una vez al día, y poco. El ganado o lo han vendido o han tenido que comérselo o está en los huesos. No hay enfermedades. L. N. está montando comedores. Mandamos a Andriusha a Oriol para que averiguara el precio del pan. Paseamos mucho por Grinevka. Yo leí en francés con Ánnochka, cosí para los chicos, cuidé de los cuatro pequeños y pinté y dibujé con ellos. También tuve que estar encima de su espantoso cocinero para asegurarme de que no le preparase nada demasiado horrible a Lev Nikoláievich. Y es que Iliá y Sonia llevan la casa fatal, de un modo penoso. No me importaba *por mí*, pero temía que el estómago de Lev Nikoláievich no tolerase la mala comida y cayera enfermo.

No me gusta nada el comportamiento de Iliá en casa. No se interesa por los niños, es desabrido con el servicio, no se toma en serio nada y sólo se ocupa de los caballos. Sonia, por el contrario, es amable con los campesinos, les procura tratamiento médico y se cuida de que estén bien alimentados, y se encarga de distribuir harina y grano entre las mujeres y los niños.

También visitamos a nuestro hijo Seriozha en Nikólskoie. Sigue muy abatido. Procura distraerse con su música y ha escrito una romanza preciosa, que Sonia entonó con gran dulzura para nosotros,

con su joven y atractiva voz.

L. N. no estaba de buen humor. Nuestras relaciones fueron frías y desanimadas, lo cual me llenó de tristeza. Y yo no pude haber estado más amable y atenta con él.

Me dio lástima tener que dejarlo en Grinevka. ¡Aunque quizás sea mejor para ambos separarnos una temporada!

De vuelta a Moscú hice una breve escala en Yásnaia Poliana, y después de Grinevka quedé extasiada con la belleza de la campiña de Yásnaia. Correteé por el jardín y por el bosque, arranqué pulmonarias en Chepyzh y planté arbolillos en el parque y flores en los bancales, y después adecenté la casa y preparé una habitación para Lev Nikoláievich.

Ayer, el 28, fue el día de la primera tormenta y del primer canto del cuclillo. Los árboles reverdecen, y hay gozosa pero dura tarea por todas partes: replantar el jardín, cavar zanjas alrededor de los manzanos, desbrozar los huertos… Dora y Liova estuvieron amigables y animosos. Ella es una mujer encantadora, culta y de buen carácter. Ellos también están ocupadísimos plantando en su pequeño jardín y decorando la casa, con vistas al próximo parto de Dora y a la llegada de sus padres.

He llegado a Moscú esta mañana… y aquí me siento desdichada. Vino Serguéi Nikoláievich con su hija Masha. A Lióvochka le dará pena no haber visto a su hermano.

10 de mayo. Esta mañana estuve corrigiendo pruebas, luego fui a sacar entradas para el teatro y más tarde a casa de los Dunáiev para intentar encontrarle un ayudante a Lev Nikoláievich en su trabajo en pro de los hambrientos. Sugirieron a Strájov, que sería excelente. Hoy he leído la carta de Chertkov a L. N. Toda ella es falsa: los mismos argumentos de siempre sobre la lucha contra las tentaciones de la carne y el vil metal y el pecado de la riqueza, pero al final el asunto es que debe dinero en todas partes y que le pide a Tania un préstamo de diez mil rublos.

Es algo tan hipócrita, *eso* es lo que no soporto. ¿Quién de nosotros *no* lucha por dominar sus pasiones? ¡Y menuda batalla! A veces sientes que te absorbe hasta la última gota de energía, y que no te quedan ya fuerzas para más. ¿Qué clase de pasiones tienen ellos, en cualquier caso? Son tan insulsos y austeros… Además, si te dominan tus instintos, deberías guardártelo para ti, no ir pregonándolo a los cuatro vientos sin tregua.

Por la noche, fui al teatro con Seriozha, Andriusha y Sasha a ver una representación benéfica de *El cazador furtivo*[364], montada por los

estudiantes del Conservatorio para recaudar dinero para los damnificados por la hambruna. Estuve sentada en la segunda fila de platea, igual que Serguéi Ivánovich.

19 de mayo (Yásnaia Poliana). Un montón de idas y venidas en los últimos días. Deshice la casa para trasladarlo todo -incluida Sasha con su nueva institutriz suiza, *mademoiselle* Kothing-a Yásnaia. Todos los criados dejaron Moscú el 15 de mayo, y Sasha y yo llegamos a la casa vacía de Yásnaia el 16 por la mañana. ¡Es el segundo año que vengo aquí en estas condiciones! Los caballos, la vaca, el piano de cola y las cajas llegaron más tarde, ese mismo día, y todos nos dedicamos febrilmente a deshacer equipajes y a limpiar; comimos con Liova y Dora, que nos hicieron sentirnos como en casa. Volví a marcharme el 17 por la mañana para encontrarme con Lev Nikoláievich en Grinevka, y fue una alegría verlo, y también a mis hijos y a mis nietos. Pero mi calidez siempre recibe algún jarro de agua fría. Cuando llegué, acompañaba a Lev Nikoláievich un sectario al que le estaba leyendo su artículo. Mi llegada lo interrumpió y eso lo contrarió un tanto, aunque se esforzó por disimularlo. Salí y di un largo paseo por el jardín con mis queridos nietos Misha y Andriusha, y deambulamos sin rumbo mientras yo les contaba historias sobre las flores, los manzanos y los insectos. Disfruté de su compañía unas tres horas y, después de comer, entré otra vez a ver a Lev Nikoláievich. Y allí seguía con el sectario, ahora recitándole largos versos de corte espiritual que había compuesto para que los sectarios los cantasen, y otra vez me despachó con irritación. Salí de la habitación y me eché a llorar. Llevábamos sin vernos casi tres semanas; nuestra vida en Moscú, nuestros hijos, los exámenes de Misha, Tania: ninguna de esas cosas significa nada para él. Cuando se dio cuenta de que yo estaba mal, vino en mi busca y me pidió perdón un tanto avergonzado.

En Grinevka se vive con intensidad, y sentí no poder tomar parte en esa vida. Se han abierto veinte comedores, y además se distribuye harina; todo el día se ven carros cargados de sacos, bien con los productos que se han adquirido -harina, patatas, mijo-, bien con lo que le ha correspondido a cada quien en el reparto semanal. Estando yo allí, llegó un cargamento de patatas y se distribuyó por los comedores. Sonia, la mujer de Iliá, trabaja con denuedo, a pesar de que L. N. en ocasiones la tacha de simple. L. N. me cogió otros cien rublos; ya es la cuarta vez, y yo ya no puedo aportar más. Esos cien rublos se los entregaron a Seriozha, para contribuir a la ayuda en Nikólskoie. Ha habido algún absurdo malentendido con las autoridades: Trubnikov, gobernador de Oriol, le facilitó a Iliá unos documentos oficiales que le autorizaban a abrir *comedores* e incluso le

expresó su agradecimiento por su labor. En cambio, el oficial del *zemstvo* prohíbe su funcionamiento, asegurando que dispone de instrucciones secretas, las cuales le facultan para detener y deportar a todos aquellos que pretendan instalarse entre la gente del pueblo y prestarle su ayuda. ¡Valiente gobierno! Y ¿quién engaña a quién?

Hoy he regresado a Yásnaia, tras pasar cuatro horas en Tula resolviendo toda clase de asuntos: desde la demanda de Bíbikov sobre la propiedad de unas tierras hasta los derrubios en la carretera de Chern y en el puente, pasando por las licencias, los deslindes y no sé cuántas cosas más. ¡Qué aburrimiento! ¡Qué extenuación! Sasha ha estado viviendo sola con la institutriz, y hoy me dado pena de ella.

Por la tarde hemos tomado el té todos juntos en la terraza, después hemos ido a la estación a esperar a los padres de Dora, que no han llegado hasta altas horas de la noche.

L. N. no se encontraba muy bien en Grinevka: le dolía mucho la espalda y tenía ardor de estómago. Hoy estaba mejor. Está trabajando mucho para ejercitar los músculos, haciendo gimnasia con sus pesas, nadando en el estanque y chapoteando en la orilla. Come mal y poco; luego refunfuña y se asusta y gime de dolor, se envuelve en su bata guateada y habla de la muerte, que lo aterra.

Hace un fresco agradable, sobre todo por la noche. La luna brilla en el cielo despejado, una vez más seco y polvoriento: ¡tendremos otra mala cosecha!

Un telegrama de Tania, para decir que llega mañana. Misha sigue aprobando sus exámenes, ¡gracias a Dios! Iré a verlo pasado mañana.

30 de mayo. Acto público en el Conservatorio. Un día caluroso, soleado. Una sonata de Schumann, un concierto de Saint-Saëns y varias piezas menores fueron brillantemente ejecutados por las alumnas del Conservatorio -Friedman, Bessy y la joven Gediker-, y fue un enorme placer escucharlas. No hubo una sola persona que no viniera a saludarme, diciéndome: «¡Qué joven se la ve!» o «Pero ¡qué buen aspecto tiene usted!» o «Da gusto mirarla»… Esto debo agradecérselo sobre todo a mi nuevo vestido de muselina de color lila pálido. Pero siempre es muy halagador, aunque me dé vergüenza confesarlo, que la gente elogie mi aspecto juvenil y me diga cosas agradables.

Safónov se empeñó en hacerme participar en no sé qué reunión. No contaba con suficientes miembros que fueran músicos. Yo no entendí una palabra de sus informes, firmé algo y me sentí cohibida.

Al llegar a casa, salí al balcón y vi nada menos que a Serguéi Ivánovich, sentado en un banco del jardín y leyendo el periódico. Me

dio una alegría tremenda. Iban a servirnos la comida en el jardín a Misha y a mí, así que pedí que añadieran un tercer servicio para él. Y qué deliciosa y animada comida tuvimos. Estábamos todos hambrientos, y fuera el tiempo era maravillosamente fresco y acogedor. Al acabar de comer, dimos una vuelta los tres por el jardín. Serguéi Ivánovich nos contó historias del Cáucaso, y Misha, que se marchaba al día siguiente, estaba fascinado. Luego Misha salió y nos dejó a los dos a solas, y tomamos el té y Serguéi Ivánovich interpretó unas variaciones compuestas por Kolia Zhiliáiev, un discípulo suyo. Después nos sentamos a charlar, y hablamos como se hablan dos personas que tienen total confianza la una en la otra: francamente, con seriedad, sin pudores ni bromas banales. Hablamos sólo de cosas que de verdad nos interesaban, y no hubo un solo instante aburrido o incómodo.

¡Qué tarde inolvidable! La última en Moscú, y tal vez la última tarde así de mi vida.

A las nueve de la noche, se levantó para marcharse y yo no lo retuve. Él se despidió, simplemente, diciendo con melancolía: «Alguna vez hay que irse». Yo no contesté; tenía ganas de llorar. Lo acompañé hasta la salida, luego volví al jardín. Y entonces hice la maleta, recogí y cerré la casa, y a medianoche salimos para Yásnaia.

8 de junio. Hoy, a las doce horas y cuarenta y cinco minutos, Dora dio a luz a un varón. Cómo sufrió la pobre, cómo le suplicaba a su padre con su joven voz gutural que le diese algo, cómo gritaba en sueco. Liova fue muy gentil con ella y la tranquilizó, y ella estuvo tan dulce y cariñosa con él, apretándose contra su cuerpo como si le pidiera que compartiese su sufrimiento. Y él lo compartió, y así, de forma normal y saludable, vino al mundo el pequeño Lev.

18 de junio. Sasha ha cumplido catorce años. Un día de calor insoportable: cuarenta grados al sol a las dos de la tarde. L. N. sigue enfermo, con mucho ardor de estómago y treinta y ocho con tres de fiebre. Por la tarde ha mejorado un poco y la temperatura le ha bajado hasta treinta y siete y medio; se ha tomado dos platos de gachas de avena y un poco de café.

Bajé al Voronka con Sasha para darnos un baño. La tarde estaba preciosa y yo no podía apartar la vista de la campiña, del cielo y la luna.

Cuando llegué a casa, encontré a Lev Nikoláievich dictándole a Tania un artículo para el periódico, que finalmente decidieron no

enviar.

Lo que pasaba era que seis jóvenes, alumnos y alumnas de Gimnasio, se habían presentado en Yásnaia con cien rublos que querían donar a los campesinos necesitados. L. N. los mandó a ver al sacerdote que tiene a su cargo esta zona, y éste les indicó qué campesinos eran los más pobres. Los jóvenes fueron entonces a Yásenki a comprar harina para esas pobres gentes. Pero aparecieron el comisario y el suboficial de la policía local y le prohibieron tajantemente al tendero de Yásenki suministrar harina a cualquier campesino que fuera de parte nuestra o de parte de esos estudiantes. ¡Es escandaloso! ¡Que nadie en Rusia se atreva a dar limosna a los pobres, la policía no lo consentirá! Tania y yo estábamos indignadas, y con gusto habríamos ido directamente a ver al zar o a su madre para advertirles de la ira que puede prender en el pueblo como consecuencia de esta clase de medidas.

Han llegado las chicas y M. A. Schmidt.

27 de junio. Esta atmósfera tormentosa es insufrible; el calor y la electricidad del aire nos tienen muy debilitados. A L. N. vuelve a dolerle el estómago. ¡Dios mío! Ayúdame a no quejarme y a cargar con mis responsabilidades hasta el fin con paciencia y dignidad.

Hoy lo bañé, llené la bañera yo misma y comprobé el agua con el termómetro. Luego le serví el té en el salón y se reanimó un poco. Me apetecía mucho ir a ver a Seriozha mañana por su cumpleaños, pero no me atrevo a dejar a mi marido. Intenté tomar una fotografía de mi nieto, pero se quedó dormido, y luego la tormenta lo hizo imposible. Estuve practicando las *Invenciones* de Bach, aunque sólo conseguí tocar una hora. Campesinas enfermas, trabajo, asuntos de dinero. Le escribí una carta a un campesino a petición de L. N.

Marusia Maklakova se ha marchado con Iliusha. Antes, por la tarde, yo me había estado bañando con Sasha y con ella entre una densa niebla blanca.

Westerlund[365] me dijo que yo mimaba demasiado a mi marido. Hoy me ha dejado pasmada algo relativo a las mujeres que he leído en el cuaderno de notas de L. N.: «Una mujer que no es cristiana es un animal terrible».

De modo que durante toda mi vida me he sacrificado por él y he renunciado a mis propios deseos -incluso a visitar a un hijo, como hoy-, y todo lo que mi marido ve en mí es una conducta animal.

Los auténticos animales son aquellos hombres que, por egoísmo, consumen las vidas de sus esposas, hijos, amigos; de todo el que se cruza en su camino.

16 de julio. Una cálida bienvenida de los Kuzminski.[366] Tienen una dacha bonita, bien situada; sus cariñosos hijos me estaban esperando, y Sasha, el cordial anfitrión, y mi amada, mi querida, dulce y amada hermana Tania. Al ver a Mítechka se me partió el corazón: es de la misma edad que el difunto Vánechka, su amigo, su primer camarada de la niñez. Y Mitia ya es un niño grande, de diez años; ¡y Vánechka se ha ido!

Fui a dar un paseo por el bosque de Kitáievo: pinos centenarios, viejos robles, montes, monasterios… Me acompañaban Sasha, Vera, Mitia y el pequeño Volodka. Nos bañamos en el estanque de un monasterio, tomamos té, trepamos por las laderas. Qué bien se está de visita, todo resulta nuevo, no hay nada de qué preocuparse…

22, 23, 24, 25 de julio. A primera hora de la mañana del día 22, mi hermana Tania y yo llegamos a Tula. Hacía frío y llovía, y no nos habían enviado caballos, así que alquilamos un coche y nos fuimos a Yásnaia. Y en seguida empezaron los problemas: toda una serie de comentarios desagradables de L. N. sobre mi encuentro con Serguéi Ivánovich en Moscú. Y, sin embargo, yo le había preguntado antes de mi viaje si le importaba y le había dicho que, en tal caso, no lo vería. Me había inclinado sobre él para decirle adiós, le había dado un beso estando él medio dormido todavía y se lo había expuesto con toda candidez. Y él había replicado maliciosamente, sin ninguna franqueza, primero: «¿Por qué tendría que importarme? Puedes ir, por supuesto». Y después añadió: «Es asunto tuyo, en cualquier caso».

Hay una gran pintura mural a la entrada de las cuevas de Kiev que representa los cuarenta tormentos que tuvo que sufrir el alma de santa Teodora. Las figuras están enfrentadas: dos ángeles, con el alma de Teodora niña, ataviada con una túnica blanca, y una bandada de demonios en poses inconcebiblemente atroces. Y estos demonios, cuarenta grupos en total, simbolizan los cuarenta pecados, inscritos debajo de ellos en lengua eslava.

Así que, en esos tres o cuatro días, L. N. me debió atribuir todos y cada uno de los cuarenta pecados, y por eso me reprendería.

En la parte superior de esta pintura aparece representada otra alma: otra niña con una túnica blanca, postrada al pie de una escala, en cuya cima aparece Cristo sentado con sus apóstoles. Más allá se ven las puertas del paraíso, y finalmente el propio paraíso, en forma de jardín. Todo un poema, muy interesante, especialmente -creo-para la gente humilde.

Después las cosas se calmaron. Yo me esforcé por no amargarle a

mi hermana la estancia en Yásnaia. Tuvimos largas conversaciones, y ella me echó en cara tanto mi inclinación por Serguéi Ivánovich como mi pasión por la música, y me reprochó que contrariara a mi marido.

Me cuesta mucho someter mi alma a las exigencias de mi marido, pero habrá que intentarlo.

28 de julio. Acompañé a mi hermana Tania hasta Yásenki, y ella se volvió a Kiev, aparentemente satisfecha de su estancia en Yásnaia. Estamos más unidas si cabe que nunca. Me siento vacía; ahora no tengo a nadie en quien apoyarme.

Caminé sola por el bosque, nadé y lloré. Más tarde, por la noche, retomamos nuestra discusión sobre los celos, con más gritos, maldiciones y recriminaciones. De pronto, mis nervios se quebraron. Alguna válvula que mantenía el equilibrio en mi cerebro se abrió de golpe. Perdí el control sobre mí misma y tuve un ataque de nervios espantoso. Estaba aterrada, temblaba de pies a cabeza, sollozaba y deliraba. No recuerdo qué me ocurrió luego, sólo sé que acabé con espasmos.

3 de agosto. Ayer y anteayer me dediqué incansablemente a copiar el relato de L. N. *El padre Sergui*, una obra de arte de estilo elevado, excelentemente concebida aunque aún inacabada. Toma de las *Vidas de los santos* la historia del santo que buscaba a Dios y lo encontró en la mujer más modesta y común, sacrificada enteramente a una vida de trabajo y penalidades. En su relato, el padre Sergui, un monje orgulloso que ha pasado por toda clase de vicisitudes, encuentra a Dios en Páshenka, una mujer mayor, a la que conoce desde la niñez y que en su vejez lleva una vida de trabajo dedicada a su familia.

Hay cierta afectación en el cuento, no obstante: ese final en Siberia. Ojalá no lo deje tal cual, porque realmente está muy bien ideado y construido.

Anoche estuve copiando desde la una y media hasta las cinco de la mañana, cuando empezó a clarear y la cabeza empezó a darme vueltas. Pero he completado el trabajo, para que L. N. pueda seguir con este relato en cuanto vuelva a casa.[367]

Pretende acabar al tiempo *Hadjí Murat, Resurrección* y *El padre Sergui,*[368] publicar las tres historias simultáneamente y venderlas lo más caro posible, tanto en Rusia como en el extranjero, para poder financiar con los beneficios el plan de emigración de los *dujobory*.

Esto es un insulto a su familia: haría mejor en ayudar a Iliusha y a

Masha, que viven en la pobreza. Por cierto, que estuvieron aquí dos de esos *dujobory* y tuve que esconderlos en el pabellón, lo cual no me resultó nada agradable.

Días ventosos, secos, luminosos, bonitos.

He estado haciéndole compañía a Dora y conociendo mejor a mi pequeño nieto Lev. He perdido esa pasión instintiva, casi animal, por los niños pequeños, y en mis nietos amo únicamente mis *sueños* de futuro y de continuidad para nuestras vidas.

Cómo pasamos el día del 28 de agosto de 1898. Hoy Lev Nikoláievich ha cumplido setenta años. Fui a felicitarlo esta mañana cuando aún estaba en la cama y se mostró encantado, como si fuera el día más especial de su vida. Toda la familia estuvo aquí, con sus cónyuges e hijos; sólo faltaron la mujer de Seriozha, Mania, y el crío, así como los más pequeños de Iliá: Andriusha e Iliusha. Vinieron muchos invitados: Potápenko, Serguéienko, el príncipe Voljonski, Mijaíl Stajóvich, Mitasha Obolenski, el príncipe Ujtomski, Múromtseva con Goldenweiser y tantos otros. En total, nos juntamos unas cuarenta personas a comer. P. V. Preobrazhenski propuso brindar con vino blanco a la salud de Lev Nikoláievich, e hizo un discurso tan desmañado que todo el mundo aparentó no haberlo oído. Es difícil *beber* a la salud de L. N., el apóstol de la sociedad de la abstinencia. Luego alguien propuso un brindis a mi salud y, en una muestra unánime y ruidosa de afecto, todos alzaron sus copas hacia mí, lo que me emocionó tanto que el corazón se me desbocó. Fue una comida muy alegre, y completamente *familiar*, que era justo lo que habíamos pretendido. L. N. se había pasado toda la mañana escribiendo *Resurrección*, y estaba muy contento del resultado. «¿Sabes? -me dijo cuando entré a verlo-. Finalmente, él no se casa con ella. Hoy lo he dado por terminado, quiero decir que eso es lo que he decidido, ¡y sé que debe ser así!» Y yo contesté: «¡Claro que no se debe casar con ella! Siempre te dije que, si lo hacía, sería pura *hipocresía*».

Recibimos casi un centenar de telegramas de una enorme variedad de gente. Esta tarde lucía el sol y fuimos todos juntos, con los chicos, los nietos y los invitados, a dar un paseo. Múromtseva cantaba sin parar, y estaba desagradablemente excitada. Luego Goldenweiser tocó el piano, fatal. Llegaron más invitados para la cena, pero siguió siendo una sencilla y campechana fiesta familiar.

El príncipe Ujtomski se mostró muy sensato, sencillo y amigable. Dijo que el artículo *Sobre la hambruna* de Lev Nikoláievich le había gustado mucho al joven soberano; no obstante, al preguntarle si se podría publicar en *La Gaceta de San Petersburgo*[369], el zar le contestó: «No, más vale no publicarlo, pero que esto quede entre nosotros».

Curiosamente, la declaración del zar sobre la paz ha sido vinculada, en medios extranjeros, al nombre de Lev Nikoláievich, a cuyo pensamiento se atribuye cierto influjo sobre el soberano. Con todo, no me parece correcto; difícilmente habrá leído el zar algún escrito de Lev Nikoláievich sobre la guerra o habrá meditado sobre él: es una mera coincidencia.

El día 28 acabó entre canciones: a coro y en solitario. Todos estábamos agotados, y preparar las camas aún supuso un montón de trabajo…

30 de agosto. Recibí una inteligente y encantadora carta de Serguéi Ivánovich esta mañana y se la mostré a Lev Nikoláievich, que compartió mi opinión. Dice en ella que no hace falta ser un seguidor de L. N. para que a uno lo atrapen sus obras, porque al leerlas se entra en un estado de zozobra, y sus ideas penetran poco a poco, inadvertidamente, en la cabeza y allí se instalan. Luego, sólo una hora después de que llegara su carta, apareció Serguéi Ivánovich en persona. Casi todos los invitados se habían marchado la víspera, incluidos nuestros hijos y Sonia. Por la tarde, tras una corta siesta, jugó una partida de ajedrez con Lev Nikoláievich y luego se sentó al piano. ¡Y qué maravillosamente tocó! Con tanta profundidad, tanta inteligencia, tanta seriedad y experiencia; es imposible tocar mejor. Tanto L. N. como Máshenka estaban extasiados, y yo también, por supuesto. Tocó *Davidsbündlertänze* de Schumann, la *Sonata Op. 30* de Beethoven, una mazurca y una barcarola de Chopin, *Près d’un ruisseau*, de Rubinstein, y un aria de Arenski[370]. Lev Nikoláievich dijo que su interpretación había sido espléndida, que nadie podía igualar el arte pianístico de Serguéi Ivánovich. A la mañana siguiente, el 31, me desperté enferma, con fiebre. Serguéi Ivánovich se marchó esa mañana. Yo me puse el termómetro y vi que tenía treinta y ocho con cuatro. Me conmovió ver a Lev Nikoláievich preocupado por mí. ¡Mi querido, mi dulce viejo! ¿Quién podría amarme o necesitarme tanto como él? Me emocioné hasta las lágrimas de pensarlo, y recé, acostada en la cama, para que Dios prolongase su preciada vida.

Estuve mala todo el día, así que no pude ir a Moscú, como tenía previsto, para ver a Misha y atender asuntos de negocios.

2 de septiembre. Esta mañana llegué a Moscú con el ama de cría. Llovía, la casa estaba oscura y desapacible y me dolía el alma… Deshice la maleta, cogí un coche y me fui de compras. ¡Qué ajetreo! ¡Qué agitación!

Pero por la tarde encendieron las luces; la casa estaba llena de flores; todo estaba limpio y ordenado, y yo ya había alquilado un piano. Vino Misha; ha aprobado la nueva convocatoria del examen, y pasa a séptimo curso, aunque estoy segura de que me oculta algo. Algo más tarde, el ambiente se animó. Vinieron mi hermano Sasha, el tío Kostia, el joven Yusha Pomerántsev y Serguéi Ivánovich, y tuvimos una alegre velada.

Serguéi Ivánovich me produjo un gran asombro con algo que dijo. Me comentó que, cuando estuve en casa de los Máslov este verano, le había ofendido profundamente al reírme de su feo calzado de ciclista, con medias blancas, y al decir que así parecía un bufón.

12 de septiembre. Caos absoluto en casa. Un criado se ha enamorado de Sasha, la costurera, y se va a casar con ella. Mi doncella Vérochka, una cría de dieciséis años, se casa con el intendente el día 18. El cocinero se marcha, a la cocinera se la han llevado al hospital. Iliá y la niñera están en Moscú. Nunca ha ocurrido nada igual. Entretanto, una incesante corriente de invitados sigue llegando y quedándose. Hoy vinieron Máslov y Dunáiev.

Esta tarde L. N. nos ha leído *Resurrección*, la novela en la que está trabajando. Yo ya se la había escuchado antes: dice que la ha reescrito, pero sigue siendo exactamente igual. Nos la leyó hace tres años, el verano siguiente a la muerte de Vánechka. Y entonces como ahora me impresionó la belleza de ciertos episodios y detalles menores, pero también la falsedad de la trama: la relación de Nejliúdov con la prostituta que está en prisión y la propia actitud del autor ante ella. Es sólo sentimentalismo, un juego con sentimientos forzados y antinaturales que no existen realmente.

13 de septiembre. Lluvia todo el día, e invitados: un inglés, un tal Mr. Wright, si no me equivoco, y una solterona estúpida llamada Ivanova, que cree en el ocultismo. Estas visitas son una carga insoportable que mi familia, y sobre todo yo, tenemos que soportar. Sólo hay una cosa que me interesa de ellos y es que traen noticias de Chertkov y del resto de la comunidad rusa exiliada en Inglaterra. Dicen que están bastante mal y que no creen que aguanten allí mucho tiempo, por la tensión emocional que les producen las penurias y privaciones que atraviesan. L. N. se las ha visto y deseado para ocultármelo, pero yo siempre lo he sospechado…

Se ha marchado Máslov; fuimos a dar un paseo bajo la lluvia, que cae lúgubre y sin tregua. Iba a sentarme a tocar el piano cuando me

sobresaltó un golpe inquietante en la ventana; era Lev Nikoláievich, que me conminaba a reunirme con él para oírle leer el final de su novela. Me dio rabia tener que dejar el piano y la hermosa aria de Bach que estoy estudiando y empezando a apreciar, pero fui de todas formas.

La música tiene en mí un efecto curioso; incluso cuando toco yo consigue hacerme ver claro repentinamente, me llena de placidez y me permite encarar las preocupaciones de la vida bajo un prisma distinto, con calma y lucidez.

Todo lo contrario de lo que me ocurre con la novela de L. N. En ella todo es perturbador y molesto, todo me lleva al desacuerdo… Me mortifica que un anciano de setenta años se entregue a describir con tan extraordinario deleite, como el *gourmet* que se relame ante una comida deliciosa, las escenas de adulterio entre la doncella y el oficial. Sé que lo que describe aquí son las relaciones que tuvo él con la doncella de su hermana en Pirogovo, me lo contó él mismo con todo lujo de detalles. Incluso he visto a esa tal Gasha, hoy en día una vieja de casi setenta años, porque él me la ha señalado para que supiera quién era, para mi disgusto y desesperación. Me mortifica asimismo que se presente a Nejliúdov, el protagonista, como a un héroe que pasa de un estado de abyección a otro de gracia, lo que es una proyección del propio Lev Nikoláievich y del modo en que se ve a sí mismo. Describe muy bien todas estas transformaciones morales en sus libros, pero luego es incapaz de llevarlas a la práctica en la vida real. Mientras se dedica a hablarle a todo el mundo de estos hermosos sentimientos que lo embargan, y se conmueve hasta las lágrimas con sus propias palabras, sigue conduciéndose como siempre lo hizo, con su afición a los dulces, a montar a caballo y en bicicleta, al amor físico…

En resumen, como ya me pareció la primera vez, esta novela contiene algunos detalles y descripciones brillantes, pero el recuento de las andanzas de los protagonistas es profunda y antipáticamente hipócrita.

La lectura me indujo a un estado de ánimo tan desapacible que de repente decidí que me iría a Moscú, que no era capaz de fingir que *me gustaba* esta obra de mi marido, que cada vez teníamos menos en común… Él advirtió mi cambio de humor, y me recriminó que nunca me gustasen las mismas cosas que a él ni aquello en lo que trabajaba. Repuse que me encantaba su obra, que me había entusiasmado *El padre Sergui*, que *Hadjí Murat* me interesaba, que tenía en mucha estima *Amo y criado* y que cada vez que leía *Infancia* lloraba de emoción, pero que *Resurrección* me repelía.

-Ya, pero tampoco apruebas que trabaje en pro de los *dujobory* -me espetó.

-No puedo simpatizar con una gente que se niega a hacer el servicio militar, lo cual obliga a reclutar en su lugar a los campesinos más pobres, y que luego exige millones de rublos que les permitan emigrar de Rusia… Ayudé a los *hambrientos* en 1891, en 1892 y este mismo año; me puse de su lado, trabajé por ellos y les di dinero. Si hay que financiar una causa, que sea la de nuestros pobres campesinos que se mueren de hambre, no la de los *dujobory*, esos arrogantes revolucionarios.

-Me apena que no estemos juntos en todo esto -dijo L. N.

¡Y a mí no digamos! Cómo he sufrido con esta separación. Pero *toda* la vida de Lev Nikoláievich ha estado al servicio de personas y causas que me resultan ajenas, mientras que *toda* mi vida ha estado al servicio de la familia. No me cabe en la cabeza -ni en el corazón-que L. N., después de haber anunciado en la prensa su renuncia a los derechos de autor, vaya a venderle ahora esta novela a Marchs, para *El Trigal*[371], por una suma colosal, y que no entregue ese dinero a sus nietos, que no saben lo que es el pan blanco, ni a sus hijos, que viven en la miseria, sino a esos *dujobory*, unos completos extraños a quienes en modo alguno puedo amar más que a los míos. Pero, a pesar de todo, el mundo entero sabrá de la intervención de Tolstói en ayuda de los *dujobory*, y los periódicos y los libros de historia narrarán estos hechos. Y, entretanto, ¡sus hijos y sus nietos comiendo pan negro!

15 de septiembre. Ayer me sentí tan triste por haber discutido con L. N. el día anterior, y por la docilidad con que él había escuchado mis críticas a su novela y mis reproches por el modo en que la había vendido, que un repentino impulso compasivo me hizo bajar a su despacho a decirle lo mucho que lamentaba haber sido tan dura con él y lo mucho que anhelaba que volviésemos a estar *juntos*, a ser amigos. Los dos lloramos, y sentí que, pese a todas las cosas que nos separaban *exteriormente*, habíamos estado unidos *interiormente* estos treinta y seis años por *amor*, y que eso era más precioso que cualquier otra cosa.

Acabo de hacer el equipaje, mañana me marcho a Moscú; estoy muy preocupada por Misha. Me he pasado tres horas recorriendo el bosque, buscando níscalos entre los abetos, recogiendo flores, conmovida con la belleza de la naturaleza, del cielo, del sol. El tiempo ha mejorado.

26 de octubre. He llegado a Yásnaia esta misma mañana, vía Kozlovka. La lluvia derretía la nieve, todo era gris. Yo estaba helada y empapada. En casa todos dormían. Me fui derecha a ver a L. N. La

habitación estaba a oscuras; él se levantó de un salto de la cama y me besó.

Por las mañanas ha estado trabajando sin tregua en *Resurrección*. Dice que en los últimos días no podía escribir: no hacía más que pensar en mí, y esta mañana, antes de mi llegada, había soñado conmigo. De vez en cuando entra a verme, me sonríe y me besa. Tania y Vera están de excelente humor. Tania es la divertida, pícara, risueña Tania de siempre, adorable y animada. Para gastar una broma a Dúnechka[372], sacaron todo lo que había en la despensa y lo escondieron en el aparador, así que, cuando volvió de Tula, pensó que había habido un robo, y ya estaba dispuesta a ir a que le echaran las cartas. Después de hacerla sufrir, abrieron el aparador, riéndose a carcajadas, y le enseñaron el pan, la mermelada y todo lo que había dentro. Y hasta trajeron arenque de casa de Liova y se lo comieron, sin parar de reírse. El ambiente es alegre, y yo me siento despreocupada y a gusto.

13 de noviembre. Ayer comieron en casa S. A. Filosófova, Y. P. Raiévskaia, el tío Kostia, Goldenweiser. Leímos un artículo de D. A. Jomiakov sobre el prólogo de L. N. a las obras de Maupassant, donde también se alude a su ensayo *Sobre el arte*. El término *catolicismo*, que, atendiendo los requerimientos de la censura, sustituye el término *iglesia*, sin duda ha desconcertado a Jomiakov, que no ha captado el alcance general del artículo de Lev Nikoláievich.

Anotado más tarde. Marusia, Sasha, Misha y yo nos marchamos el día 13 para Yásnaia Poliana. Disfrutamos del viaje y no paramos de reírnos. Llegamos en el tren correo de las once de la noche a Kozlova Zaseka[373], y fuimos en coche hasta Yásnaia a la luz de la luna, entre llovizna, neblina y aguanieve. Pero daba gusto estar en el campo, y más aún estar en Yásnaia. Encontramos bien a todo el mundo, de muy buen humor. A Masha parece que no le ocurre nada; los médicos dicen que es pronto para que el bebé se haya movido, pero que no tardará. O sea que o se lo ha *imaginado* o, sencillamente, se ha engañado a sí misma y nos ha engañado a todos. Está animadísima y llena de energía, y es tan blanca, tan dulce, tan guapa…

L. N. se mostró muy tierno y apasionado conmigo, tanto que yo fui incapaz de corresponderle.

14 de noviembre. Tuve una larga charla con Lióvochka sobre

Misha, sobre mí y sobre su trabajo. Asegura que no ha conocido una etapa tan creativa desde que escribió *Guerra y paz*, y está encantado con *Resurrección*. Fue cabalgando hasta Yásenki y está lleno de vigor, se ha puesto en forma y tiene el ánimo por las nubes, porque está haciendo la clase de trabajo *artístico* que le cuadra a su temperamento.

16 de noviembre. Esta mañana me desperté llorando. Me abrumaba volver a Moscú y tener que dejar a L. N. Esta vez nuestro encuentro ha sido genuina y profundamente conmovedor, y estos días pasados hemos sido buenos amigos y hemos convivido en armonía, incluso con amor.

Me daba pena dejar a Tania, a quien quiero tanto, y alejarme de la bella y tranquila Yásnaia Poliana. L. N. se quedó de piedra al verme llorar, me acarició y se le escaparon también algunas lágrimas, mientras me prometía reunirse conmigo en Moscú para el 1 de diciembre. Me gustaría mucho que así fuera, pero no estaría bien hacerlo venir y apartarlo ahora de su trabajo, que marcha tan bien, así como de la ayuda que ahora le prestan nuestras hijas, que copian para él, y Aleksandr Petróvich, tan eficaz, que también le echa una mano. Intento no ser egoísta, y prefiero que L. N. se quede en Yásnaia. Pero tengo la impresión de que a él también le apetece venir; próximamente tendrá que estar en la ciudad para dar noticia de su novela.

Viajé en el tren rápido con Sasha y Marusia; al principio estábamos tristes, abatidas, pero después nos fuimos animando.

Misha nos esperaba en Moscú, pero inmediatamente se dispuso a salir. Yo estaba muy disgustada. Y lo estaba aún más cuando llegó a casa a las tres de la madrugada y me vi obligada otra vez a echarle un rapapolvo, con la sensación de que todo era en vano, de que todos mis sacrificios -vivir en Moscú, tratar de persuadir a Masha, de exhortarle para que trabaje, para que lleve una vida mejor, más decente-resultan baldíos, porque él *no quiere* darse por enterado.

Desde que llegué, no he hecho más que esperarle, zurcir ropa y preocuparme.

27 de noviembre. Cartas de casa, de Lev Nikoláievich -que aún planea venir a Moscú el 1 de diciembre-y de Tania. La que le escribí yo a ella se ha perdido: ¡qué fastidio! En ella le pedía que intentara convencer a L. N. de que no viniera a Moscú. No soporto pensar que lo va a pasar mal en la ciudad. Le van a molestar las visitas, el ruido, las calles atestadas, la falta de tiempo, el estar lejos del campo y de sus

hijas, que le están sirviendo de tanta ayuda. Además, a mí me será difícil restringir *mis* actividades -la educación de los niños, mi música, mis amigos, mis salidas, por escasas que sean, a teatros y conciertos-, y eso lo va a irritar. Y luego están mi vista cansada y mis frecuentes subidas de tensión, que no me permiten ya pasarme horas copiando las infinitas revisiones de sus textos como solía hacer, algo que también le causará enfado y aflicción, mientras que en Yásnaia tiene a sus hijas, a Aleksandr Petróvich y a Kolia Obolenski. Pienso ir a Yásnaia para tratar de disuadirle o, si se empeña en venir, para viajar con él.

Esta mañana ha estado aquí Pogózheva. Traía la noticia de que han autorizado la velada dedicada a Tolstói;[374] sin embargo, hay que tener en cuenta que, siendo en *homenaje* a Tolstói, no permiten que se lea nada sobre Tolstói, sino tan sólo fragmentos de sus obras, entre otras restricciones igualmente chuscas y estúpidas.

S. I. Tanéiev ha venido esta tarde. Masha, Misha y yo estábamos tomando el té.

¡Cómo me alegró verlo! Lo que más me gusta es cuando viene así, sólo para verme. Acababa de concluir la composición de una bellísima obra coral, sobre textos de Tiútchev[375], y venía a tocarla y cantarla para mí. Después ha interpretado el «Andante» de su sinfonía. Charlamos tranquilamente y leímos un artículo de crítica musical. Las conversaciones con él son siempre tan sinceras e interesantes. Nos llevamos muy bien, y es una lástima que los celos de L. N. graviten tan pesadamente sobre esta pura y simple amistad.

1 de diciembre. De vuelta en Moscú. No dormí en toda la noche por la incertidumbre. «El día 1 iré a Moscú»[376], me había escrito L. N. Hoy, día 1, yo estaba decidida a coger el rápido, y me decía: «¿Será posible que no vaya a hacer su equipaje esta mañana y que al final no se venga conmigo?». Me había despertado con fiebre y con palpitaciones, pero él, al levantarse, bajó las escaleras y no me dijo palabra. Me levanté a eso de las diez, y entonces descubrí que él ni había hecho las maletas ni tenía intención de venirse. Conteniendo las lágrimas, me vestí y pedí que prepararan el coche; él seguía sin decir nada. Y entonces María Aleksándrovna Schmidt, Tania y L. N. clamaron agitados: «¿Por qué te vas?». ¿Cómo que *por qué*? Así estaba decidido, los caballos estaban listos, mis hijos y nietos me esperaban en Moscú. Apenas podía sofocar los sollozos. Así que cojo mis maletas, ordeno al cochero que me recoja más adelante y echo a andar, porque temo entristecerlos al verme en ese estado y no quiero darle a Lev Nikoláievich la satisfacción de salirse con la suya, como todos los años, y de comprobar lo infeliz que me hace al no querer vivir

conmigo en Moscú. Pero no hay manera, su crueldad me desespera. Lo veo aparecer, con su pelliza de oveja, dirigiéndose a mí desde el coche: «¡Espera! ¡No te vayas!». Volvemos a casa. Me sermonea en un tono odioso. Yo contengo las ganas de llorar. Estamos allí sentados media hora, yo sufro un dolor indecible y lucho para no caer en la desesperación. Entra Tania y me dice: «Comprendo lo difícil que es para ti». Finalmente me despido de todos, les ruego que me perdonen y me marcho. No olvidaré el trayecto a Yásenki mientras viva. ¡Qué viento tan terrible! Yo iba doblada, sollozando tan fuerte que creí que me iba a estallar la cabeza. ¡Cómo pudieron dejarme marchar en esas condiciones! Sólo una cosa me impidió arrojarme a las vías del tren: saber que, en ese caso, no me enterrarían al lado de Vánechka, y ésa es mi *idée fixe*. En el vagón, los otros pasajeros me miraban llorar; luego me quedé dormida. No he podido probar bocado en todo el día. Al llegar a casa, mis hijos y nietos me recibieron con desinterés y volví a llorar. Recibí un telegrama de L. N.: «Iré al día siguiente de la llegada de Sonia».

2 de diciembre. He tenido carta de Lev Nikoláievich esta tarde. Me pide que le perdone su crueldad -según él, involuntaria-, los malentendidos, su cansancio y varias otras razones que aduce para no haber venido y para haberme hecho sufrir. Y al final ha acabado por venir… Sufro de neuralgia en la sien derecha, me duele la tripa, no he dormido en toda la noche y estoy completamente helada y entumecida. No siento nada, ni alegría, ni ira, ni amor, ni ganas de vivir, nada. Sólo me apetece llorar; llorar por mi salud y libertad perdidas, y llorar por mis amigos: si ahora me las arreglo para verlos, ya no será lo mismo que si estuviera sola y me pertenecieran enteramente a mí. ¡Un solo día de sufrimiento me ha destruido!

Intentaré cumplir con *mis deberes*. Cuidaré de L. N., seré su copista, daré satisfacción a sus necesidades de amor carnal. En el otro ya no creo, y el fin de éste está ya muy cercano. ¿Y entonces? Paciencia, fe y buenos amigos.

19 de diciembre. Acabamos de llegar de una velada en el teatro de Korsh, de lo que debería haber sido un homenaje a Tolstói por sus setenta años. ¡Qué lástima de velada! ¡Qué fracaso! Malos cantantes, malas lecturas, mala música y unos pésimos *tableaux vivants* completamente desprovistos de credibilidad, belleza, arte u otras cualidades. Mijáilovski recibió estruendosas ovaciones, quién sabe por qué; luego empezaron a llamar a gritos a Tolstói, decidieron enviarle un telegrama… Fue todo tan trillado, tan vulgar: no se percibía nada

que saliera genuinamente del corazón de la gente. El propio L. N. se había marchado hoy mismo a Yásnaia Poliana en el tren correo. Estuvo trabajando toda la mañana, a la una se tomó una sopa de avena, un poco de café y se fue. Pidió que le acompañara únicamente N. N. Gué. Antes, pasó por Miasnítskaia[377], a petición de Trubetskói, para que este maestro broncista, formado en Italia, pudiera hacer algunos retoques en su busto.

Ayer por la mañana asistí a los ensayos de la orquesta sinfónica, y por la tarde volví a escuchar todo el concierto, salvo la sinfonía de Borodin. Vi a Serguéi Ivánovich; nuestras relaciones son cordiales, francas y directas. No hay mejor forma de relacionarse con la gente.

Han llegado Iliusha y Andriusha. Andriusha está terriblemente alterado: este verano, en el Cáucaso, se declaró frívolamente a cierta princesa Gurieli y más tarde rompió con ella por carta. La princesa se pegó un tiro, ahora sus parientes han decidido defender su honor y Andriusha vive aterrorizado por la idea de que lo maten o lo obliguen a batirse en duelo. ¡Con ellos todo son tristezas! Misha se marchó a Oriol; desde allí piensa ir a ver a Iliusha y luego a Yásnaia.

Dicha princesa ha muerto.[378]

25 de diciembre. Navidad (Yásnaia Poliana). Hoy, desde primera hora, ha reinado un espíritu festivo: nos hicimos regalos y sacamos todas las cosas buenas que habíamos traído de Moscú. El mejor rato del día fue el del paseo que di por el bosque. La plantación de abetos jóvenes estaba especialmente hermosa; tres grados bajo cero, silencio y breves apariciones del sol después de su larga ausencia otoñal. Todo estaba cubierto de nieve limpia, caída durante la noche. Los jóvenes retoños de abeto soportaban una ligera capa de nieve y, a lo largo del horizonte, se extendía la ancha banda negra del viejo bosque de Zaseka, helado por el invierno, y todo resultaba callado, severo, inmóvil, serio. Disfruté profundamente; la naturaleza y el arte son las mejores cosas de la vida. Qué bien entiende esto Serguéi Ivánovich. Con la familia, con la gente, hay demasiadas irritaciones innecesarias, demasiado dolor y resentimiento…

Tuvimos una bonita y alegre comida familiar. M. A. Schmidt también vino. A las cinco, Dora y Liova nos agasajaron con té y viandas en torno al árbol de Navidad. La pobre Dora estaba muy cansada, pero lo pasó bien; sólo tiene diecinueve años, es casi una niña, ansiaba esta fiesta y todo le salió divinamente. Mi nieto Lióvushka estaba asombrado y sobresaltado. Es un bebé estupendo, adorable.

A eso de las ocho, el ambiente había decaído; a L. N. le había subido la fiebre hasta los treinta y ocho grados. Le viene sucediendo a

diario, pero no había pasado de treinta y siete con siete. Hoy estaba peor. Todos nos deprimimos.

26 de diciembre. L. N. tuvo fiebre toda la noche. Tiritaba, gemía y se movía sin parar, y yo no pude pegar ojo. Sería difícil encontrar un enfermo más impaciente y egoísta que él; es tan tozudo. Ayer no quiso tomarse su ruibarbo, pero hoy se lo ha tomado a las once. Eso significa que ahora no puede administrársele quinina para la fiebre, con el estómago lleno, sino que habrá que esperar otras veinticuatro horas; todo por culpa de su cabezonería y por no querer escucharme y tomarse su laxante cuando tocaba. Ay, qué aburrida y cansada estoy de emplear toda mi energía en *persuadirlo, convencerlo* y enfadarme con él, con el único propósito de salvar y ayudar a un hombre huraño, gruñón y terco por el cual he sacrificado mi vida entera y he renunciado a todos mis deseos, incluida la simple necesidad de paz, tranquilidad, lectura y música (por no mencionar que nunca he viajado a ninguna parte, ni al extranjero ni por Rusia).

Un artesano de Tula ha traído una pintura extraordinaria, obra de un campesino que pinta iconos. Es un dibujo a lápiz, de un *arshín*[379] y medio de ancho. Lev Nikoláievich aparece sentado en el medio, a su izquierda hay una escuela y varios niños, detrás de ellos se ve un ángel, por encima de todos está Cristo en las nubes con los ángeles, y más alejados están varios hombres sabios: Sócrates, Confucio, Buda y otros. En la parte derecha del dibujo se ve una iglesia, con un patíbulo y algunos ahorcados delante de ella. En primer plano hay obispos, sacerdotes y chambelanes, y detrás de estos, en segundo término, soldados a pie y a caballo. También hay representantes de diversas naciones que leen libros y, en primer término, a saber por qué, un turco con turbante leyendo un libro muy grueso. El retrato de L. N. no es que se le parezca mucho, pero su aspecto general está logrado. Aparece sentado, con las piernas cruzadas.

Historias atroces sobre los campesinos de Yásnaia Poliana. Un hermano le ha robado a otro, una viuda ha asesinado a su hijo ilegítimo, un padre coló a su hijo pequeño por una rendija en un almacén para que robara y le fuera dando el botín, unos niños han roto las ventanas de la biblioteca y se han llevado nuestros libros. Es triste y exasperante. ¡Ay, el poder de las tinieblas!

Ha helado moderadamente. Qué paz, qué silencio. Si no fuera por los vicios de la gente… Cada vez aprecio más la calma, las personas tranquilas, las relaciones sosegadas con ellas.

Estoy leyendo un libro maravilloso sobre el budismo titulado *The Soul of a People*[380]. Qué hermosas y sencillas verdades hay en el budismo. Es como si ya las conocieras, pero verlas escritas, expresadas

de ese modo lacónico, es un deleite para el alma.

Acababa de escribir que aprecio *la calma*, y ahora he recordado unas palabras de ese libro que tenía subrayadas: *the greatest good for your heart is to learn that beyond all this turmoil and fret is the great Peace.*[381]

Carta de Seriozha, donde describe espléndidamente la partida de los *dujobory* desde Batum, con Sulerżycki. Eran dos mil personas, y más tarde Seriozha ha partido con otras dos mil (ha llegado un telegrama); todos se dirigían a Canadá. Me da miedo por Seriozha, pero su reportaje está muy bien escrito: es bello, digno, interesante. Qué decisión más insensata la del gobierno: permitir que una población tan valiosa salga del territorio ruso. Se trata de una gente estupenda, con una sólida formación moral, que no blasfema, que no comete crímenes. Su partida, según escribe Seriozha, tuvo un carácter terrible y solemne al mismo tiempo. Entonaron himnos, el vapor se hizo a la mar… Quién sabe lo que le espera a esa población de siete mil almas que acaba de emprender un viaje de veinticinco jornadas a unas tierras ignotas, sin conocer el idioma, con el dinero justo… Su tenacidad es asombrosa. Pero ¿es la suya una fe, en el sentido religioso del término?

He paseado largo, largo rato; el silencio y la calma de la naturaleza eran increíbles; hace un frío soportable, la nieve es escasa, de modo que se puede recorrer todo el bosque, no sólo los campos. ¡Qué preciosidad!

Por la tarde tuvimos invitados: Zosia y Pávlik Stajóvich y S. N. Glébova. Lev Nikoláievich se encuentra mejor, y todos estamos más animados.

31 de diciembre. El último día del año. ¡Qué nos traerá el Año Nuevo! Desde temprano Masha ha tenido contracciones. Esperamos con angustia que aborte o dé a luz a una criatura muerta. Son ahora las nueve de la noche; la comadrona está aquí y pronto llegará el doctor Rúdnev. La casa está en silencio, y todos aguardamos intranquilos.

Cinco minutos antes de medianoche, Masha ha alumbrado una criatura muerta, de sólo cuatro meses.

Toda la familia aquí presente se ha reunido en calma, con los mejores propósitos, para recibir el nuevo año. Adiós, año viejo, que me trajiste tanto dolor, aunque también unas pocas alegrías. Y gracias a aquellos que me las proporcionaron.

1899

5 de enero. Por la mañana he estado practicando la fotografía; le he escrito una extensa carta a Seriozha, le echo de menos. Ahora debe de estar cruzando el océano Atlántico.

8 de enero. Desde primera hora he estado sola en Tula, en una habitación del hotel San Petersburgo. Estaba deprimida, muy inquieta con la boda de Andriusha. Leí un panfleto francés sobre Auguste Comte que le habían enviado a Lev Nikoláievich, en forma de carta dirigida a É. Zola. Era una apología de la paz, la hermandad y la sociología.

Han llegado mis hijos: Liova, delgaducho; Iliá, rellenito y alegre; Andriusha, muy alterado; y Misha, hecho un salvaje, ruidoso y egoísta, que no había recibido aún su uniforme y andaba buscando un frac.

Iliá y yo le dimos la bendición a Andriusha allí mismo, en la habitación del hotel. Parecía estar como en un sueño, conmovido, sin comprender muy bien por qué se casaba y qué pasaría después. A Olga[382] aún no acabo de entenderla. Una boda siempre es algo aterrador, misterioso y emocionante. Cada dos por tres me entraban ganas de llorar.

Comimos en casa de los Kuhn; después, adioses en la estación, todos algo achispados. Lev Nikoláievich, envuelto en una zamarra, fue a caballo hasta la estación de Tula. El público nos rodeaba: Tolstói y una boda. Todo un espectáculo. Lo acompañamos hasta Yásenki, desde allí seguimos en calesa con Tania. Algunas ráfagas de viento, escasa nieve, la luna brillando en el cielo. Ya en casa, a Masha le dolía la cabeza, estaba triste. La simpática Dora; mi delgado y adorable Liova; el lánguido Kolia, Kólechka Gué; la audaz Marusia. No pasa nada, todo va bien. Los Dieterichs vinieron con nosotros. Lev Nikoláievich ha empezado a disfrutar de la fama. En la estación miraba al público con satisfacción, me di cuenta. Está bien de salud, pero se muestra algo distante.

9 de enero (Yásnaia Poliana). Todo el día limpiando en Yásnaia Poliana, recogiendo la casa. Estuve un rato con Lióvushka en el ala que ocupan, adoro a esa criatura. No hace frío, la lluvia derrite la nieve. Casi no queda ya. A Lev Nikoláievich le duelen los riñones; por la tarde le he estado frotando con ganas. Sigue trabajando en *Resurrección*. Masha está mejor, ya ha intentado levantarse.

20 de enero. No he dormido en toda la noche. Buenas noticias por la mañana: un telegrama de Seriozha desde Canadá. Por fin ha llegado hasta allí con los *dujobory*; durante la travesía hubo tres muertos y un nacimiento, y se declaró una epidemia de viruela, así que tienen que pasar la cuarentena.

He estado en la exposición de arte de esta temporada; las obras escultóricas de Trubetskói son muy valiosas. Me han indignado los premios que han recibido unos cuadros decadentes. Hay unos paisajes preciosos, y dos hermosos retratos femeninos, de Morózova y de Múromtseva. También unas flores campestres: una delicia.

Lev Nikoláievich ha tenido visita de algunos *oscuros*: Nikíforov, Kuteleva, una comadrona que colaboró cuando la hambruna, un tal Zónov, Ushakov…

30 de enero. No he parado de coser en toda la mañana: primero una faja para el cochero, después una falda de seda para mí, a máquina. El viejo Soldatiónkov vino a ver a Lev Nikoláievich, le trajo cinco mil rublos de plata para los *dujobory*. No me parece nada bien esto de andar pidiendo dinero a los ricos después de que L. N. escribiera un artículo condenando el dinero, denunciando que constituye un *mal* y renunciando a él. El mismo espíritu de contradicción que muestra en el caso de la música: ahora dice detestarla, pero M. I. Chaikovski me ha contado que conoce una carta de Lev Nikoláievich a Piotr Ilich Chaikovski en la que dice que considera la música el arte supremo y le concede el *primer* puesto en el mundo del arte.

A menudo me preguntó cómo no le dará vergüenza a Lev Nikoláievich pasarse toda la vida entre semejantes contradicciones. Es pura ideología, todo lo hace con una meta. Su principal objetivo consiste en *describirlo* todo, como en su magnífico artículo del verano pasado sobre la hambruna. Aunque también puede ser que él tenga razón: cada uno sigue su propio camino y defiende su propia causa.

Hace unos días estuve en el liceo, hablando con el director, Gueórguievski. Es un hombre encantador, que trata a Misha mejor que

su propio padre. Misha está animado, aunque ha vuelto a dejar el pensionado, y acude como alumno externo; de todos modos, ha empezado a estudiar en serio. Doce grados bajo cero; días despejados, bonitos, hay escarcha en los árboles del parque.

Por la tarde llevé a Misha Mamónov al liceo y, sin muchas ganas, acudí a un concierto sinfónico. Pero, para mi sorpresa, me causó una magnífica impresión y disfruté mucho. Era la quingentésima sesión sinfónica, y para celebrarlo tocaron lo mismo que en la primera, cuando se inauguraron estos conciertos sinfónicos, bajo la dirección de N. Rubinstein.[383] La *Cuarta sinfonía* de Beethoven y la *Cantata* de Bach me cautivaron y me entusiasmaron. Sentí con alegría que, a pesar de tantas preocupaciones, a pesar de toda clase de influencias y tratos con la gente, la música por sí sola, pura y auténtica, me proporciona un genuino placer espiritual.

1 de febrero. Lev Nikoláievich se queja de los riñones; a pesar de la prohibición del doctor, ha vuelto a ir a caballo a visitar a Rusánov y el paseo ha perjudicado sus ya maltrechos órganos. Han venido a comer Junge y el tío Kostia. Por la tarde llegaron Dunáiev, Almázov, el estudiante Strumenski, y volvieron las discusiones: sobre el desarme, sobre si fue o no fue sincero el zar al hablar de la paz, sobre el marxismo, sobre música. No me aburrí, la charla fue interesante y sin acritud. Y. F. Junge es inteligente y tiene talento; es una mujer que se interesa por todo.

7 al 27 de febrero. Veinte días sin escribir mi diario y, como siempre en estos casos, han pasado muchas cosas, ha habido muchas impresiones y momentos cargados de significado. El día 7 por la mañana recibí un telegrama de Vera Kuzmínskaia[384], desde Kiev: «Neumonía. Mamá está mal». El lunes por la mañana me marchaba a Kiev. Y justo el domingo tuve en casa a Goldenweiser, Almázov y Satz[385], tocando un trío de Beethoven y una sonata de Grieg; la joven Vera Almázova cantó; también estuvieron L. I. Veselítskaia, Ánnenkova y otros invitados, y aquello se me hizo muy duro. En Kiev encontré a mi hermana Tania con neumonía en ambos pulmones, muy débil, con la cara encendida -estaba muy guapa-, padeciendo mucho, pero feliz de verme. No voy a describir su enfermedad, ni el efecto que mi presencia tuvo sobre su ánimo, ni mi terror a perder a mi mejor amiga, ni mi súbita respuesta a la pregunta: ¿qué es la muerte? Sólo cuando lo hacemos de forma inmediata podemos transmitir fielmente nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, y eso ya lo he recogido en mis cartas.

Regresé a Moscú el día 19. De camino, pasé por Yásnaia Poliana a visitar el simpático nido que Liova ha construido con Dora y Lióvushka. Además, siempre disfruto al asomarme a Yásnaia Poliana.

En Moscú encontré a todos sanos. Lev Nikoláievich lo primero que hizo fue conseguir que se me saltaran las lágrimas de rabia, diciéndome: «Me alegro de que hayas vuelto, así ahora puedo irme a casa de los Olsúfiev». Agotada, exhausta por el viaje a Kiev, no pude contenerme y me eché a llorar: «¡Con lo contenta que yo estaba, convencida de que ahora pasaríamos una temporada tranquilamente juntos!». Se asustó al ver mis lágrimas y empezó a decirme que él, naturalmente, también se alegraba de poder estar conmigo y que, por el momento, no se iba a ninguna parte. Mi hija Tania me da una pena atroz. Le han tenido que extraer algunos dientes, y a través del hueco resultante debe introducirse continuamente una jeringa en la nariz. Eso la tiene deprimida; además no deja de acordarse de Sujotin, y es incapaz de cambiar sus sentimientos por él. Su vida es una sucesión de infortunios que, sin ser especialmente dramáticos, le van amargando la existencia. Han llegado unas cartas de Seriozha, muy interesantes, sobre su vida con los *dujobory* durante la cuarentena. Todavía no les han permitido entrar en Canadá.

Hay un artista viviendo en casa; un francés insignificante, un inútil; le dejaron instalarse aquí en mi ausencia. Se llama Sinet[386].

Por casualidad, vi a Serguéi Ivánovich en casa de los Máslov. Otra vez estamos en buenas relaciones.

21 de junio. Prácticamente tres meses sin abrir el diario. No he vivido en todo este tiempo; he estado enferma de cuerpo y alma. Los doctores hablaron de un *debilitamiento de la actividad cardiaca*, a veces no pasaba de las cuarenta y ocho pulsaciones por minuto; mi vida se apagaba y experimentaba una serena alegría ante esa paulatina salida de este mundo. Pude sentir el intenso amor, el cariño de toda mi familia, de amigos y conocidos en el transcurso de mi enfermedad. Pero al final salí adelante: Dios dispuso que siguiera viviendo. ¿Para qué? Ya veremos…

¿Ocurrió algo especialmente significativo estos tres meses? Nada de particular. Seriozha regresó sano y salvo de Canadá, lo cual me llenó de alegría. Se celebraron tres magníficos conciertos dirigidos por Nikisch[387], de la Filarmónica de Berlín; fue muy agradable.

El 14 de mayo Lev Nikoláievich se marchó al campo: primero fue con Tania a Pirogovo, y el 19 siguió para Yásnaia. El día 18, Sasha y yo habíamos salido para Yásnaia Poliana. El 20 de mayo la pobre Tania viajó a Viena con Marusia; allí la operó Hajek. Ha sufrido mucho, y yo aún más por ella.

El 30 de mayo Liova, Dora y Lióvushka partieron para Suiza. Ahora estamos en Yásnaia con Andriusha y su mujer, Olga; con Sasha y *miss* Welsh; con Nikolái Gué, que copia sin descanso *Resurrección* para Lev Nikoláievich; y con Misha y su profesor, un joven estudiante apellidado Arjánguelski.

Serguéi Ivánovich y la Lavróvskaia[388] vinieron a vernos desde Moscú. Serguéi Ivánovich interpretó mi sonata preferida de Beethoven, la *Sonata en Re menor*, y el *Nocturno* de Chopin de los seis sostenidos -eligió mis piezas favoritas-, entre otras cosas; al día siguiente tocó su nuevo cuarteto y se lo explicó de un modo muy interesante a mi hijo Seriozha. Todo fueron alegrías.

Pero más tarde, el 14 de junio, Lev Nikoláievich empezó a sentirse mal del estómago. Estuvo todo el día con tremendos dolores, y todavía no se ha recuperado.

El verano se presenta frío y lluvioso.

Lev Nikoláievich lleva una vida muy monótona. Por las mañanas trabaja en *Resurrección*; le va mandando a Marchs, para *El Trigal*, lo que tiene ya listo y, mientras tanto, corrige pruebas o revisa el manuscrito. Bebe Ems; está flaco, este año ha envejecido mucho.

Nuestras relaciones son muy buenas: tranquilas, complacientes, sin recriminaciones, sin maldades; ¡ojalá fueran así siempre! No obstante, en ocasiones me entristece comprobar cierta distancia e indiferencia por su parte.

Ayer ocurrió algo que me dejó una mala sensación. Lev Nikoláievich le entregó a un campesino autodidacta unos libros para que los encuadernara. En uno de ellos se había dejado una carta olvidada. Se trataba de un sobre azul, sellado, y en él había algo escrito: la letra era la de L. N. Al leerlo, me quedé horrorizada: el sobre estaba dirigido a mí, y lo que ponía por fuera era que había decidido quitarse la vida, porque se daba cuenta de que no le quería, sino que amaba a otro, y eso le resultaba insoportable… Quise abrir el sobre y leer la carta, pero él me la quitó de las manos y la hizo añicos.

Así que estaba celoso por mi relación con T. Tanto que había pensado en suicidarse. ¡Pobrecito mío! ¿Cómo iba yo a amar a nadie más que a él? ¡Pensar en todo lo que he sufrido por culpa de esos absurdos celos durante toda mi vida! ¡A cuántas cosas he tenido que renunciar por ese motivo! A mi amistad con personas excelentes, a los viajes, a mi formación, a todo lo más interesante, valioso y significativo.

Anteayer volví a sufrir un desvanecimiento. Estoy esperando la muerte, lista para darle la bienvenida; no la veo como el límite de nada. Creo que supondrá el cambio de un momento de la eternidad (nuestra vida terrena) por otro; y este otro momento es *interesante*, como me dijo un amigo.

Mi alma ha sufrido tantos desgarros. En ella se han acumulado tantas añoranzas, remordimientos, ansias de amor y anhelos de una vida diferente que se hace muy difícil soportar la tensión mucho más tiempo.

«Concédeme el espíritu de la sabiduría, de la humildad, de la paciencia y del amor.»

Hace calor, hoy me he bañado por primera vez.

11 de octubre. Otra vez han transcurrido algunos días atareados y monótonos en Yásnaia Poliana. Ha llegado carta de Tania; dice que está tranquila y feliz, sabiendo que está en buenas manos. De modo que por fin ha decidido casarse con Sujotin.

Anteayer Lev Nikoláievich se fue por la tarde a dar una vuelta, sin decirme adónde iba ni cómo. Pensé que había salido a caballo, a pesar de que últimamente tiene tos y está resfriado. Justo entonces se levantó una violenta tormenta. Caían la nieve y la lluvia, los tejados y los árboles se estremecían, temblaban los marcos de las ventanas, todo estaba oscuro -no había luna-, pero él seguía sin aparecer. Me asomé al porche, me quedé en la terraza esperándole con un nudo en la garganta y el corazón en un puño, como en mi juventud, cuando me pasaba las horas aguardando, en una agonía malsana, a que volviera de la caza. Al fin regresó, cansado y sudoroso, de su largo paseo. Le había costado mucho caminar por el barro; estaba fatigado, pero animoso. Entonces estallé y, entre lágrimas, le dije que no se cuidaba nada y le reproché que no me hubiera dicho adónde iba. Y, al oír mis palabras, cargadas de pasión y de afecto, sólo se le ocurrió replicar con ironía: «¿Qué pasa si he salido? No creo que tenga que decirte nada, ya no soy ningún niño». «Pero tú no estás bien.» «El aire me sienta estupendamente.» «Pero con esta tormenta: la lluvia, la nieve…» «Pues lo normal: llueve, hace viento…»

Me sacó de mis casillas. Todo ese cariño, todos esos desvelos por él, y ¡tanta frialdad en su espíritu!

Ésta es mi vida: por la mañana trabajo, escribo cartas. De doce a dos poso para el retrato que me está haciendo Igúmnova: mal, sin ninguna gracia. Después de comer, paseo un rato o me dedico a la fotografía; a lo largo del día, le enseño alemán a Sasha. Después toco el piano, y por la tarde Olga y yo copiamos *Resurrección* para Lev Nikoláievich. Ayer Olga y yo interpretamos a cuatro manos la *Quinta* y la *Octava sinfonía* de Beethoven. ¡Qué preciosidad, qué riqueza de sonidos! La música me deja totalmente feliz y serena.

Un otoño muy sucio y frío. Dentro de nada me voy a Moscú.

31 de diciembre. ¡Último día de un triste año! ¿Qué nos traerá el nuevo?

El 14 de noviembre nuestra Tania se casó con Mijaíl Serguéievich Sujotin. Era de esperar. Se podía notar que ya había agotado, que había vivido hasta el fin, su vida de soltera.

Para nosotros, sus padres, ese suceso entrañó un dolor tan profundo como no lo habíamos vuelto a sentir desde la muerte de Vánechka. Lev Nikoláievich fue incapaz de conservar su habitual aplomo. Cuando Tania, atormentada y afligida, vestida con un sencillo traje gris y un sombrero, subió a despedirse antes de marcharse a la iglesia, Lev Nikoláievich sollozaba de tal modo que parecía estar diciendo adiós a todo aquello que más apreciaba en su vida.

Nosotros no la acompañamos a la iglesia, pero tampoco fuimos capaces de estar juntos. Tras despedir a Tania, entré en su cuarto, ya vacío, y prorrumpí en sollozos: sentía el mismo desconsuelo que el día de la muerte de Vánechka.

Apenas había invitados: nuestros hijos, excepto Liova y Masha, dos de nuestros nietos y poco más.

Como no habían conseguido un compartimento en el coche cama, Tania y Sujotin no pudieron partir ese mismo día para el extranjero; Tania se quedó un día más en nuestra casa, mientras Sujotin se fue a pasar la noche a casa de su hermana.

Al día siguiente les vimos partir hacia Viena, desde donde siguieron viaje para Roma, donde estarán ahora. ¿Será feliz mi hija? Sus largas cartas no me permiten saberlo: son esencialmente descriptivas.

Lev Nikoláievich se puso muy triste y lloró enormemente por Tania; al final, el 21 de noviembre cayó enfermo, con dolores fortísimos en el estómago y en el hígado; durante dos días tuvo el pulso muy débil y la temperatura le bajó a treinta y cinco y medio. Le suministraron estimulantes: vino, café -le añadieron cafeína al café sin decirle nada-, gotas de Hoffmann, etcétera. Le trató Pável Serguéievich Úsov, un médico muy atento y simpático que ya me había tratado a mí la pasada primavera. No tengo tiempo ahora de describir con detalle cómo nos ocupamos todos de Lev Nikoláievich ni el esfuerzo moral y físico que supuso para mí. Sobre todo, moral. Malacostumbrado por la adulación y la admiración del mundo entero, acogió mis esfuerzos desmedidos como una obligación más… Pero no es *celebridad* lo que las mujeres requerimos de un marido, sino amor y cariño.

Ya han transcurrido casi seis semanas y Lev Nikoláievich está mejor. Pero no puede decirse que esté totalmente repuesto. Sigue mostrando atonía intestinal, padece del hígado y tiene una fuerte gastritis.

Le hemos dado Ems, polvo de cerio, polvo efervescente Botkin, cafeína, vino. Y también agua de Kissingen Rákóczi. Ah, se me olvidaba: los tres primeros días bebió agua de Karlsbad y en una ocasión (a base de grandes esfuerzos y lágrimas conseguí que se la tomara) le dimos agua amarga de Franz-Josef.

Durante la enfermedad de Lev Nikoláievich la pintura fue una magnífica distracción para mis pesares. Hasta entonces nunca había estudiado dibujo ni había pintado acuarelas, pero en esos momentos, a petición de mi hijo Iliá, copié dos caballos de unos dibujos de Sverchkov[389]: Jolstomer de joven y Jolstomer de viejo. Salieron tan bien que todos me alabaron desmesuradamente, y yo me alegré.

He sufrido tanto anímicamente. Por primera vez en toda mi vida me he dado cuenta *claramente* de que podría perder a mi marido y quedarme sola en este mundo. Y el dolor me ha destrozado el corazón. Como no deje de pensar en ello, podría volver a caer enferma.

Misha y Kolia están viviendo en casa, lo mismo que Andriusha y Olga, que está embarazada de cinco meses y acaba de perder a su padre.

También por este lado todo es motivo de tristeza: Andriusha trata de forma grosera, despótica y exigente a su dulce, sensata y complaciente Olga. No puedo soportar ver sus padecimientos y su desdicha; continuamente estoy reprendiendo y censurando a mi hijo, pero él parece un loco, no una persona en su sano juicio. También él padece del hígado, y a su pobre mujer aún le tocará sufrir mucho por esa maldita dolencia hereditaria. Lev Nikoláievich lo ha pasado muy mal por culpa del hígado, y yo con él.

¡Qué dura es la vida en general! ¿Dónde se encuentra la felicidad? ¿Dónde la calma? ¿Dónde la alegría? En el mundo de los niños, al que acabo de asomarme cuando he ido a ver a mis nietos en Grinevka a preparar el árbol de Navidad. Ahí he podido examinar ese mundo, adorable y serio, de los niños, que casi sin querer te obligan a creer en la vida, en su importancia y su significado. La felicidad también se encuentra en la naturaleza, callada y pura, en cuya compañía he pasado estos tres últimos días, disfrutando de los interminables campos nevados y de la escarcha, que resplandece al claro sol, cubriendo bosques y jardines.

Vivo al día; no tengo metas, ni espero nada importante de la vida, de la que estoy ya terriblemente cansada. Estoy escribiendo una extensa novela[390]; eso sí me interesa. Me esfuerzo, si no en endulzarles la vida a quienes me rodean, sí al menos en no amargársela. Me esfuerzo por aportar algo de paz y amor a mi familia y mis amigos.

Me duelen los ojos, no veo bien. Pero en esto, como en todo: «¡Hágase tu voluntad!». Fin del año 1899.

1900

5 de noviembre. Llevo casi un año sin escribir el diario. No voy a hacer recuento de los acontecimientos del año. Lo más duro ha sido el debilitamiento de mi vista. En el ojo izquierdo se me rompió una pequeña vena y, como dijo el especialista, se produjo una hemorragia interna, prácticamente microscópica. Ahora veo, de forma permanente, un círculo negro delante del ojo izquierdo; además, me duele el ojo y la vista se me nubla. Eso sucedió el 27 de mayo, y me prohibieron leer, escribir, trabajar y hacer cualquier esfuerzo. Han sido muy duros estos seis meses de inactividad y de tratamientos inútiles, sin baños, sin luz, sin vida intelectual…

Apenas he tocado el piano; en cambio, he tenido que ocuparme de los asuntos de la hacienda, y ha sido una tarea agotadora. He plantado manzanos y otros árboles, y he asistido con pesar a la eterna lucha por la vida con los campesinos: por su parte, hurtos e indisciplina; por la nuestra, una existencia injustamente acomodada, que exige que trabajen para nosotros en medio de la lluvia, el frío y el lodo, y no sólo los adultos, sino también los niños, a cambio de un jornal de quince kópeks, en ocasiones sólo diez.

El 20 de octubre me trasladé a Moscú con Sasha; iba muy animada, dispuesta a todo lo mejor, a tratar con la gente, a disfrutar de la compañía de mis amigos más queridos. Ahora estoy deprimida otra vez.

Lev Nikoláievich dejó Yásnaia Poliana el 18 de octubre para reunirse con nuestra hija Tania en Kochety[391]. El 3 de noviembre se dirigió a Moscú, adonde llegó enfermo, para variar. Tras un mes de lluvias y barrizales, los caminos se habían congelado y el viaje en coche equivalía a un traqueteo imposible. Decidió ir a pie a la estación, y estuvo cuatro horas deambulando por aquellos caminos desconocidos, empapado en sudor. Por fin se subió en una carreta destartalada y así llegó a la estación. Ahora han vuelto los dolores de estómago, y otra vez necesita masajes y todas esas cosas.

Qué alegría me ha dado verle. Desde el momento en que nos separamos, ha estado abatido, desconfiado, no ha sido capaz de trabajar. Pero hasta entonces había estado más animado que nunca,

alegre, lleno de energía; con qué entusiasmo estuvo escribiendo su drama *El cadáver*[392] y, en general, cuánto trabajó.

Al encontrarnos en la estación, me miró fijamente y me dijo: «¡Pero qué guapa estás! ¡Hay que ver, estás guapísima!».

Ayer y hoy ha estado ordenando sus papeles y sus libros. Han venido a verle *sus* amigos: Gorbunov, Nakashidze, Boulanger, Dunáiev y demás. Están planeando sacar una revista con escritorzuelos sin talento, del estilo de Chertkov y Biriukov, y a Lev Nikoláievich intentarán sacarle el alma.

Fui a ver a Misha a su nueva finca, y me dio mucha pena de él: es tan infantil, tan tímido, y no sabe cómo encarar su vida. En verano estuve viendo a Tania; en otoño a Andriusha. Todos *están empezando* nuevas vidas. Hoy he ido con Sasha y Misha Sujotin al ensayo de *La casa de hielo* de Koreshchenko[393]. Ahí estaban V. I. Máslova, los Maklakov, Serguéi Ivánovich y otros. Nos encontramos muy de vez en cuando, pero cuando lo hacemos es como si nunca hubiéramos dejado de vernos.

He estado deprimida todo el otoño; ni la nieve, ni el viento, ni las satisfacciones de la vida: era como estar profundamente dormida. ¿Despertaré a nuevas alegrías? ¿Tal vez a la muerte? ¿O tendrá que presentarse una profunda desdicha para sacudir mi alma abatida? Ya veremos…

Esta tarde le estaba preparando una lavativa, a base de aceite de ricino y yema de huevo, a Lev Nikoláievich, mientras él sermoneaba a Goldenweiser, que le escuchaba complaciente, diciendo que los gobiernos europeos se están volviendo cada vez más insolentes y provocativos en sus medidas y en sus acciones.

13 de noviembre. Ha venido Tania con su marido; antes la había visto Sneguiriov, que le ha dicho que su embarazo marcha perfectamente. Al ver a Tania, Lev Nikoláievich se ha puesto tan contento que no daba crédito a sus ojos y no cesaba de repetir: «¿Seguro que es ella? ¡Es asombroso!».

Por la tarde, Lev Nikoláievich, Mijaíl Serguéievich, Misha y Seriozha fueron a los baños. Después estuvimos con Tania; se ha vuelto una extraña: sólo se preocupa por cuestiones materiales vinculadas a la familia Sujotin. Como ella misma ha dicho: «Me he vuelto una perfecta Marta».

También han estado aquí los jóvenes Maklakov: Masha y Nikolái. Esta tarde Lev Nikoláievich ha jugado al ajedrez con Mijaíl Serguéievich. A Seriozha da pena verlo: se pasa el día entero, de la mañana a la noche, sentado delante del tablero, con el rostro muy

serio, pensando en sus cosas.

Yo sigo desanimada, y además padezco de neuralgia. Me cuesta vivir, me cuesta mucho: ese fuego interior aún podría calentar mi vida, pero lo que hace es devorarla, porque tengo que estar sofocando la llama cada vez que se asoma al exterior.

Lev Nikoláievich ha retomado la escritura; hoy ha sido el primer día que ha podido trabajar. Estando a mi lado, sabiendo que me preocupaba por él, no ha tardado en recobrar la salud, y ahora tiene la mente despejada.

20 de noviembre. Ayer tuvimos visitas: un individuo de la isla de Java que hablaba francés; otro del cabo de Buena Esperanza que hablaba inglés. El primero contó una anécdota interesante de Java: en la capital tienen tranvías eléctricos, una ópera y centros de enseñanza superior, mientras que en las provincias hay caníbales e idólatras auténticos. Este malayo se ha leído todas las obras filosóficas de Lev Nikoláievich, y ha venido hasta aquí *expresamente*, sólo para poder verlo y hablar con él.

La casa está hasta arriba de gente: han venido mi nuera Sonia con sus dos pequeños, Andriusha y Misha, y Tania con su marido y uno de sus hijastros. Aparte de eso, también están aquí Yulia Ivánovna Igúmnova, Seriozha y Misha. Ayer asistimos a dos romances: el de Misha con Lina, una muchacha encantadora y seria, que ayer, por primera vez, pasó el día con nosotros; y el de Sasha, que se nos ha enamorado de Yusha Naryshkin. Cualquiera sabe cómo acabará todo esto…

Me encanta que la vida bulla a mi alrededor; pero yo ahora ya no puedo tomar parte en ella, como hacía antaño. El ímpetu de mi propia vida, la intensidad de sus manifestaciones y de mis relaciones con la familia y con el resto de la gente, ha acabado por consumir mi corazón, que está ya exhausto.

Ayer estuve viendo a Marusia, que está enferma; después me quedé en casa, ociosa, escuchando a Goldenweiser (tocó la sonata *Appassionata* de Beethoven, cosas de Chopin, etcétera). Fue muy agradable, pero me acosté con una sensación de vacío, y además sigo sin estar bien. Lev Nikoláievich también tose y está resfriado; está entusiasmado con el ajedrez, y por las tardes se pasa las horas muertas jugando con Mijaíl Serguéievich, con Seriozha, con Goldenweiser o con quien sea.

23 de noviembre. Tania y su marido se han ido hoy a su casa, en

la aldea. Tiene intención de regresar a Moscú para el parto. El caso es que volvemos a alejarnos hasta finales de enero y, de no haber sido por mi apatía, esta nueva separación habría sido igualmente dolorosa. También se marchan hoy Seriozha y Misha, y mañana lo hará Sonia con mis nietos. Pero, por culpa de esta apatía, no creo que vaya a echar de menos a nadie, y tampoco me apetece ver a nadie en particular. Tengo una continua sensación de pérdida irreparable, un estado de impotencia y abatimiento, y noto el vacío, la falta de metas en la vida, la ausencia de un amigo cercano, de amor, de inquietudes.

Me devano los sesos tratando de adivinar *para qué* vive mi marido. Ya no me tiene al corriente de lo que escribe ni de lo que piensa; mi vida le interesa cada vez menos.

17 de diciembre. Ayer por la tarde regresé de Yásnaia Poliana, agotada mental y físicamente. Encontré allí a mi nieto Lióvushka con fiebre y a Dora inquieta y también enferma. Estando yo allí, Liova se marchó a San Petersburgo, donde ha comprado una casa, y me desgarró el alma ver a aquella madre tan ansiosa, con un bebé que no para de llorar en todo el día.

Me pasé dos días pagando algunos jornales pendientes, registrando los pagos y revisando las cuentas. Después estuve recorriendo la hacienda. Es una guerra interminable con los campesinos: desde el punto de vista de esa gente que vive en la miseria, los hurtos están muy justificados, pero no resulta nada agradable. Especialmente desalentador resultó ver cómo los campesinos de Grummont habían talado los abedules de la orilla del estanque, donde a menudo íbamos a merendar, a tomar té y a pescar. Lo sentí por un aldeano que había arrancado unos manzanos que había junto a un cobertizo: pidió perdón, pero en mi ausencia habían denunciado el caso ante el suboficial de policía.

Pasé casi cuatro días con Dora; me ocupé de los niños, pero me cuesta mucho revivir ahora con mis nietos mis viejas sensaciones. De Yásnaia Poliana fui a Ovsiánnikovo, a ver a María Aleksándrovna Schmidt, y de ahí a casa de Olga, en Taptykovo: veinte verstas en coche de caballos. La tarde gélida, el crepúsculo escarlata, el contorno afilado de la media luna, las interminables extensiones nevadas, la escarcha: todo callado, severo, frío. Por la noche, un frío extremo: veinticuatro grados bajo cero. Me quedé helada, me sentía triste y desamparada. Después de su enfermedad, María Aleksándrovna parece derrotada tras una vida laboriosa. El joven Abrikósov[394] lleva una vida de asceta. No es fácil entender qué hace precisamente allí, en una aldea que no es la suya, sin ningún objetivo en la vida, fabricando una especie de arcón para un campesino a cambio de unas monedas,

cuando su padre tiene una confitería, una magnífica finca en Crimea y vive a lo grande.

En Taptykovo encontré a Olga sola, Andriusha había salido a cazar lobos. Parece un pajarito en una jaula, allí sola con la niña. Me dio lástima. Pasé allí la noche y me fui al día siguiente; seguían los veinticuatro grados bajo cero. Los vagones del tren estaban helados; me tumbé y me puse a pensar: no todo eran motivos de alegría.

Al llegar a casa, Lev Nikoláievich estaba jugando al ajedrez con Sujotin. Lo encontré flaco, desmejorado, me dio pena y me deprimí todavía más. Hoy Sujotin se ha marchado al extranjero, con su médico y con un hijo. A Tania la deja en la aldea con el resto de los hijos.

23 de diciembre. Hemos pasado algunos días duros, agotadores. La enfermedad de Lióvushka ha resultado ser una tuberculosis cerebral. Se está muriendo, y muy pronto otra dulce criatura, tan unida a mi alma, nos va a dejar. Tampoco *este* niño, con su delicada constitución moral, estaba hecho para este mundo, como le pasaba a mi Vánechka.

A Lev Nikoláievich no paran de asediarle. Ayer vinieron quince americanas y dos americanos a ver al famoso Tolstói. Yo no quise verles, no estaba de humor.

También han venido unos *molokane*. Desean trasladarse a Canadá, siguiendo el ejemplo de los *dujobory*, y le han pedido consejo a Lev Nikoláievich. Todas estas multitudes le dejan exhausto, y se alegra cuando viene a verle gente de *su* círculo, como Butenev, o cuando tiene con quien jugar al ajedrez, como ha pasado hoy con nuestro hijo Iliá y con Vasili Maklakov.

Iliá nos ha traído a nuestro nieto Misha, lo cual me ha agradado mucho. Ha venido Anna Ivánovna y me ha dicho que el martes pasado Serguéi Ivánovich, después de sus clases, tenía pensado venir a verme, pero estuvo un buen rato buscando un libro y se le hizo tarde, así que no pudo venir. ¡Típico de él!

También se está muriendo S. A. Filosófova, y Sonia se ha marchado a acompañarla. ¡Qué horrible, qué espantoso es todo! ¡Muerte, tristeza, sufrimientos por todas partes!

1901

6 de enero. He terminado y empezado el año sumida en un inmenso dolor. El 25 de diciembre, día de Navidad, recibí la noticia de la muerte de Lióvushka, que había fallecido la víspera a las nueve de la noche.[395] A pesar de mi mala salud, preparé inmediatamente las cosas y salí para Yásnaia. Me acompañó Iliá. Llegué al atardecer, Dora se arrojó a mis brazos prorrumpiendo en un terrible sollozo. Liova estaba delgado, nervioso, y se culpaba a sí mismo, a su mujer y a todos de la muerte de su hijo. Que si habían dejado que se resfriara, que si no tenía un buen abrigo, que si no habían sabido vigilar su naturaleza débil y enfermiza. Y ese sentimiento de culpabilidad era el dolor más difícil de soportar. ¡Era un dolor terrible! La agonía que padecí al morir Vánechka emergió desde el fondo de mi alma, y sufrí lo indecible por mí misma y por los jóvenes padres, mis hijos. En nada pude socorrerles; llegó Westerlund, el padre de Dora, quien ayudó un poco a Liova a quitar de su conciencia el peso de la culpa. Estuvo presente en todo momento la dulce María Aleksándrovna Schmidt. Andriusha llegó para el entierro. De nuevo esta fosa abierta, la carita de cera rodeada de jacintos y de lirios, la quietud de la muerte y la irracional desesperación de los que se quedan.

Después llegó la noticia de que Tania había dado a luz a una niña muerta.[396] Me dejó completamente aturdida. El mismo día del entierro de Lióvushka, por la noche, me marché a casa de Tania. Me acompañó Andriusha. Y allí encontré el sueño truncado de Tania de ser madre, su pena, su enfermedad, la ausencia de su marido, y una vez más se me encogió el corazón. Tania actuaba con mucha valentía, se ocupaba de los niños, leía, tejía, charlaba. Pero en sus ojos pude ver el dolor y la desesperación de no tener ni a su marido ni a su hijo. Sus hijastros[397], especialmente Natasha, son muy buenos con ella, pero Tania me dijo: «Al contemplar a la niñita muerta, apenas me llegó una ráfaga de lo que es el instinto maternal, y me aterroricé de su fuerza».

Regresé a Moscú el 3 de enero; Sasha y L. N. se alegraron mucho de verme, y también los sirvientes, y me sentí a gusto y tranquila en mi casa. Se ha anunciado la boda de Misha con Lina Glébova[398]; ella le ama con locura. Hoy he ido a casa de los Glébov para la bendición; ha

sido muy emotivo, se me han saltado las lágrimas. Lina está radiante de felicidad.

Estos días ha estado por aquí Stásov; es un anciano inteligente e interesante, pero en grandes dosis resulta agotador. Ayer por la tarde estuvo tocando Goldenweiser, la música ha vuelto a ejercer una influencia positiva y tranquilizadora sobre mí.

Lev Nikoláievich se queja de dolor de estómago y de hígado. Come poco, a deshora, pasa mucho tiempo en cama adormilado y mustio, pero no sabe contenerse, hoy ha comido coliflor y se ha puesto peor. Está escribiendo cartas a varias personalidades y no trabaja nada.

He mandado a Sasha y a Marusia Maklakova a casa de Dora y Liova, en Yásnaia, y luego a pasar un día con Olga[399].

Esta tarde ha venido Iliá. Hemos tomado el té y hemos estado conversando mis tres hijos -Seriozha, Iliá y Andriusha-y yo. Iliá echa de menos a su mujer, que se encuentra en Yalta visitando a su madre enferma. Al principio han sido duros conmigo, pero después se han suavizado. Seriozha, como siempre, es prudente y justo, a Iliá le gusta llegar a los extremos, Andriusha es sentimental y tierno. Escribió a su mujer lamentándose de no poder pasar con ella el día de su aniversario, el octavo.

Hoy han venido Dunáieva[400], la monja Wipper y Chernogúbov, con motivo de la biografía de Fet.[401]

31 de enero. Hoy hemos casado a Misha con Lina Glébova. Ha sido una boda muy fastuosa, aristocrática. El gran duque Sergui Aleksándrovich[402] ha venido expresamente de San Petersburgo para pasar aquí un día y asistir a la boda. Cantores del coro de Chúdov[403], trajes, flores, hermosas oraciones por los recién casados. Vanidad, esplendor y el paso inconsciente a la vida en común de los dos jóvenes enamorados.

Todo eso a mí ya no me produce ninguna *alegría*. Por desgracia, conozco las complicaciones que acarrea la existencia, y me da lástima de mi joven y querido Misha, que se adentra sin retorno en esta nueva forma de vida. Gracias a Dios que se ha casado con una mujer digna de él y que lo quiere mucho.

Al salir de la iglesia hemos ido a casa de los Glébov, donde el gran duque ha estado encantador conmigo, y confieso, no sin pudor, que me ha halagado, al igual que lo han hecho los comentarios que he escuchado al salir de la iglesia: «¿Y ésta es la madre del novio?». «Pues todavía es una preciosidad.»

Misha estaba contento, y también Lina. Les hemos acompañado al tren. Venían los padrinos y un grupo de jóvenes que aprecian mucho a

Misha. Llevaban flores, bombones, bebían champán, vitoreaban a la pareja. Me alegro mucho de que los recién casados se marchen a Yásnaia Poliana, donde Duniasha les tiene todo preparado y donde les esperan Liova y Dora. En representación de mi familia ha venido de Kiev Misha Kuzminski[404].

Lev Nikoláievich se ha pasado toda la boda en casa, y a las cuatro ha salido a despedirse de Misha y Lina. Por la noche han venido a verle unos sectarios de Dubovka y varios *oscuros*. Han estado leyendo en voz alta el escrito del campesino Nóvikov[405] sobre las necesidades del pueblo.

18 de febrero. Ayer me acosté tarde bajo el pesado influjo de las conversaciones entre Lev Nikoláievich y Bulyguin[406] sobre religión. Estuvieron hablando de que un pope enfundado en una casulla de brocado te da de beber vino tinto peleón y a esto se le llama *religión*. Lev Nikoláievich se burló y expresó groseramente su desacuerdo con la Iglesia. Bulyguin dijo que siempre ha visto en la Iglesia al diablo a gran escala.

Me dio una rabia y una pena enorme oír todo eso, y dije en voz alta lo que pensaba: que la verdadera religión no puede fijarse ni en la casulla brocada de un clérigo, ni en la blusa de franela de Lev Nikoláievich, ni en el hábito de un monje. Esas cosas no tienen importancia.

6 de marzo. Hemos vivido numerosos acontecimientos, no en la esfera privada, sino en la pública. El día 24 de febrero todos los periódicos publicaron la excomunión de Lev Nikoláievich. La pego aquí mismo, en la página anterior[407], por tratarse de un acontecimiento histórico. Este papel ha escandalizado a la sociedad, ha generado perplejidad e insatisfacción entre el pueblo. Durante tres días han estado ovacionando a Lev Nikoláievich, trayéndole cestas con flores frescas, enviándole telegramas, cartas, felicitaciones. Aún continúan las muestras de simpatía a Lev Nikoláievich y de desacuerdo con el Sínodo y los metropolitas. Ese mismo día escribí y envié una carta a Pobedonóstsev y a los metropolitas. La adjunto aquí mismo.[408]

La estúpida excomunión coincidió con ciertas revueltas estudiantiles. El 24 era ya el tercer día en que se llevaban a cabo movilizaciones en la universidad y entre toda la población de Moscú. Los estudiantes de Moscú se sublevaron porque los de Kiev habían sido puestos en manos de los soldados por alterar el orden. Pero lo

más sorprendente es que, si bien antes el pueblo no apoyaba a los estudiantes, ahora, por el contrario, todos están de su lado. Los cocheros, los tenderos y, especialmente, los obreros dicen que los estudiantes defienden la verdad y protegen a los pobres.[409]

Ese mismo domingo, el 24 de febrero, Lev Nikoláievich caminaba con Dunáiev por la plaza Lubianka, donde se congregaba una multitud de varios miles de personas. Alguien vio a Lev Nikoláievich y exclamó: «Es el diablo personificado». Fueron muchos los que se volvieron a mirar, reconocieron a Lev Nikoláievich y se pusieron a gritar: «¡Hurra, Lev Nikoláievich! ¡Saludemos a este gran hombre! ¡Hurra!».

La multitud crecía, los gritos se intensificaban; los cocheros huyeron…

Finalmente, un estudiante llegó con un carruaje y metió en él a Lev Nikoláievich y a Dunáiev; un gendarme montado, al ver que la gente agarraba las riendas y sujetaba al caballo por la brida, intervino y comenzó a apartar a la multitud.

Hace ya varios días que en nuestra casa no cesa el espíritu festivo; de la mañana a la noche continúan llegando visitantes, auténticas multitudes…

26 de marzo. Me da mucha pena no haber ido anotando rigurosamente los acontecimientos, las conversaciones y todo lo que ha sucedido. Lo más interesante para mí han sido las cartas, en su gran mayoría llegadas del extranjero, en apoyo a la que envié a Pobedonóstsev y a los tres metropolitas. Ningún manuscrito de Lev Nikoláievich ha tenido tan rápida y amplia difusión como mi carta. Ha sido traducida a todas las lenguas extranjeras. Me ha alegrado, pero no me ha enorgullecido, ¡por el amor de Dios! La escribí de forma apresurada, de un tirón, en caliente. Fue Dios el que me ordenó que lo hiciera, no mi voluntad[410] y se ha producido un acontecimiento importante: Lev Nikoláievich ha enviado una carta «al zar y sus asistentes». ¡Qué resultará de todo esto! No quisiera que a nuestros años nos expulsaran de Rusia.[411]

También ha sido un gran acontecimiento para mí el concierto que organicé a favor del orfanato.[412] Asistió gente muy agradable, que otorgó al acto un carácter sorprendentemente solemne, interesante, ceremonioso y elegante. Jóvenes damas vestidas de blanco vendían los programas, sobre las mesas había cestas de flores frescas. Hubo pocos bises. Mijaíl Aleksándrovich Stajóvich hizo una lectura magnífica de un fragmento de la obra de Lev Nikoláievich *¿Quién tiene razón?* La opinión de gente a la que tengo en gran estima ha dejado mi amor propio completamente satisfecho. Para el orfanato recaudamos poco, mil trescientos siete rublos. Lev Nikoláievich se encuentra mejor de

salud, sin contar los dolores en las piernas, que aún persisten. Parece que cuanto ha sucedido le hubiera infundido ánimo y fuerza. Conmigo se muestra cariñoso y de nuevo muy apasionado. ¡Ay! Eso suele ir casi siempre de la mano.

He empezado a ayunar. Estoy tejiendo gorros para el orfanato; hoy le he cosido una falda negra a Várechka Nagórnova[413], la dulce y desamparada sobrina de Lev Nikoláievich. Tiene cincuenta años, pero en cierto modo parece una niña. Hemos tocado juntas a cuatro manos. Ayer estuvimos interpretando sinfonías de Beethoven. El Domingo de Ramos tuve una discusión con Sasha. Le pedí que me acompañara al oficio de vísperas; se opuso, argumentando que ya no creía. Le dije que si quería seguir la senda de su padre tendría, como él, que recorrer todas las etapas: durante algunos años, mucho tiempo después de nuestra boda, él había sido ortodoxo a ultranza. Después renegó de la Iglesia a favor del cristianismo puro, y al mismo tiempo renunció también a los placeres terrenales. Sasha, como muchos de mis hijos, siempre se muestra partidaria de lo que resulta más fácil; en este caso, simplemente, de no ir a la iglesia. Hasta me eché a llorar. Ella fue a pedir consejo a su padre, y él le dijo: «Por supuesto que has de ir y, ante todo, no hagas sufrir a tu madre».

Vino conmigo a la iglesia del orfanato, asistió al oficio de vísperas y ahora va a ayunar conmigo. (Al final no ayunó.)

Hoy ha aparecido en los periódicos que Vannovski[414] ha sido nombrado ministro de Educación, y es una buena noticia.

El cielo está despejado, pero hay mucha nieve, estos días la temperatura oscila entre los dos y los cinco grados.

2 de diciembre (Crimea. Gaspra). Desde el 8 de septiembre estamos viviendo aquí por la salud de Lev Nikoláievich, al que le cuesta recuperarse.[415] Sólo tenemos una vida, y en agosto él cumplió setenta y tres años. En el último año ha envejecido mucho, está más débil y ha cambiado.

Dejé de escribir mi diario porque durante mucho tiempo no pude hacerme a las nuevas condiciones de vida y a las privaciones espirituales que he tenido que soportar. Ahora ya estoy acostumbrada, me ayuda a sobrellevar mi situación el sentimiento del deber cumplido en relación con mis estrictas obligaciones de esposa.

Ayer por la noche estuve escribiendo cartas a mis cuatro hijos ausentes (el único que está aquí es Andriusha, que acaba de llegar), y después me desvelé, porque venían a mi cabeza montones de dolorosos recuerdos de la infancia de mis hijos, de mi entrega vehemente y abnegada a ellos, de mis errores involuntarios respecto a

su educación, de mi relación actual con mis hijos *adultos*. Mis pensamientos se dirigieron después a mis hijos muertos. Con dolorosa claridad me imaginaba a Aliosha y a Vánechka en diferentes momentos de su vida. Veía con especial nitidez a Vánechka, tan delgadito en su camita, cuando tras la oración, casi siempre leída en mi presencia, se encogía tan a gusto, haciéndose un ovillo, y sonriéndome como un ángel, se iba a dormir. Recuerdo la pena que me embargó cuando, al acariciarle la espalda, mi mano sintió sus finos huesecitos.

¡Qué soledad espiritual y física sentí anoche! Con Lev Nikoláievich pasó justo lo que yo había previsto: cuando, a causa de su decrepitud, cesaron (no hace mucho) sus relaciones con su mujer como amante, no apareció en su lugar aquello con lo que yo había soñado en vano toda la vida -una amistad serena y cariñosa-, sino el vacío absoluto.

Por la mañana y por la noche se muestra frío, me saluda y se despide de mí con un beso convencional; mis desvelos por él los acepta tranquilamente como una obligación, se enoja con frecuencia y contempla la vida que le rodea con indiferencia, y solo hay una cosa que le emociona, le interesa y le atormenta: en el ámbito material, la *muerte*; en el ámbito espiritual, su trabajo.

Cada vez con más frecuencia, pienso con un gozo sereno en la muerte, en ese territorio al que se marcharon mis hijos, donde se piensa que todo será más tranquilo. En *esta* vida no puede haber tranquilidad: si se *aspira* a ella, si se *cultiva* una relación sabia, indiferente a todo, una resignación y una comprensión religiosas, por esto mismo cesa la vida. La vida es un cambio enérgico e incesante de los sentimientos, una lucha; el auge, la decadencia de lo bueno y de lo malo: la vida es la vida. No la puedes parar, pero es que tampoco quieres pararla voluntariamente. Pero, cuando le llega el momento de detenerse de forma natural, entonces hay que saludarla con serenidad y alegría y, contemplando a Dios, someterse a su voluntad, unirse con Dios a través del espíritu, y con la naturaleza a través del cuerpo. Aquí no puede haber nada que no sea bueno.

23 de diciembre. Lev Nikoláievich está recuperado, hoy ha salido a dar un largo paseo; ha ido a visitar a Maksim Gorki, es decir, a Alekséi Maksímovich Péshkov[416]. No me gusta que los escritores no firmen con su apellido. Hemos vuelto todos a casa: Lev Nikoláievich, Olga[417], Boulanger y yo, en carruaje. Olga y yo hemos salido a hacer visitas, pero no hemos encontrado en casa prácticamente a nadie. Hace calor, seis grados, el cielo está despejado y sopla el viento. Lev Nikoláievich ha traído una enorme flor silvestre de color lila y rosado, recién salida. El almendro también quiere florecer, se han abierto las

nevadillas. ¡Qué bien! Me empieza a gustar Crimea. La pena, gracias a Dios, se me ha pasado, sobre todo porque Lev Nikoláievich se encuentra mucho mejor. ¡Que sea por mucho tiempo!

Ayer se marcharon los Sujotin, llegó Andriusha, enfermo, campechano, pero desagradablemente irascible, en especial con su mujer.

1902

1 de enero. Ayer celebramos tranquilamente el Año Nuevo en familia. Lev Nikoláievich tuvo que acostarse temprano, porque después de bañarse empezó a encontrarse mal. Esta mañana, Klassen trajo unas preciosas violetas.

Estoy copiando poco a poco el artículo de Lev Nikoláievich *Sobre la religión*; hay algo que echo de menos en él: le falta pasión, convicción.

Fui dando un paseo al parque de los Yusúpov, y después me acerqué al mar, con Olga y Tania. Hacía un día cálido, veraniego, y a orillas del mar nos encontramos con Gorki y su mujer. Más tarde vino Altschuller. Nuestros criados, todos disfrazados, zapatearon y bailaron; fue algo tedioso; soy muy mayor ya para estas cosas.

Lev Nikoláievich, Goldenweiser, Seriozha y el administrador alemán, Klassen, estuvieron jugando al *vint*. Yoescribí cinco cartas, acabé de tejer una bufanda y les hice unos regalos a Iliá Vasílievich y a la cocinera. Recibí unas cartas encantadoras de mis nueras Sonia y Lina Glébova, y me dio una gran alegría pensar que al menos dos de mis hijos, Iliá y Misha, están felizmente casados. ¿Cómo será ese recién nacido Vánechka Tolstói? ¡Nunca podrá ser como el primero! Ay, qué contento se pondría de saber que su querido hermano Misha tiene un hijo que también se llama Vánechka.

Sopla un viento terrible; aquí resulta insoportable, y temo por la salud de Lev Nikoláievich.

El día ha sido cálido, y he estado paseando con Tania y Olga. Ya estamos todos de vuelta.

5 de enero. Palpitaciones, dificultad para respirar, insomnio, malestar general. Me levanté varias veces a lo largo de la noche para ir a verlo. Bebió un poco de leche con una cucharada de coñac, tomó un poco de estrofanto -lo había pedido él mismo-y hacia el amanecer consiguió dormir un poco. El doctor Tijónov lo visitó ayer por la tarde, y nuevamente hoy, y dijo que tiene una infiltración en el hígado, desarreglos intestinales y el corazón débil. Estas afecciones aparecieron hace mucho tiempo, pero ahora están evolucionando de

modo más pronunciado y maligno, y sus síntomas ominosos se manifiestan cada vez con mayor frecuencia y virulencia.

L. N. está muy abatido y se mantiene al margen de todos nosotros, llamándonos únicamente cuando necesita algo. Se sienta en el sillón, lee o se mete en la cama. Durante el día ha dormido otro poco.

La tierra está cubierta de nieve y la temperatura es heladora. Ha estado soplando todo el día un viento terrible. Alrededor todo es sombrío y desolado. Tengo la cabeza cargada. He recibido un telegrama de Sujotin: vienen a Crimea a pasar el invierno. Me alegro de que Tania vuelva a vivir con nosotros una temporada; me alegro de que Sasha vaya a tener una amiga, y de ver a Dorik, que es una preciosidad, y a Alia, a la que le he cogido tanto cariño últimamente. ¡Ojalá se mejore L. N.! De momento, me he quitado de la cabeza lo de viajar a Moscú, aunque no tendré más remedio que ir. ¡Es esencial que vaya!

Me paso el día sentada en casa, cosiendo y arruinándome la vista; estoy totalmente aletargada, igual que cuando era joven en Yásnaia Poliana. Pero ¡entonces tenía a los niños!

12 de enero. El día entero se me ha ido en mil quehaceres. Primero jugué con mi nieta; luego consolé a la pobre Olga, que lloraba por el bebé que ha perdido[418]; después, lavé y remendé la gorra de Seriozha; más tarde, le di a Sasha algunos consejos para su vestuario teatral; luego vino el médico a ver a Olga; después, ya por la tarde, le preparé un enema a Lev Nikoláievich; luego le apliqué una compresa en el estómago y le llevé un poco de vino y, finalmente, se tomó el café que le habíamos preparado. Últimamente se asusta por todo. Por la tarde han vuelto los problemas con el pulso. Ha tomado estrofanto sin que nadie se lo mandara y luego se ha quedado indeciso; se ha echado, se ha tomado un café y se ha puesto muy triste. El caso es que tiene una cara rozagante, no parece enfermo. Por la mañana había estado paseando un par de horas, a pesar de que el doctor le había dicho que *en ningún caso* caminara más de una hora. ¡Todo lo hace al revés! Se va a morir como ha vivido: haciendo toda clase de disparates en lo tocante a la higiene y la medicina.

El santo de Tania. Acaba de llegar de Yalta y se la ve melancólica. Andriusha también está triste y callado: su matrimonio no pasa por buen momento y yo siento mucha lástima de él. Seriozha ha ido a Yalta, con la intención de celebrar allí el primer día del año académico de la Universidad de Moscú. Estos últimos días los ha pasado tocando el piano a solas en el pabellón anejo a la casa. ¡Hasta de ese placer me veo privada ahora! No puedo salir de casa, no puedo dejar ni a Lev Nikoláievich ni a Olga con nadie. Mi vejez está siendo

una época triste. Y, aun así, en mi alma no se ha aplacado esa tormenta de deseos y aspiraciones de llevar una vida más elevada, más espiritual, más plena. ¿Cuándo se verán satisfechos? Al parecer, en el otro mundo…

18 de enero. Lev Nikoláievich está algo mejor, aunque sigue teniendo el estómago alterado y le duele un poco el costado. Tenía treinta y seis con tres por la mañana, por la tarde la temperatura le ha subido a treinta y siete. Se ha pasado la mañana leyendo, y ha escrito algunas cartas; por la tarde ha jugado al *vint* con nuestros hijos, con Klassen y con Kolia Obolenski.

Cada noche, acuesto a mi marido como a un niño pequeño. Le vendo el estómago con una compresa de alcohol alcanforado rebajado con agua, le dejo a mano el reloj, la campanilla y un vaso de leche, lo desvisto y lo arropo; luego, me siento en la salita de al lado a leer los periódicos hasta que se duerme. Me he armado de paciencia y estoy haciendo todo lo que puedo para ayudarle a sobrellevar su enfermedad.

23 de enero. Ayer por la tarde llegó de San Petersburgo el doctor Bertenson (un eminente médico de palacio). Es un hombre inteligente y campechano, y salta a la vista que es un médico entendido y experimentado.

Hoy ha venido de Moscú el sagaz doctor Shchurovski. Los dos médicos, junto con Altschuller, han deliberado largamente. Más abajo anoto sus prescripciones.

Conversaciones sobre el artículo de Amfiteátrov en el periódico *Rusia*[419], donde se alude al zar y a sus familiares, y sobre el destierro a Írkutsk del autor del artículo (más bien, es un cuento). Sobre la glotonería, la estupidez, la insolencia del ministro Sipiaguin[420]. Bertenson ha contado muchas anécdotas de los grandes príncipes y de la sociedad de San Petersburgo. Shchurovski ha hablado de sus viajes al Cáucaso. Ha sido un día agotador. Estuvieron Gorki y Sulerżycki. Bertenson no quería dejar de examinar a Gorki, y fue a su dacha. Mañana Shchurovski va a Yalta, a visitar a Chéjov.

La enfermedad de L. N. ha trastocado todo lo que me interesa en la vida. Ayer tuve carta de Serguéi Ivánovich; me dice que no deje de ir a escuchar a una cantante maravillosa: Olénina D’Alheim[421]. Pero a mí todo me da igual, y ¡estoy tan cansada! En general, ¡qué cansada estoy ya de vivir! Hoy no he hecho *nadade nada* en todo el día, aparte de ocuparme de Lev Nikoláievich. Tengo muy mal los ojos, no puedo leer

siquiera. Y sólo hay una cosa importante, una cosa necesaria y reconfortante: ¡estar cerca de L. N.!

He aquí las prescripciones de los médicos:

Régimen de vida:

1. Evitar cualquier esfuerzo, físico o intelectual (…[422] innecesarios y esa clase de cosas).

2. No dar paseos largos; aunque se vea con fuerzas, que no se empeñe en mejorar su forma física mediante el ejercicio. Quedan estrictamente prohibidos los paseos a caballo y las ascensiones.

3. Descansar entre una hora y hora y media al día, en la cama, sin ropa.

4. Hacer tres comidas diarias y prescindir de los guisantes, las lentejas y la lombarda. Beber al menos cuatro vasos de café con leche todos los días (una parte de café, tres partes de leche). Si toma leche sola, debe ser con sal (un cuarto de cucharilla por vaso).

El vino puede sustituirse en ocasiones por cerveza negra (a lo sumo, dos copitas de Madeira al día).

5. Un baño cada dos semanas, con agua a veintiocho grados y jabón (libra y media) disuelto en ella. Después de cinco minutos en el baño, aclararse con agua limpia a la misma temperatura. Bañarse por la mañana.

En el intervalo entre dos baños, se le darán friegas con una solución de jabón líquido y agua de colonia.

Tratamiento:

1. Un enema dos veces por semana a base de aceite (una libra) ligeramente templado, que será administrado por las noches.

Los días restantes, de una a cinco (según como responda) píldoras laxantes por la noche. Si las píldoras no hicieran efecto, aplicar una lavativa por la mañana.

2. Durante un mes, beber tres veces al día (media hora antes del café matinal, del almuerzo y de la comida) un tercio de vaso de agua Karlsbad Mühlbrun, ligeramente tibia.

3. Tres obleas de calomelano al día durante tres días; después de tres días de descanso, repetir el tratamiento, y así sucesivamente.

4. En caso de requerirse medicación para el corazón (*Stroph.*), deberá ser administrada por un médico.

5. Si se produjera un desarreglo nervioso severo, deberá tomar cápsulas (+ *Coff.*) para el dolor.

Si el médico considerase necesario administrar quinina, dentro de las condiciones prescritas, no deberán ponerse objeciones.

BERTENSON

La dieta alimenticia de Lev Nikoláievich tiene que consistir en: cuatro vasos de café con leche al día; cereales: *kasha* de alforfón y de arroz, copos de avena, sémola con leche; huevos: al plato, batidos, rellenos, revueltos con espárragos; verduras: zanahorias, nabos, apio, coles de Bruselas, patatas asadas, puré de patatas, repollo picado fino (?)[423] en vinagre, lechuga, previamente escaldada en agua caliente; fruta: puré de manzanas asadas, compota, manzanas crudas en trozos pequeños, de las naranjas sólo el zumo; toda clase de jaleas y cremas; merengues.

Escrito más tarde, la noche del 23. A Lev Nikoláievich le ha dado un terrible ataque de angina de pecho y le ha subido la fiebre a treinta y nueve grados.

25 de enero. Han llegado a la conclusión de que se trata de neumonía en el pulmón izquierdo, que posteriormente se ha extendido también al derecho. Ha tenido mal el corazón todo este tiempo.

27 de enero. Me gustaría registrar todo lo concerniente a mi querido Lióvochka, pero no puedo; las lágrimas me ahogan y el peso de la pena me aplasta… Ayer, Shchurovski recomendó que Lióvochka inhalara oxígeno, a lo que él respondió: «Espere un poco; lo primero es el alcanfor, luego viene el oxígeno y después el ataúd y la tumba».

Hoy me he acercado a él, lo he besado en la frente y le he preguntado: «¿Se te hace muy duro?». Y él me ha dicho: «No, estoy tranquilo». Masha le preguntó: «¿Tan horrible es, papá?». Y replicó: «Físicamente, sí, pero moralmente me siento feliz, tan, tan feliz». Esta mañana estaba sentada a su lado oyéndole gemir en sueños y, de repente, me llamó a gritos: «¡Sonia!». Me levanté de un salto y me incliné sobre él; me miró y me dijo: «Soñaba que estabas acostada no sé dónde»… Entonces, el pobre, me preguntó si había dormido y si había comido algo… ¡Es la primera vez que *alguien* se preocupa por mí! Señor, enséñame a no esperar nada de los demás y a agradecer

cualquier cosa que tengan a bien darme. Dios me ha dado ya tantas cosas, ¡y yo se lo agradezco tanto!

Cuántas veces, viendo que mi Lióvochka estaba a punto de dejar este mundo, he sentido una especie de rencor contra él, como tratando de hacer algo imposible: dejar de amarle antes de que me fuera arrebatado.

La pleuresía sigue su terrible curso; tiene el corazón cada vez más débil, el pulso acelerado, le falta el aliento… Gime día y noche. Esos gemidos se clavan profundamente en mi cabeza y en mi corazón: no dejaré de oírlos mientras viva. A menudo habla largo y tendido de lo que le tiene preocupado últimamente, como su carta al zar, y otras cartas que ha escrito.

Una vez le oí decir: «Estaba equivocado», y otra: «No me han entendido».

Se muestra generoso y cálido con todo el mundo, y es evidente que le complacen las atenciones que recibe. «Sí, sí, perfectamente», dice sin parar.

No, ahora no puedo escribir: le estoy oyendo quejarse en el piso de abajo. Le han puesto varias inyecciones de alcanfor y morfina.

Mañana llega Tania; también Liova está en camino, desde San Petersburgo. Ojalá viva al menos lo suficiente para despedirse de todos nuestros hijos.

Las cinco de la tarde. Le está subiendo la fiebre, delira sin parar. Pero, cuando tiene un momento de lucidez, bebe leche o toma sus medicinas.

Una vez ha dicho, delirando: «Sebastopol está en llamas». Y luego ha vuelto a llamarme: «Sonia, ¿qué haces? ¿Estás escribiendo?».

Varias veces ha preguntado: «¿Cuándo llega Tania?», o: «¿Qué hora es?». También ha querido saber a qué día estábamos, y si hoy era 27.

30 de enero. Ayer, desde primera hora, se encontraba tan bien que, poco antes de la una, hizo venir a su hija Masha y le dictó, para que las anotara en su cuaderno, estas palabras aproximadas: «La sabiduría de la vejez es como los quilates de los diamantes: cuanto más viejo se es, más valiosa se vuelve, y debe ser transmitida a otros». A continuación pidió su artículo sobre la libertad de conciencia y se puso a dictar numerosas correcciones.[424]

Tuvo la temperatura estable todo el día y eso le puso de buen humor, lo mismo que a todos nosotros. Por la noche, monté mi sempiterna guardia nocturna junto a su lecho; estuve sentada a su lado hasta las cuatro de la mañana, atenta a su respiración, y todo fue bien.

Liova llegó anoche. Siempre sufro por él, y me encanta verlo. Esta noche ha venido también Misha, rebosante de vida, como de costumbre.

Por la mañana dormí un rato, y al levantarme descubrí, horrorizada, que la fiebre le había vuelto a subir hasta los treinta y siete con seis. Se me cayó el alma a los pies. Dicen los médicos que se está produciendo una reabsorción en los pulmones, que no es peligroso, y que el corazón sigue respondiendo satisfactoriamente.

¿Habrá que creerles? Es preferible engañarse, no me quedan fuerzas para sufrir más.

Ha preguntado por el correo; también ha pedido alguna revista ilustrada, y después *Nuevos Tiempos* y *La Gaceta Rusa*. Estos periódicos no se los hemos dado, temíamos que se fatigase.

A eso de las tres empezó a ahogarse y a toser, pero volvió a dormirse. Cada cuatro horas, a veces cada dos, le suministran digital. Le dan de beber café con leche, leche con Ems, huevo, vino con Ems; también champán, para diluir la digital.

Ahora son las ocho de la tarde y reposa apaciblemente.

Normalmente, llama a Andriusha para que lo ayude a cambiar de postura en la cama, y toma la comida más a gusto si es Masha quien se la da. Yo le contagio sin querer mi angustia, a menudo me estrecha la mano, como tratando de aplacarme, y sólo acepta de mí atenciones íntimas o que no supongan un gran esfuerzo.

7 de febrero. La situación es casi, por no decir completamente, desesperada. Desde primera hora ha tenido el pulso muy débil, le han puesto dos inyecciones de alcanfor. No ha dormido en toda la noche, con dolor en los riñones, deprimido, muy alterado con las gotas de valeriana, el champán y demás. Estuve hasta las cinco de la mañana haciendo todo lo estaba en mi mano para aliviar sus sufrimientos. El único momento en que mi querido Lióvochka cayó rendido fue cuando le hice un masaje suave en el estómago y el hígado. Me dio las gracias y me dijo: «Querida, tienes que estar agotada».

Por la mañana, Olga sintió dolores de parto y, a las siete, dio a luz a un varón muerto.[425]

Hoy Lev Nikoláievich ha dicho: «Lo habéis hecho todo tan bien; ahora ponedme una inyección de alcanfor y dejadme morir».

También ha dicho: «No trates de predecir lo que pueda ocurrir. Todo es imprevisible».

Pidió ver el historial médico de la evolución de su enfermedad -el cuadro de temperaturas, la medicación, la dieta y demás-y lo leyó detenidamente. Luego le preguntó a Masha qué había sentido cuando

sufrió un ataque de tifus. Pobre, pobrecillo, tiene tantas ganas de seguir viviendo, mientras la vida se le escapa…

Por la mañana tenía treinta y seis con dos, ahora, pasadas las seis de la tarde, treinta y seis con siete. No quiere beber nada, tenemos que obligarlo. Hace un rato, cuando le dijeron que tenía treinta y seis con seis, replicó desanimado: «Luego serán treinta y siete, después treinta y siete y medio y así sucesivamente»…

Hay una gruesa capa de nieve y el viento sopla con fuerza. ¡Esta odiosa Crimea! Por la noche tuvimos ocho grados bajo cero.

14 de febrero. Una noche angustiosa. Hacía mucho que no me sentía tan débil y agotada.

Les leí a los chicos, a Varia Nagórnova y a unas jóvenes mi cuento infantil inacabado *Los pequeños esqueletos*[426], y pareció gustarles.

En cuanto a Lióvochka, ya no sé qué pensar: ignoro si su debilidad es pasajera o terminal. Mantengo la esperanza, pero hoy las cosas han vuelto a dar un giro sombrío.

¡Cómo me gustaría cuidarlo paciente y cariñosamente hasta el final, olvidando todos los viejos dolores que me ha causado! Pero, en cambio, hoy lloré amargamente por el constante desdén con que recibe mi amor y mi preocupación por él. Pidió unas gachas de avena, así que corrí a la cocina a pedir que se las preparasen y luego volví y me senté a su lado. Se quedó traspuesto, trajeron las gachas y, cuando se despertó, le serví un plato con mucho cuidado y se lo ofrecí. Y entonces montó en cólera y dijo que podía pedirlas él mismo y que, en el tiempo que llevaba enfermo, siempre le habían procurado su comida, sus medicinas y sus bebidas otras personas, no yo (aunque, cuando se trata de cargar con él, de pasar las noches en vela, de atender sus necesidades más íntimas y de aplicarle sus compresas, es a mí, por supuesto, a quien recurre sin pestañear). Para que se tomara las gachas, no obstante, decidí recurrir a una pequeña estratagema, de modo que llamé a Liza y fui a sentarme a la habitación contigua; no había salido por la puerta cuando ya estaba pidiéndolas, y yo rompí a llorar.

Este insignificante episodio ilustra lo difícil que ha sido mi vida a su lado. La dificultad ha consistido en una lucha permanente con su *espíritu de contradicción*. Cualquier atención, cualquier observación por mi parte, por razonable y cariñosa que fuera, siempre se ha topado con sus protestas.

20 de febrero. Ayer se puso mejor; sólo tenía treinta y siete con

uno y estaba mucho más alegre. «Veo que voy a tener que seguir viviendo», le dijo al doctor Vólkov.

«¿Te aburres?», le pregunté, y él, animándose de pronto, me dijo: «¿Aburrirme? ¡Qué voy a estar aburrido! Al contrario, estoy estupendo». Esta tarde, dándose cuenta de que yo debía de estar cansada, me apretó la mano, me miró con ternura y me dijo: «Gracias, cariño, eres maravillosa».

25 de febrero. El primer día de Cuaresma. Añoro el espíritu de paz, devoción y abnegación, el presagio de la primavera y todos aquellos recuerdos de infancia que me asaltaban en Moscú y en Yásnaia cuando se aproximaba la Cuaresma.

Pero aquí todo me es tan ajeno.

Lev Nikoláievich está más alegre, y anoche, por primera vez, durmió de un tirón de doce a tres. A las cinco lo dejé para echar una cabezada y él se quedó despierto. Esta mañana leyó los periódicos y revisó su correo, aunque no había nada de verdadero interés. En dos cartas lo exhortaban a regresar al seno de la Iglesia y recibir la eucaristía -no son las primeras que recibe en esa línea-, en otras dos le pedían obras gratis y dos más eran de extranjeros que le expresaban admiración y reverencia.

Yo también recibí una carta, ésta de la princesa María Dondukova-Kórsakova, en la que me pedía que lo llevara de vuelta a la Iglesia y a la comunión.

¡Estos líderes espirituales primero expulsan a L. N. de la Iglesia, o lo empujan para que la abandone, y luego quieren que sea yo la que lo reconduzca a ella! ¡Qué absurdo![427]

Un día gris, frío, ventoso. Todo febrero ha sido desagradable; en general el clima es malo e insano. Sasha está mejor.

28 de febrero. Son las diez y media de la noche, a Lev Nikoláievich le ha vuelto la fiebre, treinta y ocho, y tiene el pulso flojo, irregular. Otra vez estamos aterrados. Hoy le ha dicho a Tania: «Lo bueno de una larga enfermedad es que le da a uno tiempo a prepararse para la muerte».

Y también le ha dicho: «Estoy preparado para lo que venga; estoy preparado para vivir y preparado para morir».

Esta tarde me estrechó las manos y me dio las gracias. Pero, cuando me puse a cambiarle las sábanas, de pronto perdió los estribos porque tenía frío. Y luego, claro, volvió a arrepentirse.

Una ventisca tremenda, con un grado bajo cero. El viento aúlla y

bate las contraventanas.

He derramado un poco de tinta y lo he emborronado todo.

5 de marzo. Está mejor; esta mañana, su temperatura era de treinta y cinco con siete, y de treinta y seis con siete por la noche. Los médicos le detectan aún algunos resuellos, pero, aparte de eso, todo es normal. Tiene tal apetito que no es capaz de esperar a las comidas y se ha bebido tres botellas de kéfir en las últimas veinticuatro horas. Hoy ha pedido que le trasladaran la cama junto a la ventana para poder mirar el mar. Todavía sigue muy débil y delgado, duerme mal por las noches y está de lo más exigente. En una hora, ha llamado cinco veces: primero quería que le colocaran la almohada, luego, que le taparan bien las piernas, después fue porque el reloj no estaba donde debía, luego porque quería más kéfir, luego para que le frotaran la espalda, finalmente me pidió que me sentara con él y lo cogiera de las manos… Y, en cuanto te relajas, llama otra vez.

Hoy ha hecho buen día y por las noches brilla la luna, pero me siento muerta, muerta como el paisaje escarpado y el mar plomizo. Fuera cantan los pájaros, y por alguna razón ni la luna ni los pájaros, ni la mosca que zumba en la ventana, me parecen de Crimea, sino que continúan recordándome a la primavera en Yásnaia Poliana o en Moscú. Así, la mosca me lleva de regreso a un caluroso verano, en la época de la cosecha, y la luna evoca recuerdos de nuestro jardín en Jamóvniki, de vuelta a casa después de los conciertos…

13 de marzo. Hace más calor, trece grados a la sombra, y hoy ha caído una lluvia templada. Él continúa su recuperación. Yo sigo sentándome a su lado cada noche hasta las cinco de la madrugada. Ayer Sasha ocupó mi puesto y hoy se va a ocupar Tania.

Ayer, a última hora de la tarde, leí la traducción de un ensayo de Emerson. Todo lo que decía ya había sido dicho mucho tiempo antes, y mucho mejor, por los filósofos de la Antigüedad: a saber, que los *genios* están más estrechamente conectados con quienes les precedieron que con los miembros vivos de su círculo familiar. Es una conclusión bastante ingenua. Evidentemente, cuando termina la vida terrena, *material*, de los filósofos muertos, sólo nos quedan las ideas que han puesto por escrito. Así que no sólo los genios, sino todos los simples mortales, al leer esas ideas, entramos en contacto con los pensadores ya muertos, y ese contacto es mucho más estrecho que el que tenemos con los genios que aún viven. Los genios vivos, hasta que llega el momento en que se desprenden de su envoltura material y

legan su obra a la historia, han sido creados para absorber la existencia entera de sus seres más cercanos, que parecen no comprenderlos.

El *genio* necesita que alguien cree para él un hogar confortable, apacible y alegre. Al *genio* hay que alimentarlo, lavarlo y vestirlo; el genio necesita que alguien pase a limpio sus obras y sus correcciones innumerables veces, debe saberse amado y no tener motivos para sentirse celoso, para poder estar tranquilo. Luego alguien tiene que alimentar y educar a la innumerable prole del genio, de la que él no puede ocuparse porque no tiene tiempo ni ganas, y además ha de estar en comunión con los Epíctetos, Sócrates y Budas, para llegar a ser uno de ellos.

Y cuando los miembros de su hogar han sacrificado ya su juventud, su energía, su belleza, *todo*, para servir al genio, entonces les echan en cara que *no han comprendido* debidamente al genio, y los propios genios jamás les dan las gracias por haberles entregado no sólo su vida material, joven y pura, sino que han atrofiado además todas sus capacidades espirituales e intelectuales, al no haber podido desarrollarse ni nutrirse por falta de tiempo, tranquilidad y fuerzas.

Llevo casi cuarenta años al servicio de un *genio*. Cientos de veces me han arrancado mi energía intelectual y todos mis afanes: el deseo de formarme, el amor por la música y las artes… Y una y otra vez he sofocado y reprimido esos anhelos, y así sigo, y seguiré hasta el fin de mis días, sirviendo a mi *genio*.

Alguien podría preguntarme: «Pero ¿por qué tendría una mujer corriente como tú que tener una vida artística o intelectual?».

A lo cual yo sólo sabría responder: «Lo ignoro, pero renunciar a ella a perpetuidad para servir a un genio es una inmensa desgracia». Por mucho que una ame a este hombre al que la gente tiene por un *genio*, no hacer otra cosa sino soportar y alimentar a sus hijos, coser, encargarse de las comidas, aplicar compresas y enemas y sentarse en silencio, aburrida, a la espera de que él reclame otros servicios, es una tortura. Y sin recibir jamás algo *a cambio*, ni tan siquiera una simple muestra de gratitud, sino continuas montañas de quejas. He aguantado esta enorme carga demasiado tiempo, y estoy muy cansada.

Toda esta diatriba sobre la incomprensión de los genios ha nacido de mi enfado con Emerson, y con todos aquellos que desde los días de Sócrates y Jantipa[428] han escrito y han hablado sobre esta cuestión.

Cuando entre el genio y su mujer existe un auténtico amor, como el que hubo entre Lev Nikoláievich y yo, la mujer no necesita un talento excepcional para comprenderlo: lo que se precisa es el *instinto del corazón*, la intuición del amor; así reinará la comprensión, y ambos serán felices, como fuimos nosotros. Yo no era consciente del sacrificio que había realizado durante toda mi vida estando al servicio de un

marido genial; cuando realmente caí en la cuenta de ese sacrificio fue cuando leí los diarios de mi marido y pude ver en ellos cómo, para su mayor gloria, me reprendía continuamente: había necesitado *justificar* de algún modo su propia vida de lujo (relativo) conmigo. Eso ocurrió el año de la muerte de mi pobre Vánechka, cuando yo, con el corazón destrozado, necesitaba más cerca a mi marido; fue terrible el golpe y la desilusión que entonces sentí.

5 de abril. Ha transcurrido mucho tiempo[429] y han ocurrido pocas cosas. Tania se marchó con su familia el 30 de marzo y Andriusha llegó el 24. Los diversos tratamientos de L. N. prosiguen: le han estado poniendo inyecciones de arsénico desde el 2 de abril, y hoy le han suministrado corrientes eléctricas para su afección estomacal. Ha estado tomando *Nux vomica*, pero ahora toma magnesio y, por la noche, bismuto con codeína y unas gotas de valeriana. Pasa muy mal las noches y le duelen las piernas y el estómago, así que tengo que darle masajes, lo que me resulta muy fatigoso: me da dolor de espalda, la sangre se me sube a la cabeza y me pongo muy nerviosa. Por supuesto, cuando su salud era buena, rechazaba todas estas cosas, pero desde su primera enfermedad grave cualquier tratamiento imaginable se toma en consideración. Tres médicos lo visitan prácticamente a diario; atenderlo es un trabajo sumamente duro, somos muchos a su alrededor y todos estamos cansados y sobrecargados, y nuestros asuntos particulares se han visto devorados por su enfermedad. Lev Nikoláievich es antes que nada un escritor y un ideólogo; pero, en realidad, en su vida diaria es un hombre débil, mucho más débil que nosotros, los simples mortales. Yo no podría soportar la idea de escribir y decir una cosa y luego actuar y vivir haciendo lo contrario, pero eso a él no parece importarle siempre y cuando no sufra, siempre y cuando sobreviva y se ponga mejor… Hay que ver la atención que se dedica a sí mismo estos días, cómo se preocupa de tomar sus medicinas y de que le cambien las compresas, y cuánto se esfuerza por alimentarse, dormir y aliviar el dolor.

El asesinato del ministro del Interior, Sipiaguin, ha conmocionado a L. N. El mal engendra mal, y lo ocurrido ha sido espantoso. Hoy L. N. ha dedicado mucho tiempo a escribir una carta al gran duque Nikolái Mijáilovich y le ha expuesto, como hizo en su carta al zar, su punto de vista sobre la propiedad de la tierra, inspirado en el sistema de Henry George[430]. También le manifiesta que el asesinato de Sipiaguin puede acarrear nuevos males, y que, para acabar con ellos, hay que cambiar el sistema de gobierno en Rusia.

Ayer y hoy he estado tocando en el pabellón, sola, más de dos horas; ¡qué delicia!

El tiempo es muy desagradable: tormentas, viento frío, últimamente hemos tenido cuatro grados por el día. Hoy hay siete grados. Apenas salgo de casa; coso y leo; tengo los ojos mal.

11 de mayo. Estoy avergonzada de las cosas tan desagradables que escribí la última vez en mi diario sobre Lióvochka y el resto de mi familia.[431] Estaba furiosa por su actitud con la Semana Santa y, en vez de hacer examen de conciencia de mis propios pecados, volqué mi ira en aquellos a los que más quiero. «Hazme ver mis propias faltas antes de juzgar las de mi hermano…»

¡Cuánto tiempo ha pasado desde entonces, y qué horrible racha estamos atravesando una vez más!

Parecía que al fin se estaba recuperando de la neumonía; caminaba por la casa con ayuda de un bastón, comía con ganas y hacía bien la digestión. En vista de lo cual, Masha me sugirió que fuera a Yásnaia y a Moscú a atender los asuntos urgentes, y el 22 de abril por la mañana salí de viaje.

Mi escapada fue muy agradable y productiva. Pasé un día en Yásnaia Poliana, y Andriusha vino a estar conmigo. El tiempo era delicioso; adoro el comienzo de la primavera, con sus suaves tonos verdes y sus frescas promesas de una vida nueva y mejor… Me ocupé de las cuentas y las facturas, di una vuelta por los manzanares, inspeccioné el ganado y caminé hasta Chepyzh al atardecer. Las pulmonarias y las violetas estaban en flor, los pájaros cantaban, el sol se ponía sobre el bosque talado, y esta belleza pura y natural, ajena a las preocupaciones humanas, me llenó de alegría.

En Moscú me quedé encantada con el trato que me dispensaron. Tan amables todos, tan alegres, como si fueran mis amigos. Hasta la gente de las tiendas y de los bancos me dio la bienvenida con calidez después de mi larga ausencia.

Resolví satisfactoriamente mis asuntos, visité la exposición de los Itinerantes y otra de artistas de San Petersburgo y asistí a una representación académica de *Così fan tutte*, la alegre ópera de Mozart. Vi a muchos amigos, y el domingo invité a un grupo de los más íntimos a casa: los Máslov, Marusia, el tío Kostia, Misha Sujotin y Serguéi Ivánovich, que tocó para mí algunas de las piezas menos conocidas de Arenski, una sonata de Schumann y su propia y encantadora sinfonía, que me complació más que ninguna otra cosa.

Contenta y relajada, regresé a Gaspra, dando por hecho, por los telegramas diarios, que allí todo iba bien. Me agradaba la perspectiva de pasar el mes de mayo en Crimea, disfrutando de la mejoría de Lev Nikoláievich. Pero a mi regreso, el 1 de mayo, descubrí que a L. N. le

había vuelto la fiebre las últimas dos o tres noches, y a partir de entonces no ha hecho más que empeorar. Cada día la fiebre ha sido más alta, y finalmente le han diagnosticado fiebres tifoideas. Todos estos días y estas noches han sido, para todos nosotros, una sucesión de padecimientos, terrores y angustias. Hasta ahora, el corazón había aguantado bien la enfermedad, pero la última noche, la del 10 al 11, con una fiebre que le subió hasta los treinta y nueve grados -ahora tiene treinta y ocho con seis-, el pulso se le empezó a alterar de pronto, hasta el punto que resultaba imposible tomárselo; era cada vez más débil, apenas audible, y parecía que en cualquier momento podía cesar. Estuve toda la noche junto a la cama de Lióvochka; Kólechka Gué vino y se marchó: se negó a controlarle el pulso sin tener conocimientos para ello. A las dos de la mañana llamé al doctor Nikitin, que está instalado en casa, y le administró un poco de estrofanto, lo vigiló un rato y luego se volvió a la cama. A las cuatro de la mañana le tomé de nuevo el pulso, y no había mejorado. Le di café con dos cucharillas de coñac y le pusieron una inyección de alcanfor. Al amanecer, el pulso se le empezó a normalizar, le di un masaje, la temperatura le bajó a treinta y seis con siete.

Lev Nikoláievich yace ahora tranquilamente acostado en el salón grande y sombrío de esta residencia de Gaspra, y yo escribo sentada a la mesa. Un silencio ominoso reina en la casa.

El estado anímico de L. N. es lamentable, deprimente; pero le espanta la idea de morir. Ayer, no obstante, a mi pregunta de cómo se encontraba íntimamente, respondió: «Cansado, estoy terriblemente cansado y ansío la muerte». Pero se esfuerza por seguir el tratamiento y él mismo se toma el pulso y está pendiente de la medicación. Por las mañanas, cuando se encuentra mejor, echa un vistazo a la prensa y hojea la correspondencia y los libros recibidos.

Hoy llega de Moscú el doctor Shchurovski, y mi hija Tania viene de Kochety; además, aquí ya están pendientes del enfermo Seriozha, Gué, Igúmnova, Natasha Obolénskaia y Sasha. La actitud de Seriozha conmigo no es buena, está insoportable.

16 de mayo. Está mucho mejor y le ha bajado la fiebre, no llega a treinta y siete. Está muy aburrido, el pobre, ¡cómo no va a estarlo! Lleva casi cinco meses enfermo.

Hoy le ha llegado una carta del gran príncipe Nikolái Mijáilovich en respuesta a la suya.[432] Él se dedica a dictar sus ideas de la desigual distribución de la riqueza y de la injusticia de la propiedad privada de la tierra; es su mayor preocupación en este momento. Yulia Ivánovna tampoco se encuentra bien. Desde que fui a Moscú, la vida se ha vuelto aquí más difícil, más agobiante, y tengo la sensación de que

puedo desmoronarme en cualquier momento. ¡Si pudiera marcharme!

5 de junio. Todavía en Crimea. El tiempo pasa deprisa, todos estamos ocupados y ya no estamos tan ansiosos por volver a casa. Está haciendo un tiempo muy agradable; los días son calurosos y claros y las noches de luna son hermosas; estoy sentada en el piso de arriba, admirando el reflejo de la luna en el mar. Lev Nikoláievich ya camina con bastón y tiene buen aspecto, aunque está muy delgado y débil. Muchas veces me da pena verlo, sobre todo cuando, como ha hecho últimamente, se muestra sumiso y obediente. Ayer sólo perdió los estribos una vez, cuando le corté y le lavé el pelo. Por las mañanas está escribiendo, creo, una proclama dirigida a los trabajadores, así como algo sobre la propiedad de la tierra. A veces se fatiga en exceso.

El 3 de junio lo visitó el doctor Bertenson; encontró a Lev Nikoláievich en buen estado, a excepción del intestino.

27 de junio (Yásnaia Poliana). Hoy hemos vuelto a casa desde Crimea. Fuimos cabalgando hasta Yalta, mientras los enfermos -Lev Nikoláievich y Sasha-viajaban en el carruaje de Yusúpov, que tiene ruedas de caucho. Aparte de nosotros tres, vinieron a despedirnos mi hijo Seriozha, Boulanger, Yulia Igúmnova y el doctor Nikitin. En Yalta subimos a bordo del vapor *Alekséi*. Damas, ramos de flores, una muchedumbre diciéndonos adiós con la mano… En el vapor, L. N. se sentó en cubierta, comió en el comedor con el pasaje y se sintió de maravilla… Al llegar a Sebastopol, desembarcamos en un esquife que nos llevó por la bahía hasta la estación de tren; el sol brillaba y fue muy bonito. Habían reservado un vagón especialmente amplio y confortable, con sala de estar, para L. N. Sasha estaba enferma y abatida, tiene problemas intestinales. En Járkov, hubo ovaciones, sobre todo de las mujeres. Subió a nuestro vagón Plevako[433], que nos contó algunas cosas de interés. En la estación de Kursk se arremolinó un gentío que acababa de salir de una conferencia sobre educación popular. La policía les cerró el paso, pero una delegación de hombres y mujeres, tanto profesores como estudiantes, abordó el tren. Entre ellos estaban Misha Stajóvich, Dolgorúkov, Gorbunov y Lodyzhenski. Ha sido interesante la charla con Plevako y Stajóvich.

Fue maravilloso estar de vuelta en Yásnaia, pero la alegría nos duró bien poco. Por la noche, Masha empezó a tener dolores y, poco después, dio a luz a un varón muerto.

26 de julio. Un día pleno y feliz. Vino la familia de Iliá al completo, con Ánnochka y los nietos, y estuvimos dando un paseo con Zosia Stajóvich y Sasha. Por la tarde, Goldenweiser nos deleitó interpretando una sonata de Schumann y una balada de Chopin. Luego charlamos sobre poesía y Lev Nikoláievich recordó el poema de Baratynski[434] «A la muerte». Nos fuimos derechos a buscar el libro y Zosia nos leyó este maravilloso poema. Después ella misma nos recitó unos versos de Fet sobre la muerte. Lev Nikoláievich comentó que la actitud de Baratynski ante la muerte era correcta y cristiana, mientras que en Fet, Turguénev, Vasili Botkin y otros autores semejantes es epicúrea.

El 22, Liova y Dora tuvieron otro hijo; hoy nos ha llegado un telegrama.

Lev Nikoláievich está bien, a pesar del tiempo: doce grados, lluvia, ambiente húmedo. Estuvo jugando al *vint* toda la tarde y disfrutó con la música. Por las mañanas escribe su novela *Hadjí Murat*, para mi gran satisfacción.

11 de agosto. La familia de Misha se marchó ayer, y hoy ha llegado Olga con Sóniushka. ¡Qué niña más dulce, afectuosa y lista! La quiero tantísimo. Liza Obolénskaia se fue, y vino Stásov, y también Ginzburg, que ha esculpido un bajorrelieve de Sasha bastante malo: no se le parece en nada. Yo también he aprendido a hacerlos y quiero probar a hacer un medallón de L. N. conmigo.

Stásov es un hombre enorme, de voz atronadora, tiene setenta y ocho años y ha encontrado la manera de decirle a todo el mundo lo que quiere oír. Pero sabe mucho, y es un anciano interesante y con cosas que decir.

Ayer fuimos todos a coger níscalos; me aparté de los demás y pasé un rato maravilloso vagando por el bosque a solas. La vieja llama se ha extinguido en mi corazón, y me hago vieja a ojos vistas. La enfermedad y la decrepitud de Lev Nikoláievich han puesto freno a todos mis impulsos, a mi vitalidad y mi energía, ¡y estoy tan agotada! Otra vez se queja del estómago, aunque hoy ha estado muy animado y comunicativo. Nos ha contado que, cuando estuvo en Sebastopol, pidió que lo asignaran a un *puesto*, y lo enviaron con la artillería a la cuarta línea del frente. Pero lo trasladaron de allí siguiendo órdenes del zar, después de que Nicolás I mandara una orden a Gorchakov[435]: «Retire a Tolstói de la cuarta línea y cuide de su integridad; su vida tiene cierto valor».

Después nos ha contado que una vez le proporcionó a Leskov el tema para un relato, y que Leskov lo había alterado y lo había publicado después. La historia de Lev Nikoláievich decía: «Le

preguntaron a una muchacha cuál era la persona más importante, cuál era la época más importante y cuál era la tarea más importante. Y ella respondió que la persona más importante es aquella con la que estás en ese momento, la época más importante aquella en la que vives y la tarea más importante hacer el bien a aquella persona con la que estás en cada momento».[436]

Lluvia todo el día. La avena aún está por segar. Trece grados.

28 de agosto. El setenta y cuatro cumpleaños de Lev Nikoláievich. Fuimos a su encuentro cuando volvía de pasear. Han venido cuatro de nuestros hijos; Liova está en Suecia, y mi pobre y querida Tania no ha podido venir porque su marido sigue enfermo. Celebramos el cumpleaños de mi célebre marido de la forma más vulgar: una comida para veinticuatro personas de lo más variopinto, con champán y fruta, y una partida de *vint* al acabar, como cualquier otro día. Lev Nikoláievich es sencillamente incapaz de esperar a la noche para sentarse a jugar unas manos de *vint*. Y ahora también han arrastrado a Sasha a sus partidas, lo cual me hace sufrir. Entre los invitados, el que más me agrada, aparte de mis hijos, es Misha Stajóvich; también Marusia Maklakova.

Hemos pasado dos semanas magníficas en compañía de la hermana de Lev Nikoláievich, María Nikoláievna. Hemos hablado de cuestiones religiosas y hemos tocado a cuatro manos, con gran entusiasmo, sinfonías de Haydn, Mozart y Beethoven. La quiero mucho, y me apenó que se fuera. Lev Nikoláievich no para de quejarse de la tripa, y el doctor Nikitin, que vive con nosotros en casa, le hace masajes por las tardes, algo que a L. N. le sienta muy bien. Está trabajando mucho en *Hadjí Murat*.

10 de octubre. He estado tanto tiempo sin escribir, y el tiempo ha volado. El 18 de septiembre fui a despedirme de mi Tania y su familia, que partían para Montreux, en Suiza. Se me encogió el corazón al verla, triste, pálida y delgada, yendo de acá para allá por la estación de Smolensk con su marido enfermo y todo el equipaje a cuestas. Pero acabamos de recibir buenas noticias de ella, gracias a Dios.

Pasé el día de mi santo en Moscú. Recibí a un montón de invitados, que venían para despedirse de los Sujotin, y a Serguéi Ivánovich, con quien me topé en la calle. Estuvo serio y distante; algo ha cambiado en él, se ha vuelto aún más impenetrable de lo que era.

El 11 de septiembre, a las once en punto, se declaró un incendio en el desván y ardieron cuatro vigas. Por una feliz casualidad, yo había

subido a inspeccionar el desván y detecté el fuego. De no haber sido así, podría haberse quemado la casa entera y el techo se habría derrumbado sobre Lev Nikoláievich, que dormía justo debajo. Me guió hasta allí la mano de Dios, y le doy gracias por ello.

En este tiempo hemos vivido tranquilamente, de forma amistosa, en armonía. Después de las reparaciones y las reformas que hubo que hacer en la casa, me dediqué a limpiarlo todo y a poner orden, y la vida ha discurrido sin mayores sobresaltos. Lev Nikoláievich está bien de salud; cabalga, ha trabajado en *Hadjí Murat* -la ha dado ya por terminada[437]- y ha empezado a escribir un manifiesto dirigido al clero. Ayer dijo: «Qué difícil es esto. Debo exponerlo todo, pero no quiero escribir cosas negativas para no excitar las bajas pasiones».

Sin embargo, nuestra pacífica vida aquí y nuestras buenas relaciones con nuestra hija Masha y su sombra -su marido, Kolia-se han visto interrumpidas. Es una larga historia.

Cuando la familia dividió el patrimonio, a instancias de Lev Nikoláievich, nuestra hija Masha, que acaba de alcanzar la mayoría de edad, rehusó participar en la herencia de sus padres, ni en aquellos momentos ni en el futuro. Como no la creí, puse su parte a mi nombre y redacté un legado dejándole ese capital. Pero la muerte no me ha llegado, y cuando Masha, más tarde, se casó con Obolenski, reclamó su parte, para mantenerse ambos con ella.

Pero, como había renunciado a sus futuros derechos de propiedad, decidió, sin decírmelo, hacer una copia del testamento de su padre, recogido en su diario de 1895. Entre otras cosas, había escrito que no le gustaba que sus obras se vendieran, y que desearía que su familia no continuara vendiéndolas tras su muerte. Cuando estuvo tan grave, en julio de 1901, Masha le pidió, en secreto, que le firmara ese pasaje de su diario que ella había copiado, algo a lo que el enfermo accedió.

Para mí fue extremadamente desagradable enterarme, por pura casualidad, del asunto. Hacer de dominio *público* las obras de L. N. sería absurdo y nocivo, en mi opinión. Con ello sólo lograríamos engordar los beneficios de ricos editores como Marchs, Zetlin y otros parecidos. Le dije a L. N. que, si moría antes que yo, *no* cumpliría su voluntad y *no* renunciaría a los derechos sobre sus obras; que, si hubiera creído que eso era algo justo y conveniente, le habría dado *en vida* la satisfacción de renunciar a ellos, pero que no tenía sentido proceder así después de su muerte.

Así que ahora, habiendo emprendido la edición de las obras de Lev Nikoláievich, quien me cedió, por voluntad propia, los derechos para su publicación, y después de haber rechazado sumas astronómicas a cambio de esos derechos, me resulta muy desagradable, y siempre me lo ha resultado, el hecho de que esté en manos de Masha un documento firmado por Lev Nikoláievich donde manifiesta su deseo

de que no se sigan vendiendo sus obras después de su muerte. Como no conocía el contenido exacto del documento, le rogué a Lev Nikoláievich que se lo pidiera a Masha y me lo mostrase.

Él accedió de buena gana y me lo facilitó. Entonces ocurrió algo con lo que yo no contaba: Masha se puso hecha una furia y su marido, ayer mismo, empezó a gritar toda clase de disparates, diciendo que Masha y él tenían la intención de «hacer público» el documento cuando Lev Nikoláievich muriera, para que todo el mundo supiera que él no había querido sacar provecho de sus obras, que era su mujer la que lo hacía.

En definitiva, el resultado de toda esta historia es que Masha y Kolia Obolenski se marchan de Yásnaia.[438]

8 de noviembre. Llevamos una vida monótona y tranquila. Pero, ya que la vida no nos obliga a estar activos, habrá que ocuparla en algo, darle contenido. Antes todo el tiempo se me iba en lo más urgente, en lo imprescindible. ¡Cómo ha cambiado todo! En el campo, en gran medida, es el clima el que gobierna la vida y el humor de la gente. Ayer lucía el sol, y estábamos todos de buen humor y me fui a patinar con las muchachas: Sasha, Natasha Obolénskaia y sus alumnas. Lo pasamos muy bien sobre el hielo. También estuvo patinando, con arrebato, P. A. Boulanger. Su exagerado entusiasmo, sus movimientos -propios de un hombre físicamente frágil, pero enérgico-, y la visión de sus espaldas me produjeron cierta repugnancia. En general no me gustan los hombres, siempre me han resultado ajenos y desagradables desde el punto de vista físico, y necesito mucho tiempo para que, apreciando su espíritu y su talento, llegue a querer a un hombre y acabe por enamorarme. En mis cincuenta y ocho años de vida eso me ha ocurrido con tres hombres, de los cuales, naturalmente, el principal ha sido mi marido.

¡Y hay que ver cómo es! Hoy, a propósito de una novela de Paul Margueritte[439], tuvimos una discusión acerca del divorcio. Lev Nikoláievich dijo: «¿Para qué querrán los franceses el divorcio, si se atreven a todo aunque estén casados?». Yo repliqué que a veces era necesario, y puse como ejemplo el caso de L. A. Golítsyna, cuyo marido la abandonó por una bailarina tres semanas después de la boda, diciéndole con gran cinismo que se había *casado* únicamente para que la otra consintiera ser su amante, pues de otro modo habría sido imposible.

Lev Nikoláievich repuso que el matrimonio no era más que el sello con el que la Iglesia daba su aprobación al adulterio. Yo contesté que ése era sólo el caso de gente indecente. Él, entonces, contestó del modo más brusco y desagradable posible que era así para *todos*. Le

pregunté a qué se refería realmente. A lo cual respondió: «Desde el mismo instante en que estuve con una mujer por primera vez, eso fue un matrimonio».

Y tuve una repentina y dolorosa visión de nuestro matrimonio, tal y como Lev Nikoláievich lo veía. Ese acoplamiento sexual de un hombre y una mujer, sin adornos, desnudo, sin compromisos: a eso es a lo que él llama matrimonio; y a él le da igual, una vez que se ha unido con ella, quién sea esa mujer.

Y, cuando empezó a decir que sólo debería haber un matrimonio, con la primera mujer con la que uno se acostara, me puse furiosa.

Está nevando, y parece que la nieve trazara un camino. Eché un vistazo a las pruebas de *Los cosacos*. Qué historia tan bien escrita, qué brillantez, cuánto talento. ¡Siempre es mucho mejor la obra de un hombre de genio que su vida!

Últimamente Lev Nikoláievich ha estado escribiendo su artículo *Al clero*. Aún no lo he leído, pero lo ha terminado hoy mismo y se lo va a mandar a Chertkov, en Inglaterra. Ahora está jugando al *vint* con sus médicos y con los Obolenski, Masha y Kolia.

18 de diciembre. Lev Nikoláievich sigue guardando cama.[440] Se incorpora, lee y toma notas, pero está muy débil…

He leído *Los tejedores*, de Hauptmann[441] y he estado pensado en que nosotros, los ricos, los propietarios, los empresarios, vivimos en un lujo exclusivo; a menudo dejo de ir a la aldea simplemente por evitar la vergüenza y la incomodidad que me produce el contraste entre mi vida privilegiada y acomodada y su pobreza. Y aun así nos tratan con una sumisión y una gentileza que no dejan de causarme asombro.

Luego leí algunos de los poemas de A. Jomiakov[442]. Hay tanta poesía genuina y sentimiento en muchos de ellos. Algunos son espléndidos: «El crepúsculo», «Las estrellas», «La inspiración», «A los niños», «A un sueño pasado»… «A los niños» brota directamente de su corazón sincero y apasionado. Quien no haya tenido hijos no podrá posiblemente comprender los sentimientos de un progenitor, en especial de una madre.

Entras en su cuarto por la noche y contemplas las tres o cuatro cunitas con una sensación tal de plenitud, de riqueza, de orgullo… Te inclinas sobre cada una de ellas y miras esas adorables e inocentes caritas que desprenden tanta pureza, santidad y esperanza. Y les haces la señal de la cruz o los bendices en tu corazón, luego rezas por ellos y sales del cuarto, con el alma henchida de amor y de ternura, y no le pides nada a Dios, porque nada te falta.

Y ahora todos se han hecho mayores y se han ido… Y no son las cunas vacías lo que te inunda de tristeza, es la decepción por las vidas y los destinos de esos queridos niños, y durante mucho tiempo no te apetece verlos, y no quieres creerlos. Y no les pides a tus hijos que recen por ti, sino que eres tú la tienes que volver a rezar por ellos, por la iluminación de sus almas, por su felicidad íntima.

Hoy hay concierto de Hofmann[443], el último. Me habría encantado asistir, pero una vez más no quiere el destino. Tengo que ir pronto a Moscú, a resolver unos asuntos. ¿Y si me fuera ahora mismo?

Últimamente he estado copiando a la acuarela un retrato del padre de Lev Nikoláievich. Nunca había aprendido la técnica, y me he esforzado mucho; no me ha salido demasiado bien, pero ha sido muy divertido y muy interesante pintar y averiguar yo sola *cómo* se pinta a la acuarela.

1903

1 de enero. Triste recibimiento al Año Nuevo. Ayer llegó una carta de Tania: la criatura que llevaba dentro ha dejado de moverse, y ella está destrozada… L. N. fue el primero en leer la carta; por la mañana, cuando entré en su cuarto, me dijo: «¿Sabes?… Tania… Todo ha terminado». Le temblaban los labios, prorrumpió en sollozos y en su rostro demacrado se dibujaba una profundísima tristeza.

Siento una pena atroz por Tania, y es un tormento ver cómo Lióvochka se va despidiendo de esta vida. Son los dos seres que más quiero en mi familia, los más preciados.

Hoy mismo, Domna, una pobre aldeana, ha venido a mendigar una botella de leche con la que alimentar a sus dos gemelas.

Ayer recibimos el Año Nuevo. Dos de mis nueras, Olga y Sonia, ya estaban aquí con los niños. Iliusha y Andriusha llegaron anoche. Hay mucha gente: diecinueve en total, con los criados. Además, se nos habían presentado dos jóvenes ingleses: unos chiflados espiritistas, pertenecientes a la clase trabajadora, más o menos instruida. Cogieron a Lev Nikoláievich de la mano y propusieron rezar por su recuperación; estaban convencidos de que así saldrá adelante.

Toda la noche, hasta las cuatro y media, he estado con L. N. No ha dormido nada, todo le dolía, no paraba de quejarse. Le daba masajes en las piernas, intentaba calmarle, confortarle, todo en vano. Se callaba un momento, me daba las gracias, pero en seguida volvían los tormentos. De madrugada, empezó a alterársele el pulso, a veces le fallaba; le inyectaron morfina, y ahora lleva toda la mañana dormido.

A las cinco me fui a mi dormitorio, levanté la persiana, abrí el postigo. La blanca luz de la luna bañaba los campos, atravesaba el jardín, entre las hileras de tilos, y penetraba en mi cuarto. En la aldea, los gallos rompían a cantar, ¡qué extraña sensación! Más tarde, estuve dando un largo paseo por el bosque, camino de los baños, y vuelta. El silencio, la soledad, la naturaleza: ¡qué maravilla! Por la tarde ha tocado Goldenweiser, muy bien.

2 de enero. Noticias de Tania: ¡ayer parió unos gemelos muertos!

Estamos compungidos, aunque, gracias a Dios, el parto no presentó complicaciones. Veremos qué nos depara el futuro.

L. N. ha dormido bien; el pulso es correcto, aunque sigue débil y desganado. Está nublado, doce grados bajo cero.

19 de enero. Hoy he vuelto de Moscú, donde he encargado un trabajo en otra imprenta. Ahora mismo no se encuentra a la venta ni un solo ejemplar de las *Obras completas* ni tampoco de *Guerra y paz*.

He escuchado mucha música en Moscú: Arenski interpretó su *Suite* con Ziloti[444] y dirigió su poema musical *La copa*[445]; fue precioso.

Ayer tuve una conversación sumamente conmovedora con Serguéi Ivánovich que me permitió comprender por qué le he apreciado y le he querido tanto. Es un hombre extraordinariamente bueno y noble.

No soporto las intromisiones de Goldenweiser en nuestra vida privada. L. N. está mucho mejor, gracias a Dios. Está entretenido con la selección de máximas filosóficas para la elaboración de un calendario[446]; la idea se le ocurrió cuando cayó enfermo, viendo que no podía dedicarse a escribir en serio.

Tiempo suave, en calma; un grado bajo cero. Qué agradable es el silencio de la naturaleza; ahí está Dios. Entran deseos de fundirse con la naturaleza y unirse con Dios. En vez de corregir pruebas, me paso todo el día sentada, llorando. ¡Ayúdame, Señor!

20 de febrero. Lev Nikoláievich está con un anciano, un veterano de la época de Nicolás I que combatió en el Cáucaso y le está contando sus recuerdos[447]. Ayer y hoy L. N. ha salido a dar un paseo por el bosque, y por la mañana estuvo sentado en la terraza de arriba. Está bien de salud, y tranquilo. Yo me he ocupado un rato de su correspondencia: sobre todo, cartas solicitando algo o pidiéndole su autógrafo.

¿Qué cosas han pasado últimamente? 1) Andriusha ha tenido un hijo, Iliá; nació la noche del 3 al 4 de febrero. Fui a verlo y a felicitar a Olga. 2) Masha y Kolia se han ido al extranjero; sin ellos, la casa parece vacía, pero yo estoy aliviada. Casi todos los días eran nuestros únicos invitados. Además, en Carnaval estuvo aquí N. V. Davydov, nos leyó un fragmento de su historia. Vinieron Boulanger, Dunáiev y nos visitó Zosia Stajóvich. Es inteligente y despierta, pero creo que me he excedido estos últimos días en mis confidencias con ella.

Sasha ha estado en San Petersburgo; me ha disgustado enormemente saber que Dora sigue enferma y Liova padece de los nervios.

Ahora mismo aquí hay poca gente: Sasha, Yulia Ivánovna, el doctor Hedhoft y Natasha Obolénskaia.

El invierno está siendo suave y húmedo: la temperatura suele rondar los dos grados, hay agua en las quebradas, el sol brilla en el cielo y apenas se ve nieve en ninguna parte. Hoy el día es más fresco: dos grados bajo cero y nublado.

Llevamos una vida demasiado apartada, y me alegra tener que ir unos días a Moscú. No es natural nuestra vida de terratenientes: somos los únicos entre una población de campesinos. No tenemos trato ni con la gente del pueblo -resultaría artificial-ni con gente educada de nuestra misma clase.

Recibo muchas cartas a propósito de la que yo envié.[448] Mucha gente condena a Lev Nikoláievich por ser el iniciador de una literatura sucia en obras como *El poder de las tinieblas*, la *Sonata a Kreutzer* o *Resurrección*.

Pero eso no tiene ningún sentido, es un malentendido. Mucha gente está entusiasmada y me da las gracias por la carta, sobre todo por haberla escrito desde el punto de vista de una madre. Pero a Andréiev tampoco le faltan partidarios. Y yo tengo la sensación de haberles echado polvo de Persia a las chinches, y ahora están por todas partes. Envié una carta a una revista, y han aparecido montones de cartas, artículos, ensayos, notas, caricaturas y demás. Nuestra mediocre prensa está encantada con el escándalo y cualquier bobada le viene bien.

Yo ya estoy harta, y últimamente estoy deprimida…

Uno de mis consuelos es la música; otro, cumplir con mi deber cuidando y aliviando a Lev Nikoláievich.

22 de febrero. Misha ha tenido una hija, Tania.

1 de julio. No he escrito en toda la primavera y lo que llevamos de verano; he vivido en contacto permanente con la naturaleza, disfrutando del magnífico tiempo y del sol. No recuerdo otro verano tan caluroso, tan bello en todos los sentidos, ni otra primavera tan luminosa. No tenía ganas de pensar, ni de escribir, ni de encerrarme en mí misma. ¿Para qué iba a hacerlo? «Si excavas, enturbias la fuente…»[449] Hemos vivido en paz, en calma, con alegría incluso.

Hoy hemos tenido una conversación muy desagradable durante la comida. L. N., con una sonrisa ingenua, delante de una amplia audiencia, se puso a renegar, como es su costumbre, de la medicina y de los médicos. A mí me ha parecido intolerable: él ahora se encuentra

bien, pero después de lo de Crimea y de los nueve médicos que -de un modo abnegado, inteligente, atento, desinteresado-le han devuelto la vida, una persona decente y honrada no debería referirse de ese modo a sus salvadores. Yo me habría callado, pero de pronto L. N. añadió que, según Rousseau, los médicos están confabulados con las mujeres. Por tanto, yo estoy confabulada con los médicos. Ahí ya no me pude aguantar. Ya estoy cansada de servir de pantalla a mi marido. Si no creía en la medicina, ¿por qué llamó, esperó ansioso y se sometió obediente a los dictados de los doctores?

Esta penosa charla del 1 de julio de 1903 no es una casualidad, sino una consecuencia de la mentira y la soledad en las que he vivido.

Para mi marido, yo tengo la culpa de todo: sus obras se venden en contra de su voluntad; Yásnaia Poliana se mantiene y se explota en contra de su voluntad; los criados nos sirven en contra de su voluntad; los médicos acuden en contra de su voluntad… La lista es interminable… Y mientras tanto yo trabajo como una esclava para todos y mi vida no me pertenece.

Así que no quiero saber nada de nada, estoy cansada de los continuos reproches y de los esfuerzos constantes. Que L. N. viva lo que le queda de vida de acuerdo con sus convicciones y según su voluntad. Yo ya me he cansado de servir de pantalla y renuncio a ese papel que me han impuesto.

10 de julio. Ayer por la tarde L. N. ya estaba algo mejor. Los últimos días no se había cuidado demasiado, con tanto paseo a pie y a caballo, y además había comido cosas pesadas. Vino a verle un joven oficial de la Guardia Real, acompañado de su mujer, una señora inmensa. L. N. le hizo pasar a su cuarto y le interrogó sobre cuestiones militares: «¿Cómo es un cambio de guardia? ¿Cuándo monta el zar a caballo mientras está pasando revista a las tropas? ¿Quién guía el caballo?», y esa clase de cosas. L. N. está muy interesado en la historia de Nicolás I y se dedica a reunir y leer abundantes materiales para incluirlos en *Hadjí Murat*.

10 de agosto. Se suele decir que nadie, salvo Dios, puede juzgar a un hombre por lo que haga con su mujer. Confío en que la carta que voy a copiar aquí no sirva jamás de pretexto para juzgar a nadie. Pero lo cierto es que alteró mi vida en muchos sentidos e hizo tambalearse mi relación con mi marido, basada hasta entonces en la confianza y el amor. No la carta, se entiende, sino la razón por la que me decidí a escribirla.

Fue el año en que murió mi adorado hijo pequeño, Vánechka, fallecido el 23 de febrero de 1895. Tenía siete años, y su muerte constituyó la mayor desgracia en toda mi vida. Me aferré con toda el alma a Lev Nikoláievich, buscando en él consuelo y un sentido a la vida. Le atendía, escribía para él… En cierta ocasión, estando él en Tula, vi que su cuarto estaba desordenado y me puse a arreglarlo y limpiarlo.

Lo que sigue lo explica todo…

Cuántas lágrimas vertí escribiendo esa carta.

Aquí está la carta; la he encontrado hoy, 10 de agosto, entre mis papeles. Se trata de un borrador.

> 12 de octubre de 1895
>
> Todos estos días he sentido un gran peso en el alma, pero no me decidía a hablar contigo, temiendo apesadumbrarte, y volver a encontrarme yo como en Moscú, justo antes de la muerte de Vánechka.
>
> Pero me es imposible (por última vez… haré todo cuanto esté en mi mano para que sea la última) callar algo que me hace sufrir profundamente.
>
> ¿Por qué en tus diarios, siempre que mencionas mi nombre, te refieres a mí de un modo tan hostil? ¿Acaso te has propuesto que las generaciones futuras maldigan mi nombre, viendo únicamente en mí a la mujer *frívola* y *perversa* que te hizo desdichado? Si te hubieras dedicado a insultarme o a pegarme por todas las cosas mías que te parecen mal, habría sido muchísimo mejor (por ser pasajero) que lo que estás haciendo.
>
> Después de la muerte de Vánechka -acuérdate de sus palabras: «Papá, no le hagas nunca daño a mi mamá»- me prometiste que borrarías todos esos términos malintencionados de tus diarios. Pero no lo has hecho, al contrario.
>
> ¿Acaso temes que tu fama póstuma sea menor si no me presentas a mí como verdugo y a ti como víctima?
>
> Perdóname si he incurrido en la bajeza de leer tus diarios, pero ha sido fruto de la casualidad. Estaba ordenando tu cuarto y, al limpiar una telaraña que había debajo de tu escritorio, de pronto cayó una llave al suelo. La tentación de asomarme al interior de tu alma fue tan grande que no pude reprimirme.
>
> Y entonces me encontré con aquellas palabras (las cito de forma aproximada: estaba demasiado agitada para memorizarlas al pie de la letra):
>
> *S. ha vuelto de Moscú. Ha irrumpido en mitad de mi conversación con Bool*[450]*. Sin que nadie la hubiera llamado.*

Después de la muerte de Vánechka se ha vuelto aún más frívola que antes. Debemos cargar con nuestra cruz *hasta el final. Ayúdame, Señor…*

Cuando ya no estemos, cada cual interpretará esa *frivolidad* como le venga en gana, y cualquiera podrá cubrir de oprobio el recuerdo de tu mujer, porque tú así lo has querido y has invitado a hacerlo con semejantes expresiones.

Así me agradeces que haya consagrado toda mi vida a tu servicio y al de tus hijos, que te haya querido más que a nadie en el mundo (aparte de a Vánechka), que no haya actuado *frívolamente* (por decirlo con las mismas palabras con que te diriges a las generaciones venideras en tus diarios) y que vaya a perecer en cuerpo y alma sin haber dejado nunca de ser tu esposa…

Intento sobreponerme al sufrimiento que ahora me tortura; intento mirar de frente a Dios y a mi conciencia y aceptar la animosidad del hombre al que amo. Procuro, ante todo, escuchar siempre a Dios: «amar a los que nos odian», «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», «reconocer mis pecados y no juzgar a mi hermano»… Con la ayuda de Dios, mi espíritu se elevará hasta esas alturas.

Pues bien, si no te cuesta demasiado, retira de todos tus diarios todo lo que resulte ofensivo para mí: ésa es la única forma *cristiana* de actuar. No puedo pedirte que me quieras, pero sí que respetes mi nombre. Si no te cuesta mucho, hazlo. Si no, queda con Dios. Habrá sido un nuevo intento de llegar a tu corazón.

Escribo esta carta llorando amargamente; nunca estaré en condiciones de hablar de esto. Adiós. Cada vez que me marcho de casa, no puedo evitar preguntarme: ¿volveremos a vernos? Perdóname si puedes.

S. TOLSTAIA

En aquella ocasión llegamos a una suerte de entendimiento; L. N. suprimió algunas cosas en sus diarios. Pero, desde entonces, nunca he vuelto a buscar consuelo y amor en mi marido con la espontaneidad y la afectuosa confianza de antes. Mi corazón se cerró para siempre, de forma dolorosa e irrevocable.

1904

18 de enero. La vida transcurre a una velocidad terrible. Del 6 al 27 de diciembre mi hija Tania estuvo con toda la familia en Yásnaia. Las elecciones, el árbol de Navidad, las fiestas: un trajín agotador, no hubo tiempo ni para alegrarse. La gripe me dejó muy débil. Justo a finales de año, L. N. cayó enfermo, y recibimos el Año Nuevo algo tristes, con Seriozha, Andriusha, Ánnochka, Sasha y los hijos de Sujotin. Después vino también mi hermana Tania, alegre e irreflexiva como siempre, pero derrotada por la vida, la cual le ha enseñado a relacionarse de un modo *peculiar* con los demás. Se produjo una situación desagradable por culpa del *vint*, que a mí me dejó deprimida. El 8 de enero tres estudiantes del Instituto Minero de San Petersburgo se presentaron aquí con una carta. Estuve un buen rato hablando con ellos: eran muy inteligentes, pero, como les pasa hoy en día a tantos jóvenes, no saben en qué aplicar sus energías. Aquella tarde nos fuimos todos a Moscú, donde estuve hasta la tarde del 15. Fui en dos ocasiones a ver la ópera de Arenski *Nala y Damayanti*[451]; es melódica y con gracia, pero le falta fuerza. Pero ¡qué ideal más encantador de auténtica mujer se nos presenta en este poema!

Me llevé a Sasha a todas partes. Estuvimos en un concierto sinfónico con Shaliapin[452]. Es el cantante de más talento e inteligencia de todos los que he escuchado en mi vida. También hubo un concierto de Goldenweiser, que tocó con más brío que de costumbre, y además estuvimos en el ensayo de *El jardín de los cerezos* de Chéjov, que me encantó. Sutil, inteligente, con ese humor que va alternando con la genuina carga trágica de la situación; todo estupendo.

Pero mi principal ocupación en Moscú consistió en el traslado de diez cajas con manuscritos y obras de Lev Nikoláievich del Museo Rumiántsev al Museo de Historia. Me habían pedido que me llevara las cajas del Museo Rumiántsev con ocasión de unas obras. Pero me pareció muy raro que en aquel enorme edificio no se pudieran albergar nueve cajas de un *arshín* de largo. Me dirigí al director del museo, un antiguo catedrático llamado Tsvetáiev[453]. Me tuvo esperando media hora; después, sin disculparse siquiera y en muy mal tono, empezó a hablar conmigo.

-Tenga en cuenta que, donde estaban las cajas, estamos poniendo nuevas estanterías; nos hace falta sitio para otros *manuscritos más valiosos* -dejó caer.

Le repliqué, enojada:

-¿Qué clase de cachivaches pueden tener más valor que los manuscritos de Tolstói y los diarios de toda su vida? Supongo que usted compartirá las opiniones de *La Gaceta de Moscú*[454]…

Mi furia intimidó al maleducado y desagradable Tsvetáiev y, cuando le dije que esperaba encontrar un mejor acomodo para todos los objetos, bustos, retratos y demás, vinculados a la vida de Lev Nikoláievich, se puso nervioso. Empezó a disculparse, diciendo en tono lisonjero que antes no me había conocido y que haría todo cuanto estuviera en su mano; yo, sin embargo, me marché de allí, añadiendo que, si me enfadaba, era porque tengo en altísima estima todo cuanto concierne a Lev Nikoláievich, y que, como mujer de un Lev[455], yo también soy una leona, y sé enseñar las uñas si hace falta.

Tras lo cual, me dirigí al Museo de Historia, a ver al octogenario profesor Zabelin[456]. Arrastrando las piernas, salió a recibirme un anciano de pelo blanco, ojos bondadosos y cara rubicunda. Al preguntarle si sería posible acoger los manuscritos de Lev Nikoláievich en el Museo de Historia, me cogió la mano y empezó a besármela, diciendo con voz conmovida:

-¿Que si sería posible? Por supuesto, tráiganlos cuanto antes. ¡Qué alegría! ¡Querida amiga, esto sí que es historia!

Al día siguiente fui a visitar al príncipe Shcherbátov[457], quien también mostró su satisfacción por mi deseo de entregar al Museo de Historia para su custodia los manuscritos y otros materiales de Tolstói. Conocí a su encantadora mujer, la princesa Sofia Aleksándrovna, condesa Apráksina de soltera, y a su preciosa hija Marusia. Al día siguiente examinamos las estancias destinadas a lo manuscritos: me van a dar dos salas justo enfrente de las salas de Dostoievski.

Todo el personal del Museo de Historia -el bibliotecario Stankévich, su ayudante Kuzminski, el príncipe Shcherbátov y su mujer-me trató con el debido respeto y consideración, en mi calidad de representante de Lev Nikoláievich.

En el Museo Rumiántsev, en la sección de manuscritos, sólo vimos a Gueórguievski[458]. Nos presentamos cuatro personas: Kuzminski -el ayudante del bibliotecario del Museo de Historia-, un soldado, mi *artélshchik* Rumiántsev[459] y yo misma. Tras recoger las cajas, las llevamos sin mayores problemas al Museo de Historia y las depositamos en la torre. Ahora estoy absorbida con las labores de traslado de objetos personales y de otros manuscritos de Lev Nikoláievich a esa misma institución. Hay que poner a salvo el mayor número posible de cosas, antes de que caigan en manos de hijos y

nietos, con esa insensata afición suya a arramblar con todo.

Últimamente, L. N. y yo estamos muy unidos; siempre que estamos solos, resurge con fuerza nuestra vieja relación basada en el cariño sincero, una relación que no se ve afectada por la presencia de nuestros cuatro hijos mayores, aunque sí por la de nuestra hija Masha, la de mi hermana Tania o la de algunos amigos y conocidos.

En todo este tiempo, L. N. ha estado muy animado, trabajando con denuedo, dedicado plenamente a una nueva versión del libro de recopilación de pensamientos de hombres sabios; se le ha ocurrido incluir también relatos y distintas lecturas, en la misma línea del libro anterior: una para cada día. «Aunque, naturalmente, a mí ya no me va a dar tiempo a acabar nada», dice con pesar.

Un día de éstos L. N. recorrió a caballo entre diez y dieciséis verstas, y al día siguiente llegó caminando también bastante lejos. Hoy no se encuentra bien, por la tarde no ha parado de estornudar y no ha querido tomar té.

En Moscú me enteré de que en el número de marzo de la *Revista para todos* van a publicar mi poema en prosa «Gemidos», con el pseudónimo «Una mujer cansada».[460]

3 de febrero. Ayer estuvo aquí un oficial un tanto extraño: el cosaco Beletski. Pese a haber sido militar, rechaza la guerra y ha estudiado Derecho en la universidad. Hablando con él, volví a comprender con claridad mi postura frente a las ideas de mi marido. Si el *desacuerdo* fuera absoluto, no sería posible el amor entre nosotros. Me he dado cuenta de que siempre he apreciado en la doctrina de Lev Nikoláievich lo que suponía de *afirmación* de unas creencias, mientras que toda mi vida he detestado su vertiente de *negación*, fruto de ese rasgo de su carácter que le impele a la continua *protesta* contra todo.

L. N. está bien de salud; el día que no sale a caminar, monta a caballo. Hace tres días estuvo fuera mucho tiempo. No apareció hasta las seis, y entonces averiguamos que había estado en Tula para enterarse, a través del telegrama, de las últimas noticias sobre la guerra con los japoneses.[461] La guerra, incluso en esta tranquila aldea, interesa y preocupa a todo el mundo. Llama la atención el entusiasmo generalizado y el apoyo masivo al zar. Esto se explica por lo insolente e inesperado del ataque japonés, sin que hubiera, por parte rusa, la menor voluntad -ni del soberano ni de ninguna otra persona-de desencadenar esta guerra. Es una guerra *impuesta*.

Otro invierno suave: ayer y hoy hemos rondado los cero grados, con viento.

L. N. vuelve a ocuparse de la creación literaria: está trabajando en el relato *El cupón falso*[462].

Yo me he impuesto la osada tarea de intentar hacer copias de pinturas al óleo sin haber cogido antes un pincel en toda mi vida.

MI SUEÑO DEL 3 DE FEBRERO

Voy a casa de los Máslov; tengo en la mano un ramillete de flores, de color lila y amarillo, un tanto ajadas. Ardo en deseos de engalanar mi ramillete con flores de color rojo o rosa, y también con algo verde. Busco por las ventanas, escojo resignada unas flores marchitas y salgo de casa. En la puerta de entrada, con las manos a la espalda, me espera mi difunta madre. Doy un grito de alegría, pero no me sorprende verla, y le pregunto qué está haciendo allí. «He venido a buscarte», me responde. «Vamos a pasar primero por casa de los Máslov, son mis mejores amigos», le digo. Mi madre se muestra conforme, y nos dirigimos a su casa. Alegre y orgullosa, se la voy presentando uno por uno a los Máslov: «Ésta es mi madre», y ellos la saludan. Pasamos a una sala enorme con una larga mesa, lista para servir el té; Varvara Ivánovna está sentada detrás del samovar. Después salimos, y mi madre dice que tiene que apresurarse si quiere llegar a tiempo para embarcar, que el barco va a partir. Vamos juntas y subimos al barco, donde están todos mis hijos. Nos hacemos a la mar, hay otras naves surcando las aguas, veleros, barcos de vapor. Súbitamente, nos detenemos. Algo se ha roto en el barco. Quiero acercarme a mis hijos, pero de pronto veo, delante de mí, una profunda brecha en la madera, en los tablones. Es imposible atravesarla. Pregunto: «¿Y cómo es que han pasado mis hijos?». «Son jóvenes, han cruzado de un salto.» Descubro a cierta distancia a mi hija Tania; se la ve contenta, está comprando mermelada en una especie de cantina donde venden todo tipo de golosinas, protegidas por un mostrador de cristal. Me sonríe. Liova -menudo, delgado, moreno-está empeñado en que le den un *grívennik* para comprar golosinas.

A todo esto, alguien echa a rodar un gran tonel vacío por el fondo de la brecha. Y, cuando pregunto para qué sirve, me responden que así reparan el barco. Y volvemos a zarpar…

Interpretación. Las flores ajadas: las alegrías marchitas de la vida. La búsqueda de flores rojas: la búsqueda de nuevas alegrías; la búsqueda de algo verde: las esperanzas. Mi madre ha venido a buscarme para llevarme consigo. El barco y la travesía: el tránsito a la muerte. La brecha en los tablones: la caja y la sepultura. La imposibilidad de cruzar por encima de la brecha para reunirme con mis hijos: la imposibilidad de prolongar mi vida con ellos. La

continuación de la travesía: el comienzo de una nueva vida ultraterrena, en la eternidad…

17 de agosto. Cuando hemos pasado por una experiencia difícil, después la vida sigue como por inercia y no ponemos entusiasmo en nada. Tras ver partir a Andriusha para la guerra[463], descubrí de pronto los lazos que me unen a todas las mujeres que sufren por el destino de sus hijos, maridos, hermanos y demás personas queridas, y se desvaneció toda alegría. Me sentí aterrada por mi hijo, y horrorizada por la guerra: era un horror que yacía sepultado en el fondo de mi ser y que ascendió súbitamente, con enorme poder y claridad, hasta la superficie del alma, apoderándose de mí.

Andriusha nos ha mandado una carta alegre y animada desde Ufá, de camino al frente. Pero no mira hacia delante… La pobre Olga está aquí, con los niños: se me parte el corazón cada vez que los miro. Sóniushka[464], con sus hoyuelos en las mejillas y su alma tan sensible y delicada, me llena de ternura y me hace sufrir a menudo.

La que sí es feliz es la familia de mi hijo Misha. ¡Qué encanto de niños! Simpáticos, alegres, cariñosos… es una auténtica delicia estar con esas criaturas. Y la mujer de Misha, ¡tan guapa, cordial, inteligente! En ocasiones me entran ganas de abrazarla y de decirle lo mucho que la quiero y cómo lo sentiría si alguna vez le ocurriera una desgracia. También tenemos aquí a Varia Nagórnova, mi buena amiga. Hoy he ido a darme un baño; un día fresco y ventoso, el agua estaba a catorce grados. Así fortalezco el cuerpo y el alma.

L. N. lleva ya una semana en Pirogovo, en casa de Masha. Realmente, a quien ha ido a ver es a su hermano Serguéi Nikoláievich, que está muriendo de un cáncer en el rostro, los ojos y la mandíbula. Está sufriendo mucho el pobrecillo, pero lo peor es su estado anímico: sin paciencia, ni fe, ni amor a sus semejantes… ¡Sálvanos, Señor, de una muerte semejante![465]

Mi hijo Liova y Varia Nagórnova están tocando a cuatro manos un quinteto de Mozart. A mí también me apetece tocar, me cuesta escribir mientras escucho música.

1905

1 de enero.[466] Ayer celebramos la llegada del Año Nuevo. El balance del viejo, en todos los sentidos, ha sido positivo. Lev Nikoláievich salió a montar a caballo.

3 de enero. Otra vez he estado practicando el retrato, me salen fatal. Ayer estuve copiando mis cartas a L. N. ¡Cuántos afanes, cuánto trabajo en esta vida! Lev Nikoláievich no acaba de mejorar. Se ha marchado Biriukov. Ha venido Bulyguin y dos damas con él. L. N. está flojo y desganado.

14 de enero.[467] Tengo intención de depositar también este diario en el Museo de Historia[468], pero antes quería anotar cómo hemos comenzado este nuevo año.

El 1 de enero entré por la mañana en la habitación de Lev Nikoláievich, le di un beso y le felicité el Año Nuevo. Estaba escribiendo su diario, pero se detuvo y me miró fijamente. «Lo siento por ti, Sonia -me dijo-, con las ganas que tenías de interpretar esas sonatas al violín y no lo has conseguido.» (Y, si no lo había logrado, había sido porque tanto él como mis hijos me habían hecho desistir, y la víspera me habían visto abatida.) «¿Y por qué lo sientes?», le pregunté. «Pues porque ayer fuiste rechazada como violinista, y porque no eres feliz en absoluto, y yo lo siento mucho por ti.» Y de repente L. N. se deshizo en llanto, y empezó a acariciarme y a decirme lo mucho que me quería y lo feliz que había sido toda la vida conmigo. Yo también rompí a llorar y le dije que, si a veces no sé ser feliz, es culpa mía y que le rogaba que me perdonase por mi carácter tan voluble.

Con cada nuevo año L. N. siempre hace balance de su vida; pero en esta ocasión, justo antes de Año Nuevo, Pável Ivánich Biriukov, que acababa de regresar de su exilio en Suiza[469], se dedicó a leer sin parar sus diarios y las cartas que me había escrito, y L. N. a menudo echaba una ojeada y leía alguna cosa. Toda su vida desfiló ante él, y en una de ésas le dijo a Pável Ivánovich, que está escribiendo su biografía[470], que no podía imaginar una vida familiar más dichosa, que yo le complementaba en todos los sentidos, y que él nunca podría amar a nadie más así… Cómo me alegré cuando Pável Ivánich me lo contó.

La noche del 10 al 11 de enero regresó, a Dios gracias, nuestro Andriusha de la guerra; le han dado un año de permiso. Sufre de la cabeza y de los nervios. Sigue igual de infantil, pero la guerra ha hecho mella en él y parece haber cambiado para mejor. La crueldad de la guerra me espanta. Aparte de recurrir al simple disparo, ejecutan a la gente de forma atroz: a sablazos y bayonetazos, sin un tiro de gracia, dejándola morir en medio de despiadados suplicios; atándola y quemándola en hogueras; cavando pozos de lobo con estacas en el fondo para que alguien caiga dentro, etcétera. ¡Y pensar que los seres humanos son capaces de cometer semejantes atrocidades! No alcanzo a comprenderlo, y sufro terriblemente cada vez que oigo hablar del embrutecimiento de las personas y de la guerra interminable.

Lev Nikoláievich está escribiendo un artículo sobre cómo debería actuar el gobierno y sobre la necesidad de una constitución, y sobre el congreso de los *zemstva*[471]. Ayer se marchó a Tula a caballo y regresó en trineo, como si tal cosa, lleno de brío.

Terribles acontecimientos en San Petersburgo. Ha habido allí una huelga de ciento sesenta mil trabajadores. Llamaron a las tropas y mataron, según dicen, a tres mil personas.[472]

El zar ha sufrido dos atentados. En general son tiempos convulsos y difíciles.

17 de enero (Moscú). He pasado el día entero en el Museo de Historia tratando de orientarme entre los papeles de Lev Tolstói. Pável Ivánovich Biriukov me acompañó y estuvo leyendo materiales para su biografía de Lev Tolstói.

22 de enero. P. I. Biriukov me ha acompañado a casa. Por todas partes se amontona la abundante nieve caída. Nos han visitado Orlov[473] y el príncipe Ténishev[474], que ya se ha marchado. Estuve tocando un rato, copié el artículo de Lev Nikoláievich a propósito de los disturbios en San Petersburgo.

25 de enero. Me he pasado todo el día haciendo limpieza y he catalogado los libros de la biblioteca. Lev Nikoláievich ha comenzado un nuevo artículo titulado *Sobre la religión*. Ha dado un paseo a caballo.

27 de enero. Biriukov se ha marchado. He puesto algo de orden en casa, he estado anotando cosas de *Hadjí Murat*, al dictado de Lev Nikoláievich, para un concierto y recital que tendrá lugar el 8 de febrero en beneficio de los soldados que abandonan los hospitales.[475]

8 de febrero. He comenzado un paisaje al óleo de la otra casa; he hecho copias de unas fotografías. Ha venido Serguéienko[476]. Me duelen los ojos, no me encuentro de buen humor.

Los hombres son cobardes, las mujeres taimadas, los terroristas crueles, la guerra absurda y despiadada.

24 de febrero. Nos ha visitado un corresponsal americano[477]. El dolor no remite. Guardo cama. He vuelto a pintar unas flores. Estoy estudiando la perspectiva con un libro, pero me resulta difícil de comprender. Lev Nikoláievich está bajo de ánimo, ha estado escribiendo sobre Pascal.[478]

16 de abril. Todo el día al aire libre: he estado paseando con Tania y Yulia Ivánovna[479]. Después caminé por la hacienda con el intendente y también sola. Lev Nikoláievich está indispuesto, pero a pesar de todo monta mucho a caballo. He leído el artículo de Serguéi Ivánovich a propósito del despido de Rimski-Kórsakov. Es pura lógica.[480]

22 de abril. Me alegra que Chertkov me haya enviado la traducción de la carta que escribí a *The Times* sobre la guerra. He tocado un poco. Lleva ya una semana haciendo buen tiempo. Florecen las pulmonarias y unas flores amarillas. En tres ocasiones han salido colmenillas. En algunas partes han brotado hojitas.

16 de mayo. Me he estado ocupando intensamente de seleccionar libros y cartas dirigidas a Lev Nikoláievich para llevarlos al Museo de Historia de Moscú. Estoy agotada. L. N. sigue enfermo.

4 de octubre. Cumpleaños de Tania. Por la noche Lev Nikoláievich nos ha leído un relato de Gorki; flojo. Después a Herzen, qué estilo más brillante, cómo fluyen las ideas. He estado pintando en la zanja de las amanitas.

13 de octubre. En Yásnaia Poliana sigue habiendo tifus. Ha muerto otra mujer, es el quinto caso, han enfermado sesenta personas.

He pintado, he tocado una sonata de Weber, hemos acabado de leer en voz alta *El duelo*[481].

6 de noviembre. A las doce del mediodía Tania ha dado a luz felizmente a una niña[482].

7 de noviembre. Tania y su hija están bien. Al caer la tarde Lev Nikoláievich se queja de debilidad. Está corrigiendo *Divino y humano*[483].

26 de noviembre. Esta mañana me quedé durmiendo hasta tarde y luego pinté un paisaje. Ha venido Sulerżycki con un actor del Teatro del Arte.[484]

27 de noviembre. Nos ha visitado Yuvachóv[485], que estuvo incomunicado año y medio y pasó ocho años en Sajalín. He pintado un paisaje.

29 de noviembre. Hemos recibido abundante prensa, las cosas en Rusia van mal. Se llevan el dinero de los bancos, expolian a los terratenientes, la marina y el ejército se amotinan. No hay gobierno.

15 de diciembre. He ordenado libros, cosido a máquina ropa blanca, leído y copiado, de todo un poco. En Moscú hay barricadas y tiroteos. Los servicios de correos y comunicaciones están en huelga.[486]

Lev Nikoláievich ha pasado muy mala noche, y por la mañana también se encontraba mal, pero al caer la tarde ha mejorado.

17 de diciembre. Andriusha se ha marchardo a Krapivna, le han relevado del servicio militar. He empezado a pintar mi retrato. No puedo quitarme de encima la angustia, aunque no está bien desanimarse. Lev Nikoláievich hoy se encuentra bien. Hemos leído de nuevo a Herzen.

31 de diciembre. Continúo pintando mi retrato: tan pronto lo estropeo como lo arreglo o lo vuelvo a estropear. Lev Nikoláievich está escribiendo un artículo sobre el gobierno, la revolución y demás[487]. Hoy ha montado a caballo, me encontré con él mientras daba un paseo. Tániushka está mejor, duerme, berrea menos y sonríe. Fin de un duro año de guerra, revolución y maldad.

1906

13 de febrero. Ha vuelto Andriusha. Desde por la mañana ha habido una horrible ventisca y catorce grados bajo cero. Hice reproducciones de fotos de Tanéiev y de Goldenweiser. No muy buenas. Estuve escribiendo mis *Memorias*.[488]

Lev Nikoláievich se ha pasado casi todo el día en casa, leía y nos contaba una novela japonesa que le han enviado en inglés.[489]

Por la noche tocamos a cuatro manos un trío de Haydn y la *Segunda Sinfonía* de Mozart. Después cosí un poco.

16 de febrero. Más fotografías para Serguéi Ivánovich y para Goldenweiser. Cosí a máquina ropa blanca. Fotografié la casa y el pabellón.

Lev Nikoláievich montó a caballo por los bosques, por la noche nos leyó en voz alta la infancia del emperador Pablo I de las *Memorias* de Poroshin[490].

17 de junio. Me encargo de la hacienda, me ocupo de tonterías, y no tengo tiempo para nada. Ha venido un auténtico japonés, un escritor.[491]

19 de junio. He estado escribiendo felizmente la historia de mi vida, algunas cosas me las ha recordado y contado Lev Nikoláievich.

22 de junio. Lev Nikoláievich lleva enfermo desde esta mañana. Tiene fiebre: treinta y ocho con dos.

24 de junio. Por la mañana ha venido el doctor Berkenheim[492]. Hace un calor horrible. Nos bañamos contentos. Después de comer, felicitamos al novio, Seriozha, y a la novia, Masha Zúbova[493]. Por la noche, hubo canciones, bailes de Andriusha, balalaikas, guitarras y demás.

30 de junio (Moscú). Hemos llegado con retraso a Moscú. Andriusha e Iliá dijeron que la boda era a las doce. Nos dimos prisa, nos arreglamos, llegó Marusia, fuimos todos a la Iglesia del Icono de Nuestra Señora en Zúbovo. Una alegre boda, los Zúbov se encargaron del banquete, asistió el simpático Aleksandr Vasílievich Olsúfiev[494]. Acompañamos a Seriozha y a Masha al tren, se van de viaje al extranjero.

20 de noviembre. Masha[495] se encuentra muy mal; al atardecer

tenía cuarenta con ocho de fiebre. Tengo un peso horrible en el alma, me da lástima y temo por ella. En casa reina el silencio y la tristeza.

23 de noviembre. Masha tiene cuarenta con siete de fiebre y dificultades para hablar, es terrible; por la noche no duermo, tengo el alma en vilo.

Han venido a comer Lina y Misha, y me han alegrado un poco; todavía tengo gente a la que amar, y son muchos: mis nietos.

24 de noviembre. Masha sigue muy mal. La han visitado los doctores V. A. Shchurovski y Vladímir Afanásiev. Inflamación del pulmón derecho y de la pleura.

Lina y Misha se han marchado. Vino Iliá, pidiendo dinero como siempre. Nieva, hay un grado bajo cero. Sólo pienso en la enfermedad de Masha.

25 de noviembre. Masha está muy grave, gime, delira y se agita. Me senté a su lado, resulta insoportable ver su situación, tan triste. Recorriendo la avenida, me preguntaba por qué las personas aprecian tanto su propia vida y la de las personas a las que quieren. Todos estamos a la espera, tensos.

27 de noviembre. Masha ha muerto tranquilamente a las doce y veinte de la noche. Lev Nikoláievich estaba sentado a su lado, agarrándola de la mano. Ella estaba sentada, apoyada en unas almohadas, todos los demás estábamos en la habitación (bajo los arcos). La besé en la frente y me quedé de pie junto a L. N. Kolia[496] seguía llorando y besando sus manos cuando su vida ya se había apagado. Un terrible viento silbaba y arrancaba todo. No puedo creer que ya no esté Masha; qué pena tan grande.

28 de noviembre. Ha venido Sasha Dolinino-Ivánskaia[497]. Han colocado a Masha en el féretro, a su lado estaban sentadas Marfa Kubásova, Olga Yershova, Matriosha[498] y su madre. Lev Nikoláievich, Kolia y Tania entraron a ver a Masha; hemos celebrado una misa de réquiem, y yo he asistido con Kolia y Andriusha, que se está encargando de todo.

29 de noviembre. Hemos enterrado a Masha.

30 de noviembre. No hago nada en todo el día, la vida se ha estancado. Fui al pabellón a ver a mi nieta Tániushka, que es infinitamente adorable.

1907

1 de enero. *Estoy flojo, me duele la cabeza. He escrito a Stajóvich (de todo corazón) y a Olga.*[499] Por la mañana he arreglado la casa y he leído las cartas de Lev Nikoláievich a Tania. He estado escribiendo mi autobiografía. Por la tarde L. N. me ha dado un susto con sus problemas de salud.

22 de abril. He estado ojeando viejas fotografías. ¡Cuántos ya no están!

24 de abril. En San Petersburgo y por todas partes se ha extendido el rumor de que L. N. ha muerto, y desde Tula ha venido a todo galope Andriusha.[500] Por la noche nos hemos reunido todos en mi habitación y hemos conversado agradablemente.

3 de junio (Moscú). Han disuelto la Duma. Por la noche se ha leído un manifiesto[501]. Por la tarde he ido a visitar las tumbas de mis hijos; llevé unas flores. Al caer la tarde me marché a Yásnaia.

24 de junio. De nuevo problemas con los segadores, no han ido a segar ni tampoco han dejado que fueran otros. Tuve que solucionarlo todo, el intendente está fuera de sí. Es el segundo día que L. N. se baña y da paseos. Nésterov ha comenzado su retrato[502]. Lev Nikoláievich leyó a los niños su nuevo cuento sobre el bufón Paleček[503]. Marusia estuvo cantando y luego se marchó. También cantó Galia[504]. Estuvieron Goldenweiser y Nikoláiev[505].

26 de junio. Han venido de excursión a Yásnaia desde Tula para visitarnos ochocientos cincuenta niños con sus maestras y maestros. Fueron a bañarse con L. N., tomaron té, cantaron, danzaron, y nosotros les hicimos fotografías. Su desfile con banderas fue algo solemne y grandioso.

27 de junio. Otro aguacero; ha echado a perder el heno segado. Nos bañamos; escribí mis *Memorias*, acabé el año 1885. Toqué con Nadia Ivánova[506] a cuatro manos dos sinfonías de Haydn y un quinteto de Mozart. Después estuve hasta las tres de la madrugada revelando las fotografías que ayer tomé a los niños. Estuvieron los Chertkov. L. N. jugaba al ajedrez, Nésterov le pintaba. Hay una mala noticia: Sasha Behrs[507] está gravemente enfermo.

26 de julio. He paseado con Zosia[508]. He estado corrigiendo las

pruebas de *Anna Karénina*. Mi hijo Liova se ha ido a San Petersburgo. Después de comer leímos en voz alta el artículo de Lev Nikoláievich, ya corregido, *No matarás*. Ha venido un montón de gente: el escritor loco Silchevski[509], un estudiante epiléptico[510], Kuzmín[511], los Chertkov, Dósev[512], Apolov, Gúsev[513], etcétera. Goldenweiser tocó a Chopin: una polonesa, una balada y un estudio; estuvo magnífico.

22 de agosto. Mi cumpleaños, cumplo sesenta y tres, no puedo creer que sea tan vieja. Han venido los Chertkov, los Goldenweiser, María Aleksándrovna[514], Rostóvtseva[515], Abrikósov. Me acordaba de mis hijos y les echaba de menos. Me pasé la tarde tocando el piano, y la noche leyéndole a Zosia Stajóvich mis *Memorias*. Lev Nikoláievich prácticamente a diario va a visitar a los Chertkov.

21 de septiembre. Han venido unos campesinos de Grummont, ¡qué pesadez! Ha venido un hombre de Yásnaia Poliana, padre del detenido Misha Vlásov[516], ¡lo mismo! Víctimas de incendios, mendigos… todos le sacan el alma. Han venido Repin y N. B. Nordman[517]. Por fin, personas interesantes y llenas de vida.

22 de septiembre. Por la mañana Repin ha comenzado el retrato de Lev Nikoláievich. Después, por la tarde el mío. Les leí a Repin y Nordman mis *Memorias.*

23 de septiembre. Hoy es nuestro aniversario de boda, cuarenta y cinco años. I. Y. Repin estuvo pintado mi retrato al óleo. Después Repin, Lev Nikoláievich y yo nos fotografiamos.

26 de octubre. Lev Nikoláievich ha ido a ver a Gúsev, a quien se llevan a la cárcel de Krapivna. Le arrestaron por añadir las palabras «el necio del zar» al artículo de L. N. *¿Dónde está la salida?* y por ir indocumentado.[518]

4 de noviembre. Lev Nikoláievich ha ido a Krapivna a visitar a N. N. Gúsev, que está allí encarcelado.

27 de noviembre. Aniversario de la muerte de mi hija Masha. Hoy hace justo un año. Me resulta triste y a menudo extraño que no esté. Ahora nuestra vida es tan triste, solitaria, tranquila. Me apasiona pintar retratos, algo que requiere mucha concentración y energía. Lev Nikoláievich ha montado a caballo; altera continuamente su *Círculo de lectura*. Como la tela de Penélope: un día trabaja, y al siguiente lo modifica todo.

21 de diciembre. Gúsev ha vuelto. Lev Nikoláievich y él han estado leyendo en voz alta las memorias de Arapova sobre su madre, Púshkina-Lanskaia, que ha publicado en *Nuevos Tiempos*[519]

1908

7 de septiembre. Llevo mucho tiempo sin escribir mi diario.[520] He llegado a esa etapa de la vejez en la que se te presentan dos caminos: o bien elevarse más alto espiritualmente y alcanzar la perfección, o bien hallar el gozo en la comida, en el reposo, en toda clase de placeres derivados de la música, los libros, la sociedad humana. Esta última me da miedo. Mi vida está encerrada en unos límites estrechos: un intenso y continuo esfuerzo cuidando a Lev Nikoláievich, cuya salud ha empezado claramente a debilitarse. Cuando empeora, me invade el terror a la vida vacía y sin sentido que originaría su ausencia. Cuando mejora, me voy preparando para eso y me convenzo a mí misma de que así estaré libre para ocuparme de lo mismo: servir a Lev Nikoláievich. De ese modo podré dedicarme a ordenar sus manuscritos y a copiarlos: copiaré todos sus diarios y sus libretas, todo lo referente a su obra.

En estos momentos va en silla de ruedas, con una pierna inmovilizada, ligeramente hinchada. No la tiene inflamada, y tampoco le duele. Pero se encuentra algo débil.[521]

Ahora, en Yásnaia Poliana, vivimos permanentemente Lev Nikoláievich y yo, mi hija Sasha, el doctor checo D. P. Makovický[522], Varvara Mijáilovna Feokrítova[523], como ayudante y amiga de Sasha, y el secretario de Lev Nikoláievich N. N. Gúsev, a quien cada mañana Lev Nikoláievich le dicta las correcciones y las ideas nuevas para la próxima edición del *Círculo de lectura*.[524]

Recientemente hemos celebrado el ochenta aniversario de Lev Nikoláievich. En general, cuánto amor y admiración le profesa la gente. Eso se percibe tanto en los artículos, como en las cartas y, sobre todo, en los telegramas, que llegan casi a dos mil. Yo lo voy reuniendo todo, con intención de depositarlo en el Museo de Historia de Moscú, para que abran un Archivo conmemorativo.

También recibió emocionantes regalos: el primero procedía de los camareros del Teatro Bufo de San Petersburgo; venía acompañado de una hermosa felicitación. Se trataba de un samovar niquelado con unas inscripciones grabadas: «Dios no está en la fuerza sino en la verdad», «El Reino de Dios está dentro de vosotros», y setenta y dos

firmas. Unos artistas le enviaron un hermoso álbum de acuarelas[525]. Muchos retratos de Lev Nikoláievich, y un bordado en seda, todo de escritura diminuta de un relato de Lev Nikoláievich;[526] de unos artesanos de Torzhok, un hermoso cojín de cuero bordado; del confitero Bormann, cuatro *pudy*[527] y medio de chocolate, del cual se han repartido cien cajitas entre los niños de Yásnaia Poliana. Y además alguien ha enviado cien guadañas para nuestros campesinos; veinte botellas de vino Saint-Raphaël para el estómago de Lev Nikoláievich. Y también una caja grande de cigarrillos de la fábrica Ottomán, que Lev Nikoláievich ha devuelto con una carta de agradecimiento, ya que está en contra del tabaco.

También hubo regalos, cartas y telegramas malintencionados. Por ejemplo, con una carta firmada por «Una Madre» le llegó una caja que contenía una soga; el mensaje decía: «Como no cabe esperar que el gobierno vaya a colgar a Tolstói, que lo haga él mismo»[528].

Probablemente esta madre ha perdido algún hijo por culpa de la revolución o de la propaganda, las cuales debe de atribuir ella a Tolstói.

El día del cumpleaños de Lev Nikoláievich nos juntamos a la mesa los siguientes: él, yo, cuatro de sus hijos varones -Seriozha, Iliá, Andriusha y Misha; Liova está en Suecia, su esposa va a dar a luz-; de las hijas sólo estuvo Sasha. Tania había estado poco antes, hasta el día 28; había venido expresamente para mi cumpleaños, el 22, y ahora no estaba dispuesta a dejar a su hija por segunda vez. Después vinieron: Mijaíl Serguéievich Sujotin, Mijaíl Aleksándrovich Stajóvich, el matrimonio Goldenweiser, Chertkov padre e hijo, María Aleksándrovna Schmidt, Iván Ivánovich Gorbunov, el inglés Mr. Wright, que trajo un felicitación de parte de los escritores ingleses[529], Mitia Kuzminski, las mujeres de nuestros hijos, Masha (Zúbova) y Sonia (Filosófova), y por la noche vino también la segunda esposa de Andriusha, Katia. Después vino Galia Chertkova y también el matrimonio Nikoláiev. Todos estaban tranquilos, serenos y conmovidos, empezando por el propio Lev Nikoláievich, que se encontraba mejor y había salido en su silla de ruedas para comer. Se percibía el afecto tanto del exterior, del mundo entero, como en el alma de cada uno de los presentes aquel día. Por la noche, cuando Lev Nikoláievich se acostó y yo, como de costumbre, le estaba arropando la espalda con una manta calentita hecha por mí, me dijo: «¡Qué bien! ¡Qué bien todo! Esperemos que esto no nos traiga ninguna desgracia»… Quiera Dios que no.

Hoy Lev Nikoláievich se encuentra bastante bien, aunque vuelve a estar confinado en la silla con la pierna extendida, que está ligeramente hinchada. Ha almorzado con nosotros, ha comido de buena gana y nos contó que había recibido hoy una carta de cierto

coronel desconocido[530], que le preguntaba en qué caballo había escapado de los chechenos cuando estuvo en el Cáucaso.

Así fue como sucedió: se había organizado una partida de exploración. Viajaban en carros y a caballo, llevaban escolta. Ansiosos por hacer cabriolas y demostrar su audacia, tres hombres se separaron del grupo y se adelantaron a galope; eran Lev Nikoláievich, su *kunak* (amigo) Sado y Poltoratski. Lev Nikoláievich iba a lomos de un caballo gris y alto, por el que se había pagado un buen dinero; era hermoso, aunque algo lento, con un paso bonito, es decir, era un caballo amblador. Su querido Sado le propuso que intercambiaran sus monturas para que Lev Nikoláievich probara la agilidad de su caballo *nogái*. Nada más intercambiarlos, les salieron de pronto al encuentro unos chechenos armados que bajaban de las montañas. Ni Lev Nikoláievich, ni Poltoratski llevaban armas. Poltoratski, que montaba un caballo malo, de artillería, se rezagó y le dispararon; le acertaron al caballo, y la emprendieron a sablazos con él, aunque salvó la vida. Mientras Sado, blandiendo su fusil, gritaba algo en checheno a sus paisanos, Lev Nikoláievich logró alejarse a galope a lomos de aquel pequeño caballo *nogái* de pies ligeros de su *kunak* Sado.[531] Y así, una vez más, la casualidad le salvó la vida a Tolstói.

Después de comer, Lev Nikoláievich jugó al ajedrez con Goldenweiser, y luego le escuchó tocar al piano. El *Tercer scherzo* de Chopin, un *esquisse* de Arenski y dos baladas de Chopin, la segunda de las cuales la interpretó de forma magistral, conmovedora, lleno de inspiración.

Mi vida se reduce a las preocupaciones materiales. Vino el contratista para hacer un presupuesto por arreglar el suelo de la habitación de Sasha, el baño, la cochera, construir un gallinero, etcétera. Ni siquiera me queda tiempo para dar un simple paseo; o bien estoy sentada con Lev Nikoláievich, o me reclaman mis quehaceres. Sin embargo, cuánto me gusta la naturaleza: contemplo los arces teñidos de rojo, y dan ganas de pintarlos. Me encanta el arte; camino por el campo y voy repitiendo mentalmente el poema de Tiútchev: «Hay a comienzos del otoño un período breve pero maravilloso»… Escucho tocar a Goldenweiser y todo mi ser anhela volver a estudiar música…

Y así toda la vida: arrebatos no satisfechos y el riguroso cumplimiento del deber. Ahora se calman los impulsos: delante de mí se ha levantado un muro, el límite de la vida humana, que detiene esos impulsos vitales, esa inquietud artística. «¡No merece la pena, pronto llegará todo a su fin!» Siempre queda la oración; pero hasta ésta se enfría ante la pesadez de la vida cotidiana. Abandonar esta vida, dejarlo todo… Pero dejárselo ¿a quién?

16 de septiembre. Hoy, después de dos meses recluido en casa, ha salido L. N. por primera vez a dar un paseo en calesa con Gúsev; condujo él mismo y fueron a visitar a los Chertkov a Teliatinki. Tiene un excelente apetito y parece que se está restableciendo.

A veces estoy tan atareada con las cuestiones económicas que éstas se convierten en un suplicio y oscurecen tanto la vida como los pensamientos sobre la muerte inminente.

Todas las personas *se preparan* para algo, se preparan para la vida, pero la vida, como tal, no existe, es decir, no hay una vida auténtica, tranquila, ociosa, dedicada a las ocupaciones que a uno le apasionan. En eso, L. N. ha sido toda su vida sabio y afortunado. Siempre ha trabajado por elección propia, no por necesidad. Si quería escribir, escribía, si quería arar, araba. Tuvo la ocurrencia de ponerse a hacer botas, y las hizo con tenacidad. Se propuso instruir a los niños, y los instruyó. Cuando se cansaba de algo, lo dejaba. ¿Me habría atrevido yo a vivir así? ¿Qué habría sido entonces de nuestros hijos y del propio L. N.?

8 de diciembre. Quiero dejar constancia por escrito de algo que ayer, por casualidad, escuché. Chertkov, que se nos presenta en casa a diario, entró anoche en la habitación de Lev Nikoláievich y estuvo hablando con él de la señal de la cruz. No pude evitar oír desde la sala su conversación. L. N. le estaba diciendo que él, por costumbre, a veces se santigua; era, según él, como si, a pesar de que su alma no estuviese rezando en ese momento, el cuerpo hiciera la señal de la oración. A lo cual Chertkov le replicó que bien podía ocurrir que, si se santiguaba en el momento de su muerte o al padecer un intenso sufrimiento, quienes le rodearan podrían pensar que se había convertido o deseaba convertirse a la ortodoxia; y, para evitar que nadie pensase semejante cosa, Chertkov se disponía a anotar en su libreta lo que acababa de decir Lev Nikoláievich.

¡Qué ser más limitado y estrecho de miras es ese Chertkov! No le interesa siquiera la psicología del alma de Lev Nikoláievich en los momentos en que está solo, ante sí mismo y ante Dios. En esos momentos se santigua haciendo la señal de la cruz, la misma señal con la que le santiguaron su madre, su abuela, su padre, su tía o incluso su pequeña Tania, que fue una vez a darle las buenas noches y, con un rápido movimiento de su manita, le persignó, diciendo: «Bendito seas, papá». Chertkov todo lo tiene que *recoger, anotar* y *fotografiar*, y nada más.

Resulta curiosa la historia que contó de dos campesinos que fueron

a pedirle que les afiliara al *partido* que él quisiera, que ellos firmarían lo que fuera y con lo que él les dijera, ya fuera tinta o sangre: estaban dispuestos a todo, con tal de que les pagaran.

Eso fue así porque en casa de Chertkov se junta toda clase de chusma; treinta y dos personas viven y comen en ella. La casa es grande y está completamente llena. Allí viven, entre otros, cuatro muchachos, compañeros de su hijo Dima[532], simples campesinos de Yásenki que, sin hacer nada en absoluto, comen junto a los señores y reciben quince rublos al mes. Les envidian. También viven allí mis pobres nietos Sóniushka e Iliúshok con su madre[533], abandonados por mi hijo Andriusha. Cómo me duele verles así.

Nos han destrozado todas las cerraduras del pabellón; rompieron los cristales; robaron la miel de la colmena. Odio a esa gente bajo cuya amenaza de bandidaje vivimos en estos momentos. Odio tanto los castigos como la insolvencia del gobierno.

1909

[Sin fecha.] Alarmante comienzo de año. Ha venido alterada la mujer de Andriusha con su hijita de diez meses. Han sufrido un incendio. Después alguien vio un resplandor en Teliatinki, temíamos por la casa de Sasha y de los Chertkov. Resultó ser el almacén de un campesino. Sasha preparó un abeto para ciento quince niños de la aldea. Lev Nikoláievich se alegró por los niños y se inquietó. Pero todo salió estupendamente y todos quedaron contentos.

14 de enero. Hoy he reanudado mi viejo trabajo: copiar la nueva obra literaria que Lev Nikoláievich acaba de escribir.[534]

El relato trata de revolucionarios, castigos y el origen de todo ello. Podría ser interesante. Pero son los mismos recursos de siempre, las mismas descripciones de la vida campesina. Se deleita en la robusta figura femenina de piernas bronceadas que en otros tiempos tan poderosamente le había fascinado; la misma Aksinia de brillantes ojos, casi inconscientemente ahora, a los ochenta años, vuelve a surgir de las profundidades de su pasado. Aksinia era una campesina de Yásnaia Poliana, la última amante de Lev Nikoláievich antes de que éste se casara, y actualmente vive en la aldea. Todo esto ha despertado recuerdos dolorosos en mí. Y, probablemente, más adelante aparecerá una revolución poetizada, más o menos disfrazada de cristianismo, con la que Lev Nikoláievich indudablemente simpatiza: odia todo lo que ha sido ensalzado por la Fortuna y todo lo que representa el poder.

Conforme siga copiando, veremos cómo avanza la trama. Al principio no quería dejar que lo copiara yo, porque le daba vergüenza que lo leyera. Si hubiera sido un poco más delicado, no habría llamado Aksinia a su heroína campesina. Y, una vez más, entre los campesinos surge un héroe, necesariamente simpático con su sonrisa y su acordeón, que después se enreda y se hace revolucionario. Puede que luego cambie de opinión, pero hasta ahora no me gusta nada.

Wanda Landowska[535] vino hoy y estuvo tocando un buen rato. Interpretó a la perfección una mazurca de Chopin y una sonata de Mozart. Inclinada sobre el teclado parecía como si estuviera forzando a alguien a revelarle el contenido de la pieza. Refinamiento y

expresividad elevados al máximo grado de belleza. Melodías de siempre: *El cuco, Los viejecitos, Los jóvenes, La danza de la criada*, una *bourrée*; todo muy interesante, interpretado de manera magistral. Además de nuestra familia, escucharon el recital los Chertkov, padre e hijo, y su cuñada Olga. Marusia Maklakova se ha ido.

2 de febrero. Lev Nikoláievich no se encuentra bien, se ha pasado el día durmiendo y no ha comido nada. Yo también me encuentro mal. He estado copiando *El padre Sergui*. He revisado los materiales para el libro *Mi vida*, y tengo ganas de seguir escribiendo.

14 de febrero. Enferma, me he levantado tarde, estuve ocupada con *Hadjí Murat*, cotejando lo que había copiado, y después con los materiales para mis *Memorias*. Ha venido Zosia Stajóvich. Por la noche he seguido cosiéndole un vestido a María Aleksándrovna. Leímos en voz alta la ejecución de Karakózov[536] en *Antigüedad Rusa*[537].

25 de febrero. De nuevo me he pasado todo el día escribiendo y luego corrigiendo *Infancia*[538]. L. N. está sano, pasea y escribe.

27 de febrero. L. N. se encuentra algo débil. He escrito al ministro Timiriazev[539], que le había prometido un puesto a Andriusha.

6 de marzo. Una dura noticia: la expulsión de Chertkov de la provincia de Tula.[540] Todos lloraban. Sasha, Dima, Olga llorando; Lev Nikoláievich abatido, como todos en casa. Entre el pueblo y la servidumbre cunde la indignación: «A pocos de ellos han matado, no paran de burlarse de la buena gente». Chertkov está muy afectado. Lev Nikoláievich tiene la pierna hinchada. ¡Qué tristeza! He escrito indignada una carta a los periódicos, aún no la he enviado.[541]

12 de marzo. Lev Nikoláievich ha caído enfermo. Tiene fiebre, treinta y siete con seis. Me he quedado en casa, haciendo extractos de escritos para mi trabajo. Ha aparecido mi carta en los periódicos con motivo de la expulsión de Chertkov.[542]

20 de marzo. Lev Nikoláievich, gracias a Dios, se encuentra mejor. Está muy interesado en el libro *Krishna*[543].

7 de abril. Esta tarde he estado cosiendo, y he hojeado un montón de periódicos. Me han mandado un periódico francés con mi carta sobre Chertkov. Lev Nikoláievich vuelve a estar mejor, está muy enfrascado leyendo sobre los chinos y sus antiguas leyes[544]. Ha estado jugando al *vint*.

3 de mayo. Tania ha regresado de San Petersburgo, donde intercedió por Chertkov ante Stolypin[545]. No sé si le van a dejar volver o no. Se ha marchado Molóchnikov[546]. Por la tarde Lev Nikoláievich dio un paseo a caballo. Está escribiendo un artículo sobre la educación. Sus escritos tienen cada vez con más frecuencia la forma de cartas de reivindicación…

9 de mayo. Han venido Strájov, Nikoláiev, Tregúbov[547] y un

antiguo diácono forastero. Noticia de la denegación oficial del ministro a Chertkov del permiso a regresar a casa. Lev Nikoláievich fue a caballo a visitar a su familia[548].

11 de mayo. Lev Nikoláievich ha ido a caballo a ver a los Chertkov. Malas noticias en los periódicos sobre el juicio de Felten, y una carta provocativa de L. N. al juez de instrucción.[549] Desagradable lectura de *El diablo*, una obra que L. N. me había ocultado.

1 de junio. He paseado con mis nietos, Sóniushka e Iliúshok, y con Olga. Les he leído mi cuento infantil *Los pequeños esqueletos*. Lev Nikoláievich dio un paseo a caballo por Zaseka. Hoy me dice: «Me he alejado mucho del sentimiento de patriotismo; no me interesan las cuestiones únicamente rusas, sino las mundiales, las de toda la humanidad».

8 de julio. Mis sufrimientos son terribles. Se han visto agravados por la conmoción nerviosa al enterarme de que Lev Nikoláievich había decidido de repente viajar a Estocolmo al Congreso de la Paz[550]. Dios no lo quiera.

18 de julio. Le he pedido a Lev Nikoláievich que me transmitiera formalmente los derechos sobre sus obras para facilitar la impresión y gestión de ellas. Él se negó rotundamente, de un modo brusco y desagradable. Yo me acaloré, pero luego me apené mucho, e hicimos las paces. L. N. tiene derecho, moral y material, a negarse. Pero qué difícil le resulta a una persona renunciar a su propiedad, por mucho que sermonee.

21 de julio. Tras expresarle mi temor a L. N. por su viaje a Suecia, no he dormido en toda la noche. Estoy sola en medio de esos *oscuros* que han enredado a Lev Nikoláievich. Todos están contra mí, y yo soy la criada de todos. Ha hecho muy mal Molóchnikov al arremeter contra el príncipe B. A. Vasílchikov. Molóchnikov recurrió a unas palabras de Lev Nikoláievich que habían sido suscitadas por el falso testimonio de aquél[551].

He llamado a Andriusha para que me sirva de consuelo y protección frente a los *oscuros*. Fue muy agradable, útil y reconfortante.

30 de julio. He estado un poco ocupada con los cuentos infantiles que quiero publicar. Ha estado el corresponsal de *La Palabra Rusa*, Spiro[552].

4 de agosto. Por la noche se presentó la policía haciendo sonar sus campanillas; venían el comisario y el ayudante del jefe del distrito y le comunicaron a Gúsev que en una hora debía acompañarlos; le han arrestado y le deportan a la provincia de Perm.[553] Esto nos ha dejado a todos estupefactos; irritación contra el gobierno, indignación y una conmovedora despedida de Gúsev. Lev Nikoláievich se envalentonó y quería mostrar entereza, pero estaba emocionado.

21 de agosto. He pasado la mañana con Botkin. Después tomé apuntes de unas cartas para mis *Memorias*. He vuelto a tener fiebre, me eché y me quedé medio dormida, después bordé una camisa. Ha estado Goldenweiser. Lev Nikoláievich ha montado solo a caballo, ha jugado al ajedrez, ha leído algunas cartas y ha enviado a Berlín un telegrama dando su consentimiento para que lean allí el artículo sobre la paz que había preparado para el Congreso en Estocolmo.

27 de agosto. He intentado dibujar algunas ilustraciones para mis cuentos infantiles[554]. Desearía saber hacerlo todo, y no soy capaz de nada. Lev Nikoláievich fue a la cita que tenía con Boulanger.

31 de agosto. Esta mañana ha venido a visitarnos un rumano de treinta años[555] que se había castrado después de leer la *Sonata a Kreutzer*. Entonces comenzó a trabajar la tierra, apenas nueve *desiatiny*, y ahora se ha sentido terriblemente decepcionado al ver que Tolstói escribía una cosa y vive con tantos lujos. Evidentemente, se puso muy triste; decía que le daban ganas de llorar, y no dejaba de repetir: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Qué voy a decir en casa?», y preguntaba insistentemente a todo el mundo, tratando de hallar una explicación a tal contradicción. Más tarde llegó de Kiev un rico sordomudo, llamado Müller, con un barbero amigo suyo; venían expresamente a conocer a Tolstói. Estuvo Goldenweiser, jugó al ajedrez con L. N.

2 de septiembre. Me molestan mucho los preparativos de Lev Tolstói para visitar a Chertkov. He corregido las pruebas de la biografía inglesa de Lev Tolstói, realizada por Maude[556]. He dibujado algunas ilustraciones. Hoy nos visitaron los Nikoláiev, Goldenweiser, Kalachov[557], el sordomudo y unos fotógrafos que trabajan para el cinematógrafo de París.[558]

17 de octubre. Nos han visitado unos hombres con un gramófono, y con el gramófono se nos han colado toda suerte de gacetilleros, poetastros y demás.[559] Ha sido insoportable, muy desagradable. Al anochecer, L. N. estaba agotado; por la tarde había montado a caballo y había hablado por teléfono con Olga.

21 de noviembre. He ido a visitar a un oculista y a un cirujano. Prácticamente he perdido la vista en el ojo derecho, y el izquierdo lo tengo también mal.

29 de noviembre. Lev Nikoláievich está muy animado, me ha mostrado hoy el folleto *Sobre la razón y la fe*, una obra suya donde se dice que Cristo no es Dios, y cosas así, y cuesta un kópek o medio kópek. La censura lo ha examinado, evidentemente.[560] Maravillosa escarcha, sol, cuatro grados bajo cero, todos hemos patinado. L. N. acompañó al médico a ver a un enfermo en Kryltsovo. Pero ya estaba agonizando. Cuando me lo contó, L. N. rompió a llorar.[561]

1910

1 de enero. Año Nuevo. Se han marchado los Landowski. Lev Nikoláievich fue a caballo a Ovsiánnikovo. Está escribiendo tres cosas: «Un sueño», «Vagabundos» y otra aún sin título[562]. No hace frío, tiempo en calma, dos grados. Les he mandado telegramas a Goldenweiser y a Andriusha.

26 de enero. Seriozha se ha marchado esta mañana. También Olga con los niños, se han ido a Tula. Hace viento, dos bajo cero. A las dos ha venido mi hijo Andriusha con Katia, su mujer. Por la tarde Serguéienko ha traído un gramófono, regalo de la sociedad Grammofón, la que grabó a Lev Nikoláievich hablando en cuatro idiomas. No me gustan los gramófonos.

17 de febrero. Ha venido Nikitin; después Olga Konstantínovna, Nadia Ivánovna y Meier, uno que trabaja para el cinematógrafo. No hago nada, siempre ocupada en nimiedades. Sasha se ahogaba[563], le han mandado unos vahos, y le ha servido de alivio. La fiebre se ha mantenido en torno a los treinta y nueve grados, aunque por la tarde ha mejorado. He escrito a Chertkov y a Stasiulevich. Me he dado un baño.

11 de marzo. He estado escribiendo *Mi vida*, por la tarde he estado leyendo con Varvara Mijáilovna, preparando para la imprenta y completando la *IV Parte* de las obras de Lev Nikoláievich. Más tarde Zosia nos leyó las cartas de Lev Nikoláievich a la difunta condesa Aleksandra Andréievna Tolstaia. Unas cartas preciosas, que le sirvieron para coquetear con ella, mostrándole su mejor faceta, la artística, y exhibiéndose ante ella. Reina el silencio en el campo; noche de luna.

30 de marzo. He estado ocupada recogiendo la casa. He atendido a las visitas. Se han marchado Strájov y Masaryk[564], que no nos ha contado nada interesante; es un hombre muy callado. Pero Lev Nikoláievich ha estado muy a gusto con él.

21 de abril. Ha venido el escritor L. Andréiev. Lev Nikoláievich fue a dar un paseo con él, y luego se puso a llover fuerte y se levantó una tormenta, con viento y con granizo. Nos asustamos, pero Lev Nikoláievich y Andréiev estaban ya para entonces al lado del pabellón. Ha llegado mi hijo Misha y por la tarde ha venido Dima Chertkov. Le leí a Andréiev *Después del baile*. Muy malas noticias de Sasha[565]: tiene tuberculosis, y le afecta a los vértices de ambos pulmones. Lev Nikoláievich está hundido, y yo tengo el corazón destrozado.

12 de mayo. Pasé la mañana con mi nieta Tania, después estuve tomando notas de mis cartas a mi hija Tania, y reviví con dolor los tristes años de 1894 y 1895. Por la tarde leí, dormí, conté cosas de Vánechka. Siempre está vivo en mi alma. Lev Nikoláievich está bien de salud y de ánimos. Bebe zumo de arándanos y no toma sopa. Once grados, sigue fresco.

29 de mayo. Dura conversación con Lev Nikoláievich (Odóiev[566], París). Me echó en cara nuestra vida de señores por haberme quejado de las dificultades para llevar la hacienda. Me expulsó de Yásnaia Poliana, y me dijo que me fuera a vivir a Odóiev, a París o a donde me diera la gana. Me fui de casa, tenía fiebre, me dolían las piernas, el pulso se me había disparado, me tumbé en una acequia y ahí me quedé, hasta que me vinieron a buscar con un caballo. He estado todo el día en la cama, no he comido nada, no he parado de llorar. Ha venido Paolo Trubetskói con su mujer.

12 de junio. Lev Nikoláievich se ha marchado a casa de los Chertkov con Sasha[567] y con su séquito: el doctor, su secretario Bulgákov y su criado Iliá Vasílievich. Por la mañana ha soplado el viento del norte, después ha hecho más calor. Salí a pasear con N. N. Gué y Varvara Mijáilovna. En el jardín están rastrillando el heno. Se han marchado los Trubetskói, ha terminado una estatuilla de Lev Nikoláievich y otra de un campesino arando. He escrito a Máslova y al pintor. He mandado las pruebas del *Abecedario* y de *Cuarenta años*.

26 de junio.[568] Lev Nikoláievich, mi marido, ha entregado todos sus diarios desde el año 1900 a V. G. Chertkov y ha empezado a escribir un nuevo cuaderno allí mismo[569], en casa de Chertkov, donde se aloja desde el 12 de junio. En el diario que ha empezado a escribir en casa de Chertkov y que me ha dado a leer, se dice, entre otras cosas: «Quiero *combatir* a Sonia con la bondad y con el amor»[570]. ¿Combatir? Pero si le amo con todas mis fuerzas, si mi único pensamiento, mi única preocupación es que se sienta bien. Pero ante Chertkov y ante las generaciones venideras que lean sus diarios tiene que presentarse como un ser desgraciado, generoso y bueno, que *combate* un mal imaginario.

Mi vida con Lev Nikoláievich se hace cada día más insoportable, por la forma dura y cruel en que me trata. Y todo esto ha sido orquestado, de forma gradual y sistemática, por Chertkov. Ha hecho todo lo posible por tener bajo su control al desgraciado anciano, nos ha separado, le ha arrebatado la chispa artística y con ella ha encendido el fuego de la reprobación, el odio y la negación que se desprenden de sus artículos en los últimos años, a los que su estúpido genio del mal le ha incitado.

Pues sí, si se cree en el diablo, entonces se ha encarnado en Chertkov y ha destrozado nuestras vidas.

He estado enferma todos estos días. La vida me ha extenuado, me ha agotado, estoy cansada de tanto trabajar; vivo sola, sin ayuda, sin amor, ruego a Dios que me conceda la muerte, que probablemente ya no esté lejos. Como hombre inteligente que es, Lev Nikoláievich conocía el modo de librarse de mí y, con ayuda de su amigo Chertkov, me ha ido matando poco a poco, y ahora se acerca mi fin.

Enfermé de repente. Estaba viviendo sola con Varvara Mijáilovna en Yásnaia Poliana; Lev Nikoláievich, Sasha y todo su séquito -su doctor, su secretario y su criado-se habían marchado a Meshchérskoie a casa de Chertkov. Para el pleno restablecimiento de Sasha después de su enfermedad, había que eliminar el menor rastro de polvo y gérmenes, así que me obligaron a pintar toda la casa y a arreglar los suelos. Contraté algunos criados y yo misma retiré los muebles, los cuadros y los objetos con ayuda de la buena de Varvara Mijáilovna. Además tenía que corregir muchas pruebas y ocuparme de las tareas de la casa. Todo ello me dejó exhausta, la separación de Lev Nikoláievich empezó a hacerse dura, y tuve una crisis nerviosa tan fuerte que Varvara Mijáilovna le envió a Lev Nikoláievich un telegrama: «Grave crisis nerviosa, pulso por encima de cien, guarda cama, llora, insomnio»[571]. Al recibir el telegrama, escribió en su diario: «He recibido un telegrama de Yásnaia Poliana. Es difícil»[572]. No

respondió ni una palabra y, por supuesto, no vino a verme.

Por la tarde me puse tan mal que, entre los espasmos en el corazón, el dolor de cabeza y la insoportable desesperación, todo mi cuerpo se puso a temblar, los dientes me castañeaban, los sollozos y los espasmos me ahogaban. Pensaba que iba a morir. En toda mi vida no recuerdo un mayor peso en el alma. Me asusté y, como queriendo escapar de algo, salí en busca de la ayuda de la persona amada, y le volví a telegrafiar. Esta vez lo hice yo misma: «Te *suplico* que vengas mañana, 23». La mañana del 23, en lugar de venir en mi ayuda en el tren de las once, me envió un telegrama: «*Más conveniente* el 24 por la mañana; si fuera imprescindible, cogeremos el nocturno».

En la expresión «más conveniente» pude sentir el estilo frío y cruel del déspota Chertkov. Mi desesperación, mi estado de nervios y el dolor de corazón y de cabeza habían llegado al límite.

En casa de los Chertkov lo tenían todo calculado para que no me diera tiempo a recibir el telegrama y responder, pero yo también había echado cuentas y había previsto su argucia, de modo que enviamos en nombre de Varvara Mijáilovna un nuevo telegrama: «Lo considero imprescindible». Pero no era un telegrama ordinario, sino *urgente*.

Justo entonces se presentaron en casa de los Chertkov el violinista Erdenko y su mujer[573]. Naturalmente, Chertkov le insinuó a Lev Nikoláievich que su marcha resultaría embarazosa, y, aunque no se lo dijera abiertamente, le dio a entender sin duda que el violinista era, por descontado, más importante que su esposa enferma, y así retuvo a Lev Nikoláievich. Y él, encantado de poder pasar otra mañana con su adorado y precioso ídolo.

La noche del 23, Lev Nikoláievich -con su cortejo-regresó enfadado y arisco. Así como yo considero a Chertkov *el artífice* de nuestra separación, Lev Nikoláievich y Chertkov me consideran a mí *la artífice* de la suya.

Tuvimos una difícil conversación, yo le revelé todo lo que encerraba en mi alma. Lev Nikoláievich, sentado en un taburete, cabizbajo y lastimoso, guardó silencio la mayor parte del tiempo. ¿Y qué podía decirme? A veces me daba una pena horrible de él. Si durante aquellos días no me quité la vida envenenándome, fue tan sólo porque soy una *miedica*. Razones no me faltan, y espero que el Señor me llame a su lado sin dejarme cometer el pecado del suicido.

Durante nuestra difícil conversación, de pronto Lev Nikoláievich se puso de pie, hecho una fiera, con los ojos encendidos de ira, y empezó a hablarme en mal tono. En ese momento le odié y le dije: «¡Ah! ¡Ése eres tú realmente!», y enmudeció de inmediato.

A la mañana siguiente, mi inagotable amor se impuso. Cuando entró en mi habitación, me lancé a su cuello, le pedí que me

perdonara, me arrepentí, le acaricié. Él me abrazó, rompió a llorar, y decidimos que desde ese momento todo sería distinto, que estaríamos pendientes el uno del otro y nos cuidaríamos. ¿Por mucho tiempo?

Pero ya no podía apartarme de él; quería que estuviéramos juntos y unidos; le pedí que fuera conmigo a Ovsiánnikovo para estar a su lado. Me acompañó. Se veía que no quería ir conmigo, pero hizo el esfuerzo, aunque durante el viaje intentó apartarse de mí continuamente, haciendo el camino a pie. Entonces empecé a llorar otra vez, puesto que mi viaje en solitario en calesa había perdido ya todo el sentido para mí.

Llegamos a la vez, me tranquilicé, un pequeño rayo de alegría brillaba estando *juntos*.

Hoy he leído el diario que me ha facilitado Lev Nikoláievich, y una vez más me he quedado helada y me ha trastornado la noticia de que ha entregado todos sus diarios, a partir del año 1900, a Chertkov. Supuestamente, con la intención de que copie algunos pasajes, pero en casa de Chertkov está trabajando el hijo del taimado Serguéienko[574], el cual, con toda probabilidad, estará reproduciendo los diarios al completo para sacar provecho en el futuro. Y en cada pasaje de los diarios de Lev Nikoláievich se me presenta, deliberadamente, igual que ahora, como un tormento al que hay que *combatir* de algún modo y ante el que hay que *mantenerse firme*, mientras que él es un ser superior, magnánimo, cordial, religioso…

Tengo que ser valiente, comprender que ante la muerte y la eternidad no tendrán ningún valor ni las intrigas de Chertkov ni el minucioso trabajo de Lev Nikoláievich para humillarme y acabar conmigo.

Si existes, Dios mío, estarás viendo el odio de mi alma a la mentira, ¡y mi amor sincero, de corazón, al bien y a tantísima gente!

Por la tarde. Hemos vuelto a hablar y he padecido nuevos tormentos. No, así no puedo seguir, tengo que poner fin a mi vida. Le he preguntado: «¿Por qué, Lev Nikoláievich, te empeñas en pelear conmigo?». Me ha respondido: «Porque tenemos opiniones diferentes en todo, tanto en lo que se refiere a las tierras como a la religión». Le digo: «Las tierras no son mías, las considero de la familia, de los ancestros». «Podrías entregar *tus* tierras.» Le pregunto: «¿Y por qué no te ofenden las tierras ni la fortuna millonaria de Chertkov?» «¿Qué? Mira, mejor me callo, déjame…» Primero gritos, después un silencio hostil.

Al principio, cuando le pregunté dónde estaban los diarios a partir del año 1900, se apresuró a responder que los tenía él. Pero, cuando le

pedí que me los enseñara, vaciló y reconoció que estaban en poder de Chertkov. Entonces insistí: «¿Así que tus diarios los tiene Chertkov? ¿Y si registran su casa y desaparecen? Los necesito como material para mis *Memorias*». «No, ha tomado medidas -respondió-, los ha depositado en un banco.» «¿Dónde? ¿En qué banco?» «¿Por qué quieres saberlo?» «Porque soy tu mujer, soy la persona más allegada a ti.» «La persona más allegada a mí es Chertkov, ni yo mismo sé dónde están los diarios. ¿Acaso no da igual?»

¿Estaría diciendo la verdad? ¡Qué sé yo! Todo se está haciendo a escondidas, con malicia, con falsedad; en todo hay una intriga contra mí. Hace ya tiempo que viene ocurriendo, y no parará hasta la muerte de ese pobre anciano, que se ha dejado engañar por ese diablo de Chertkov.

He estado reflexionando, y creo que ya sé lo que tengo que hacer. Unos días antes de su partida a casa de Chertkov, Lev Nikoláievich no paraba de mostrar su descontento con nuestra vida. Cuando le pregunté: «¿Y qué podemos hacer?», me gritó con voz indignada: «Marcharnos, dejarlo todo, no vivir nunca más en Yásnaia Poliana, no ver a los mendigos, al circasiano, a los lacayos sentados a la mesa, a los solicitantes, a las visitas… ¡todo eso me resulta insoportable!».

Le pregunté: «¿Y adónde pretendes que vayamos ahora, a nuestra edad?». «A donde quieras: a París, a Yalta, a Odóiev… Yo, naturalmente, iría contigo.»

Escuché hasta el final su furibundo discurso, cogí treinta rublos y me marché; quería ir a Odóiev y establecerme allí.

Hacía un calor terrible, eché a correr por la carretera, me ahogaba de agitación y de cansancio, me tumbé junto a los campos de centeno, en la hierba de una acequia.

De pronto oigo que se acerca un cochero en un cabriolé. Subí y regresé a casa extenuada. Lev Nikoláevich había sufrido una breve parada cardíaca. ¿Qué hacer? ¿Dónde esconderse? ¿Qué decisión tomar? Había sido la primera ruptura en nuestras relaciones.

Regresé a casa. Otra vez el peso de la vida. Mi marido guarda un mutismo absoluto, y aquí están las pruebas para corregir, los pintores, el intendente, los invitados, las tareas domésticas… A todos hay que responder, a todos hay que contentar. Me duele la cabeza, es un dolor atroz, que va creciendo hasta hacerme estallar la cabeza, algo que se hincha y me oprime el corazón.

Esta tarde, recorriendo una y otra vez los senderos del jardín, tomé la decisión de alquilar, sin peleas ni discusiones, un rincón en una isba cualquiera para instalarme en ella; abandonar todas mis ocupaciones, cambiar de vida para ser una pobre anciana que vive en una isba con niños, y los quiere. Sería cuestión de probar.

Cuando le dije a Lev Nikoláievich que no sólo estaba preparada para llevar una vida más sencilla con él, sino que además lo veía como un feliz idilio, y que lo único que le pedía era que me dijera dónde le gustaría vivir, me contestó de entrada: «En el sur, en Crimea o en el Cáucaso»… Yo le dije: «Muy bien, pues vamos cuanto antes»… Entonces, se puso a explicarme que lo primero que se necesita es *bondad*.

Estaba claro que no pensaba ir a ninguna parte mientras Chertkov siguiera aquí, ni siquiera a Nikólskoie, a visitar a Seriozha, como había prometido. *¡Bondad!* Pero si cuando, por primera vez en veinte años, tuvo ocasión de demostrarme *su* bondad -una bondad que llevo mucho tiempo sin sentir-, al *suplicarle* que volviera conmigo, todo lo que hizo fue escribir un telegrama a medias con Chertkov, diciendo que era *más conveniente* no venir. Le pregunté: «¿Quién redactó el telegrama?», y Lev Nikoláievich respondió de inmediato: «Creo que entre Bulgákov y yo; la verdad, no me acuerdo».

Le pregunté a Bulgákov, y me dijo que no había participado en la redacción de aquel telegrama y que ni siquiera sabía de su existencia. Había que reconocer que el estilo era de Chertkov, a quien Lev Nikoláievich quería defender. Sencillamente, me había mentido, lo cual me horrorizó.

Estoy escribiendo de noche, a solas en la sala. Ha amanecido, los pájaros han empezado a cantar, y los canarios revolotean en sus jaulas.

¿Será posible que no me muera de tanto como estoy padeciendo?

Hoy Lev Nikoláievich me ha reprochado que esté en desacuerdo con él *en todo*. ¿En qué? En el tema de las tierras, de la religión, en todo… Pero no es verdad. Sencillamente, no comprendo las ideas de Henry George sobre la cuestión de las tierras; considero una grandísima injusticia dárselas a nadie que no sean mis hijos. Y lo mismo con respecto a la cuestión religiosa. Ambos creemos en Dios, en el bien, en la sumisión a la voluntad divina. Ambos odiamos la guerra y la pena de muerte. A ambos nos gusta vivir en la aldea. A ninguno de los dos nos gusta el lujo. La única diferencia es que yo no amo a Chertkov, amo a Lev Nikoláievich. Y él a mí no me ama, y ama a su ídolo.

24 de julio. Esta tarde estuvo por aquí Chertkov, y Lev Nkoláievich se puso a cuchichear con él, pero yo les oí. Lev Nikoláievich le preguntó: «Entonces, ¿le parece a usted bien lo que le he escrito?». Y el otro le contestó: «Sí, sí, perfectamente». Ya estamos otra vez con las conspiraciones. ¡Señor, ten piedad de mí!

Una vez más, le pedí a Lev Nikoláievich con lágrimas en los ojos que me explicara a qué clase de acuerdo habían llegado, pero él volvió a ponerme mala cara y se empeñó, con dureza y terquedad, en negarlo todo. ¡Está irreconocible! Otra vez estoy desesperada, y otra vez hay un frasco con opio en mi mesilla. Si aún no me lo bebo, es sólo para no darles a todos ellos, incluida Sasha, la alegría de saber que he muerto. Pero ¡*cuánto* me hacen sufrir! Lev Nikoláievich está mejor de salud; hace todo cuanto está en su mano para sobrevivirme y continuar su vida al lado de Chertkov. Cómo me apetece beberme ese frasco y dejarle una nota a Lev Nikoláievich: «Eres libre».

Esta noche, Lev Nikoláievich me ha dicho, furioso: «Hoy he decidido que tengo que ser libre, y no voy a reparar en nada». Ya veremos quién vence si me declara la guerra. Mi arma será mi muerte, y ésa será mi venganza: sufrirán la infamia, él y Chertkov, por haberme matado. Dirán: «¡Estaba *loca*!». Sí, pero ¿quién me hizo perder el juicio?

Se ha marchado la familia de Misha; Olga y los niños aún están aquí. Que Dios se apiade de mí, creo que ya estoy decidida… Pero sigo echando tanto de menos al Lióvochka de antes, al que tanto me quiso… En estos momentos, estoy llorando…

Y se atreve a escribir sobre el *amor*, mientras le destroza la vida a la persona más cercana: ¡a su propia mujer!

Y él, mi marido, podría salvarme, pero no quiere…

18 de agosto. He leído una pésima noticia en los periódicos. ¡El gobierno permite a Chertkov vivir en Teliatinki[575]! De inmediato, Lev Nikoláievich se ha animado, ha rejuvenecido; su paso se ha vuelto ligero, rápido, pero a mí un dolor atroz me ha desgarrado el corazón; tengo ciento cuarenta pulsaciones por minuto, me duele el pecho y la cabeza.

Por mano de Dios, por voluntad divina, me ha sido enviada esta *cruz*; Chertkov y Lev Nikoláievich son los elegidos como instrumentos de mi muerte. Tal vez, cuando yazga muerta, a L. N. se le abran los ojos con mi enemigo y asesino; puede que entonces comience a odiarlo y se arrepienta de su pecaminosa pasión por ese individuo.

Pero ahora *parece* que de pronto ha cambiado su forma de portarse conmigo. Se muestra atento y considerado: a lo mejor piensa que voy a hacer las paces con Chertkov y que todo va a ser como antes. Pero eso *jámas* va a suceder, nunca voy a aceptar a Chertkov. Demasiado profunda y dolorosa es la herida que se me ha abierto y que me desgarra el corazón. Resulta absolutamente imposible que le perdone a Chertkov su trato tan grosero y su insistencia en inculcarle la idea de

que yo *le arruino la vida*.

Tengo desatendidas las gestiones para la edición de las obras; he salido con Tániushka a buscar setas. Le he escrito a Liova y he redactado el borrador de una carta a Stolypin, pidiendo que retiren a Chertkov de nuestro vecindario. Stolypin se ha marchado a Siberia, y por eso no le he enviado la carta. Sujotin me desaconseja que se la mande; les pediré consejo a Liova y Dmitri Adámovich Olsúfiev, que ha llegado hoy con mi hijo Seriozha. La pobre Tania ha tenido que sufrirnos a todos nosotros, sus invitados.[576]

El aya de Tánechka me ha consolado con unas hermosas palabras. «Ruéguele a su ángel de la guarda que apacigüe y serene su corazón -me ha dicho, con mucha convicción-, y todo irá a mejor. Conserve su vida.»

Fuimos a la escuela a ver a los niños representar *La tuerca* de Chéjov[577]. Hacía calor, la adaptación del relato resultó aburrida.

28 de agosto. Cumpleaños de Lev Nikoláievich, cumple ochenta y dos años. Un radiante día de verano, maravilloso. Me levanté preocupada, no duermo por las noches; fui a felicitar a mi marido, pero me quedé trastornada. Le deseé una larga vida, sin engaños, sin secretos, sin obsesiones y, sobre todo, le deseé que estuviera *verdaderamente iluminado* hasta el final.

En ese mismo instante me puso mala cara; el pobre está obsesionado y considera que Chertkov y él han alcanzado el grado más elevado de perfección espiritual. ¡Pobres ciegos y engreídos! Antes, hace algunos años, Lev Nikoláievich estaba muy por encima en el plano espiritual. Entonces sí buscaba sinceramente la sencillez, la renuncia al lujo; entonces sí anhelaba ser bondadoso, justo, abierto, espiritualmente elevado. Ahora se divierte sin disimulo, disfruta de la buena comida y los buenos caballos, de las cartas, la música y el ajedrez, de una compañía animada, de que le hagan fotografías por centenares.

Trata bien a los demás en la medida en que éstos le halaguen, estén pendientes de él y satisfagan sus caprichos. Ya nunca me da muestras de ternura. Y puede que lleve así más de un año.

Han venido Varia Nagórnova y mi nuera Masha Tolstaia[578]. Se han alegrado al verme, pero tengo la impresión de que todo el mundo ha empezado a mirarme como a una enferma, casi como a una loca, y por eso se apartan de mí, me evitan. ¡Y eso es algo muy duro!

Si supiera que he cometido algún fallo importante con los míos, podría tratar de enmendarme.

Pero ha sido Chertkov el que me ha insultado *a mí*; ha sido mi

marido el que ha dejado de quererme *a mí*; son ellos los que me ocultan todo *a mí*; ellos, los que me atacan *a mí*… Así pues, ¿cómo me voy a corregir? ¿Esperan que quiera a Chertkov? ¡Eso es impensable! Lo cierto es que la herida que me han infligido me duele horriblemente y está acabando conmigo.

Decía hoy Lev Nikoláievich que el ideal del cristianismo reside en el celibato y la estricta castidad. Cuando le hice ver que Dios había creado los dos sexos y le pregunté por qué habíamos de oponernos a su voluntad y a las leyes de la naturaleza, L. N. replicó que el ser humano no es únicamente un animal, sino que también tiene entendimiento, y su entendimiento debería estar por encima de la naturaleza, de modo que el hombre tiene que ser una criatura inspirada y no preocuparse de la propagación del género humano. Eso es lo que lo distingue de los animales. Eso estaría muy bien, en todo caso, si L. N. fuera un monje, un asceta, o hubiera vivido célibe. Y, sin embargo, por voluntad de mi marido, yo he dado a luz dieciséis veces: trece hijos vivos y otros tres malogrados.

Ahora, después de cuarenta y ocho años, habiendo sido yo la culpable de sus exigencias, estando delante de él tengo la impresión de que, por eso mismo, está dispuesto a odiarme, a renegar de todo lo que ha sido su vida y a establecer nuevas *uniones espirituales* que se reflejan en la entrega de sus papeles a Chertkov, en los centenares de fotografías que le han hecho y en ciertos secretos que el señor Chertkov se trae con él.

Por la tarde. El peso de la vida cada vez me oprime más y más. ¿*Cómo* acabará todo esto? Dios sabrá, y sólo Dios me puede ayudar. Esto es lo que ha ocurrido: esta tarde fuimos todos a ver cómo se bañaban los niños, y cómo les enjabonaban. Al volver, me puse a tejer y a meditar, y de pronto le recordé a Lev Nikoláievich que él proponía como ideal la estricta castidad, y le hice ver que, si ese ideal se llevaba hasta sus últimas consecuencias, ya no habría más niños, y sin los niños no existiría el reino de los cielos sobre la Tierra. Por alguna razón, Lev Nikoláievich se enfadó mucho al oír esto, y se puso a gritarme. (Mijaíl Serguéievich me dijo después que, en esos momentos, L. N. estaba perdiendo su tercera partida al ajedrez contra él.) Aseguró que el ideal reside en el *propósito* de alcanzarlo. «En ese caso -le dije-, si se rechaza el fin último, es decir, evitar la procreación, ese propósito no tiene sentido. ¿De qué sirve?» «Tú no quieres entender nada, ni siquiera escuchas», gritó enfurecido.

Mi alma, ya bastante dolorida, no fue capaz de soportar el tono furibundo de Lev Nikoláievich: me eché a llorar y me marché a mi cuarto. Al acabar la partida, vino a verme y me dijo: «¿Por qué te has

ofendido?». ¿*Qué* había que explicar? Le dije que nunca habla conmigo, y que, para una vez que me dirigía la palabra, se había enfadado sin ningún motivo. Poco a poco la conversación subió de tono, yo me mostré muy afligida y Lev Nikoláievich se puso hecho una furia. Salieron a relucir viejos reproches; a mi angustiada petición de que me dijera *qué* podíamos hacer para tener una relación más estrecha, más cordial, él, con muy mala intención, señaló la mesa donde estaban las pruebas por corregir y gritó: «Donar los derechos de autor, donar las tierras, vivir en una isba». Le digo: «Muy bien, pero viviremos sin gente a nuestro alrededor, sin influencias de extraños: viviremos como campesinos, pero los dos solos»... En cuanto vio que le estaba dando la razón, Lev Nikoláievich corrió hacia la puerta, diciendo con desesperación: «¡Ay, ay, Señor! Ya está bien, yo me marcho», y cosas así. «Es imposible -me decía-ser feliz odiando, como tú, a media humanidad...» Pero en seguida se descubrió. «Bueno, me he equivocado al decir "media".» «Entonces -le pregunté-, ¿a quién odio yo?» «Nos odias *a Chertkov y a mí*.» «Pues sí, a Chertkov es verdad que lo odio, pero ni quiero ni puedo unir tu nombre al suyo.» Una vez más, sentí cómo me desgarraba el corazón aquel amor insensato a ese ídolo suyo, del cual es absolutamente incapaz de apartarse y que constituye, según él, media humanidad. Y me reafirmé en mi determinación de no aceptarlo nunca, por nada del mundo, de no verlo jamás, y de hacer todo lo posible para que L. N. rompiera con él. Y, si no lo conseguía, tomé la decisión de matar a Chertkov, pasara lo que pasara. De todos modos, mi vida ahora mismo es un infierno.

Várenka lo ha comprendido todo; Masha, en cambio, es más limitada en sus juicios y, por suerte para ella, hay muchas cosas que, sencillamente, ni las sabe ni las entiende. Pero tampoco pasaría nada por abrirle los ojos en relación con el amor de Lev Nikoláievich a Chertkov. Posiblemente comprendería mis sufrimientos, y cuál es su origen, si leyera la hoja que he pegado al final de este cuaderno.[579]

¡Vivir en una isba! Pero si hoy, mientras paseaba, L. N. se dedicaba a repartir manzanas a los niños; por la tarde ha estado más de dos horas jugando al ajedrez y dos horas al *vint*. Y se aburre sin esas distracciones; de modo que la isba, lo de irse a vivir a una isba, no es más que un pretexto para enfadarse conmigo, para poder así aducir -pintándolo con diestra mano de escritor-un conflicto con su mujer donde interpreta el papel de mártir y santo.

No en vano existe la leyenda de Jantipa; ése es el papel que a mí me asignan algunos necios; las personas sensatas sabrán discernir y entender.

Dan ganas de alejarse de aquí, para poder disfrutar, al menos por una temporada, del aislamiento, y no ser hostigada. Además, mi habitación es ruidosa y está muy frecuentada, y todo el mundo me

mira con inquina por tener la osadía de quejarme y de sufrir en cuerpo y alma.

11 de octubre. Ayer no le di a Lev Nikoláievich la copia de la carta del año pasado de Chertkov, y hoy se la he dejado sobre la mesa con mis comentarios para desenmascarar toda la hipocresía de la actitud *espiritual* de Chertkov. Lev Nikolaiévich debe entender por fin su error y comprender toda la estupidez y vulgaridad de ese idiota. Pero, sin duda, le apena renunciar a su sueño, a la idealización de su ídolo, le apena poner en su sitio su vacuidad.

He pasado la noche en blanco y me he encontrado mal todo el día. Salí a la plantación de abetos y serré algunas ramas, después me senté exhausta en un banco, escuchando el silencio. ¡Cuánto me gusta mi plantación! Vánechka y yo solíamos pasear y sentarnos en ella. Hago pocas cosas, sufro demasiado en cuerpo y alma.

Lev Nikoláievich estuvo montando a caballo con Dušan Petróvich, me dijo que pensaba ir a verme a la plantación, pero yo ya había regresado. Luego me trajo una pera y estuvo muy atento conmigo. Le dije que fuera a ver a Galia Chertkova, que está muy preocupada -según él mismo me había dicho-, porque Lev Nikoláievich ha roto con ellos.[580] Pero a él no le parecía bien, decía que, si acaso, mañana, pero que, si se iba entonces, yo estaría preocupada hasta su regreso. Galia, naturalmente, era un mero pretexto para ir a ver a su marido, que tan odioso me resulta.

Sonia, mi nuera, se ha marchado. La pobre ha sufrido también mucho con Iliá, que se ha enamorado de otra y está en la ruina, ¡con siete hijos! Nosotras dos, como esposas y madres, tuvimos una buena charla y nos entendimos a la perfección. También se ha marchado Nazhivin[581]. Le conté todo lo que he tenido que soportar de Chertkov, de mi marido y mis hijas.

Por la noche he estado hojeando una publicación sobre Pushkin y su biblioteca.[582] Él *personalmente* se ocupó de reunirla y eligió los libros; en cambio, la biblioteca de nuestra casa es totalmente accidental: de todas partes del mundo nos envían libros -como regalo, naturalmente, y dedicados-, y a veces son buenos, pero otras veces ¡son una auténtica basura! Lev Nikoláievich pocas veces ha comprado libros *personalmente*, cada vez nos han ido mandando más, y se ha formado una biblioteca totalmente deforme y sin coherencia ideológica.

Ha regresado Bulgákov, que quiere viajar mañana a Moscú: pretende abandonar la universidad y después declararse objetor al servicio militar. ¡Pobre!

12 de octubre. Poco a poco voy enterándome de las distintas jugarretas de Chertkov. Persuadió a Lev Nikoláievich para que dispusiera que a su muerte sus derechos de autor no vayan a parar a sus hijos, sino que pasen al dominio público, como ya sucedía con las últimas obras de Lev Nikoláievich. Y, cuando Lev Nikoláievich quiso informar de ello a la familia, el señor Chertkov *se alteró* y no le permitió dirigirse a su mujer e hijos. ¡Canalla y déspota! Ha tomado en sus sucias manos a un pobre anciano y le obliga a realizar malas acciones. Pero, si sigo con vida, me vengaré de él de un modo que no se puede imaginar. Me ha arrebatado el corazón y el amor de mi marido; y les ha quitado a mis hijos y a mis nietos el pan de la boca, mientras que su propio hijo tiene millones en un banco inglés. Un dinero fácil, y que en parte me corresponde, dado lo mucho que he ayudado a L. N. Hoy le he dicho a Lev Nikoláievich que me he enterado de lo del testamento.[583] Tenía un aspecto mezquino y culpable y guardó silencio todo el tiempo. Le dije que lo que ha hecho está mal, que está sembrando cizaña, que sus hijos no van a renunciar a sus derechos sin luchar. Y me duele que sobre la tumba de un hombre amado vaya a alzarse tanto mal, tantos reproches, juicios y toda clase de cosas desagradables. Sí, un espíritu maligno maneja las manos de Chertkov; no por casualidad su apellido procede de la palabra *chort*[584]; no por casualidad Lev Nikoláievich escribió en su diario: «Chertkov me ha arrastrado a la lucha. Y esta lucha me resulta dolorosa y repugnante»[585].

También he sabido de la aversión que Lev Nikoláievich siente ahora por mí. Se ha olvidado de todo, se ha olvidado de lo que escribió en su diario: «Si ella me rechaza, me pegaré un tiro»[586]. Pero yo no sólo no le rechacé, sino que he vivido cuarenta y ocho años con mi marido y ni un solo segundo he dejado de quererle.

Me voy apresurar a publicar la nueva edición de sus obras antes de que Lev Nikoláievich haga algún disparate, algo que se puede esperar de él en cualquier momento, dado su inquietante estado de ánimo actual. Fue a caballo a recibir a Sasha, pero ella llegó tarde; después él se quedó dormido y comió solo a las siete.

Está escribiendo una carta a Tania. Ama a sus hijas, y no quiere en absoluto a sus hijos, a algunos incluso los odia. Ellos no son unos infames, como Chertkov.

Esta noche le he enseñado a Lev Nikoláievich su diario del año 1862 -que yo ya había copiado anteriormente-, de cuando él se enamoró de mí y se me declaró. Parecía sorprendido, pero luego dijo: «¡Qué pena!».

Pero a mí siempre me queda el consuelo: ¡se trata de mi pasado! A

él, por supuesto, le resulta penoso. Él ha cambiado todo lo claro, puro, sincero y feliz por lo falso, secreto, impuro, malo y débil. Sufre mucho, carga todo sobre mis espaldas y me reserva el papel de Jantipa -algo que yo a menudo auguraba-, lo cual le resulta muy fácil gracias a su popularidad. Pero ¿qué se reserva para sí mismo ante su conciencia, ante Dios y ante sus hijos y nietos? Todos nosotros moriremos, expirará también mi enemigo, pero ¿qué sentiremos todos en nuestros instantes finales? ¿Perdonaré a mi enemigo?

No puedo considerarme culpable, porque siento con todo mi ser que, alejando a Lev Nikoláievich de Chertkov, le *estoy salvando* del enemigo, del diablo. Al orar, le ruego a Dios que en nuestra casa vuelva a instaurarse el reino de Dios. «Venga a nosotros tu *reino*», no el del enemigo…

26 de octubre.[587] Me levanté temprano y salí a pasear; estuve largo rato recorriendo la plantación de abetos, recogiendo ramas secas; después estuve pintando al óleo un tronco cortado, bastante alto. No hace frío, ya no hay nieve. He acabado de leer unos artículos para su edición. Ha venido mi hijo Andriusha; le alegró mucho verme. Lo siento tan próximo a mí, no como a Sasha. Lev Nikoláievich ha ido a caballo a Ovsiánnikovo, a ver a María Aleksándrovna. Volvió cansado, ha dormido hasta las siete. Nos tuvo a todos preocupados. Comió solo. Por la tarde, inquietante telegrama de Masha sobre un duelo de Seriozha.[588]

Andriusha se ha marchado a Tula. En el fondo del alma, estoy intranquila. ¿Irá a pasar algo?

28 de octubre. Lev Nikoláievich se ha marchado inesperadamente. ¡Es algo horrible! En su carta dice que no se le busque, que desaparece para siempre, para vivir una vejez apacible. Acabé de leer una parte y, desesperada, corrí a arrojarme al estanque mediano; cuando empezaba a ahogarme me sacaron Sasha y Bulgákov; también ayudó Vania Shuraiev[589]. Completa desesperación. ¿Para qué me salvaron?

29 de octubre. Han venido todos mis hijos, excepto Liova[590]. Son buenos, afanosos, pero no entienden *qué* es lo que necesito para mi salvación y mi consuelo. Estuvo aquí Mitasha Obolenski[591]. Se marcharon Seriozha, Iliá y Misha. Vania se ha enterado de que Lev Nikoláievich se marchó a Beliov. ¿Quizá a casa de su hermana María Nikoláievna?[592]

30 de octubre. Lloro día y noche, sufro terriblemente. No me puedo imaginar nada más doloroso y horrible. Lev Nikoláievich visitó a su hermana en Shamordino, después siguió su camino a través de Gorbachovo, no se sabe adónde[593]. ¡Qué terrible crueldad!

31 de octubre. Hace cuatro días que no como ni bebo, todo me duele, mi corazón no está bien. ¿Para qué? No tengo nada que escribir: gemidos y lágrimas. Vino Berkenheim; trajeron a un estúpido doctor, Rastorgúiev, y a una señorita que estudia medicina[594]. Estos extraños hacen que todo sea aún más difícil, pero mis hijos quieren quitarse de encima la *responsabilidad*. ¿De qué? ¿De mi vida? Si lo deseo, incluso en presencia de todos ellos, abandonaré esta vida insufrible y angustiosa… No veo esperanza, ni aunque un día vuelva Lev Nikoláievich. Por los sufrimientos que me ha hecho padecer, ya nada será como antes. No nos amaremos el uno al otro como antaño, cuando era fácil y sencillo, sino que nos *temeremos* el uno al otro. Temo por sus fuerzas y su salud.

1 de noviembre. Estoy débil; llevo cinco días sin comer, tan sólo he bebido un poco de agua. Hoy estoy algo mejor, porque ha decrecido un poco el amor apasionado que siento por L. N., un amor que ya estaba malherido y que tan terriblemente ha atormentado mi corazón. Comulgué, conversé con el sacerdote. Decidí tomar un poco de alimento por miedo a no encontrarme en estado de viajar en caso de que Lev Nikoláievich enfermara. Vino mi hijo Misha. Me he distraído un poco.

2 de noviembre. Por la mañana temprano he recibido un telegrama de *La Palabra Rusa*: «Lev Nikoláievich enfermó en Astápovo. Cuarenta de fiebre». Viajamos todos -Tania, Andriusha, la enfermera-desde Tula a Astápovo en el tren expreso.

3 de noviembre (Astápovo).[595] Llegó el doctor Nikitin[596], después Berkenheim; Lev Nikoláievich tiene inflamado el pulmón izquierdo. No me dejan pasar a verle. Mi hijo Seriozha está aquí, también Tania. El propio Lev Nikoláievich le ha escrito un telegrama a Chertkov[597].

4 de noviembre. Lev Nikoláievich está cada vez peor, me consumo dando vueltas alrededor de la casita en la que yace. Vivimos en los vagones.

5 de noviembre. También han venido los doctores Shchurovski y Úsov, al parecer hay pocas esperanzas; la conciencia, la espera del doloroso final y la imposibilidad de ver a mi amado marido me atormentan.

6 de noviembre. Dolorosa espera, no recuerdo nada con claridad.

7 de noviembre. A las seis de la mañana Lev Nikoláievich ha fallecido. Sólo me han dejado pasar cuando estaba a punto de expirar, no me han permitido despedirme de mi marido esos seres crueles.

8 de noviembre. Nos marchamos, nos llevamos el cuerpo, nos han dado el vagón en el que hemos estado viviendo.

9 de noviembre. Llegamos a Yásnaia. En Zaseka había una gran multitud esperándonos. Bajamos el féretro, se fueron acercando a despedirse. Multitud de jóvenes, de delegaciones. Todos caminaron tras el féretro desde Zaseka hasta Yásnaia Poliana. Enterramos a Lev Nikoláievich.

9 de noviembre.[598] No anoté lo acontecido los días 26 y 27, pero el 28 de octubre de 1910 a las cinco de la mañana Lev Nikoláievich se marchó de casa a escondidas con D. P. Makovický. El pretexto de su huida fue, al parecer, que por la noche yo había estado hurgando en sus papeles, pero, aunque realmente había entrado un minuto en su despacho, lo cierto es que no había tocado un solo papel; de hecho no había *ningún* papel sobre la mesa. En la carta que me dirige a mí (y al mundo entero), la excusa es la vida ostentosa y el deseo de *retiro*, de vivir en una isba como un campesino.[599] ¿Entonces para qué avisó a su hija Sasha y a la protegida de ésta, Varvara Mijáilovna?

Cuando supe por Sasha y por la carta que L. N. había huido, me arrojé al estanque de desesperación. Me sacaron Sasha y Bulgákov, ¡ay! Después, durante cinco días, no me llevé nada a la boca, y el 31

de octubre a las siete y media de la mañana recibí un telegrama de la redacción de *La Palabra Rusa*: «Lev Nikoláivich en Astápovo, ha enfermado, cuarenta de fiebre». Mi hijo Andréi, mi hija Tania y yo viajamos en tren expreso a Astápovo desde Tula. No me dejaron entrar a ver a Lev Nikoláievich, me retuvieron por la fuerza, cerraron la puerta con llave, atormentaron mi corazón.[600] El 7 de noviembre, a las seis de la mañana, Lev Nikoláievich falleció. El 9 de noviembre lo enterraron en Yásnaia Poliana.

10 de noviembre. Caí enferma, tuve cuarenta con cuatro de fiebre, tos, no recuerdo nada. Están conmigo en Yásnaia Poliana mi hermana Tatiana Andréievna y Varia Nagórnova. Estoy bien con ellas. Sasha se ha marchado por la mañana a Teliatinki.

11 de noviembre. Enferma, me trajeron a una enfermera, Yekaterina Fiódorovna Térskaia.[601]

12 de noviembre. Enferma.

16-18 de noviembre. Enferma en cama. Muchas cartas y telegramas.

22-24 de noviembre. Enferma.

25 de noviembre. Estoy mejor, pero aún guardo cama, ¡las noches de insomnio son horribles!

27 de noviembre. Me he levantado, pero persiste la neuralgia. Han venido los Sujotin, Bulyguin, Posha Biriukov, etcétera. Me han traído a mi nieta Sónechka.

16 de diciembre. Toda la aldea de Yásnaia Poliana -los campesinos, sus mujeres y sus hijos-se ha congregado hoy, cuarenta días después de la muerte de Lev Nikoláievich, junto a su tumba, la

han arreglado y la han cubierto con ramas de abeto y coronas. Se arrodillaron tres veces, se descubrieron y cantaron *Memoria eterna*. He llorado y he sufrido mucho, y a la vez me he sentido conmovida por el amor de la gente. Todos estábamos unidos. Y qué cariñosos han sido conmigo. He escrito a mi hermana Tania, a mi hija Tania, a Iliá y a Andriusha. ¡Soledad y dolor!

31 de diciembre. Por la mañana he revisado pruebas, he copiado *El padre Sergui*, he tocado un rato con mi nieta Máshenka. Por la mañana ha venido mi hijo Seriozha, por la tarde Vaka Filosófov[602]. Al dar las doce de la noche, todos estábamos sentados en el salón, conversando sobre los últimos días de Lev Nikoláievich. Después hemos pasado al comedor, a la sala. Hemos bebido té, había pastel, fruta, agua de frutas (para mis nietos). El ambiente era triste, pero conmovedor. Gracias a aquellos que vinieron a consolarme. Estábamos Seriozha, Iliá con Sonia y mis tres nietos; Andriusha con su mujer, Vaka Filosófov, Yulia Ivánovna Igúmnova, la enfermera Térskaia, Dušan Petróvich y yo. Mi hijo Iliá me contó algo muy interesante que le había explicado el viejo profesor Sneguiriov sobre la huida de Lev Nikoláievich. Al parecer existe una forma de pulmonía que en una primera fase produce una excitación poco común del cerebro, que hace que el enfermo, afectado por el veneno de la infección de la pulmonía, huya de casa en una búsqueda desesperada de algo que ni él mismo conoce, y vague sin rumbo. De este modo Lev Nikoláievich huyó primero de casa, después de Shamordino, después ni él mismo sabía ya adónde. Compraron billetes para tres sitios. Sneguiriov supone que Lev Nikoláievich ya estaba enfermo cuando se marchó de Yásnaia Poliana.

1911

1 de enero. He pasado todo el día copiando de la reproducción que posee Liova del diario de Lev Nikoláievich los meses de julio a agosto. Por la tarde Iliá, Andriusha y Vaka Filosófov fueron a visitar a María Nikoláievna al convento de Shamordino. El cielo está despejado, cinco grados, noches de luna y tristeza, ¡qué tristeza! Mis hijos, nietos, invitados y la gente en general no son un consuelo, sino una mera distracción. Amo incluso mi tristeza, como último contacto con mi Lióvochka. Las lágrimas todavía viven en mi interior en todo momento, pero trato de contenerme y ya las temo. Mi hijo Seriozha es el más próximo a mí de todos, porque los dos somos más sentidos que los demás.

4 de enero. Desde por la mañana se ha levantado un pequeña ventisca. Ha venido el pintor N. V. Orlov y se ha ido mi hijo Seriozha. He ordenado de nuevo los libros, ¡es tan tedioso! Por la tarde se presentaron mis hijos Iliá, Andréi y Misha; pedían mil quinientos rublos para mandar a Iliá a América, y que se encargue de vender Yásnaia Poliana, algo que me apena, me disgusta y con lo que no estoy de acuerdo.[603] Desearía ver Yásnaia Poliana en manos rusas, como propiedad pública.

5 de enero. Muchas correcciones, todo carece de sentido. He estado llorando mucho. No hay un centro espiritual mundial de vida abstracta en la casa, ¡y eso me da tanta pena! El amor también falta, pero eso ya me fue arrebatado antes en sus expresiones, si no en el alma de Lev Nikoláievich.

6 de enero. Hoy se ha marchado para siempre Dušan Petróvich Makovický. Lloré, otro lazo con Lev Nikoláievich que se ha roto. He corregido algunas páginas del volumen XX. Le he escrito a Tania una postal. He ordenado los libros, pero quedan aún muchos más que ha dejado Dušan Petróvich. Por la noche pegué recortes en el álbum y escribí a Halpérine-Kaminski en París[604].

8 de enero. Le he dibujado nuevamente un calendario a Andriusha; no he llorado ¡gracias a Dios! He estado pegando recortes de prensa, procurando no leerlos, puesto que aún sufro, la herida todavía no se ha cerrado. Me atormentan las discusiones de mis hijos sobre la venta

de Yásnaia Poliana y el deseo y la lucha de Andriusha por impugnar el testamento. Sólo comprendo su deseo por una parte: desheredar al odioso Chertkov.

11-15 de enero (Moscú). Sasha ha vuelto a caer bajo la misma influencia de aquel que arruinó la vida de Lev Nikoláievich y la mía: Chertkov. La pone en contra de mí. Y Sasha, a través de su apoderado Muravióv[605], ha enviado unos requerimientos notariales para impedirme el acceso al cuarto que tengo en el Museo de Historia, para detener en la tipografía la impresión de mi edición y otras ruindades semejantes. En esta persecución moral, Sasha ha encontrado otro aliado, Aleksandr Borísovich Goldenweiser. Estuve en el Museo de Historia, traté el asunto con el consejo, interpuse un recurso contra el documento de Sasha, prohibiendo a mi vez a toda persona el acceso al pequeño cuarto que allí tengo, así como a los objetos y manuscritos. Sasha amenaza con perjudicar por todos los medios mi edición, ¡allá ella! Esta noche me he marchado a Yásnaia Poliana, sin haber llegado a ningún acuerdo con Sasha. Cómo afligiría a su difunto padre todo lo que está haciendo.

19 de enero. Por la mañana he estado corrigiendo pruebas. Cuando me disponía a visitar la tumba, me retuvo mi hijo Misha, que acababa de llegar de Moscú. Largas discusiones sobre cómo defendernos contra la maldad de Chertkov y Sasha. ¡Qué doloroso y qué preocupante! Si no fuera por mis hijos, que están en la miseria, abandonaría. Volví a ocuparme de pegar recortes, llegó P. A. Serguéienko y una vez más me impidió trabajar. Y de nuevo largas conversaciones sobre los manuscritos y la edición. Qué cansada estoy.

20 de enero. Escribí a Kuzminski, a Ksiunin[606] y a Yezhov. Visité la tumba, recé y lloré mucho. Correcciones, recortes de prensa, largas conversaciones con Andriusha: «Si no hay dinero, me pegaré un tiro». ¡Cómo se le ocurre algo tan horrible! Escribí también a Bazhénov[607]. ¡Dios mío, qué tristeza! Los periódicos y los juristas han salido en defensa de mis derechos. Sin embargo, cuánto mejor sería que hubiera paz y un acuerdo amistoso.

21 de enero. Cuánta angustia; hoy parece que se me saltan las lágrimas fácilmente. Las mismas tareas de siempre: corregir pruebas y pegar recortes de prensa en un álbum. Artículo farisaico del señor Chertkov en todos los periódicos[608]. Cuanto más pienso en ello, más convencida estoy y percibo más claramente cómo adoraba Lev Nikoláievich a Chertkov al final de su vida, lo que resulta aún más triste y doloroso. Hace mucho frío, veinte grados bajo cero; el cielo está despejado y hermoso, todo tan blanco y puro, y *nosotros*, sin embargo, tan negros…

24 de enero. He escrito al Banco Estatal y a Ksiunin. Ha sido muy desagradable leer desde esta mañana en todos los periódicos una carta

de Sasha junto a otra de Chertkov[609]. El acoso continúa. ¡En qué acabará todo esto! Es en estos momentos cuando uno desea y ruega a Dios que le llegue pronto su hora. Los artículos en los periódicos son también desagradables, han usado en vano el nombre de mi amado Lióvochka, y eso es terriblemente doloroso. Ha venido S. P. Spiro, un periodista de *La Palabra Rusa*. Le pedí que no publicara nada en mi nombre. Hace frío, dieciséis grados bajo cero, viento. No me muevo de casa. ¡Qué angustia!

4 de febrero. ¡Oh, qué tristeza! El viento no ha parado de aullar en todo el día. He copiado unas interesantes hojas de la libreta de notas de Lev Nikoláievich: materiales para una obra nunca escrita, ambientada en tiempos de Pedro el Grande. Muy interesante[610].

He recibido carta de Tania con consejos y recriminaciones: poco convincentes[611]. He oído que Sasha ha regresado a Teliatinki.

9 de febrero. He copiado mi carta a Koni[612]. Puse iniciales a unos pañuelos. Visité la tumba de Lev Nikoláievich, y lloré mucho, y recé, y le imploré a L. N. su perdón por no haber sabido hacerle más feliz en los últimos momentos de su vida. Debería haberme resignado a su pasión por Chertkov, pero no podía. He estado pegando recortes de prensa, y todo el día he estado muy melancólica.

10 de febrero. He escrito a Y. F. Junge y a Ksiunin. Desde primera hora ha habido una terrible ventisca. He copiado el diario de Lev Nikoláievich, cuando me cortejó y se casó conmigo[613]. Cosí un poco. Estoy triste y Moscú me aterra, pero tengo que ir allí. Así aclararé algunas cosas para las generaciones venideras.

13 de febrero (Moscú). Ha venido Sasha, gorda, hermosa, obstinada como siempre, taimada, terca y hostil. Una dura conversación. ¡Menuda cruz es esta hija mía! En Moscú he atendido un montón de asuntos, un trajín carente de interés. Ha salido la nueva edición en veinte volúmenes.

16 de febrero. Nos apresuramos a vender y distribuir la nueva edición.

17 de febrero. Fui al depósito de los libros esta mañana para darles varias instrucciones, luego al banco y más tarde a ver a Howard para tratar el asunto del montante y de los pagos. He sabido que han secuestrado los volúmenes XVI, XIX y XX de las *Obras completas*. Todo se complica. He pasado la tarde en casa.

21 de febrero. Desde esta mañana me he ocupado febrilmente de la venta de la nueva edición. Pagué a Howard veinte mil rublos por el papel y a la tipografía de Kushneriov más de quince mil trescientos. Fui al banco a ver a Dunáiev. Fui a hacer algunas compras, casi siempre caminando. Moscú estaba lleno de nieve derretida y horrible barro. He pasado la tarde en casa, tranquila. Me visitó Torba[614]. ¡Qué tristeza!

22 de febrero. Estuve en el banco, me encontré con M. N. Yermólova[615]. Estuve en el museo, traté con el príncipe Shcherbátov la cuestión de los manuscritos, y ha decidido ir a San Petersburgo. He escrito al ministro L. A. Kasso[616] sobre lo mismo. Al atardecer vinieron unos artistas: Moravov y un polaco, un académico. Quieren dibujar algunas vistas de Yásnaia. Estuvo Torba. La policía ha precintado esta tarde en el depósito los volúmenes XVI, XIX y XX.

23 de febrero. A primera hora de la mañana fui al depósito para pedir al comisario de policía que no estropearan los libros al precintarlos. Después fui con Vérochka[617] al mercado de setas. Deshielo. Por la tarde copié mi diario estival y reviví todo con gran dolor. Fui a la iglesia. Hoy es el aniversario de la muerte de mi Vánechka. Ojalá me reúna pronto el Señor con Lióvochka y Vánechka.

24 de febrero. He ido a anunciar en la prensa la salida de la nueva edición de las obras de Lev Nikoláievich. Pero quién va a comprarlas sin tres volúmenes. ¡Qué difícil es todo! Estuvo D. A. Olsúfiev, que nos aconseja encarecidamente que vayamos a San Petersburgo para gestionarlo todo.

3 de marzo. Esta tarde han venido Misha Stajóvich y el censor jefe de prensa, Alekséi Valeriánovich Belgard, muy simpático. Los dos están defendiendo mis intereses en el secuestro de los tres volúmenes de las *Obras completas* y les estoy muy agradecida. Pero También hay que tener en cuenta que soy la viuda de L. N. Tolstói. No pueden encerrarme en la cárcel o en la fortaleza. Hoy no he salido, conversé con el conde M. F. Heiden.

4 de marzo. Mis negociaciones en relación con el secuestro de los tres volúmenes van mal. En todo caso, tendré que reimprimir dos tomos; eso en el mejor de los casos. En el peor, me meterán en la fortaleza y me juzgarán antes. Me he pasado todo el día copiando y llorando.

9 de marzo. Estuvo el príncipe Shcherbátov, se quedo mucho rato, habló conmigo sobre cómo podría recuperar los manuscritos, aunque no llegamos a ningún acuerdo, todo sigue igual que antes. No obstante, me aconsejó escribirle a Kasso y viajar en persona a San Petersburgo para hacer las gestiones, e incluso llegar hasta el mismísimo zar si no consigo nada de los ministros. Me he quedado en casa copiando.

10 de marzo. Le he escrito dos cartas al ministro de Educación, Kasso. Una para que me devuelvan todas mis cosas: objetos, diarios, cartas, *etc*. La otra para que me permitan utilizar los materiales que necesito para mis *Memorias*. He preparado todo para marchar a San Petersburgo. Han comido en casa Sonia Mamónova, Misha Olsúfiev, el conde Heiden; fue muy agradable. Estuve en Museo Rumiántsev y en el de Historia, pedí una copia de los recibos, visité la exposición.

15 de marzo. He escrito a mi hija Tania, en Vichy, y a Andriusha, en Tambov. Hice las maletas. Me llegó el recibo del Museo de Historia por mi depósito. Me despedí de los Máslov, fui a pedirle unos libros a S. I. Tanéiev. Él *llora* a su aya[618], y yo a mi marido, y disfrutamos de una agradable conversación. Esta noche he partido para Yásnaia.

27 de marzo. He visitado la tumba de Lev Nikoláievich y lloré desconsoladamente. Pensaba en mi hija Sasha. Qué sola se encuentra entre extraños. Pobrecilla. Abandonó a su madre, sus hermanos no la quieren. Incluso sus perros, especialmente Belka, vienen a verme, aunque ella nunca visite a su afligida madre.

4 de abril. Hemos leído en voz alta las cartas de mi hijo Liova desde América[619]. Me eché un rato, luego le conté y le leí alguna cosa a Halpérine para su artículo sobre la partida de Lev Nikoláievich.[620]

10 de abril. Un día caluroso, viento; salí por primera vez y fui, claro está, a la tumba de Lev Nikoláievich. A lo lejos repicaban las campanas. «Cristo ha resucitado» resonaba por toda Rusia, pero en el bosque, en la tumba todo estaba en silencio; el viento sacudía las ramas secas, y yo rezaba y lloraba, pero luego me quedé sentada largo rato en silencio en una tabla puesta sobre el tocón de un árbol. ¿Habrá resucitado Cristo en el alma de mi amado y difunto marido, teniendo en cuenta que él me abandonó cruelmente a mí y dejó su hogar, y trajo la desdicha a las desventuradas familias de sus hijos? ¡Que Dios le perdone!

14 de abril. Ha llegado mi hija Tania a las cinco de la madrugada, vigorosa, sensata y compasiva, como siempre. Ha ido a ver a Sasha a Teliatinki. He acabado la copia, me queda corregirla cuando se haya secado.

21 de abril. Hoy he leído en la prensa malas noticias en relación con la sentencia judicial que ordena destruir los tres volúmenes -XVI, XIX y XX-de mi edición. Implica enormes pérdidas, y es un disgusto.

27 de abril. Estuve visitando a un inspector en la calle Chernyshevski y luego estuve en el Comité de Censura. Todos se están esforzando mucho y mañana levantarán el embargo a los libros, los tres tomos.[621] Estuvo aquí Chefránov[622] y le encargué a él la reimpresión de los volúmenes. Por la noche fui a ver a los Máslov, no encontré a nadie. Hasta las dos de la madrugada trabajé en el tomo XX.

1 de mayo. Multitud de visitantes. Yazykova[623], Vera Meshchérinova[624], Misha Islavin[625] y su mujer, Natasha Den con su marido[626], y muchos otros. Comí en casa de Stajóvich[627]; un anciano magnífico. Por la tarde se celebró la primera reunión del Museo Tolstói[628]. Asistió mi hijo Seriozha, que es el presidente; yo soy miembro honorario. Un montón de discursos aburridos. Zosia[629] me trajo en coche. He escrito a Naryshkina[630] y al ministro

Shcheglovítov[631].

12 de mayo (Moscú). He llevado a la tipografía todo el material para la reimpresión de los tres volúmenes secuestrados.[632]

25 de mayo. Haciendo un esfuerzo, he acabado de preparar las fotografías; mañana por la mañana acabo todo el trabajo y lo entrego en Moscú para el álbum de fototipias[633].

24 de julio. Gran agitación. Pasaron a hacer breves visitas mi hijo Iliá, su mujer Sonia y Sania Kuzminski[634]. Ha venido nuestra querida monja, María Nikoláievna, y un doctor serbio, amigo de Dušan Petróvich. Las preocupaciones domésticas y el deseo de estar con todos me han dejado molida. También vino Gúsev, que ha regresado de su exilio[635]. Nos juntamos quince personas a comer.

12 de agosto (Moscú). Desde primera hora de la mañana estuve en la Duma de la ciudad, dirigí una solicitud relativa a la venta de nuestra casa en el callejón Jamóvniki. Allí todo permanece como antaño, ¡parece una tumba! ¿Dónde está Vánechka? ¿Dónde está Masha? ¿Dónde está Lióvochka? Todos vivieron allí, ¿y ahora? ¡Es horrible! ¡He llorado mucho! He firmado un contrato para el *Álbum* de mis fotografías. Por la noche estuvo Torba, decidimos vender los *Abecedarios* y diversos libros a mitad de precio.

20 de octubre. Han enterrado a María Aleksándrovna Schmidt[636]. Han venido a verme Biriukov y Bulyguin, me alegré de verles. He estado ocupada con papeles de negocios; este triste año he descuidado muchas cosas, y ahora, ante la venta, hay que hacerlo todo. Andriusha y Katia están haciendo las maletas, se preparan para emprender una nueva vida en Taptykovo. Silencio, cinco grados, luna, estrellas. Se está muy bien en el campo, aunque sea otoño.

25 de octubre (Moscú). He estado en Moscú visitando los bancos y distribuyendo el álbum y *Los muñequitos esqueletos*. Todos han sido muy amables. Disfrute de una agradable comida y velada en casa de Seriozha y Masha en compañía de mi nieto Seriozha y de Tatiana Vasílievna Olsúfieva. Después recibí de Torba el informe de la venta de los libros y di las instrucciones pertinentes.

28 de octubre. Tal día como éste, Lev Nikoláievich se marchó de Yásnaia Poliana. Por la mañana asistí a la exposición de Tolstói. Varios señores iban detrás de mí todo el tiempo, y yo me tenía que contener para no llorar. Fue muy duro, pero interesante. He visto de nuevo a la familia de Misha, he conversado con Lina. Almuerzo y velada en casa de los Máslov. Por la noche he regresado a Yásnaia. Con los Máslov vive el pobre Yakobi. Está enfermo y acaba de enterrar a su mujer.

31 de octubre. He comenzado a hacer una copia del retrato de Lev Nikoláievich pintado por Repin. Es muy difícil. Por la noche leí la obra de Arabazhin sobre Lev Nikoláievich[637]. Muy bien escrito. Hay

humedad y sopla el viento. Fui a bañarme. Lev Nikoláievich vive en mi alma siempre e íntegramente, lo llevo dentro de mí igual que una mujer embarazada lleva a su criatura. Y pienso continuamente, siguiendo la vieja costumbre: «Voy a contarle esto a Lióvochka; voy a enseñarle esto»… Pero ya el año pasado se mostró indiferente a todo lo que tenía que ver con *mi* vida. Vivía sólo para Chertkov. ¡Me duele recordarlo! Hoy es el día en que se detuvo en Astápovo. ¡Qué horrible recordar mi desesperación de entonces! Sin embargo, lo he sobrellevado y ¡ay! sigo viva.

1 de noviembre. He escrito a mi hermana Tania, a Marusia Maklakova, a Liova y a mi nuera Katia. También acerca del vals y de los poemas[638]. He estado copiando el retrato de Lev Nikoláievich. Visité su tumba; están finalizando las obras de la valla y los senderos. Por la noche escribí una carta.

3 de noviembre. Por la mañana seguí pintando el retrato. A la hora de comer llegaron los Sujotin: Tania con Tániushka y Mijaíl Serguéievich. Pasé con ellos la velada. Vino Dušan Petróvich. Noticia en *La Gaceta Rusa* de que el gobierno se retira de la compra de Yásnaia Poliana.[639]

11 de noviembre. Hemos viajado a Moscú los Sujotin, Yulia Ivánovna, Vérochka y yo. Nos hemos quedado por última vez en mi casa del callejón Jamóvniki y todos nos hemos encontrado a gusto. Sujotin se quedó con Makovický en casa de mi hijo Seriozha, en la calle Starokoniushenny.

12 de noviembre. Estuve en la Duma con motivo de la venta de mi casa a la ciudad de Moscú.

17 de noviembre. Iliá se queja de lo mal que le van las cosas; dice: «Me pegaré un tiro». Estos días he estado visitando al notario Speshniov por la venta de la casa[640]. El gobernador Dzhunkovski[641] vino a darme algunos consejos a propósito de mi carta al zar. He escrito una carta al zar con motivo de la venta de Yásnaia Poliana, e Iliá y yo decidimos enviarla directamente a su palacio de Livadia con mi hijo Misha. No sé si ya habrá sido enviada.[642]

20 de noviembre (Moscú). En el Teatro del Arte me han dado una entrada de palco para asistir a la representación de *El cadáver viviente*.

22 de noviembre. He llevado a la redacción de *La Gaceta Rusa* mi *Álbum* y un anuncio. Comí en casa de Seriozha con Kolomzin y por la noche estuve en el Teatro del Arte, sentada en el palco del director con los Stajóvich: el anciano Aleksandr Aleksándrovich y Zosia. *El cadáver viviente* impresiona más como trabajo de los actores (aunque a menudo de manera negativa, como en el caso del papel de Fedia) que como obra literaria. Mejor es leerla.

23 de noviembre. Pasé toda la mañana en el Banco de Comercio y en la Duma. Cobré ciento veinticinco mil rublos por la casa, envié

sesenta mil a mis seis hijos; Sasha ahora es rica, pero está sola.

26 de noviembre. He estado limpiando mi antigua casa de Jamóvniki, conteniendo las lágrimas mientras me despedía del pasado. Una cosa más que me arrancan del corazón. Comí en casa de Seriozha, luego él se fue al Club Inglés. Por la noche me marché a Yásnaia Poliana.

28 de noviembre. Me he levantado tarde, estoy descansando, pero todo está muy solitario y triste. Me han consolado las cartas que he recibido de mis hijos; muy cariñosa la de Andriusha, pormenorizada y buena la de Tania, y también una de Liza Obolénskaia. He contestado a Andriusha y a Liova. Me he pasado todo el día con los recortes de prensa, no he salido a ningún sitio. Dicen que Sasha se ha acercado a la casa y ¡no ha entrado! ¡Qué ser más extraño!

30 de noviembre. He ido a la aldea para hacerme cargo de la biblioteca rural de María Valentínovna, que se marcha. Los campesinos cogen los libros y no los devuelven, algo lamentable. Van a cerrar la biblioteca, y así acabará todo. Nuestras gentes siguen siendo unos salvajes. Hasta caer la noche estuve ocupada con los recortes de prensa y pegándolos. ¡Qué tremenda tristeza!

25 de diciembre. Navidad. Me acompaña Yulia Ivánovna. He ido sola a la tumba, no he parado de llorar y rezar. He estado catalogando los libros de la biblioteca popular (los devueltos); he hecho muchos regalos. He estado trabajando diligentemente en mis *Memorias* correspondientes al año 1895, el año en que murió Vánechka. Resulta extraño cuando me remonto en mis recuerdos al pasado, incluso a los momentos difíciles: dejo de vivir el presente y vivo sólo el pasado, tan vívido, casi real.

31 de diciembre. He estado ocupada con los niños y el árbol; charlé con mi hijo Iliá. ¡Qué año tan triste he pasado, y yo sigo viva! He escrito a Torba y a la princesa Cherkásskaia. Frío, viento fuerte, ventisca, y por eso no han podido venir a la fiesta Sóniushka e Iliúshok. Tampoco vinieron los hijos mayores de mi hijo Iliá. Y el abeto y la bienvenida al Año Nuevo tuvieron carácter muy prosaico. Pero al menos vinieron Iliá y su familia, si no esto habría estado muy solitario. Las lágrimas afloraban a cada instante. Cuánta tristeza, por no hablar del alejamiento de Sasha; es imposible que no se sienta sola, rodeada de extraños. Sonia ha ido a verla a Teliatinki.

1912

2 de enero. Se han marchado los dos Iliá: mi hijo y mi nieto. Han venido treinta y tres estudiantes de San Petersburgo, yo misma les he enseñado, en grupos de once señoritas, las habitaciones. Después he trabajado en mis *Memorias*, es decir, *Mi vida*. De momento estoy recogiendo materiales. Por la noche he pegado recortes de periódico y he estado leyendo.

19 de enero. Estuve en el Museo Tolstói, había unos *visitantes ingleses*[643]: el príncipe Dolgorúkov[644] pronunció un discurso y un inglés le dio la réplica en perfecto francés. Una señorita escribía a máquina, yo le dictaba mis *Memorias*.

24 de enero. Ha venido mi hijo Iliá, le he dado mil rublos. Es digno de lástima, y culpa a los demás de su pobreza. He escrito a V. N. Kokóvtsev[645] para que le dé las gracias de mi parte al zar por mi pensión[646].

29 de enero. He seguido tratando con Levitski la venta de las ediciones a Sytin[647]. Él espera hacer entrar en razón a Sasha y a Chertkov, pero yo no creo que lo logremos. Inventan todo tipo de pleitos para que yo reconozca a Sasha como heredera de todos los escritos de su padre, incluidos los que se encuentran en el Museo de Historia. Le he vuelto a dictar a la mecanógrafa.

7-13 de febrero. Todo el tiempo nos han tenido agobiados con la promesa de comprar mi edición y de llegar a algún acuerdo entre Sasha y Sytin o Marchs o los dos editores juntos. Pero todo son misterios y una ya no comprende ni se entera de nada. Por supuesto, Chertkov, astutamente, pone trabas a todo. He leído tres libros, dos franceses y uno ruso: *Dos vidas* de Fonvizin[648], no está mal. He asistido a tres exposiciones de pintura y a tres conciertos: dos eran recitales de checos que tocaron magníficamente, en particular los cuartetos de Beethoven. También estuvo bien el quinteto de Tanéiev, pero era difícil de comprender en un primer momento. Tocó él en persona. También estuve en un concierto de Wanda Landowska. Tocó a la perfección tanto el clavecín como el piano. Me he vuelto algo obtusa para todo. ¡Con Lióvochka morí yo también! Pero aún, tal vez, tendré que seguir desgastando mi cuerpo sano mucho tiempo. Y eso me

apena, porque no me quedan ganas de vivir.

27 de marzo. Inesperadamente han llegado un montón de visitantes para ver la tumba, la casa y las habitaciones de Lev Nikoláievich. Yo misma les he hecho de guía y les he dado explicaciones. Algunos de ellos eran amigos de Chertkov y escucharon de mi boca unas cuantas verdades amargas. Estuve en la tumba, la adorné con flores frescas (rosas, prímulas, alhelíes, jacintos), quedó muy hermosa. He estado leyendo mucho sobre Herzen. Yulia Ivánovna se ha marchado a Moscú. Estoy completamente sola en Yásnaia Poliana. He seguido trabajando en mis *Memorias*, año 1896. Pero tengo muy pocos materiales y lo recuerdo mal.

28 de marzo. He estado leyendo las cartas de mis hijos del año 1896, como material para mis *Memorias*. Inesperadamente ha venido mi hijo Andriusha; me he alegrado mucho y he pasado el resto del día con él. Es triste admitir que *ninguno* de mis hijos está contento y que todos necesitan dinero.

6 de abril. He recibido la noticia de la muerte de María Nikoláievna, la hermana de Lev Nikoláievich. ¡Qué triste! He escrito a Varia y a Liza, a Tania y a Liova. He terminado de escribir el año 1896. Me ha costado mucho. Soñé con Lev Nikoláievich, que caminaba por la calle, directo hacia mí y desaparecía al aproximarse. Miraba serio a lo lejos.

21 de abril (Moscú). Por la mañana temprano se han marchado los Sujotin. Hoy he cerrado el negocio con Sytin. He cobrado cien mil por los libros, les he enviado dinero a mis hijos, para Tania he cogido un billete de banco de veinte mil. Me he alojado con mi hermano Sasha y mi hermana Liza. Por la noche me he marchado para San Petersburgo.

26 de abril. Le he escrito una carta a Kasso, ministro de Educación, sobre los manuscritos[649].

15 de mayo (Moscú). En Moscú, con Andriusha, he recogido la casa de Jamóvniki, y hemos seleccionado qué cosas van al almacén de Stupin, qué a Yásnaia Poliana, qué se vende. Es una pena que todo acabe en la ruina, que todo llegue a su fin, pero, sobre todo, que nuestra vida pasada haya muerto y no se prolongue en nuestros hijos.

16 de junio. Ha venido Sasha con Varvara Mijáilovna. Todos estamos a bien. ¡Gracias a Dios!

29 de julio. He terminado de dibujar unas flores. Han venido Biriukov y Bulgákov. Llevamos ya dos años con las mismas discusiones sobre Lev Nikoláievich, su marcha, el testamento, etcétera. Por la noche, otra vez lo mismo con Kuzminski. Aleksandr Mijáilovich tiene una lógica asombrosa y es muy buena persona. Tania es todo lo contrario. Grita, se enfada y a todo le imprime un tinte falso de reprobación. ¡Cómo ha cambiado! ¡Qué lástima! Me parte el corazón.

6 de agosto. He estado mecanografiando el triste diario de Lióvochka[650]. ¿Qué es lo que ocurrió? ¡Es incomprensible! Cuántas cosas injustas.

19 de agosto. He pasado la mañana con mi hermana, escuché la lectura de sus notas sobre nuestra genealogía. Está bastante bien escrito[651]. Vino P. I. Biriukov, también unos visitantes a ver el despacho, y N. N. Gúsev a pedir dinero para hacer unas compras. Le he leído mis *Memorias* (unos fragmentos); ha mostrado su aprobación. Por la noche, Zveguintseva[652] y Cherkásskaia. Estuvo Bulgákov, se llevó tres libros de poesía.

22 de agosto. Es mi cumpleaños, cumplo sesenta y ocho años. He pasado un día muy, muy agradable. Vino la familia de Andriusha, después mis hijos Iliá y Seriozha. Fuimos a la tumba con mi nieta Masha. Después vino la familia Sujotin. Nos juntamos a comer diecinueve personas. ¡Yásnaia Poliana volvió a la vida! Por la noche hemos cantado y bailado. Nos lo pasamos muy bien, daban ganas de llorar por la emoción y por la amarga pérdida. Cada vez estoy más cerca de mis hijos. ¡Gracias a Dios!

27 de agosto. Sasha pide permiso para vivir durante el invierno en el pabellón. Quiere librarse del odioso Chertkov.

4 de septiembre. He leído la obra de Bertinski sobre Herzen[653]. A Lev Nikoláievich le encantaba Herzen. He estado todo el día mecanografiando en la Remington.

8 de septiembre. He estado todo el día pasando a máquina el diario de Lev Nikoláievich. Por la noche me dediqué a reunir toda clase de documentos oficiales para Moscú. Se ha marchado Iliá, ¡me da pena de él!

17 de septiembre. Mi onomástica. Nunca me gustó *celebrarla*, ni siquiera en mi infancia. Pero me ha agradado mucho que vinieran mi hija Sasha, Dušan Petróvich, Varvara Mijáilovna y la pobre Katia, la mujer de Andriusha, la cual sigue estando de mal humor. Mi hermana ha cantado. Por la tarde fui a la tumba, le puse dos magníficas rosas.

1913

20 de enero. Han venido a visitarme mis hijos Andriusha, que sigue enfermo, e Iliá, que en cuanto le he prestado unos seis mil rublos se ha animado. A ver cuánto le duran. Después varias personas visitaron la casa. Seguí copiando. Por la noche leí el relato *Él* de Andréiev[654].

31 de enero. No leo otra cosa que libros franceses. No he leído nunca *Fécondité* de Zola y me apetece hacerlo, siento curiosidad. Sasha ha vuelto a darme un disgusto: quiere apoderarse del patrimonio y de la biblioteca de Yásnaia Poliana. ¿Qué será lo siguiente que trame esta extraña muchacha, por no llamarla otra cosa? ¡De nuevo chantaje y amenazas!

8 de febrero. Estoy apesadumbrada por la nota en la prensa sobre la decisión del Senado acerca de los manuscritos; ¡parece que otra vez se lavan las manos, los muy cobardes![655]

13 de febrero. Paso la mayor parte del tiempo con Varia[656], copio cartas de Lev Nikoláievich y mi corazón sufre cada vez más por esa felicidad que poco a poco se aleja. He tenido una breve visita de mi hija Sasha, ¡ay, una auténtica extraña! Por la noche he tocado con Varia a cuatro manos un quinteto y una sinfonía de Mozart.

23 de febrero. Anoche acabé de copiar todas las cartas de Lev Nikoláievich dirigidas a mí. ¡Cuánto me costó copiar las últimas! He venido mi hijo Iliá, vigoroso, lleno de energía. Ha venido P. I. Biriukov, evidentemente en busca de materiales para su biografía de Lev Nikoláievich, y yo se los he dado.

26 de febrero. Esta mañana fui a Tula a discutir las compras y las ventas en Yásnaia Poliana.[657] Me reuní con Iliá y Sonia, Andriusha, Misha, Sasha (en otro hotel), Vaka Filosófov y muchos conocidos. Fastidiosas y duras discusiones, visita al notario, agotamiento. Por las calles corren riachuelos, brilla el sol, pero en la aldea persiste el invierno riguroso.

3 de marzo. He pasado todo el día imprimiendo fotografías. Ha venido mi hijo Iliá. Siempre está haciendo planes para ganarse la vida. De su dinero de Yásnaia Poliana no le queda nada. Ha cogido mis *Memorias* para escribir sus recuerdos sobre su padre.

11 de marzo (Yalta). Llegamos a Yalta en automóvil, tras varias

aventuras con un neumático reventado y demás, a las cinco y media de la tarde. Los Sujotin nos dieron una calurosa bienvenida (especialmente la pequeña Tánechka). Una pena que mi habitación esté abajo, y la de ellos arriba, en el cuarto piso.

22 de marzo. He ido con Yulia Ivánovna a Gaspra. Ha sido muy agradable, incluso los recuerdos de la enfermedad de Lev Nikoláievich, porque nosotros, *su familia*, le cuidamos con amor, y él era *mío*, ¡no de Chertkov! ¡Qué hermoso todo!

30 de marzo. Por la mañana temprano nos despedimos de los Sujotin, que se quedaron en Oriol. Se me partió el corazón al decirles adiós, pero era bueno regresar a casa. El amable Bulgákov nos dio una calurosa bienvenida y los criados parecía que también se alegraban de vernos. Fui a la tumba de Lev Nikoláievich y la adorné con flores de Crimea.

3 de abril. Ajetreo todo el día. Vino Korotniov[658] para negociar las lindes de mi propiedad de Yásnaia Poliana. Vino Ganeiev para tratar de los trabajadores que están cavando la zanja y el embalse. Vinieron de Beloboródov a propósito del pago a mis hijos por el bosque[659]. Imprimí fotografías de Lev Nikoláievich. Fui a la tumba. Por la noche leímos *Él* de Andréiev. Un disparate.

4 de abril. Llevo desde esta mañana apesadumbrada por el artículo de Sasha, aparecido en los periódicos, sobre su derecho sobre los manuscritos[660]. Otra nueva infamia: dice que *yo* me negué al juicio arbitral, sin mencionar que fue *ella* la *primera* que se negó.

5 de abril. Después de comer fui con Yulia Ivánovna a ver nuestras nuevas lindes. Vino Korotniov a trabajar. Me enteré de que el Senado ha trasladado el caso de los manuscritos a la junta general de senadores.

17 de junio. Ha venido mi hijo Andriusha, siempre me alegra verle, aunque en muchas cosas le repruebo y me preocupa mucho. Vino la policía con motivo de las amenazas de Vasili Konyshev[661] de apalear al intendente. ¡Qué desagradable! Llueve de nuevo. Escribo a los periódicos sobre el mal comportamiento de algunos visitantes[662].

12 de julio. Muchos visitantes: la familia Voljonski, marido, mujer e hija. Kaufman, la mujer del ex ministro de Vías de Comunicación. Fuimos todos a la tumba. Después, al atardecer, quince jóvenes: cadetes, muchachas y demás. Después de cenar fui con Vérochka a visitar a Sasha. Vive en un lugar hermoso[663]. Me alegro de llevarme bien con ella en estos momentos.

11 de agosto. He recogido unas flores, fui a la tumba, la adorné, conversé en voz alta con mi difunto Lióvochka; jamás nos despedimos del todo; siempre siento su presencia aquí, en Yásnaia Poliana. No está *ni* feliz *ni* tranquilo, y yo rezo por su alma. Estuvo Sasha, me alegro. Me ha aclarado muchas cosas.

20 de agosto. He pasado toda la mañana y la tarde escribiendo mi breve *Autobiografía* para Venguérov[664].

28 de agosto. Cumpleaños de Lev Nikoláievich. Ha venido el matrimonio Gorbunov. Fuimos a la tumba, con todos los campesinos de Yásnaia Poliana, Sasha, Dima Chertkov, Boulanger, y varios individuos de Teliatinki. Los campesinos cantaron *Memoria eterna*, y tres veces nos arrodillamos todos. Comí con Zveguintseva, la princesa Cherkásskaia y un oficial que las acompañaba, a quien no conocía. Estoy leyendo a La Bruyère[665]. He acabado el borrador de mi *Autobiografía.*

7 de noviembre. Aniversario de la muerte de Lev Nikoláievich. ¡Han pasado tres años y aún me duele! He pasado bien el día. Nada más levantarme, fui a la tumba; y allí había ya varios visitantes. Después visitaron la casa unas cien personas; jóvenes en su mayoría. Han venido mis cuatro hijos: Seriozha, Iliá, Andriusha y Misha. Después estuvieron dos damas, la hija de N. I. Storozhenko y su amiga. Seriozha tocó, Bulgákov cantó. Buenas conversaciones. Andriusha y Misha se fueron.

12 de diciembre. He estado copiando y corrigiendo de nuevo mi *Autobiografía*. Leí los *Recuerdos* de Iliá. Mañana se decidirá en el Senado el destino de los manuscritos que se encuentran en el Museo de Historia, ¡y estoy un poco inquieta!

14 de diciembre. No he parado de mecanografiar. He acabado de copiar mi *Autobiografía*. Leímos *Los demonios*[666]. El Senado no ha decidido nada. Faltaron votos a mi favor.

21 de diciembre. He estado leyendo *El idiota*[667]. Bulgákov se ha marchado. Dostoievski es rudo, no me gusta.

1914

1 de febrero. He leído, es decir, he revisado estas noches *Pensées de Pascal* y *Círculo de lectura*. La policía ha efectuado un registro en casa de los Chertkov[668]. Me interesan los cambios en los Ministerios.

24 de febrero. Ha venido mi hijo Iliá, me trajo naranjas y mermelada, es una persona bondadosa y activa. He arreglado la copia que estaba pintando del retrato de Lev Nikoláievich, obra de Repin. Mi hijo está leyendo los viejos diarios de Lev Nikoláievich que copié hace tiempo (hasta el año 1861).

25 de febrero. Me he levantado tarde; en seguida Iliá se puso con su copia, que al atardecer ya estaba mejor. Cuando Iliusha está de buen humor, su compañía es muy grata. Alguien le ha propuesto ir por las ciudades de Rusia, dando conferencias sobre su padre[669].

6 de marzo (San Petersburgo). He visitado a Liova, comí en su casa, los niños son adorables. Hablé por teléfono con N. A. Dobrovolski[670] acerca de mi caso, sobre los manuscritos, en el Senado; dice: «No comprendo que estén dilatando tanto este caso».

12 de marzo. He escrito una carta al zar, pidiendo un puesto para Andriusha. Me resulta enormemente difícil y desagradable, pero Andriusha está tan mal y tan nervioso que me daba miedo decirle que no. Le he enviado la carta para que la lea. Han pasado una velada muy animada todos mis invitados y mi familia: Bulgákov cantó, Sonia Bíbikova[671] le acompañó, jugamos a las cartas, nos reímos toda la velada. Estoy muy ocupada con la hacienda.

24 de marzo: Le he enviado a Venguérov un nuevo capítulo para mi *Autobiografía*.

16 de abril. Nina[672] y yo hemos estado leyendo el libro de mi hija Tania sobre Montessori, la educadora libre italiana[673].

31 de mayo. He estado copiando, visité la tumba y he estado mucho rato caminando, porque tengo un dolor neurálgico en los ojos, algo que me molesta, así que los dejo descansar. Me llena de tristeza oír que mis hijos han empezado a jugar. Dora dice que Liova ha perdido unos cincuenta mil. ¡Lo que tiene que aguantar la pobre Dora estando embarazada! Tenía razón mil veces Lev Nikoláievich haciendo que se enriquecieran los campesinos, en vez de sus hijos. De cualquier

modo, lo iban a perder todo en naipes y juergas. ¡Es repugnante, triste y lamentable! ¡A saber lo que pasará cuando me muera! Ha sido un día caluroso y sereno. ¡La naturaleza está llena de hermosura, y mi alma de tristeza! No he dormido en toda la noche. Liova ha regresado la mañana del 1 de junio.[674]

30 de junio. He pasado todo el día copiando mis cartas y me han disgustado muchas cosas. ¡Ya es tarde! He escrito a Zhdánov sobre el dinero que quedó tras la muerte de Lev Nikoláievich. Adónde y a quién enviarlo.[675]

2 de julio. Leo periódicos, relatos; no tengo tiempo libre ni humor para lecturas serias. Todos los periódicos están llenos de noticias sobre el asesinato de Rasputín[676].

16 de julio. He copiado, he leído con inquietud la prensa, ¿de verdad habrá guerra?

19 de julio. Esta terrible guerra va a desembocar en grandes catástrofes en Rusia. Todos estamos abatidos; aquellos que son arrancados de la tierra y de sus familias hablan de huelga, y dicen: «¡No iremos a la guerra!». ¡Me han quitado a mi intendente, siete caballos, además del cochero y dos jornaleros! Y en Rusia hay hambre. ¡Algo tiene que ocurrir!

21 de julio. Una pesada losa oprime mi corazón. Han reclutado a mi hijo Misha y le han destinado a Briansk. También han alistado a nuestro intendente Karing, a nuestros campesinos, y se han llevado los caballos. Por todas partes lágrimas, terror, ¿y en nombre de qué? ¡Jamás comprenderé la guerra!

27 de julio. He vagado todo el día por Yásnaia Poliana con el corazón destrozado, esperaba a Andriusha, que está enfermo. Me escribió diciendo que Misha estará el martes en Tula para que yo vaya allí y le dé mil rublos. Lo envían a los regimientos *activos*, a la caballería, y esto supone para mí un nuevo golpe. Ha estado mi hija Sasha, que se marcha como enfermera. Nos despedimos de forma conmovedora. ¡Todo es espantoso! En el campo los días son soleados y cálidos, todo está en calma.

28 de julio. Todas las noticias son horrendas: mi hijo Liova ha enviado a su familia a Suecia y parte hacia la frontera polaca con N. Guchkov[677], delegado de la Cruz Roja. Hace calor, hay muchas setas, el tiempo es maravilloso, pero por todas partes se oyen gemidos y llantos. Veinte excursionistas han visitado la tumba y la casa.

29 de julio. ¡Cuánto sufrimiento tenemos que soportar! Hoy me he despedido de mi hijo Misha, ¡se marcha a la guerra! Me he esforzado por no llorar, pero cuánto me ha costado. Tampoco Andriusha es motivo de alegría: no le va bien con su mujer, y el pobre cojea, y tiene problemas intestinales, bronquitis y se ha quedado en los huesos. ¡Estoy terriblemente exhausta en cuerpo y alma!

1 de agosto. No he pegado ojo en toda la noche, por la mañana he ido con el aya[678] a misa. La iglesia estaba llena de mujeres, apenas había hombres. El sacristán vociferaba salvajemente palabras incomprensibles, ¡qué tristeza! Y qué triste también mi aislamiento del pueblo; soy *la única señora* en medio de la auténtica población campesina, y los niños me miran como si fuera algo ajeno, extraño.

5 de agosto. No puedo hacer nada racional, cuerdo; ¡un dolor sordo me abruma! He preparado el pabellón para la llegada de los Kuzminski. Leemos los periódicos casi todo el día. Por la noche me ha pasmado la dolorosa noticia de que Mijaíl Serguéievich Sujotin ha sufrido un segundo ataque. ¡Mi pobre Tánechka!

9 de agosto. He recibido un telegrama comunicando la defunción de M. S. Sujotin. En seguida hice las maletas y me preparé a toda prisa para viajar a Kochety. En mi corazón siento un terrible dolor, pena, desesperación, pero aún he de disponerlo todo antes de partir. ¡Mi pobre Tania, qué pena me da!

10 de agosto. Un cochero me llevó hasta Kochety. Habían trasladado el cuerpo de Sujotin desde la casa de los Abrikósov a Kochety. Tania trata de dominarse y de organizarlo todo, pero se me parte el corazón al verla tan delgada e inquieta. ¡Dios la ayude!

14 de agosto. Hoy Tania nos ha leído en voz alta, después de dar un paseo, su obra *La infancia de Tania Tolstaia*[679]. Escrita maravillosa y conmovedoramente. Incluso se nos escapaba alguna lágrima mientras ella leía. Tania y su hija van a pasar conmigo el invierno. ¡Qué bien! ¡No puedo creérmelo!

7 de septiembre. He vagado sin rumbo, no puedo hacer nada en esta guerra terrible, y me siento llena de tristeza por el dolor de Tania, de temor por mis hijos, de preocupación por Dora, que se suponía que iba a dar a luz hace unos días. He estado amontonando hojas para que sirvan de lecho para el ganado; he dado a los jornaleros sus recibos y Nina y yo toda la noche hemos estado haciendo cuentas. Hemos tomado el té con Dušan Petróvich en el pabellón de los Kuzminski.

25 de septiembre. Ha venido mi hijo Andriusha, trayendo consigo a mi nuera Sonia, la mujer de Iliá. Por la tarde Bulgákov fue a recoger a Sonia, la hija de Andriusha y Olga. Hemos pasado una velada agradable. Hemos leído el artículo de Iliá desde el frente de guerra[680].

26 de septiembre. Por la noche mi hermana Tania me ha leído sus *Memorias*[681], y me han parecido muy interesantes.

27 de septiembre. Mi hermana está destrozada, porque su hijo Mitia se va también a la guerra, voluntario, como ordenanza. ¡Qué incomprensible hipnotismo! Hemos leído en voz alta las *Memorias* de Makovický.

30 de septiembre. He mecanografiado algunas cosas para mi

hermana. Por la noche Bulgákov ha leído su artículo, una protesta contra la guerra[682]; ha estado magnífico.

9 de octubre. Por la mañana quería hacer la revisión de las *Cartas de L. N. a su mujer*, pero el piano tiró de mí, y estuve tocando mucho tiempo, tratando de acortar el tiempo hasta la llegada de Tania. Han venido las dos Tánechkas, *miss* Welsh, Sofia Ivánovna Lavréntieva y la doncella Gania. Mi nietecita Tánechka es encantadora, mi hija Tania me resulta muy cercana, y tan querida como siempre. Por la noche hemos disfrutado conversando.

18 de octubre. El consulado americano me ha informado de que mi nieto Misha ha sido hecho prisionero en Milevič, Bohemia.

21 de octubre. He recibido de Aleksandr Mijáilovich Kuzminski una carta con la noticia de que he ganado el caso en el Senado[683], y también algunas malas noticias en el seno familiar: Masha está enferma, Mitia se va a la guerra, tres hijos más en la guerra, mi nieto está herido.

26 de octubre. He dibujado, he estado jugando con Tánechka. Por la noche la policía interrogó a Bulgákov sobre su llamamiento contra la guerra. Me enfadé muchísimo y escribí a Dzhunkovski.

28 de octubre. La triste fecha de la marcha de casa de Lev Nikoláievich hace cuatro años. De nuevo, ha venido la policía, han detenido y se han llevado a V. F. Bulgákov, acusándole de distribuir propaganda dañina. Apenada e indignada, redacté un borrador para Dzhunkovski sobre Bulgákov.

13 de noviembre. He estado con Nina en Tula, visité a Bulgákov, él trata de mantener el ánimo, pero ha adelgazado y, al parecer, no tiene idea de lo que le espera. Por la noche Tania nos ha leído unos poemas de Fet.

25 de noviembre. He estado discutiendo con Tania sobre la iglesia, repite las palabras de su padre, repudiando a la Iglesia, olvidando que durante más de veinte años él fue un devoto ferviente. Por la noche vino Andriusha. Con él siempre hay animación.

2 de diciembre. He visto en Moscú a Sasha, que se marcha el día 10 con el destacamento como enfermera.

11 de diciembre. He estado en Tula con Tania; le he entregado el pabellón para toda la vida. He cobrado mi pensión. He visto a Bulgákov en la gendarmería.

31 de diciembre. Los preparativos de siempre del abeto. Vino mi hijo Seriozha a la hora de comer. He recibido gratamente el Año Nuevo con Tania, Liova, Andriusha, la pequeña Tania, Antonina Tíjonovna y Dušan Petróvich. Estamos desquiciados de los nervios, continuamente sentimos ganas de llorar. Estoy sorprendida de que tres de mis hijos estén conmigo; me aflige no saber nada de Seriozha, que

había prometido venir, y me inquieta la mala salud de Andriusha.

1915

10 de enero. He recibido un telegrama del príncipe Shcherbátov en el que me avisa de que van a devolverme todo mi archivo del Museo de Historia.

19 de enero. Estamos todos muy alterados. Han arrestado a Dušan Petróvich y le han metido en la cárcel por firmar el llamamiento de Bulgákov.

22 de enero (Moscú). He ido al Banco Estatal y al Comercial. Después al Museo Rumiántsev. Mantuve largas negociaciones con el conservador de los manuscritos, Grigori Petróvich Gueórguievski. Me conceden un lugar magnífico para los manuscritos, pero al que se accede por una horrible escalera de caracol de hierro. Comí y pasé la tarde en casa de Seriozha y Masha. Seriozha tocó con Pohl y Shor[684], entre otras piezas, varios tríos de Beethoven.

23 de enero. Visité con Nina dos exposiciones: una era la de la Unión y la otra, de los Itinerantes. Las exposiciones ya no son tan buenas como antes. Mucho pintarrajo decadente. Por la noche vino el hermano de Nina, tomamos té, y corregí tres hojas de las *Cartas de L. N. Tolstói a su mujer*. Vi en la cantina vegetariana donde estuvimos comiendo a Iván Ivánovich Gorbunov y a Dima Chertkov.

27 de enero. He pasado la velada en casa de los Máslov, allí han estado también Tanéiev y Marusia Maklakova. Ha venido Gueórguievski, con motivo del traslado de los manuscritos y objetos del Museo de Historia al Rumiántsev.

17 de marzo. Mi hija Tania ha regresado de Moscú y San Petersburgo, donde visitó a cuatro ministros, tratando de interceder por Dušan. Tendrá un juicio civil.

6 de abril. Ha llegado mi hijo Misha, estaba fresco, vigoroso e incluso guapo. Vino a despedirse, se va de nuevo a la guerra, esta vez en el estado mayor del jan de Najicheván. Fue doloroso volver a separarme de él. También lo fue oír sobre la muerte de su hijo.

15 de mayo. Estuve en Tula con Antonina Tíjonovna y obtuvimos permiso del general de la gendarmería para visitar a Dušan Petróvich y a Bulgákov. Se emocionaron mucho al verme y me hicieron toda clase de preguntas. Nos concedió el permiso el general Volski. He

enviado setecientos rublos a mi hijo Andriusha. Tuve que atender toda clase de asuntos en Tula.

28 de mayo. He estado corrigiendo el «Índice» para las *Cartas*[685]. Muy difícil, y lo dejé; se lo encargaré a un corrector. Hubo muchos visitantes, y V. Mámontov[686] trajo a un general. También vinieron niños.

7 de junio. La trágica noticia de la muerte de Serguéi Ivánovich Tanéiev el día 6 me ha dejado completamente abatida.

11 de junio. Han venido visitantes. He estado trabajando en el «Índice». Fui a ver la recogida del heno. Hace mucho calor, amenaza la sequía. La muerte de S. I. Tanéiev repercute profunda y dolorosamente en mi corazón. He estado leyendo las noticias del solemne y concurrido entierro. Hablaron muy bien de él.

13 de junio. He mecanografiado el final del «Índice». Después de comer fui con Nina a la tumba, la adorné con unas flores. Además de las campestres, florece el jazmín, el escaramujo y algunas flores del jardín. Hay unas rosas prodigiosas. No puedo evitar echar de menos a Serguéi Ivánovich.

9 de julio. Esta tarde estuvimos sentadas en el balcón cosiendo máscaras antigás para el ejército, mientras bebíamos té. Estoy releyendo consecutivamente todos los Evangelios. Mi punto de vista ha ido cambiando a lo largo de la vida.

19 de julio. Estoy perdiendo rápidamente el interés por todas las cosas y por la vida. Llegan malas noticias de la guerra. Vivir aquí da miedo, sin guardas ni perros.

24 de julio. La noticia de la toma de Varsovia por los alemanes ha dejado a toda la casa completamente abatida. Desde que empezó esta guerra jamás creí en nuestra victoria, y las cosas cada vez van a peor.

8 de agosto. De la guerra llegan noticias terribles: Kaunas, Novogueórguievsk y otras ciudades han sido tomadas. De Riga huyen. Hay combates en el golfo de Riga.

10 de agosto. He comenzado a elaborar un catálogo de los libros y folletos de *mi* librería.

11 de agosto. Por la noche he estado elaborando el catálogo de los libros de Tolstói.

14 de agosto. He estado en completa soledad hasta la hora de la comida. He estado apuntando en el nuevo catálogo los folletos y cartas Lev Nikoláievich. Todos son copias impresas, manuscritas o mecanografiadas. Los manuscritos originales, ¡ay!, están todos en poder de Chertkov.[687]

23 de agosto. Mi hija *Sasha* ha regresado, animosa, llena de experiencias e historias, muy delgada.

28 de agosto. El cumpleaños de Lev Nikoláievich. Desde esta

mañana ha estado nublado y ha llovido. Luego se despejó. Visité la tumba, oré por el alma de Lev Nikoláievich y por las de los padres que le trajeron al mundo. ¡Es raro lo rápido que se han olvidado de Tolstói! Hoy no vino aquí *nadie*: ni conocidos ni desconocidos. Un extraño.

18 de noviembre. Estoy cosiendo mantas para los refugiados; Tania estuvo en Zaseka y cuenta horrores de su miseria; los niños van al colegio descalzos, muchos llevan sobre sus hombros chaquetillas ligeras, visten faldas cortas y nada más. De nuevo he estado haciendo extractos para *Mi vida*. ¡Es duro a veces revivir la antigua vida!

28 de noviembre. Comencé el día con la visita a la pinacoteca del Rumiántsev. No tengo muy buena impresión, hay pocos cuadros. Después estuve ocupada hasta las cuatro con los manuscritos. Comí con mi hermano, pasé la velada en el Slavianski Bazar[688], tomé té con V. F. Bulgákov[689].

7 de diciembre. D. P. Makovický ha vuelto de la cárcel[690] y K. A. Salomon de París. Por el camino le robaron el pasaporte, varios documentos importantes y doscientos rublos que llevaba en la cartera.

22 de diciembre. Por la mañana temprano ha llegado mi hijo Liova. Se fustiga a sí mismo por caer en el juego y la vida desordenada, aunque tampoco lo abandona. Pero ¡tiene tantas buenas cualidades! Por la noche leímos su drama[691]. Sombrío, pero inteligente.

1916

19 de enero. Ha venido mi hijo Iliá con dos individuos que quieren hacer una película cinematográfica del relato *Qué hace vivir a los hombres*[692]. Uno, según parece, es judío; el otro, un muchacho de dieciséis años. Hoy he visitado la tumba y he sentido cierto sosiego.

20 de enero. Iliá y los forasteros han recorrido la finca tomando fotografías para la representación cinematográfica de *Qué hace vivir a los hombres*. Uno de los forasteros, un actor[693], representaba a un ángel, ¡desnudo en la nieve!

11 de febrero. La noticia sobre la enfermedad de Andriusha, que está con fiebre alta, me ha inquietado mucho. Los días pasan rápida e insustancialmente. Esta noche se marcha Bulgákov a ver a Gúsev con las *Memorias* de Dušan Petróvich[694]. Sería mejor enviarlas por correo.

17 de febrero.[695] Esta semana no circulan trenes de Tula a Moscú, para dejar libres las vías para cargamento militar. Me dispongo a ir a San Petersburgo con Liova, estoy preparando el equipaje. Andriusha pidió a Katia que me avisara para ir a San Petersburgo, y por eso voy. ¡Obviamente se encuentra mal!

18 de febrero. Liova y yo hemos salido para Petrogrado[696] vía Tula; inimaginable hacinamiento en los trenes. Nos dieron, seguramente por error, dos billetes de primera clase; nos metimos por fuerza en un compartimento ajeno con dos hombres que resultaron personas muy corteses y educadas. A las dos de la madrugada nos dieron un compartimento, y dormimos hasta la mañana siguiente. Yo me quedé con los Kuzminski, Liova con su familia. Andriusha, a mi entender, está muy enfermo, y yo estoy terriblemente preocupada.

19 de febrero. Los médicos repiten las mismas frases sin sentido: «Es una enfermedad grave, pero no hay peligro por el momento». Y siguieron repitiéndolo hasta el final. Andriusha sufre una pleuritis, y también padece del hígado, respira con dificultad. Está de color amarillo verdoso, grita y gime en voz alta. La fiebre alcanza los cuarenta y dos grados. Tres o cuatro veces al día siente fuertes y horribles escalofríos.

22 de febrero. Le sugerí a Andriusha que recibiera la eucaristía. Tranquilamente, dio su conformidad y, cuando llegó el sacerdote, se

confesó en voz alta e iba repitiendo la oración tras el sacerdote. Besó a todos los que habían ido a verle. Estaba agotado y al anochecer volvió a tener escalofríos, cuarenta y un grados de fiebre. Todos se asombran de que su corazón aún resista.

24 de febrero. Andriusha ha fallecido a la una y diez de la madrugada, la noche del 23 al 24. El 23 ha sido la fecha de su muerte. La misa de réquiem, la gente… todo, ¡todo es igual! Han venido los hijos de Andriusha, Sonia e Iliúshok, con su madre, Olga. Ha venido mi hijo Iliá. Katia y Liova fueron a comprar dos plazas en el cementerio de San Nicolás, del monasterio de Aleksandr Nevski; allí le enterrarán. ¡Dios mío! ¡Cómo voy a vivir sin Andriusha! Hasta ahora no me había dado cuenta de lo duro que es.

13 de marzo. He estado escribiendo mi *Vida*. Por la noche se ha marchado Bulgákov para siempre[697]. El día 21 se celebrará su juicio y el de Makovický.

23 de marzo. Qué triste es que la vida familiar de Liova se haya arruinado, pero a mí, personalmente, me resulta mucho más fácil y agradable vivir con él que sola, especialmente ahora que mi hija Tania se ha marchado al juicio[698].

26 de marzo. Ha llegado orden de Krapivna de alojar a cuatro prisioneros. He enviado a buscarles. He enviado mi protesta por el hundimiento del *Portugal* con firmas de mujeres.[699]

27 de marzo. Mandé a buscar a los prisioneros, llegaron en caballos de la administración; eran cuatro rumanos. Hoy he acabado de redactar el año 1901. Escaso e incoherente. No hay materiales. Por la noche Liova leyó en voz alta a Értel[700].

30 de marzo. Estoy leyendo *El alma de Tolstói* de Timkovski[701]. Muy correcto. Hoy he recibido noticia de las dos Tánechkas: aún tardarán en regresar un mes más; los tolstoianos, menos Seriozha Popov, han sido absueltos.[702]

16 de abril. Por la noche ha llegado mi hijo Misha, vigoroso y aparentemente sano. El día 25 se marcha de nuevo a esa maldita guerra.

23 de mayo. Ha venido mi nieto Andriusha Ilich. Ha ganado en la guerra dos cruces de San Jorge.

24 de mayo. Han venido los Kuzminski, o sea, mi hermana y su marido. Mientras tomábamos el té vespertino, mantuve unas interesantes conversaciones de tema histórico con mi hija Tania.

26 de mayo. Noticias de que treinta mil soldados han sido hechos prisioneros, y de una batalla en la que *todos* nuestros oficiales han muerto.

4 de junio. He copiado para Liova su novela[703]. En la guerra ya han sido hechos prisioneros más de ciento sesenta y cinco mil

soldados, una compañía entera de los nuestros se ha ahogado en el río.

22 de junio. He recibido carta de mi hija Sasha. Me da miedo que esté tan cerca del peligro de caer bajo el fuego de los alemanes.

7 de julio. Hoy, 7 de julio, ha tenido lugar un importante acontecimiento: mi hija Sasha ha regresado de la guerra. Sana y salva. ¡Gracias a Dios! Por la noche he escuchado las historias de Sasha.

10 de julio. Ha llegado mi hijo Seriozha. ¡Cuánto nos hemos alegrado! Por la noche Seriozha propuso a cada uno de los presentes que interpretara algo. Seriozha tocó. Tania leyó, Bulgákov y Dušan Petróvich cantaron. La pequeña Marina, Nina y Mitia Kuzminski danzaron, Liova tocó una composición suya, mi hermana Tania cantó. Todos nos divertimos. Yo leí mi poesía[704].

18 de julio. Mi hija Sasha ha marchado de nuevo a la guerra. Me resultó muy duro verla partir. Más que antes. Por la tarde corregí una triste descripción en forma de novela, obra de Liova, sobre su vida.

24 de julio. Aniversario de boda de los Kuzminski, cuarenta y nueve años de matrimonio. ¡Y no han sido muy felices! Recientemente mi hermana me ha dicho que nunca había amado de verdad a su marido.

9 de agosto. He pasado todo el día con Nina en Tula. He redactado un nuevo testamento. Me parte el corazón ver a los soldados y escuchar sus canciones.

3 de noviembre. Ha regresado Liova con nuevos planes de viajar a China y a la India a dar conferencias. Eso me asusta mucho y me aflige. Con el mismo objetivo se ha marchado Iliá a América.[705] Cuánto dolor me queda por delante, si no muero pronto.

11 de noviembre. Hoy he sufrido la marcha y despedida, insoportablemente dolorosas, de Liova. Ha aportado tantas cosas a nuestra vida: ideas, música, un trato tierno y bondadoso. ¡Qué talento tiene para todo y qué buen carácter! Y sin embargo qué desdichado e inestable es.

6 de diciembre. Hoy es el cumpleaños de mi difunto hijo Andriusha. ¡Qué breve fue su vida! Pensé en él todo el día.

21 de diciembre. Estoy enfrascada en la lectura de la prensa: la guerra, el asesinato de Rasputín, el caos en el gobierno… Todo me interesa e incluso me conmueve.

29 de diciembre. Toda la mañana ha habido gente visitando las habitaciones de Lev Nikoláievich. Es agradable poder sentir a veces, sobre todo entre los jóvenes, el amor a Lev Nikoláievich. Todos se sorprenden de la sencillez del mobiliario.

31 de diciembre. Hemos recibido todos juntos el Año Nuevo. Parece que todos nos hemos divertido. Pero tengo el corazón afligido por mis hijos: Iliá está en América, Liova se marchó a Japón, Sasha

está en la guerra y Misha partirá dentro de unos días para allá. Andriusha ya no está, ¡qué tristeza! Gracias a Dios que aún me quedan Seriozha y Tania y mis queridos nietos. ¡Ha concluido el penoso año de 1916!

1917

10 de enero. He estado revisando las ventas de libros editados por el Museo Tolstói. Ha regresado de Moscú Dušan Petróvich.

19 de enero. Nuestra vieja niñera, A. S. Sukolenova, ha fallecido a las doce de la noche. En estos momentos las monjas están leyendo el *Salterio*. ¡Qué tristeza! Vivió con nosotros treinta y ocho años; pero le había llegado su hora: tenía ochenta y ocho. Estuve dando clase a mi querida Tániushka; leo mucho. En el suplemento de la revista *Vida para todos*[706] aparece una interesante exposición de todas las religiones. Esa idea ya la tuvo Lev Nikoláievich: escribir un artículo divulgativo sobre las distintas religiones.

2 de febrero. He pagado el sueldo a los obreros. A menudo siento lástima de todos estos trabajadores; me gustaría ayudarles para que pudieran vestir un poco mejor, alimentarse, y mostrarles afecto, sobre todo a los niños. He acabado de leer el artículo de Romm[707] sobre Viardot[708] y Turguénev. Está escrito con mucha agudeza.

3 de febrero. En Tula hacen huelga los obreros de una fábrica de fusiles. Como para comprar cualquier cosa tienen que hacer cola, llegan tarde al trabajo y les multan. ¿Dónde está la justicia?

17 de febrero. Me ha alterado mucho lo que me ha contado Tania sobre las pérdidas en el juego de Liova en Moscú antes de partir a Japón. ¡Es horrible! Otra losa sobre mi corazón.

1 de marzo. Se ha presentado aquí Seriozha Popov, que fue juzgado junto con Dušan Petróvich y Bulgákov. Una interesante circular de la Duma por todos los ferrocarriles. Se ha establecido un nuevo gobierno provisional. Terrible noticia de que en Petrogrado han matado a ocho mil personas tras amotinarse por la carencia de pan. Al frente de la Duma está Rodzianko[709]. ¿Qué ocurrirá?

5 de marzo. Un día memorable para Yásnaia Poliana. Han venido de Kosaia Gorá los obreros de la fundición de hierro con banderas rojas e insignias a rendir homenaje a la casa y a la viuda de Tolstói. Portando un retrato de Lev Nikoláievich, visitaron la tumba, abriéndose paso entre la profunda nieve y el fortísimo viento. Mis dos Tatianas también vinieron. Los obreros cantaron y dieron discursos, todos ellos sobre la *libertad*. Yo, en respuesta, también pronuncié un

breve discurso sobre el legado de Lev Nikoláievich. En la tumba cantaron *Memoria eterna* y tomaron fotografías.

7 de marzo. Ha venido un soldadito de parte de Sasha a recoger cuatro ejemplares de las *Obras completas* de L. N. Tolstói. Esta nueva libertad no me produce mucha alegría, todo me da miedo.

11 de marzo. Me ha conmocionado recibir una carta de mi hermana Tania informándome de que su marido, A. M. Kuzminski, había fallecido. Ya hace tiempo que había aceptado la proximidad de su muerte con serena y dulce ternura hacia todos los que le rodeaban. Mi hermana no estaba a su lado, se había ido a un sanatorio.

20 de marzo. Esta noche Dušan Petróvich nos ha leído en voz alta *Nuestra revolución* de Lev Nikoláievich.[710]

4 de abril. Ha habido visitantes en la casa y en las habitaciones de Lev Nikoláievich. Un miliciano me ha dictado una carta en la que solicitaba que también me asignaran a mí a un miliciano para mi protección. Han venido los parientes de Dušan Petróvich a visitarle. Ahora los prisioneros son eslovacos.

12 de abril. Ha venido mi hija Sasha con Varvara Mijáilovna. Sasha, gracias a Dios, sigue igual de saludable y corpulenta, con la misma risa alborozada y ruidosa. La visita de Sasha por una parte me alegra, aunque por otra me entristece, ya que pasará con nosotros sólo dos días; habíamos estado tan preocupados por ella y la habíamos esperado tanto tiempo.

15 de abril. Sasha ha partido de nuevo para el frente con Varvara Mijáilovna, muy animada e incluso contenta, pero yo tuve que contener las lágrimas.

23 de abril. Vida aburrida y bulliciosa, con pocas alegrías, salvo las que recibo de las dos Tánechkas. Nada más levantarme empezaron las peticiones de todo tipo: la paga de los jornaleros, la pensión de las viudas; los visitantes: estudiantes, soldados, oficiales, una dama. Los oficiales, con simpatía, dijeron que la gente acude a Yásnaia Poliana como los cristianos a Jerusalén y los mahometanos a La Meca, para honrar un lugar sagrado. Terribles noticias sobre un campesino asesinado por los prisioneros austriacos.

26 de abril. Ha venido mi hijo Misha. Ha contado muchas cosas interesantes. La falta de disciplina en las tropas es horrible, y en general la situación es desesperada.

7 de mayo. Por la noche Dušan Petróvich me ha leído una historia sobre Crosby[711], un americano que una vez vino a visitarnos a Yásnaia Poliana. Le he escrito una carta al soldado Kolupáiev, que solicita unos libros. Ha habido diez oficiales; he parloteado mucho superficialmente. Pero los oficiales son buenas personas.

3 de junio. La Universidad de Moscú me ha dado las gracias por la

donación de las *Obras completas* de L. N. Tolstói, y ensalzan mi edición como la *mejor*.

29 de junio. He pasado el día con Seriozha y Masha, muy contenta de que vinieran. Por la tarde fui a dar un paseo con Seriozha, mi hermana Tania y Dušan Petróvich. Qué hermosa puesta de sol. Un prisionero segaba el fleo. Seriozha ha salido para Moscú con Dušan Vladímirovich, sobrino de Dušan Petróvich. El estado de ánimo de Seriozha me asusta y me preocupa. Los disturbios campesinos en Nikólskoie por la propiedad de las tierras están tomando un cariz amenazador.

6 de julio. He acabado de poner en orden, aunque no sea completo, cartas de todo tipo. Por la noche mi hermana Tania y yo hemos leído el periódico *La Mañana*[712]. Sucesos terribles en Petrogrado: disparos, matan a nuestro pueblo, saqueos, ¡una auténtica revuelta! Y estos bandidos ¡son nuestros líderes! Mi hermana Tania se lo toma todo muy a pecho y se interesa por todo, pero yo sólo sufro profundamente. Aún está joven: hasta leyendo novelas francesas se entusiasma.

25 de julio. He acabado de pintar un cardo, un enorme lampazo. Fue muy difícil. En la novela de Lev Nikoláievich *Hadjí Murat* se menciona este cardo.

14 de agosto. He estado copiando un poco, y a las dos fui con mi hija Tania a comprar provisiones. Recorrimos ocho tiendas, de ellas cuatro eran de productos de consumo, y no encontré nada más que una decena de arenques y hogazas de pan de centeno. Nos acecha la hambruna. El sobrino de Dušan Petróvich estuvo en Tula, y allí tampoco hay absolutamente nada que comprar. He parloteado con Gúsev y lo lamento.

22 de agosto. Hoy he cumplido setenta y tres años. ¡Qué horrible aniversario para seguir viva! ¿Dónde están y qué hacen mis desdichados hijos y mis innumerables nietos? Mi alma sufre, me atormenta la perspectiva de una hambruna. Hoy he recibido de la comisión de primera instancia la notificación de que mañana llegarán diez soldados montados con armas y dos funcionarios.

25 de agosto. Lamento que las relaciones con mi hermana estén tirantes. Ella en seguida se irrita por cualquier cosa, se enfada y me llama loca, porque exteriormente todo lo soporto con sosiego, sin embargo lo que siento en mi alma nadie lo ve.

30 de agosto. Por la noche hemos estado leyendo los periódicos, sobrecogidos y angustiados. Amenaza la guerra intestina; Kérenski[713] y Kornílov[714] no ceden el poder. No pretendo juzgarles, pero el nuevo gobierno no ha dado nada a Rusia.

1 de septiembre. De todas partes llegan espantosos rumores: no se puede conseguir pan en ningún sitio, caos total en los Ministerios, los

mejores ministros se han ido, han arrestado a los mejores generales. Temo que Kérenski resulte un demente con delirios de grandeza.

2 de septiembre. Cuánto me ha alegrado el regreso de mi hijo Misha del Cáucaso, adonde quiere trasladar a su familia para el invierno. Misha estaba muy abatido, y cuando se fue rompí a llorar.

5 de septiembre. He ido al campo y he recogido nueve cestos de patatas.

20 de septiembre. Esta mañana llegó mi hijo Iliusha, flaco, envejecido, daba lástima verlo. Qué pena tener que despedirme de él esta misma noche.

27 de septiembre. Ha venido Piotr Alekséievich Serguéienko a decir que han enviado al ministro Nikitin para informarse sobre los desórdenes en Yásnaia Poliana.[715]

17 de octubre. Ha venido desde Tula en automóvil el ingeniero agrónomo Dmitri Nikítich Vólkov. Han traído para nuestra protección diez o doce -no recuerdo bien-soldados, a los que han instalado con dificultad. Todo el sur del distrito de Krapivna ha sido incendiado.

23 de octubre. Corren rumores de que estamos a punto de ser saqueados. Han venido milicianos para hacer guardia por la noche. Ninguno de nosotros ha dormido, ni siquiera nos hemos quitado la ropa.

4 de noviembre. Han venido a despedirse el capitán Lyzlov y otro oficial. Hoy se ha marchado la caballería y mañana harán lo mismo cien soldados de infantería. Cada vez da más miedo vivir en la aldea, pero no tenemos dónde meternos.

5 de noviembre. Un centenar de soldados de infantería se ha retirado hoy, gracias a Dios. Por la tarde llegaron de Kosaia Gorá un oficial miliciano, un ingeniero y cuatro hombres más de allí. Resulta que todos ellos van a defendernos a nosotros, la casa y los libros; ya han pasado tres noches aquí. Es reconfortante.

16 de noviembre. A mi hermana y a mí se nos ha ocurrido la idea de leerles a los niños de la aldea, pero resulta difícil elegir el qué. Por la noche han venido nuestros campesinos, se elegía el Comité. No tengo claro todo esto. Han hablado de un armisticio. Hemos leído mi historia acerca de Vánechka[716] y un cuento infantil de Serguéienko.

18 de diciembre. El tiempo pasa, la guerra intestina prosigue, la hambruna se acerca por todas partes. Serguéienko nos ayuda a conseguir todo lo que necesitamos: centeno, pasta, judías, arroz.

19 de diciembre. Ruido, bullicio… Me alegro de que estén en estos momentos conmigo mis dos hijas y mi nieta, esta última es la que sostiene mi vida. Pero mi corazón añora continuamente a mis hijos ausentes.

1918

1 de enero. Esta noche hemos encendido las luces del abeto, invitamos a veinte niños y repartimos algunas cosas entre ellos. Después se celebró un baile democrático, como lo llamó Serguéienko. Bailaron los soldados, los prisioneros, así como nuestros siervos y doncellas. Bailaron también las chicas, nuestras Tanias.

4 de enero. Serguéienko fue a Tula por queroseno. Nos alumbramos con una lámpara o con una vela de cera. Por un *pud* de queroseno de pésima calidad hemos pagado sesenta rublos.

5 de enero. Durante la reciente tempestad, se dañó el tejado, y la habitación de Lev Nikoláievich se inundó al derretirse la nieve.

7 de enero. A todos nos ha dejado estupefactos la noticia de que la Asamblea Constituyente ha sido disuelta y de que dos marineros han matado a Shingariov y Kokoshkin.[717] Unos campesinos vinieron a vernos, hablaron con ellos Serguéienko y mi hija Tania. Por la noche leímos a Leskov. A mí no me gusta, aunque mi hermana lee estupendamente.

14 de enero. la hacienda de Yásnaia Poliana a mi hija Tania y tomo un administrador. Hoy echaba de menos a mis hijos, sobre todo a Liova y a Andriusha. Me pregunto si Liova sigue vivo.

18 de enero. He hablado por teléfono con el director de la azucarera, le pedí azúcar, me dieron diez libras. Le pedí a Vólkov hierro del *zemstvo*, para reparar el tejado, me dieron siete láminas. Me han denegado todo lo demás. Por la noche Tania ha leído los *Poemas en prosa* de Turguénev.

23 de enero. Tania ha ido a Kolpna al Comité. Nos quitan nuestro bosque[718].

26 de enero. Entre los jóvenes de la aldea se oyen inquietantes rumores acerca de un pogromo. Penosas conversaciones con Tania acerca de Serguéienko, que ha regresado a Tula con delirios de grandeza y se inmiscuye en las disposiciones de Tania. Su hostilidad conmigo casi me ha hecho llorar.

14 de febrero. A la hora de comer ha venido mi hija Sasha con el proyecto de una nueva edición de las obras completas de L. N. Tolstói.

15 de febrero. Noticias de que los alemanes han tomado San

Petersburgo[719]; la situación de Rusia es cada vez más dura y desesperada. Mis hijas y yo hemos revisado manuscritos y diversos documentos concernientes a Lev Nikoláievich.

17 de febrero. Qué vida más triste. Nos despedimos de mi hija Sasha, que regresa a Moscú, y en esta ocasión resulta particularmente triste despedirme de ella. Le he preparado algo de comer, puesto que llegará de noche. Mi hija Tania nos ha leído *Lucerna*[720] y una carta de Salomon[721] sobre un sobrino muerto.

8 de marzo. Me han denegado la pensión, me prometen trescientos rublos en lugar de ochocientos.[722]

21 de marzo. He ido con Mania a tres cooperativas de consumo y dos tiendas. Sólo he encontrado para comprar unos macarrones oscuros de mala calidad, nueces rancias, cerillas y café de achicoria.

30 de marzo. Me he llevado una alegría inesperada cuando mi hijo Misha ha hablado conmigo por teléfono, me ha prometido que mañana vendrá. He trabajado, echada, en mis memorias tituladas *Mi vida.*

4 de abril. Hoy he tenido un disgusto con P. A. Serguéienko. Ha sido grosero conmigo, y yo le dije que si Lev Nikoláievich pudiera oír a un extraño siendo grosero con su mujer lo tiraría por la ventana.

5 de abril. Me ha resultado desagradable encontrarme con Serguéienko esta mañana, a pesar de que anteriormente me ha ayudado en muchas cosas. «*He is not a gentleman*», ha dicho de él *miss* Welsh. Es un maleducado, una mala persona y algo le corre por la cabeza con respecto a Yásnaia Poliana.

7 de abril. Han llegado de Tula para tratar asuntos relacionados con Yásnaia Poliana dos ingenieros agrónomos, D. N. Vólkov y S. G. Bogoiavlenski. Quieren arreglar el jardín, sanarlo. La primavera apenas me alegra, sufro demasiado al pensar en el hambre en Rusia y en nuestra casa.

15 de abril. Esta noche han venido nuestros campesinos jóvenes, pretenden expropiarme toda la tierra.

24 de abril. He copiado cartas de Tania. Después vino toda nuestra aldea a invitarme a acompañar a nuestros campesinos a la tumba de Lev Nikoláievich. Yo, naturalmente, fui. Las relaciones con ellos son buenas. Se arrodillaron y entonaron tres veces *Memoria eterna*.

8 de junio. Alegre telegrama de Liova[723] del 20/7 de junio[724] desde Petrogrado.

14 de junio. Me he pasado casi todo el día leyendo el libro de Bulgákov *Lev Tolstói durante el último año de su vida*[725]. Fue un tiempo muy triste y me resultaba muy duro leer y recordar. He estado un rato haciendo inventario de todas las cosas que hay en la casa.

25 de junio. Estoy leyendo el *Diario* de V. F. Bulgákov y, cuanto

más avanzo, peor me parece: es fanfarrón, lisonjero y servil a Chertkov; en algunos pasajes se aparta de la realidad. Silencia ruinmente la verdad e informa importunamente de lo que no debe.

30 de julio. He vagado todo el día por la finca con el alma llena de pesar por la situación que vive Rusia. Ha estado un arquitecto, de la Academia, para trazar los planos con vistas a la construcción de una escuela. Por la noche hemos leído en voz alta a Fet y a Salias[726].

9 de agosto. Ha venido mi hijo Seriozha, cómo me ha alegrado verle. «Mis queridos hijos mayores», como llamó, antes de morir, Lev Nikoláievich a Seriozha y a Tania. Por la noche Seriozha tocó el piano mientras la pequeña Tania batía el tambor al compás. Mi Seriozha, con sus cincuenta y cinco años, se ha quedado en los huesos. Y eso a una madre le entristece.

28 de agosto. Por la mañana vinieron mi hijo Misha y P. A. Serguéienko. Me abruma la preocupación de hallar comida para todos. Hoy éramos doce para almorzar. Vinieron a buscarme nuestros campesinos, y fuimos todos a la tumba y allí cantamos *Memoria eterna* tres veces.

3 de septiembre. He redactado un nuevo testamento para incluir a mi hija Sasha entre mis herederos: estaba excluida por su horrible comportamiento conmigo tras la muerte de su padre. Ahora la he perdonado.

12 de octubre. Esta mañana ha venido mi nuera S. N. Tolstaia. Me he alegrado mucho de verla, me ha recordado los viejos tiempos, aunque ahora hay muchas cosas en ella que me resultan extrañas. Lleva una vida más fácil que otras personas, porque es teósofa, además canta, y organiza con Sasha veladas de canto.

19 de octubre. La vida es triste, y eso que podría haber alegría con las dos Tatianas. Mi hermana se ha convertido en una extraña: nos hemos vuelto tan distintas en todo.

7 de noviembre. Las dos Tanias, *miss* Welsh, Misha Serguéienko, Vérochka Sidorkova han ido a Tula para asistir a la velada que conmemora la muerte de Lev Nikoláievich. Han venido a verme nuestros campesinos y me han invitado a ir a la tumba de Lev Nikoláievich. He ido, hemos cantado tres veces *Memoria eterna*. Por la noche hemos leído la biografía de Pushkin.

23 de noviembre. Esta noche hemos continuado leyendo la *Biografía* de Lev Nikoláievich[727]. Ésta me ha permitido entender bien que, para Lev Nikoláievich, Chertkov era un *depósito intelectual de ideas*, expresadas en las cartas y artículos que éste le enviaba. Mientras que, para Chertkov, él era un valioso y preciado *depósito de manuscritos*, que se llevó a Inglaterra.

26 de noviembre. Mis nietos me han dicho que el viejo y casi

agonizante caballo de Lev Nikoláievich, Délire, se está muriendo.

3 de diciembre. Me aflige la noticia de la muerte de mi hermano Sasha. Últimamente ya estaba muy débil.

10 de diciembre. Ha llegado Serguéienko con un arquitecto para proyectar una futura escuela para la educación del pueblo. No saldrá nada, es una empresa descomunal.

21 de diciembre. A última hora de la tarde se presentaron mi hija Sasha, mi nieto Iliúshok y Zosia Stajóvich. Estaban hambrientos, sin embargo Sasha se reía mucho.

30 de diciembre. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi amor a las artes, a la naturaleza y a la gente? Discusión con mi querida Tania por culpa de terceras personas, molestias con la gente, descontento con todo y con todos, a pesar del firme deseo de complacer a todo el mundo.

31 de diciembre. De forma completamente improvisada, y a petición de mi nieto Iliúshok, Tania organizó una fiesta para recibir el Año Nuevo. Todos nos alegramos, fuimos al pabellón, donde jubilosamente dimos la bienvenida al nuevo año.

1919

2 de enero. Esta noche hemos leído *Almas muertas*[728]. No me gustan esos personajes y descripciones pseudocómicos. Tiene, no obstante, hermosos pasajes líricos y descripciones de la naturaleza. No había vuelto a leerlos desde hacía mucho tiempo.

21 de enero. Se ha presentado inesperadamente Serguéienko y durante hora y media me ha ahogado con sus cháchara. ¡Qué hombre más pesado! Dijo que habían venido algunas personas de cierto Comité de Krapivna para la defensa de los niños, que querían expulsar de los dos edificios a todo el mundo, excepto a mí, e instalar una casa cuna para doce niños. A mí me dejarán dos habitaciones para vivir. No creo ni una palabra, pero una ya tiene miedo de todo.[729]

26 de enero. He estado escribiendo varias cartas, con sus copias, al departamento de venta de libros de Kushneriov y Cía. sobre la devolución de mis ejemplares de *Cartas de L. N. Tolstói a su mujer*[730].

3 de febrero. He visitado la tumba, y parece como si mi tristeza hubiera menguado. Tania y los niños me han traído a casa. He recibido carta de Felten. Dice que el gobierno actual me ha permitido excepcionalmente recibir mis ejemplares de *Cartas del conde L. N. Tolstói a su mujer*. Y van a comprármelos por ocho mil rublos.

8 de febrero. Ha venido Vérochka Sidorkova, trayendo malas noticias: en la tipografía de Kushneriov y Cía. sólo han aparecido ocho ejemplares de las *Cartas del conde L. N. Tolstói a su mujer*. ¿Dónde están los otros cuatro mil cuatrocientos treinta y dos?

9 de febrero. Mi hermana y yo nos sentamos juntas a la gran mesa redonda de la sala, y vienen a la memoria todas las personas que se han sentado a esta mesa; en aquellos momentos, no pensábamos en que casi todos se marcharían. Se me parte el corazón especialmente por aquellos que están vivos, padecen frío, hambre y guerra.

18 de febrero. He firmado un documento por el cual dejo la hacienda de Yásnaia Poliana en manos de Kolia Obolenski[731].

16 de marzo. He estado cosiendo, luego le he servido un café a Dušan Petróvich. He ido al pabellón y me he quedado allí un buen rato. Con mi hija Tania siempre me siento más estable, fuerte y alegre.

28 de abril. Mi hija Tania ya nos ha entregado a todos nosotros

para el concurso su obra *El sueño*. Yo la mía ya la he escrito[732].

7 de junio. Por la noche mi hijo Seriozha ha tocado magníficamente. Primero a Grieg, luego una sonata de Weber, que le gustaba a Lev Nikoláievich y solía interpretarla. Desagradable discusión con Obolenski sobre la hacienda. Le encanta despilfarrar el dinero y ser el patrón.

19 de junio. He limpiado las habitaciones de Lev Nikoláievich. Hubo ciento veinte visitantes, todos niños.

5 de julio. He estado copiando cartas. Rumores sobre las victorias de Denikin[733] -Yelets ha sido tomada e incendiada-, sobre las trincheras cavadas en Kosaia Gorá, *etc.*

14 de julio. Se oyen rumores de que el general Denikin con su ejército se aproxima a Tula. En Tula hay agitación, la gente marcha con banderas blancas y las han puesto en el edificio de Correos. ¿Sucederá algo? Ha venido a visitarme el pintor Yuón[734], ha elogiado mis dibujos de flores. He escrito una carta para que sea abierta después de mi muerte, despidiéndome de mis allegados y pidiendo perdón a quienes dejo aquí.[735] Ha venido mi nieto Iliá. Han venido unos señores desde Tula con magníficos caballos y hermosos carruajes para inspeccionar el lugar para la escuela.

15 de julio. Estos últimos días me he sentido tan mal que pensaba que se acercaba mi fin. Así que llamé a mis dos queridas Tatianas, quienes llevan viviendo conmigo tres años, y las tres juntas nos pusimos a examinar mis escasas joyas. Me ha parecido justo darles lo mejor que tengo a mi hija Tania y a mi nieta Tania. Han vivido conmigo en los tiempos más duros que he atravesado y han procurado por todos los medios consolarme. A mi hija Tania le he dejado mi reloj de oro con una cadenita que me regaló Lev Nikoláievich, y un broche con un gran brillante, regalo de mi prometido Lev Nikoláievich; a Tania ayer le di un brazalete (de oro) de mi madre y un anillo con dos brillantes y un rubí, regalo de Lev Nikoláievich por mi trabajo y por la ayuda que le presté mientras escribía *Anna Karénina*. Por eso, este anillo recibió el nombre de Anna Karénina.

19 de julio. Rumores de que Denikin marcha con su ejército contra los *bolcheviques*, pero sabe Dios si esto será lo mejor. A nosotros los bolcheviques siempre nos dan cosas y nunca nos hacen daño. P. A. Serguéienko nos ha estado leyendo muchas partes de la *Antología sobre Tolstói*[736]. Ha sido muy interesante, uno olvida muchas cosas y es bueno recordarlas.

20 de julio. Le he entregado a Tania mi testamento a su favor[737]. Carta de mi hijo Seriozha, alarmante. ¿Dónde están todos mis hijos y sus familias? Mi alma se llena de pena.

14 de agosto. Rumores de que la dominación bolchevique va a caer. Todos se alegran, pero yo les estoy agradecida por sus continuos

favores y ayuda.

1 de septiembre. Rumores de que en nuestra aldea de Yásnaia Poliana va a instalarse la guardia roja, para hacer frente a Denikin.

5 de septiembre. Por la noche hemos conocido la inquietante noticia de que los soldados se han instalado en las isbas de los campesinos con sus coroneles; aunque, por otra parte, hemos sabido del envío desde Tula de soldados para proteger el huerto de manzanos.

6 de septiembre. Han enviado muchos soldados. Una parte la han instalado por la aldea de Yásnaia Poliana para realizar ciertos trabajos; otra parte, para custodiar el huerto. Es terrible pensar que hay hombres armados viviendo en el territorio en que nació Tolstói.

16 de octubre. Se han ido los soldados, el vigésimo primer regimiento de caballería al completo. Los jóvenes resultaron ser unos buenos chicos, y hombres honrados los de mayor edad.

17 de octubre. Es el cumpleaños de mi hija Tania. He ido al pabellón a felicitarla y darle una tacita de porcelana, el último regalo que me hizo mi madre, y dentro de la tacita diez rublos de oro. Me apresuro a repartirlo todo antes de que me llegue la muerte, que está cerca. Mi tos asfixiante se ha convertido en una especie de tos ferina. Ésta es la tercera tos ferina que atravieso en mi vida. Las relaciones entre Obolenski y Serguéienko se han vuelto muy tirantes. Serguéienko es ruin y peligroso. El tiempo está nublado y frío, cinco grados. En casa hace frío, no se han arreglado las ventanas, no se han reparado las estufas. Amenaza la guerra y el combate en las proximidades de Yásnaia Poliana.

19 de octubre.[738] Ha habido una reunión para deliberar cómo proteger Yásnaia Poliana de la devastación y el saqueo. No se ha decidido nada. Por la carretera se arrastran hacia Tula convoyes, bueyes, gente. Dicen que son refugiados de Oriol y del sur.

APÉNDICE

Sofia Andréievna Tolstaia murió de neumonía el 4 de noviembre de 1919 en Yásnaia Poliana, a la edad de setenta y cinco años. Había dejado una carta para ser leída a su muerte:

DESPUÉS DE MI MUERTE

Evidentemente, el círculo de mi vida se está cerrando, poco a poco estoy muriendo, y me gustaría decirles a todos aquellos con los que he vivido, tanto en el pasado como durante los últimos tiempos: adiós y perdonadme.

Adiós, mis queridos hijos, especialmente mi hija Tania, a quien quiero más que a nadie en el mundo, a la que pido que me perdone por todas la penas que le ha tocado sufrir por mi culpa.

Perdóname también tú, Sasha, hija mía, porque, sin darme cuenta, no te he dado suficiente amor, y te doy las gracias por la buena relación que has tenido conmigo en los últimos tiempos.

Perdóname también tú, Tania, hermana mía, porque en el tiempo de tu dura soledad, a pesar del inquebrantable amor que siento por ti, no he sabido hacerte la vida más fácil ni consolarte. Ruego a Kolia que me perdone, porque a veces no me he portado bien con él. En cualquier caso, yo debería haber comprendido las duras y difíciles circunstancias de su vida y haberle tratado mejor. Perdónenme también aquellos que me han servido a lo largo de mi vida, y les doy las gracias a todos por sus servicios. Y sobre todo me dirijo a ti, mi querida y muy amada Tániushka, mi nieta preferida. Tú has hecho mi vida especialmente alegre y dichosa. ¡Adiós, palomita mía! Sé feliz, te doy las gracias por tu amor y tu cariño. No olvides a tu abuela que te quiere,

S. TOLSTAIA

CENSO ONOMÁSTCO

Albertini, Tatiana (Táníechka, Tániushka) Mijáilovna (de soltera Sujótina; nacida en 1905): hija de Tatiana Lvovna Sujótina y Mijaíl Serguéievich Sujotin, nieta de Sofia y Lev.

Andréiev, Leonid Nikoláievich (1871-1919): escritor.

Anikanova, Aksinia Aleksándrovna: véase Bazykina, Aksinia Aleksándrovna.

Arbúzova, María Afanásievna (fallecida en 1884): aya de los hijos mayores de Tolstói.

Arbúzova, Vera Serguéievna: véase Liapunova, Vera Serguéievna.

Arsénieva, Valeria Vladímirovna (1836-1909): antiguo amor de Lev Tolstói.

Artsimovich, Yekaterina Vasílievna: véase Tolstaia, Yekaterina Vasílievna.

Bazykina, Aksinia Aleksándrovna (de soltera Anikanova; 1836-1919): campesina de Yásnaia Poliana de la que se enamoró Lev Tolstói, con la que tuvo un hijo y que aparece reflejada en varias de sus obras.

Behrs, Aleksánder (Sasha) Andréievich (1845-1918): hermano de Sofia, oficial.

Behrs, Andréi Yevstávievich (1808-1868): padre de Sofia, médico de la corte en Moscú.

Behrs, Liubov Aleksándrovna (de soltera Islávina; 1826-1886): madre de Sofia.

Behrs, Piotr (Petia) Andréievich (1849-1910): hermano de Sofia, literato.

Behrs, Sofia Andréievna: véase Tolstaia, Sofia Andréievna.

Behrs, Stepán (Stiopa) Andréievich (1855-1909): hermano de Sofia, abogado.

Behrs, Tatiana Andréievna: véase Kuzmínskaia, Tatiana Andréievna.

Behrs, Viacheslav Andréievich (1861-1907): hermano de Sofia.

Behrs, Vladimir Andréievich (1853-874): hermano de Sofia.

Behrs, Yelizaveta (Liza) Andréievna (1843-1919): hermana

mayor de Sofia.

Berkenheim, Grigori Moiséievich (1872-1919): médico.

Bíbikov, Aleksandr Nikoláievich (1827-1889): terrateniente en la provincia de Tula.

Bíbikov, Alekséi Alekséievich (1837-1914): administrador entre 1878 y 1884 de las posesiones de los Tolstói en Samara.

Biriukov, Pável (Posha) Ivánovich (1860-1931): amigo de Tolstói, uno de los fundadores de la editorial El Intermediario.

Bogdánov, Nikolái Nikoláievich: secretario de la Sociedad Tolstói de Moscú (1911).

Boulanger, Pável Aleksándrovich (1864-1925): amigo y seguidor de Tolstói.

Bulgákov, Valentín Fiódorovich (1886-1966): secretario de Tolstói en 1910.

Bulyguin, Mijaíl Vasílievich (1863-1943): terrateniente en el distrito de Krapivna y discípulo de Tolstói.

Butkévich, Anatoli Stepánovich (1869-1942): apicultor, hijo de un terrateniente de Tula.

Chaikovski, Modest Ilich (1850-1916): dramaturgo y libretista de ópera, hermano del célebre compositor Piotr Ilich Chaikovski.

Chéjov, Antón Pávlovich (1860-1904): escritor.

Chernogúbov, Nikolái Nikoláievich (nacido en 1877): coleccionista de Moscú.

Chertkov, Vladímir Grigórievich (1854-1936): amigo de Tolstói y difusor de su obra.

Chertkov, Vladímir (Dima) Vladímirovich (1889-1964): hijo de Vladímir Grigórievich Chertkov.

Chertkova, Anna (Galia) Konstantínovna (de soltera Dieterichs; 1859-1927): esposa de Vladímir Grigórievich Chertkov.

Davydov, Nikolái Vasílievich (1848-1920): jurista.

Den, Natalia (Natasha) Nikoláievna (de soltera Filosófova; 1872-1926): esposa de Vladímir Eduardovich Den.

Den, Vladímir Eduardovich (1867-1933): profesor de política económica.

Diákov, Dmitri Alekséievich (1823-1891): terrateniente amigo de Tolstói.

Diákov, Dmitri (Mitia) Dmítrievich (1880-1943): hijo de Dmitri Alekséievich Diákov y amigo de los hijos de Tolstói.

Diákova, Aleksandra Alekséievna: véase Obolénskaia, Aleksandra Alekséievna.

Diákova, María Dmítirevna: véase Kolokóltseva, María Dmítirevna.

Dieterichs, Anna Konstantínovna: véase Chertkova, Anna Konstantínovna.

Dieterichs, Olga Konstantínovna: véase Tolstaia, Olga Konstantínovna.

Dillon, Emile Joseph (1854-1930): corresponsal de The Daily Telegraph y traductor de varias obras de Tolstói al inglés.

Dmítrieva-Mamónova, Sofia (Sonia) Emmanuílovna (1860-1946): pintora, amiga de Tatiana Lvovna Tolstaia.

Dostoievski, Fiódor Mijáilovich (1821-1881): escritor.

Dubenski, Iván Ivánovich (1854-1917): director del hospital provincial de Kaluga.

Dunáiev, Aleksandr Nikíforovich (1850-1920): amigo de Tolstói y director de un banco en Moscú.

Dunáieva, Yekaterina Adolfovna (1851-1923): esposa de Aleksandr Nikíforovich Dunáiev.

Dzhunkovski, Vladímir Fiódorovich: gobernador de Moscú.

Erdeli, María (Masha) Aleksándrovna (de soltera Kuzmínskaia; 1869-1923): hija de Tatiana Andréievna Kuzmínskaia y sobrina de Sofia.

Erdeli, Iván Yegórovich (nacido en 1870): marido de María Aleksándrovna Erdeli.

Feinerman, Isaak Borísovich (1863-1925): escritor, discípulo de Tolstói, firmaba con el pseudónimo de Teneromo.

Felten, Nikolái Yevguénievich (1884-1940): correligionario de Tolstói.

Feokrítova, Varvara Mijáilovna (1875-1950): amiga de Aleksandra Lvovna Tolstaia y copista en Yásnaia Poliana.

Fet, Afanasi Afanásievich (1820-1892): poeta.

Filosófov, Vladímir (Vaka) Nikoláievich (nacido en 1874): hermano de Sofia Nikoláievna Tolstaia.

Filosófova, Aleksandra (Sasha) Nikoláievna (1878-1897): hermana de Sofia Nikoláievna Tolstaia y cuñada de Iliá Lvóvich Tolstói.

Filosófova, Natalia Nikoláievna: véase Den, Natalia Nikoláievna.

Filosófova, Sofia Alekséievna (de soltera Písareva; 1847-1901): esposa del director del Instituto de Pintura y Escultura de Moscú. Madre de Sofia Nikoláievna Tolstaia.

Filosófova, Sofia Nikoláievna: véase Tolstaia, Sofia Nikoláievna.

Ginzburg, Iliá Yákovlevich (1859-1939): escultor.

Glébov, Vladímir Petróvich (1848-1926): padre de Aleksandra Vladímirovna Tolstaia.

Glébova, Aleksandra Vladímirovna: véase Tolstaia, Aleksandra

Vladímirovna.

Glébova, Sofia Nikoláievna (de soltera Trubetskaia; nacida en 1854): madre de Aleksandra Vladímirovna Tolstaia.

Goldenweiser, Aleksandr Borísovich (1875-1961): compositor y pianista.

Golojvástov, Pável Dmítrievich (1838-1892): escritor, historiador y folklorista.

Golojvástova, Olga Andréievna (de soltera Rostopchiná): esposa de Pável Dmítrievich Golojvástov.

Gorbunov-Posádov, Iván Ivánovich (1864-1940): escritor, pedagogo, amigo cercano de Tolstói, editor y redactor de la editorial El Intermediario.

Gorki, Maksim (pseudónimo de Alekséi Maksímovich Péshkov; 1868-1936): escritor.

Grot, Nikolái Yákovlevich (1852-1899): catedrático de filosofía en la Universidad de Moscú.

Gué, Nikolái Nikoláievich (1831-1894): pintor.

Gúsev, Nikolái Nikoláievich (1882-1967): secretario de Tolstói entre los años 1907 y 1909, autor de varias obras sobre el escritor.

Gurévich, Liubov Yákovlevna (1866-1940): escritora, crítica literaria y teatral; en 1891 adquirió la revista literaria El Mensajero del Norte.

Halpérine-Kaminski, Iliá Danílovich (1858-1936): traductor de Tolstói al francés.

Herzen, Aleksandr Ivánovich (1812-1870): escritor.

Igúmnov, Konstantín Nikoláievich (1873-1848): pianista y profesor de música.

Igúmnova, Yulia Ivánovna (1871-1948): artista, amiga de Tatiana Lvovna Tolstaia.

Islavin, Mijaíl (Misha) Aleksándrovich (1827-1903): tío de Sofia Tolstaia.

Islávina, Liubov Aleksándrovna: véase Behrs, Liubov Aleksándrovna.

Isléniev, Aleksandr Mijáilovich (1794-1882): abuelo materno de Sofia; sus descendientes ilegítimos llevaban el apellido Islavin.

Islénieva, Olga Aleksándrovna: véase Kiriákova, Olga Aleksándrovna.

Istómina, Vera Petrovna (de soltera Sévertseva; muerta en 1900): sobrina segunda de Sofia.

Jojlov, Piotr Galaktiónovich (1868-después de 1905): estudiante en el Instituto Técnico de Moscú y discípulo de Lev Tolstói.

Junge, Yekaterina Fiódorovna (de soltera Tolstaia; 1843-1913):

prima segunda de Lev Tolstói, pintora.

Kasso, Lev Aristídovich (1865-1914): ministro de Educación.

Kasatkin, Nikolái Alekséievich (1859-1930): pintor.

Kaufman, Fiódor Fiódorovich (nacido en 1837): profesor de los hijos mayores de Lev y Sofia.

Keller, Gustav Fiódorovich (1839-1904): profesor de alemán en la escuela de Yásnaia Poliana.

Kiriákova, Olga Aleksándrovna (de soltera Islénieva; 1845-1909): hija de Aleksandr Mijáilovich Isléniev.

Kolokóltseva, María (Masha) Dmítrievna (de soltera Diákova; 1850-1903): hija de Dmitri Alekséievich Diákov.

Kolokóltseva, Natalia (Natasha) Nikoláievna: hija de María Dmítrievna Kolokóltseva.

Kolokóltseva, Sofia (Sonia) Nikoláievna: hija de María Dmítrievna Kolokóltseva.

Koni, Anatoli Fiódorovich (1844-1927): abogado, amigo de Tolstói.

Kudriávtseva, Antonina (Nina) Tíjonovna: compañera de Sofia Tolstaia.

Kuzmínskaia, María Aleksándrovna: véase Erdeli, María Aleksándrovna.

Kuzmínskaia, Vera Aleksándrovna (1871-1940): hija de Tatiana Andréievna Kuzmínskaia y sobrina de Sofia.

Kuzmínskaia, Tatiana (Tania) Andréievna (de soltera Behrs; 1846-1925): hermana de Sofia, casada con Aleksandr Mijáilovich Kuzminski.

Kuzminski, Aleksandr Mijáilovich (1843-1917): abogado, cuñado de Sofia casado con su hermana Tatiana Andréievna.

Kuzminski, Dmitri (Mitia) Aleksándrovich (nacido en 1888): hijo de Aleksandr Mijáilovich Kuzminski y sobrino de Sofia.

Kuzminski, Mijaíl (Misha) Aleksándrovich (nacido en 1875): hijo de Aleksandr Mijáilovich Kuzminski y sobrino de Sofia.

Landowska, Wanda (1879-1959): célebre intérprete polaca de piano y clavecín.

Lassota, Yuli Ivánovich (nacido en 1868): violinista y profesor de música de Mijaíl y Lev Lvóvich Tolstói.

Leskov, Nikolái Semiónovich (1831-1895): escritor.

Liapunova, Vera (Vérochka) Serguéievna (de soltera Arbúzova; 1881-1975): esposa del poeta V. D. Liapunov.

Lombroso Cesare (1835-1909): antropólogo, criminólogo y jurista italiano.

Lopatin, Lev Mijáilovich (1855-1920): filósofo.

Lvov, Yevgueni Vladímirovich (1817-1896): terrateniente de Tula.

Maklakov, Nikolái Alekséievich (1871-1918): ministro del Interior en los años 1912-1915, ultraconservador, hijo del profesor de la Universidad de Moscú Alekséi Nikoláievich Maklakov.

Maklakova, María (Marusia) Alekséievna (nacida en 1877): hija del profesor de la Universidad de Moscú Alekséi Nikoláievich Maklakov.

Maklakova, María Leonídovna (de soltera Obolénskaia; nacida en 1874): nieta de María Nikoláievna Tolstaia, la hermana de Tolstói.

Makovický, Dušan Petróvich (1866-1921): médico eslovaco. El patronímico es un añadido ruso.

Molóchnikov, Vladímir Aifslovich (1871-1936): cerrajero de Nóvgorod y correligionario de Tolstói.

Moravov, Aleksanadr Víktorovich (1878-1951): pintor.

Múromtseva, María Nikoláievna (de soltera Kliméntova; 1857-1946): cantante y profesora.

Nagórnov, Ippolit Mijáilovich: violinista.

Nagórnov, Nikolái Mijáilovich (1845-1896): marido de Varvara Valeriánovna Nagórnova.

Nagórnov, Borís Nikoláievich (1877-1899): sobrino nieto de Tolstói.

Nagórnova, Varvara (Varia, Várechka) Valeriánovna (de soltera Tolstaia; 1850-1922): hija de Valerián Petróvich Tolstói y María Nikoláievna Tolstaia.

Nazhivin, Iván Fiódorovich (1874-1940): escritor.

Nésterov, Mijaíl Vasílievich (1862-1942): pintor.

Nikitin, Dmitri Vasílievich (1874-1960): médico de los Tolstói en los años 1902-1904.

Nikoláiev, Serguéi Dmíterievich (1961-1920): economista, traductor de Henry George al ruso y correligionario de Tolstói.

Nordman, Natalia Borísovna (1863-1914): escritora (con el pseudónimo de Severova), casada con el pintor Iliá Yefímovich Repin.

Obolénskaia, María Leonídovna: véase Maklakova, María Leonídovna.

Obolénskaia, María (Masha) Lvovna (de soltera Tolstaia; 1871-1906): hija de Lev y Sofia, Leonídovich casada con Nikolái Obolenski.

Obolénskaia, Aleksandra Alekséievna (de soltera Diákova; 1831-1890): fundadora de una escuela secundaria privada para niñas en San Petersburgo.

Obolénskaia, Yelizaveta (Liza) Valeriánovna (de soltera Tolstaia; 1852-1935): hija de María Nikoláievna Tolstaia, sobrina de

Lev Tolstói.

Obolenski, Dmitri (Mitasha) Dmítrievich (nacido en 1844): terrateniente de Tula.

Obolenski, Nikolái (Kolia) Leonídovich (1872-1934): casado con María Lvovna Tolstaia.

Ojótnitskaia, Natalia Petrovna: noble empobrecida que vivía en casa de Tatiana Aleksándrovna Yergólskaia.

Olsúfiev, Aleksandr Vasílievich (1843-1907): general ayudante de campo de Nicolás II.

Olsúfiev, Dmitri (Mitia) Adámovich (1862-1930): amigo de Serguéi Lvóvich Tolstói, hijo de Adam Vasílievich Olsúfiev, amigo de Lev Tolstói.

Olsúfieva, Tatiana Vasílievna: amiga de Tatiana Lvovna Tolstaia.

Orlov, Nikolái Vasílievich (1863-1964): pintor.

Pascal, Blaise (1623-1662): filósofo, teólogo, matemático y físico francés.

Pasternak, Leonid Ósipovich (1862-1945): pintor e ilustrador, padre del escritor Borís Pasternak.

Pobedonóstsev, Kontantín Petrovich (1827-1907): procurador general del Santo Sínodo entre los años 1880 y 1905.

Polivánov, Mitrofán Andréievich (P.; 1842-1913): antiguo pretendiente de Sofia.

Pomerántsev, Yuri Nikoláievich (1878-1934): compositor, discípulo de Serguéi Ivánovich Tanéiev.

Popov, Nil Aleksándrovich (1833-1892): historiador ruso.

Popov, Serguéi (Seriozha) Mijáilovich (1887-1932): correligionario de Tolstói.

Popov, Yevgueni Ivánovich (1864-1938): discípulo y amigo de Tolstói. Durante una época pretendió a Tatiana, hija del escritor, relación que éste nunca vio con buenos ojos.

Raiévskaia, Yelena Pávlovna (de soltera Yevréinova; 1840-1907): esposa de Iván Ivánovich Raievski, amigo de Tolstói, y madre de Piotr Ivánovich Raievski.

Raievski, Iván Ivánovich (1835-1891): amigo de Tolstói.

Raievski, Piotr (Petia) Ivánovich (1873-1920): médico, hijo de Iván Ivánovich Raievski y de Yelena Pávlovna Raiévskaia.

Rajmánov, Vladímir Vasílievich (1865-1918): médico.

Repin, Iliá Yefímovich (1844-1930): pintor naturalista.

Rey, Jules (nacido en 1848): profesor de los hijos de los Tolstói de 1875 a 1877.

Rismki-Kórsakov, Nikolái Andréievich (1844-1908): compositor.

Rúdnev, Aleksandr Matvéievich (nacido en 1842): director del

hospital provincial de Tula.

Rusánov, Gavriil Andréievich (1845-1907): amigo de Tolstói.

Schmidt, María Aleksándrovna (1844-1911): amiga y discípula de Tolstói.

Serguéienko, Alekséi Petróvich (1886-1961): hijo de Piotr Alekséivich Serguéienko y en 1906-1910 secretario de Vladímir Grigórievich Chertkov.

Serguéienko, Mijaíl Petróvich (1903-1937): hijo de Piotr Alekséievich Serguéienko.

Serguéienko, Piotr Alekséievich (1854-1930): escritor.

Sévertseva, Vera Petrovna: véase Istómina, Vera Petrovna.

Shcherbátov, Nikolái Serguéievich: presidente del Museo de Historia de Moscú.

Shchurovski, Vladímir Andréievich (1852-1939): médico.

Shískina, María Mijáilovna: véase Tolstaia, María Mijáilovna.

Siaskova, María Vasílievna: copista en la editorial El Intermediario.

Sidorkova, Vera Ilínichna: véase Tolstaia, Vera Ilínichna.

Sneguiriov, Vladímir Fiódorovich (1847-1916): médico, catedrático de la Universidad de Moscú.

Sóbolev, Mijaíl Nikoláievich (nacido en 1869): profesor de Mijaíl Lvóvich Tolstói.

Sollogub, Vladímir Aleksándrovich (1813-1882): conde, escritor.

Spiro, Serguéi Petróvich: periodista.

Stajóvich, Aleksandr Aleksándrovich (1830-1913): terrateniente de Oriol, actor aficionado.

Stajóvich, Mijaíl (Misha) Aleksándrovich (1861-1923): amigo de los Tolstói e hijo de Aleksandr Aleksándrovich Stajóvich.

Stajóvich, Sofia (Zosia) Aleksándrovna (1862-1942): amiga de los Tolstói.

Stásov, Vladímir Vasílievich (1824-1906): crítico de arte y musical.

Stolypin, Piotr Arkádievich (1862-1911): estadista; en los años 1906-1911 fue ministro del Interior y primer ministro del Imperio ruso.

Storozhenko, Nikolái Ilích (1836-1906): catedrático de literatura europea occidental en la Universidad de Moscú.

Strájov, Fiódor Alekséievich (1861-1923): correligionario de Tolstói.

Strájov, Nikolái Nikoláievich (1828-1896): crítico literario y filósofo.

Sujotin, Mijaíl Serguéievich (1850-1914): yerno de Lev y Sofia y

marido de Tatiana Lvovna Sujotina.

Sujotin, Serguéi Mijáilovich (1887-1926): hijo de Mijaíl Serguéievich Sujotin (de su primer matrimonio).

Sujótina, Tatiana (Tania) Lvovna (de soltera Tolstaia; 1864-1950): hija de Lev y Sofia, segunda en orden de nacimiento, segunda esposa de Mijaíl Serguéievich Sujotin.

Sujótina, Tatiana Mijáilovna: veáse Albertini, Tatiana Mijáilovna.

Sukolenova, Anna Stepánovna (1828-1917): campesina del pueblo de Sudakovo, aya de los hijos menores de los Tolstói.

Sulerżycki, Leopold Antónovich (1872-1916): director de teatro y ferviente tolstoiano. Autor de A América con los dujobory (1905).

Sumbátov-Yuzhin, Aleksandr Ivánovich (1857-1927): actor y dramaturgo.

Tabor, Emily: institutriz de los hijos de Lev y Sofia.

Taine, Hippolyte Adolphe (1828-1893): filósofo e historiador francés, autor de Philosophie de l’art.

Tanéiev, Serguéi Ivánovich (1856-1915): compositor y pianista.

Tolstaia, Aleksandra (Alexandrine) Andréievna (1817-1904): condesa, tía segunda de Lev Tolstói.

Tolstaia, Aleksandra (Sasha) Lvovna (1884-1979): hija de Lev y Sofia, duodécima en orden de nacimiento.

Tolstaia, Aleksandra (Lina) Vladímirovna (de soltera Glébova; nacida en 1880): esposa de Mijaíl Lvóvich Tolstói y nuera de Sofia.

Tolstaia, Dora Fiódorovna (de soltera Westerlund; 1878-1933): esposa de Lev Lvóvich Tolstói.

Tolstaia, María Lvovna: véase Obolénskaia, María Lvovna.

Tolstaia, María (Masha) Mijáilovna (de soltera Shískina; «la gitana»; 1829-1919): esposa de Serguéi Nikoláievich Tolstói.

Tolstaia, María Nikoláievna (de soltera Volkónskaia; 1790-1830): madre de Lev Tolstói.

Tolstaia, María (Máshenka) Nikoláievna (1830-1912): hermana de Tolstói, casada con su primo Valerián Petróvich Tolstói.

Tolstaia, María Nikoláievna (de soltera Zúbova; 1867-1939): segunda esposa de Serguéi Lvóvich Tolstói.

Tolstaia, Olga Konstantínovna (de soltera Dieterichs; 1872-1951): primera esposa de Andrei Lvóvich Tolstói y cuñada de Vladímir Grigórievich Chertkov.

Tolstaia, Sofia (Sonia) Nikoláievna (de soltera Filosófova; 1867-1934): esposa de Iliá Lvóvich Tolstói.

Tolstaia, Sofia (Sonia) Andréievna (de soltera Behrs; 1844-1919): esposa de Lev Tolstói, autora de estos diarios.

Tolstaia, Sofia (Sóniushka) Andréievna (1900-1957): hija de Andréi Lvóvich Tolstói.

Tolstaia, Tatiana Lvovna: véase Sujótina, Tatiana Lvovna.

Tolstaia, Varvara Lvovna (1875-1875): hija de Lev y Sofia, octava en orden de nacimiento.

Tolstaia, Varvara Valeriánovna: véase Nagórnova, Varvara Valeriánovna.

Tolstaia, Vera (Vérochka) Ilínichna (de soltera Sidorkova; nacida en 1891): mujer de Iliá Andréievich Tolstói (nieto del escritor), hija de Iliá Vasílievich Sidorkov.

Tolstaia, Vera (Vérochka) Serguéievna (1865-1923): hija de Serguéi Nikoláievich Tolstói.

Tolstaia, Yekaterina Fiódorovna: véase Junge, Yekaterina Fiódorovna.

Tolstaia, Yekaterina (Katia) Vasílievna (de soltera Artsimovich; nacida en 1876): segunda esposa de Andréi Lvóvich Tolstói.

Tolstaia, Yelizaveta Valeriánovna: véase Oboлénskaia, Yelizaveta Valeriánovna.

Tolstói, Alexéi (Aliosha) Lvóvich (1881-1886): undécimo hijo de Lev y Sofia.

Tolstói, Andréi (Andriusha) Lvóvich (1877-1916): noveno hijo de Lev y Sofia.

Tolstói, Dmitri Nikoláievich (1827-1856): hermano de Lev Tolstói.

Tolstói, Grigori (Grisha) Serguéievich (1853-1928): hijo de Serguéi Nikoláievich Tolstói.

Tolstói, Iliá (Iliúshok) Andréievich (1903-1970): hijo de Andréi Lvóvich Tolstói.

Tolstói, Iliá (Ilisuha) Lvóvich (1866-1933): tercer hijo de Lev y Sofia.

Tolstói, Iván (Vánechka, Vania) Lvóvich (1888-1895): decimotercer hijo de Lev y Sofia.

Tolstói, Lev (Liova, Lióvushka, Liolia) Lvóvich (1869-1945): cuarto hijo de Lev y Sofia.

Tolstói, Lev (Lióvushka) Lvóvich (1887-1900): hijo de Lev Lvóvich Tolstói y de Dora Fiódorovna Tolstaia.

Tolstói, Lev (Liova, Lióvochka) Nikoláievich (1828-1910): escritor, marido de Sofia, con quien tuvo trece hijos.

Tolstói, Mijaíl (Misha) Ilích (1893-1919): hijo de Iliá Lvóvich Tolstói.

Tolstói, Mijaíl (Misha) Lvóvich (1879-1944): décimo hijo de Sofia y Lev.

Tolstói, Nikita Valeriánovich (1850-1879): sobrino de Lev, hijo de Valerián Petróvich Tolstói y María Nikoláievna Tolstaia.

Tolstói, Nikolái Ilich (1794-1837): padre de Lev Tolstói.

Tolstói, Nikolái Lvóvich (1874-1875): séptimo hijo de Sofia y Lev.

Tolstói, Nikolái Nikoláievich (1823-1860): hermano mayor de Lev Tolstói.

Tolstói, Piotr (Petia) Lvóvich (1872-1873): sexto hijo de Lev y Sofia.

Tolstói, Serguéi (Seriozha) Lvóvich (1863-1947): primer hijo de Sofia y Lev.

Tolstói, Serguéi (Seriozha) Nikoláievich (1826-1904): hermano de Lev Tolstói.

Tolstói, Valerián Petróvich (1813-1865): cuñado de Lev, casado con María Nikoláievna Tolstaia.

Tracey, Hannah (nacida en 1845): institutriz inglesa de los hijos de los Tolstói.

Trépov, Dmitri Fiódorovich (1855-1906): gobernador general de San Petersburgo.

Trubetskói, Pável (Paolo) Petróvich (1866-1938): escultor ruso, nacido y formado en Italia; autor de un busto de Lev Tolstói.

Turguénev, Iván Serguéievich (1818-1883): escritor.

Turkin, Nikolái Vasílievich: profesor de Mijaíl Lvóvich Tolstói.

Ulianinski, Dmitri Vasílievich (1861-1918): profesor de Serguéi L. Tolstói.

Urúsov, Leonid Dmítrievich (muerto en 1885): príncipe, vicegobernador de Tula, buen amigo de Tolstói.

Úsov, Pável Serguéievich (1867-1917): médico.

Venguérov, Semión Afanásievich (1855-1920): historiador literario, bibliógrafo.

Volkónskaia, María Nikoláievna: véase Tolstaia, María Nikoláievna.

Vólkov, Nikolái Nikoláievich (1839-1909): terrateniente en el distrito de Chern.

Welsh, Anna: profesora inglesa que impartía clases de música a Sofia y a su hija Sasha.

Westerlund, Dora: véase Tolstaia, Dora Fiódorovna.

Westerlund, Ernest Teodor (1839-1924): padre de Dora Fiódorovna Tolstáia.

Yergólskaia, Tatiana Aleksándrovna (1792-1874): pariente de Lev Tolstói. Cuando murieron los padres de éste, ella se hizo cargo de él y de sus hermanos. La llamaban cariñosamente tante Toinette, o

simplemente tía.

Yushkova, Pelagueia Ilínichna (de soltera Tolstaia; 1801-1875): tía de Lev Tolstói, casada con Vladimir Ivánovich Yushkov.

Zájarin, Grigori Antónovich (1829-1898): médico terapeuta.

Zhdánov, Nikolái Mitrofánovich: jurista, miembro de la Sociedad Tolstói de Moscu.

Zhirkévich, Aleksandr Vladímirovich (1857-1927): jurista militar y escritor.

Zinger, Aleksandr Vasílievich (1870-1934): físico.

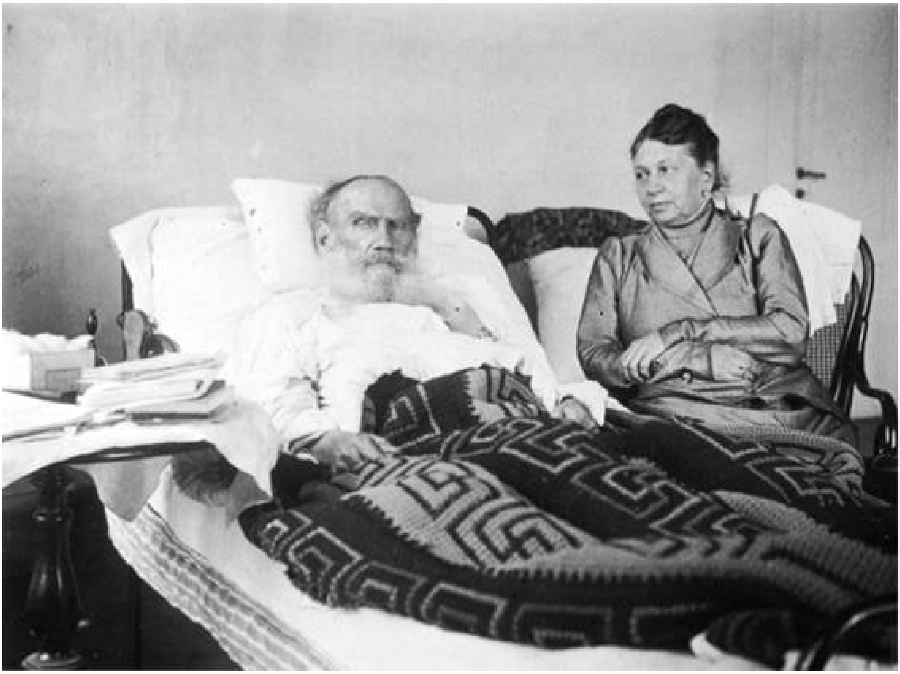
Zúbova, María Nikoláievna: véase Tolstaia, María Nikoláievna.



Sofia haciendo punto en el salón en Yásnaia Poliana, 1902.



Autorretrato, Yásnaia Poliana, junio de 1901.



Lev y Sofia, Gaspra, Crimea, mayo de 1902.



Sofia con sus ocho hijos supervivientes, Gaspra, Crimea, 1902.



Los cinco hermanos Tolstói: Lev, Iliá, Serguéi, Andréi y Mijaíl, Yásnaia Poliana, agosto de 1904.



Sofia con su hija Tania, Yásnaia Poliana, julio de 1897.



Tania hija, Tania hermana y Sofia, Yásnaia Poliana, 1903.



Yásnaia Poliana, la hacienda de los Tolstói, 1897.



Sofia y Lev Tolstói con parientes e invitados, Yásnaia Poliana, 1896.



Sofia y Lev Tolstói con invitados e hijos (Tania, Serguéi, Andréi, Mijaíl y Sasha) delante de la casa del parque, Yásnaia Poliana, 4 de agosto de 1899.



Lev Tolstói y Sofia con Iliá Ginzburg (a la izquierda) y Vladímir Stásov, Yásnaia Poliana, 9 de agosto de 1900.



Lev Tolstói y Antón Chéjov en Gaspra, Crimea, septiembre de 1901.



Lev Tolstói y su hija Sasha con el escritor japonés Tokutomi Roka, 18 de junio de 1906.



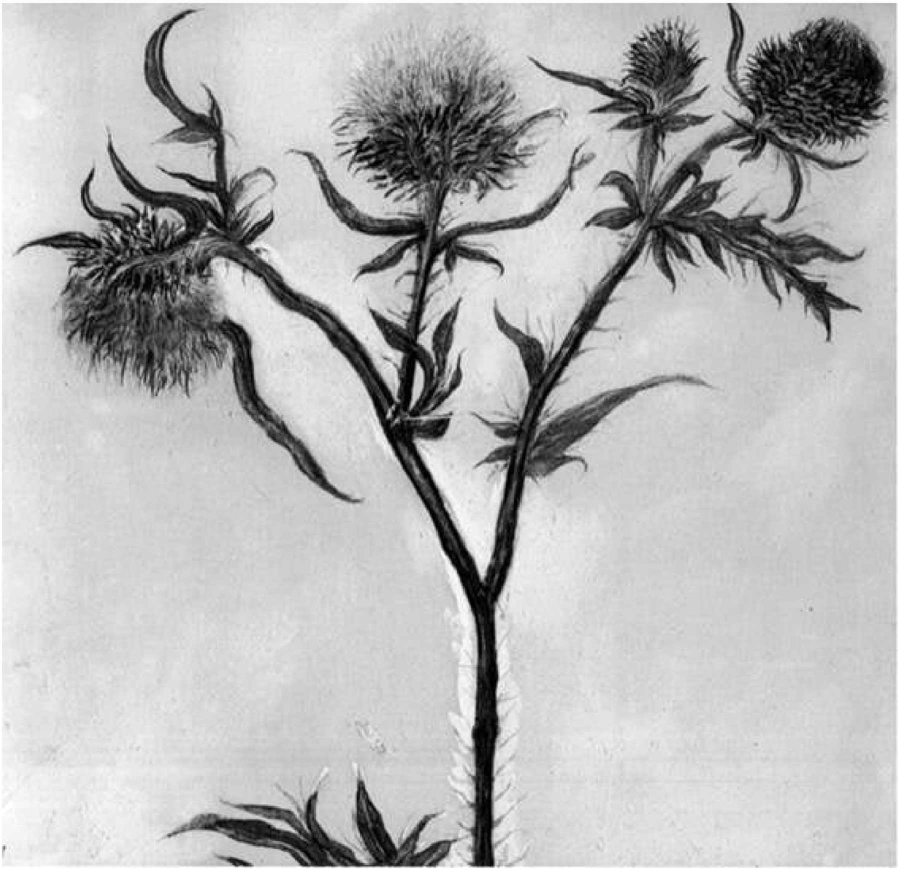
El compositor y pianista Serguéi Tanéiev, Yásnaia Poliana, 1907.

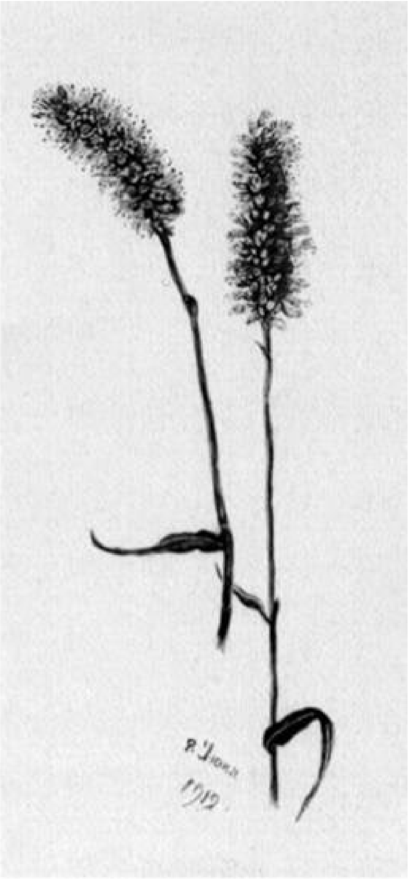


Lev Tolstói e Iliá Repin en Yásnaia Poliana, 17 de diciembre, 1908.



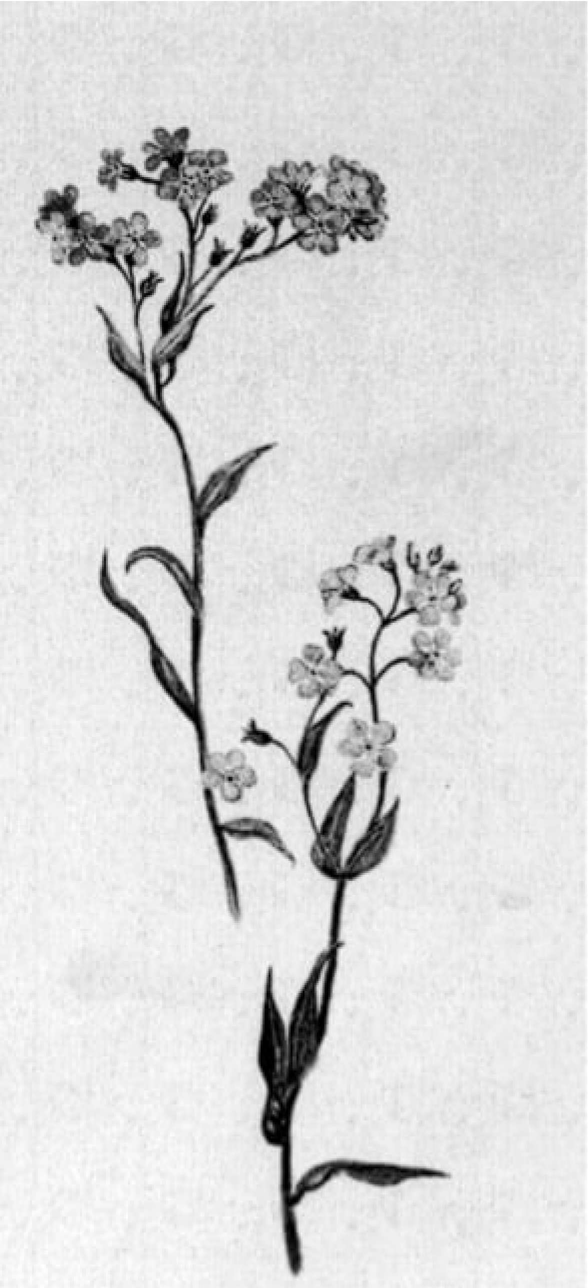
Sofia pinta una copia del retrato de Iliá Repin.



Pinturas florales de Sofia, Yásnaia Poliana.











XLV aniversario de boda, Yásnaia Poliana, 23 de septiembre, 1907.



Último aniversario de boda, 23 de septiembre, 1910.

любви Тани к этому подлому человеку. Неужели Господь не услышит её! Я верю в неожиданное спасение и жду его.

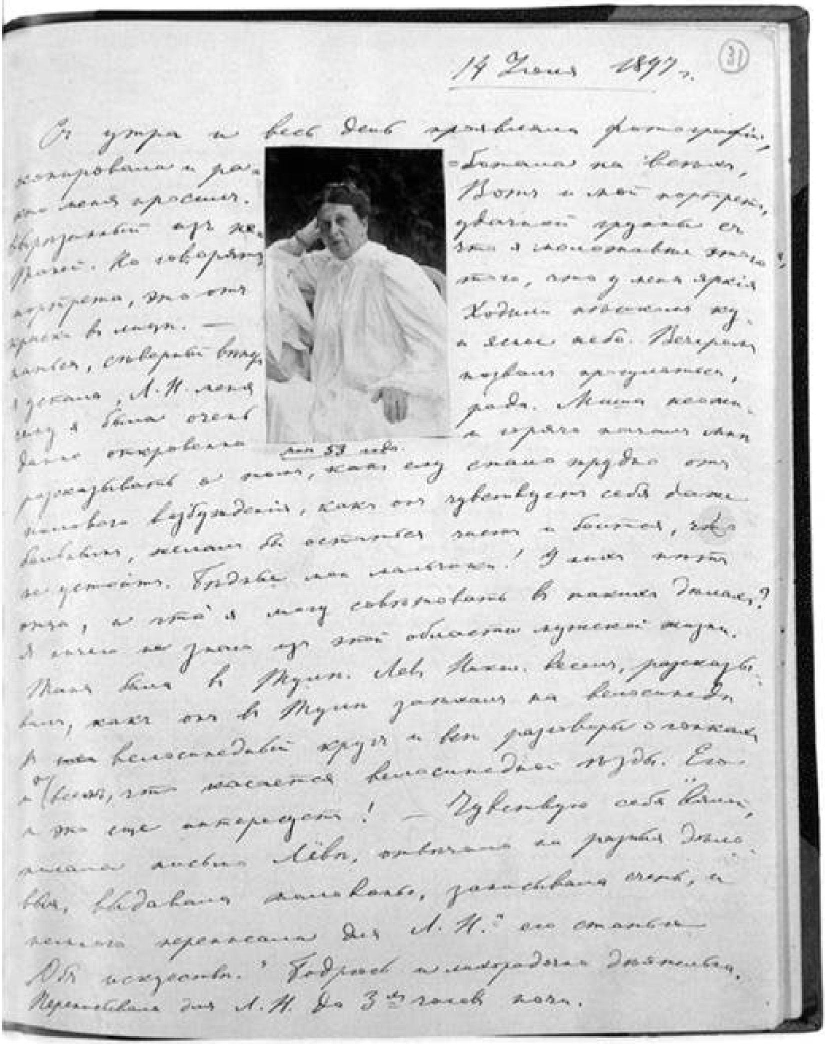
Приезжал Андрюша на один час из Москвы. Все то-же! Денег дай, голубчик, миленький и милый. Ходили вечером купаться. — Порою сжимается сердце и не хочется думать, что никогда не повторятся ни наши прогулки, ни музыка, ни тишь, лишь общество этого человека. Но и пусть — что Бог даст! Верю в Божью волю, и в доброту Его воли.

Переписывала Льву Ник. дневники, проявляла фотографии, мало видела Марью Алекс., о чем жалею. Второй час ночи, правый глаз плохо видит. — Как страшна не смерть — я её приветствую, — а неизбежная старость!

Померанцев мне посвящает свои романсы, Танеев мне прислал свои дуэты. Буду охотно заниматься музыкой.

Погода меняется; эту неделю была страшная жара, а сегодня тепло, но дождь маленький и ветер к вечеру.

Какая была теплая, светлая и радостная неделя, если бы не горе от Тани!



14 Июня 1897 г.

Páginas autógrafas de los Diarios de Sofia.

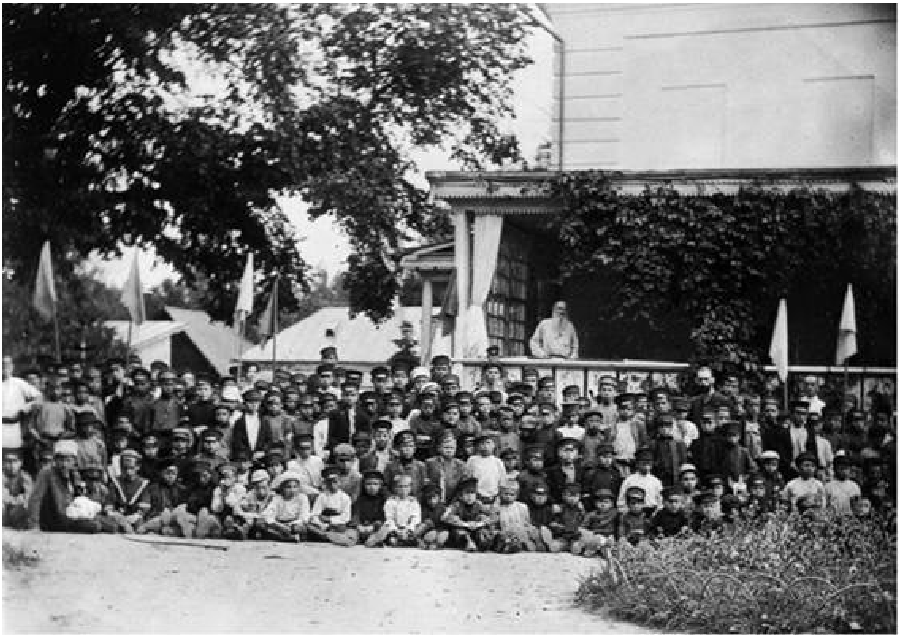


Tumba de Lev Tolstói, Yásnaia Poliana, 1911.

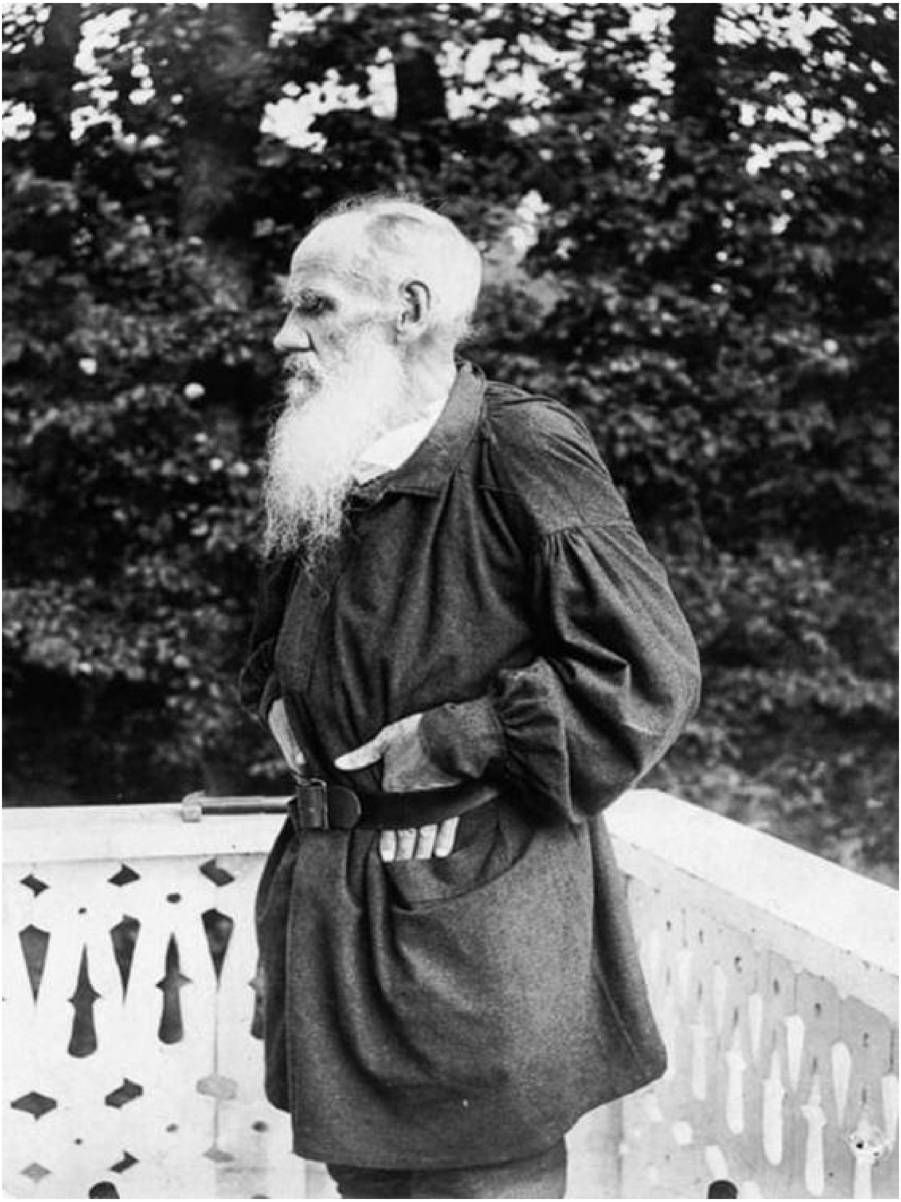




Lev Tolstói en su estudio, Yásnaia Poliana, 3 de noviembre de 1903.



Escolares de Tula visitando a Lev Tolstói, 1907.



Lev Tolstói, Yásnaia Poliana, 1902.



Tolstói con su hermana María Nikoláievna, Yásnaia Poliana, 1 de septiembre de 1898.



La familia Tolstói, Yásnaia Poliana, agosto de 1887

SOFIA ANDRÉIEVNA BEHRS (Sofia Tolstaia de casada) nació en Pokróvskoie, en el distrito de los Urales, en 1844, hija de un médico de la corte del zar. En 1862 se casó con Lev N. Tolstói, dieciséis años mayor que ella, con el que llegó a tener trece hijos, de los cuales sobrevivirían ocho. Sofia, que ya llevaba un diario de soltera, reanudó al casarse la costumbre de escribirlo y con él nos ha legado un documento excepcional de su vida con una de las mayores figuras de las letras rusas. Fue la suya una vida total y sinceramente volcada en su marido, en la obra de éste y en sus hijos, pero también recorrida por tensas fricciones y desengaños. En los años finales, Tolstói depositó su confianza en uno de sus discípulos, Vladímir Chertkov, que le impulsó a abandonar a su esposa. Moriría, de hecho, separado de ella, en una estación de tren. Sofia, pese a las maniobras de Chertkov, heredó los derechos de autor de su marido, y su prestigio como «viuda del genio» no fue alterado ni por el triunfo de la Revolución soviética. Además de sus *Diarios*, escribió también unas memorias con el título de *Mi vida*, y fue una gran aficionada al nuevo arte de la fotografía. Murió en Yásnaia Poliana en 1919.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

NOTAS

[1] En Rusia, las mujeres adoptaban (y siguen haciéndolo, por lo general) el apellido del marido, pero en su forma femenina (algunos apellidos, normalmente de origen extranjero, no presentan variación de género; es el caso, por ejemplo, de Behrs, apellido de soltera de Sofia); de ahí el apellido Tolstaia de la mujer, hermanas e hijas del escritor (una vez casadas, éstas adoptan a su vez el apellido del marido, feminizado: Oboléskaia, Sujotina, etc.), frente al Tolstói de los varones. En las páginas del libro hemos mantenido las variantes femeninas de los apellidos en todos los casos, empezando por el de la propia Sofia Tolstaia; no obstante, en el título nos hemos inclinado por la fórmula -anómala desde el punto de vista de la norma rusa- «Sofia Tolstói» para disipar cualquier posible duda o equívoco en cuanto al vínculo existente entre la autora de los *Diarios* y el inmortal novelista. Por su parte, «Andréievna» es el patronímico (derivado del nombre de pila del padre, Andréi en este caso) de Sofia. El patronímico se conserva toda la vida, y también presenta formas diferentes para varones y hembras: así, el patronímico masculino correspondiente a «Andréievna» es «Andréievich» (caso, por ejemplo, de Stepán Andréievich Behrs, uno de los hermanos de Sofia).

[2] No obstante, normalizamos otras variantes híbridas -como «Lv. Nik.» y algunas semejantes-, que se registran esporádicamente, simplificándolas en «L. N.».

[3] Más literalmente, *Diarios* (en ruso, *Dnevnikí*).

[4] Más literalmente, *Diarios cotidianos* (en ruso, *Ezhednevnikí)*.

[5] Se trata de Mitrofán Andréievich Polivánov (1842-1913), pretendiente de Sofia Andréievna Behrs antes de que ésta se casara con Lev Tolstói.

[6] Antes de su boda, Tolstói, que no quería ocultarle a su prometida nada de su pasado, le mostró sus viejos diarios. La lectura de éstos le causó una profunda, y desagradable, impresión a la joven Sofia.

[7] Aleksandr Mijáilovich Isléniev (1794-1882), abuelo de Sofia, había llegado por aquellos días a Yásnaia Poliana, donde tenía una

residencia vecina a la de los Tolstói.

[8] Su pueblo natal.

[9] Finca de Aleksandr Mijáilovich Isléniev, abuelo materno de Sofia.

[10] Se refiere a Grigori Serguéievich Tolstói (1853-1928), sobrino del escritor. Era hijo de Serguéi Nikoláievich Tolstói y María Mijáilovna Shískina, que por entonces no estaban casados. No formalizaron su relación hasta el 7 de junio de 1867.

[11] Tatiana Aleksándrovna Yergólskaia (1792-1874), tía del escritor.

[12] Tatiana Andréievna Behrs (1846-1925), hermana menor de Sofia.

[13] Yelizaveta Andréievna Behrs (1843-1919), hermana mayor de Sofia.

[14] Nikólskoie-Viázemskoie, hacienda de los Tolstói en el distrito de Chern, provincia de Tula. Pertenecía al mayor de los hermanos Tolstói, Nikolái Nikoláievich, pero a su muerte en 1860 pasó a Lev Nikoláievich, el escritor. Se encuentra a unos cien kilómetros de Yásnaia Poliana.

[15] Olga Aleksándrovna Islénieva (1845-1909), hija de Aleksandr Mijáilovich Isléniev y tía de Sofia. En una carta a su hermana Tania, Sofia reconocía lo desagradables que le parecían los ratos de diversión que Lev y Olga pasaban juntos.

[16] Lev Tolstói perdió a su madre con menos de dos años, y a su padre con poco más de diez.

[17] Se refiere a los alumnos de Yásnaia Poliana y de las demás escuelas abiertas por Tolstói en el distrito de Krapivna.

[18] Natalia Petrovna Ojótnitskaia era una noble empobrecida que había vivido en casa de Tatiana Aleksándrovna Yergólskaia, la tía de los Tolstói.

[19] Se refiere a la anotación del 13 de mayo de 1858 de Lev Tolstói en su *Diario* relativa a Aksinia Aleksándrovna Bazykina (1836-1919), una campesina de Yásnaia Poliana a la que Tolstói había conocido ese año y con la que tuvo un hijo. El escritor la reflejó en sus relatos *Idilio, Tijon* y *Malania* y en la novela *El Diablo.*

[20] Guerman Andréievich Auerbach, terrateniente de Tula amigo de Tolstói, que en esa época frecuentaba con su mujer Yásnaia Poliana.

[21] Aleksandr Andréievich Behrs (1845-1918), hermano de Sofia.

[22] Aleksandr Mijáilovich Kuzminski (1843-1917), futuro marido de Tania, la hermana de Sofia.

[23] Sofia Tolstaia (que redacta estas líneas en Moscú, donde vivió con su marido desde finales de 1862 hasta febrero de 1863) se refiere a la residencia de su familia en las dependencias del Kremlin de Moscú, donde su padre, Andréi Yevstávievich Behrs, trabajaba como médico de la corte.

[24] Aksinia Aleksándrovna Bazykina.

[25] El 15 de enero de 1863, Tolstói anotó en su *Diario*: «Cada discusión, por insignificante que sea, es como un tajo en nuestro amor».

[26] El texto en cursiva es un añadido posterior de Lev Tolstói.

[27] Valeria Vladímirovna Arsénieva (1836-1909), con quien Lev Tolstói tuvo intención de casarse entre 1856 y 1857.

[28] Serguéi Lvóvich Tolstói (1863-1947), su primer hijo, nació el 28 de junio de 1863, en un doloroso parto durante el cual Lev Tolstói estuvo al lado de Sofia. Habitualmente, en el diario se refiere a este hijo mediante la forma familiar «Seriozha».

[29] Diminutivo de Sofia.

[30] Así llamaban los Behrs a Tolstói antes de su boda con Sofia.

[31] Nil Aleksándrovich Popov (1833-1892), historiador ruso.

[32] Los Behrs pensaban que Tolstói tenía intención de casarse con la hija mayor, Yelizaveta («Lizka») Andréievna Behrs, no con su hermana Sofia («Sónechka»).

[33] El «culpable» de los celos de Tolstói fue Alfons Aleksándrovich Erlenvein (1840-1910), joven pedagogo que estuvo enseñando entre 1861 y 1863 en la escuela que el escritor había puesto en marcha en la aldea de Baburino.

[34] Ésta es la única mención que se conoce sobre las intenciones de Tolstói de marcharse a la guerra (en ese momento aún no había concluido el conflicto en el Cáucaso). Por lo visto, no fue más allá.

[35] Valerián Petróvich Tolstói (1813-1865), primo y cuñado de Lev, casado con su hermana María Nikoláievna Tolstaia.

[36] Con toda probabilidad, uno de los borradores previos a la redacción de *Guerra y paz*.

[37] Campesino y guarda en la finca.

[38] Se refiere al romance de su hermana Tatiana Behrs con Serguéi Nikoláievich Tolstói (1826-1904), el hermano de Lev, que duraría desde el verano de 1863 hasta junio de 1865.

[39] Sergúei Nikoláievich Tolstói, hermano del escritor, había ido de visita a Yásnaia Poliana desde su hacienda de Pirogovo; en 1863 tenía treinta y siete años.

[40] María Mijáilovna Shískina, llamada «la gitana», (1829-1919) llevaba conviviendo quince años con Serguéi Nikoláievich Tolstói y tenían varios hijos cuando comenzó el romance de éste con Tania.

[41] La condesa Aleksandra Andréievna Tolstaia (1817-1904), hija de un tío abuelo del escritor. Lev Tolstói y ella se mostraban un cariño y simpatía mutuos: se llevaban sólo once años y él le llamaba a ella en tono de broma «abuela», alegando que era demasiado joven para llamarla tía.

[42] Se refiere a su propio hijo Serguéi L. Tolstói, de nueve meses, y a su hermana Tatiana A. Behrs, que en octubre de 1863 había cumplido diecisiete años.

[43] Lev Tolstói se había marchado de viaje a su hacienda en Nikólskoie-Viázemskoie.

[44] Se refiere a su hija Tatiana Lvovna Tolstaia, que había nacido el 4 de octubre de 1864.

[45] El 26 de septiembre de 1864, estando de caza, Tolstói se cayó del caballo y se dislocó el brazo derecho. Los médicos de Tula no lograron sanar la luxación del todo; por eso el 21 de noviembre Tolstói se marchó a consultar otros médicos a Moscú, donde le hicieron una nueva operación el 28 de noviembre.

[46] La ya mencionada Aksinia Bazykina.

[47] María, hermana de Lev Tolstói.

[48] Dmitri Alekséievich Diákov (1823-1891), terrateniente amigo de Tolstói.

[49] Así llamaban en familia a Liza y Varia, hijas de María Nikoláievna Tolstaia, hermana del escritor, las cuales pasaron largas temporadas en Yásnaia Poliana entre 1864 y 1866.

[50] Ese mismo día murió, con dos años de edad, Nikolái, hijo de Serguéi (Seriozha) Nikoláievich Tolstói, hermano del escritor.

[51] Esta novela de Tolstói fue publicada en 1863. Probablemente, Sofia se refiere al artículo de E. Márkov titulado «Tipos populares en nuestra literatura», aparecido en la revista *Boletín de la Patria (Otéchestvennyie zapiski)*, en el n.º 1-2 de 1865.

[52] La boda se celebró el 29 de junio.

[53] Serguéi Nikoláievich Tolstói regresó con su hijo Grigori (Grisha) Serguéievich Tolstói y el educador de éste, Gustav Fiódorovich Keller (1839-1904).

[54] Serguéi Nikoláievich Tolstói, de repente, dejó de aparecer por Yásnaia Poliana, y escribió a su hermano Lev diciendo que no podía abandonar a María Mijáilovna Shískina (Masha, la gitana) y a sus hijos.

[55] María Nikoláievna Tolstaia (1830-1912), hermana menor de Lev Tolstói, con sus hijas Varia y Liza.

[56] Nikolái Nikoláievich Vólkov (1839-1909), terrateniente.

[57] María Afanásievna Arbúzova.

[58] El poeta Afanasi Afanásievich Fet (1820-1892) y su esposa María Petrovna.

[59] Los Tolstói llegaron a Moscú el 21 de enero de 1866. Sofia quería que sus padres vieran a sus nietos, y Lev revivir algunos recuerdos del pasado. Al principio se alojaron con los Behrs, pero el 23 de febrero se trasladaron a un piso en la casa de Jludov en la calle

Bolshaia Dmítrovka, donde permanecieron hasta el 6 de marzo.

60 Evidentemente se refiere a Mitrofán Andréievich Polivánov, antiguo pretendiente de Sofia.

61 Con el profesor N. A. Ramazánov.

62 La familia de Mijaíl Serguéievich Bashílov (1820-1870), pintor y escultor, primo segundo de Sofia Tolstaia.

63 Aleksandra Alekséievna Obolénskaia (1831-1890).

64 Piotr Andréievich Behrs (1849-1910), hermano de Sofia.

65 Iliá Lvóvich Tolstói (1866-1933), tercer hijo de Lev y Sofia.

66 Cuando años después, en su obra *Mi vida*, Sofia Tolstaia hablaba de este matrimonio, admitía no recordar su apellido.

67 Diminutivo de Iliá.

68 Nombre y patronímico de la mujer del administrador.

69 Diminutivo de Mavra, ama de cría de Iliá L. Tolstói.

70 Aleksandr Nikoláievich Bíbikov (1827-1889), terrateniente en la provincia de Tula.

71 Tolstói participó en la defensa del soldado Vasili Shibunin, condenado a muerte en un consejo de guerra por haber dado una bofetada a un superior en respuesta a los malos tratos sufridos. Además, intercedió ante el zar Alejandro II, solicitando su gracia. Los esfuerzos del escritor resultaron baldíos, y el 9 de agosto de 1866 Shibunin fue ejecutado.

72 Hija de la comadrona de Sofia Tolstaia.

73 Yevgueni Vladímirovich Lvov (1817-1896), terrateniente de Tula.

74 Conde Vladímir Aleksándrovich Sollogub (1813-1882), escritor.

75 Diminutivo de María Nikoláievna Tolstaia (1830-1912), hermana de Lev Tolstói.

76 Se trata de un pabellón de Yásnaia Poliana en el que estuvo instalada la escuela de 1859 a 1865; en lo sucesivo sería conocido como «la casa de los Kuzminski».

77 El 12 de noviembre de 1866 llegó a Yásnaia Poliana la institutriz inglesa Hannah Tracey. La causa de su torpeza inicial, según una carta que escribió a su marido, que se hallaba en Moscú, era «el desconocimiento del idioma del otro». Al poco tiempo todos le cobraron mucho afecto; muchos años después Tatiana L. Tolstaia escribiría que el cariño que sentía por ella había durado toda la vida.

78 Se esperaba que *Guerra y paz* estuviera concluida para el otoño de 1867, pero no fue así. Las modificaciones del primer borrador requirieron de Tolstói casi tres años más de intenso trabajo.

79 El 17 de septiembre era la onomástica de Sofia.

80 Única entrada de 1868; en 1869 Sofia no realizó ninguna

anotación en el *Diario*.

[81] Piotr Andréievich Behrs (1849-1910), hermano de Sofia.

[82] Diminutivo de Iliá.

[83] Segundo marido de su hermana Tania.

[84] Única entrada de 1870.

[85] Lev Lvóvich Tolstói (1869-1945), cuarto hijo de Lev y Sofia, nació el 20 de mayo de 1869 en Yásnaia Poliana. En casa solían llamarle Liolia o Liova.

[86] Ésta es la única entrada de 1871, un año difícil para los Tolstói. El 12 de febrero nació su segunda hija (quinta del total de los hermanos), María Lvovna Tolstaia (1871-1906), familiarmente llamada Masha. Se trató de un parto prematuro, y Sofia estuvo a punto de morir de fiebre puerperal. En el mes de junio, Lev Tolstói, acompañado por Sofia, viajó a la provincia de Samara, en Rusia centro-oriental, para seguir, durante unas seis semanas, un tratamiento para sus problemas digestivos. De paso, adquirió una gran finca cerca de la localidad de Buzuluk.

[87] Aleksandr Kuzminski, marido de Tania (la hermana de Sofia), había sido nombrado fiscal en Kutaísi (Georgia).

[88] Leche de yegua ligeramente fermentada; es bebida tradicional de Asia Central.

[89] En este año, Sofia sólo acude a su *Diario* en los meses de abril y mayo, durante los cuales ensaya una nueva fórmula que retomará mucho más adelante (a partir de 1905), bajo la rúbrica de *Diario cotidiano*: brevísimas -y frecuentes-anotaciones, de tono impresionista y sintaxis apresurada.

[90] Mitrofán N. Bannikov, guardabosques.

[91] Manual de lectura para niños de corta edad, para el que Tolstói escribió una serie de cuentos infantiles.

[92] Bosque de propiedad estatal próximo a Yásnaia Poliana.

[93] Varvara Valeriánovna Tolstaia, hija mayor de María N. Tolstaia, hermana del escritor.

[94] Nikolái Mijáilovich Nagórnov, que en 1872 se casó con Varia.

[95] María Lvovna Tolstaia, hija de los Tolstói; tenía poco más de un año en aquellos momentos.

[96] Stepán Andréievich Behrs (1855-1909), hermano de Sofia.

[97] Fiódor Fiódorovich Ries, impresor en Moscú.

[98] Aleksandr A. Behrs (1845-1918), hermano de Sofia; Lieven era un editor.

[99] Lev Tolstói había viajado a Moscú para negociar con la tipografía de M. N. Katkov la impresión de la tercera edición sus *Obras*. Regresó a Yásnaia Poliana el 16 o el 17 de febrero. La tercera edición de las *Obras* de L. N. Tolstói, en ocho volúmenes, apareció en

noviembre de 1873.

100 Piotr Lvóvich Tolstói (1872-1873), el sexto hijo de Lev y Sofia, había nacido el 13 de junio de 1872.

101 Fiódor Fiódorovich Kaufman.

102 La institutriz Emily Tabor llegó el 11 de febrero.

103 Única entrada de 1874.

104 Única entrada de 1875, año importante en la carrera literaria de Lev Tolstói (en enero aparecen en una revista los primeros catorce capítulos de *Anna Karénina*), pero trágico para la familia: el 2 de febrero muere de meningitis el pequeño Nikolái Lvóvich Tolstói (1874-1875), con apenas diez meses; el 1 de noviembre nace, para morir de inmediato, la niña Varvara Lvovna Tolstaia.

105 Pelagueia Ilínichna Yushkova (1801-1875), tía del escritor.

106 El 3 de septiembre Lev Tolstói, en compañía de su sobrino Nikita Valeriánovich Tolstói, partió de Yásnaia Poliana. El 7 de septiembre llegaron a Samara y, ese mismo día, tomaron el tren a Oremburgo (ciudad situada en Rusia sudoriental, en el río Ural), donde tenían intención de comprar caballos para una presunta remonta.

107 Stepán Andréievich Behrs, hermano de Sofia.

108 El 24 de octubre de 1876 Sofia comenzó a escribir una biografía de Tolstói. El trabajo se prolongó (con interrupciones) hasta finales de 1878. Insatisfecha con el resultado, la obra quedó inconclusa.

109 En verano de 1876 Ippolit Mijáilovich Nagórnov estuvo de visita en Yásnaia Poliana.

110 Población en la provincia de Samara.

111 El telegrama estaba fechado el día 17 de septiembre. Tolstói regresó a Yásnaia Poliana el 20.

112 Jules Rey.

113 Única entrada de 1877.

114 Se refiere a los capítulos XIII-XXIX de la Sexta Parte de *Anna Karénina*.

115 Grigori Antónovich Zájarin (1829-1898), eminente médico ruso.

116 Esquiando, Tolstói se había dado un fortísimo golpe en la cabeza contra un árbol. Sofia quiso que le examinara el médico para saber si sus problemas eran resultado de la contusión o se debían a los nervios y a su intensa actividad intelectual.

117 El pequeño Andréi Lvóvich Tolstói (1877-1916), noveno hijo de Lev y Sofia.

118 Dmitri Vasílievich Ulianinski (1861-1918).

119 Anna Phillips, institutriz en casa de los Tolstói.

120 El príncipe Leonid Dmítrievich Urúsov, vicegobernador de Tula,

amigo de Tolstói.

121 Preceptor de los hijos mayores de los Tolstói.

122 Octave Feuillet (1821-1890), novelista y dramaturgo francés, muy apreciado por Tolstói; *Le Journal d'une femme* apareció en Francia en ese mismo año 1878.

123 Se trata de una de las versiones de la novela *Los decembristas*, proyecto que Tolstói acometió en distintos momentos pero nunca llegó a concluir.

124 Instituto de enseñanza secundaria, orientado a las disciplinas científicas y las lenguas modernas (a diferencia del Gimnasio Clásico).

125 Nikolái Nikoláievich Strájov (1828-1896), crítico literario y filósofo.

126 Victor Cherbuliez (1829-1899), novelista y dramaturgo francés (aunque nacido en Ginebra), autor muy apreciado por Tolstói; *L'idée de Jean Têterol* había aparecido ese mismo año 1878 en París.

127 Se trata de personajes y situaciones de *Los decembristas.*

128 Mozo que estuvo sirviendo una temporada en Yásnaia Poliana.

129 ¡Seriozha, no te atrevas! ¡Seriozha!

130 Única entrada de 1879; en los años 1880 y 1881 no hay ninguna anotación en el *Diario.*

131 La cuarta edición de las *Obras* de L. N. Tolstói, en once volúmenes, publicada por los hermanos Salaiev en 1880.

132 Mijaíl Lvóvich Tolstói (1879-1944), su décimo hijo.

133 Añadido posterior de Sofia.

134 En septiembre de 1881 los Tolstói se mudaron a Moscú para estar con su hijo mayor, que ingresaba en la universidad, en el departamento de Ciencias Naturales. Alquilaron un piso en la casa del príncipe Volkonski, donde vivieron hasta el invierno.

135 Su bebé de diez meses Alekséi Lvóvich Tolstói (1881-1886), undécimo hijo de Lev y Sofia.

136 Aleksandr M. Kuzminski, cuñado de Sofia, era presidente de juzgado de distrito en San Petersburgo.

137 Lev Tolstói viajó con su hijo Lev (Liolia) a Moscú para ocuparse de las obras de reconstrucción de la casa que habían comprado en el verano de 1882 en el callejón Dolgo-Jamóvnicheski (hoy calle Lev Tolstói). El 8 de octubre toda la familia se mudó a Moscú y pasaron los inviernos allí hasta 1901.

138 Única entrada de 1883; en 1884 no hay anotaciones.

139 Desde finales de 1882 hasta enero de 1884 Tolstói trabajó en el tratado titulado *En qué consiste mi fe*. La primera edición, de 1884, fue secuestrada y prohibida. La obra no vio la luz hasta 1906, después de la primera revolución rusa.

140 Única entrada de 1885.

141 A lo largo de dos semanas, desde el día 11 de marzo de 1885, Lev Tolstói y el príncipe Leonid Dmítrievich Urúsov viajaron por la costa de Crimea.

142 Tolstói estuvo en Sebastopol durante la Guerra de Crimea desde el 7 de noviembre de 1854 hasta mediados de noviembre de 1855.

143 A comienzos de agosto de 1886, Tolstói se hizo una herida en una pierna trabajando en el campo, y la herida se le infectó.

144 Campesina de Yásnaia Poliana, doncella en casa de los Tolstói.

145 Se trata de *El poder de las tinieblas*, drama compuesto por Tolstói durante los meses de octubre a diciembre de ese año 1886.

146 L. Diogène, *La Vie des plus illustres philosophes de l'antiquité*, París, 1841.

147 Aleksandr Serguéievich Buturlín (1845-1916).

148 *El poder de las tinieblas.*

149 *El Manantial(Rodnik)*, revista mensual infantil, publicada en San Petersburgo entre 1882 y 1894.

150 Antología de poetas rusos, ilustrada con dibujos y grabados, editada en 1875.

151 Campesina de Yásnaia Poliana.

152 El escritor Isaak Borísovich Feinerman (1863-1925), conocido por el pseudónimo de Teneromo.

153 Nikolái Nikoláievich Gué (1831-1894), pintor.

154 El 1 de marzo de 1887 la policía arrestó a cinco estudiantes por el atentado contra Alejandro III; entre ellos se encontraba el hermano de Lenin, Aleksandr Ilich Uliánov. Fueron sentenciados a la pena capital y ejecutados el 8 de mayo de 1887.

155 *El poder de las tinieblas*. El 3 de febrero Aleksandr A. Stajóvich le escribió a Sofia, informándole de que estaba difundiendo la obra en San Petersburgo, con la intención de que un gran número de personas influyentes se familiarizara con ella y ejerciera presión sobre los censores. El 27 de enero la leyó en presencia de Alejandro III, que la encontró magnífica y recomendó que se representara en los teatros imperiales.

156 A principios de noviembre Sofia fue a Yalta a visitar a su madre agonizante; tras la muerte de ésta regresó a Moscú.

157 *Caminad a la luz mientras todavía haya luz. Relato de los antiguos cristianos*. En Rusia fue publicada en 1893 en una antología en pro de la Sociedad para la Asistencia a los Emigrantes Necesitados.

158 Título original para el artículo *De la vida*, en el que continuó trabajando a lo largo de 1887.

159 Se refiere a la sexta edición de las *Obras* de Lev Tolstói, en doce volúmenes.

160 Serguéi Lvóvich Tolstói era asociado de la sucursal en Tula del

Banco Campesino.

[161] Juego de naipes.

[162] Vladímir Grigórievich Chertkov (1854-1936), amigo y seguidor de Tolstói.

[163] Se refiere a la creación de la editorial El Intermediaro, fundada por Tolstói, Chertkov y P. I. Biriukov en 1884 con el objetivo de publicar a precios económicos obras literarias y libros de divulgación científica para impulsar la lectura entre el pueblo. La carta referida trataba cuestiones relacionadas con la difusión de las obras de Tolstói editadas por El Intermediario.

[164] El 14 de marzo de 1887, en una reunión de la Sociedad de Psicología de Moscú, celebrada en la Universidad, Tolstói leyó la ponencia *El concepto de la vida*, un resumen de su obra *De la vida*. En él sometía a crítica la religión y la moral imperantes y formulaba su nuevo ideario.

[165] Con fecha de 18-20 de febrero de 1887.

[166] El doctor Grigori Antónovich Zájarin ya había atendido a Tolstói en 1877.

[167] Sofia Nikoláievna Filosófova (1867-1934); Iliá Tolstói y Sofia Filosófova se casaron en 1888.

[168] El tratado *De la vida*.

[169] Yuli Ivánovich Lassota, profesor de música de Mijaíl y de Lev Lvóvich Tolstói.

[170] Serguiéi Lvóvich Tolstói viajó a las propiedades de los Tolstói en Samara con el objetivo de poner en orden los asuntos relacionados con administración de las tierras.

[171] Pável Dmítrievich Golojvástov (1838-1892), escritor.

[172] Monasterio erigido en el siglo XVII, situado en la región de Moscú.

[173] Los mordvinos constituyen un pueblo del grupo lingüístico ugrofinés, asentado en diferentes regiones de Rusia centro-oriental. El patriarca Nikon (1605-1681), promotor de una serie de reformas eclesiásticas que desembocaron en el cisma que dio lugar al surgimiento de los llamados «viejos creyentes», era, efectivamente, hijo de un campesino mordvino.

[174] Anatoli Stepánovich Butkévich (1869-1942).

[175] María Aleksándrovna Schmidt, (1844-1911), amiga y discípula de Tolstói.

[176] Varvara (Árochka), la hija adoptiva de Pável Dmítrievich Golojvástov y Olga Andréievna Golojvástova.

[177] Semión Semiónovich Abamelek-Lázarev (1857-1916), terrateniente, y dueño de varias factorías en los Urales.

[178] La última redacción del artículo *De la vida* lleva fecha de 3 de

agosto de 1887. En cuanto al cambio de título, Tolstói escribió a Chertkov el 4 de agosto de 1887: «Mi querido Pável Ivánovich fue ayer a llevar a la tipografía el artículo sobre la vida. Comencé a escribir sobre la vida y la muerte, y cuando acabé resultó que tenía que eliminar la segunda parte del título porque para mí, al menos, esta palabra había perdido totalmente el significado que le atribuía en el título».

179 Iliá Yefímovich Repin (1844-1930), célebre pintor naturalista.

180 Stepán Andréievich Behrs, abogado.

181 Así llama Sofia a los seguidores de Tolstói.

182 Vladímir Vasílievich Rajmánov (1865-1918).

183 Institución cultural fundada por el mecenas y estadista ruso Nikolái Petróvich Rumiántsev (1754-1826); su sede original se hallaba en San Petersburgo, pero en 1861 fue traslada a Moscú. Al año siguiente sus fondos documentales se convirtieron en biblioteca, que años más tarde (en 1924) llevaría el nombre de Lenin.

184 Vera Serguéievna Tolstaia (1865-1923), hija de Serguéi Nikoláievich Tolstói.

185 María Mijáilovna Tolstaia, la mujer de Serguéi (Seriozha), anteriormente referida también como «la gitana».

186 Junto a esta frase había pegada una flor seca. Los tres últimos párrafos fueron añadidos posteriormente por la autora.

187 Primera entrada desde el 25 de agosto de 1887; en 1888 y 1889 no hay ninguna entrada.

188 Sobrina de Sofia; hija de su hermana Tania y Aleksandr Kuzminski.

189 El 26 de noviembre de 1890 Tolstói fue a Krapivna para asistir a una sesión del juzgado de distrito de Tula, donde se juzgaba a cuatro campesinos de Yásnaia Poliana por haber matado, en estado de embriaguez, a su paisano Gavriil Baljin. Este suceso probablemente le sirvió de inspiración para el asesinato del campesino Iván Mirónov en su obra *El cupón falso*.

190 Gavriil Andréievich Rusánov (1845-1907).

191 Pável Aleksándrovich Boulanger (1864-1925).

192 Piotr Ivánovich Raievski (1873-1920), médico, hijo de Iván I. Raievski y de Yelena P. Raiévskaia.

193 Hacienda de su hija Tania, a cinco verstas de Yásnaia Poliana. Sofia tenía un pleito con el sacerdote de esa aldea.

194 Iván Lvóvich Tolstói (1888-1895), último de los trece hijos de Lev y Sofia.

195 En el diario de Tolstói, con fecha de 19 de octubre 1852.

196 Emile Joseph Dillon (1854-1930), corresponsal de *The Daily Telegraph*, traductor al inglés de *Caminad a la luz mientras todavía haya*

luz, novela inconclusa de Tolstói.

197 Aleksandr Vasílievich Zinger (1870-1934).

198 Aleksandra Lvovna Tolstaia (1884-1979), hija menor de los Tolstói.

199 Aleksandr Nikíforovich Dunáiev (1850-1920), amigo de Tolstói y director de un banco en Moscú.

200 Aleksandr Andréievich Behrs (1845-1918), hermano de Sofia.

201 Yevgueni Ivánovich Popov (1864-1938), discípulo de Tolstói. Sofia le llama «oriental» por ser de origen georgiano.

202 Piotr Galaktiónovich Jojlov (1868-después de 1905), discípulo de Tolstói.

203 Eduard Eduardóvich Kern.

204 Profesor de Andriusha y Misha.

205 Alekséi Mitrofánovich Nóvikov (1865-1925), profesor de Andriusha y Misha entre los años 1889 y 1891.

206 Aleksandr Vladímirovich Zhirkévich (1857-1927).

207 Aleksandra Nikoláievna Filosófova (1878-1897).

208 Natalia Nikoláievna Filosófova (1872-1926).

209 El tratado *El reino de Dios está dentro de vosotros.*

210 El nieto de Sofia, hijo de Iliá Tolstói y Sonia Filosófova, nació el 20 de diciembre de 1890. Le llamaron Nikolái. Murió en 1893.

211 Su sobrina María Aleksándrovna Kuzmínskaia (1869-1923), hija de su hermana Tania.

212 Iván Yegórovich Erdeli.

213 Sofia Alekséievna Filosófova, la suegra de Iliá.

214 A falta de algo mejor.

215 Sofia estuvo al borde de la muerte, a raíz de una fiebre puerperal, tras dar a luz a Masha (María L. Tolstaia) en 1871.

216 Personaje cómico del teatro popular ruso, análogo al Polichinela de la *commedia dell'arte.*

217 Administrador de los Tolstói.

218 Criado de Tolstói.

219 Nikolái Vasílievich Davydov (1848-1920), jurista.

220 Iván Mijáilovich Klopski (1852-1898), seminarista, era uno de los seguidores de Tolstói. Le había visitado por primera vez en 1889, en compañía de Fiódor Strájov.

221 Unos días antes, los Tolstói habían tenido noticia del interés de Mijaíl (Misha) Aleksándrovich Stajóvich (1861-1923), amigo de la familia, por su hija Tania (y no por Masha, como ellos creían).

222 Obra del novelista y ensayista francés Paul Bourget (1852-1935).

223 A comienzos de la década de 1890, las dos hijas mayores de los

Tolstói, Tania y Masha, pusieron en marcha una escuela en un edificio de piedra situado junto a la entrada del complejo de Yásnaia Poliana. Debido a la denuncia de un sacerdote, la escuela, que no contaba con autorización oficial, fue clausurada, pero las clases pasaron a impartirse en «esa casa», es decir, en un ala de la mansión principal.

224 Publicación periódica estadounidense, fundada en 1887.

225 Tolstói comenzó la redacción de la *Sonata a Kreutzer* en 1887 y la concluyó en 1889. Fue publicada en Ginebra en noviembre de 1899.

226 Relato de A. A. Smírnov.

227 La *desiatina* (en plural, *desiatiny*) era una antigua medida rusa de superficie que equivalía, aproximadamente, a 1,09 hectáreas.

228 El *zemstvo* (en plural, *zemstva*) fue una forma de gobierno local instituida en Rusia a partir de 1864, en el marco de las reformas liberales promovidas por el zar Alejandro II. Tenía amplias atribuciones en materia fiscal, educativa, sanitaria, *etc.* Pese a su naturaleza escasamente democrática, los liberales rusos trabajaron activamente por la potenciación de los *zemstva.*

229 Más exactamente, en *Cuadernos de La semana(Knízhkiie Nedeli)*, publicación literaria mensual, editada en San Petersburgo.

230 María Nikoláievna Romanova (1819-1876), hija del zar Nicolás I (1796-1855), hermana del zar Alejandro II (1818-1881) y tía, por tanto, del zar Alejandro III (1845-1894) -con quien se disponía a entrevistarse Sofia-, estuvo casada en primeras nupcias con el duque Maximilian von Leuchtenberg (1817-1852). Tras enviudar de éste en 1852, contrajo un nuevo matrimonio con el conde Grigori Aleksándrovich Stróganov (1823-1878). Fruto de este segundo matrimonio fue la mencionada Yelena Grigórievna Stróganova; de ahí la aparente discrepancia de los apellidos de madre e hija en el texto.

231 Viacheslav Andréievich Behrs (1861-1907), el menor de los hermanos de Sofia.

232 Localidad próxima a San Petersburgo, donde estaba situada una de las residencias de los emperadores rusos.

233 Evgueni Mijáilovich Feoktístov (1828-1898), escritor, periodista y político ruso; a partir de 1883 se convirtió en el principal responsable de la censura en Rusia.

234 *Nuevos Tiempos (Nóvoie vremia)*, revista publicada en San Petersburgo de 1868 a 1917.

235 María de Hesse (1824-1880), esposa del zar Alejandro II y madre del zar Alejandro III.

236 La Sociedad de los Itinerantes era un grupo de pintores realistas rusos.

237 Eleanora Duse (1858-1924), actriz italiana; en 1891 y 1892, en

el marco de una triunfal gira europea, actuó en Rusia.

238 Mijaíl Aleksándrovich Novosélov, estudiante de la Universidad de Moscú, seguidor de Tolstói, que difundió un artículo de éste, titulado «Nikolái Palkin», sin su permiso.

239 -Ya os he visto una vez, ¿no es cierto? -me preguntó.

-Tuve la satisfacción de ser presentada a Su Majestad hace varios años en el instituto de San Nicolás, en casa de *madame* Schostag.

-Ah, cierto, y también vuestra hija. Decidme, ¿es verdad que roban los manuscritos del conde y los imprimen sin pedirle permiso? Eso es horrible; está muy mal; no puede ser.

-Es verdad, Majestad, y es una cosa muy triste. Pero ¿qué podemos hacer?

240 -Son todos tan felices, tan sanos -añadió la zarina-. Me empeño en que tengan recuerdos felices de su infancia.

-En una familia como la de Su Majestad todo el mundo debe estar contento -le dije.

-El pequeño Michel, con esas mejillas sonrosadas, parece una muchacha de dieciséis años -comentó. Después se puso de pie, me tendió la mano y dijo afectuosamente-: Estoy muy contenta de haber vuelto a veros una vez más.

241 El príncipe Leonid D. Urúsov, amigo de Tolstói, había fallecido en 1885.

242 Nunca se habría atrevido a confesarle a usted su amor, y estimaba demasiado al conde para confesárselo a sí mismo.

243 Aleksandr Matvéievich Rúdnev, director del hospital provincial de Tula.

244 Aleksandr Vasílievich Zinger (1870-1934), físico.

245 María Nikoláievna Tolstaia (1830-1912), hermana menor de Lev Tolstói; desde 1879 atravesó una profunda crisis religiosa que la llevó a ingresar como monja en un convento en 1891.

246 Amvrosi de Óptina (Aleksandr Mijáilovich Grenkov, 1812-1891) y Ioánn de Kronstadt (Iván Ilich Sérguiev, 1829-1908) fueron dos de las más destacadas personalidades dela vida eclesiástica rusa de la segunda mitad del siglo XIX. Ambos han sido canonizados por la Iglesia ortodoxa rusa.

247 Dmitri Aleksándrovich Kuzminski (nacido en 1888), hijo de Tatiana, hermana de Sofia.

248 María Nikoláievna Tolstaia, hermana de Tolstói.

249 Yelena Valeriánovna Tolstaia, hija de María N. Tolstaia y de Valerián Petróvich Tolstói (primo de su mujer y, por tanto, de Lev Tolstói).

250 El artículo *El reino de Dios está dentro de vosotros.*

251 El escultor Iliá Yákovlevich Ginzburg (1859-1939), que estaba

haciendo un busto de Tolstói.

252 Los bashkirios le suministraban a Tolstói el *kumys* necesario para sus dietas.

253 Nikolái Semiónovich Leskov (1831-1895), escritor ruso.

254 Iván Ivánovich Raievski (1835-1891), amigo de Tolstói.

255 *La Gaceta Rusa (Rússkiie védomosti)*, diario de Moscú (1863-1918).

256 *La Gaceta de Moscú (Moskóvskiie védomosti)*, publicación de Moscú de orientación reaccionaria.

257 Vladímir Serguéievich Soloviov (1853-1900), filósofo idealista, poeta y crítico.

258 Única entrada de este año.

259 Tolstói había enviado un artículo sobre la terrible hambruna que se estaba viviendo en distintas regiones de Rusia a la revista *Cuestiones de Filosofía y Psicología (Voprosy filosófii i psijológuii)*, pero la censura impidió su publicación. Traducido al inglés, apareció en varias entregas, durante el mes de enero de 1892, en el periódico inglés *The Daily Telegraph*.

260 Vera Mijáilovna Velichkina (1868-1918), médico y revolucionaria; conoció a Tolstói en enero de 1892 y colaboró con él en la lucha contra la hambruna.

261 Especie de gachas, preparadas a base de distintos cereales.

262 Jalea a la que se añade fécula.

263 Aleksandra (Alexandrine) Andréievna Tolstaia (1817-1904), pariente de Lev Tolstói.

264 El *Boletín Gubernamental (Pravítelstvenny véstnik)* era el órgano de prensa oficial.

265 Finalmente, la carta de Tolstói no se publicó en el órgano gubernativo, aunque sí apareció, a lo largo del mes de marzo de 1892, en diferentes medios de prensa.

266 Se trata del relato *A propósito de la «Sonata a Kreutzer»*, escrito como respuesta a la novela de Lev Tolstói y al tratamiento que en ella se le da a la mujer; el relato nunca llegó a publicarse. Además del relato de Sofia Tolstaia, existen al menos otros dos textos de la época con idéntico título: un estudio crítico de M. de Vogüé (a ella se refiere la propia Sofia en este *Diario*, en su entrada del 10 de marzo de 1891) y un relato del narrador ruso Nikolái Leskov.

267 Dmitri Fiódorovich Trépov (1855-1906), gobernador general de San Petersburgo.

268 El último párrafo fue añadido posteriormente por Sofia. En 1893 Vladímir G. Chertkov, para burlar posibles registros, entregó a su amigo Dmitri Trépov manuscritos y obras prohibidas de Tolstói para que él los guardara; no se sabe cuándo se hizo con ellos. Tras el

exilio de Chertkov en 1897, los manuscritos de todas las obras de Tolstói escritas después de 1880 fueron enviadas, con el permiso del autor, a la casa de Chertkov en Inglaterra, donde fueron depositadas en una cámara especial de hormigón armado, construida cerca de Christchurch, Hampshire. En 1913 estos manuscritos se enviaron a la Biblioteca de la Academia de Ciencias en San Petersburgo, y en 1926 se trasladaron al Museo Tolstói en Moscú.

269 Años después, Sofia Tolstaia explicó en su autobiografía *Mi vida* esta página de su diario, que ella misma calificó de «demente»: «Por aquel entonces, Lev Nikoláievich estaba escribiendo su artículo *Sobre la religión*; un tal P. A. Boulanger lo copiaba, y Lev Nikoláievich y Masha vivían los dos juntos en Yásnaia Poliana, como si nunca tuvieran intención de ir a Moscú. Yo acogía con hostilidad que estuvieran en el pueblo, porque echaba mucho de menos a mi marido. Por supuesto, a todos les parecerá lícito y natural que Lev Nikoláievich buscara para sus fatigosos trabajos la soledad y la tranquilidad, pero a mí eso me hacía pasarlo mal. Lo único que yo procuraba era no exteriorizar mi descontento y mi impaciencia por volver a verle… No lo pude soportar; entonces, la agitación nerviosa se convirtió en animadversión, en misticismo, y de repente me pareció que el diablo se había apoderado de Lev Tolstói y había enfriado su corazón».

270 Vistazo.

271 Leonid Ósipovich Pasternak (1862-1945), pintor e ilustrador, padre del escritor Borís Pasternak.

272 Jan Hřímalý (1844-1915), violinista checo.

273 Anatoli Andréievich Brandukov (1859-1930), violonchelista.

274 De la novena edición de las obras de Tolstói.

275 *Marcella*, obra de Humphry Ward (1851-1920).

276 Miembro de un *artel* (cooperativa de trabajadores).

277 Yelena Pávlovna Raiévskaia (1840-1907), esposa de Iván Ivánovich Raievski, amigo de Tolstói, y madre de Piotr Ivánovich Raievski.

278 Se refiere al médico P. I. Raievski (ver nota 6, año 1890).

279 Liubov Yákovlevna Gurévich (1866-1940), escritora, crítica literaria y teatral. En 1891 adquirió la revista literaria petersburguesa *El Mensajero del Norte (Sévernyi véstnik)*, y se encargó de atraer a grandes autores para que colaboraran en ella, como Tolstói, Gorki, Leskov, *etc.*

280 En esta anotación Sofia Tolstaia une dos visitas que el escritor Iván Serguéievich Turguénev (1818-1883) realizó a Yásnaia Poliana. El episodio de los árboles tuvo lugar a principios de mayo de 1880, mientras que el de los bailes ocurrió en agosto de 1881.

[281] Una especie de empanada.

[282] Nikolái Ilich Storozhenko (1861-1923), catedrático de literatura europea occidental en la Universidad de Moscú.

[283] Finalmente, el relato *Amo y criado* vio la luz en 1895, en tres ediciones simultáneas: en la revista *El Mensajero del Norte*, en la revista *El Intermediario (Posrédnik)*, del mismo nombre que la editorial, y como apéndice al tomo XIII de las *Obras* de Tolstói, novena edición.

[284] Mijaíl Petróvich Ogranovich (1848-1904), neuropatólogo.

[285] Primera entrada en el *Diario* desde el 23 de febrero de 1895; no hay ninguna durante todo el año 1896.

[286] El 2 de junio de 1897 María Lvovna Tolstaia se casó con Nikolái Leonídovich Obolenski. Sofia no quería que su hija se casara con él porque no era rico y porque era algo más joven que ella; Lev, a pesar de todo, le apreciaba mucho.

[287] Se trata de la décima edición, en catorce volúmenes, de las *Obras* de Tolstói.

[288] En enero de 1897 Tolstói comenzó a trabajar en el artículo titulado *¿Qué es el arte?*

[289] El ingeniero Alekséi Alekséievich Zinóviev.

[290] Sofia Nikoláievna Kolokóltseva, hija de María Dmítrievna Kolokóltseva y nieta de Dmitri A. Diákov.

[291] Institutriz de los hijos de Tolstói.

[292] El pianista Serguéi Ivánovich Tanéiev (1856-1915).

[293] Nikolái Vasílievich Turkin, profesor de Mijaíl Lvóvich Tolstói.

[294] Sobre su relación con Serguéi I. Tanéiev, Sofia Tolstaia escribió en *Mi vida*: «Tras la muerte de mi pequeño hijo Vánechka me sumí en una extrema desesperación, como uno experimenta sólo una vez en la vida; habitualmente, semejante dolor mata a las personas y, si siguen vivas, no están en situación de sufrir tan horrible experiencia por segunda vez. Yo seguí viva, y se lo debo a la casualidad y a un remedio singular: la música… Tras haber probado el veneno de la música y haber aprendido a escucharla, ya no podía vivir sin ella… Pero la música que mejor y con más fuerza actuaba sobre mí era la de Tanéiev, que fue el primero que con sus bellas interpretaciones me enseñó a escuchar y a amar la música… A veces me bastaba con encontrarme con Serguéi Ivánovich y escuchar su voz tranquila y sosegada para serenarme… Mi estado era anormal, y esto coincidió además con mi período crítico. La personalidad de Tanéiev tenía poco que ver con mi estado de ánimo. Exteriormente era un hombre poco interesante, inmutable, extremadamente reservado, y hasta el final me resultó completamente incomprensible».

[295] *El poder de las tinieblas* apareció en el volumen XII de la décima edición de las *Obras* de Tolstói, 1897.

[296] Su difunto hijo Iván.

[297] María Vasílievna Siaskova, copista en la editorial El Intermediario.

[298] Anna Welsh, profesora inglesa de música de Sasha y de Sofia.

[299] Yuri Nikoláievich Pomerántsev (1878-1934), compositor, discípulo de Serguéi I. Tanéiev.

[300] María Nikoláievna Múromtseva (1857-1946), cantante y profesora.

[301] Mijaíl Nikoláievich Sóbolev.

[302] María Leonídovna Maklakova (de soltera Obolénskaia), sobrina nieta de Lev Tolstói, y su marido Nikolái Alekséievich Maklakov (1871-1918), político ultraconservador, ministro del Interior entre 1912 y 1915, hijo de Alekséi Nikoláievich Maklakov (1838-1905), eminente oftalmólogo y profesor de la Universidad de Moscú.

[303] Aleksandr Borísovich Goldenweiser (1875-1961), compositor y pianista.

[304] Nikolái Alekséievich Kasatkin (1859-1930), pintor.

[305] Cesare Lombroso (1835-1909), médico, antropólogo y criminólogo italiano.

[306] Se refiere a *¿Qué es el arte?*, que sería publicado unos meses más tarde.

[307] Dmitri Dmítrievich Diákov (1880-1943), hijo de Dmitri Alekséievich Diákov.

[308] En febrero de 1897 Vladímir Chertkov marchó exiliado a Inglaterra, donde pasó casi once años, por denunciar la persecución de un grupo religioso, conocido como los *dujobory*, a manos de las autoridades zaristas. Allí creo la editorial Free Age Press, que publicó en inglés muchas obras de Tolstói.

[309] Dora Fiódorovna Tolstaia -Westerlund de soltera- (1878-1933), mujer de Lev Lvóvich Tolstói.

[310] Hippolyte Adolphe Taine (1828-1893), filósofo e historiador francés, autor de *Philosophie de l'art.*

[311] «El arte tiene como finalidad manifestar el carácter capital, alguna cualidad sobresaliente y notable, un punto de vista importante, una manera de ser principal del objeto.»

[312] Lev Tolstói estaba leyendo *Philosophie de l'art* mientras preparaba ¿*Qué es el arte*?, donde cita el concepto de la belleza de Taine y polemiza con él en cuanto a la definición de arte.

[313] Amigos de los Tolstói.

[314] Borís Nikoláievich Nagórnov (1877-1899), sobrino nieto de Tolstói.

[315] Iván Ivánovich Dubenski (1854-1917), director del hospital provincial de Kaluga.

[316] María Aleksándrovna Tsurikova (1854-1924).

[317] Nikolái Dmítrievich Rostóvtsev (1846-1922), terrateniente en la provincia de Vorónezh y seguidor de Tolstói.

[318] Piotr Alekséievich Serguéienko (1854-1930), escritor; autor, entre otras obras, del libro *Cómo vive y trabaja el conde Lev Nikoláievich Tolstói* (Moscú, 1898).

[319] El 29 de agosto de 1897, Tolstói escribió una carta abierta al periódico sueco *Stockholm Tagblatt* en la cual rechazaba el Premio Nobel, que según el escritor debería concederse a los *dujobory*. En octubre de 1897 el periódico publicó la carta de Tolstói. Apareció en ruso en la revista *Pensamiento libre(Svobódnaia mysl)*, publicada en Ginebra, en el n.º 4 de 1899.

[320] Sofia Tolstaia confunde al ingeniero sueco Alfred Nobel (1833-1896) con L. E. Nobel, un conocido magnate del petróleo.

[321] El pintor Vasili Vasílievich Vereshchaguin (1842-1904).

[322] La Academia Sueca no llegó a galardonar con el Nobel a Lev Tolstói. El primer Premio Nobel de la Paz fue concedido en 1901 a Frédéric Passy y Jean Henri Dunant.

[323] Leopold Auer (1845-1930), violinista.

[324] Eugène d'Albert (1864-1932), pianista.

[325] Después de los disgustos ocasionados por la publicación del relato *Amo y criado*, Sofia le hizo prometer a Lev Tolstói que no le iba a entregar nada más a Liubov Gurévich para publicar en su revista *El Mensajero del Norte*. En esos momentos se dio cuenta a través de la prensa de que su marido había faltado a su palabra.

[326] La Iglesia ortodoxa celebraba en honor del zar unas festividades solemnes. Éstas se dividían en mayores: coronación, aniversarios, onomásticas del zar y del zarévich; y ordinarias: aniversarios, onomásticas, etcétera de los demás miembros de la familia real.

[327] La *grivna* (en plural, *grivny*) o *grívennik* era una moneda de diez kópeks.

[328] El telegrama de Lev Tolstói del 6 de diciembre decía: «Quería ir, pero me siento débil. Vuelve ya, por favor, no hay razón para sufrir. Responde».

[329] La anotación es del 7 de diciembre.

[330] Comedia de Aleksandr Ivánovich Sumbátov-Iuzhin (1857-1927).

[331] André Beaunier.

[332] Arthur Saint John.

[333] Leopold Antónovich Sulerżycki (1872-1916), director de teatro y ferviente tolstoiano. En su diario, publicado con el título *A América con los dujobory* (1905), describe la vida de los *dujobory* antes, durante y después de su emigración a Canadá.

[334] El médico Pável Serguéievich Úsov (1867-1917).

[335] Pável Konstantínovich Butenev, estudiante de la Universidad de Moscú, compañero de Mijaíl Lvóvich Tolstói.

[336] Vera Petrovna Sévertseva, sobrina segunda de Sofia.

[337] Vladímir Vasílievich Stásov (1824-1906), crítico de arte y musical.

[338] Se trata del «Prefacio» al artículo «Modern Science», de Edward Carpenter; según confesó Tolstói, ese artículo explicaba su propio ensayo sobre el arte.

[339] Obra del compositor ruso Nikolái Andréievich Rimski-Kórsakov (1844-1908).

[340] Vasili Vasílievich Mathé (1856-1917), grabador.

[341] María Alekséievna Maklakova, hija de Alekséi N. Maklakov.

[342] Los *molokane* (en singular, *molokanin*) eran los miembros de una secta cristiana rusa, contraria a la Iglesia ortodoxa oficial. A comienzos del siglo XX, varios millares de *molokane* emigraron a EE.UU. y a México. En EE.UU. constituyen en la actualidad una minoría etnolingüística, cuyos miembros preservan el idioma y las costumbres rusas y, al menos parcialmente, las prácticas religiosas propias de este grupo disidente.

[343] Serguéi Yúlievich Witte (1849-1915), político ruso de ascendencia holandesa; entre otros cargos, desempeñó los de ministro de Hacienda (1892-1903) y presidente del Consejo de Ministros (1905-1906).

[344] *Princesse M. Ouroussoff. Histoire d'une âme (Souvenirs recueillis par sa mère)*, París, 1904. Presumiblemente, Lev Tolstói leyó el manuscrito de esta obra.

[345] Nikolái Yákovlevich Grot (1852-1899), catedrático de filosofía en la Universidad de Moscú.

[346] Tissot, *La Vie de notre seigneur Jesus Christ*, Tours, 1896-1897.

[347] Edward Carpenter (1844-1929), escritor, filósofo y activista político y social inglés.

[348] La cita no corresponde al poeta romántico ruso Mijaíl Yúrievich Lérmontov (1814-1841), sino que procede de un poema de Aleksandr Serguéievich Pushkin (1799-1837); concretamente se trata de los versos finales de la composición «Deambulo por calles ruidosas» (1829).

[349] Modest Ilich Chaikovski (1850-1916), dramaturgo y libretista de ópera, hermano menor del compositor Piotr Ilich Chaikovski (1840-1893).

[350] Localidad situada a unos 80 km al noroeste de Moscú.

[351] Ardalión Ardaliónovich Tokarski (1859-1901), psiquiatra y psicólogo ruso.

[352] La joven Liza Olsúfieva, amiga de la familia Tolstói, había

fallecido de escarlatina tan sólo unos días antes.

353 Príncipe Serguéi Nikoláievich Trubetskói (1862-1905), profesor de filosofía.

354 Aleksandra Nikoláievna Toliverova-Peshkova (1842-1918), escritora, periodista y activista política y social.

355 *Igrúshechka*, revista infantil.

356 *Zhénskoie delo*, revista literaria mensual (1899-1900), editada por Toliverova-Peshkova.

357 Aleksandr Konstantínovich Glazunov (1865-1936), compositor y director de orquesta.

358 Yelizaveta Andréievna Behrs (1843-1919), hermana mayor de Sofia.

359 Yekaterina Fiódorovna Junge (Tolstaia de soltera; 1843-1913), prima segunda de Lev Tolstói, pintora.

360 Desde el día 16 de abril, el príncipe Pável (Paolo) Petróvich Trubetskói (1866-1938), escultor ruso, nacido y formado en Italia, estaba realizando un busto de Lev Tolstói.

361 Piotr Ivánovich Barténev (1829-1912), historiador, estudioso de la literatura y editor.

362 Conde Piotr Vasílievich Zavadovski (1739-1812), estadista ruso; fue, en su mocedad, uno de los numerosos favoritos de la emperatriz Catalina la Grande; en sus últimos años, durante el reinado del zar Alejandro I, ocupó distintos puestos en el gobierno.

363 Anna y Mijaíl, hijos de Iliá Tolstói y Sonia Filosófova.

364 *Der Freischütz*, ópera de Carl Maria von Weber (1786-1826), compositor alemán.

365 Ernest Teodor Westerlund (1839-1924), padre de Dora (mujer de Liova Tolstói) y consuegro de Sofia.

366 Sofia había llegado la víspera a Kiev, donde vivía su hermana Tania con su marido, Aleksandr Kuzminski, y sus hijos.

367 Lev Tolstói se había marchado unos días antes a visitar a su hermano Serguéi. En cuanto a la novela breve *El padre Sergui*, Tolstói la había iniciado en 1890 y la retomó en 1898. Sin embargo, no siguió con ella a su regreso a Yásnaia Poliana y, de hecho, quedó inédita en vida del autor.

368 Finalmente, Tolstói se concentró en la redacción de su novela *Resurrección*, en la que estuvo trabajando hasta finales de 1899.

369 *Sankt-Peterbúrgskiie védomosti*, publicación diaria (1702-1917), editada en San Petersburgo.

370 Antón Stepánovich Arenski (1861-1906), compositor.

371 *Niva*, semanario publicado en San Petersburgo (1869-1918), editado por Adolph Fiódorovich Marchs.

372 Avdotia Vasílievna Popova: trabajó treinta años en casa de los

Tolstói, primero como doncella y luego como ama de llaves. También la llaman Dushka y Duniasha.

373 Nombre de la estación de ferrocarril más próxima a Yásnaia Poliana.

374 La Sociedad de Diversiones Populares estaba organizando en Moscú una velada literario-musical en homenaje a Lev Tolstói. La velada se celebró finalmente el 19 de diciembre.

375 Fiódor Ivánovich Tiútchev (1803-1873), poeta romántico.

376 Sofia había recibido un telegrama confirmando la noticia el 28 de noviembre; la noche del 29 al 30 de noviembre viajó en tren a Yásnaia Poliana, con ánimo de recoger allí a su marido.

377 Calle céntrica de Moscú.

378 En realidad, la herida de la princesa Gurieli no resultó mortal. Falleció en 1900.

379 Antigua medida rusa de longitud, equivalente a unos 71 cm.

380 Harold Fielding, *The Soul of a People* [El alma de un pueblo] (1898). Por iniciativa de Tolstói, el libro fue traducido al ruso y publicado en 1902.

381 El mayor bien para tu corazón es descubrir que tras toda esta confusión e inquietud está la gran Paz.

382 Olga Konstantínovna Dieterichs (1872-1951), prometida de Andréi Lvóvich Tolstói.

383 El primer concierto organizado por la Sección de Moscú de la Sociedad Musical Rusa, bajo la dirección de Nikolái Grigórievich Rubinstein (1835-1881), se celebró el 22 de noviembre de 1860.

384 Hija de Tania, la hermana de Sofia.

385 Iliá Aleksándrovich Satz (1875-1912), compositor, director de orquesta y violonchelista.

386 Édouard Sinet, artista francés, objetor de conciencia. Mantuvo correspondencia con Tolstói en 1899 y 1900. La opinión del escritor sobre este sujeto (vertida en su *Diario*, en la entrada correspondiente al 21 de febrero de 1899) contrasta abiertamente con la de su mujer: «Está viviendo aquí un francés muy interesante y animado, Sinet. Es el primer francés devoto que he conocido».

387 Arthur Nikisch (1855-1922), director de orquesta húngaro.

388 Yelizaveta Andréievna Lavróvskaia (1845-1919), cantante de ópera y lírica.

389 Nikolái Yegórovich Sverchkov (1817-1898), pintor ruso, especializado en cuadros de batallas y escenas de caza. Sus acuarelas *Jolstomer de joven* y *Jolstomer de viejo*, pintadas en 1887, se las había regalado a Tolstói. No se conservan las copias realizadas por Sofia Tolstaia. El relato *Jolstomer (Historia de un caballo)* lo había escrito Tolstói en 1863, pero no lo publicó hasta dos décadas más tarde.

[390] Se trata, probablemente de *Pesnia bez slov* [Canción sin letra], en la que venía trabajando desde 1895.

[391] Finca situada en la provincia de Oriol.

[392] Más tarde cambió el título de este drama por el de *El cadáver viviente*. No obstante, Tolstói dejó inacabada esta obra, y no la publicó en vida.

[393] Arseni Nikoláievich Koreshchenko (1870-1921), compositor y director de orquesta. Su ópera *La casa de hielo*, con libreto de M. I. Chaikovski, se estrenó en el Teatro Bolshói en 1900.

[394] Jrisanf Nikoláievich Abrikósov (1877-1957), correligionario de Tolstói.

[395] Una carta de Lev Lvóvich Tolstói a su madre Sofia del 24 de diciembre de 1900 le comunicó la muerte de su nieto.

[396] Una carta de Tatiana Lvovna Sujótina del 27 de diciembre de 1900 a su madre Sofia.

[397] Cuando Tatiana se casó en 1899 con Mijaíl Serguéievich Sujotin, éste ya tenía seis hijos de su primera esposa, María Mijáilovna Sujótina.

[398] Aleksandra Vladímirovna Glébova.

[399] Olga Konstantínovna Tolstaia (1872-1951), mujer de Andréi Lvóvich Tolstói y cuñada de Chertkov.

[400] Yekaterina Adólfovna Dunáieva, esposa de Aleksandr Nikíforovich Dunáiev.

[401] El coleccionista moscovita Nikolái Nikoláievich Chernogúbov estaba recogiendo materiales para realizar un biografía del poeta Afanasi A. Fet, y en una carta del 7 de junio de 1900 dirigida a Sofia había pedido permiso para conocer la correspondencia que aquél había mantenido con Lev y con Sofia.

[402] El gran duque Sergui Aleksándrovich (1857-1905) era hijo de Alejandro II.

[403] El monasterio de Chúdov formaba parte del complejo del Kremlin de Moscú; fue demolido en 1930.

[404] El sobrino de Sofia Mijaíl Aleksándrovich Kuzminski.

[405] Mijaíl Petróvich Nóvikov (1871-1939), campesino de la provincia de Tula.

[406] Mijaíl Vasílievich Bulyguin (1863-1943), terrateniente en el distrito de Krapivna y discípulo de Tolstói.

[407] El 24 de febrero de 1901, en *La Gaceta Eclesiástica (Tserkóvnyie védomosti)*, n.º 8, se publicó una resolución del Santo Sínodo del 20-22 de febrero sobre Tolstói, en la que se decía: «La Iglesia no le considera miembro suyo y no le podrá considerar como tal hasta que se arrepienta y restablezca sus relaciones con ella». El 25 de febrero este documento apareció en los periódicos. Esto supuso la excomunión

oficial de Tolstói.

408 El 26 de febrero de 1901 Sofia Tolstaia envió una carta al procurador general del Sínodo K. P. Pobedonóstsev y a los metropolitas que habían firmado la decisión. Tras conocer su contenido, Tolstói dijo: «Sobre esta cuestión se han escrito tantos libros que no cabrían en esta casa, pero tú quieres instruirles con tu carta». La carta de Sofia fue publicada el 24 de marzo de 1901, en el suplemento al n.º 17, como elemento no oficial, de *La Gaceta Eclesiástica*, junto con la respuesta del metropolita Antoni del 16 de marzo de 1901. Sofia pegó en su diario los recortes del periódico con sus notas al margen. Escribió: «No hay límites para mi dolorosa indignación, teniendo en cuenta que por ese documento mi marido perecerá espiritualmente: eso no es competencia de los hombres sino de Dios. Nadie salvo Dios conoce ni, por fortuna, domina la vida del alma humana desde el punto de vista de la religión. Pero, desde el punto de vista de esta Iglesia, a la cual pertenezco y de la cual nunca me he apartado, la cual fue creada por Cristo para la bendición en el nombre de Dios de todos los momentos importantes en la vida del hombre -nacimientos, matrimonios, muertes, penas y alegrías-, la cual ha de proclamar en voz alta la ley del amor, del perdón -del amor a los enemigos, a quienes nos odian-, y orar por todos; desde ese punto de vista, para mí es inconcebible la disposición del Sínodo. Ésta no despertará simpatías (acaso sólo de *La Gaceta de Moscú*), sino indignación en la gente, y gran amor y compasión hacia Lev Nikoláievich. Ya estamos recibiendo tales declaraciones -y no tendrán fin-del mundo entero».

409 Por su participación en las revueltas estudiantiles que tuvieron lugar en la Universidad de Kiev a principios de enero de 1901, ciento ochenta y tres estudiantes fueron llamados a filas. Esto sirvió de acicate para que los estudiantes de San Petersburgo y otras ciudades salieran en su defensa. El 25 de febrero se organizó en Moscú una manifestación de obreros y de estudiantes.

410 La carta de Sofia Tolstaia fue publicada sólo en periódicos extranjeros. En Rusia se distribuyó en forma de hojas hectografiadas, puesto que el comité de censura de Moscú había enviado una circular prohibiendo publicar telegramas y otros materiales que «expresaran su simpatía» a Tolstói.

411 La carta de Tolstói fue en respuesta a la persecución por parte del gobierno de los estudiantes que habían participado en las manifestaciones, y también fue enviada a los grandes duques y a todos los ministros.

412 El concierto tuvo lugar el 17 de marzo de 1901.

413 Varvara Valeriánovna Nagórnova (1850-1922).

414 Piotr Semiónovich Vannovski (1822-1904).

[415] Había caído enfermo a finales de junio.

[416] El escritor Maksim Gorki (pseudónimo de Alekséi Maksímovich Péshkov; 1868-1936) vivía en una dacha en Oleiz, a unos dos kilómetros de Gaspra.

[417] Su nuera Olga Konstantínovna Tolstaia.

[418] En su entrada anterior, del 11 de enero, Sofia había mencionado que su nuera Olga, mujer de Andriusha, había notado que la criatura que estaba gestando había dejado de moverse.

[419] El 12 de enero de 1902, en el periódico *Rusia(Rossíia)* apareció un artículo satírico del escritor y periodista Aleksandr Valentínovich Amfiteátrov, titulado «Los señores Obmánov», dirigido contra la familia imperial. El autor fue desterrado a Siberia y la publicación clausurada.

[420] Dmitri Serguéievich Sipiaguin (1853-1902), político reaccionario ruso; ministro del Interior entre 1900 y 1902, murió víctima de un atentado terrorista en abril de ese año.

[421] María Olénina-D'Alheim (1869-1970), mezzosoprano.

[422] Puntos suspensivos en el original.

[423] El signo de interrogación es de la propia Sofia.

[424] Tolstói estaba corrigiendo su artículo *Sobre la tolerancia*, que había redactado a finales de 1901. Fue publicado, fuera de Rusia, por la editorial La Palabra Libre (Svobódnoie Slovo), en 1902. En Rusia no apareció hasta 1906.

[425] Véase la entrada del 12 de enero.

[426] El cuento, con el título definitivo de «Los muñequitos esqueletos», se publicó en el libro *Kúkolki-skelettsy i druguíie rasskazy* [Los muñequitos esqueletos y otros cuentos], Moscú, 1910.

[427] El 15 de febrero había recibido otra carta análoga, en este caso del arzobispo metropolitano de San Petersburgo, Antoni, quien exhortaba a Sofia para que convenciera a Lev Tolstói de reconciliarse con la Iglesia ortodoxa.

[428] Jantipa -o Xantipa-fue la mujer del filósofo Sócrates; constituye un ejemplo proverbial de esposa malhumorada que se esfuerza en hacerle la vida imposible a su marido.

[429] En realidad, la entrada anterior del diario corresponde al 19 de marzo.

[430] Henry George (1839-1897), político y economista estadounidense, defensor del principio de la propiedad colectiva de los recursos naturales, como la tierra.

[431] En la entrada del 13 de abril (la anterior a ésta), Sofia se había referido en términos críticos a sus hijos; decía, entre otras cosas, que habían heredado de su padre la inclinación al egoísmo y al despotismo.

432 Véase la entrada del 5 de abril.

433 Fiódor Nikíforovich Plevako (1842-1909), jurista y abogado progresista; reputado orador.

434 Evgueni Abrámovich Baratynski -o Boratynski- (1800-1844), poeta.

435 Príncipe Mijaíl Dmítrievich Gorchakov (1793-1861), general de artillería; desempeñó un destacado papel en la Guerra de Crimea.

436 El relato que escribió Nikolái Leskov a partir del argumento ofrecido por Tolstói es *Chas voli bózhiiei* [La hora de la voluntad divina], y fue publicado en 1890.

437 En octubre de 1902, Lev Tolstói le comunicó por carta a Chertkov que dejaba inacabada la novela *Hadjí Murat*, y que no tenía intención de publicar esa obra. Lo cierto, sin embargo, es que más adelante la retomó y trabajó en ella hasta 1905. Fue publicada, póstumamente, en 1912.

438 Unos días después, en la entrada del 23 de octubre, Sofia comenta su reconciliación con su hija Masha.

439 Paul Margueritte (1860-1918); probablemente la obra que dio pie a la discusión fuera *Mariage et divorce* (1900), escrita en colaboración con su hermano Victor.

440 El 7 de diciembre Lev Tolstói había caído enfermo de gripe, que se le complicó por culpa de la edad y de su estado general de salud (ya había atravesado otra crisis, menos seria, a mediados de octubre).

441 Gerhart Hauptmann (1862-1946), escritor naturalista alemán, Premio Nobel de Literatura en 1912.

442 Aléksei Stepánovich Jomiakov (1804-1860), poeta dramaturgo y polemista religioso.

443 Józef Kazimierz Hofmann (1876-1957), pianista polaco, posteriormente nacionalizado estadounidense.

444 Aleksandr Ilich Ziloti -también conocido como Alexander Siloti- (1863-1945), pianista y director de orquesta.

445 *La copa*, balada para solista, coro y orquesta, de Antón Stepánovich Arenski (1861-1906), sobre un texto del poeta Vasili Andréievich Zhukovski (1783-1852), traducción de *El buceador*, de Friedrich Schiller.

446 La recopilación de máximas filosóficas fue publicada en agosto de 1903 por la editorial El Intermediario, con el título *Pensamientos de hombres sabios para cada día.*

447 De cara a la redacción de la novela *Hadjí Murat*, en la que estaba trabajando Lev Tolstói desde hacía varios años.

448 El 7 de febrero de 1903 había aparecido en la revista *Nuevos Tiempos* una carta de Sofia en la que criticaba *El abismo* (1902), relato del escritor Leonid Nikoláievich Andréiev (1871-1919) que había

suscitado una enorme polémica literaria y moral.

449 Verso del poema *Silentium*! del poeta Fiódor Tiútchev; se trataba de uno de los textos más queridos de Lev Tolstói.

450 Klara Karlovna Bool, institutriz en casa de los Dunáiev.

451 Ópera de Antón Arenski estrenada en el Teatro Bolshói de Moscú en enero de 1904; el libreto, de M. I. Chaikovski, se basa en un poema homónimo de Zhukovski en el que se recrea un episodio del *Mahábharata* centrado en el tema del amor conyugal.

452 Fiódor Ivánovich Shaliapin -también conocido como Chaliapin- (1873-1938), cantante de ópera.

453 Iván Vladímirovich Tsvetáiev (1847-1913), historiador, arqueólogo y filólogo; padre de la célebre poetisa Marina Ivánovna Tsvetáieva (1892-1941).

454 Recordemos que este periódico de Moscú se caracterizaba por su marcada orientación reaccionaria.

455 En ruso, León.

456 Iván Yegórovich Zabelin (1820-1909), historiador y arqueólogo; director del Museo de Historia.

457 Príncipe Nikolái Serguéievich Shcherbátov (1853-1929), historiador y arqueólogo; presidente del Museo de Historia.

458 Grigori Petróvich Gueórguievski (1866-1948), historiador y paleógrafo; encargado de la sección de manuscritos del Museo Rumiántsev.

459 El *artélshchik* Matvéi Nikítich Rumiántsev se encargaba del mantenimiento de los fondos bibliográficos de Sofia Tolstaia. Varios miembros de la familia Rumiántsev trabajaron para los Tolstói. (La desconcertante coincidencia de su apellido con el nombre del museo es meramente accidental.)

460 El texto apareció, efectivamente, en la publicación *Zhurnal dlia vsej*, n.º 3 (1904).

461 La guerra ruso-japonesa estalló el 27 de enero de 1904; en el diario de Tolstói hay continuas referencias a esos «hechos terribles», como llama él a la guerra.

462 Tolstói empezó *El cupón falso* a finales de la década de 1880, y volvió sobre el relato en varias ocasiones; la última fue ésta, en febrero de 1904, tras lo cual lo abandonó inconcluso. La obra no se editó en vida del autor.

463 El 5 de agosto de 1904, su hijo Andriusha había partido para la guerra en el Pacífico contra el Japón. Marchaba como voluntario, con rango de suboficial. En esos momentos, Andréi Lvóvich Tolstói tenía una complicada situación familiar: acababa de abandonar a su mujer, Olga, y a sus hijos, tras haberse enamorado de otra mujer. En su entrada del 8 de agosto de 1904, Sofia describe detalladamente las

circunstancias de la partida de su hijo Andriusha, con su regimiento, de la estación de Tambov.

464 Sofia Andréievna Tolstaia (1900-1957), hija mayor de Andriusha y de Olga.

465 Serguéi Nikoláievich Tolstói (1826-1904), hermano de Lev Tolstói, murió a los pocos días, el 23 de agosto de 1904.

466 En esta fecha, Sofia Tolstaia emprendió la redacción de un nuevo diario, al que denomina *Diario cotidiano*, caracterizado por la extrema concisión de sus frecuentes anotaciones. Este *Diariocotidiano* la acompañó, con algunas interrupciones, prácticamente hasta el fin de sus días. En algunos períodos (años 1909 y 1910), Sofia trabajó tanto en el viejo *Diario* (con extensas anotaciones) como en el nuevo. En lo sucesivo, aparecen en cursiva las fechas de las entradas correspondientes al *Diariocotidiano*, y se mantienen en redonda las del primitivo *Diario*.

467 Ésta es la última entrada que la autora anota en el *Diario* hasta el 7 de septiembre de 1908, fecha en que volverá a retomarlo.

468 Véase la entrada correspondiente al 18 de enero de 1904.

469 P. I. Biriukov se había visto obligado a exiliarse de Rusia en 1897, tras participar en la ayuda a los *dujobory*. Obtuvo permiso para regresar después de la amnistía del 11 de agosto de 1904. Llegó a Yásnaia Poliana el 24 de diciembre de 1904 y permaneció allí hasta el 3 de enero de 1905.

470 En 1901, P. I. Biriukov comenzó a recoger materiales y a redactar la biografía de Tolstói. El primer tomo fue publicado en 1906 en la editorial El Intermediario con el título: *Lev Nikoláievich Tolstói. Una biografía.*

471 Del 13 al 22 de enero de 1905 Tolstói estuvo trabajando en el artículo *Sobre los movimientos sociales en Rusia*. Respondía así a las numerosas cartas que le pedían que manifestara su parecer en relación con la agitación de los *zemstva*, que solicitaban la limitación de la autocracia y la introducción de un sistema representativo de gobierno, y en relación con los sucesos acaecidos en San Petersburgo el 9 de enero de 1905. El artículo fue publicado por Chertkov en Inglaterra, en *La Palabra Libre*, n.º 92, 1905.

472 De los acontecimientos del 9 de enero de 1905 en San Petersburgo tuvieron noticia en Yásnaia Poliana a través de los periódicos del 11 de enero, así como a través del recién llegado Boulanger.

473 El pintor Nikolái Vasílievich Orlov (1863-1924).

474 Viacheslav Viacheslávovich Ténishev, terrateniente de la provincia de Oriol.

475 El concierto benéfico fue organizado por Sofia Nikoláievna

Glébova. A petición suya Tolstói envió un pasaje de *Hadjí Murat* (que no fue incluido en la versión definitiva de la novela). En el concierto del 14 de febrero, el actor y dramaturgo A. I. Sumbátov-Yuzhin leyó un fragmento de *Guerra y paz*, incluido en el programa de común acuerdo con Sofia Tolstaia.

476 Piotr Alekséievich Serguéienko.

477 Un corresponsal del periódico *The North American Newspaper* cuyo nombre no ha quedado registrado.

478 N. L. Obolenski escribió un esbozo biográfico sobre Pascal por encargo de Tolstói, y luego éste reelaboró por completo el texto y añadió una introducción y una conclusión. Fue publicado en *Círculo de lectura*, tomo II, Moscú, El Intermediario, 1906.

479 Su hija Tatiana y la amiga de ésta, Yulia Ivánovna Igúmnova.

480 El artículo de S. I. Tanéiev «A propósito de la resolución tomada por la dirección de la Sociedad Musical Rusa el 19 de marzo de 1905» (*Rus*, n.º 93, 11 de abril de 1905) ponía de manifiesto la ilegitimidad del cese de N. A. Rimski-Kórsakov como profesor del Conservatorio, decisión tomada sin conocimiento del Consejo de la Artes.

481 Novela de Aleksandr Ivánovich Kuprín (1870-1938).

482 Su hija Tatiana Lvovna Sujótina y Mijaíl Serguéievich Sujotin tuvieron a la pequeña Tatiana Mijáilovna Sujótina.

483 Tolstói estuvo trabajando en el relato *Divino y humano* desde 1903; Chertkov lo preparó para publicarlo en la editorial La Palabra Libre y para traducirlo al inglés. En octubre de 1905 envió desde Inglaterra las pruebas del relato. Desconforme con el resultado de algunas partes, Tolstói decidió reelaborar el texto. El 3 de diciembre de 1905 le envió el relato a Chertkov, pero no se publicó entonces. Apareció por primera vez en *Círculo de lectura*, tomo II, Moscú, El Intermediario, 1906.

484 Se trataba de Vsévolod Emílievich Meyerhold (1874-1940), el célebre actor y director teatral que renovó la escena rusa después de la Revolución.

485 Iván Pávlovich Yuvachóv (1860-1940) escritor -con el pseudónimo «Miroliúbov»- y revolucionario.

486 Se trata de la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú.

487 El artículo *Gobierno, revolucionarios, pueblo*, que finalmente se titularía *Llamamiento a las gentes de Rusia. Al gobierno, a los revolucionarios y al pueblo*.

488 Sofia había comenzado en 1904 a escribir su autobiografía, que titularía *Moiá zhizn* [Mi vida], y siguió trabajando en ella -con muchas interrupciones-casi hasta el fin de sus días. Sin embargo, la obra quedó inconclusa, deteniéndose el relato a la altura del año 1901. Algunos capítulos aparecieron en revistas en 1912 y 1913, pero el conjunto ha

permanecido inédito hasta la fecha.

[489] El escritor japonés Kenjiro Tokutomi, conocido con el pseudónimo de Tokutomi Roka (1868-1927), le envió a Tolstói su novela *Nami-Ko* (Boston, 1904). Fue traducida al ruso en 1905.

[490] Semión Andréievich Poroshin (1741-1769), escritor.

[491] El mencionando Tokutomi Roka, profundo admirador de Tolstói y de su obra, plasmó en *Cinco días en Yásnaia Poliana* los recuerdos de su encuentro con el autor ruso.

[492] Grigori Moiséievich Berkenheim (1872-1919).

[493] Su hijo Serguéi Lvóvich Tolstói estaba a punto de casarse en segundas nupcias con María Nikoláievna Zúbova.

[494] Aleksandr Vasílievich Olsúfiev (1843-1907), general ayudante de campo de de Nicolás II.

[495] Se refiere a su hija María Lvovna Obolénskaia.

[496] Nikolái Obolenski, viudo de Masha.

[497] Aleksandra Leonídovna Dolinino-Ivánskaia, de soltera Obolénskaia, mujer de un terrateniente de Tula.

[498] Campesinas de Yásnaia Poliana.

[499] Estas dos primeras frases fueron anotadas por Lev Tolstói. Sofia continuó la entrada.

[500] El 23 de abril de 1907 se recibió en Yásnaia Poliana un telegrama de San Petersburgo que decía: «Estamos conmocionados por la noticia de la muerte de Lev Nikoláievich. Nemiróvich-Dánchenko».

[501] El comunicado de la disolución de la Segunda Duma Estatal se publicó en *Nuevos Tiempos*, 3 de junio de 1907; el manifiesto el 4 de junio.

[502] Mijaíl Vasílievich Nésterov (1862-1942) acudió a Yásnaia Poliana invitado por Sofia. Realizó algunos bocetos y comenzó a pintar un gran retrato de Tolstói al óleo, que fue acabado en otoño de 1907.

[503] Cuento basado en una leyenda checa, escrito para las lecturas semanales del *Círculo de lectura* infantil.No llegó a verlo publicado en vida por problemas con la censura.

[504] Mujer de Chertkov.

[505] Serguéi Dmítrievich Nikoláiev (1861-1920), economista, traductor de Henry George al ruso y correligionario de Tolstói.

[506] Nadezhda Pávlovna Ivánova, una conocida de Tula de los Tolstói.

[507] Su hermano Aleksandr.

[508] Sofia Aleksándrovna Stajóvich (1862-1942), amiga de los Tolstói.

[509] Dmitri Petrovich Silchevski (1851-1919), escritor y bibliógrafo.

[510] Vsesviátski, estudiante de la universidad de Járkov.

[511] Nikolái Maksímovich Kuzmín (nacido en 1884), estudiante de la Academia de Agronomía de Petrovsko-Razumóvskoie.

[512] Jristo Dósev (1887-1919), escritor búlgaro.

[513] Nikolái Nikoláievich Gúsev (1882-1967), secretario de Tolstói en los años 1907-1909.

[514] María Aleksándrovna Schmidt.

[515] María Nikoláievna Rostóvtseva.

[516] Mijaíl Vlásov, campesino de Yásnaia Poliana.

[517] Natalia Borísovna Nordman (1863-1914), escritora casada con el pintor Repin. Ambos permanecieron en Yásnaia Poliana hasta el 29 de septiembre.

[518] El 22 de octubre de 1907, el secretario de Tolstói, N. N. Gúsev, fue arrestado y conducido a la cárcel Krapivna. El motivo del arresto fue la denuncia de que en las reuniones de los jóvenes campesinos «maldecía al zar». Durante el registro efectuado en Teliatinki, la hacienda de Aleksandra Lvovna Tolstaia, donde vivía N. N. Gúsev, se halló un folleto: el artículo de Tolstói *Lo único que hace falta* (no *¿Dónde está la salida?*), que había sido publicado por la editorial Renovación (Obnovléniie) de San Petersburgo, en 1906, con omisiones debidas a la censura; en los márgenes Gúsev había repuesto los pasajes suprimidos por la censura, entre los cuales había declaraciones muy críticas con los zares.

[519] A.P. Arapova, *Natalia Nikoláievna Púshkina-Lanskaia*, suplemento ilustrado al periódico *Nuevos Tiempos*, diciembre, 1907.

[520] La anterior entrada en el *Diario* es del 14 de enero de 1905; en cuanto al *Diario cotidiano* que, de hecho, lo había venido a sustituir, Sofia llevaba sin escribir en él desde el 31 de diciembre de 1907.

[521] Lev Tolstói tenía una flebitis.

[522] Dušan Makovický (1866-1921) era en realidad eslovaco, nacido en Ružomberok, si bien parte de su formación académica tuvo lugar en Praga. Fue médico personal de Tolstói desde 1904 hasta 1910.

[523] Varvara Mijáilovna Feokrítova (1875-1950).

[524] Tolstói proseguía la reelaboración de su *Círculo de lectura*, selección de máximas y pensamientos de filósofos y escritores, con vistas a la segunda edición.

[525] La Sociedad de Amigos de las Artes de Moscú le envió un álbum con acuarelas, pasteles y dibujos a lápiz de N. A. Kasatkin, A. P. Vasnetsov, Baturin, L. O. Pasternak, *etc.*

[526] E. Cherchopova envió el recamado *Tolstói en un campo labrado*. El retrato lo envió el artista Gusikiants.

[527] Un *pud* (en plural, *pudy*) equivale a 16,3 kilogramos.

[528] El paquete fue recibido en Yásnaia Poliana el 1 de septiembre

de 1908. En el talón perforado aparecía una dirección de Moscú y el apellido de la remitente: O. A. Markova. Tolstói le respondió el 3 de septiembre de 1908: «Me alegraría mucho que me explicara el motivo de su rencor». Más tarde Gúsev constató que la dirección indicada no se correspondía con el domicilio de O. A. Markova.

529 C. H. Wright, bibliotecario del Museo Británico, había llegado a Yásnaia Poliana el 28 de agosto de 1908, con una felicitación firmada no sólo por escritores, sino también pintores, músicos y otras grandes personalidades.

530 Carta de G. Y. Politovski del 5 de septiembre de 1908. Gúsev le contestó en nombre de Tolstói el 13 de septiembre de 1908.

531 Los hechos narrados ocurrieron el 13 de junio de 1853. Algunos detalles de ese episodio fueron aprovechados posteriormente por Tolstói para su relato *El prisionero del Cáucaso*.

532 Vladímir Vladímirovich Chertkov (1889-1964).

533 Olga, la primera mujer de Andriusha, era cuñada de Chertkov; sus hijos eran Sofia Andréievna Tolstaia (Sóniushka) e Iliá Andréievich Tolstói (Iliúshok).

534 Sofia estaba pasando a limpio los borradores del relato *¿Quiénes son los asesinos? Pável Kudriash*, en el que Tolstói estuvo trabajando desde diciembre de 1908 hasta febrero de 1909. La obra quedó inacabada y no se publicó en vida del autor.

535 Era la segunda vez que la célebre pianista polaca Wanda Landowska (1879-1959) visitaba Yásnaia Poliana.

536 Dmitri Vladímirovich Karakózov (1840-1866), miembro del movimiento revolucionario ruso.

537 *Memorias del senador Yésipovich*, en la revista *Rússkaia stariná*, n.º 1-2, 1909.

538 Para la edición ilustrada de *Infancia y adolescencia* de Lev Tolstói.

539 Vasili Ivánovich Timiriazev (1849-1919), ministro de Comercio e Industria desde 1908.

540 Vladímir Chertkov fue desterrado por decisión del Departamento de Policía.

541 En la carta del 6 de marzo de 1909 Sofia Tolstaia escribió: «El destierro de Chertkov y el castigo a quien osa leer y dar a leer los libros de Tolstói es una muestra mezquina de hostilidad contra un anciano cuyo nombre ha dado fama mundial a Rusia».

542 La carta fue publicada el 11 de marzo de 1909 en *La Gaceta Rusa* y fue reproducida por otros periódicos.

543 Baba Bharati, *Shree Krishna.The Lord of Love*, Nueva York, 1904. Tolstói señaló en el libro una serie de máximas para que fueran traducidas e incluidas en el libro sobre Krishna en el que estaba

trabajando S. D. Nikoláiev. Basándose en la obra de Bharati, Tolstói redactó la leyenda de Krishna, las traducciones de las sentencias, y también escribió un prólogo. Entregó el manuscrito a la editorial El Intermediario, pero la obra no fue publicada.

544 *Les Livres sacrés de l'Orient*, París, 1852.

545 Piotr Arkádievich Stolypin (1862-1911), ministro del Interior y primer ministro en 1906-1911.

546 Vladímir Aifalovich Molóchnikov (1871-1936), cerrajero de Nóvgorod y correligionario de Tolstói.

547 Iván Mijáilovich Tregúbov (1858-1931), amigo de Tolstói.

548 Tras recibir la notificación de que el ministro de Interior, P. A. Stolypin, le había denegado definitivamente el derecho a entrar en la provincia de Tula, Chertkov se estableció con su familia en el pueblo de Kriókshino, en la provincia de Moscú, en la hacienda de unos parientes.

549 En la prensa apareció el comunicado del juicio inminente a N. Y. Felten por publicar en la editorial Renovación varios artículos de Tolstói, *No matarás* entre ellos. El juicio se celebró el 12 de mayo de 1909 y Felten fue condenado a seis meses de prisión.

550 En la carta del 12 de julio dirigida al comité organizador del XVIII Congreso Internacional de la Paz, cuya inauguración estaba programada para el 14 de agosto de 1909 en Estocolmo, Tolstói les daba las gracias por haberle invitado como miembro honorífico y les comunicaba que haría todo lo posible por asistir si sus fuerzas se lo permitían o que enviaría un comunicado por escrito.

551 V. A. Molóchnikov, en una carta a Tolstói del 12 de junio de 1909, le informó -basándose en las palabras de un compañero-de las vejaciones que sufrían los campesinos en las propiedades de B. A. Vasílchikov, miembro del Consejo de Estado e importante terrateniente, y le pidió a Tolstói que escribiera a Vasílchikov. Tolstói, en una carta dirigida a Molóchnikov el 16 de junio de 1909, le expresó su indignación contra Vasílchikov. Molóchnikov le escribió a Vasílchikov una carta muy dura, en la que citaba las palabras de Tolstói.

552 *Rússkoie slovo*, diario de Moscú (1895-1917); el corresponsal S. P. Spiro se interesaba por el eventual viaje de Tolstói a Estocolmo.

553 Gúsev fue desterrado por un período de dos años a la provincia de Perm y sometido a vigilancia policial «por propaganda revolucionaria y difusión de obras literarias cuya circulación había sido prohibida».

554 Las ilustraciones para el libro de Sofia Tolstaia las realizó finalmente el artista Aleksandr Víktorovich Moravov, por decisión de la autora.

555 A. Maruhin, hombre extraordinariamente interesante según el propio Tolstói.

556 Aylmer Maude (1858-1938), autor de la biografía de Tolstói (*Life of Tolstoy*, 1908-1910); se dedicó, junto con su esposa Louise Maude (1955-1939), a traducir al inglés y difundir la obra de Tolstói.

557 Aleksander Vasílievich Kalachov (1876-1931), maestro.

558 Unos representantes de la firma cinematográfica Pathé recibieron permiso para visitar a Tolstói y filmarle. Pero el 2 de septiembre se les envió un telegrama en nombre de Tolstói pidiendo que no fueran. Ellos se presentaron allí, a pesar de todo, y filmaron su salida de la estación de Shchókino.

559 Se presentaron en Yásnaia Poliana unos empleados de la firma Grammofón acompañados del poeta I. A. Beloúsov y de I. I. Mitropolski, redactor del periódico *Rumores de la Capital (Stolíchnaia molvá)*. Grabaron a Tolstói leyendo pasajes en ruso, francés, alemán e inglés de su libro *Para cada día.*

560 L. N. Tolstói, *Sobre la razón y la fe*, Moscú, 1909. En la revista *Crónica Literaria (Knízhnaia létopis)* se publicó, el 31 de octubre de 1909, la noticia de que el folleto había sido retirado de la circulación.

561 Tolstói recogió el suceso en «Los que viven y los que mueren», estampa que entró a formar parte de *Tres días en la aldea.*

562 Las dos obras mencionadas, junto con la tercera («Los que viven y los que mueren»), formarían el ciclo *Tres días en la aldea.*

563 El 15 de febrero, estando en Moscú, Sofia recibió un telegrama que le comunicaba que su hija Sasha y su nieta Tánechka tenían sarampión. Sofía regresó inmediatamente a Yásnaia Poliana.

564 Tomáš Garrigue Masaryk (1850-1937), político y filósofo, presidente de Checoslovaquia entre 1918 y 1935.

565 El 13 de abril, su hija Sasha, que llevaba varios meses con problemas de salud, había partido para Crimea, para ser examinada y tratada por los médicos.

566 Localidad en la provincia de Tula.

567 El 27 de mayo, su hija Sasha había regresado de Crimea, acompañada por Varvara Mijáilovna Feokrítova.

568 Durante la práctica totalidad de 1909 y toda la primera mitad de 1910, Sofia Tolstaia sólo escribió su *Diario cotidiano*. Ésta es la primera anotación en su *Diario* «normal» desde el 14 de enero de 1909.

569 Durante 1910 Tolstói escribió su diario en dos libretas. Comenzó la segunda el 14 de junio en la localidad de Otrádnoie (en la actualidad, un distrito de la ciudad de Moscú).

570 Anotación del 20 de junio del diario de Tolstói.

571 La crisis se produjo el 22 de junio. El telegrama, según V. M.

Feokrítova, le fue dictado por Sofia.

572 Anotación del 22 de junio.

573 Mijaíl Gavrílovich Erdenko (1886-1940), violinista, y su mujer Evguenia Iósifovna Erdenko (1880-1953), pianista.

574 Alekséi Petróvich Serguéienko (1886-1961), hijo de Piotr Alekséivich Serguéienko. Durante los años 1906 a 1910 fue secretario de Chertkov.

575 El 14 de agosto de 1910 le notificaron oficialmente a Chertkov el levantamiento de la prohibición de vivir en la provincia de Tula, y en Teliatinki en particular. El aviso apareció el 18 de agosto en muchos periódicos.

576 Desde el 15 de agosto, los Tolstói estaban en Kochety, en casa de su hija Tania.

577 Una puesta en escena del relato *El malhechor* de Antón Pávlovich Chéjov.

578 María Nikoláievna Tolstaia, segunda mujer de Serguéi L. Tolstói.

579 Se trata de una anotación suelta escrita por Lev Tolstói nada menos que en 1851; cayó en manos de Sofia por casualidad el 19 de julio de 1910 y ella la malinterpretó, dejándose llevar por sus prejuicios y sus obsesiones del momento.

580 Desde comienzos de agosto, Lev Tolstói había dejado de verse con Chertkov (aunque seguían escribiéndose con asiduidad), y el día 8 de ese mes Sofia le arrancó la promesa de no verlo más, promesa que el escritor le ratificó expresamente en más de una ocasión durante el mes de agosto. No obstante, a principios de septiembre ya le había expresado Tolstói a su mujer su arrepentimiento por haber formulado la promesa.

581 Iván Fiódorovich Nazhivin (1874-1940), escritor.

582 Se refiere al artículo de Borís Lvóvich Modzalevski *La biblioteca de Pushkin (descripción bibliográfica)*.

583 Sofia se enteró de la existencia de ese testamento secreto, que Lev Tolstói había firmado el 22 de julio, gracias a la anotación del 29 de julio del *Diario privado* de Tolstói, que le había sido celosamente ocultado.

584 *Chort* en ruso significa «demonio».

585 Anotación del 30 de julio de su *Diario privado*.

586 Se refiere a la anotación del 12 de septiembre de 1862 del *Diario* de Tolstói: «Estoy enamorado como no pensé que pudiera estarlo. Estoy loco, acabaré por pegarme un tiro si esto sigue así».

587 Desde el 21 de junio, Sofia había dejado de lado su *Diario cotidiano* para centrarse en el antiguo *Diario*, con entradas bastante extensas por lo general. Con esta fecha, 26 de octubre, retoma el

Diario cotidiano, que no abandonará en lo sucesivo. Aún añadiría, después de esta fecha, dos entradas, una de ellas muy breve, en su viejo *Diario*: el 7 y el 9 de noviembre.

588 Serguéi L. Tolstói había retado a duelo a K. V. Sumarókov por un conflicto relacionado con la caza del lobo. El duelo no llegó a celebrarse.

589 Iván Ósipovich Shuraiev, campesino de Yásnaia Poliana.

590 Lev Lvóvich Tolstói se encontraba en el extranjero.

591 Dmitri Dmítrievich Obolenski, viejo amigo de la familia, fue a Yásnaia Poliana en calidad de corresponsal de *Nuevos Tiempos*, para informar de lo que había ocurrido.

592 Lev Tolstói, acompañado por el doctor Dušan Makovický, se dirigió de Yásnaia Poliana a la estación de Shchókino, y de allí fue en tren a Shamordino.

593 Estas anotaciones fueron hechas posteriormente y por eso contienen algunos fallos cronológicos. De Shamordino, Tolstói salió a primera hora de la mañana del 31 de octubre. Una vez en la estación de Kozelsk, Lev Tolstói, su hija Sasha y Dušan Makovický se subieron sin billetes al tren que se dirigía hacia el sur.

594 El nombre del doctor era en realidad P. I. Rastegáiev, que llegó acompañado de la estudiante de la facultad de Medicina Y. I. Skorobogátova.

595 Anotado posteriormente. *[N. de la A.]*

596 Dmitri Vasílievich Nikitin (1874-1960).

597 A petición de Lev Tolstói, su hija Sasha le envió a Chertkov el siguiente telegrama: «Anoche nos apeamos en Astápovo. Fiebre alta, desvanecimiento. Temperatura matutina normal, ahora nuevamente fiebre. Impensable viajar. Expresó deseo de verte. Frólova». Para mantener en secreto su localización, Tolstói y su hija Sasha usaban en su correspondencia los pseudónimos «Nikoláiev» y «Frólova», respectivamente.

598 Ésta es la última entrada en el viejo *Diario* de Sofia Tolstaia, iniciado en 1862; en ella resume los sucesos de los últimos días y añade algunos detalles complementarios. Desde esta fecha, y hasta su muerte, Sofia únicamente siguió escribiendo su *Diario cotidiano*.

599 En la carta de despedida dirigida a su mujer, Lev Tolstói escribió: «No puedo seguir viviendo en este ambiente de lujo en el que he vivido, y estoy haciendo lo que habitualmente hacen los ancianos de mi edad: abandonar la vida mundana para vivir en soledad y calma los últimos días de mi vida. Por favor, compréndelo y no vayas a buscarme si averiguas dónde estoy».

600 Los únicos miembros de la familia que se encontraban al lado de Lev Tolstói eran sus hijas Tatiana y Aleksandra y su hijo Serguéi. El

«Informe médico sobre la enfermedad y muerte de L. N. Tolstói», del 9 de noviembre, firmado por D. P. Makovický, D. V. Nikitin y G. M. Berkenheim, ofrecía la siguiente explicación: «En reunión familiar, de acuerdo con la sugerencia de los médicos, se decidió que no entrara ningún otro familiar a ver a L. N., puesto que existían fundamentos para pensar que se agitaría al ver nuevos rostros, lo que podía redundar de forma fatídica en su vida, pendiente de un hilo».

601 Todo anotado muy posteriormente. *[N. de la A.]*

602 Vladímir Nikoláievich Filosófov, hermano de Sofia (Sonia) Nikoláievna Tolstaia y cuñado de Iliá.

603 A Sofia y a su hijo menor, Vánechka, se les había adjudicado la hacienda de Yásnaia Poliana en los repartos de 1891. Tras la muerte de Vánechka en 1895, Sofia y sus hijos se convirtieron en los propietarios de Yásnaia. A la muerte del escritor se planteó la cuestión del futuro de Yásnaia Poliana, puesto que sus herederos carecían de medios suficientes para su mantenimiento y conservación como monumento histórico-cultural. Surgió entonces el proyecto de rescatar la hacienda con dinero recaudado en «los países civilizados» para convertirla en una propiedad internacional y un monumento cultural, y toda la tierra restante vendérsela a los americanos por un millón y medio de dólares. El cuñado de Sofia, Mijaíl Kuzminksi, llegó a Nueva York el 1 de enero y llevó a cabo negociaciones con varios empresarios extranjeros. Cuando fueron publicadas las entrevistas que Kuzminski concedió a la prensa, se armó un gran revuelo en la sociedad rusa, dado que se pretendía vender bienes nacionales a los extranjeros. A finales de abril se publicó una entrevista con los hijos de Tolstói, en la que comunicaban: «Es cierto que hemos tenido conversaciones con millonarios americanos, pero sólo hemos hablado de la venta de las tierras, no de la casa. Nuestro común deseo es venderlo todo a la nación». Iliá Tolstói no viajó a América.

604 Iliá Danílovich Halpérine-Kaminski (1858-1936), traductor de Tolstói al francés.

605 Nikolái Konstantínovich Muravióv (1870-1936), abogado.

606 A. Ksiunin, periodista.

607 Iván Románovich Bazhénov, corresponsal de Sofia Tolstaia.

608 *Sobre los últimos días de Lev Nikoláievich Tolstói*, de V. G. Chertkov, apareció publicado por entregas en La Gaceta Rusa; después la reimprimieron muchos otros periódicos y enseguida se editó de manera independiente.

609 Bajo el título común *La herencia literaria de L. N. Tolstói* se publicaron dos cartas en *La Palabra Rusa*, una de Sasha y otra de Chertkov. Ella explicaba que, debido a que habían violado «la última voluntad paterna», había tenido que recurrir a los medios legales y

reclamaba que le entregaran los «originales mismos, no copias de los manuscritos». Chertkov rebatía la afirmación de Sofia Tolstaia de que los manuscritos se los había regalado el escritor y además hacía algunas alusiones injuriosas y faltas de tacto a Sofia.

610 Del proyecto de esta novela ya tenía noticia Sofia Tolstaia, pero al parecer éste era su primer contacto con los textos conservados en esbozos.

611 Carta de su hija Tatiana L. Sujótina del 29 de enero desde Roma: «Si fuera yo, en nombre del amor a la memoria del marido que no soportaba la contienda y el odio, y para preservar a la hija de una batalla indigna y deshonrosa contra su propia madre, le abriría la puerta del museo y le conferiría a ella (y a la sociedad) la responsabilidad de salvaguardar los manuscritos».

612 Anatoli Fiódorovich Koni (1844-1927), jurista y escritor. La carta, del 4 de diciembre de 1910, explicaba las circunstancias que envolvieron la marcha de Tolstói; su traducción al francés fue publicada en *Le Figaro* el 11 de febrero de 1923.

613 Años 1862-1863 del *Diario* de Lev Tolstói.

614 Nikolái Ósipovich Torba trabajaba en el negocio editorial.

615 María Nikoláievna Yermólova (1853-1928), actriz.

616 Lev Aristídovich Kasso (1865-1914), ministro de Educación.

617 Vera Serguéievna Liapunova (1881-1975), esposa del poeta V. D. Liapunov.

618 Pelagueia Vasílievna Chizhova, fallecida en 1910.

619 Lev Lvóvich Tolstói le escribía sobre las gestiones para organizar una exposición de sus esculturas.

620 I. D. Halpérine-Kaminski, tras visitar a Sofia Tolstaia, escribió dos artículos: *Yásnaia Poliana sin Lev Tolstói* y *La disputa por los manuscritos de Tolstói*, en el que defendía a Sofia.

621 Sofía Tolstaia recibió permiso para reeditar los tres volúmenes. Tras considerar su petición, el Comité para Asuntos de Prensa decidió que los artículos prohibidos fueran cortados de los volúmenes publicados. La ejecución de esta sentencia tuvo lugar el 28 de abril.

622 Serguéi Vasílievich Chefránov, de la tipografía de N. I. Kushneriov y Cía.

623 Una enfermera.

624 Vera Viacheslávovna Meshchérinova, prima de Sofia Tolstaia.

625 Mijaíl Aleksándrovich Islavin (1827-1903), tío de Sofia Tolstaia.

626 Natalia Nikoláievna Den (1872-1926), esposa de Vladímir Eduárdovich Den (1867-1933), profesor de política económica.

627 Mijaíl Aleksándrovich Stajóvich.

628 En esta sesión de la Sociedad del Museo Tolstói se escucharon informes sobre su actividad, sobre la preparación para la apertura en

San Petersburgo de un Museo Tolstói y se decidió editar la correspondencia entre Tolstói y N. N. Strájov.

629 Sofia Aleksándrovna Stajóvich.

630 Yelizaveta Alekséievna Naryshkina, esposa de un chambelán.

631 Iván Grigórievich Shcheglovítov (1861-1918), ministro de Justicia.

632 Los tomos XVI y XIX se publicaron menguados, sin añadir nuevas obras; en cambio, en el XX las obras suprimidas fueron sustituidas por cartas de Tolstói (a Sabatier, Mirbeau, etc.) y se mantuvo el número de pliegos primitivo.

633 El álbum *De la vida de L. N. Tolstói. Fotografías tomadas por la condesa S. A. Tolstaia* fue publicado a beneficio de los campesinos de los alrededores de Yásnaia Poliana damnificados por un incendio.

634 Aleksandr Mijáilovich Kuzminski.

635 N. N. Gúsev había regresado del exilio el 12 de julio de 1911.

636 Murió el 18 de octubre.

637 Konstantín Ivánovich Arabazhin (1865-1929), *L. N. Tolstói (Kak líchnost, judózhnik i myslítel)* [L. N. Tolstói (Como personalidad, artista y pensador)], San Petersburgo, 1909.

638 En la exposición de Tolstói en el Museo de Historia, inaugurada el 11 de octubre, se exhibían también obras musicales y poéticas. Había un vals atribuido a Tolstói que Serguéi Ivánovich Tanéiev había anotado tras oírselo tocar al escritor.

639 El 14 de octubre se celebró una reunión del Consejo de Ministros en la que se presentó un informe del ministro de Hacienda acerca de todos los problemas financieros y económicos relacionados con el rescate de Yásnaia Poliana al precio pedido por los herederos, quinientos mil rublos. Dado que el valor real de la finca, doscientos mil, sería pagado por el Banco Campesino, los trescientos mil restantes, de acuerdo con la propuesta, habrían de ser aportados por el gobierno. El procurador general del Santo Sínodo, K. Sábler, se opuso categóricamente a la participación del gobierno en la compra, alegando lo siguiente: «Perpetuar la memoria de Tolstói a expensas del gobierno se entendería como un deseo de fortalecer sus enseñanzas en la conciencia del pueblo. El gobierno no debe glorificar a Tolstói, en vista de la decisión tomada por el Santo Sínodo relativa a su apostasía de la Iglesia ortodoxa». Así, la cuestión de la venta de Yásnaia Poliana siguió abierta.

640 En la notaría de Speshniov, Sofia Tolstaia realizó una escritura de venta de la casa de Jamóvniki a la Duma de la ciudad.

641 Vladímir Fiódorovich Dzhunkovski, gobernador de Moscú.

642 En la carta a Nicolás II, enviada el 18 de noviembre y entregada a través de Bogdánov, Sofia Tolstaia escribió: «Si el gobierno ruso no

compra Yásnaia Poliana, mis hijos, que se encuentran algunos de ellos en una situación de tremenda necesidad, se verán obligados, no sin dolor de su corazón, a venderla por parcelas o íntegra a un propietario privado. Y entonces el corazón del pueblo ruso y de los descendientes de Lev Tolstói se estremecerá y afligirá porque el gobierno no habrá protegido la cuna y la tumba del hombre que ha glorificado el nombre de Rusia en el mundo entero y que es tan apreciado por su patria y su pueblo. No dejéis que se destruya irremisiblemente Yásnaia Poliana, permitiendo su venta no al gobierno ruso sino a particulares». La resolución del zar, del 20 de noviembre fue la siguiente: «Considero inadmisible la compra de los bienes del conde Tolstói por el gobierno. El Consejo de Ministros sólo debatirá la posibilidad de concederle una pensión de viudedad».

643 Los visitantes ingleses eran miembros de la Unión Interparlamentaria.

644 Pável Dmítrivich Dolgorúkov (1866-1927), terrateniente, político.

645 Vladímir Nikoláievich Kokóvtsev (1853-1943), estadista.

646 A Sofia Tolstaia se le asignó una pensión anual de diez mil rublos.

647 Iván Dmítrievich Sytin (1851-1934), editor.

648 Serguéi Ivánovich Fonvizin, *Dve zhizni (Mólodost Mujánova)* [Dos vidas (La juventud de Mujánov)], San Petersburgo, 1912.

649 En respuesta oficial a la carta de Sofia Tolstaia, Kasso escribió el 12 de mayo que a él no le correspondía dar una solución a la disputa entre la madre y la hija por los manuscritos que se hallaban en el Museo de Historia y que tanto la consulta como la copia de los manuscritos debían efectuarse únicamente con el consentimiento expreso de Aleksandra Lvovna.

650 Se refiere al *Diario privado* de Tolstói.

651 Probablemente, T. A. Kuzmínskaia le leyera los capítulos iniciales de sus memorias *Mi vida en casa y en Yásnaia Poliana*, dedicada a la historia del linaje de los Behrs y de los Isléniev.

652 Anna Yevguénievna Zveguintseva, hacendada de Tula.

653 C. Bertinski, *A. I. Herzen*. San Petersburgo, 1908.

654 Leonid Andréiev, *Él. Historia de un desconocido.*

655 En muchos periódicos se publicó el comunicado de que, en relación con el inminente debate en el Senado de la reclamación de Sofia Tolstaia al ministro de Educación, los senadores ya habían examinado la cuestión en privado y habían concluido que no era competencia del Senado determinar a quién pertenecía el material custodiado en el Museo de Historia y que sólo se debatiría la legalidad de la confiscación de los bienes por parte del museo, sin tener órdenes

judiciales para ello. (Hay que tener en cuenta que el Senado, en el Imperio ruso, no era un órgano legislativo, sino básicamente judicial, con funciones análogas a las de un Tribunal Supremo.)

656 Varvara Valeriánovna Nagórnova.

657 El 28 de febrero Sofia le escribió a su hija Tania que habían vendido el bosque al comerciante Chesnokov, que ella les había comprado a sus hijos doscientas *desiatiny*, junto con la casa, por ciento cincuenta mil rublos, y que sus propias tierras se las había vendido, a su vez, a Sasha.

658 Víktor Semiónovich Korotniov.

659 Los hijos de Tolstói habían vendido ciento setenta y cinco *desiatiny* de bosque destinadas a la tala.

660 Se refiere a las *Aclaraciones* de Aleksandra Tolstaia en las cuales, basándose en el testamento de su padre Lev Tolstói, reafirmaba sus derechos exclusivos sobre los disputados manuscritos, e instaba al Senado a no dar curso a la denuncia de Sofia.

661 Campesino de Yásnaia Poliana.

662 Además, anunciaba que sólo iba a permitir la visita a la tumba y las habitaciones una vez por semana.

663 Sasha había vendido Teliatinki y comprado una pequeña granja cerca de Yásnaia Poliana llamada Nóvaia Poliana.

664 Semión Afanásievich Venguérov (1855-1920), historiador literario, bibliógrafo. No debe confundirse esta *Autobiografía* breve con la inacabada *Mi vida*.

665 Jean de La Bruyère (1645-1696), escritor y moralista francés.

666 Novela de Dostoievski.

667 Novela de Dostoievski.

668 El registro estuvo relacionado con el arresto de Samuil Moisséievich Belinski (1877-1912), mecanógrafo que estaba viviendo con los Chertkov en Teliatinki, acusado de difundir obras prohibidas de Tolstói. Se confiscaron cinco mil ejemplares de diversas obras del escritor.

669 Iliá Tolstói visitó Moscú, Nizhni Nóvgorod y otras ciudades con la conferencia *Recuerdos personales de mi padre*.

670 N. A. Dobrovolski, presidente del Senado.

671 Sofia Aleksándrovna Bíbikova.

672 Antonina Tíjonovna Kudriávtseva.

673 Tatiana Lvovna Sujótina, *Maria Montessori i nóvoie vospitániie* [Maria Montessori y la nueva educación], Moscú, 1914.

674 La última frase la añadió la autora con posterioridad.

675 Nikolái Mitrofánovich Zhdánov, jurista que llevaba todos los casos de Sofia Tolstaia, le preguntaba en una carta con fecha de 29 de junio cómo disponer del dinero que había quedado en la cuenta

corriente de Tolstói. El dinero fue repartido entre todos los herederos.

676 El 28 de junio hubo un atentado contra Grigori Yefímovich Rasputín (1872-1916), pero en realidad no perdió la vida en él.

677 Nikólai Ivánovich Guchkov (1860-1935), político, alcalde de Moscú entre 1906 y 1913.

678 Anna Stepánovna Sukolenova, aya de los hijos menores de los Tolstói.

679 Tatiana Lvovna Sujótina, *Detstvo Tani Tolstói v Yasnoi Poliane* [La infancia de Tania Tolstaia en Yásnaia Poliana].

680 Fruto de su labor como corresponsal para el periódico *La Palabra Rusa* fueron los artículos de temática bélica: *Impresiones* (10 de agosto), *En Galitsia, tierra sometida* (10 de septiembre), *Imágenes de la guerra* (24 de septiembre).

681 Se trataba de un libro de recuerdos sobre María Nikoláievna Tolstaia, la hermana del escritor.

682 El artículo de Valentín Fiódorovich Bulgákov, titulado *Sobre la guerra*, era un llamamiento para que el pueblo se negara a participar en la guerra.

683 Carta del 18 de octubre. En los periódicos también apareció el comunicado de que el Senado había ordenado al ministro de Educación levantar el embargo de los manuscritos del Museo de Historia y dejarlos a disposición de Sofia Tolstaia. Así concluyó la disputa por los manuscritos.

684 Vladímir Ivánovich Pohl (nacido en 1875), pianista y crítico musical; David Solomónovich Shor (1867-1942), pianista.

685 El «Índice de personas y obras» para la segunda edición del libro *Cartas del conde L. N. Tolstói a su mujer*, Moscú, 1915.

686 Vsévolod Sávvich Mámontov (nacido en 1870), vecino de los Sujotin.

687 No era cierto. El 27 de septiembre de 1913 se publicó en el periódico *La Palabra (Rech)* una carta de Chertkov en la que informaba que había traído de Inglaterra y entregado a la Academia de Ciencias gran cantidad de papeles de L. N. Tolstói que componían los archivos de los manuscritos que el escritor le había entregado a lo largo de treinta años o que se los había enviado para su conservación. En el depósito de Inglaterra quedaba sólo la correspondencia personal que ambos habían mantenido (a la espera de ser publicada algún día), así como alguna otra carta privada, copias de obras del último período y algún original que en Rusia correría peligro.

688 Célebre restaurante moscovita.

689 V. F. Bulgákov había sido puesto en libertad bajo fianza.

690 D. Makovický también había sido puesto en libertad bajo fianza.

691 Probablemente se refiere a *El cohete.*

692 La película, basada en el relato de Lev Tolstói, fue realizada por los estudios de A. A. Jonzhenkov. Iliá Tolstói fue el guionista y director, y además interpretó el papel de señor.

693 Aleksandr Nikoláievich Vertinski (1889-1957), actor.

694 N. N. Gúsev iba a encargarse de corregir la obra *Yasnopoliánskiie zapiski* [Memorias de Yásnaia Poliana] de D. Makovický, cuya lengua materna era el eslovaco.

695 Anotado posteriormente. *[N. de la A.]*

696 Nombre de San Petersburgo entre 1914 y 1924.

697 Bulgákov se trasladaba a Moscú a trabajar en el Museo Tolstói como asistente del conservador.

698 Tatiana L. Sujótina se fue a Moscú a intervenir en calidad de testigo en el juicio contra Bulgákov, Makovický y otros tolstoianos.

699 La protesta estaba relacionada con el hundimiento en el mar Negro por un submarino alemán del buque médico *Portugal*, en el que se encontraban soldados y oficiales heridos.

700 Aleksandr Ivánovich Értel (1855-1908), escritor populista que pasó un tiempo en la cárcel acusado de simpatizar con los revolucionarios; gran admirador de la obra de Tolstói, con quien mantuvo correspondencia. Trabajó un tiempo como administrador de las tierras de Chertkov.

701 Nikolái Ivánovich Timkovski (1863-1922), *Dushá L. N. Tolstogo*, Moscú, 1914.

702 Del 21 al 28 de marzo se celebró en Moscú el juicio de los tolstoianos que habían firmado el *Llamamiento* de Bulgákov.

703 De Lev Lvóvich Tolstói se conservan dos novelas inconclusas, copiadas por Sofia. Una de ellas se titula *Chto iest ístina*? [¿Qué es la verdad?]; la otra carece de título, pero tiene fecha de 27 de mayo y la acción transcurre en los años de guerra de 1914-1916.

704 Sofia Tolstaia leyó su poesía *Vejez*. Se conservan dos libretas con poemas suyos escritos en diferentes años.

705 Iliá Lvóvich Tolstói partió para América el 2 de noviembre, desde San Petersburgo.

706 *Zhizn dlia vsej*, editorial y revista de orientación anarquista y antimilitarista, aunque con un enfoque posibilista y moderado; se publicó en San Petersburgo (después Petrogrado) entre 1908 y 1918. Su editor fue el periodista y activista político Vladímir Aleksándrovich Posse (1864-1940).

707 S. Y. Romm, *Del lejano pasado.*

708 Paulina García Sitches (1821-1910) conocida como Pauline Viardot-García, mezzosoprano; tuvo una larga relación con el escritor Iván S. Turguénev.

709 Vasili Vasílievich Rodzianko (1859-1924), político ruso, uno de

los líderes de la burguesía liberal-conservadora.

710 Probablemente se leyó el artículo de Lev Tolstói *Sobre el significado de la revolución rusa* (1906).

711 El escritor americano Ernest Howard Crosby (1856-1907) conoció personalmente a Lev Tolstói y mantuvo correspondencia con él. Su visita a Yásnaia Poliana en mayo de 1894 fue descrita en *Two Days with Count Tolstoy*.

712 *Ránneie utro*, diario de información política y cultural, publicado en Moscú de 1907 a 1918.

713 Aleksandr Fiódorovich Kérenski (1881-1970), abogado procedente de las filas del socialismo moderado, fue sucesivamente ministro de Justicia y ministro de la Guerra en el gobierno provisional del príncipe Lvov, surgido de la Revolución de febrero de 1917, que supuso la caída del zar Nicolás II. En julio de ese año, Kérenski asumió la jefatura del gobierno. Firme partidario de la prolongación de la guerra, se encontró con la oposición frontal de los sóviets, donde los bolcheviques iban ganando influencia.

714 Lavr Gueórguievich Kornílov (1870-1918), general; en septiembre de 1917 dio un golpe de Estado contra el gobierno de Kérenski; aunque fracasó, el gobierno provisional quedó muy debilitado, lo cual precipitó la toma del poder por los bolcheviques el 25 de octubre.

715 Sofia Tolstaia había escrito al Ministerio del Interior una carta en la que solicitaba la adopción de medidas para proteger Yásnaia Poliana.

716 «Vánechka. Un suceso verídico», cuento de Sofia Tolstaia incluido en su recopilación *Los muñequitos esqueletos y otros cuentos*.

717 La Asamblea Constituyente, elegida democráticamente el 12 de noviembre de 1917, con mayoría de los Socialistas Revolucionarios, fue disuelta el 6 de enero de 1918 por el gobierno bolchevique, tras una única sesión, que tuvo lugar los días 5 y 6 de enero. Dos ministros del derrocado gobierno provisional, Andréi Ivánovich Shingariov y Fiódor Fiódorovich Kokoshkin, fueron asesinados por marineros anarquistas el 7 de enero.

718 No se sabe quién dio tal orden, pero nunca llegó a cumplirse y Yásnaia Poliana permaneció intacta.

719 Estos rumores se derivaban de la ofensiva lanzada por los ejércitos austro-alemanes en el centro de Rusia y en el Báltico. Aunque los alemanes no tomaron Petrogrado (ése era el nombre oficial, en esos momentos, de la ciudad), sí forzaron el traslado del gobierno revolucionario ruso a Moscú.

720 Lev Tolstói, *De las memorias del príncipe D. Nejliúdov. Lucerna.*

721 Charles Salomon (1862-1932), literato francés, autor de varios

artículos sobre Tolstói.

722 Finalmente esta decisión fue revertida.

723 Lev Lvóvich Tolstói acababa de regresar de su viaje a Oriente, donde había impartido conferencias sobre su padre.

724 Las cifras separadas por una barra hacen referencia a una misma fecha: la primera, según el calendario gregoriano (el actual), que fue adoptado por Rusia el 14/1 de febrero de 1918; la segunda, según el calendario juliano, en vigor en Rusia hasta esa fecha, que había acumulado para entonces una diferencia de trece días respecto al gregoriano. Para fechar sus entradas, Sofia Tolstaia se mantiene fiel hasta el fin de sus días al calendario juliano (el llamado «viejo estilo» en Rusia, frente al «nuevo estilo» que se impuso en 1918).

725 Valentín F. Bulgákov, *Lev Tolstói v posledni god egó zhizni*, Moscú, 1918.

726 Yevgueni Andréievich Salias (1841-1908), autor de novelas históricas.

727 Se refiere a la biografía de Tolstói escrita por Pável Ivánovich Biriukov.

728 Novela de Nikolái Vasílievich Gógol.

729 Las cábalas de Serguéienko carecían de fundamento y contradecían las resoluciones gubernamentales sobre la inviolabilidad de Yásnaia Poliana. El hospicio fue construido en Teliatinki.

730 Su petición estaba inspirada en la decisión del comisariado de Educación de hacer balance de todos los libros en el mercado, en vista de la escasez de libros en el país. Todas las editoriales debían facilitar información sobre las ediciones vendidas y en existencias. La petición de Sofia Tolstaia fue satisfecha.

731 Viudo de su difunta hija Masha.

732 Obra desconocida.

733 Antón Ivánovich Denikin (1872-1947), general zarista y uno de los líderes del Ejército Blanco durante la guerra civil de 1918-1920.

734 Konstantín Fiódorovich Yuón (1875-1958).

735 Incluimos la carta como apéndice final.

736 *Antología tolstoiana internacional. Sobre Tolstói*, editada por P. Serguéienko, Moscú, 1909.

737 Se desconoce el texto del testamento.

738 Ésta es la última anotación del diario de Sofia Tolstaia, que falleció pocos días más tarde.